LONGO

DAFNIS Y CHLOE

AQUILES TACIO

LEUCIPAS Y CLITOFONTE

JÁMBLICO

BABILONÍACAS

EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 56

LONGO

DAFNIS Y CLOE

•

AQUILES TACIO

LEUCIPA Y CLITOFONTE

•

JÁMBLICO

BABILONÍACAS

(RESUMEN DE FOCIO Y FRAGMENTOS)

INTRODUCCIONES, TRADUCCIONES Y NOTAS DE

MÁXIMO BRIOSO SÁNCHEZ

Y

EMILIO CRESPO GÜEMES



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por FRANCISCO ROMERO.



Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1982.

Las traducciones, introducciones y notas han sido llevadas a cabo por: Máximo Brioso Sánchez (*Dafnis y Cloe* y *Leucipa y Clitofonte*) y Emilio Crespo Güemes (*Babiloníacas* [*Resumen de Focio* y *Fragmentos*]).

Depósito Legal: M. 38892 - 1982.

ISBN 84-249-0858-9.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1982. — 5469.

LONGO

DAFNIS Y CLOE

INTRODUCCIÓN

1. *El autor*

De la persona y de la vida de Longo, como de los demás novelistas, no sabemos prácticamente nada. En su caso, ni siquiera contamos con noticias —de tan dudosa validez por cierto— como las que poseemos sobre Aquiles Tacio o Heliodoro. Hasta el nombre mismo ofrece dudas, aunque, si es auténtico, es con seguridad romano. Su patria pudo ser la isla de Lesbos, donde tiene lugar la acción de la novela, pero tampoco en este punto cabe certidumbre alguna, ya que Longo no demuestra un conocimiento muy preciso de los lugares que menciona, y la elección de tal escenario para su obra pudo tener razones, tal vez, puramente literarias[1].

Para su fecha no tenemos, realmente, otros indicios que los proporcionados por la novela. Durante algún tiempo se le situó al final de la antigüedad, entre los siglos IV y V (o, a lo sumo, en el III), pero, tras los descubrimientos que trastocaron la cronología de Aquiles

---

1 Es lo que cree un autor como Scarcella. Longo, por ejemplo da una distancia entre las ciudades de Metimna y Mitilene bastante mayor que la real, atestiguada por Estrabón. Por otra parte, en Lesbos, precisamente, sabemos que por esas fechas hubo una familia con el cognomen *Longus*.

Tacio, presunto imitador de Longo[2], toda fecha posterior a los comienzos del siglo III de nuestra era debe hoy descartarse. En el texto se encuentran datos muy significativos a este respecto: así, la cantidad ofrecida por Dafnis (III 27, 4 ss.) para su boda, que, con la inflación de la segunda mitad del siglo III, hubiese sido irrisoria; o el evidente reflejo, en la novela, de la pintura romana de una época muy concreta. Este segundo punto tiene un interés excepcional[3], dado que no sólo Longo ha de ser agrupado con autores que, como Dión Crisóstomo, Luciano, Alcifrón, Eliano o Filóstrato, revelan la directa contemplación de la pintura contemporánea de temas pastoriles y paisajísticos, sino que, además, en *Dafnis y Cloe* hay unos indiscutibles paralelismos entre la propia estructura de la obra y sus descripciones y el llamado «período pompeyano» de la pintura mural del siglo II.

De este modo, Longo, al igual que Aquiles Tacio y por diversas razones, corroboradas por el estilo mismo de sus novelas, debe ser incluido en el grupo de novelistas influidos por la Segunda Sofística y, por tanto, en el centro de la madurez del género.

---

2 Cf. nuestra Introducción a AQUILES TACIO (§ 1) y n. 323 de su traducción. En cambio, las relaciones con Alcifrón, que levantaron en tiempos una encarnizada polémica (véase un amplio resumen en el preámbulo de la edición de DALMEYDA, págs. XVIII sigs.), siguen sin permitir una decisión clara. Si Alcifrón fue el imitador de Longo (tesis de Reich y Dalmeyda), se confirmaría aún más la fecha de este último dentro del siglo II.

3 Cf. O. WEINREICH, en su apéndice a la traducción de Heliodoro por R. REYMER (Zurich, 1950); B. E. PERRY, *The Ancient Romances, a Literary-historical Account of their Origins*, Berkeley, 1967, págs. 350 y sig., n. 17, y, sobre todo, M. C. MITTELSTADT, *Latomus* 26 (1967), 752-761.

2. *«Dafnis y Cloe»*

Uno de los primeros aspectos que llaman la atención en esta obra es su desvinculación del tipo de novela de marco histórico definido (Caritón, Jenofonte de Éfeso) por el tono francamente intemporal del relato, que en todo caso, merced a la guerra particular entre Metimna y Mitilene, parece situarnos vagamente durante la época de las *póleis* autónomas. Esta intemporalidad debe asociarse con el idealismo corriente del género, de tono especialmente alto en Longo.

Sus innovaciones, muy resumidas, son varias e importantes: el argumento es de extrema sencillez, sin la acumulación de peripecias común al género; se excluyen los largos viajes, y las aventuras y peligros corridos por los protagonistas quedan reducidos a mínimos y esporádicos episodios; la situación es esencialmente estática, con la mayor relevancia concedida a elementos como el amor, la naturaleza, la religión y la música.

En las breves líneas con que Longo introduce su novela, ésta nos es presentada, en cierto modo, como una obra de tesis: su tema de fondo será la exposición del misterio y del poder universal del amor. El otro gran tema de las novelas griegas, las aventuras, queda relegado en su programa a un plano secundario.

Se ha podido decir que esta restricción temática es, a la vez, el punto flaco y la fuerza de esta obra [4], afirmación, a nuestro juicio, más veraz en lo segundo que en lo primero. El erotismo es el centro de la novela sin la menor duda, y su núcleo, la pasión inocente y natural de dos adolescentes. Podrá criticarse, desde una perspectiva realista, la escasa verosimilitud de esta

---

[4] O. SCHÖNBERGER, en su edición, pág. 17.

total inocencia [5], por rural y aislado que sea el medio en que los protagonistas vivan: de ahí que Longo haya subrayado ambos aspectos e, igualmente, el modo muy gradual en que se van produciendo sus contactos con otras gentes y la ampliación de su pequeño mundo. Por otra parte, la trabajosa conquista de la experiencia erótica, en el plano teórico y en el plano práctico, no conducirá, por lo que a los dos adolescentes se refiere, a la unión sexual sino tras el legítimo matrimonio con que la novela termina, con lo que se cumple tanto con una imposición social como con las normas del género. Así es como, a pesar de la aparente sensualidad de la novela, se preserva el principio novelesco de la castidad, aunque, como en Aquiles Tacio, el protagonista masculino responda a esta exigencia sólo hasta cierto punto. Pero, en Longo, incluso este desliz de Dafnis [6] tiene (lo que no ocurre en Aquiles Tacio) una plena funcionalidad, al ser un paso obligado en la búsqueda del saber amoroso.

Por lo demás, el erotismo y lo que suele calificarse de sensualidad no están (y no es una paradoja) reñidos en absoluto con la moral. Lascivia, indecencia y otros términos, con que se ha creído poder describir esta obra, no son más que manifestaciones de trasnochados prejuicios y de franca miopía mental, pero que han tenido una negativa influencia en la comprensión de este relato por los modernos. El énfasis puesto en el amor, así como en el largo proceso iniciático en este

---

5 Cf. I 27, 2, donde Dafnis alude al mito erótico de Pan y Pitis en un momento en que él y Cloe ignoran aún el sentido de sus sentimientos amorosos. Esta inocencia parte, evidentemente, de un programa, de una parábola, cf. B. P. Reardon, *Courants littéraires grecs des IIe et IIIe siècles après J.-C.*, París, 1971, págs. 380 y sig.

6 Episodio de Licenion (III 18).

misterio natural[7], incluso si se descarta una interpretación simbólica, corresponde a una perspectiva idealista de la existencia.

2.1. El erotismo es, en Longo, aparte de las obligadas resonancias literarias, una dimensión de la naturaleza. Y la naturaleza es un marco utópico e idealizado y, a la vez, un modesto rincón del mundo que casi podría localizarse en un mapa. La acción tiene una clara unidad de lugar, con una renuncia sin paliativos a las ambiciones geográficas del género. Longo nos sitúa en una comarca próxima a Mitilene y apenas si nos permite alguna breve incursión fuera de ella. Pero este paraje aparece transformado en un fondo casi paradisíaco, en que los mismos peligros naturales (una loba, un reptil) han sido relegados a simple decoración poética o a dóciles instrumentos del plan del artista; las irrupciones de la violencia (piratas, secuestros) son controladas sin mayor esfuerzo, aun a costa de alguna muerte o de un milagro, y hasta una guerra sin cuartel termina rápida y generosamente, como en una edad de oro[8].

Longo ha dotado a este lugar y a sus habitantes de los atributos de la bucólica teocritea, que ha penetrado, así, por única vez que sepamos, en la novela griega[9]. La flora y la fauna están reducidas a la mínima expresión, a los elementos más familiares. Cabras y ovejas aparecen integradas en la vida de los protagonistas y poseen cualidades casi humanas. Asistimos a comidas y fiestas campestres, a sesiones musicales; en-

---

7 Cf. P. Turner, «*Daphnis and Chloe*: An Interpretation», *Gr. and Rom.* 7 (1960), 117-123.

8 Cf. E. H. Haight, *Essays on the Greek Romances*, Nueva York, pág. 129.

9 Cf. E. Vaccarello, «L'eredità della poesia bucolica nel romanzo di Longo», *Il Mondo Class.* 5 (1935), 307-325. Véase, luego, § 2.2.

tramos en los consabidos *loci amoeni*, de fácil propensión al simbolismo[10], y tropezamos a cada paso con nombres (Cloe, Dorcón, Driante, Ágele, Filopemen, etc.) asociados a la naturaleza.

Longo, se ha dicho, ha reemplazado a la Fortuna, tan importante para el género, por la naturaleza, que se manifiesta de una manera dinámica con el sucederse de las estaciones. El viaje típico de las demás novelas ha sido sustituido por un viaje en el tiempo, siguiendo el curso de los ciclos naturales[11], en que se enraiza el proceso de la vivencia erótica; en cierto modo, por un viaje hacia el reino del ideal, comparable al que nos narra Heliodoro.

Ante esta perspectiva pierde gran parte de su aparente relevancia la oposición campo-ciudad, tan resaltada por muchos críticos[12]. Es cierto que Longo sitúa en el campo el corazón de su naturaleza y de sus formas preferidas de religiosidad. Pero sin que por ello deba entenderse exageradamente la ciudad como un foco negativo ni mucho menos, tal como se refleja en la tesis de Dión en el *Euboico*[13]. En Longo, tal antagonismo, debe admitirse, cumple, como tantos otros elementos en el relato, una función importante, pero transitoria. Los campesinos, por mucho que haya querido insistirse en lo contrario, no se diferencian especial-

---

10 Cf. W. E. Forehand, «Symbolic Gardens in Longus' *Daphnis and Chloe*», *Eranos* 74 (1976), 103-112, que estudia su aspecto idealista e, incluso, platonizante.

11 Cf., sobre todo, el análisis de H. H. O. Chalk, en «Eros and the Lesbian Pastorals of Longos», *Journ. Hell. Stud.* 80 (1960), 32-51, y Reardon, *Courants...*, pág. 377. El lector no podrá menos de pensar en algunas novelas modernas y, en especial, creemos, en el esquema muy semejante de *Bajo las ruedas* de H. Hesse.

12 Por ejemplo, Haight, *Essays on the Gr. Rom.*, pág. 132.

13 Cf. F. Jouan, «Les thèmes romanesques dans l'*Euboïcos* de Dion Chrysostome», *Rev. Ét. Gr.* 90 (1977), 38-46.

mente de los habitantes de las ciudades. Las diferencias visibles tienen una motivación social. En Longo cabría afirmarse que el mal (si puede usarse este término tan impropio) es siempre un accidente pasajero, y las manifestaciones negativas terminan por ser absorbidas por las positivas y depuradas.

2.2. Pero Longo no se limitó a adoptar el idealismo bucólico, aunque ya esta sola innovación era importante. En este aspecto, su innovación más destacada consistió, además, en impregnar de religiosidad un género que, como el bucólico, estaba, en principio, relativamente libre de ella[14]. *Dafnis y Cloe* es, en cierto modo, un homenaje a la pastoral helenística, principalmente a Filitas de Cos[15] y a Teócrito. Los nombres de los personajes (Títiro, Amarilis, etc.), en una buena proporción, proceden de la poesía bucólica; se nombra, aunque de paso, Sicilia (II 33, 3), cuna del género; el texto ofrece resonancias de sus versos con una frecuencia llamativa[16] y el protagonista masculino recibe el nombre de Dafnis, todo un símbolo del mundo bucólico[17]. Longo ha recreado su propia Sicilia (o su propia Arcadia, si se prefiere), precisamente en un lugar cuya sola mención llevaba a rememorar un pasado de

---

14 De «arte secular» lo califica TH. G. ROSENMEYER, en *The Green Cabinet. Theocritus and the European Pastoral Lyric*, Berkeley-Los Ángeles, 1969, pág. 148.

15 Cf. n. 70 de la traducción.

16 Sin que esto quiera decir que estemos, en absoluto, ante «un mosaico de frases de los bucólicos alejandrinos», como sentenció hiperbólicamente MENÉNDEZ PELAYO, en sus *Orígenes de la novela* (II, Ed. Nac., Santander, 1943, pág. 189).

17 Cf. sobre todo, TEÓCRITO, I 66 sigs. Nótese, además, que, según el mito, Dafnis era hijo de una Ninfa, la cual lo expuso en el campo, y que, más tarde, fue músico y pastor; su amada Talía es secuestrada y, luego, liberada por Dafnis con la ayuda de Heracles. No es difícil admitir que Longo (aunque en otros mitos y en la tradición literaria abunden los niños abandonados) pudo inspirarse directamente en este tema mitológico.

hermosa poesía erótica (Safo), pero saturándolo de mitos y de dioses.

Uno de los rasgos del género bucólico más intensamente enfatizado por Longo es el de la música. Pero la música no se reduce aquí, en absoluto, a la de los instrumentos humanos: abarca todos los sones de la propia naturaleza, como una manifestación de la armonía universal. En este punto reside, sin duda, uno de los logros más imperecederos de la novela y, seguramente, Longo ha ido en él más allá que la poesía bucólica precedente [18].

2.3. La cuestión más debatida, en los últimos tiempos, acerca de la novela antigua es el de la religiosidad [19]. Y Longo, como Apuleyo en el ámbito latino, se encuentra en el centro mismo de esta nueva querella que ha enfrentado a los filólogos. No podemos tocar aquí el tema en sus líneas generales, pero baste recordar que, en el extremo de la tesis de una interpretación obligadamente religiosa de la mayoría de las novelas, están, con los debidos matices diferenciadores, las publicaciones de K. Kerenyi, R. Merkelbach y, con especial incidencia en el caso de Longo, las de H. H. O. Chalk, P. Turner, M. C. Mittelstadt o W. E. McCulloh; que existen posturas más moderadas, como las de B. P. Reardon o A. Geyer, y actitudes de rotunda negación, como las expresadas por E. Cizek o M. Berti. La base metodológica de la primera corriente es la lectura simbólica del texto, el desentrañamiento de sus presuntas alegorías, mientras que del lado opuesto, además de rechazarse esencialmente la realidad de tales alegorías

---

[18] Cf., sin embargo, M. Desport, *L'incantation virgilienne: Virgile et Orphée*, Burdeos, 1952, y la discusión sobre el tema por Rosenmeyer, *The Green Cabinet...*, en su capítulo séptimo.

[19] Cf., para un breve resumen del tema, Reardon, *Courants...*, págs. 393 y sigs.

y símbolos, se realza el fin eminentemente estético de la novela.

De hecho, ciñéndonos a Longo, es imposible saber dónde terminan el arte y las intenciones meramente literarias y dónde comienza la religiosidad. En *Dafnis y Cloe* se dan una viva devoción y una continua presencia divina (incluidos los sueños, que se anticipan a la acción); el camino hacia el descubrimiento del amor toma la forma de una iniciación bajo la tutela del propio Eros, y puede decirse, sin hipérbole, que una de las claves de la novela es la teología de este dios. Los lugares interpretables como alusiones religiosas son numerosos[20], aunque no todos los casos permitan una interpretación igualmente convincente. Longo ha reemplazado la mención de la estereotipada Fortuna[21] de otras novelas por la de entidades divinas muy concretas, como las Ninfas, Pan y el mismo Eros; ha descrito diversos milagros y epifanías[22]; ha salpicado su obra de nombres propios de significado religioso, y ha mostrado, paso a paso, cómo los poderes divinos dirigen benévolamente los actos humanos, descargando su justa cólera sólo sobre una eventual impiedad[23]. Eros es un dios omnipresente, cosmogónico y todopoderoso, una auténtica providencia. De suerte que no se pue-

---

20 Véase un largo catálogo en el artículo ya mencionado («Eros and the Lesbian Pastorals...») de CHALK.

21 Citada sólo en dos ocasiones (III 34, 1 y IV 24, 2) y sin relación con el argumento principal en ambos casos. Como bien dice CHALK (*art. cit.*, págs. 33 sig.), la acción en Longo reviste la forma de un plan con una secuencia rigurosa de causa a efecto, con Eros como motor providencial.

22 Sobre todo, en el libro segundo. Respecto a la de Pan, en II 25 sigs., véase C. MEILLIER, «L'épiphanie du dieù Pan au livre II de *Daphnis et Chloé*», *Rev. Ét. Gr.* 88 (1975), 121-132.

23 Los dioses mismos aparecen purificados en Longo: nótese, por ejemplo, qué lejos está, en él, Pan de ser «taladro de pastores», como lo denominó obscenamente CALÍMACO (fr. 689 PF.).

den negar las múltiples concomitancias entre el texto de Longo y las formas religiosas contemporáneas, habida cuenta, sobre todo, de que estamos en una época no sólo de profunda religiosidad, sino de fuerte tendencia al sincretismo y al monoteísmo, lo que justifica, hasta cierto punto, que se intente interpretar el fondo piadoso de Longo como una manifestación de los misterios dionisíacos. Pero es ésta, a nuestro juicio, la cuestión más polémica del tema, ya que, si se sigue por esta vía exegética, han de aceptarse todas sus consecuencias y, entre ellas, la de ver, no sólo en Dafnis y en Cloe, sino en los demás personajes y en cada objeto y en cada palabra, no elementos de una novela con una mayor o menor dimensión religiosa, sino auténticos símbolos de una doctrina trascendente. Esta arriesgada conclusión, sumada a las indemostrables hipótesis a que algunos se entregan [24] y a la mucho menor validez de estas teorías para otros novelistas, principalmente Aquiles Tacio, hace que la tesis de la interpretación mistérica de Longo deba ser aceptada sólo en sus sugerencias más prudentes y medidas.

2.4. El que Longo, por otra parte, haya dotado a su novela de una cierta intemporalidad idealizadora hace difícil enjuiciar otro de sus aspectos, el de la sociedad en ella descrita. Una lectura superficial podría inducir a la tesis de que en esta novela, tal como parecen oponerse campo y ciudad, también se opone la clase de los humildes, de los siervos rurales, a la cual por adopción pertenecen los protagonistas y que re-

[24] Cf., por ejemplo, las afirmaciones sobre la afiliación cultual de Longo en Mittelstadt, «Longus, *Daphnis and Chloe* and the Pastoral Tradition», *Class. et Med.* 27 (1966), 162-177. Nos gustará preguntar a estos autores si creen también que con relatos, como *Acontio y Cidipa* o *Frigio y Pieria*, Calímaco ha pretendido, igualmente, redactar propaganda religiosa. Y, sin embargo, están ya en ellos todos los elementos básicos que reaparecerán en Longo.

cibe un trato favorable en el relato, a la de los ricos señores de la ciudad, descritos en ocasiones con rasgos negativos. Pero un estudio más atento lleva a resultados muy distintos. La condición moral de los siervos, de los propios padres adoptivos de Dafnis y de Cloe, deja mucho que desear, y en la pintura de su conducta, como en la del parásito Gnatón y otros seres humildes, se concentran las notas de mayor realismo social de la obra. En tanto que sus patronos, del círculo acomodado de Mitilene (y la figura de Dionisófanes es un modelo), pueden aparecer con una aureola noble y patriarcal, tal como, en un nivel más principesco, ocurre con los grandes señores de las novelas de pretensiones históricas. No debe confundirse, pues, el relieve que adquieren los personajes socialmente modestos, de acuerdo con una tradición literaria que se remonta por lo menos hasta Eurípides y tiene un gran arraigo en los textos helenísticos, con una conciencia social, ajena radicalmente a Longo. Tampoco nos parece muy correcto hablar, como hace Schönberger [25], de una doble aristocracia, la relativa a la perfección moral y la que lo es de la alcurnia social: en *Dafnis y Cloe* hay una sola clase digna de respeto, y el retorno de los protagonistas a la vida pastoril al final de la novela, después de ser reconocidos y encumbrados, no es una vuelta, en absoluto, a la pobreza y a la condición humilde [26]. Uno de los pocos momentos, por lo demás, en que parece plantearse un conflicto social, con la preocupación de Dafnis por su insolvencia económica para pretender la mano de Cloe (III 25 ss.), es la divinidad misma la que con su solicitud se encarga de resolverlo.

---

[25] En su edición, pág. 20.

[26] Aunque en algunos puntos sea discutible, es importante, a este respecto, la contribución de O. Longo, en «Paessaggio di Longo Sofista», *Quad. di Storia* 4 (1978), 99-120.

Descendiendo a los detalles, se ha de hacer notar, por ejemplo, que en Longo aparecen reflejados, incluso con datos muy significativos, un régimen de gran propiedad agraria en manos de la burguesía urbana, tal como sabemos que era lo corriente en la época del autor, y una economía basada, esencialmente, en la agricultura y la ganadería[27], así como la presencia esporádica, pero muy real (también en el relativamente pacífico siglo II), del bandidaje y la piratería, que tanto relieve tienen, igualmente, en las otras novelas. Pero, a la vez, junto a aspectos sugeridos por la realidad de su tiempo, se acumulan otros achacables al peso de la tradición literaria y a las necesidades de la ficción, como ocurre, en especial, con los regalos que los pretendientes y el propio Dafnis ofrecen al supuesto padre de Cloe (I 19, III 25 ss., IV 7) y el silencio, en cambio, respecto a la obligada dote de la novia[28].

3. *Fuentes literarias. Técnica y estilo*

En el capítulo de las fuentes que han inspirado a Longo está, por supuesto, muy en primer plano, el género bucólico, que, combinado con el modelo que le proporcionaba la novela misma precedente, explica muchos de los rasgos particulares de esta obra. Pero otros géneros líricos se revelan también como muy importantes (en buena medida, la elegía helenística y

---

27 Es posible, por supuesto, que, como efecto literario, haya sido exagerada la opulencia de estos grandes propietarios de Lesbos; véase, sobre esto, A. M. SCARCELLA, «Realtà e letteratura nel paesaggio sociale ed economico del romanzo di Longo Sofista», *Maia*, N. S., 2 (1970), 103-131. Señalemos también que este marco socioeconómico es muy semejante al descrito por Aquiles Tacio.

28 Cf. SCARCELLA, «La donna nel romanzo di Longo Sofista», *Giorn. It. Filol.* 24 (1972), 82-83.

una figura como la de Safo), siendo en general las resonancias líricas más nutridas que las homéricas[29], frente a lo que ocurre en otros novelistas. Los pasajes rememorados aparecen como materia reelaborada, según los usos helenísticos, y no como citas (al modo, por ejemplo, de un Caritón). Longo conoce, por otra parte, la poesía latina, y pueden hallarse en él huellas de la lectura de Virgilio y, seguramente, de Ovidio. Muestra, asimismo, en perfecta armonía con sus preferencias poéticas, una concienzuda preparación retórica.

Sin embargo, no se agotan aquí sus fuentes y sus gustos. Longo, como Aquiles Tacio, admite una presencia muy viva de la comedia, especialmente de la llamada Nueva, de la que toma muchos de sus personajes (el parásito, Licenion, los jóvenes ricos de Metimna), nombres propios (Gnatón, Megacles, Sofrone, Rode), algunos ágiles diálogos y soliloquios de un tipo poco frecuente en la novela[30], un indiscutible sentido del humor y, naturalmente, aunque el tema tenga raíces en el mito, la base argumental, con los niños expuestos y luego reconocidos por sus verdaderos padres.

3.1. Respecto a la técnica con que Longo ha construido su novela, una parte de sus ingredientes procede de la tradición del propio género: la pareja de amantes, los viajes, los peligros que ambos corren (con los consabidos secuestros), los momentos de separación, el episodio del proceso, la perseverancia en la castidad, el feliz desenlace, etc. Pero no cabe duda de que en todos ellos ha introducido un punto de vista novedoso. Y la principal novedad, que transforma a casi todos en algo diferente, es su reducción a un plano muy secundario, su tratamiento en tono menor. Aven-

---

29 Cf. Scarcella «La tecnica dell'imitazione in Longo Sofista», *Giorn. It. Filol.* 23 (1971), 34-59.

30 Cf. M. Berti, «Sulla interpretazione mistica del romanzo di Longo», *Studi Class. Orient.* 16 (1967), 343-358.

turas y viajes quedan reducidos a la mínima expresión; los raptos se resuelven, ya sea por la intervención humana, ya por la divina, con inusitada rapidez; las separaciones de los amantes apenas duran horas; el proceso se convierte en un breve pleito improvisado con el boyero Filetas como juez; la virginidad de Cloe es preservada, en realidad, por el milagro de una inaudita ignorancia sexual y, ocasionalmente, por los recelos del temeroso Dafnis, etc. Longo ha respetado, pues, las reglas del género, pero adaptándolas radicalmente a sus personales finalidades.

El desarrollo de la novela está dividido en secciones (doce en total), a su vez subdivididas en pequeñas escenas con una distribución que no puede menos de recordar, tanto el reparto del relato en cuadros unidos temáticamente de la pintura narrativa contemporánea, como la ordenación de los temas en los panegíricos retóricos [31]. Dentro de este peculiar esquema, en diversos momentos (especialmente, en los tres primeros libros) la acción de los dos protagonistas se mueve siguiendo líneas paralelas, lo que es, en parte, un recuerdo de las prolongadas separaciones de los amantes en otras novelas y, en parte también, el resultado del intenso aprecio que Longo siente por la simetría. Y lo mismo cabe decir de las dos más amplias cadenas de acontecimientos del libro cuarto, que corresponden, la primera, a Dafnis y, la segunda, a Cloe.

Desde el punto de vista argumental la obra aparece dividida en dos grandes etapas: la exploración del misterio erótico por los adolescentes hasta la revelación

---

31 Cf., sobre todo, SCHISSEL VON FLESCHENBERG, *Entwicklungsgeschichte des griechischen Romans*, Halle, 1913; «Die Technik des Bildeinsatzes», *Philologus* 72 (1913), 83-114, y el artículo «Longos» en PAULY-WISSOWA, *Realencyclopädie*, XIII 2 (1927), cols. 1425-1427; así como MITTELSTADT, *Latomus* 26 (1967), 752-761.

de Licenion y, en segundo lugar, las aspiraciones matrimoniales de la pareja.

El preámbulo, como en Aquiles Tacio, tiene como centro la descripción de un cuadro que sintetiza la materia que será tratada, y, además, según hemos dicho ya, establece una posición programática. En el resto de la novela, con la narración principal, también de acuerdo con las normas del género, se entrelazan las digresiones (*ecfráseis*, mitos).

La brevedad de la novela y su aparente carencia de ambiciones tienen una clara correspondencia con el ritmo ágil[32] y la extrema concentración y concisión con que está redactada. Los discursos, soliloquios y diálogos, así como los relatos secundarios citados, al igual que la narración principal, tienen en común una economía[33] no reñida con el preciosismo y el esmero estilístico. El rápido paso de muchos de los personajes por las páginas de la obra no es obstáculo para el acierto e, incluso, el realismo con que están presentados. Con referencia a los protagonistas se ha podido decir que en su despertar al amor está, probablemente, el mejor hallazgo psicológico de la novela griega[34].

En el plano puramente estilístico, Longo sabe conjugar, como ningún otro novelista, el aparato retórico, con su desfile de figuras, con una gracia, naturalidad y sencillez muy poco corrientes en la prosa griega tardía. Sin embargo, no ha de olvidarse que estas mismas cualidades responden, a su vez, a unos moldes retóricos concretos, que preconizan un estilo tal para ma-

---

32 Que contrasta con el estatismo bucólico de la novela. Véase, por ejemplo, IV 29, 2 ss., en que las acciones de Gnatón son descritas con una notable celeridad.

33 En II 15, 1 hay, incluso, una velada alusión a este aspecto del estilo del propio autor.

34 Cf. S. GASELEE, en su Apéndice (pág. 413) a la edición de Longo y Partenio en «The Loeb Classical Library».

terias como la pastoral, la narración mítica y los temas eróticos [35].

4. *Valoración posterior e influencia. Traducciones*

Del texto de Longo no se ha hallado ni un solo papiro hasta la fecha, lo que (con las debidas reservas) puede interpretarse como síntoma de falta de popularidad en los siglos inmediatamente siguientes. Sin embargo, aunque hemos de esperar al siglo XII para encontrar esporádicos ecos de *Dafnis y Cloe* en los novelistas cultos bizantinos (Nicetas Eugeniano, Teodoro Prodromo y Eustacio Macrembolita), que, en cambio, serán fieles imitadores de Heliodoro y de Aquiles Tacio, se le ha de suponer al texto de Longo una cierta divulgación en fechas anteriores, confirmada tanto por la tradición manuscrita como por su mención a mediados del siglo precedente por Miguel Pselo, el cual, precisamente, recomendaba que no se iniciasen los estudios con novelas como las de Longo y Aquiles Tacio, sino con autores antiguos más graves [36].

En Occidente, si bien la expansión de la novela pastoril fue relativamente temprana, no hay duda de que este género se inspira, en principio, en la poesía bucólica antigua, y no puede hablarse de una influencia de Longo al menos hasta pasada la primera mitad del siglo XVI, aunque no falten quienes crean detectarla previamente en la *Arcadia* de Sannazaro. En realidad,

---

35 Para un análisis más pormenorizado del estilo de Longo, cf., por ejemplo, la Introducción de la edición de SCHÖNBERGER, págs. 22 y sigs., y L. CASTIGLIONI, «Stile e testo del romanzo pastorale di Longo», *Rendiconti Ist. Lomb.*, S. 2, 61 (1928), 203-223.

36 Citado en CHRIST-SCHMID-STÄHLIN, *Geschichte der griechischen Literatur*, II, 2, pág. 824 (n. 6).

a Longo empezó a conocérsele sólo cuando se le pudo leer en las traducciones de Amyot, Caro o Day, aunque un helenista como H. Estienne (Stephanus) pudo imitarlo en sus *Églogas* latinas un poco antes.

Dentro de las evidentes concomitancias entre la prosa narrativa del Barroco y la novela griega, que se han señalado con pleno acierto[37], Heliodoro, Aquiles Tacio y Longo son los modelos persistentes. Longo representó, durante mucho tiempo, el papel de guía de la pastoral de esmerada estética y sentimentalismo galante, y así es como comienza a divulgarse, por ejemplo, en Inglaterra, a través de la (más que traducción) adaptación de A. Day (1587), que habría de influir en *Pandosto* y *Menaphon* de R. Greene; indirectamente, en algunos motivos de *The Winter's Tale* de Shakespeare[38], y, tras un largo camino, hasta en la pastoral dieciochesca de Ramsay. En cambio, el posible influjo sobre obras de otro carácter, como *Joseph Andrews* y *Tom Jones*[39], es mucho más discutible y remoto.

En Francia, las primeras huellas de Longo pueden señalarse en D'Urfé y, seguramente, la tan celebrada traducción de Amyot ha influido más de lo que cabe sospechar en la literatura francesa del XVI y XVII, tal como ocurrirá, después, en la poesía bucólica del XVIII y en obras concretas, como el relato erótico *Annette et Lubin* (1761) de Marmontel. La presencia de Longo

---

37 Cf., por ejemplo, G. Molinié, *Formation et survie des mythes. Colloque de Nanterre*, París, 1977, págs. 75-80.

38 Sigue siendo básico para el tema el libro de S. L. Wolff, *The Greek Romances in Elizabethan Prose Fiction*, Nueva York, 1912. Cf., también, F. A. Todd, *Some Ancient Novels*, Londres, 1940. Es importante señalar (con Wolff, pág. 335) que en la *Arcadia* de Sidney, contra lo que se ha afirmado a veces, no parece haber indicios de la influencia de Longo.

39 Cf. G. Highet, *The Classical Tradition. Greek and Roman Influences on Western Literature*, Oxford (reimpr.), 1951, página 343.

(aunque cristianizada) es indiscutible, por otra parte, en la prerromántica y patética historia de B. de Saint-Pierre, *Paul et Virginie* (1787). Y, todavía en el siglo pasado, Longo mantiene su atractivo para cierta clase de autores: así, para F. Fabre (*Le chevrier* es de 1866), para P. Louy y, de un modo tan patente casi como para Saint-Pierre, para Mistral en su *Miréio.*

En lengua alemana, como Schönberger reconoce [40], es muy difícil encontrar rastros seguros de la influencia de Longo durante el siglo XVII, incluso después de aparecer la traducción de Wolstand (1615) y a pesar del desarrollo del género pastoril. Debemos esperar al siglo siguiente para hallarlos, y de modo notable, en los idilios de Gessner (1754), que tanto éxito alcanzaron en toda la Europa occidental [41]. Por lo demás, es bien conocido el entusiasmo de Goethe por la obra de Longo, que no sólo se manifiesta en sus explícitas declaraciones, sino, aunque, por contraste, de manera bien sutil, en la muy particular atmósfera de su *Hermann y Dorothea* [42].

En España la suerte de Longo ha sido un tanto oscura y no es un azar que, hasta fines del siglo pasado, no haya existido una traducción en castellano. Es muy posible que la razón profunda de esta reserva ante una novela como ésta haya sido de orden moral. Todavía Valera en el prólogo de su versión, a la que luego nos referiremos, juzga necesario salir al paso

---

40 En su edición, pág. 30.

41 Por supuesto y a pesar de la exclusión de los elementos eróticos, a nadie se le oculta que Longo (a través, probablemente, de sus imitadores) está en la base de la sentimental historia de *Heidi* de J. Spiri.

42 G. Rohde, «Longus und die Bukolik», *Rhein. Mus.*, N. S., 86 (1937), 35, señala *Fausto* II, 9558 ss., como un posible eco de Longo, sugerencia que es recogida por Schönberger en su edición, pág. 31. Sin embargo, el texto de Goethe no creemos que permita una clara decisión.

de una probable censura, y también es curioso que la palabra «indecencias», para referirse a Longo, se deslice aún, en fecha reciente, en un estudio de aséptica filología publicado en nuestra lengua[43]. De hecho, no se puede mostrar de un modo relativamente aceptable la influencia de Longo en la novela barroca española, a pesar de que se hayan hecho referencias concretas a la poco airosa continuación de *La Diana enamorada*, obra de Alonso Pérez, o a la *Arcadia* de Lope de Vega[44]. Aunque carezcamos de un estudio serio sobre la cuestión, parece prudente sumarse a la opinión expresada por F. López Estrada[45], con clara desconfianza hacia tal influencia en el género pastoril, precisamente el que habría debido ser el más propicio para recibirla.

Es a fines del siglo XIX cuando, en torno a la fecha de la citada versión de Valera, parece despertarse un cierto interés por Longo. El mismo Valera reconoce haberse inspirado en él para su *Pepita Jiménez*, y no hace falta ser muy observador para rastrear un eco, aunque vago, en los capítulos iniciales de *La madre naturaleza* de la Pardo Bazán, publicada poco después (1887). De un modo aún más explícito se reconocerá esta influencia, por parte de su autor, en una novela de tesis como *Los trabajos de Urbano y Simona* (1923) de R. Pérez de Ayala. Y de fecha aún más reciente es el poema que, con el título de *Dafnis y Cloe*, escribió M. Bacarisse.

En las últimas décadas puede hablarse de una indudable profundización en nuestro conocimiento de Longo, merced sobre todo a la oleada de estudios con fines de exégesis religiosa y a la polémica levantada en

---

43 M. R. LIDA DE MALKIEL, *La tradición clásica en España*, Barcelona, 1975, pág. 349.

44 Por ejemplo, en SCHÖNBERGER, *op. cit.*, págs. 28 y sig.

45 *Los libros de pastores en la literatura española*, Madrid, 1974, pág. 70.

su torno, aunque este hecho apenas ha tenido repercusión fuera del ámbito de la especialización filológica. En la literatura contemporánea es una tarea que sobrepasa nuestras fuerzas intentar hallar posibles resonancias de su lectura, y, sin embargo, nos atreveríamos a señalar algunas muy verosímiles en determinadas obras del no hace mucho fallecido V. Nabokov[46] y a recordar al lector la presencia de *Dafnis y Cloe* en la biblioteca del verdulero Greff en *El tambor de hojalata* de G. Grass.

La pintura[47], incluidas las abundantes (y algunas muy famosas) ilustraciones de la novela (Barthe, Scott, Rossi, Bonnard, Maillol, etc.), ha mostrado con profusión su aprecio por la obra de Longo: baste citar el notable caso de Corot. Y la música no ha desdeñado, en absoluto, un tema tan conocido: señalemos sólo el *Dafni e Cloe* de Morselli y las célebres *suites* de Ravel.

4.1. Aun antes de que saliera a la luz la primera edición del texto griego, ya habían aparecido traducciones en diversas lenguas: la italiana de A. Caro (iniciada hacia 1537, pero publicada más de un siglo después), la tan alabada de J. Amyot al francés (1559), que habría de quedar como modelo durante siglos y sirvió de base para la latina, en hexámetros, de L. Gambara (1569), y la (muy libre) inglesa de A. Day (1587).

En latín, además de la traducción de Gambara, pueden leerse otras versiones, como la de G. Jungermann (1605), tenida especialmente en cuenta para la inglesa de Thornley, y la de E. E. Seiler (1843).

En alemán la primera traducción fue la de D. Wolstand (1615), posterior a la *editio princeps*, siguiéndola

---

46 Cf. nuestra n. 151 de la traducción. El lector podrá juzgar si en los capítulos iniciales de *Ada* hay o no reminiscencias de *Dafnis y Cloe*.

47 Véase una prolija relación de artistas en SCHÖNBERGER, *op. cit.*, págs. 32 y sig.

otras como las de F. Grillo (1765), J. G. Krabinger (1809), F. Passow (1811), Fr. Jacobs (1832), reimpresa innumerables veces [48], y, de fechas más recientes, las de L. Wolde (1910) y E. R. Lehmann (1959); la que acompaña al texto griego en la edición de O. Schönberger (1960), a nuestro juicio muy meritoria y precisa, y la de A. Mauersberger (1976), última de que tenemos noticia.

En lengua inglesa, a la adaptación de Day siguió la versión de G. Thornley (1657), la primera, en realidad, en esta lengua y que, como la de Amyot en Francia o la de Jacobs en los países de habla alemana, había de quedar como modélica, lo que se debe, sin duda, a su prosa preciosista aunque excesivamente libre [49]. Otras traducciones en inglés dignas de mención por diversas razones son las de C. v. Le Grice (1803), W. D. Lowe (1908), de carácter escolar y con censura de pasajes juzgados inconvenientes; G. Moore (1924), J. Lindsay (1948), M. Hadas (1953), P. Turner (1956), especialmente destacable por su calidad, y, la última en llegar a nuestro conocimiento, la de P. Sherrard (1965), con ilustraciones de S. Papassavas.

En francés, después de la de Amyot [50], no han faltado otras versiones: así, la de Ch. Zevort (1856) y, en fecha más próxima, las de G. Dalmeyda (en su edición, 1934) y de P. Grimal (1958), de gran mérito ambas.

En italiano hubo, además de la de Caro, otras traducciones de fecha antigua, como las de G. B. Manzini (1643) o G. Gozzi (1766), mientras que de época reciente cabe mencionar la de G. Balboni (1958) [51].

---

48 A los datos que proporciona SCHÖNBERGER (pág. 35) puede añadirse la reedición con algunos retoques a cargo de J. GARBE (1962[4]).

49 Hoy puede leerse, en forma revisada, en la edición de EDMONDS.

50 Que fue revisada y completada por COURIER en 1810.

51 Naturalmente no han faltado versiones en otras muchas

En España, ya hemos adelantado que antes de la traducción de don Juan Valera (1880) no parece haber existido ninguna otra traducción castellana [52]. En cambio, sí ha habido al menos cuatro en fecha posterior, sin que ninguna de ellas haya supuesto (es nuestra opinión) una aportación excepcional y algunas, más bien, lo contrario: se trata de las de J. M. Espinas Masip (1951), J. Farrán y Mayoral (1960), J. B. Bergua (1965) y la de J. N. de Prado y A. Blánquez (1965) [53].

Digamos, para terminar, que en lengua catalana se cuenta hoy con la versión de J. Berenguer (1964).

5. *Transmisión del texto. Ediciones*

El texto de Longo [54] nos ha llegado a través de diversos manuscritos, de los cuales el único casi completo

---

lenguas (cf. algunas referencias en Schönberger, a las que puede añadirse la reciente traducción al griego moderno por R. Roufos [1970]).

52 Después de tantas alabanzas y críticas como esta traducción ha recibido (en muchos casos suponemos que sin el debido cotejo con el original griego), sería deseable una opinión más ponderada. A nuestro modo de ver deberían distinguirse tres aspectos muy distintos: la lengua de Valera, a la que no cabe poner objeciones desde luego; su versión, que, desde un punto de vista estrictamente filológico, deja mucho que desear, pero que responde a una vieja tradición de traducciones muy literarias y libres; y su principal mérito, que fue permitir la lectura de Longo en castellano por primera vez. Una cuarta cuestión, la de que, por razones morales, haya varias páginas en que texto y traducción sigan caminos diferentes, no merece a estas alturas un comentario.

53 Desde hace algún tiempo prepara una edición crítica de Longo con una nueva traducción el profesor de la Universidad de Salamanca F. Romero Cruz.

54 Para un estudio de detalle, remitimos a las introducciones de las ediciones de Kairis, Dalmeyda y Schönberger, así como a H. Dörrie, *De Longi, Achillis Tatii, Heliodori memoria*, Gotinga, 1935.

es, precisamente, el más antiguo, el llamado *Laurentianus conv. soppr. 627*, del siglo XIII. Los demás tienen fechas recientes, entre los siglos XVI y XVIII, y, en última instancia, se remontan todos a un arquetipo que puede fecharse en los siglos IX o X. La pérdida gradual de cinco hojas del arquetipo, deducible del estado del texto transmitido, explica que todos nuestros manuscritos, excepto el *Laurentianus* citado, ofrezcan una laguna, aunque de diversa extensión, en el libro primero[55], cuyo contenido no estuvo al alcance de los editores hasta el descubrimiento del *Laurentianus* por el francés P. L. Courier en los primeros años del siglo pasado[56], el cual estuvo así en condiciones de publicar por primera vez el texto íntegro de la novela.

5.1. Ésta es la razón por la que el conjunto de las ediciones de Longo pueda dividirse en dos etapas, en cuanto al volumen del texto impreso. La primera se inicia, por supuesto, con la tardía *editio princeps*, obra de R. Colombani (Florencia, 1598), y en ella han de citarse las posteriores ediciones de G. Jungermann (1605), B. G. L. Boden (1777) y J. B. C. d'Ansse de Villoison (1778), esta última dotada de un importante comentario. En la segunda etapa, que arranca de la de Courier (1810), se han de destacar las ediciones de E. E. Seiler (1843), seguramente la mejor hasta fecha reciente, y las, todavía muy utilizadas, de las colecciones de *Erotici Scriptores* de G. A. Hirschig (1856) y R. Hercher (1858). De fechas más recientes son las de J. M. Edmonds (1916), que incluye la ya citada versión

---

55 Laguna que afecta a los capítulos 12-17. El *Laurentianus*, a su vez, tiene otra laguna importante (además de otras menores) al final del libro tercero y comienzo del cuarto.

56 Este descubrimiento, como es sabido, fue acompañado de un escándalo provocado por una mancha de tinta con que el propio Courier dañó el manuscrito. Véase una detallada historia de esta cuestión en un apéndice de la edición de DALMEYDA.

inglesa (naturalmente, retocada y ampliada) de Thornley, pero que como edición no merece el menor elogio, y la de A. Kairis (1932)[57], de gran calidad como verdadera edición crítica y a la que, en buena parte, sigue la de G. Dalmeyda (1934). La de O. Schönberger (1960), cuyo texto aceptamos para esta traducción, nos parece también excelente, aunque su aparato crítico sea demasiado limitado: su marcado conservadurismo en el establecimiento del texto, lejos de la tendencia correctora de Edmonds, Kairis y Dalmeyda, nos ha parecido, en este caso al menos, una garantía y un mérito[58].

---

57 Autor también de un estudio (inédito) sobre la lengua de Longo.

58 A punto de salir de la imprenta este libro, nos llega la noticia de dos nuevas traducciones de Longo al castellano: L. Rojas Álvarez, *Longo. Pastorales de Dafnis y Cloe*, México, 1981 (bilingüe), y F. J. Cuartero, *Dafnis y Cloe*, Barcelona, 1982.

BIBLIOGRAFÍA

M. Berti, «Sulla interpretazione mistica del romanzo di Longo», *Studi Class. Orient.* 16 (1967), 343-358.

J. M. Blanchard, «*Daphnis et Chloé*: histoire de la *mimésis*», *Quad. Urbin.* 20 (1975), 39-62.

C. Bonner, «On Certain Supposed Literary Relationships», I-II, *Class. Philol.* 4 (1909), 32-44 y 276-290.

M. Brioso, «Sobre la interpretación del símil de *Dafnis y Cloe* II 15, 3», *Emerita* 45 (1977), 379, 385.

— «Notas sobre Longo», en prensa en *Habis* 10 (1979).

L. Castiglioni, «Stile e testo del romanzo pastorale di Longo», *Rendiconti Ist. Lomb.*, Ser. 2, 61 (1928), 203-223.

H. H. O. Chalk, «Eros and the Lesbian Pastorals of Longos», *Journ. Hell. Stud.* 80 (1960), 32-51.

G. Dalmeyda, *Longus, Pastorales* (*«Daphnis et Chloé»*), París, 1934 (1960[2]).

S. Deligiorgis, «Longus'Art in Brief Lives», *Philol. Quart.* 53 (1974), 1-9.

H. Dörrie, *De Longi, Achillis Tatii, Heliodori memoria*, Gotinga, 1935.

J. M. Edmonds, *«Daphnis and Chloe» by Longus*, Londres-Nueva York, 1916.

Erotica Antiqua. Acta of the Int. Congress on the Ancient Novel, Bangor, 1977.

W. E. Forehand, «Symbolic Gardens in Longus' *Daphnis and Chloe*», *Eranos* 74 (1976), 103-112.

C. García Gual, *Los orígenes de la novela*, Madrid, 1972.

F. Garin, «Su i romanzi greci», *Studi It. Filol. Class.* 17 (1909), 423-460.

A. GEYER, «Roman und Mysterienritual. Zum Problem eines Bezugs zum dionysischen Mysterienritual im Roman des Longos», *Würzb. Jahr. f. d. Altertumswiss.*, N. S., 3 (1977), 179-196.

G. GIANGRANDE, «Konjekturen zu Longos, Xenophon Ephesios und Achilles Tatios», en *Miscellanea Critica... B. G. Teubner*, Leipzig, 1964, I, págs. 97-118.

E. H. HAIGHT, *Essays on the Greek Romances*, Nueva York, 1943.

R. HELM, *Der antike Roman*, Berlín, 1948 (Gotinga, 1956²).

A. KAIRIS, *Longus, Pastorales*, Atenas, 1932.

J. KESTNER, «Ekphrasis as Frame in Longus' *Daphnis and Chloe*», *Class. World* 72 (1973), 166-171.

D. N. LEVIN, «The Pivotal Role of Lycaenion in Longus' Pastorals», *Riv. Stud. Class.* 25 (1977), 5-17.

— «To whom did the Ancient Novelists address themselves?», *ibid.*, 18-29.

O. LONGO, «Paesaggio di Longo Sofista», *Quad. di Storia* 4 (1978), 99-120.

W. E. MCGULLOH, *Longus*, Nueva York, 1970.

C. MEILLIER, «L'épiphanie du dieu Pan au livre II de *Daphnis et Chloé*», *Rev. Ét. Gr.* 88 (1975), 121-132.

R. MERKELBACH, «*Daphnis und Chloe*. Roman und Mysterium», *Antaios* 1 (1959), 47-60.

— *Roman und Mysterium*, Munich-Berlín, 1962.

C. MIRALLES, *La novela en la antigüedad clásica*, Barcelona, 1968.

M. C. MITTELSTADT, *Longus and the Greek Love Romance*, tesis doct., Stanford, 1964.

— «Longus, *Daphnis and Chloe* and the Pastoral Tradition», *Class. et Med.* 27 (1966), 162-177.

— «Bucolic-lyric Motifs and Dramatic Narrative in Longus' *Daphnis and Chloe*», *Rhein. Mus.* 113 (1970), 211-227.

— «Love, Eros and Poetic Art in Longus», en *Fons Perennis. Saggi... in onore di V. d'Agostino*, Turín, 1971, págs. 305-332.

B. E. PERRY, *The Ancient Romances, a Literary-historical Account of their Origins*, Berkeley, 1967.

B. P. REARDON, *Courants littéraires grecs des IIe et IIIe siècles après J.-C.*, París, 1971.

M. D. REEVE, «Author's Variants in Longus», *Procced. Cambr. Philol. Soc.* 15 (1969), 75-85.

— «Fulvio Orsini and Longus», *Journ. Hell. Stud.* 99 (1979), 165-167.

H. REICH, *De Alciphronis Longique aetate*, tesis doct., Königsberg, 1894.

E. ROHDE, *Der griechische Roman und seine Vorläufer*, Leipzig, 1914³ (= 1960).

G. ROHDE, «Longus und die Bukolik», *Rhein. Mus.*, N. S., 86 (1937), 23-49.

F. ROMERO CRUZ, «Sobre la transmisión textual de Longo», *Emerita* 46 (1978), 131-135.

C. RUIZ MONTERO, *Análisis estructural de la novela griega*, Salamanca, 1979 (inéd.).

G. SALANITRO, «Varia philologica», *Helikon* 13-14 (1973-4), 400-406.

A. M. SCARCELLA, *La Lesbo di Longo Sofista*, Roma, 1968.

— *Struttura e tecnica narrativa nel romanzo di Longo Sofista*, 1968.

— «Realtà e letteratura nel paesaggio sociale ed economico del romanzo di Longo Sofista», *Maia*, N. S., 2 (1970), 103-131.

— «La tecnica dell'imitazione in Longo Sofista», *Giorn. It. Filol.* 23 (1971), 34-59.

— «La donna nel romanzo di Longo Sofista», *ibid.* 24 (1972), 63-84.

O. SCHISSEL VON FLESCHENBERG, *Entwicklungsgeschichte des griechischen Romans*, Halle, 1913.

— «Technik der Romanschlüsse im griechischen Liebesroman», *Wien. Stud.* 30 (1908), 231-242.

— «Die Technik des Bildensatzes», *Philologus* 72 (1913), 83-114.

— «Longos», en *Realencyclopädie* de PAULY-WISSOWA, XIII 2 (1927), cols. 1425-1427.

O. SCHÖNBERGER, *Longos, Hirtengeschichten von «Daphnis und Chloe»*, Berlín, 1960.

— «Spiegelung eines alten Verses?», *Rhein. Mus.* 119 (1976), 95-96.

P. TURNER, «*Daphnis and Chloe*: An Interpretation», *Gr. and Rom.*, 2.ª S., 7 (1960), 117-123.

E. VACCARELLO, «L'eredità della poesia bucolica nel romanzo di Longo», *Il Mondo Class.* 5 (1935), 307-325.

G. VALLEY, *Über den Sprachgebrauch des Longus*, tesis doct., Uppsala, 1926.

H. VAN THIEL, «Über die Textüberlieferung des Longus», *Rhein. Mus.*, N. S., 104 (1961), 356-362.

J. R. Vieillefond, «Paul-Louis Courier et l'Hellénisme au début du XIXe siècle», *Rev. Ét. Gr.* 91 (1978), 177-185.

D. C. C. Young, «Author's Variants in the Manuscript Tradition of Longus», *Proceed. Cambridge Philol. Soc.* 14 (1968), 65-74.

— «Second Thoughts on Longus's Second Thoughts», *ibid.*, 17 (1971), 99-107.

PREAMBULO

De caza en Lesbos, en un soto de las Ninfas con- 1
templé el más bello espectáculo que he visto: una pin-
tura, una historia de amor[1]. Lindo también era el soto,
arbolado, florido, con corrientes de agua. Un manantial
todo lo nutría, flores y arboleda. Pero más deliciosa
era la pintura, por su arte acabada, por su amorosa
peripecia. Tanto que muchos, forasteros incluso, acu-
dían a su fama, por devoción a las Ninfas y por el es-
pectáculo del cuadro: había en él mujeres de parto, 2
otras ataviando con pañales, criaturas expuestas, ga-
nado amamantándolas, pastores que las toman a su
cargo, jóvenes prometiéndose, correrías de bandoleros,
incursión de enemigos. Otros muchos episodios y todos
de amor vi y admiré y tuve el deseo de darles con la
letra una réplica[2].
Luego de procurarme un intérprete del cuadro, mi 3
empeño produjo cuatro libros, ofrenda a Eros, a las
Ninfas y a Pan, y un bien[3] para el gozo de todas las

---

1 Un estudio detallado del tipo de introducción a que responde ésta, con una *écfrasis*, puede leerse en el artículo de O. SCHISSEL VON FLESCHENBERG, «Die Technik des Bildeinsatzes», *Philologus* 72 (1913), 83-114.

2 Tópico del parangón entre pintura y poesía, de antiquísimo arraigo en la literatura griega, y resumido en el célebre «ut pictura poesis» horaciano.

3 Es difícil imaginar que no tenga Longo en la memoria un pasaje como TUCÍDIDES, I 22, 4.

gentes, que salud dé al enfermo y al que pena consuele, del que amó los recuerdos avive, y sea mentor del no
4 enamorado. Que en absoluto nadie escapó o escapará del Amor mientras exista hermosura y ojos para verla. Pero a nosotros el dios nos permita, con el alma sana, poner por escrito las pasiones ajenas[4].

---

[4] Para la interpretación, cf. nuestras «Notas sobre Longo», *Habis* 10 (1979), § 2.1, en prensa.

LIBRO PRIMERO

Mitilene es una ciudad de Lesbos, grande y bella, 1
pues está dividida por canales, circulando en su interior el mar, y la engalanan puentes de pulida y blanca piedra. Cabría pensar que se ve no una ciudad, sino una isla[5].

A unos doscientos estadios[6] de esta ciudad de Miti- 2
lene había una finca de un hombre adinerado, la más bonita propiedad: montes criaderos de caza, llanadas de trigales, colinas de viñedos, pastos para el ganado. Y a lo largo de una playa dilatada, de muelle arena, batía el mar.

Cuando en esta finca apacentaba el rebaño un ca- 2
brero, por nombre Lamón, encontró un niño al que una de las cabras daba de mamar. Había un encinar y maleza poblada de zarzales con hiedra errante por encima y blando césped, en el cual el crío yacía. Allá la cabra corriendo de continuo iba a desaparecer una y otra vez y, dejando a su chivo abandonado, se demoraba junto a la criatura.

---

[5] La antítesis es artificiosa y de ahí que muchos traductores recurran a una mención más plural, como «un archipiélago», «un grupo de islas», etc. Este contraste entre ciudad e isla se repetirá en Aquiles Tacio (II 14). Por otra parte, de esta conformación de Mitilene nos hablan Pausanias (VIII 30, 2) y Estrabón (XIII, 2, 2), y de la belleza de la ciudad es aún un eco el «Mytilene pulchra» de Horacio, *Epist.* I 11, 17.

[6] Algo más de 35 Km.

2 Atento está Lamón a estas idas y venidas, compa-
decido del chivo descuidado. Y en el apogeo del medio-
día, yendo en pos del rastro, ve a la cabra que caute-
losamente lo tiene con sus patas rodeado, para, al
pisar, no ocasionarle con las pezuñas ningún daño, y
al niño que, como del seno mismo de su madre, el hilo
3 de leche succionaba. Con el asombro que era natural,
se les acerca y descubre a un varoncito, robusto y lindo,
entre pañales mejores que la suerte de un niño aban-
donado. Pues había una mantilla de púrpura, un broche
de oro y una espadita con empuñadura de marfil[7]
3 A lo primero se le ocurrió, llevándose tan sólo las
prendas de identificación, no atender a la criatura.
Luego, avergonzado de no imitar en humanidad ni aun
a una cabra, y esperando la llegada de la noche, lleva
todo, las prendas y el niño y hasta la propia cabra,
2 ante Mírtale, su mujer. Y a ella, estupefacta ante la idea
de que las cabras paran niños, todo se lo explica: cómo
lo encontrara abandonado, cómo lo viera alimentarse,
cómo se avergonzó de dejarlo para que muriese allí.
Siendo ella de igual parecer, esconden los objetos que
acompañaban al expósito, aceptan la criatura como
suya y confían a la cabra su crianza. Y a fin de que
también el nombre del niño pareciese el de un pastor,
acordaron ponerle Dafnis.

7 Típicos *gnorísmata* o prendas que permitían un eventual reconocimiento futuro por parte de los auténticos padres de la criatura expuesta. Tres objetos hay también en el *Ión* euripideo (vv. 1412 ss.), remoto modelo de este recurso tan utilizado por la Comedia Nueva, etc. En cuanto a estas prendas concretas, el término que traducimos por «mantilla» es variable en los manuscritos y vuelve a ser problemático en IV 21, 2, y, de todos modos, otro semejante aparece en MENANDRO, *Tonsurada* 822 (392). La púrpura era el color noble por excelencia y corroboraba la buena cuna del niño. Y una espada se da con idéntica función en la leyenda de Teseo, tal como vemos en el fr. 236 PF., de CALÍMACO.

Pasados que fueron ya dos años, un pastor, de nombre Driante, que apacentaba ganado en campos aledaños, tropieza también él con hallazgo y espectáculo parejos. Había una gruta dedicada a las Ninfas, un gran peñasco hueco en su interior, por fuera redondeado[8]. Las imágenes de las propias Ninfas habían sido labradas en piedra: los pies descalzos, brazos desnudos hasta la altura de los hombros, las cabelleras sueltas hasta las gargantas, un cinto en torno al talle, despejado el ceño por una sonrisa. El aire del grupo era el de un corro de danzantes.

4

2

La cueva arrancaba desde el centro exacto de la gran peña. Y el agua que del manantial borboteaba se vertía en forma de arroyuelo, de suerte que delante de la gruta también se extendía un prado delicioso, al nutrir la humedad abundante y tierna hierba. Y estaban allí consagrados, como exvotos de viejos pastores, colodras, flautas, zampoñas y caramillos[9]. 3

A este santuario de las Ninfas una oveja recién parida acudía con tal asiduidad que en muchas ocasiones se la creyó perdida. Con la intención de corregirla y hacerla retornar a las buenas costumbres anteriores, Driante, combando una atadura de verde varilla de mimbre a manera de lazo, se allegó a la peña para atraparla allí. Mas de cerca no alcanzó a ver nada de lo que había esperado, sino a aquélla, que le daba a una criatura la ubre del modo más humano para que sin escatimar mamara de su leche, y a ésta que, sin llorar, ansiosamente pasaba de la una a la otra ubre su boca limpia y reluciente, pues la oveja con su lengua le lamía la cara en cuanto se saciaba de alimento. 5

2

[8] Cf. descripciones de grutas en *Odisea* XIII 102-112, TEÓCRITO, VII 136 ss., y sobre todo, ALCIFRÓN, IV 13, 4 s.

[9] Para detalles sobre las flautas antiguas, cf. A. A. HOWARD, «The Αὐλός or Tibia», *Harv. Stud. Class. Philol.* 4 (1893), 1-60, e *infra*, n. 16.

3 Hembra era el pequeñuelo éste y también la acompa-
ñaban pañales y prendas destinadas a ser reconocidas:
una cofia bordada en oro, zapatos dorados y ajorcas
de oro para los tobillos [10].
6 Con la idea de que su hallazgo era algún designio
divino y con la oveja de maestra en compasión y amor
a la criatura, la alza entre sus brazos, pone a buen
recaudo en su zurrón las prendas y ruega a las Ninfas
que sea de feliz augurio la crianza de la que bajo su
2 amparo había estado. Y al llegar la hora de recoger el
hato y llegado que hubo a la majada, le cuenta lo que
viera a su mujer, le enseña lo encontrado, la anima a
tenerla por su hijita y, sin dar cuenta a nadie, a criarla
3 como propia. Y Nape (que así se llamaba), al punto,
fue una madre que puso tal amor en la pequeña cual
si temiera que la oveja fuese a avergonzarla. Y tam-
bién ella le da, para evitar sospechas, un nombre de
pastora: Cloe [11].
7 Estos niños crecieron prontamente y en ellos resal-
taba una belleza en nada rústica. Ya tenía el uno quince
años y ella dos menos, cuando Driante y Lamón en una
2 misma noche tuvieron este sueño: les pareció que las
Ninfas de la gruta aquélla de la fuente, en que Driante
hallara a la pequeña, ponían a Dafnis y a Cloe en ma-
nos de un rapaz presuntuoso y guapo, con alas en los
hombros y dardos y un arco diminutos. Y que el rapaz,
con un toque a ambos de una saeta solamente, les or-

---

10 El término *mitra* («cofia») puede referirse realmente a una especie de cofia, pero también es uno de los varios nombres del ceñidor del pecho femenino. Aquí parece más verosímil lo primero. Sin embargo, en Heliodoro la protagonista Cariclea llevaba, precisamente, al ser expuesta, un ceñidor entre sus *gnorísmata*. Por lo demás, otra *mitra* aparece con esta misma función en *Tonsurada* 823 (393), y unos zapatos, en el ya mencionado fr. de CALÍMACO.

11 «Hierba tierna y verde». Como epíteto se aplica a la diosa agrícola Deméter.

denaba apacentar en adelante, a él el rebaño de las cabras, a ella las ovejas.

La visión de este sueño los afligió, porque pararían 8
en pastores y cabreros[12] los que por la calidad de sus pañales estaban llamados a un destino superior, en atención al cual con mesa más escogida los criaban y habían hecho que aprendieran las letras y todo cuanto de bueno la vida del campo permitía. Pero su parecer fue seguir los dictados de los dioses, por cuya providencia se habían salvado. Se dan cuenta mutuamente 2
de su sueño y hacen un sacrificio al lado de las Ninfas en honor del mozalbete de las alas (pues no sabían su nombre) y los mandan de pastores con sus hatos, no sin enseñarles cada cosa: de cómo hay que llevarlos al pasto antes del mediodía y luego de que afloje la calor[13]; de la hora de abrevarlos, de la de traerlos de 3
vuelta a la majada; con cuáles se ha de echar mano del cayado, con cuáles sólo de la voz. Y ellos con mucho gozo lo aceptaban, como elevado mando, y en cabras y en ovejas pusieron más amor que es de uso entre pastores, la una porque el estar a salvo a una oveja atribuía, el otro por tener en la memoria cómo, abandonado, una cabra lo criara.

Érase el comenzar la primavera[14] y todas las flores 9
mostraban su esplendor, en los sotos, en los prados y en los montes. Había ya rumor de abejas, gorjeo de los pájaros cantores, brincos de recentales: los corderos

---

12 La capacidad decisoria del sueño es un tópico muy antiguo en la literatura griega y representa un modo de intervención divina en la vida humana. La imposición por este conducto de una profesión recuerda, sin duda, los sueños de consagración de los artistas (cf., del autor de esta traducción, «¿Otra consagración poética?: Anacreóntica primera», *Emerita* 47 [1979], 1-9).

13 Sobre este tema, cf. VIRGILIO, *Geórgicas* III 322-338.

14 Cf. otra descripción de la primavera, con diferente tono desde luego, en III 12 s., así como las demás descripciones de las estaciones en I 23, 3; II 1, y III 3.

retozaban en las lomas, zumbaban en las praderas las
abejas, las espesuras resonaban con el trino de las
2 aves. En todo reinaba tan bonancible tiempo que, tier-
nos y juveniles como eran, se pusieron a imitar cuanto
escuchaban y veían. Si oían el canto de los pájaros,
cantaban ellos; si contemplaban a los corderos respin-
gando, saltaban ágilmente, y, también por querer emu-
lar a las abejas, recogían las flores y unas se las
echaban al regazo y otras, entretejidas en menudas
guirnaldas, las llevaban a las Ninfas.

10 Comunes eran todos sus actos a fuerza de acudir
a vecinos pastizales. Muchas veces Dafnis reagrupaba
las ovejas que se apartaban del rebaño, muchas veces
era Cloe la que hacía descender desde los riscos a las
más atrevidas de las cabras. Y también uno guardaba
ambas manadas, cuando el otro se enfrascaba en un
juego. Y estos juegos suyos eran los propios de pas-
2 tores y de niños. Ella salía a recoger de algún paraje
tallos de asfódelo[15] y tejer una jaula para grillos y,
atareada en esto, desatendía sus ovejas. Él cortaba
finas cañas, agujereaba los tramos entre nudos y, sol-
dándolos con blanda cera, se ejercitaba en tañer su
3 flauta hasta que era anochecido[16]. En ocasiones in-
cluso compartían su leche y vino, y de las meriendas,
que llevaban de casa, hacían plato común. Y antes se
habría visto sus ovejas y sus cabras unas de otras se-
paradas que a Cloe de Dafnis.

---

15 Cf. TEÓCRITO, I 52 s.

16 Se trata de la *siringa* o flauta de Pan. Esta especie de zampoña podía estar formada por un número variable de canutos soldados entre sí y, en principio, de igual longitud, por lo que la cera era usada también para taponarlos y crear así el requerido escalonamiento de sus longitudes. Pero (cf. II 34, 3) sin duda LONGO se refiere ya a la más moderna zampoña de «cañas desiguales», que será prolijamente descrita por AQUILES TACIO en VIII 6.

Pero mientras se dedican a semejantes juegos Amor 11
se ingeniaba para darles desazón de esta manera:

Una loba, que criaba unos cachorros y urgida de buscar pitanza para darles el sustento, de los campos vecinos sustraía abundantes presas de otros rebaños.
Se reúnen, pues, los aldeanos. Por la noche cavan fosos 2
de una braza de ancho por cuatro de hondo. Desparraman, llevándola a distancia, la mayor parte de la tierra removida y, tendiendo varas secas y alargadas para cubrir la zanja, esparcen el resto de la tierra hasta dar la apariencia que el suelo tenía antes. De tal modo que, con una liebre que a la carrera cruce, quiebre las ramas, menos resistentes que pajuelas, y entonces se averigüe que no había tal suelo sino un remedo solamente[17].

Pese a que excavaron muchos hoyos así, tanto en los 3
montes como en los llanos, no lograron capturar a la loba, pues no se le escapaba que aquél era un suelo artificial. Pero sí hicieron perecer muchas cabras y ovejas, y por poco a Dafnis de este modo:

Unos machos cabríos en pleno celo se pusieron a 12
luchar. A uno de ellos de resultas de un choque más violento se le quiebra un cuerno y, dolorido y resoplando, emprende una huida que el ganador, yéndole a la zaga, no le deja detener. Dafnis, con sentimiento por el cuerno roto, a la vez que irritación por la arrogancia, toma un palo y el cayado y tras el perseguidor
se lanza en persecución. Y como lo mismo el que es- 2
capaba que el que furibundo perseguía no acertaban a distinguir con precisión lo que pisaban, caen los dos en una zanja, por delante el macho y detrás Dafnis. A Dafnis justamente lo libró que el buco le sirviera de sostén en su caída.

---

17 Heródoto (IV 201) nos describe una trampa muy semejante, aunque con una finalidad bien distinta.

3 Quedó, pues, el muchacho entre sollozos a la espera
de que alguien, si pasaba, fuera a izarlo. Pero Cloe,
que vio lo sucedido, se presenta a la carrera junto al
foso, se entera de que vive y reclama el socorro de un
4 vaquero de los campos cercanos. Éste llega y busca
una soga tan larga que, sujeto a ella y a tirones desde
arriba, pueda salir Dafnis. No había cuerda ninguna,
pero Cloe, soltándose el ceñidor [18], se lo alarga al va-
quero para echarlo, y así los dos en el borde se pusie-
ron de pie a tirar. Y Dafnis trepó ayudando con las
5 manos a sus tirones del ceñidor, e izaron también al
macho desdichado, que tenía quebrados los dos cuer-
nos: ¡tanto expió por el buco derrotado! Al vaquero
se lo dan agradecidos en recompensa para ser sacrifi-
cado, y se aprestan a fingir un ataque de los lobos si
alguien de sus casas lo echa en falta.

De regreso pasan revista a sus ovejas y sus cabras,
y una vez que han averiguado que tanto unas como
otras siguen paciendo en orden, sentados en el tronco
de una encina miran a ver si Dafnis, de la caída, sangra
6 en alguna parte de su cuerpo. No había desde luego
herida alguna ni sangraba, pero tenía cubiertos de tie-
rra y de barro el pelo y el resto del cuerpo. Y decidie-
ron que se lavara antes de que Lamón y Mírtale cayeran
en la cuenta del suceso.

13 Llegándose con Cloe a la cueva de las Ninfas le da
a guardar su ropilla y su zurrón. Se acerca al manan-
2 tial y se lava el pelo y todo el cuerpo. Y era su melena
negra y abundante, y estaba tostado por el sol: se hu-
biera podido imaginar que el color de su piel se lo daba
la sombra del cabello. Y a Cloe, que lo miraba, le pa-

---

18 Es decir, la especie de larga faja o venda con que se ceñían el pecho las mujeres y que podía ser, con frecuencia, una prenda exterior y, por tanto, muy fácil de utilizar eventualmente para otros fines, como aquí. Otras traducciones, como «la cinta de sus crenchas» de Valera, son erróneas.

recía que Dafnis era hermoso, y, como antes no le parecía así, dedujo que el baño era el causante de esta belleza. Y también, mientras le lavaba la espalda, la carne le resultaba blanda al tacto, de modo que a escondidas muchas veces Cloe se tocaba para probar si su cuerpo era aún más delicado. Entonces (pues el sol 3
se ponía), llevaron de recogida los rebaños a sus casas, y Cloe no sentía ningún otro deseo que el de volver a contemplar a Dafnis en el baño.

Al día siguiente, al llegar a los pastos, Dafnis se 4
sentó al pie de la encina acostumbrada a tocar la flauta y, a la vez, vigilaba sus cabras que, echadas, estaban como atentas a sus sones. Y Cloe, sentada a la vera, también tenía la vista en sus ovejas, aunque más aún en Dafnis, y éste tocando la zampoña otra vez se le antojaba hermoso, y en esta ocasión a la música achacaba su belleza, de modo que, cuando Dafnis cesó, tomó igualmente ella la zampoña por ver si también se volvía hermosa. Lo convenció para que de nuevo se 5
bañara y lo vio bañarse y tras mirarlo lo tocó y otra vez al regresar se deshacía en elogios, en elogios que eran avanzadilla del amor.

La verdad era que la muchacha no sabía qué le pasaba, jovencita aún y criada en los campos y sin oír a ninguna otra persona mencionar el nombre del amor. Una desazón continua se había apoderado de su alma [19], los ojos no la obedecían, murmuraba a cada instante «Dafnis», no reparaba en la comida, de noche no dor- 6
mía, el ganado tenía desatendido, tan pronta estaba a la risa como al llanto, lo mismo dormitaba que se alzaba de un brinco; su rostro estaba macilento, otras veces se le ponía rojo y ardiente [20]. Conducta tal, que ni ⟨se esperaría en⟩ una becerra picada por un tábano.

---

19 Cf. SAFO, fr. 96, 17 L. P., del que, tal vez, haya aquí un eco.

20 Cf. los efectos iniciales del amor en Dafnis (I 17, 2 ss.),

En ocasiones, a solas, se le venían a la mente, in-
14 cluso, palabras como éstas: «Ahora estoy enferma, pero
ignoro cuál sea mi mal [21]. Tengo una dolencia y no sufro
herida alguna. Estoy llena de pena y ninguna oveja se
me ha muerto. Me abraso y estoy sentada en plena
2 sombra. Cuántos zarzales tantas veces me arañaron
sin que llorase; cuántas abejas me hincaron su aguijón,
mas seguí comiendo [22]. Pero más doloroso que todo
aquello es esto que me punza el corazón. Hermoso es
Dafnis: también lo son las flores; hermosamente suena
su zampoña: también los ruiseñores, pero ellos no me
3 importan. ¡Ojalá me convirtiera en su zampoña, para
que su soplo penetrara en mí! ¡Ojalá en cabra, para
que él fuera mi cabrero! [23]. ¡Agua malvada!: a Dafnis
sólo hiciste bello, y yo me he bañado para nada. Estoy
perdida, amadas Ninfas. Y ni aun vosotras acudís a
salvar a la doncella que se criara entre vosotras. ¿Quién,
4 cuando yo no esté, os pondrá guirnaldas? ¿Quién sacará
adelante a los míseros corderos? ¿Quién cuidará del
grillo parlanchín, que con muchos esfuerzos capturé
para que con su canto junto a la gruta me hiciera con-
ciliar el sueño? Pero ahora estoy insomne por causa
de Dafnis y el grillo parla en vano.»
15 Por trance tal pasaba Cloe y con tales palabras se
expresaba, en busca del nombre del amor.

Pero el cabrero Dorcón, que a Dafnis y al macho
había izado fuera de la zanja, un muchacho al que

---

con algunos detalles comunes, e, igualmente, el monólogo que sigue en ambos casos. Nótense los aspectos patológicos del nacimiento de la pasión, que tan usuales son en el género (cf. C. Miralles, en *Erotica Antiqua*, 20 sig.).

21 Cf. Platón, *Fedro* 255d.

22 Innumerables han sido los intentos de corrección o de interpretación de esta palabra, como si fuese tan chocante o de tan mal gusto que Cloe haga esta observación.

23 Expresión tópica de deseos en la literatura amatoria (cf., más adelante, II 2, 2 y IV 16, 3).

apuntaba ya la barba y que sabía de las obras y los nombres del amor, aquel día se enamoró de Cloe, y cuantos más pasaban más se le abrasaba el alma. De Dafnis, como de un niño, no se preocupaba, y resolvió conseguirla con regalos o a la fuerza.

Como primeros presentes les llevó, al uno, una 2
zampoña pastoril, con nueve cañas ensambladas con bronce en vez de cera[24], y a la otra una piel de cervatillo de las que usan las bacantes, con tal colorido que
parecía pintada. Pero, desde el momento en que por 3
un camarada lo tuvieron, poco a poco dejó de ocuparse de Dafnis, en tanto que sin faltar ni un día le llevaba a Cloe o un queso fresco o una guirnalda hecha de flores o una manzana bien madura[25]. Y alguna vez hasta le llevó un ternero recién nacido y un vaso[26] con adornos de oro y crías de los pájaros del monte. Y ella, que ignoraba las mañas de un enamorado, disfrutaba al recibir estos presentes, pero su placer era mayor porque podía regalárselos a Dafnis.

Y como era hora de que también Dafnis conociera 4
ya los trabajos que da amor, cierta vez se produjo entre Dorcón y él una disputa sobre cuestión de belleza. Cloe hacía de juez y un beso de Cloe era el galardón del vencedor. Y habló Dorcón así el primero:

---

24 Se trata, evidentemente, de una siringa de gran calidad, no como las improvisadas por Dafnis. El número de canutos es el mismo que en [Teócrito], VIII 18 ss., y debía de ser poco corriente (lo más normal era la cifra de siete).

25 Conocido símbolo erótico (cf. el detallado estudio de A. R. Littlewood, «The Symbolism of the Apple in Greek and Roman Literature», *Harv. Stud. Class. Philol.* 72 [1967], 147-181).

26 En realidad, un tipo de cuenco como el que aparece (y que nos es prolijamente descrito) en Teócrito, I 27 ss., utilizable tanto para ordeñar como para beber y con tamaños, por supuesto, distintos (cf. el trabajo de A. M. Dale recogido en sus *Collected Papers*, Cambridge, 1969, págs. 98-102).

16 —Yo, muchacha, soy más alto que Dafnis; yo un vaquero y él un cabrero[27]. Y valgo tanto más que él cuanto los bueyes valen más que las cabras. Soy blanco como la leche y rubio como la mies a punto de siega.
2 Y me crió mi madre, no una bestia. Ése, en cambio, es pequeño, imberbe cual mujer y negro como un lobo. De apacentar cabrones se le ha pegado su horrible hedor, y es tan pobre que ni a un perro puede mantener. Y si, según cuentan, lo amamantó una cabra, en nada se distingue de los chivos.
3 Tales fueron las palabras de Dorcón y, después de este discurso, dijo Dafnis:

—A mí me crió una cabra, igual que a Zeus[28]. Apaciento cabrones más altos que sus bueyes. Pero no me han pegado olor alguno, porque tampoco a Pan, por
4 más que un buco sea en su mayor parte. No me falta el queso, el pan cocido al espetón y el vino blanco, que son bienes del campesino rico. Soy imberbe, que lo es también Dioniso. Negro, como lo es el jacinto[29]. Pero más vale Dioniso que los sátiros y más el jacinto que
5 los lirios. Ése es rubio, igual que lo es la zorra; barbado como un macho cabrío y blanco como una dama de ciudad. Caso de que sea a mí al que hayas de besar, besarás mi boca; y, en cambio, de ése besarías los pelos de su barba[30]. Y acuérdate, muchacha, de que a ti te crió una oveja y, sin embargo, también eres hermosa.

---

27 Cf. TEÓCRITO, I 86. Según DONATO (*Vida de Virgilio* 49), en el escalafón de honor del género bucólico los cabreros ocupaban el grado ínfimo, los vaqueros el superior y los pastores el intermedio.

28 Al que amamantó, según el mito, la cabra Amaltea.

29 Cf. *Odisea* VI 230 s.; TEÓCRITO, X 26 ss., y el comentario de GOW al v. 28. El epíteto más corriente para el «jacinto» (en realidad, toda una variedad de plantas posibles) es «purpúreo», pero también aparece, a veces, «negro».

30 Véase el comentario de GOW a TEÓCRITO, III 9.

Cloe no esperó más, sino que, encantada con el piropo y deseosa hacía tiempo de besar a Dafnis, se abalanzó a besarlo, de modo inexperto y torpemente, pero capaz de sobra de inflamar un alma. 17

Dorcón, pues, dolorido, se alejó a la carrera buscando 2
al tiempo cómo abrir otras vías a su pasión. Pero Dafnis, como si lo hubieran mordido y no besado, tomó de inmediato un aire taciturno, sufría continuamente escalofríos, trataba de contener el palpitante corazón y no quería sino mirar a Cloe, aunque al mirarla se cubría
de rubor. Por primera vez entonces le causaban mara- 3
villa su cabello, por ser rubio; sus ojos, por grandes como los ojos de una vaca; y el rostro, porque de cierto era más blanco incluso que la leche de las cabras: como si se estrenara en tener ojos y antes hu-
biera estado ciego. Ni tomaba alimentos, sino para, a 4
lo más, probarlos; y de beber, si en algún momento era obligado, de humedecer la boca no pasaba. Se estaba callado quien antes era más parlero que los grillos; perezoso quien antes más inquieto que sus cabras. El rebaño incluso estaba descuidado, tirada la zampoña. Su cara tenía menos color que la hierba en el verano[31], y guardaba su plática tan sólo para Cloe, y si algún rato se apartaba de ella mantenía consigo tal
soliloquio: «¿Qué efecto es éste que me produce un 18
beso de Cloe? Sus labios son más suaves que las rosas y su boca más dulce que un panal[32], pero su beso más punzante que el aguijón de una abeja[33]. Muchas veces besé a mis cabritos, muchas besé a los perrillos a poco de nacer y al ternero que Dorcón le regaló. Pero este

---

31 Entendemos la expresión del mismo modo que Hirschig, Schönberger y otros. De modo distinto la entienden autores como Dalmeyda y Grimal. Cf. SAFO, fr. 31, 14 L. P.

32 Cf. TEÓCRITO, I 146.

33 Cf. ya JENOFONTE, *Memorables* II 3, 11-13, y aquí, AQUILES TACIO, II 7, 6.

beso es otra cosa: se me escapa el resuello, se me sale el corazón a saltos, se me derrite el alma y, sin em-
2 bargo, quiero besarla otra vez. ¡Qué funesta victoria!, ¡qué extraña enfermedad, cuyo nombre ni siquiera conozco! ¿Acaso antes de besarme probó Cloe alguna pócima? ¿Cómo entonces no murió? ¡Cómo se oyen cantar los ruiseñores y mi zampoña está en silencio! ¡Cómo respingan los cabritos y yo me estoy sentado! ¡Cómo se abren las flores y yo no trenzo guirnaldas! Florecen las violetas y el jacinto, mientras Dafnis se marchita. ¿Hasta Dorcón habrá de parecer más guapo que yo?»
19 Por tal trance pasaba el buen Dafnis, tal decía: que por primera vez probaba las obras y palabras del amor.

Y el boyero Dorcón, el que andaba de Cloe enamorado, y que acechaba a Driante cuando enterraba un plantón de vid por allí cerca[34], se le arrima con unos quesillos deliciosos y se los ofrece de regalo, pues era un viejo amigo de cuando el propio Driante apacentaba sus ovejas. Y luego de comenzar por ese extremo, logró
2 llevar la charla hacia el casamiento de Cloe. Si la tomaba por esposa, prometía presentes tantos y valiosos como se espera de un boyero[35]: una yunta de bueyes de labranza, cuatro colmenas, cincuenta plantones de manzanos, una piel de toro para hacerse zapatos, un
3 ternero destetado cada año. De manera que Driante estuvo casi a punto, seducido por los regalos, de dar a tal unión su asentimiento. Mas en la idea de que la doncella era digna de un esposo de más alta calidad, y por

---

[34] La expresión es un tanto ambigua y con frecuencia ha sido entendida como: «plantaba un arbusto (es decir, 'enterraba un plantón') cerca de un pie de vid», e interpretada en el sentido de que realmente clavaba un rodrigón. Véase, luego, II 1, 4 y n. 69.

[35] Algún traductor (por ej., SCHÖNBERGER) entiende: «si se piensa que sólo era un boyero», con lo que se despoja a la frase y a la persona del propio boyero de toda su graciosa presunción. No debe olvidarse lo dicho en n. 27.

el miedo a caer en infortunios sin remedio si alguna
vez fuese público su hurto[36], dio un no a la boda, pidió
disculpas y declinó los obsequios nombrados.
Dorcón, pues, como en su segunda esperanza hu- 20
biera errado y perdido unos ricos quesos sin provecho,
resolvió apoderarse de Cloe cuando se encontrara sola.
Al observar que cada día llevan sus ganados a abrevar
Dafnis una vez y otra la muchacha, maquina una ar-
timaña muy propia de un pastor. Toma la piel de un 2
lobo enorme, al que un toro, en lucha por defender a
la vacada, había en una ocasión matado con sus cuer-
nos. Con ella se recubre desde los hombros a los pies,
de modo que las patas delanteras se superpongan a
sus brazos, las traseras a sus piernas hasta el talón, y
que la abertura del hocico envuelva su cabeza, tal cual
el yelmo de un guerrero[37].
Transformado así, lo más que pudo, en fiera, se 3
acerca al manantial en que beben las cabras y ovejas
después de haber pastado. El manantial estaba en una
hondonada y por todo su contorno el paraje era bravío,
con espinos y zarzales y enebro bajo y cardos: incluso 4
un lobo de verdad fácilmente podría haber estado allí
escondido y al acecho. Y allí se ocultó Dorcón a la es-
pera de la hora de abrevar, con toda su esperanza puesta
en atrapar a Cloe valiéndose del miedo que con su fi-
gura le infundiera.
Al cabo de un rato no muy largo hacía Cloe bajar 21
el ganado hacia la fuente, dejando a Dafnis, que cor-
taba ramas verdes para regalo de sus chivos tras el

36 Evidentemente, por haber dispuesto de quien no era, en verdad, su hija, aunque no puede estar lejos la idea de correr el riesgo de pasar por secuestrador de niños, de acuerdo con el tipo tan corriente, por ej., en la comedia plautina.

37 Cf. el descrito, por ej., en *Ilíada* X 261 ss. El disfraz de Dorcón puede muy bien estar inspirado en la *Dolonía* homérica y en el *Reso* (vv. 208 ss.).

2 pasto[38]. Y los perros que la seguían, guardianes de las
ovejas y las cabras, que como canes que eran iban re-
gistrando todo con su alfato, descubren a Dorcón cuan-
do ya rebullía para atacar a la zagala, le ladran feroz-
mente y se lanzan a por él como si de un lobo se tratara.
Rodeándolo, antes de que con el susto acabara de al-
3 zarse, la emprendieron a dentelladas con la piel. En
tanto él, con la vergüenza de verse en evidencia y al
resguardo de la piel que lo tapaba, se estaba echado y
en silencio en la espesura. Pero una vez que Cloe, en el
sobresalto de lo primero que acertara a ver, llamó a
Dafnis en su ayuda, y los perros, arrancándole la piel
por todas partes, en su propio cuerpo lo alcanzaban,
lamentándose a gritos suplicaba socorro a la muchacha
4 y a Dafnis que acudía. Entonces a los canes pronta-
mente los aplacan con la llamada de costumbre y llevan
a Dorcón hasta el manantial para lavarle los mordis-
cos, que en muslos y hombros le habían hecho las
dentelladas de los perros, y le aplican, después de mas-
5 ticarla, corteza tierna de olmo[39]. Con su inexperiencia
de los atrevimientos que el amor provoca, atribuyeron
el disfraz de la piel a una broma de pastor, y ni siquiera
se enfadaron; al contrario, consolando a Dorcón, lo
despidieron un trecho llevándolo del brazo.

22 Éste dedicaba cuidados a su cuerpo, tras correr tan
gran peligro y a salvo de boca de perro, no de lobo,
según dicen[40]. Y a Dafnis y a Cloe harto trabajo hasta
2 la noche les costó reunir cabras y ovejas. Pues, espan-
tadas por la piel y alborotadas por los ladridos de los

---

[38] Cf. II 20, 2, donde el autor recurre a un pretexto semejante para alejar a Dafnis de su compañera por necesidades narrativas.

[39] Es decir, la parte interna de la corteza, utilizada frecuentemente con fines medicinales.

[40] «De la boca de un lobo» era una expresión usual para aludir a un peligro del que se salía (cf. la fábula esópica 224 CHAMBRY, 156 PERRY).

perros, unas habían trepado hasta las peñas y otras
bajado a la carrera hasta el mismo mar. Por más que
estaban amaestradas para que obedecieran a una voz,
cedieran a la seducción de una zampoña y se reunie-
ran al oír una palmada, esa vez sin embargo el terror
les infundió el olvido de todas esas normas. Y a duras 3
penas, siguiéndoles el rastro como a liebres, termina-
ron por llevarlas al aprisco.

Por sólo aquella noche durmieron con un profundo
sueño, hallando en su fatiga un tónico para sus inquie-
tudes amorosas. Pero, al renovarse el día, otra vez de 4
vuelta se encontraban con semejantes congojas. De
verse disfrutaban, se afligían al separarse, sufrían, de-
seaban algo sin que supieran qué era lo deseado [41]. Tan
sólo esto conocían: que a él un beso lo perdió y un
baño a ella.

También los abrasaba la época del año. Érase ya 23
entonces el fin de la primavera y el inicio del verano,
y todo estaba ya en sazón, los árboles con fruto, los
llanos con las mieses. Dulce era el resonar de las ciga-
rras, dulce el aroma de la fruta [42], grato el balar de las
ovejas. Cabría imaginar que hasta los ríos con su man- 2
so fluir entonaban un canto, que los vientos tocaban
la zampoña al soplar entre los pinos [43], que las man-
zanas buscaban amorosas desplomarse por tierra, y que
el sol, aficionado a la belleza, a todos procuraba des-
nudarlos.

Dafnis, que sufría los ardores que le llegaban de
la naturaleza toda, se sumergía en las aguas de los ríos,
unas veces se lavaba, otras pretendía pescar entre el
torbellino de los peces. Y en más de una ocasión bebía
incluso, con el afán de apagar la interna quemazón.
Y Cloe, cuando había ordeñado sus ovejas y la mayor 3

41 Cf. PLATÓN, *Fedro* 255d, y aquí II 8, 3.

42 Cf. TEÓCRITO, VII 143.

43 TEÓCRITO, I 1 ss.

parte de las cabras, por largo tiempo se ocupaba en hacer que la leche se cuajase, pues las moscas se mostraban tenaces molestándola y hasta picándola si pretendía ahuyentarlas. Y luego de esto, se lavaba la cara, se coronaba con ramas de pino, se ceñía la piel de cervatillo y, llenando el cuenco a rebosar de vino y leche, con Dafnis en común se lo bebía.

24 Pero era al llegar el mediodía cuando sus ojos quedaban apresados. Pues a ella, al ver desnudo a Dafnis, su entera belleza la invadía y derretíase sin poder descubrir la menor tacha en parte alguna de su cuerpo. Y él, al contemplarla cuando con su piel y su guirnalda le alargaba el cuenco, creía ver a una de las Ninfas de
2 la gruta. Entonces le arrebataba de la cabeza las ramas de pino y él mismo se coronaba, besando antes la guirnalda. Y Cloe se vestía con las ropas de Dafnis, mientras él estaba lavándose y desnudo, no sin antes
3 besarlas también ella. En alguna ocasión, incluso, se arrojaron manzanas [44] uno al otro y, peinándose el cabello, se engalanaron mutuamente las cabezas. Ella comparó, por negro, el pelo de Dafnis con los mirtos; él con una manzana el rostro de ella, porque era blanco
4 y sonrosado [45]. La enseñaba a tañer la flauta, pero, apenas empezaba a soplar, Dafnis arrancándole la zampoña recorría las cañas con sus labios. Y parecía corregirle sus errores, mas con este simulacro besaba por mediación de la zampoña a Cloe [46].

---

44 Cf. n. 25. Longo juega, evidentemente, con la ignorancia del símbolo por parte de los adolescentes y su conocimiento por la del lector.

45 Cf. Teócrito, VII 117, «Anacreóntica» 17, 18 s. Preis.; Ovidio, *Metamorfosis* III 482 ss., etc.

46 Cf. Luciano, *Diál. de los dioses* V 2; Aquiles Tacio, II 9, 2 s., y aquí, III 8, 2, como una variante del mismo tema erótico.

Y mientras tañía Dafnis su siringa a la hora de la 25
siesta[47] y los ganados se refugiaban en la sombra, Cloe
sin darse cuenta dormitaba. En cuanto descubría esto,
dejaba Dafnis su zampoña e insaciable demoraba su
mirada por toda ella, como sin tener que avergonzarse,
y al tiempo disimuladamente con voz queda susurraba:
«¡Cómo duermen sus ojos! ¡Qué aliento el de su boca!: 2
ni siquiera las manzanas ni los sotos[48] pueden compa-
rársele. Pero recelo de besarla: su beso muerde el co-
razón y, como la miel reciente, hace enloquecer[49]. Tam-
poco me decido, no sea que al besarla la despierte.
¡Ruidosas cigarras, que no la dejarán dormir con tal 3
escándalo! Es más, ¡hasta los machos a golpes de
cornamenta se enzarzan ahora! ¡Lobos más cobardes
que zorras, que no se los han llevado!»

Con tales razones se expresaba cuando, en su huida 26
de una golondrina que quería capturarla, una cigarra
vino a parar al regazo de Cloe. La golondrina que iba
persiguiéndola no acertó a alcanzarla, pero con la per-
secución se acercó tanto que le rozó las mejillas con
sus alas. Y a Cloe, sin saber qué le pasaba, con un grito 2
el sobresalto la sacó del sueño. Al ver la golondrina
que aún volaba cerca y a Dafnis que se reía de su
miedo, el susto se le pasó y se frotaba los ojos, que en
seguir dormidos se empeñaban. La cigarra desde el re- 3
gazo retornó a su canto, igual que un suplicante reco-

47 Longo olvida que, según TEÓCRITO (I 15 ss.), no es ésta la hora adecuada para la música, por no despertar al irascible Pan, o, más bien, tiene un concepto mucho más suave del dios. Cf., sin embargo, II 25 ss.

48 Este segundo parangón ha sorprendido a muchos y llevado a bastantes editores y traductores a alterar el texto, sin duda sin necesidad.

49 Si bien la miel podía formar parte de pócimas curativas, por otra parte, verosímilmente en relación con los tipos de flores, se decía que provocaba infecciones y delirios (cf. JENOFONTE, *Anábasis* IV 8, 20 s., por ejemplo).

nocido de haber sido salvado. De nuevo dejó Cloe escapar un grito. Dafnis volvió a reír y, aprovechando el pretexto, le deslizó sus manos en el pecho y a la buena cigarra sacó fuera, la cual ni así en su mano derecha se callaba. Cloe la miró complacida, la cogió y, con un beso, volvió a depositarla, sin que cesara de cantar, en su regazo [50].

27 En cierta ocasión les llegaba para su gozo desde el bosque el pastoril zureo de una paloma torcaz. Cloe deseaba saber lo que decía y Dafnis se lo enseña contándole esta historia tan común:

2 «Hubo, zagala, una zagala igual de linda y que así apacentaba muchas vacas en un bosque. Era también cantarina y sus vacas se recreaban con el arte de su canto y las pastoreaba sin golpes de cayado ni picarlas con la aijada. Sentada, en cambio, al pie de un pino, con una guirnalda de sus ramas, entonaba una canción de Pan y Pitis [51]. Y las vacas permanecían junto a su voz.

3 »Un muchacho que no lejos apacentaba vacas, también él lindo y cantarín igual que la zagala, puesto a rivalizar con sus canciones hizo gala, a su vez, de una voz más potente, que por algo era varón, pero dulce, como propia de un muchacho, y a ocho de las vacas, las mejores, con este hechizo extraviadas se las llevó con su rebaño.

4 »Se duele la zagala con el daño recibido en su ganado, a más de verse derrotada en sus canciones, y a los dioses les suplica que antes de estar en el hogar

[50] Este episodio tiene un indudable eco, muy reelaborado por supuesto, en el canto segundo de *Miréio* de MISTRAL (canto éste sobre todo pleno de reminiscencias de Longo). Cf. C. O. ZURETTI, «Longo Sofista I 24 (¡sic!) e Mirèio», *Riv. di Filol. Class.* 41 (1913), 3 sig.

[51] Pitis («Pino»), una ninfa amada por Pan, había escapado de este enamorado, según una versión del mito, metamorfoseándose en pino (cf. NONO, *Dionisiacas* II 108 y 118).

de vuelta se haya convertido en ave. Los dioses acceden
y la mudan en el pájaro ese, montaraz cual la zagala, y
como aquélla melodioso. Y aún ahora con su arrullo
denuncia su infortunio, queriendo recobrar sus vacas»[52].
Placeres como éstos les traía el verano. Pero, cuan- 28
do ya el otoño estuvo en su apogeo y maduros los ra-
cimos, unos piratas tirios, que tripulaban una nave
caria para no pasar por extranjeros[53], fueron a tocar
en la campiña y, desembarcando con petos y machetes,
expoliaban cuanto a las manos les venía, vinos oloro-
sos, grano en abundancia, miel de los panales. Se lle-
varon incluso algunos bueyes del hato de Dorcón. Y a 2
Dafnis lo sorprenden caminando al azar por el borde
de la playa, pues Cloe, como zagala, por miedo a los
pastores insolentes sacaba más tarde los ganados de
Driante. Y, al ver a un mozalbete crecido y apuesto y
de mayor valía que lo que rapiñaran de los campos, ya
no se ocuparon para nada ni de las cabras ni del resto
de las fincas y lo condujeron a bordo de su barco entre
sollozos, sin recursos y con sus gritos invocando a
Cloe. Y soltando la amarra y empuñando los remos se 3
alejaban mar adentro, y en esto que Cloe llegaba con su
grey y una zampoña nueva que de regalo le traía a
Dafnis. Al ver el alboroto de las cabras y oír que Dafnis
la llamaba con gritos más agudos cada vez, no piensa

---

52 Longo puede haber tenido en cuenta para esta fábula los abundantes mitos de metamorfosis de humanos en aves, pero, sobre todo, casos como los de las Emátides o Piérides, que también, de resultas de una derrota en una competición de canto, se volvieron aves (cf. Ovidio, *Metamorfosis* V 662 ss., etc.).

53 Los piratas, que procedían de la Tiro fenicia, querían pasar por marinos de la cercana Caria, para inspirar confianza. La presencia de piratas en las costas de Lesbos, aunque aquí naturalmente obedece a uno de los tópicos del género, no es inverosímil, por estar Lesbos en una de las rutas habituales de la navegación antigua.

en sus ovejas, tira la zampoña y a todo correr se presenta donde estaba Dorcón a demandar su ayuda.

29 Pero Dorcón yacía en tierra, quebrantado por los piratas con profundas heridas [54]; apenas alentaba y perdía la sangre a chorros. Con todo, al ver a Cloe, recobrando un pequeño rescoldo [55] por su viejo amor le dijo: «Yo, Cloe, estaré muerto dentro de poco, pues los impíos salteadores por luchar en defensa de mis
2 bueyes me han abatido como a un buey. Mas tú salva para ti a Dafnis, véngame a mí y a ellos destrúyelos. He enseñado a mis vacas a seguir el tañido de mi flauta, a perseguir su melodía, por lejos que esté el sitio donde pasten. Ve, pues, toma esa zampoña y toca el aire aquel que yo enseñé una vez a Dafnis y Dafnis a ti. El resto correrá a cargo de la flauta y de las vacas
3 que allí están. Y la zampoña misma, con la que en competición derroté a muchos boyeros y cabreros, de regalo te la dejo [56]. Y tú, a cambio de esto, mientras aún vivo, bésame y, cuando haya muerto, llórame. Y, cuando veas que otro lleva mis vacas a pastar, acuérdate de mí.»

30 Tan sólo estas palabras pronunció Dorcón y, al tiempo que besaba por postrera vez, con el beso y con la voz se le escapó la vida.

Y Cloe, empuñando la siringa y aplicándole los labios, tocó con la mayor fuerza de que fue capaz. Y las
2 vacas oyen y reconocen la canción; con unánime arrancada mugiendo se precipitan en el mar. Y como su brusco salto se produjo por una misma borda de la

---

54 Literalmente, «heridas o golpes juveniles», es decir, producidos por mano joven y fuerte.

55 Esta expresión se ha entendido al menos de dos modos distintos: o bien «rescoldo de su viejo amor», o bien «rescoldo de vida», reanimado gracias al recuerdo de aquel amor, que es como lo entendemos aquí.

56 Cf. VIRGILIO, *Bucólicas* II 36 ss., como posible modelo para este regalo del vaquero moribundo.

nave y con la zambullida de las vacas se hendió el mar,
se volcó la embarcación y, cuando las olas se cerraron,
acabó de naufragar[57]. Los hombres se arrojan de la
nave, pero con esperanzas diversas de salvarse: los 3
piratas tenían ceñidos sus machetes, estaban revestidos
de sus petos escamosos[58] y calzaban grebas hasta media
pierna. Dafnis en cambio estaba descalzo, por estar
apacentando sus ganados en el llano, y medio desnudo,
porque era todavía la estación del calor. A aquéllos, 4
pues, después de nadar un breve rato, sus armaduras
los arrastraron hasta el fondo, mientras Dafnis sin
esfuerzo se despojaba de su ropa, aunque nadar le
resultaba fatigoso por haber nadado antes sólo en los
ríos. Pero luego su propio apuro le enseñó qué había 5
de hacer: tomó impulso hasta el centro de las vacas,
se aferró a los cuernos de dos con ambas manos y se
dejó llevar en medio, sin más molestia ni cansancio
que si condujera un carro. Y es que una vaca nada 6
incluso mejor que un hombre: sólo le ganan los pája-
ros acuáticos y los propios peces. Y no perecería mien-
tras nada a no ser que perdiera las pezuñas, caladas
de humedad. Y son testimonios de esta noticia, hasta
ahora, los muchos puntos del mar que reciben el nom-
bre de «Paso de la Vaca»[59].

Y es de esta manera como viene Dafnis a salvarse, 31
escapando de dos peligros contra toda esperanza: de

57 Un episodio semejante (aunque contado de unos puercos) puede leerse en Plinio, *Hist. Nat.* VIII 77, 208, y en Eliano, *Hist. Anim.* VIII 19.

58 Corazas que cubrían sólo la parte anterior del tronco y recubiertas de escamas metálicas imbricadas.

59 El más célebre, por supuesto, el Bósforo, según la etimología popular. Todo el § 6 ha sido considerado por algunos como una simple interpolación, producto de un aficionado al género de las curiosidades y las noticias fabulosas. No obstante, este tipo de pasajes es corriente en las novelas, como veremos, sobre todo, en Aquiles Tacio.

los piratas y de un naufragio. Sale del agua, encuentra en la ribera a Cloe, que ríe y llora a la vez[60], se arroja en su regazo y le pregunta con qué fin había tocado
2 la zampoña. Y ella todo se lo cuenta: su carrera en busca de Dorcón, el amaestramiento de las reses, cómo la animó a tañer la flauta y que Dorcón estaba muerto. Tan sólo, por pudor, no le habló del beso[61].

Resolvieron honrar a su bienhechor y, con sus alle-
3 gados, acudieron a enterrar al infeliz Dorcón. Amontonaron un gran túmulo de tierra, sembraron plantas de jardín en abundancia[62] y colgaron en su honor primicias de sus labores. Pero también le hicieron libaciones de leche, exprimieron racimos y quebraron muchas flautas.

4 A sus vacas se las oyó mugir en tonos lastimeros y entre mugidos se las vio corretear desatentadas. Que, según se imaginaban pastores y cabreros, ése era el duelo de las reses, por su vaquero muerto[63].

32 Después del entierro de Dorcón llevó Cloe, para lavarlo, a Dafnis allá junto a las Ninfas, dentro de la gruta. También ella en esa ocasión por primera vez, mientras Dafnis la miraba, lavó su cuerpo, blanco y pulcro por su propia hermosura y que no precisaba
2 baño alguno para ser tan hermoso. Recogieron cuantas flores trae esa época del año, coronaron de guirnaldas las imágenes y de la peña colgaron como ofrenda la zampoña de Dorcón. Tras esto, fueron a inspeccionar
3 sus hatos de cabras y de ovejas. Y estaban todas echadas, sin pastar, sin balar, sino —creo yo— con

60 Cf. *Ilíada* VI 484.

61 Esta pequeña infidelidad de Cloe se corresponde, en el complejo juego de los paralelismos de la obra, con la (mayor, sin duda) de Dafnis en el episodio de Licenion (III 18), que también será silenciada.

62 Cf. *Ilíada* VI 419 s.

63 Cf. TEÓCRITO, I 74 s., así como el poema de Mosco (?) a la muerte de Bión.

nostalgia por Dafnis y por Cloe, que no aparecían[64]. Con que, una vez que se dejaron ver y les dirigieron las voces que solían y tañeron la zampoña, las ovejas se alzaron y se pusieron a pastar, y las cabras brincaron resoplando, como gozosas de que su cabrero habitual estuviera sano y salvo.

No obstante, Dafnis no podía animar a su alma a 4
estar alegre, tras haber visto a Cloe desnuda y desvelada la belleza que antes le había estado oculta. Le dolía el corazón, como roído por ponzoñas[65], y exhalaba agitadamente a ratos el aliento, como si lo fueran persiguiendo, y otras veces le faltaba, como si lo tuviera extenuado de las carreras anteriores. Juzgaba que el baño era más temible que el mar y pensaba que aún su alma permanecía entre los piratas: tan joven era y rústico, sin que supiera todavía que Amor es un pirata[66].

---

64 Cf. TEÓCRITO, IV 12 ss.

65 Cf. PLATÓN, *Fedón* 118, y aquí, anteriormente, I 18, 2.

66 Cf. *Antología Palatina* V 161 (HEDILO o ASCLEPIADES) y 309 (DIÓFANES).

LIBRO SEGUNDO

1 Como ya se estaba en pleno otoño y se echaba encima la vendimia, todos andaban en el campo atareados. Éste el lagar dejaba a punto, limpiaba aquél las
2 cubas y aquel otro tejía cestos. Se ocupaban uno de una pequeña podadera para cortar racimos, otro de una piedra con que poder exprimirles todo el jugo[67] y algún otro del mimbre seco y a golpes ya pelado, para poder disponer de luz cuando de noche trasegaran el mosto[68].
3 Dejaban entonces Dafnis y Cloe sus rebaños de cabras y de ovejas, a fin de prestarse ayuda mutuamente. Él cargaba con cestos llenos de racimos, echándolos en los lagares los pisaba y acarreaba el vino hasta las cubas. A los vendimiadores, Cloe les preparaba el yantar y les servía vino añejo de beber, y hasta
4 recogía uvas de las vides más rastreras: pues era en Lesbos la viña toda baja y no de la que crece por lo alto ni trepando por los árboles, sino que a poca altura desplegaba sus sarmientos y se extendía a la manera

---

67 Traducción aproximada. VALLEY (*Über den Sprachgebrauch des Longus*, tesis doct., Uppsala, 1926, págs. 75 y sig.) piensa en una piedra utilizada para exprimir las uvas tras el prensado habitual en el lagar, de modo semejante a la operación descrita por algunos autores antiguos. Cf., luego, II 13, 1.

68 Con antorchas formadas por haces de mimbres pelados y untados de resina o pez.

de la hiedra. Incluso una criatura alcanzaría un racimo, apenas de las mantillas liberados sus brazos[69].

Como era de esperar en la fiesta de Dioniso y en el 2
nacimiento de sus caldos, las mujeres, a las que de
los campos del contorno se llamaba para que echaran
una mano con el vino, ponían sobre Dafnis sus miradas
y elogiaban su belleza por comparable a la del dios.
De entre las de más desenvoltura hubo una que llegó
a besarlo, con lo que excitó a Dafnis y dio aflicción
a Cloe. Y los de los lagares le lanzaban a Cloe gritos 2
de todos los colores, igual que sátiros a por una Ba-
cante daban saltos de locos y suplicaban volverse ove-
jas y que ella los llevara al pasto. De suerte que era
entonces su turno de sentirse halagada y el de Dafnis
afligido. En fin, que ambos deseaban que acabara cuan- 3
to antes la vendimia, recobrar sus parajes de costum-
bre y, en vez de voces destempladas, escuchar la zam-
poña o, incluso, los balidos del ganado.

Después que, pasados pocos días, las vides estu- 4
vieron vendimiadas y las cubas con el mosto y ya no
eran precisos tantos brazos, hicieron bajar sus rebaños
hasta el llano. Y ellos, alborozados, fueron a proster-
narse ante las Ninfas, cargados para ellas de sarmien-
tos con racimos, primicias de la vendimia. Tampoco 5
en el tiempo precedente habían pasado alguna vez por
allí sin atenderlas, sino que tanto al empezar la hora
del pasto les hacían una visita como pasaban a salu-
darlas al regresar del pasto. Y sin falta les llevaban un
presente, o una flor o una fruta o una rama verde o
una libación de leche. Y por esto recibieron luego re- 6

69 Pasaje muy debatido por su aparente contradicción, y cuya interpretación está ligada a la que se dé a I 19, 1 (cf. n. 34). En realidad, Longo puede excluir de los cultivos de Lesbos sólo la vid cuyos rodrigones son árboles, y no la soportada por arbustos, lo que daría racimos de diferentes alturas y justificaría el sentido y coherencia del texto.

compensas de manos de los dioses. Pero por ese tiempo, perros, según el dicho, desatados, brincaban, tocaban la zampoña, entonaban canciones y batallaban con los machos cabríos y las ovejas.

3 En medio de este júbilo se les presenta un anciano que viste una zamarra, calzado con abarcas y con una alforja colgada, y muy gastada ya la tal alforja. Fue a sentarse cerca de ellos y así habló:

2 «Yo, muchachos, soy el viejo Filetas[70], que tanto a estas Ninfas he cantado, y que tanto le he tocado a aquel Pan con mi zampoña y con sólo mis canciones conducía el hato numeroso de mis vacas. Y vengo a revelaros cuanto vi, a anunciaros cuanto oí.

3 »Tengo un huerto que, desde que por la vejez dejé de ser vaquero, con mis propias manos he cuidado y que me da cada estación todo cuanto traen las esta-
4 ciones: en primavera, rosas, lirios, jacintos y violetas de ambas clases; en verano, adormideras, peras y toda suerte de manzanas. Ahora, vides, higueras, granados
5 y verdes mirtos. En este huerto vienen a juntarse bandadas de aves con el alba, unas en busca de alimento, otras para cantar, pues está a cubierto y sombreado y tres manantiales me lo riegan. Se creería estar viendo un soto, si se quitara la cerca de piedra.

4 »Cuando entro hoy, mediado el día, se me ofrece a la vista, debajo de los granados y los mirtos, un niño cargado de bayas de mirto y de granadas, tan blanco como leche, rubio como fuego y reluciente como acabado de bañar. Estaba desnudo y solo y jugaba igual que si del huerto propio los frutos recogiera[71].

2 »Hacia él entonces me lancé para atraparlo, pues era mi temor que en su insolencia me tronchara los

70 Ya R. Herzog identificó a este personaje con el poeta Filetas (o Filitas) de Cos, opinión que muchos consideran aún hoy relativamente aceptable.

71 Reelaboración del refrán «cosechar la mies ajena».

mirtos y granados. Mas con ligereza y sin esfuerzo se
escapaba, unas veces corriendo al pie de los rosales,
otras bajo las adormideras escondiéndose, como si fue-
ra un perdigón. Sin duda en muchas ocasiones me he 3
visto en apuros persiguiendo a los chivos de leche, y
en muchas otras me he cansado de correr detrás de
terneros a poco de paridos. Pero ésta era una presa
escurridiza e imposible de cazar. Agotado, pues, como
viejo, y buscando el apoyo de mi báculo y a la vez
atento a que no huyera, le pregunté de quién era de
entre mis vecinos y con qué intención cosechaba un
huerto ajeno. No me dio respuesta alguna, sino que, 4
plantado allí cerca, se reía con mucha gracia, me tomó
de blanco de sus mirtos y no sé cómo con su encanto
consiguió que mi cólera cesara. Le pedí, pues, que vi-
niera a mis brazos sin nada temer ya, y por los mir-
tos[72] le juré dejarlo ir, regalándole encima manzanas
y granadas, y permitirle en adelante coger la fruta de
mis árboles y cortar las flores, con tal de obtener de
él un solo beso.

»Entonces, riendo abiertamente, deja oír una voz 5
a la que no era comparable ni la de una golondrina
ni ruiseñor ni cisne, aunque alcanzara a ser tan viejo
como yo[73]:

»'A mí nada me cuesta, Filetas, darte un beso, pues
más me gusta que me besen que a ti volverte joven.
Pero mira si va mi regalo con tus años: que de nada 2
va a valerte la vejez para no perseguirme en cuanto

---

72 Esta fórmula de juramento ha sorprendido, inexplicablemente, a algunos comentaristas, cuando juramentos, tan pintorescos y aún más, eran corrientes en la Grecia antigua. Por otro lado, la relevancia que el mirto tiene en todo este episodio debe entenderse adecuadamente: el mirto es la planta favorita de Afrodita.

73 Según una tradición, el cisne cantaba más armoniosamente cuanto más viejo era (y no sólo en el momento de su muerte, según se cree).

ese único beso te haya dado. Soy presa imposible lo mismo para un halcón que para un águila, y, si lo hay, para otro pájaro aún más veloz. No soy en absoluto una criatura, por más que lo parezca; al contrario, más anciano que Cronos[74] y que todo el propio tiempo.
3 Sé que tú apacentabas de muchacho en aquella húmeda pradera el extenso rebaño[75] de tus vacas y yo acudía a sentarme allí a tu lado cuando tocabas la zampoña al pie de aquellas hayas, enamorado de Amarilis[76]. Mas tú no me veías, aunque me pusiera bien cerca de tu moza. Fui yo el que te la di, y tienes hijos ya que son
4 buenos boyeros y buenos labradores. Pero ahora yo soy pastor de Dafnis y de Cloe. Y siempre que de mañana los reúno me vengo aquí a tu huerto y disfruto con tus flores y frutales y me baño en estas fuentes. Ya que se riegan con el agua en que me baño, le deben
5 su lozanía tus flores y tus árboles. ¡Mira si está tronchada alguna rama, si te han cogido alguna fruta, si alguna raíz de una flor está pisoteada, si algún manantial está revuelto! Y date por contento de haber sido el único humano que haya visto a este niño en su vejez.'

6 »Y, dicho esto, brincó sobre los mirtos igual que una cría de ruiseñor, y de rama en rama entre las hojas alcanzó la copa. Le vi entonces alas en los hombros y
2 un arco menudo entre las alas y los hombros[77]. Y luego ya no vi nada de esto ni al muchacho. Y si no es en

---

74 La edad de Cronos era proverbial (cf., por ej., PLATÓN, *Banquete* 195b, y ARISTÓFANES, *Aves* 469). Sobre la edad del Amor, cf. PLATÓN, *Banquete* 178b s., 195b, y JENOFONTE, *Banquete* VIII 1.

75 Cf. *Ilíada* II 474.

76 Nombre típico de la bucólica y apenas atestiguado fuera de ella (véase la nota de GOW a TEÓCRITO, III 1).

77 Esta repetición ha sido suprimida por algunos editores. La figura de Eros tiene todos los atributos usuales de la literatura tardía (cf., por ej., el *Amor fugitivo* de MOSCO o el fragmento 10 de BIÓN).

balde que estas canas me han salido y con la vejez se haya vuelto más lerdo mi entendimiento, es a Amor, chavales, al que estáis consagrados y Amor el que os tutela.»

Como si hubiera sido una leyenda y no un relato, 7
mucho fue el gusto que les causó el oírlo y preguntaron qué era Amor, si niño o pájaro, y cuál su poderío.
Y otra vez les habló Filetas[78]: «Amor es un dios, muchachos, joven y hermoso y capaz de volar. Es por
esto por lo que en la juventud halla su alegría, acosa
a la hermosura y da alas a las almas. Y su poder va 2
más allá que el de Zeus mismo. Gobierna sobre las
materias primigenias, gobierna sobre los astros, gobierna sobre los dioses, sus iguales: ni aun vosotros sobre
cabras y ovejas tanto ‹gobernáis›. Las flores son todas 3
obra de Amor; esas plantas son productos suyos; es
por ése por el que los ríos fluyen y los vientos soplan.
También he visto un toro enamorado: mugía como 4
picado por un tábano; y un macho que hacía el amor
con una cabra y la seguía por todas partes. Yo mismo
he sido joven y enamorado de Amarilis: ni me acordaba del yantar ni probaba una bebida ni conciliaba el
sueño. Tenía el alma dolorida, agitado el corazón, y mi 5
cuerpo estaba yerto. Daba gritos como si fuera apaleado, enmudecía como un cadáver, como si me abrasara
me sumergía en los ríos. Llamaba en mi socorro a Pan, 6
porque también él de Pitis[79] estuvo enamorado. Alababa a Eco[80], que en pos de mi voz clamaba el nombre
de Amarilis; rompía mis zampoñas, que seducían a las

---

78 Se ha señalado una posible relación entre este segundo discurso de Filetas y el fr. 209 K. (= 1 M.) del *Héroe* de MENANDRO. De todos modos, el texto está abarrotado de reminiscencias literarias y filosóficas, en especial platónicas.

79 Cf. n. 51.

80 Véase, después, III 22 s. Es curioso que entonces Cloe ignore aún la historia de Eco.

7 vacas y en cambio a Amarilis no traían. Pues no hay medicina para Amor ni que se beba ni se coma ni se pronuncie en cantos[81], sino beso y abrazo y acostarse juntos con los cuerpos desnudos.»

8 Después de haberles dado nada menos que tal lección, se retira Filetas, con algunos quesos y un chivo ya cornudo de regalo. Y a ellos, cuando quedaron solos y tras oír el nombre de Amor por vez primera, les quedó el alma por la pasión atenazada. Y de regreso en los apriscos, por la noche, comparaban con las pa-
2 labras que escucharon sus propias experiencias: «Sufren dolores los que aman: igual nosotros. Su dejadez es nuestra dejadez. No pueden conciliar el sueño: también nos pasa eso a nosotros. Creen abrasarse, y en nosotros hay fuego. Anhelan verse el uno al otro: ésa es la razón de que roguemos que amanezca más depri-
3 sa. Sin duda, esto es el amor y nos amamos mutuamente sin saber si esto es el amor y si yo, el ser amado. ¿A qué vienen, pues, tales sufrimientos y por qué nos buscamos uno a otro?[82]. Cierto es cuanto Filetas nos
4 ha dicho. El niño de su huerto se mostró a nuestros padres en el sueño aquel y fue su orden que el ganado apacentáramos. ¿Cómo podría atrapársele?: es menudo
5 y escapará. ¿Y cómo escapar de él?: tiene alas y nos atrapará[83]. A las Ninfas hay que acudir en busca de

---

81 Sobre el tema de las «medicinas» del amor, Longo parece partir de TEÓCRITO, XI 1 ss. (y el fr. 16 de BIÓN), aunque con una posición diferente, ya que en Teócrito es el canto, es decir, el arte, una medicina efectiva. Cf., también, el prolijo tratamiento de esta materia en HELIODORO (vol. 25 de esta colección) IV 5 ss. En el *Amatorio* (759b) de PLUTARCO los ensalmos se consideran, igualmente, sin resultados positivos.

82 Es decir: «¿a qué vienen... (si no es esto el amor)?». El texto de estas dos últimas frases ha sido retocado por muchos con el deseo de completar lo que parece echarse de menos en una expresión demasiado concisa.

83 El tema del Amor preso o apresador (cf. ya BIÓN, fr. 11,

socorro. Pero tampoco a Filetas, cuando enamorado de
Amarilis, le dio su ayuda Pan. En fin, que se han de
procurar todos los remedios que nos dijo: besarse y
abrazarse y echarnos desnudos en el suelo. Hace frío,
pero lo aguantaremos siguiendo el ejemplo de Filetas.»
Tal es su escuela nocturna. Y, al llevar al día si- 9
guiente al pasto sus ganados, nada más verse se besa-
ron, lo que nunca antes habían hecho, y enlazando
sus brazos se abrazaron. Pero ante el tercer remedio,
el de echarse desnudos, vacilaban: pues no sólo para
doncellas es excesivo atrevimiento, sino hasta para jó-
venes cabreros. La noche, pues, volvió con su insomnio 2
y el rememorar lo sucedido y el reprocharse lo que
habían dejado por hacer: «Nos hemos besado, y de
nada nos valió. Nos hemos abrazado, y el resultado fue
casi otro tanto. Luego acostarse ha de ser el único re-
medio del amor, y también ése tendremos que probar.
No cabe duda de que en él habrá mayor eficacia que
en un beso.»
Como era natural, tras cavilaciones como éstas tam- 10
bién sus sueños fueron visiones amorosas, de besos y
de abrazos. Y cuanto no habían consumado por el día,
soñando lo consumaron: acostarse desnudos el uno
con el otro. Y así se levantaron aún más poseídos por 2
el dios al día siguiente y condujeron rápidamente [84] sus
ganados, presurosos por besarse. Al verse, entre son- 3
risas echaron a correr. Vinieron luego los besos y si-
guió el rodearse con los brazos, pero se demoraba la
tercera medicina, al no atreverse a mencionarla Daf-
nis ni querer Cloe ser la primera, hasta que con la
ayuda del azar también la practicaron.
Sentados en un tronco de encina muy juntos y de- 11
gustando el deleite de los besos, insaciablemente apu-

6 s.) es una constante en la poesía erótica tardía (véase, por ej., las *Anacreónticas* VI, XI, XIX y XXX PREIS).

[84] Véase, luego, n. 161.

raban el placer. Y sus abrazos abrían el camino a sus
2 bocas apretadas. En la presión de estos abrazos, una vez que Dafnis con mayor violencia la atrae hacia sí, Cloe viene a reclinarse de costado. También él en pos del beso la acompaña, deslizándose hasta el suelo, y así, reconocida la imagen de sus sueños, se estuvieron acostados largo rato como si los unieran ligaduras.
3 Pero, como su ciencia ahí acababa y, a su juicio, éste era el colmo del disfrute amoroso, gastaron sin provecho la mayor parte del día, se separaron y, llenos de rencor contra la noche, se llevaron de vuelta sus rebaños.

Pero quizás habrían logrado consumar algo de sus fines verdaderos, si no hubiera sorprendido a toda aquella campesina vecindad una perturbación que ahora se cuenta:

12 Unos mozos adinerados de Metimna[85], que decidieron aprovechar la vendimia para disfrutar fuera de casa, botaron una pequeña embarcación, con sus sirvientes de remeros, y fueron costeando los campos de
2 Mitilene que estaban próximos al mar. La razón era que esta costa tiene buenos puertos y la decoran estancias suntuosas, y sin interrupción ofrece lugares para el baño, parques[86] y sotos: unos naturales y otros debidos a la industria de los hombres, y todos hermosos para las diversiones juveniles.

3 Mientras navegaban por la costa, y lo mismo al atracar, no causaban daño alguno y gozaban de esparcimientos variados, ya fuera que se dedicaran a pescar, desde un peñasco saliente, peces de entre las rocas

[85] Al N. de Lesbos. La ruta que seguirán debe de ser por la costa oriental de la isla, más protegida que la opuesta. Para el comienzo de este episodio, cf. ALCIFRÓN, I 15.

[86] El término empleado es *parádeisos*, de origen oriental y que, propiamente, era un parque natural utilizable para la caza. En IV 1 s., LONGO lo entiende en un sentido más restringido.

con anzuelos que con fino bramante colgaban de sus
cañas; ya fuera que con perros y con redes capturaran
liebres, que escapaban del alboroto de las viñas [87]. Tam- 4
bién les atraía la caza de las aves, y con lazos atrapaban
gansos silvestres, patos y avutardas, de modo que el
placer les procuraba provecho a la vez para su mesa.
Y, si precisaban de algo más, lo tomaban de la gente
de los campos, pagando con dinero por encima de su
precio. Pero sólo tenían necesidad de pan, de vino y 5
techo, y esto porque, entrada ya la época otoñal, la per-
manencia en el mar no parecía ofrecer seguridad. De
suerte que también varaban su nave en tierra firme
temerosos de una noche de borrasca.

Pues bien, un campesino, al que, por habérsele roto 13
la que usaba, le hacía falta una soga para alzar una
piedra que exprimiera los racimos ya pisados [88], sin que
lo vieran se acercó hasta el mar y, aproximándose a la
nave que estaba sin custodia, desata la amarra, se la
lleva a su casa y la emplea en el servicio que quería.

Muy de mañana, los muchachos de Metimna estu- 2
vieron buscando su maroma y (como nadie confesara
el robo) hicieron algunos reproches a sus huéspedes y
siguieron navegando a la vista de la orilla.

Costeando así unos treinta estadios [89], van a fondear
junto a las tierras en que vivían Dafnis y Cloe, por
parecerles que el llano era adecuado para la caza de
las liebres. Ahora bien, carecían de una cuerda que 3
ataran como amarra, y trenzando largos mimbres ver-
des a la manera de una soga [90] sujetaron con ella el
barco a la costa desde el extremo de la popa. Después,
mientras dejaban sueltos para que olfatearan a los pe-

---

87 La caza de liebres con redes y perros (o, mejor, perras) es descrita detalladamente en el *Cinegético* de JENOFONTE.

88 Véase n. 67.

89 Cerca de tres millas.

90 Cf. *Odisea* X 166 ss., pero en un contexto diferente.

rros, tendieron las redes en los pasos que se les anto-
4 jaron apropiados[91]. Los perros con sus carreras y la-
dridos espantaron a las cabras; éstas abandonando el
monte se precipitaron hasta llegar cerca del mar y,
al no tener entre la arena nada que comer, aproxi-
mándose a la nave las más osadas de ellas devoraron
aquellos mimbres verdes con que la embarcación es-
taba atada.

14 Precisamente había una ligera marejada, con viento
que soplaba de los montes. En breve tiempo, pues, el
reflujo de las olas arrastró la nave desatada y la llevó
2 a alta mar. Cuando los de Metimna se aperciben, unos
corren hacia el mar y otros reúnen a los perros. Y
daban todos tales voces que en masa se congregan al
oírlos los de los campos aledaños. Mas no sirvió de
nada, pues con prontitud irresistible al arreciar el
viento la corriente se llevó la nave.

3 Entonces, los metimnenses, que de no pocas pro-
piedades se veían desposeídos, buscaron al que cuidaba
de las cabras, y descubriendo a Dafnis le dieron de
golpes, lo desnudaron, y uno incluso, echando mano a
4 una traílla, le retorció los brazos para atarlo. Pero él
gritaba al recibir los golpes y suplicaba a los campe-
sinos y pedía socorro a Lamón y a Driante los prime-
ros. Plantaron cara éstos, viejos endurecidos y de bra-
zos robustos por las faenas del campo, y exigieron que
el incidente se zanjara con un pleito.

15 Se aviene también a esto la otra parte y ponen de
juez a Filetas el boyero, pues era de los presentes el
de edad más avanzada y entre los aldeanos tenía fama
de cumplida equidad. Y primero expusieron los de
Metimna su querella de modo claro y breve, como que
el juez era un boyero[92]:

---

91 JENOFONTE (*Cinegético* VI 5 ss.) describe, precisamente, estos pasos.

92 Es decir, sin necesidad de un lenguaje prolijo y urbano.

—Nuestra intención al venir a estas tierras fue ca- 2
zar. Nuestro barco lo dejamos en la costa con una
amarra de mimbre verde y nosotros con los perros nos
pusimos en la pista de la caza. En esto que las cabras
de ése bajan hasta el mar, se comen el mimbre y la
nave dejan suelta. La viste por el mar a la deriva, ¿de 3
cuántos bienes repleta estimas tú? ¡Qué ropa se ha per-
dido y qué equipos de perros y cuánto dineral! Con
ello estas fincas bien podrían comprarse. Y a cambio
pretendemos llevarnos a ése, que es un mal cabrero,
que cual marino apacienta sus cabras junto al mar[93].

Así de escuetos fueron en su acusación los metim- 16
nenses. Y Dafnis estaba maltrecho por los golpes, pero
en viendo a Cloe a su lado se sobrepuso a todo y habló
así:

—Yo apaciento mis cabras como debo. Ni un solo
aldeano jamás se me quejó de que o una cabra mía
haya ramoneado en su huerto o un retoño de vid le
haya tronchado. Pero ésos son malos cazadores y tienen 2
mal amaestrados a sus perros, que a fuerza de carreras
y con sus ásperos ladridos las acosaron como lobos
desde los montes y los llanos hasta el mar. ¡Que se 3
comieron el mimbre!: como que en la arena no tenían
ni hierba ni madroños ni tomillo. ¡Que el barco se

Al mismo tiempo, Longo parece aludir a uno de los aparentes ideales de su propio estilo.

93 En *Emerita* 45 (1977), 379-385 (las págs. 383 sig., por un error, están en orden inverso), hemos defendido la interpretación que nos parece más sencilla y correcta de este pasaje tan debatido (cf., para la polémica, C. Bonner, *Class. Philol.* 2 [1907], 338-340, y las notas de las ediciones de Dalmeyda, Schönberger, etcétera). Sin necesidad de aceptar correcciones del texto ni rebuscados juegos de palabras, creemos que debe interpretarse que a nadie se le ocurriría, excepto a un marino ignorante de lo que en tierra se acostumbra, llevar el ganado a pastar a una playa; sólo también a este cabrero increíblemente inepto, según sus acusadores. Compárese cuidadosamente el texto con la posterior réplica de Dafnis.

perdió con el viento y el mar!: eso es obra del temporal, no de mis cabras. ¡Que había dentro ropas y dinero!: y ¿quién con cabeza se creerá que con carga semejante su barco tenía un mimbre por amarra?

17 Luego de esto, se echó Dafnis a llorar y movió a mucha compasión a los labriegos, de manera que Filetas, como juez, juró por Pan y por las Ninfas que en Dafnis no había culpa y menos en sus cabras, sino en el mar y en el viento, de los que otros eran jueces.

2 No convenció con su sentencia Filetas a los mozos de Metimna. Al contrario, llevados de su cólera tiraban
3 de Dafnis otra vez y pretendían maniatarlo. Entonces los vecinos irritados saltan como estorninos o grajos[94] sobre ellos, y prontamente les quitan de las manos a Dafnis, que también peleaba por su cuenta, y al momento los ponen en fuga a palos. Y no antes cejaron hasta echarlos de sus lindes a otras tierras.

18 En tanto ellos persiguen a los de Metimna, Cloe con todo ya tranquilo conduce hasta las Ninfas a Dafnis, le lava el rostro, que estaba ensangrentado por un golpe que le había desgarrado la nariz, y saca de su zurrón y le da para que coma una rebanada de pan de levadura y un trozo de queso. Y más que con nada lo hizo entonces recobrarse con un beso tan dulce como miel de sus labios delicados.

19 En esta ocasión, pues, sólo hasta ahí llegó el infortunio de Dafnis. Pero el asunto no se zanjó así, sino que al llegar los de Metimna a duras penas a sus casas, caminantes en vez de marineros y con lesiones en lugar de tantos lujos, reunieron la asamblea de ciudadanos y, depositados los signos de la súplica[95], que se les ven-

94 Más de una vez aparecen emparejadas estas aves en HOMERO (cf. *Ilíada* XVI 583 y XVII 755), pero en forma de bandadas que huyen del halcón.

95 Verosímilmente, sobre un altar. Los «signos de la súplica» eran ramos de olivo adornados con vedijas de lana blanca (véase, por ej., ESQUILO, *Suplicantes* 20 ss.).

gara suplicaban, sin contar ni uno sólo de los sucesos 2
verdaderos para no ser blanco además de la rechifla
por haber sufrido de manos de pastores agravios tales
y tamaños; sino lanzando contra los de Mitilene acu-
saciones de haberles dejado en son de guerra sin su
barco y robado sus caudales. Y se les creyó por sus 3
heridas y, con la opinión de que era de justicia vengar
a unos mancebos de las primeras familias de la ciudad,
se decretó contra los mitilenenses una guerra sin he-
raldo[96]. Y ordenaron que el comandante de su ejército
zarpara con diez naves para saquear la comarca de la
costa, pues cerca de la entrada del invierno no ofrecía
seguridad confiar a la mar una flota más nutrida.

Al día siguiente mismo zarpó y con tripulaciones que 20
manejaban por igual las armas que los remos embistió
contra los campos ribereños de Mitilene. Y, como
presa, tomó mucho ganado y abundante trigo y vino,
ya que apenas había terminado la vendimia, y también
gente no poca de cuantos en esos parajes trabajaban.
Abordó igualmente las tierras de Dafnis y de Cloe, y 2
con un desembarco repentino se llevó de botín todo lo
que halló.

No estaba Dafnis al cuidado de sus cabras, sino que
había subido al bosque a cortar ramón verde para tener
con qué alimentar en el invierno a sus cabritos. De
suerte que al divisar desde allá arriba la incursión se
ocultó en el tronco hueco de un haya reseca[97]. Y en 3

96 Sin envío previo de heraldo, que hiciese formalmente la declaración, lo que implicaba a la vez una guerra sin cuartel y, lógicamente, por sorpresa. Por lo demás, una guerra particular entre dos ciudades nos remite a los tiempos de la Grecia libre, anteriores a la dominación romana.

97 Se ha señalado que Longo pudo inspirarse para esta ocurrencia en PÍNDARO, *Nemea* X 61, en el episodio en que Pólux, oculto «en el tronco de una encina», es descubierto por Linceo. De hecho, Longo pudo tener en la memoria simplemente el mito, ya fuese en esta versión o en la variante que conocemos por los *Cantos Ciprios* (fr. 11).

cambio Cloe estaba con los rebaños y, perseguida y suplicante, se refugia al lado de las Ninfas y pide que por las diosas respeten tanto su ganado como a ella. Pero de nada le valió, pues los metimnenses colmaron de injurias las imágenes[98] y se llevaron tanto sus rebaños como a ella, como una cabra o una oveja más, golpeándola con mimbres.

21 Con sus barcos ya cargados de presas de toda especie decidieron no navegar más allá, sino poner rumbo a su patria por miedo lo mismo del mal tiempo que de las gentes enemigas. Y así se fueron alejando a fuerza de fatigarse con los remos, ya que el viento no soplaba.

2 Dafnis, vuelta la calma, llegó al llano donde habían estado apacentando sus ganados y, al no ver allí sus cabras ni encontrar las ovejas ni hallar a Cloe, sino una completa soledad y rota la zampoña con la que
3 Cloe acostumbraba deleitarse, corría dando gritos y lastimosamente derramando lágrimas ya hacia la encina que de asiento les servía, ya en dirección al mar por el deseo de divisarla, ya hasta las Ninfas a las que ella había acudido en demanda de refugio mientras la raptaban. Allí, al fin, por tierra se arrojó y les echaba a las Ninfas su traición en cara:

22 —¿De vuestro lado arrebataron a Cloe y vosotras tolerasteis verlo? ¿La que os trenzaba las guirnaldas y derramaba en vuestro honor la leche que primero
2 se ordeñaba y cuya siringa tenéis aquí de ofrenda? Ni una sola cabra me arrebató un lobo, y esos enemigos el rebaño y a la que conmigo lo guardaba. Las cabras las desuellan y sacrifican las ovejas, y Cloe en adelan-
3 te vivirá en una ciudad. ¿Cómo me presentaré delante de mi padre y de mi madre sin las cabras, sin Cloe, falto de ocupación?: pues no me queda ganado que

98 Un sacrilegio semejante es narrado por HERÓDOTO (III 37).

cuidar. Aquí esperaré, echado, la muerte o una nue- 4
va guerra. ¿Te pasa a ti, Cloe, lo mismo que a mí?
¿Te acuerdas de este llano y de las Ninfas estas y de
mí? ¿O te sirven de consuelo las ovejas y las cabras
que en tu cautiverio te acompañan?

Tales son sus palabras. Y a fuerza de lágrimas y 23
pena lo sorprende un profundo sueño. Ante él se alzan
las tres Ninfas, altas y hermosas damas, medio desnu-
das y descalzas, con las melenas sueltas y a sus propias
imágenes iguales[99]. A lo primero parecieron compa- 2
decerse de Dafnis. Luego la de más edad le dice con-
fortándolo:

—No nos hagas reproches, Dafnis, pues más nos
importa Cloe que a ti. Bien sabes que nosotras cuando
era una criatura tuvimos lástima de ella y que en esta
gruta echada la criamos. Ella no tiene nada en común 3
con estos llanos ni con las ovejuelas de Lamón[100]. Y
ahora nuestro pensamiento en lo que a ella toca está
trazado: que ni la lleven a Metimna como esclava ni
sea parte de un bélico botín. Y a aquel Pan que tiene 4
su asiento bajo el pino, al que vosotros jamás hon-
rasteis ni aun con flores[101], le hemos solicitado que
tome bajo su tutela a Cloe. Pues más hecho que nos-
otras está a los campamentos y ya ha guerreado en
muchas guerras alejado de sus rústicas moradas[102]. Y
contra los de Metimna va a partir un enemigo nada
fácil. Cesa en tu congoja, levántate y muéstrate a 5
Lamón y a Mírtale, que también yacen en tierra en la
creencia de que tú igualmente formas parte del botín.

[99] Cf. su descripción en I 4, 2.

[100] Un lapsus del autor: las ovejas son de Driante. Las correcciones propuestas están fuera de lugar.

[101] Cf. Heródoto, VI 105, para un olvido semejante.

[102] Cf. la advocación de Pan Guerrero en IV 39, 2. La belicosidad de Pan se muestra en muchos episodios recogidos en leyendas, por lo general, tardías.

Pues Cloe te llegará mañana con las cabras y con las ovejas, y las llevaréis juntos a pastar y tocaréis juntos la zampoña. Y del resto acerca de vosotros será Amor el que se ocupe.

24 Nada más tener esta visión y escuchar tales palabras, Dafnis despertó de un brinco y con lágrimas de gozo y, a la vez, de dolor fue a prosternarse ante las figuras de las Ninfas e hizo el voto de que, salvada Cloe, habría de sacrificarles la más lucida de sus ca-
2 bras. Y también corrió hacia el pino, donde se asentaba la imagen de Pan paticabrío y cornudo, en una mano la siringa y con la otra sujetando a un buco en trance de saltar[103]. Y también ante él se prosternó, le rogó por Cloe y le prometió que le inmolaría un macho
3 cabrío. Y a duras penas con el declinar del sol puso punto a sus lágrimas y súplicas y, recogiendo las ramas que había cortado, retornó a la majada e hizo cesar los
4 llantos de la casa de Lamón llenándola de gozo; probó algo de alimento y se echó a dormir sin que ni el sueño estuviese libre de sus lágrimas: que rogaba ver en él otra vez a las Ninfas y rogaba que volviese apresuradamente el día en que le habían prometido a Cloe. De todas las noches aquélla le pareció que era la más larga. Y en ella tuvieron lugar estos sucesos:

25 El comandante de las fuerzas de Metimna, después de distanciarse navegando como unos diez estadios, quiso que sus soldados se recobrasen de la fatigosa
2 correría. Tocó, pues, en un promontorio que penetraba en el mar y se extendía como una media luna, de modo que el mar en su interior formaba un fondeadero más

---

[103] Esta descripción de Pan coincide con sus representaciones plásticas y poéticas más corrientes (cf. el comienzo del *Himno homérico* XIX, o el retrato humorístico de LUCIANO, *Diál. de los dioses* 22, 1, y, para detalles, el artículo «Pan» en el *Lexikon der griechischen und römischen Mythologie* [III 1, cols. 1407 sigs.] de W. H. ROSCHER).

bonancible que los puertos. Allí, anclando las naves
agua adentro, no fuera que algún campesino desde tie-
rra dañara alguna de ellas, dejó que los metimnenses
disfrutaran en paz. Con las abundantes provisiones de 3
toda suerte que llevaban, fruto de la rapiña, se entre-
garon a beber y a divertirse, tomando como ejemplo
las fiestas con que se celebran las victorias.

Pero el día apenas terminaba y con la entrada de
la noche iba remitiendo el regocijo, cuando de súbito
la tierra toda entera pareció iluminarse con un fuego
y se oyó ruidoso chapoteo de remos, como de una nu-
trida flota que avanzara. Alguien llamó a gritos a las 4
armas, otro reclamaba al comandante y alguno creyó
ya estar herido y yacía con todas las trazas de un ca-
dáver. Se habría pensado contemplar un combate en
plena noche sin que hubiera ni sombra de enemigos[104].

Y tras una noche semejante les sobrevino el día, 26
aún más pavoroso que la noche[105]. Los machos y las
cabras de Dafnis llevaban en sus cuernos hiedra car-
gada de racimos. Los carneros y las ovejas de Cloe
aullaban con aullidos de lobos. Y ella también apareció 2
con una guirnalda de ramos de pino. Sucedían igual-
mente en el propio mar muchos portentos. Pues las
anclas al intentar levarlas seguían allá en el fondo,
los remos al tenderlos para remar se les quebraban y
delfines con sus saltos a coletazos batían las naves
desde el mar deshaciéndoles las juntas[106]. También se 3

---

[104] Este género de noches terroríficas fueron muy del gusto de los autores griegos desde, al menos, APOLONIO DE RODAS (cf. *Argonáuticas* IV 1694 ss.).

[105] El episodio siguiente recuerda dos sucesos milagrosos: uno narrado en el *Himno homérico a Dioniso* (VII), sobre todo vv. 38 ss. (cf. NONO, *Dionisiacas* XLV 105-168), y otro, en el *Himno homérico a Apolo* (III), vv. 400 ss.

[106] Es posible, como se ha señalado alguna vez, que Longo se inspirase en las máquinas bélicas llamadas, precisamente, «delfines», con que se atacaban los navíos. Pero los delfines,

dejaba oír, por encima de la empinada peña de la que
arrancaba el promontorio, el tañido de una flauta,
aunque no como tal flauta recreaba, sino que, al oírla,
les infundía espanto, como el toque de un clarín.
4 Estaban, pues, en la mayor confusión, corrían a las
armas y daban el nombre de enemigos a quienes les
eran invisibles, hasta el punto de que en sus súplicas
clamaban por que volviera la noche, como si en ella
5 fuera a llegarles una tregua. Y, sin embargo, para
cualquiera de recto entendimiento estos sucesos eran
descifrables: que las visiones y sonidos tenían en Pan
su origen y en alguna razón su ira contra aquellos
marineros. Pero no estaba en su mano imaginar la
causa (pues no había sido saqueado santuario alguno
de Pan), hasta que, mediado el día, cayó, no sin de-
signio de los dioses [107], en un sueño el comandante y el
27 mismo Pan se le mostró y así le dijo: «Vosotros, los
más profanadores e impíos de todos los humanos, ¿con
qué fin en vuestras cabezas delirantes [108] habéis conce-
bido esa acción tan atrevida? Habéis acarreado la gue-
rra a los campos, que me son muy queridos; habéis
arrancado de aquí unos rebaños de vacas, de cabras y
2 de ovejas, que tenían mi tutela; arrebatasteis de los
altares a una doncella a la que Amor desea convertir
en centro de una piadosa leyenda. Ni respetasteis a
las Ninfas, que os veían, ni a mí, el propio Pan. Pues
bien, ni volveréis a ver Metimna si seguís con tal botín
en vuestras naves, ni escaparéis al poder de esta zam-
3 poña que de confusión os ha llenado. Que anegándoos
os haré pasto de peces [109], si no devolvéis a las Ninfas,

de todos modos, están ya presentes (aunque con un fin muy distinto) en el episodio citado del *Himno a Dioniso* y, desde luego, en el Apolo-delfín del *Himno a Apolo*.

107 Vieja expresión épica (cf. *Odisea* XVIII 353).

108 Cf. *Ilíada* XXIV 114. El discurso de Pan está salpicado de reminiscencias poéticas.

109 Cf. *Ilíada* XIX 268.

al momento, a Cloe y sus rebaños de cabras y ovejas. En pie, pues, y haz desembarcar a la zagala con todo lo que he dicho. Y yo seré vuestro guía, de ti mientras navegues, de ella en su camino.»

Muy conturbado, entonces, Briaxis (pues así se lla- 28
maba el comandante) se levanta de un salto y convoca
a los capitanes de los barcos y les manda que al ins-
tante sea buscada Cloe entre los prisioneros. Presta- 2
mente la encontraron y ante su vista se la llevan: que
estaba sentada con ramas de pino por corona. Compren-
diendo que también esto era un signo acorde con la
visión que había tenido en el sueño, la conduce a tierra
en la propia nave capitana. Y apenas ella está desem- 3
barcada cuando se escucha un tañido de zampoña otra
vez desde la peña, no ya guerrero y espantoso, sino
pastoril y cual se suele para conducir al pasto los ga-
nados. Las ovejas a la carrera descendieron por la pa-
sarela sin deslizarse siquiera[110] con sus pezuñas y las
cabras con decisión mucho mayor, como hechas a tre-
par por las escarpas.

Y éstas rodean a Cloe, como un corro de danzantes, 29
entre brincos y balidos y con iguales muestras de ale-
gría. En cambio, las cabras de los demás cabreros y
las ovejas y las vacadas seguían en su sitio en la cala
del navío, como si la melodía no las llamara. Y mien- 2
tras estaban todos asombrados y aclamaban a Pan, en
ambos elementos se mostraron maravillas aún mayores
que éstas: los barcos de Metimna, antes de levar las 3
anclas, navegaban y a la nave capitana la guiaba un
delfín con sus saltos sobre la superficie del mar. Y era
guía de las cabras y ovejas dulcísimo tañido de una
flauta, por más que al que la tocaba nadie viera. Y así
las ovejas y las cabras avanzaban a la vez que pacían
complacidas con la música.

---

110 Cf. nuestras «Notas sobre Longo», ya citadas, § 2.2.

30 Era más o menos la hora en que el ganado pasta por
segunda vez[111] cuando Dafnis, al ver desde una elevada
atalaya los rebaños y a Cloe, gritando «¡Ninfas y Pan!»
bajó a la carrera hasta el llano, abrazó a Cloe y cayó
2 desvanecido. Y, trabajosamente devuelto a la vida por
Cloe con sus besos y el calor de sus abrazos, se enca-
mina a la encina de costumbre. Y sentado al pie del
tronco preguntó cómo había escapado de semejantes
3 enemigos. Y ella todo le contó: la hiedra de las cabras,
el aullido de las ovejas, el pino que había florecido en
su cabeza, el fuego en la tierra, el ruido del mar, uno
y otro tañido de la flauta, el belicoso y el de paz, la
espantosa noche; cómo a ella, que ignoraba el camino,
la melodía la había guiado.

4 Dafnis reconoce entonces su sueño con las Ninfas y
los actos de Pan, y le cuenta también él cuanto había
visto y escuchado: que, a punto de morir, vivió gracias
5 a las Ninfas. Y la envía a por las familias de Driante y
de Lamón y por todo lo que corresponde a un sacri-
ficio. Y él entretanto cogió la mejor de sus cabras, la
coronó de hiedra, tal como las vieran los enemigos; y
tras derramarle leche por los cuernos la inmoló en ho-
nor de las Ninfas y, colgada, la desolló y les ofrendó su
piel.

31 Cuando ya estuvieron presentes los que venían con
Cloe, encendió fuego, coció parte de la carne, asó la
restante, ofreció las primicias a las Ninfas y una liba-
ción de una vasija a rebosar de vino dulce; extendió
sobre el suelo lechos de hojarasca y luego participó
del yantar, de la bebida y de las bromas. Y a la vez vi-
gilaba los rebaños, no fuera que un lobo irrumpiendo
2 hiciera la labor de un ejército enemigo. Dedicaron

111 Es decir, tras la siesta. Longo ha adaptado a su mundo pastoril modos de indicar las horas que se encuentran en la poesía desde época arcaica, a base de referencias agrarias (uncir o desuncir los bueyes, etc.).

también a las Ninfas algunos cánticos que eran obra
de pastores de antaño. Y sobrevino la noche y durmie-
ron allí en medio del campo. Y al día siguiente se acor-
daron de Pan y, coronando de pino al que entre los
machos era el dominante en el rebaño, lo acercaron al
pino [112], le vertieron vino por encima y lo inmolaron
entre loores al dios; lo colgaron y quitáronle le piel.
Asaron y cocieron sus carnes, que sirvieron en el prado 3
cercano, sobre las capas de hojarasca [113]. Y la piel y la
propia cornamenta las fijaron al pino, al lado de la
imagen: pastoril ofrenda a un dios pastoril. Igualmente
le dedicaron las primicias de la carne y, con una vasija
más grande, una libación. Cantó Cloe y Dafnis tocó
con su zampoña.

Después de todo esto, estaban recostados y comiendo 32
cuando se les presenta Filetas, el boyero, que dio la coin-
cidencia de que venía a traer algunas guirnaldillas a
Pan y unos racimos aún entre hojas y sarmientos. Lo
seguía Títiro, el más joven de sus hijos, rapaz de pelo
rojo y ojos azules, de blanca tez y aire resuelto, y que
al andar brincaba con la ligereza de un cabrito [114].

Se alzaron, pues, y fueron con Filetas a coronar a 2
Pan y suspendieron del ramaje del pino los sarmientos;
y de vuelta a sus asientos le brindaron un puesto en el
convite allí a su lado. E igual que viejos que están ya 3
algo bebidos, se intercambiaban un buen número de
historias: de cómo guardaban de jóvenes sus hatos, de

---

112 Planta la más vinculada al dios Pan, que suele llevar una guirnalda o una rama de pino habitualmente.

113 En PLATÓN, *República* 372b (cf. también, por supuesto, TEÓCRITO, VII 63 ss.), puede rastrearse un antecedente de este tipo de comida campestre y sencilla.

114 El nombre de Títiro es eminentemente pastoril (cf. TEÓCRITO, III 2 ss., VII 72; la primera égloga virgiliana, etc.). La comparación con un cabrito puede estar relacionada con la noticia (conocida por un escolio a TEÓCRITO, III 2) que daba a ese nombre el sentido de «macho cabrío».

cuántas correrías de piratas se libraron. Uno se jactaba de haber matado un lobo, otro de ser sólo inferior a Pan en la maestría con la zampoña [115]: que éste era el orgullo de Filetas.

33 Dafnis y Cloe entonces con insistencia le rogaron que también a ellos los dejara participar de su arte y que tocara la siringa en una fiesta que era en honor de un dios que en la siringa se complace. Acepta Filetas, aunque reproche a su vejez haberlo dejado sin
2 aliento, y toma la zampoña de Dafnis. Sin embargo, ésta era pequeña para sus grandes facultades, por estar hecha para que en ella soplara la boca de un muchacho. Manda, en fin, a su majada por su siringa a Títiro, a
3 diez estadios de distancia [116]. Éste se desembarazó de su mandil [117] y echó a correr como un cervato. Y Lamón les propuso contarles la leyenda que sobre la siringa había oído cantar a un cabrero de Sicilia, que en pago recibió un macho cabrío y una zampoña [118]:

34 «Esta siringa, el instrumento, no era tal instrumento, sino una doncella hermosa y de linda voz para cantar. Guardaba cabras, jugueteaba con las Ninfas, cantaba como ahora [119]. Y estaba apacentando y con sus juegos y canciones, cuando Pan se le acercó y quiso que accediese a sus deseos y le prometió que todas sus cabras parirían dos cabritillos [120].

---

115 Cf. TEÓCRITO, I 2 s.

116 Unos 1.800 m.

117 Es el término que creemos que más se aproxima al griego *encómboma*, de uso corriente, sobre todo, entre los esclavos.

118 Cf. [TEÓCRITO], VIII 85 s. Sicilia era la cuna del género bucólico al estilo teocriteo.

119 Es decir, de un modo comparable a las melodías que ahora salen del instrumento de su nombre. El mito de Pan y Siringa se lee también en OVIDIO, *Metamorfosis* I 689 ss., y AQUILES TACIO, VIII 6, 7 ss. En LONGO está en evidente paralelo con la historia de Pan y Pitis, aludida en I 27, 2.

120 Cf. [TEÓCRITO], VIII 45.

»Pero ella se reía de su amor y respondió que no 2
habría de aceptar enamorado que ni era cabal buco
ni hombre. Pan se lanza a conseguirla por la fuerza.
Huyó Siringa de Pan y su violencia. En su huida, fati-
gada, se oculta entre unas cañas; desaparece en una
ciénaga. Pan corta en su cólera las cañas. Al no en- 3
contrar a la zagala, comprendiendo lo acaecido, ima-
gina el instrumento y une con cera las cañas desiguales,
según fue desigual[121] también entre ellos la pasión. Y
la que en tiempos fue hermosa doncella es ahora siringa
musical.»

Terminaba Lamón de contar esta leyenda y de elo- 35
giarle Filetas que su historia hubiera sido más dulce
que una canción, y ya estaba allí Títiro a traerle a su
padre la zampoña, instrumento de gran tamaño y de
grandes cañas, que llevaba reforzadas las juntas de
cera con broncíneas filigranas: se hubiera imaginado 2
que era aquélla que ensamblara Pan por vez primera.

Filetas, entonces, se alzó del lecho hasta quedar sen-
tado[122] y, lo primero, probó a ver si por las cañas pa-
saba el aire limpiamente. Luego de comprobar que el 3
soplo las recorre sin obstáculo, las hizo resonar con
fuerza y brío: el tañido de la flauta sonó con tanto
ímpetu que habría podido atribuirse a varias zampo-
ñas acordadas. Pero poco a poco le fue templando su
vigor hasta cambiarlo en la más delicada melodía. Y 4
exhibió todo el repertorio musical del perfecto pasto-
reo: cuál el que corresponde a una vacada, cuál el opor-
tuno para un hato de cabras, cuál del que gustan las
ovejas. Dulce era el son de las ovejas, sonoro el de las
vacas, agudo el de las cabras. Y cabalmente una única
zampoña de toda clase de zampoñas hizo las veces.

---

121 Tanto por no ser correspondida por ella como por ser un amor desfavorable (posible, en el original, *ánisos*).

122 Cf. nuestras «Notas sobre Longo», § 2.4, para la traducción que damos.

36 Los demás, complacidos, seguían recostados y en silencio, pero Driante se alzó e, invitándolo a tocar un aire dionisíaco, les bailó una danza de vendimia. Figuraba unas veces vendimiar, otras cargar con capachos, luego pisar los racimos, luego llenar las cubas y luego
2 ya beber el mosto. Todas estas figuras las bailó Driante con gracia tal y tanta vida que creían estar viendo las vides, el lagar, las cubas y a Driante bebiendo de verdad.

37 Éste fue el tercer viejo, pues, que así se ganó los aplausos con su danza y dio un beso a Cloe y a Dafnis. Y ellos muy prestos se levantaron para bailar la historia que contó Lamón. Dafnis hacía de Pan, de Siringa Cloe[123]. El uno suplicaba con voluntad de seducirla; la
2 otra, desdeñosa, sonreía. Él la acosaba y corría de puntillas simulando unas pezuñas; ella mostraba la fatiga de la huida. Después Cloe se oculta, como en una cié-
3 naga, en el bosque; Dafnis con la zampoña grande de Filetas toca una melodía que suena quejumbrosa, como de un enamorado; como del que quiere seducir, apasionada; solícita, como de quien anda buscando, hasta el punto de que Filetas admirado se alza de un salto a darle un beso y con el beso le regala la zampoña y encarece que también Dafnis se la ceda a un sucesor de iguales méritos. /

38 Dafnis, después de consagrar su siringa pequeña a Pan y de besar a Cloe, como si la hallara tras una fuga auténtica, recoge el rebaño al son de la zampoña. Como ya había anochecido[124], Cloe recogió igualmente el suyo

---

123 Cf. una danza mímica semejante (con el tema de Dioniso y Ariadna) y bailada, igualmente, por una pareja de jóvenes enamorados en JENOFONTE, *Banquete* IX. B. DE SAINT-PIERRE, en *Pablo y Virginia*, entre otros ecos indudables de Longo, ha recreado también esta pantomima.

124 Los editores divergen en la puntuación de este pasaje. Seguimos la de Schönberger.

reuniéndolo con el tañido de la flauta. Las cabras iban 2
al lado de las ovejas y Dafnis caminaba cerca de Cloe,
de suerte que hasta la noche estuvieron embelesados[125]
el uno con el otro y para el día venidero acordaron
sacar a pastar aún antes los ganados.

Y así lo hicieron, pues llegaron al pasto apenas apun- 3
tando el día. Y, tras saludar primero a las Ninfas, des-
pués a Pan, sentados ya bajo la encina tocaron las zam-
poñas, luego se besaron, se rodearon con los brazos, se
echaron en el suelo y, sin pasar a mayores, terminaron
levantándose. Se ocuparon también de comer y bebieron
vino mezclándolo con leche.

Con todo esto aumentando su ardor y lo mismo su 39
mutuo atrevimiento, entraron en pleitos amorosos y
poco a poco llegaron hasta prometerse fidelidad con
juramentos. Dafnis se acercó al pino para jurar por
Pan que no habría de vivir sin Cloe ni el plazo de un
solo día. Y Cloe, dentro de la gruta, juró por las Ninfas 2
que su amor compartiría la misma muerte y vida de
su Dafnis. Pero tanta ingenuidad había en Cloe, por jo-
vencita, que al salir de la cueva todavía estimó que
debía tomarle un segundo juramento: «Dafnis —le 3
dijo—, Pan es un dios galanteador e infiel[126]: se ena-
moró de Pitis, se enamoró de Siringa, y jamás deja de
perturbar a las Dríades y de enredar a las Ninfas Epi-
mélides. En fin, que si te despreocupas de cumplir tus
juramentos, no se preocupará de castigarte, ni siquiera
si dirigieses tus pasos a más mujeres que cañas hay en
la zampoña. Júrame por tu rebaño y por la cabra aque- 4
lla que te amamantó no abandonar a Cloe mientras ella
te sea fiel. Mas si contra ti y contra las Ninfas llegara

---

[125] Para la interpretación de este término, cf. VALLEY, *Über den Sprachgebrauch...*, pág. 10, que adujo como paralelo HELIODORO, X 31, 1. Ninguno de los dos pasajes debe, pues, ser corregido, contra el hábito de tantos editores.

[126] Cf. LUCIANO, *Diál. de los dioses* XXII 4.

a ser culpable, huye de ella y ódiala y mátala, como a un lobo.»

5 Encantó a Dafnis tal desconfianza y, plantado en medio del hato, con una mano sobre una cabra y con la otra a un macho agarrado, juró amar a Cloe si Cloe lo amaba. Y que, si a otro prefería en lugar de a Dafnis, en vez de a ella él se mataría.

6 Cloe se llenó de júbilo y dio por buena su palabra, como muchacha que era y pastora, que creía en las cabras y ovejas como divinidades propias de pastores y cabreros.

LIBRO TERCERO

Cuando los mitilenenses se enteraron de la arribada 1
de la decena de navíos y algunos que llegaban de los
campos les informaron del saqueo, juzgaron que no
era tolerable aguantar el proceder de la gente de Me-
timna y decidieron también tomar al momento las
armas contra ellos. Hicieron una leva de tres mil infan- 2
tes y de quinientos de a caballo y se mandó al coman-
dante Hípaso por tierra, porque recelaban del mar en
la estación del mal tiempo.

Pero éste, ya en marcha, no entraba a saco en los 2
campos de Metimna ni tampoco pillaba rebaños y ha-
ciendas de labradores y pastores, ya que en su opinión
éstas eran acciones más de bandolero que de un jefe
militar. Se dirigía, en cambio, velozmente contra la
propia capital, con el ánimo de irrumpir por sus puer-
tas sin custodia, cuando a una distancia de unos cien 2
estadios[127] un heraldo le salió al encuentro con la pro-
puesta de una tregua.

Era el caso que los metimnenses, enterados por los 3
prisioneros de que los de Mitilene eran ajenos al su-
ceso y de que, por el contrario, labradores y pastores
habían procedido de aquel modo con los jovencitos por
sus actos insolentes, reconocieron que se habían com-

---

[127] Unos 18 Km. Según puede deducirse de ESTRABÓN (XIII 2, 2), la distancia entre ambas ciudades era de unos 270 estadios.

portado con una ciudad vecina más con osadía precipitada que con juicio. Y era su empeño, tras la devolución de todo lo robado, restablecer las relaciones sin temor por tierra y mar[128].

4 Hípaso entonces remite el heraldo a Mitilene, aunque lo habían votado comandante con poderes absolutos. Y acampa a unos diez estadios de Metimna, para esperar
5 las órdenes de su ciudad. Y al cabo de dos días llegó el mensajero con la de recoger dicho botín y regresar a casa sin hacer agravio alguno, ya que, puestos a elegir entre la guerra y la paz, hallaban la paz más ventajosa.

3 La guerra, pues, entre Metimna y Mitilene, que había tenido un comienzo inesperado, también terminó de modo semejante.

Pero el invierno a Dafnis y a Cloe se les antoja más doloroso que la guerra. Pues una nevada repentina y copiosa cerró todos los caminos y encerró a todos los
2 campesinos. Bajaban impetuosos los torrentes y había capas de hielo endurecidas[129], los árboles parecían doblegados[130]; la tierra entera estaba oculta, a no ser a
3 la orilla de veneros y corrientes. Nadie, en fin, llevaba al pasto su ganado ni más allá iba de su puerta, sino que, junto a una gran fogata que encendían nada más cantar los gallos, hilaban lino unos, tejían otros con pelos de cabra y otros urdían diestramente redes para
4 aves. Era tiempo de ocuparse de que las reses comieran paja en los establos, las cabras y ovejas en los corrales hojas, los cerdos en las pocilgas bellotas de encinas y de robles[131].

---

128 Cf. Tucídides, I 2, 2.

129 Cf. Tucídides, III 23, 5.

130 Para la interpretación del término (bajo el peso de la nieve), cf. Valley, *op. cit.*, págs. 10 y sig. Pasaje inútilmente corregido por algunos y que recuerda el comienzo de la oda 9 del libro I de Horacio.

131 Cf. *Odisea* X 242 s.

Como por fuerza mayor, pues, nadie podía salir 4
de casa, los demás labriegos y pastores gozaban de este descanso temporal de sus tareas, de la comida al despuntar el día y de un sueño prolongado, de manera que en su opinión el invierno era más grato que el verano, el otoño y hasta la propia primavera.

Pero Cloe y Dafnis, con el recuerdo de las pasadas 2
delicias, de cómo se besaban, de cómo se abrazaban y cómo tomaban juntos su comida, pasaban sus noches entre insomnios y aflicciones y aguardaban la estación primaveral como si de la muerte retornaran a la vida.
Sufrían ya de que cayera en sus manos un zurrón, del 3
que sacaban su merienda; ya de ver una colodra, de la que ambos bebían; ya una zampoña, que fuera un
presente de amor, por el suelo abandonada. Suplicaban 4
a las Ninfas y a Pan verse liberados de estos infortunios y que a ellos y a sus rebaños les dejaran ver por fin el sol. Y a la vez que suplicaban trataban de encon-
trar algún ardid por medio del cual verse. Cloe, desde 5
luego, estaba fatalmente sin escape y sin remedio, pues la acompañaba de continuo la que pasaba por su madre, enseñándola a cardar lana y a manejar el huso y hablándole de bodas [132]. Pero a Dafnis, por estar ocioso y ser más sagaz que una zagala, para ver a Cloe se le ocurrió semejante estratagema:

Al pie mismo de la fachada de la casa de Driante 5
habían crecido hiedra y dos grandes arrayanes: los arrayanes muy cerca uno del otro y la hiedra en medio de los dos, de suerte que al repartir su ramaje sobre ambos y con el entrelazamiento de su fronda formaba, como

[132] A pesar de su temprana edad, lo que no sería raro en la antigüedad griega. En JENOFONTE, *Económico* VII, 5, se alude al casamiento antes de cumplir la novia los quince años. Cf. también *Nino y Semíramis*, fr. A 1 (vol. 16 de esta Colección), y, en general, SCARCELLA, «La tecnica dell'imitazione in Longo Sofista», *Giorn. It. Filol.*, N. S., 3 (1972), pág. 75.

si de una parra se tratara, una especie de gruta. Y tal
era la abundancia y tamaño de los corimbos como de
2 los racimos que penden de los sarmientos. Y en su
torno había una gran cantidad de pájaros de invier-
no[133], que no podían procurarse su alimento fuera: nu-
merosos mirlos, numerosos tordos y torcaces y estor-
ninos y de cuantas otras clases de pájaros que viven de
la hiedra.

3 Con el pretexto de cazar estas aves salió Dafnis,
con su zurrón repleto de pasteles de miel y cargado de
4 liga y redes para dar fe de su intención. La distancia
desde luego no era de más de diez estadios, pero la nie-
ve, todavía no derretida, le produjo un gran cansancio:
que para los pies del amor sin duda todo es franquea-
ble, ya sea fuego o agua o nieve escítica[134].

6 A la carrera, pues, llegó hasta la casa y, después de
sacudirse la nieve de las piernas, tendió las redes y
untó con la liga largas varas; luego se sentó, atento a
los pájaros y a Cloe.

2 Pájaros vinieron muchos, en efecto, y cayeron los
suficientes para darle mil trabajos recogerlos, matarlos
y desplumarlos. Pero de la casa nadie salió, ni hombre
ni mujer y ni aun un ave del corral: que todo el mundo
seguía en el interior sentado junto al fuego. De manera
que Dafnis estaba muy indeciso, con el temor de haber
llegado con pájaros no precisamente favorables[135]. Se
atrevía, si encontraba un pretexto, a traspasar las puer-
tas y discutía consigo mismo cuál alegar que fuera
más creíble:

---

133 Es decir, de aves migratorias que pasaban por Lesbos en esa época del año.

134 Expresiones más o menos proverbiales para el frío excesivo eran: «nieve céltica o gálica» (cf. *Antología Palatina* X 21, 4) o «nieve del Caspio» (cf. LUCIANO, *Hist. conscr.* 19).

135 Juego de palabras entre los pájaros que ha venido a cazar Dafnis y su valor como signo de mal agüero.

—Vine a que me dieran lumbre. 3
—¿Y no había vecinos en un estadio?
—Me llegué a pedirles unos panes.
—¡Pero tu zurrón está repleto de comida!
—Preciso un poco de vino.
—¡Y estuviste de vendimia no hace ni tres días![136].
—Me perseguía un lobo.
—¿Y dónde están las huellas de ese lobo?
—Vine a cazar los pájaros.
—¿Por qué, entonces, si los cazaste, no te vas?
—Deseo ver a Cloe: pero ¿quién le confiesa esto al 4
padre y a la madre de una joven?

Sin duda por todas partes había obstáculos: «No hay una sola de todas éstas —se dijo— que no sea una excusa sospechosa. Por consiguiente, mejor es que me calle. A Cloe la veré por la primavera, ya que en el invierno, al parecer, no es mi sino que la vea.»

Más o menos así estuvo cavilando y sin decir pala- 5
bra y con sus presas recogidas iba ya a partir cuando, como si Amor se hubiera compadecido de él, sucedió esto:

La familia de Driante estaba en torno a la mesa. Se 7
repartía la carne, los panes se servían, se mezclaba en la jarra la bebida[137]. Pero entonces uno de los perros guardianes del ganado, al acecho de un descuido, atrapó un trozo de carne y escapó por la puerta. Dolido Drian- 2
te (pues era precisamente su ración), echando mano a un palo, como un sabueso le siguió la pista. En plena persecución va a parar a la hiedra y ve a Dafnis, que se echaba al hombro su botín, resuelto a emprender la

---

136 Literalmente, «ayer y anteayer». Los revisadores de la edición de DALMEYDA, sin duda, se pasaron de listos al echar en cara a traductores como AMYOT y COURIER una versión como la nuestra: la expresión, naturalmente, no debe entenderse al pie de la letra.

137 Es decir, el agua y el vino.

3 retirada. Se le olvidaron al punto carne y perro y al grito de «¡hola, muchacho!», lo abrazó, lo besó y del brazo lo condujo adentro de la casa. Y ellos, al verse, por poco al suelo se desploman, pero tuvieron arrestos para seguir de pie y se saludaron y besaron, lo que les sirvió como de sostén para no derrumbarse.

8 Dafnis, que halló un beso y a su Cloe, de lo que ya desesperaba, fue a sentarse junto al fuego y descargó de sus hombros en la mesa las torcaces y los mirlos. Contó cómo, hastiado de estar metido en casa, se decidió a cazar, y cómo los capturó en parte con redes, en parte con la liga, gracias a su afición a los mirtos y a la hie-
2 dra. Le aplaudieron su empeño y lo invitaron a comer de lo que el perro les dejara, e igualmente indicaron a Cloe que le diera de beber. Y ella, feliz, sirvió a los demás y, el último, a Dafnis, pues fingía estar enfadada porque, después de haber venido, sin verla iba a volverse. Sin embargo, antes de servirle tomó un sorbo, y así ya le dio de beber luego, y él, aunque sediento, bebió lentamente, porque esa lentitud le regalaba un placer más duradero.

9 La mesa quedó con prontitud vacía de panes y de carne. Pero, aun sentados, se interesaron por Mírtale y
2 Lamón y los juzgaron dichosos por la suerte de tener tal apoyo en su vejez, elogio que le llenó de más satisfacción porque Cloe lo escuchaba. Y cuando lo retuvieron para hacer a Dioniso un sacrificio al día siguiente, con la alegría estuvo a punto de adorarlos a ellos en
3 vez de al propio dios. Y al momento sacó de su zurrón muchos pasteles y los pájaros cazados, que aderezaron para la comida de la noche.

4 Una jarra de vino por segunda vez se puso, por segunda vez se encendió fuego, y, con la pronta llegada de la noche, de su segundo yantar quedaron satisfechos, para luego, después de contarse unas historias y entonar unas canciones, irse a dormir, Cloe con su

madre y Dafnis con Driante. En fin, que para Cloe no 5
hubo otro provecho que volver a ver al día siguiente a
Dafnis. Y Dafnis disfrutó de un nuevo deleite, pues a
su juicio era un placer compartir el lecho con el padre
de Cloe precisamente, hasta el punto de abrazarlo y
besarlo muchas veces, soñando que era a Cloe a la que
todo eso le hacía.

Cuando el día llegó, hacía un frío nada común y el **10**
soplo del Bóreas[138] todo lo abrasaba. Al levantarse, sa-
crifican un borrego añal a Dioniso y prendiendo un gran
fuego preparan su comida. Y mientras Nape cocía pan 2
y Driante hervía el cordero, Dafnis y Cloe, que estaban
desocupados, salieron de la casa hasta el sitio de la
hiedra. Tendieron las redes otra vez, untaron con liga
las varetas y cazaron pájaros en número no escaso.
También disfrutaron largo rato de sus besos y de un 3
coloquio placentero:

—Por ti he venido, Cloe.

—Lo sé, Dafnis.

—Por ti hago perecer a los infelices mirlos.

—¿Y qué quieres que haga yo por ti?

—Que me tengas presente.

—Te tengo, por las Ninfas, en cuyo nombre presté una vez juramento en la gruta aquella a donde iremos tan pronto como la nieve se derrita.

—Pero es muy espesa, Cloe, y mucho me temo que 4
he de derretirme antes que ella.

—Dafnis, ¡ten valor!: que el sol calienta.

—¡Ojalá calentase tanto como el fuego que me abrasa el corazón!

—Bromeas para engañarme.

—¡No, por las cabras, en cuyo nombre me hiciste que jurara!

---

138 Viento del N.-NO. Longo pudo inspirarse para esta descripción en Jenofonte, *Anábasis* IV 5, 3.

11 Entre tales réplicas que Cloe, como un eco, dirigía a Dafnis, los llamaron los que estaban con Nape y a la carrera entraron con caza aún más abundante que la víspera. Y luego de consagrar a Dioniso las primicias de la jarra, estuvieron comiendo con las cabezas coro-
2 nadas de hiedra. Y cuando fue la hora, tras vocear «¡Yaco!» y «¡evoé!»[139], despidieron a Dafnis con su zurrón repleto de carnes y de panes. Y le dieron, para que los llevara a Lamón y a Mírtale, las palomas y los tordos: que ellos otros cazarían en tanto el invierno persistiera y la hiedra no faltara.
3 Y partió Dafnis, besando a los demás antes que a Cloe, con la intención de que el beso de ella le quedara intacto. Y aún hubo de hacer aquel camino otras muchas veces con pretextos diferentes, de suerte que el invierno no del todo les negó amorosas ocasiones.
12 Comenzaba ya la primavera y, al fundirse la nieve, se desnudaba la tierra y la hierba germinaba. Los otros zagales llevaban a los pastos sus ganados, y antes que ninguno Cloe y Dafnis, como que servían a un pastor
2 más principal[140]. Y al momento corrieron hacia las Ninfas y su cueva, después hacia Pan y su pino y luego hasta la encina, bajo la cual tomando asiento guardaban sus rebaños al par que se besaban. Buscaron también flores, con el deseo de poner guirnaldas a los dioses, pero aún apenas las había nutrido el Céfiro y las hacía brotar el sol con sus calores. Y sin embargo encontraron violetas y narcisos y pamplinas y cuantas
3 nacen nada más empezar la primavera. Cloe y Dafnis, mientras coronaban las imágenes, derramaron en su
4 honor la leche nueva de algunas cabras y ovejas. También les dedicaron primicias de su zampoña como en

139 Gritos rituales del culto dionisiaco, en clara conexión con la libación precedente.

140 Cf. II 5, 4.

un melodioso desafío a los ruiseñores [141], que les fueron respondiendo en la espesura e iban poco a poco afinando su cántico a Itis [142], como si tras largo silencio recobraran la memoria de los trinos.

Por doquier balaban las ovejas, los corderos brinca- 13
ban y chupaban las ubres encogidos debajo de sus madres. A las que aún no habían parido las acosaban los carneros y, una vez ellas debajo, las cubrían a una cada
cual. También había persecuciones y más fogosos saltos 2
sobre las cabras de sus machos y batallas por las hembras. Cada uno dominaba las suyas e impedía vigilante que con algún otro a hurtadillas cometiesen adulterio.

Hasta a unos viejos el ver tal espectáculo los hubiera 3
incitado al amoroso trato. Pero ellos, que eran jóvenes, pletóricos de savia, y que desde hacía ya mucho tiempo andaban en pesquisas del amor, con lo que oían se abrasaban, con lo que veían se derretían, y buscaban también ellos algo más que un beso y un abrazo [143]. Y
Dafnis sobre todo, pues, hecho mayor entre el encierro 4
y la holganza del invierno, se sentía enardecido y anhelante de besos y de abrazos y para toda acción mostraba más curiosidad y atrevimiento.

Le pedía a Cloe le concediera todos sus deseos y se 14
echara desnuda junto a él, también desnudo, más largo rato de lo que antes solían, ya que ésta era a no dudarlo la que les faltaba de las enseñanzas de Filetas para al-
canzar el único remedio que los librara del amor. Y ella 2
le preguntó qué más había que un beso y un abrazo e, incluso, echarse, y qué sabía él hacer cuando yacieran desnudos uno y otro.

---

141 Cf. [Teócrito], VIII 37 s.

142 Itis es el llorado hijo de Procne o Aedón (según las diferentes versiones del mito) y los cantos del ruiseñor dolientes por Itis son un tópico en la literatura griega, al menos desde Esquilo, *Agamenón* 1142 ss. Cf. Aquiles Tacio, V 3 ss.

143 Para este pasaje, cf. Teócrito, I 87 s.

—Eso —contestó— que los carneros hacen a las ove-
3 jas y los barbones a las cabras. ¿Ves cómo, luego de
hacerlo, ni ellas les huyen ya ni ellos se cansan acosán-
dolas, sino que, tal que si hubieran disfrutado en común
de un común placer, pacen juntos? Según parece, ese
acto es algo dulce y que suprime lo amargo del amor.
4 —¿Pero no ves, Dafnis, las cabras y sus machos y
los carneros y las ovejas, cómo de pie ellos lo hacen y
de pie ellas reciben, brincando los unos y las otras ofre-
ciéndoles sus lomos? ¿Y tú me pides que contigo me
eche así, desnuda? Sin embargo, ¿a ellas no las cubre
su pelaje más que a mí mis ropas?
5 Le hizo caso Dafnis y echado junto a Cloe se estuvo
largo tiempo, y, como no sabía hacer nada de lo que
tanto tenía ganas, la hace levantarse e, imitando a los
bucos, la sujeta abrazada por detrás. Pero aún más chas-
queado se sentó y rompió a llorar por ser más torpe,
incluso, que los moruecos para la brega del amor.
15 Pero tenía un vecino, labrador de tierra propia y
Cromis de nombre, cuyo cuerpo había perdido ya su ju-
ventud. Tenía éste una mujer que de la ciudad se había
traído, moza y lozana y delicada en demasía para aquella
2 vida rústica. Su nombre era Licenion [144]. Y la tal Lice-
nion, que veía a Dafnis muy temprano día por día pasar
con las cabras hacia el pasto [145], y a la noche desde el
pasto, se encaprichó con conseguirlo como amante po-
3 niéndole de cebo unos obsequios [146]. Y así, en una oca-
sión en que lo sorprende solo, le regala una zampoña,
un panal de miel y un zurrón de piel de ciervo. Pero no
osó aún decirle nada, ya que adivinaba su pasión por
4 Cloe al verlo tan apegado a la muchacha. Ya antes, en
efecto, sus mutuas señas y sus risas la habían hecho

144 Sobre este personaje, cf. O. Longo, «Paesaggio di Longo Sofista», *Riv. Stud. Class.* 25 (1977), 5-17.

145 Cf. Teócrito, V 88, y VIII 72 s.

146 Cf. [Teócrito], VIII 72 s., ya citado.

imaginarlo, pero esa vez[147], de amanecida, pretextando ante Cromis que iba a asistir en el parto a una vecina[148], fue siguiéndolos y, oculta en un matorral para no dejarse ver, escuchó todo cuanto dijeron y vio todo cuanto hicieron. Ni siquiera se le escapó el llanto de
Dafnis. Se compadeció, pues, de su infortunio y con la 5
idea de que se le ofrecía, por partida doble, la oportunidad tanto de salvarlos como de alcanzar lo que era su deseo, se le ocurrió una treta así:

Al día siguiente, valiéndose del mismo pretexto de 16
ir a casa de la mujer del parto, se presenta, ahora abiertamente, junto a la encina en la que Dafnis y Cloe estaban sentados, y, con puntual remedo de la que está
muy trastornada: «¡Sálvame, Dafnis, de mi desgracia! 2
—dijo—. Que a uno de mis veinte gansos, el más hermoso, un águila me lo ha robado[149], y como cargada con tal peso no ha podido llevarlo por el aire hasta lo alto de aquel peñasco, como suele, ha ido a caer con él entre
ese monte bajo. Tú, por las Ninfas y por ese Pan, entra 3
en la espesura (pues a mí sola me da miedo) y salva mi ganso y no permitas que el número que tengo ya
no sea cabal. Quizás, incluso, al águila misma matarás 4
y no os robará ya muchos corderos y cabritos. De tu rebaño, entretanto, cuidará Cloe: las cabras la conocen perfectamente, porque en los pastos siempre te acompaña.»

Sin que sospechara nada de lo que iba a suceder, 17
Dafnis al momento se levanta y con el cayado en la mano sigue los pasos de Licenion. Ello lo guió hasta bien lejos de Cloe y, cuando estuvieron en el paraje más tupido, invitándolo a tomar asiento cerca de un venero:

---

147 Verosímilmente la ocasión narrada en el capítulo precedente.

148 Cf. Aristófanes, *Asambleístas* 526 ss., para un pretexto semejante, aunque en circunstancias y con fines distintos.

149 Cf. *Odisea* XIX 536 ss.

«Tú amas a Cloe, Dafnis —le dijo—. De esto me he
2 enterado esta noche por las Ninfas: por medio de un
sueño me han contado tus lágrimas de ayer y me han
ordenado que te salve, enseñándote las tareas del amor.
No se trata de besos y de abrazos ni de lo que practi-
can los carneros y los bucos. Son éstos otros saltos y
más dulces que aquéllos, pues los acompaña un placer
3 más duradero. En fin, si tú deseas verte libre de tus
cuitas y probar las delicias que buscabas, ven y con-
fíate a mí, como un alumno delicioso. Y yo, compla-
ciendo a las Ninfas, te lo enseñaré.»

18 No pudo contener Dafnis su alegría, sino que, como
rústico y cabrero y enamorado y joven que era, arro-
jándose a sus pies suplicó a Licenion que cuanto antes
le enseñara la ciencia con la que haría a Cloe lo que
2 deseaba. E igual que si fuese a recibir un alto cono-
cimiento y verdaderamente de divina procedencia, le
prometió regalarle un cabrito lechal y tiernos quesos
de calostros y hasta la propia cabra [150].

3 Licenion, que encontró tal desprendimiento en un
cabrero como no hubiera imaginado, comenzó a adoc-
trinar a Dafnis de este modo: le indicó que, como es-
taba, se sentase a su lado y la besara en la forma y
con la frecuencia que solía, y que, mientras la besaba,
4 a la vez la abrazara y se recostase sobre el suelo. Y,
luego que se hubo sentado y la besó y se recostó, sin-
tiendo que él estaba ya a tono para cumplir y con la
hinchazón requerida, hizo que de estar echado de cos-
tado pasara a estar encima, y ella tumbándose de-
bajo con destreza lo condujo al camino hasta entonces
tan buscado, sin que después tuviera que esmerarse
en desusados medios, pues la naturaleza por sí sola fue
maestra en lo que aún se había de hacer.

150 Cf. Teócrito, I 9 ss. y 57 s.

Consumada la amorosa instrucción, Dafnis, que se- 19
guía teniendo una mente de pastor, iba a correr hacia
Cloe y a practicar con ella de inmediato cuanto había
aprendido, como con miedo, si se demoraba, de olvi-
darlo. Pero Licenion lo contuvo y le habló así: «Toda- 2
vía, Dafnis, debes aprender esto también: a mí, por
ser mujer, no me ha pasado nada ahora, pues hace
tiempo que otro hombre me dio a mí esta lección, lle-
vándose mi doncellez de recompensa. Pero Cloe, cuando
se enzarce contigo en esta lucha, gemirá, llorará y,
como herida de muerte, yacerá ensangrentada. Tú no 3
te asustes de esa sangre. Pero, una vez que la conven-
zas de que sea tuya, tráetela a este sitio donde aunque
grite nadie oiga, aunque llore nadie vea, y si sangra
se lave en el venero. Y acuérdate de que yo he hecho
de ti un hombre antes que Cloe.»

Éstos fueron los consejos de Licenion, que por otra 20
parte del monte se alejó como si anduviera todavía en
busca de su ganso.

Y Dafnis, reflexionando en sus palabras, se abstuvo
de seguir aquel primer impulso y no se decidía ya a
importunar a Cloe sino para los besos y abrazos: no
quería que ella gritara, como si en él viera un enemigo;
ni llorase, como aquejada de un dolor; ni sangrara,
igual que malherida, pues por su poca experiencia tenía 2
miedo a la sangre y creía que la sangre solamente brota
de una herida.

Resuelto a seguir con ella disfrutando de lo que ya
les era habitual, salió de la espesura y, al llegar a donde
Cloe sentada se ocupaba en trenzar una guirnalda de
violetas, le contó la mentira de que había arrebatado
el ganso de las garras del águila y la abrazó y besó, tal
como hiciera con Licenion mientras gozaba de ella.
Pues eso nada lo impedía, ya que no era peligroso. Y 3
Cloe le ajustó la guirnalda en su cabeza y le dio besos
en el pelo, preferible para su gusto a las violetas. Sacó

de su zurrón un trozo de torta de higos y unos bollos
y se los dio a comer. Y, mientras él comía, se los qui-
taba de la boca para comerlos ella, igual que hace un
polluelo.

21 Y estando así comiendo y aun más entretenidos en
besarse que en comer, apareció un barco de pescadores
que navegaba a la vista de la costa. El viento no so-
plaba y el mar estaba en calma, por lo que habían te-
nido que echar mano a los remos y bogaban vigoro-
samente, con la urgencia de llevar fresca a la ciudad
2 para alguno de los ricos su reciente pesca. Tal como
los marinos suelen hacer para olvidarse del cansancio,
también aquéllos lo mismo hacían mientras remaban:
uno, que servía de cómitre, les entonaba canciones ma-
rineras, y los demás, a la manera de un coro, entraban
al unísono cuando según la voz de aquél correspondía.

3 Mientras hicieron esto en mar abierto, sus voces se
extinguían al esparcirse el son entre tan gran masa de
aire, pero una vez que, pasando al pie de un promon-
torio, navegaron hacia el interior de una ensenada en
forma de media luna, la voz ya se oyó mejor y con toda
nitidez penetraban en tierra adentro los cánticos que
4 marcaban el ritmo a los remeros. Pues la llanura arran-
caba allí de un valle encañonado que, recibiendo el
sonido en su interior, como hace un instrumento, de-
volvía un remedo resonante de cada uno de los ruidos
producidos, el chapoteo de los remos por un lado, por
otro la voz de los marinos. Y el concierto era delicioso,
ya que los sonidos que de la mar venían se anticipaban
a los ecos de la tierra, y éstos morían con el mismo
tiempo de demora con que se hubieran iniciado [151].

22 Dafnis, que sabía lo que pasaba, tenía toda su aten-
ción puesta en el mar, disfrutaba con el barco que

---

151 Esta hermosa descripción no puede menos de hacer recordar al lector las páginas finales de *Lolita* de Nabokov.

corría paralelo a la llanura más rápido que un pájaro [152] e intentaba retener algunos de los cánticos para luego tocarlos con su flauta.

Pero Cloe, que tuvo entonces su primera experien- 2
cia de lo que llamamos eco, cuando los marineros marcaban el compás miraba hacia el mar, para luego cada vez volverse hacia el bosque en busca de los que daban
la réplica a su canto. Y una vez que, pasada ya la nave, 3
quedó el valle igualmente silencioso, le preguntó a Dafnis si detrás del promontorio había también un mar y costeaba otro barco y otros marineros cantaban
aires idénticos y todos a una se callaban. Dafnis se 4
echó a reír dulcemente y con más dulzura aún la besó, le puso la guirnalda de violetas y comenzó a contarle la leyenda de Eco, no sin pedirle de paga por su lección otros diez besos.

«Numerosa es, muchacha, la estirpe de las Ninfas: 23
Melias, Dríadas y Eleas, todas hermosas, todas amantes de la música. De una de éstas fue hija Eco [153], mortal porque mortal era su padre; hermosa porque hermosa
era su madre. Su crianza corre a cargo de las Ninfas 2
y de las Musas aprende a tañer zampoña y flauta, a acompañarse con la lira y con la cítara, y toda clase de cantos. Y así, llegada a la flor de la mocedad, participaba en las danzas de las Ninfas y en los coros de las Musas. Pero, por amor a su doncellez, rehuía a
todos los varones, tanto hombres como dioses [154]. Pan, 3
por celos de sus dotes musicales y por no lograr tal hermosura, llevado de su rencor contra la joven infunde un arrebato de locura en los pastores y cabreros.

---

152 Cf. *Odisea* VII 36.

153 Sobre el mito de Eco, cf. Ovidio, *Metamorfosis* III 356 ss. Longo da una versión sólo parcial del mito y muy distinta de la ovidiana.

154 En cambio, según Mosco (f. 2), Eco estaba enamorada de un sátiro; según Ovidio (*loc. cit.*), de Narciso.

Éstos la despedazan, como perros o lobos, y arrojan por toda la tierra sus miembros, que aún entonan sus
4 canciones. La Tierra, como una gracia a las Ninfas, todos los cubrió[155]. Guardó también su música y, por decisión de las Ninfas, deja escapar su voz y todo lo imita, como antaño la muchacha: a dioses, hombres,
5 instrumentos y animales. Incluso remeda al propio Pan cuando tañe su zampoña, y él al oírla da un brinco y la persigue por los montes, no por el ansia de alcanzarla, sino sólo de enterarse de quién es su discípulo furtivo.»

Al final de esta historia a Dafnis no diez besos solamente, sino muchos más le dio Cloe, pues casi las mismas palabras también Eco repitió, como si diera testimonio de que en nada había mentido.

24 El sol de día en día calentaba más, porque llegaba a su fin la primavera y el estío comenzaba. Otra vez disfrutaban de diversiones nuevas y propias del verano.
2 Él nadaba en los ríos y ella se bañaba en los veneros; el uno tocaba la zampoña rivalizando con los pinos[156], la otra cantaba en desafío a los ruiseñores. Daban caza a los parleros grillos, cogían cigarras estridentes, recogían flores, remecían los árboles, comían fruta. Alguna vez ya incluso se echaron desnudos y se taparon
3 con una sola piel de cabra[157], y fácilmente Cloe se habría hecho una mujer si la sangre no turbase a Dafnis. Éste, sin duda también por miedo a que en alguna ocasión saliesen sus miramientos malparados, apenas dejaba que Cloe se desnudara, y de ello andaba Cloe

---

155 Cf. Ovidio, *ibid.*: los huesos de Eco se metamorfosearon en piedras.

156 El propio Longo (que se inspira en Teócrito, I 1 s.) nos explicó el sentido de esta expresión en I 23, 2.

157 Es muy probable que Longo esté remedando la frase usual «con una sola capa (o manta)», con sentido erótico (cf. la nota de Gow a Teócrito, XVIII 19).

muy extrañada, pero sentía vergüenza de preguntarle las razones.

Ese verano hubo también un buen número de pre- 25
tendientes alrededor de Cloe y muchos acudían de todas partes a casa de Driante para solicitarla por esposa. Unos traían algún presente, otros espléndidas prome-
sas. Desde luego Nape, con la excitación de estas espe- 2
ranzas, le aconsejaba que casara a Cloe y no retuviera en la casa por más tiempo a una joven de su edad, que quizá en plazo breve en sus andanzas por los pastos dejaría de ser doncella y haría de algún pastor su hombre por manzanas o por rosas[158]; sino, al contrario, convertirla en ama de una casa y ellos el mucho provecho que sacaran guardarlo para su propio hijo, el único legítimo (habían tenido un varoncito no hacía
mucho). Y Driante a ratos se dejaba seducir por sus 3
palabras (pues cada cual prometía unos obsequios por encima de la categoría de una pastora), pero a ratos, cavilando que la muchacha valía más que los labriegos que venían a cortejarla y que, si alguna vez daba con sus padres verdaderos, mucha prosperidad habría de acarrearles, a la respuesta daba largas y dejaba correr el tiempo, y mientras tanto seguía obteniendo beneficios de la lluvia de regalos.

Cloe, desde que tales noticias le llegaron, estaba muy 4
acongojada y por mucho tiempo lo mantuvo oculto a Dafnis para no hacerlo sufrir. Pero como éste la acosara y anduviera siempre con preguntas y penara más por no saber de lo que iba a penar cuando supiera, todo se lo cuenta, cuántos los pretendientes y cuán ricos, lo que Nape decía apremiando al desposorio, cómo Driante no se negaba, sino que había aplazado su respuesta hasta que llegara la vendimia.

---

[158] Regalos habituales en el galanteo amoroso (cf. *supra*, n. 25).

26 Esto pone fuera de sí a Dafnis que, sentándose, se
echa a llorar y dice que morirá si Cloe no sigue en los
pastos, y no sólo él, sino incluso las ovejas, cuando tal
pastora ya no esté. Luego, reponiéndose cobró ánimos
y ya se imaginaba que convencería a su padre, se in-
cluía entre los pretendientes y confiaba plenamente
2 en triunfar sobre los demás. Sólo un detalle lo llenaba
de zozobra: no era Lamón rico. Esto solamente hacía
flaquear sus esperanzas. Y, no obstante, decidió pedirla,
y Cloe fue de su mismo parecer.
Sin embargo, no se atrevió a decir nada a Lamón,
pero sí tuvo valor para revelarle a Mírtale sus amores
y hablarle de la boda. Y ésta por la noche se lo co-
3 municó a Lamón. Como él acogió muy mal esta pro-
puesta y le reprochó que mediara en el casorio de una
hija de pastores con un muchacho que prometía un
alto destino en las prendas con que podría ser reco-
nocido, y que, cuando descubriera a su familia, a ellos
los haría libres y amos de mayores fincas, Mírtale,
asustada de que Dafnis con tal pasión y sin esperanza
alguna de casarse tomara alguna mortal resolución, le
contó unos motivos distintos de la negativa de su es-
4 poso: «Somos pobres, hijo, y nos vendría bien una no-
via que nos acarreara algún provecho. Y ellos son
ricos y se inclinan por novios que sean ricos. ¡Ea, pues!,
convence a Cloe, y ella a su padre, de que no nos exija
demasiado y que la boda se celebre. Que, sin duda, tam-
bién ella te quiere y prefiere dormir con un pobre guapo
a con un mono [159] adinerado.»
27 Mírtale, que nunca esperaba que Driante accediese
a estas condiciones, contando con pretendientes más
acaudalados, creía haber conjurado brillantemente la
idea de aquella boda. Y Dafnis no podía reprocharle

---

159 Término usado con carácter despectivo al menos desde la comedia.

nada a sus razones. Pero, como estaba muy por debajo de las exigencias de Driante, se entregó a lo que suelen los enamorados indigentes: vertía lágrimas y en
su socorro llamaba a las Ninfas de nuevo. Y ellas, mien- 2
tras por la noche dormía, se le aparecen con el mismo aspecto con que ya la otra vez precedente, y nuevamente la de más edad le habló: «De tu boda con Cloe otra divinidad se ocupa. Pero nosotras unos presentes
te daremos que complacerán a Driante. La nave de 3
los jovencitos de Metimna, cuyo mimbre en aquella ocasión tus cabras se comieron, aquel día el viento la empujó lejos de tierra. Pero a la noche un viento, que venía de mar adentro y produjo marejada, la arrojó
contra la costa sobre las peñas del promontorio. La 4
nave se deshizo, desde luego, y mucho de lo que ella contenía, pero las olas escupieron una bolsa con tres mil dracmas, que está tirada y cubierta de algas al lado de un delfín muerto que ha impedido que algún caminante se aproxime, rehuyendo el hedor de su carne
putrefacta [160]. Pues bien, tú acércate, y, cuando te hayas 5
acercado, recógela, y, cuando la hayas recogido, dásela: te basta por ahora para no parecer pobre, pero más tarde con el tiempo incluso serás rico.»

Ellas, después de estas palabras, se alejaron a la 28
vez que la noche, y, llegado el día, Dafnis, en pie de un salto y muy contento, se llevó a toda prisa [161] sus cabras a pastar. Luego de haber besado a Cloe y de prosternarse ante las Ninfas, descendió hasta la orilla del mar como si quisiera darse un remojón. Una vez sobre

---

160 No es nada seguro (a pesar de Schönberger) que Longo haya tomado la idea del delfín arrojado a la playa de un texto de Anite (*Antología Palatina* VII 215); las diferencias son radicales.

161 Es muy posible que, tanto aquí como en II 10, 2, deba entenderse así el texto y no «entre silbidos», que es una traducción muy corriente (cf., de todos modos, *Odisea* IX, 315).

la arena fue caminando cerca de donde rompe el oleaje,
2 buscando sus tres mil[162]. Y no iba, en efecto, a costarle mucho esfuerzo, pues el delfín, tirado y putrefacto, salió a su encuentro con su hedor tan poco grato, y con su podredumbre por guía de su camino se llegó allí rápidamente, apartó las algas y halló la bolsa llena
3 de dinero. La recogió, la metió en su zurrón y no se marchó antes de dar gracias a las Ninfas y al propio mar. Pues, aun siendo un cabrero, consideraba ya el mar más dulce que la tierra por tal contribución a su boda con Cloe.

29 Dueño de las tres mil no se demoró, sino que, como el más opulento de los hombres todos, no sólo de los labriegos de por allí, prontamente se dirige junto a Cloe, le cuenta el sueño, le enseña la bolsa, le pide que guarde el ganado hasta su vuelta y se apresura a encontrarse con Driante. Halla a éste trillando su grano con Nape y un osado discurso sobre el casamiento le
2 dirige: «Dame a Cloe por esposa. Yo soy diestro en tañer la zampoña[163], en podar la vid y enterrar plantones. Sé también arar la tierra y aventar la parva. Y de cómo apaciento mi rebaño es Cloe testigo: de cincuenta cabras que tomé a mi cargo he doblado el número y hasta he criado machos altos y hermosos, mientras que antes dábamos nuestras cabras para que
3 las cubrieran los ajenos. Pero, además, soy joven y un vecino al que nada tenéis que echar en cara. Incluso me amamantó una cabra, como a Cloe una oveja.

---

162 Como veremos luego, con frecuencia, en Aquiles Tacio, era usual suprimir el nombre de la moneda, incluso en casos en que ésta no hubiese sido nombrada previamente.

163 Como tantas otras expresiones de Longo que sólo se conciben desde un punto de vista literario, ésta ha chocado a muchos por su contraste con lo que sigue. Kaïris (al que siguen Dalmeyda y Grimal) propuso leer «en la siega». No obstante, en Longo, el arte de la flauta es, sin duda, indispensable en un buen zagal.

Y, aunque tanto a los otros aventajo, tampoco en pre-
sentes he de quedarme atrás. Ellos darán cabras y 4
ovejas y una yunta de sarnosos bueyes y grano ni aun
para criar gallinas. Y de mi parte aquí tenéis estas tres
mil. Sólo que esto no lo sepa nadie, ni siquiera mi
padre Lamón» [164].

Y al tiempo de dárselas los abrazaba y besaba.

Al ver una tal suma de dinero, que rebasaba sus 30
esperanzas, al momento dieron su palabra de entre-
garle a Cloe y prometieron convencer a Lamón.

Nape, pues, quedándose allí con Dafnis, hacía girar 2
los bueyes en la era y desgranaba las espigas con el
trillo. Y Driante, después de poner la bolsa a buen
recaudo donde mismo guardaba las prendas de identi-
ficación, se dirigió con prontitud a ver a Lamón y a
Mírtale, dispuesto a pedirles —¡la mayor novedad!—
la mano de un novio. Dio con ellos mientras medían 3
la cebada, que no hacía mucho acababan de aventar,
descorazonados porque era casi menos que la semilla
sembrada; los consoló con la sentencia de que tal queja
era común en todas partes, les solicitó a Dafnis para
Cloe y les dijo que, aunque muchas eran las dádivas 4
de otros, él nada de ellos habría de recibir, sino que
más bien algo de su hacienda les daría. Pues que se
habían criado el uno con el otro y a fuerza de ir al
pasto los ligaba una amistad que no podía fácilmente
desatarse, y que, además, estaban ya en edad de dormir
juntos.

Ésas y aún otras más fueron sus palabras, como que 5
en persuadirlos le iba el premio de las tres mil. Pero
Lamón, que ni podía ya poner como pretexto la pobre-
za (pues ellos no mostraban la menor altanería) ni la
edad de Dafnis (pues era ya un mocito), ni aun así

---

164 Este autoelogio (en parecidas circunstancias) recuerda el del protagonista de *Miréio* al comienzo del canto VII.

reveló la verdad: que estaba por encima de un casa-
miento semejante; sino que, luego de guardar silencio
31 un corto rato, de este modo replicó: «Justo es vuestro
proceder al preferir a los forasteros los vecinos y al no
juzgar que la riqueza prevalece sobre una honrada po-
2 breza. ¡Que Pan y las Ninfas os den su estimación por
esto! También yo estoy empeñado en esa boda: loco
estaría, cuando voy ya para viejo y falto para las fae-
nas de más brazos, de no tener en un gran beneficio
3 emparentar con vuestra casa. Y Cloe, una muchacha
linda y lozana y de provecho en todo, también se me-
rece este interés. Pero, como siervo, no puedo dispo-
ner de nada mío, sino que es el amo, una vez infor-
mado, quien debe darnos su permiso. ¡Ea, pues!,
4 aplacemos el casamiento hasta el otoño. Por ese tiempo
los que nos llegan de la ciudad dicen que vendrá. En-
tonces serán marido y mujer. Pero por ahora, que se
quieran como hermanos. Tan sólo esto, Driante, has de
saber: pones tu mira en un zagal que está por encima
de nosotros.»

Y tras estas palabras lo besó y, como ya era pleno mediodía, lo invitó a beber y lo acompañó un trecho con todas las muestras del afecto.

32 Driante, que escuchó no sin atención lo que Lamón
por último dijera, fue por el camino cavilando en quién
podía ser Dafnis: «Una cabra lo crió, como si los dioses
velaran por él. Es guapo y en nada se parece a ese viejo
chato y a la pelona de su mujer. Hasta ha podido dis-
poner de tres mil dracmas, cantidad que ni en perué-
2 tanos es razón que un cabrero tenga. ¿También a ése
lo habrá abandonado alguien, como a Cloe? ¿También
a ése Lamón lo habrá encontrado, como yo a ella?
¿También había a su lado unas prendas semejantes a
las que hallé yo? Si esto es así, ¡Señor Pan y amadas
Ninfas!, quizás ése, si descubre a los suyos, descubri-
rá algo también del secreto de mi Cloe.»

Tales fueron hasta la era sus cavilaciones y sus 3
sueños. Y, a su llegada, encontrando a Dafnis en vilo
a la espera de sus nuevas, lo confortó con el título de
yerno, le dio la noticia de que celebrarían para el otoño
el casamiento y la mano derecha como signo de que de
ningún otro que de Dafnis sería Cloe.

Con más prontitud que un pensamiento[165], sin beber 33
ni comer, corrió Dafnis junto a Cloe. La encontró or-
deñando y haciendo quesos y le comunicó la buena
nueva de su boda, y, como a una esposa ya desde ese
instante, la besó sin recatarse y se puso a ayudarla
en su tarea. Ordeñaba la leche en las colodras, cuajaba 2
y disponía los quesos en los zarzos[166], arrimaba a sus
madres los corderos y los chivos[167].

Cuando estos quehaceres se hubieron terminado, se
lavaron, comieron, bebieron y se dieron un paseo en
busca de frutas en sazón. Había gran abundancia gra- 3
cias a la estación que da de todo: muchas peras silves-
tres, muchas cultivadas y muchas manzanas. Unas caí-
das ya por tierra, otras aún sobre los árboles[168]; las
del suelo con fragancia superior, las de las ramas más
vistosas; aquéllas exhalaban un aroma como el vino,
éstas como el oro relucían. Había un manzano ya co- 4
gido, sin frutos y sin hojas; sus ramas estaban todas
esquilmadas y una manzana solitaria se libraba a su

---

165 Las imágenes en que una acción es comparada con la rapidez del pensamiento se remontan, al menos, a *Ilíada* XV 80 ss. y a *Odisea* VII 36, y tuvieron gran fortuna en la literatura posterior.

166 Hemos completado ligeramente el texto, puesto que Longo da fuertemente abreviada la descripción de esta labor, que en la práctica era bastante más compleja, cf. artículo «Käse», en *Realencyclopädie* de PAULY-WISSOWA, X 2, cols. 1491 sig. (KROLL).

167 Las mismas tareas que realiza el Cíclope en *Odisea* IX 244 ss.

168 Cf. TEÓCRITO, VII 143 ss.

alto vuelo[169] en lo más elevado de la copa, grande y bella y por sí sola vencedora de la fragancia del montón. Tuvo miedo de trepar el cosechero, se le pasó derribarla[170]; quizás incluso estaba reservada la hermosa manzana para un pastor enamorado.

34 Tan pronto como Dafnis vio esta manzana, se apresuró a trepar para cogerla sin hacer caso de Cloe, que quiso impedirlo. Ella con el despecho del desaire se marchó junto al ganado. Dafnis, llegando a lo más alto, la arrancó, como obsequio se la llevó a Cloe, que seguía enfadada, y así le dijo: «Zagala, esta manzana la hicieron nacer las bellas Estaciones, la nutrió un hermoso árbol, mientras el sol la maduraba, y la preser-
2 vó la Fortuna. Y no iba yo, que tengo ojos, a dejarla para que por tierra cayera y o bien algún rebaño al pastar la pateara o una culebra reptando fuera a emponzoñarla o el paso del tiempo la consumiera allí tirada, objeto sólo de miradas y de elogios[171]. Éste fue el galardón que por su belleza recibió Afrodita, éste te
3 doy yo en señal de tu triunfo. Tenemos a quienes den fe muy semejantes: aquél[172] era un pastor, yo un cabrero.»

Con estas palabras se la pone en su regazo. Y ella cuando lo tuvo cerca lo besó, y así Dafnis no se arrepintió de haber trepado a tanta altura, pues una manzana, ni aun de oro, no era comparable al beso que él obtuvo[173].

---

169 También este poético «vuelo» de la manzana ha asustado a multitud de críticos y traductores poco imaginativos. Se han buscado correcciones como el anodino «maduraba», y traducciones como «se mecía», «pendía», etc.

170 Cf. Safo, fr. 105 L. P.

171 Cf. nuestras «Notas sobre Longo», § 2.5.

172 Paris, árbitro en el célebre pleito entre Atena, Hera y Afrodita, en que esta última recibió una manzana de oro como premio por su belleza.

173 El paralelo es brillante pero falso, al no ser Paris el que recibió la manzana de oro.

LIBRO CUARTO

Vino desde Mitilene un siervo, compañero de La- 1
món, a avisar de que poco antes de la vendimia llegaría
el amo para enterarse de si la incursión de la flota de
Metimna había producido algún daño en sus fincas.
Como el verano ya se iba y el otoño se acercaba, La- 2
món hacía preparativos para que en su estancia se
complaciera en todo lo que viese. Limpió las fuentes, 3
para que tuvieran clara el agua; sacó el estiércol del
patio y que así su hedor no molestara; cuidó el parque,
para que tuviera un lindo aspecto.
Y era el parque de todo punto hermoso y a la ma- 2
nera de los jardines de los reyes[174]. Se extendía hasta
el largo de un estadio y estaba situado en un paraje
alto, con cuatro pletros[175] de ancho. Se hubiera podido 2
describirlo como una amplia llanada. Tenía toda suerte
de árboles: manzanos, mirtos, perales y granados, hi-
gueras y olivos; en otro lugar una alta vid, que con sus
oscuros tonos[176] se apoyaba en los manzanos y perales,

---

174 Es decir, de los reyes por antonomasia para los griegos, que eran los de Persia. Pero, tal vez, Longo esté pensando más bien (o también) en el rey Alcínoo de la *Odisea*; en la descripción siguiente el modelo es, precisamente, *Odisea* VII 112 ss.

175 El pletro era igual aproximadamente a 30 m. El parque medía, pues, unos 180 × 120 m.

176 Por la madurez de los racimos. Esta vid, a pesar de la afirmación de II 1, 4, sí toma árboles por rodrigones.

3 como si en frutos con ellos compitiera. Y esto sólo en
arboleda cultivada. También había cipreses y laureles y
plátanos y pinos. Sobre todos éstos se extendía hiedra en
vez de vid, y sus racimos, por el tamaño y su color
4 ennegrecido, emulaban a los racimos de la vid[177]. En
la parte de dentro estaban los frutales, como si estu-
viesen custodiados; fuera y en su torno se alzaban los
estériles, como un vallado que mano de hombre hubiera
hecho, por más que alrededor corría una cerca livia-
5 na. Todos estaban repartidos y separados, de modo que
entre tronco y tronco mediase una distancia, pero por
lo alto de las ramas se juntaban y entrecruzaban sus
frondas, lo que a pesar de ser también un resultado na-
6 tural tenía la apariencia de ser artificial. Había igual-
mente arriates de flores, las unas nacidas de la propia
tierra, las otras obra de la humana destreza: de tales
manos eran producto un rosal, jacintos y lirios; la tie-
rra daba violetas y narcisos y pamplinas. Se tenía
sombra en verano, en primavera flores, en otoño fru-
tas y un regalo en toda época.

3 Desde allí se gozaba de la vista de la llanura y podía
verse a los pastores; se contemplaba el mar y se divi-
saban los que navegaban costeando, de manera que
también esto era parte de los placeres que el parque
permitía. En su mismo centro, tanto según su longitud
como su anchura, había un templo de Dioniso y un altar.
El altar estaba rodeado de hiedra y el templo de sar-
2 mientos. También por dentro el templo tenía pinturas
con temas dionisiacos: Semele pariendo, Ariadna dor-
mida, Licurgo amarrado, Penteo despedazado[178]. Había

---

177 LONGO se repite (cf. III 5, 1).

178 Sémele es la madre de Dioniso, Ariadna su esposa; Licurgo, rey de Tracia, según una versión del mito, se enfrentó al poder de Dioniso y, atado a cuatro caballos, murió desgarrado; Penteo, rey tebano, fue igualmente enemigo del dios y su castigo fue perecer a manos de las bacantes y, entre ellas, su propia madre.

igualmente indios vencidos y tirrenos metamorfosea-
dos[179]. Por doquier sátiros ‹pisando en el lagar›[180], por
doquier bacantes en sus danzas. Tampoco se había ol-
vidado a Pan: asimismo estaba él con su zampoña, sen-
tado en una piedra, igual que si entonara para los que
pisaban y para las danzantes una misma melodía.
Tal era el parque al que Lamón dedicaba sus cui- 4
dados, cortando las ramas secas, alzando los sarmientos.
Ciñó a Dioniso una guirnalda e hizo que por una regue-
ra le llegara agua a las flores. Había un manantial que
Dafnis descubrió para ellas. Al servicio de las flores
estaba consagrado este venero y sin embargo lo llama-
ban «fuente de Dafnis»[181]. También recomendó Lamón 2
a Dafnis que engordara sus cabras todo lo posible, ya
que —le dijo— era muy seguro que el amo, por llegar
después de larga ausencia, querría verlas. Dafnis tenía 3
plena confianza en que en lo tocante a ellas habrían de
felicitarlo, pues el número que recibiera había dobla-
do, ni siquiera una le había robado un lobo y estaban
más cebadas que las ovejas. Pero, con el deseo de que
el amo estuviera aún mejor dispuesto para su boda,
extremó su esmero y su interés sacándolas nada más
amanecía y trayéndolas de vuelta anochecido. Dos ve- 4
ces las conducía al abrevadero y rebuscaba los mejores
pastizales de toda la comarca. Cuidó de procurarse
cuencos nuevos, muchas colodras y zarzos con mayor
capacidad ‹para los quesos›[182]. A tanto llegó su solici-
tud que hasta los cuerpos les lustró y les atusó el pe-
laje: se habría creído contemplar el santo hato de Pan. 5

---

179 La India fue conquistada por Dioniso a la cabeza de un ejército. Unos piratas tirrenos fueron metamorfoseados en delfines por obra del dios.

180 Sugerencia textual de Schaefer, aceptada por los editores usualmente.

181 También este tipo de detalles ha sido imitado por el autor de *Pablo y Virginia*.

182 Cf. *Odisea* IX 219 y 223, así como TEÓCRITO, V 58 s.

También Cloe colaboró en toda esta labor y, dejando de atender sus ovejas, se ocupaba mucho más de las cabras, hasta el punto de que Dafnis se figuraba que gracias a ella tenían aquel hermoso aspecto.

5 Estando en esto, un segundo mensajero les llegó de la ciudad con el requerimiento de que con la mayor prontitud hicieran la vendimia. Les dijo que él se quedaba hasta que hubieran convertido en mosto los racimos y volvería luego a la ciudad a traerse al amo, con la cosecha del otoño ya cogida.

2 A este Éudromo (que así lo llamaban, pues su trabajo era correr) le dispensaron una gran acogida. Y al tiempo vendimiaron los viñedos, transportando a los lagares los racimos, echando el mosto en las tinajas y, con sus sarmientos, arrancando los racimos más lozanos [183], para que los que llegaran de la ciudad también pudieran tener alguna imagen y placer de la vendimia.

6 Al ir ya Éudromo a partir para la ciudad apresurado, Dafnis le dio para él otros no pocos presentes y además cuantos pueden proceder de un hato de cabras: quesos bien cuajados, un cabrito que hacía poco había nacido y la piel blanca y lanuda de una cabra, con que pudiera cubrirse durante sus carreras en in-
2 vierno. Éudromo se mostró muy satisfecho, besó a Dafnis y prometió dar de él buena impresión ante su amo. Y así marchó bien predispuesto, mientras Dafnis, lleno de zozobra, seguía con Cloe su pastoreo.

También ella sentía un gran temor, pues un muchacho, habituado a ver cabras y monte y a los labriegos y a su Cloe, iba por vez primera a tener ante su vista al amo, del que antes sólo había escuchado el nombre.
3 Andaba preocupada, pues, por el encuentro de Dafnis con el amo y tenía su alma atribulada por el miedo de

183 También en HORACIO (*Sát.* III 2, 121) se menciona este detalle con ocasión de recibir invitados.

que el sueño de su boda fuera vano. Desde luego, no ponían tregua a sus besos y como un solo cuerpo se abrazaban, pero sus besos eran tímidos y apesadumbrados sus abrazos, igual que si temieran al amo ya presente o se ocultaran de él. Y a su inquietud viene a añadírsele aún esta otra:

Un tal Lampis era un boyero arrogante. También él 7
le había solicitado la mano de Cloe a Driante y, empe-
ñado en la boda, le tenía dados ya muchos regalos. Al 2
enterarse de que, si el amo consentía, sería esposa de
Dafnis, buscó un medio con que irritarlo contra ellos.
Y, como sabía que disfrutaba mucho con el parque, re-
solvió dañarlo y estropearlo en lo posible. Indudable- 3
mente, si se dedicaba a cortar los árboles, el ruido haría
que lo cogieran. De ahí que se decidiera por arrasar
las flores. Y así, acechando la llegada de la noche y
saltando la cerca, arrancó unas, tronchó otras y otras
pateó, como si fuera un cerdo. Y se alejó sin que nadie 4
lo viera.

Lamón, cuando al día siguiente se presentó en el
jardín para regarlas con el agua del venero y vio todo 5
el lugar destrozado y una obra tal que debía ser un
enemigo, no un malhechor, quien la había hecho, se
desgarró su túnica al instante y con tan grandes alari-
dos se puso a clamar a los dioses que Mírtale, dejando
lo que entre manos tuviera, salió corriendo y también
a la carrera llegó Dafnis, que ya había sacado sus ca-
bras. Y viéndolo gritaban y acompañaban los gritos con
sus lágrimas.

El duelo por las flores era por demás, pero lloraban 8
más bien de miedo al amo, aunque hasta un forastero
que se hubiera presentado allí habría llorado, pues el
sitio había perdido su belleza y todo el suelo ya era
un barrizal. Si alguna de ellas había escapado del ul-
traje, conservaba su lozanía y su brillo e, incluso tirada,
aún era hermosa. Hasta las abejas no dejaban de po- 2

sárseles y parecían plañideras con su incesante bordoneo. Y Lamón, consternado, decía así:

3 «¡Ay, el rosal, cómo está de tronchado!; ¡ay, las violetas, qué pisoteadas!; ¡ay, los jacintos y narcisos, arrancados por algún miserable! Llegará la primavera, pero no florecerán; será el verano, pero no tendrán su lozanía; el otoño, pero no darán guirnaldas para
4 nadie. ¿Ni siquiera tú, Señor Dioniso, sentiste lástima de estas flores desdichadas, a cuyo lado habitabas y podías verlas y de las que tantas veces te tejí coronas y que eran mi alegría? ¿Cómo, cómo enseñaré ahora el parque al amo? ¿Cuál será, al verlo, su reacción?: colgará a este viejo de un pino, como a Marsias [184], y quizás también a Dafnis, como si esto fuera obra de sus cabras.»

9 Aún hubo más cálidas lágrimas por este motivo, sin que lloraran ya por las flores, sino por sí mismos. Se lamentaba también Cloe de que a Dafnis lo fueran a colgar, rogaba que no llegara el amo y, en su sufrimiento con el paso de los días, creía ver ya a Dafnis azotado.

2 Y, un anochecer, Éudromo les trajo la noticia de que el amo de más edad llegaría tres días después,
3 mas que su hijo al siguiente se le iba a anticipar. Hubo, pues, un examen de la situación e hicieron a Éudromo partícipe, para saber su parecer. Él, por su afecto a Dafnis, les aconsejó confesar antes lo sucedido al amo joven y les prometió ayudarles, al estar, por ser su hermano de leche, bien considerado. Y, cuando llegó el día, así lo hicieron.

---

184 Que, castigado por Apolo, fue colgado de un árbol y desollado. El símil no se entiende bien si no se piensa que el anciano pueda ser despellejado a fuerza de azotes (cf. luego, 9, 1, y ALCIFRÓN, II 18, 3). No hay razón alguna para pensar en la pena capital, como aventuró DALMEYDA, «Longus et Alciphron», en *Mélanges G. Glotz*, I, París, 1932, págs. 285 y sig.

Vino Ástilo, a caballo, y un parásito suyo, también 10
éste a caballo. Al uno le apuntaba el bozo y Gnatón (que
ése era el nombre del otro) hacía ya tiempo que se
afeitaba la barba. Lamón, con Mírtale y Dafnis, echán-
dose a sus pies le suplicó tuviera compasión de un an-
ciano infortunado y sustrajera de la ira de su padre a
un inocente. Y al tiempo todo se lo cuenta.
Se compadece de tal súplica Ástilo, se dirige al par- 2
que y, a la vista del desastre de las flores, le asegura
que él mismo intercederá ante su padre y echará la
culpa a sus caballos: que, atados allí, se desmandaron
y, habiéndose soltado, troncharon unas, otras patearon
y arrancaron las demás. Por tal gesto Lamón y Mírtale 3
lo colmaron de bendiciones y Dafnis, además, le llevó
de regalo chivos, quesos, pájaros con sus crías, raci-
mos en sus sarmientos, manzanas en sus ramos [185]. Y
entre los presentes había también oloroso vino de Les-
bos, el mejor para beber.
Ástilo se los alabó y se dedicó a la caza de las lie- 11
bres, como un rico jovencito que era, hecho a una vida
regalada, y que había venido al campo a disfrutar de
un placer no acostumbrado.
Por su parte Gnatón, hombre ducho en yantar y em- 2
borracharse y, tras la borrachera, en fornicar, y que no
era más que mandíbula [186] y panza y lo de debajo de la
panza [187], no dejó de reparar en Dafnis cuando llegó con
los regalos, sino que, aficionado de suyo a los mocitos
y habiendo descubierto una belleza sin par ni aun en
la ciudad, decidió conseguir a Dafnis e imaginó que,
como tal cabrero [188], sería fácil seducirlo.

---

185 Cf. antes, 5, 2 y n. 183.

186 Juego de palabras entre *gnáthos* («mandíbula») y el nombre del parásito.

187 Cf. Hesíodo, *Teogonía* 26, y *Antología Palatina* IX 367 (Luciano).

188 Tanto por la supuesta simplicidad de los cabreros como

3 Tomada esta decisión, no participó con Ástilo en la caza, sino que se llegó a donde Dafnis apacentaba su rebaño, con el pretexto de ver las cabras pero de verdad para ver a Dafnis. Y, con el fin de ir ablandándolo, hizo elogios del ganado, le rogó que tocara con la zampoña la tonada de las cabras y afirmó que, como él todo lo podía, de inmediato lo haría libre[189].

12 Al ver que era dócil, a la noche lo acechó cuando traía las cabras desde el pasto y, primero, corriendo a su encuentro, lo besó; luego le pidió que se le ofreciera
2 por detrás igual que las cabras a los machos. Como él tardó en hacerse cargo y dijo que estaba bien que los machos montaran a las cabras, pero que jamás hasta entonces nadie vio que un buco montara a un buco ni tampoco un carnero a un carnero en vez de a las ovejas ni los gallos a los gallos en lugar de a las gallinas[190], Gnatón se decidió, echándole mano, a recurrir a la vio-
3 lencia. Pero, borracho y con trabajo en pie, de un empujón Dafnis lo arrojó al suelo y, escapando a la carrera como un perrillo, lo dejó allí tirado, con necesidad, para que lo recogiera, de un hombre y no de un niño. Y a partir de entonces en modo alguno se le acercaba, sino que cada vez conducía sus cabras a pastos dife-
4 rentes, por huir de él y por cuidar de Cloe. Tampoco Gnatón se permitió ya más indiscreciones, al percatarse de que Dafnis no sólo era guapo, sino también robusto. Pero aguardaba una ocasión para hablar a Ástilo de él y confiaba en que el joven, bien dispuesto a hacer muchos y buenos presentes, había de regalárselo.

---

por sus usuales irregularidades eróticas (cf. TEÓCRITO, V 41 s., etcétera).

189 También en JENOFONTE DE ÉFESO (núm. 16 de esta Colección), I 16, 4, una propuesta semejante va acompañada de promesas de libertad.

190 Cf. LUCIANO, *Amores* 22.

Sin embargo, por entonces no le fue posible, pues 13
arribaba Dionisófanes, acompañado de Clearista, y había
un nutrido tumulto de acémilas y sirvientes, de hom-
bres y mujeres. Pero después de esto sí urdió un largo
discurso sobre el tema de sus amores[191].

Tenía Dionisófanes ya el pelo medio cano, mas era 2
alto y bien parecido y capaz de medirse con mucha-
chos. Era también rico como pocos y cabal como nin-
guno. El primer día de su llegada hizo sacrificios a 3
cuantos dioses son tutelares de los campos, a Deméter
y a Dioniso y a Pan y a las Ninfas; puso una cántara
de vino a disposición de todos los presentes y en los
demás días pasó revista a los trabajos de Lamón. El 4
ver los llanos arados, los viñedos pujantes de sarmien-
tos y el parque en toda su hermosura (pues en el asunto
de las flores se atribuyó Ástilo la culpa), lo dejó más
que satisfecho; elogió a Lamón y se comprometió a
manumitirlo. Luego se dirigió igualmente a los pastos, 5
para ver las cabras y al cabrero.

Cloe entonces huyó al bosque, por vergüenza y temor 14
ante aquel gran tropel de gente. Pero Dafnis se mantuvo
allí a pie firme, ceñido con una peluda piel de cabra, un
zurrón flamante al hombro y con ambas manos ocupa-
das, con quesos frescos la una, con cabritos aún por
destetar la otra: si algún tiempo hizo de boyero Apolo 2
cuando estuvo a sueldo de Laomedonte[192], su aspecto
fue tal como el que en esa ocasión mostraba Dafnis.

No llegó a decir él mismo una palabra, sino que,
cubierto de rubor, bajó la cabeza mientras ofrecía los
presentes. Y fue Lamón el que habló: «Éste es, amo, 3
el cabrero de tus cabras. Cincuenta me diste a mí para

---

191 En realidad, un discurso muy breve, según el estilo normal del autor (cf. luego, cap. 16).

192 Cf. *Iliada* XXI 444 ss. Apolo estuvo al servicio de este mítico rey de Troya con el encargo de levantar los muros de la ciudad. Ésta es, al menos, una de las versiones del mito.

apacentar, con dos machos; en cien te las ha convertido éste y en diez el número de machos. ¿Ves qué lustrosas y con qué pelo tan espeso y sin quebrar ni un solo cuerno? Y hasta las ha hecho entender de música [193], pues al menos hacen de todo con sólo oír una zampoña.»

15 Clearista, que estaba presente cuando esto se dijo,
deseó comprobar tales palabras y mandó a Dafnis que
le tocara a las cabras la melodía acostumbrada, prome-
tiendo regalarle, cuando hubiera tocado, un sayo, una
2 capa y unos zapatos. Él los hizo sentar como para un
espectáculo, y de pie bajo la encina, sacando de su
zurrón la zampoña, comenzó por soplar un poco en
ella: las cabras se detuvieron, alzadas las cabezas [194].
Luego tocó la tonada de pastar: las cabras pastaban,
agachando el morro. Le llegó el turno a un aire melo-
3 dioso: se echaron todas a la vez. Moduló también un
toque agudo: como si un lobo se acercara, a escape
se refugiaron en el bosque. A poco hizo sonar un tono
de llamada: saliendo del bosque, corrieron a juntarse
4 delante de sus pies. Ni a unos servidores se habría po-
dido ver tan obedientes al mandato de su amo.

Todos quedaron admirados y más Clearista que ninguno. Juró que había de darle sus regalos a un cabrero que era guapo y músico excelente. Y, de regreso a la masada, almorzaron y de lo que ellos comieron mandaron también a Dafnis. Y éste lo compartió con Cloe y disfrutó probando la cocina de la ciudad. Y tenía muchas esperanzas de lograr su casamiento convenciendo a los amos.

---

193 Cf. ALCIFRÓN, II 9, e igualmente para la escena que sigue.

194 Precedentes sobre la conducta del ganado bajo la acción de la música se leen en TEÓCRITO, VI 44 s., y APOLONIO DE RODAS (en un símil), I 572-579. Por supuesto, el mito de Orfeo sería un antecedente remoto, y no sorprende que precisamente Alcifrón (cf. nota anterior) lo recuerde.

Gnatón, cuyo ardor aumentó con lo acontecido en 16
el pastadero de las cabras y que pensaba que su vida
no merecía la pena de vivirse si no conseguía a Dafnis,
tras acechar a Ástilo, que paseaba por el parque, lo
llevó hasta el templo de Dioniso y se puso a besarle pies
y manos. A su pregunta de por qué hacía esto y su 2
exigencia de que hablara y su juramento de que le
prestaría su ayuda:

—Te quedas —le replicó— sin Gnatón, mi amo. Yo
que hasta ahora ponía mis amores en tu mesa única-
mente, que antes juraba que nada hay más atractivo
que un vino añejo, que decía que a los mocitos de Mi-
tilene eran preferibles tus cocineros, creo desde ahora
que la única hermosura es la de Dafnis. Y no pruebo 3
bocado de los platos más costosos, aun siendo tantos
los que se aderezan cada día, de carnes, de pescados o
de dulces, pero, gustosamente mudado en cabra, co-
mería hierbas y hojas al son de la siringa de Dafnis
y por él apacentado. ¡Tú, salva a tu Gnatón y triunfa
sobre el invencible Amor! Y si no, te lo juro por mi 4
propio dios [195], cogeré un puñal y, con la barriga repleta
de comida, me mataré ante la puerta de Dafnis [196]. Y
tú ya no llamarás a Gnatoncito, como sueles siempre
hacer de broma.

El joven, que tenía un gran corazón y no desconocía 17
las penas amorosas, no pudo resistir que siguiese llo-
rando y volviera a besarle los pies. Le prometió pedirle
a Dafnis a su padre y llevarlo a la ciudad a su servi-
cio y al de los amores de Gnatón. Y, asimismo, con el 2
deseo de animarlo le preguntó sonriente si no se aver-
gonzaba de querer al hijo de Lamón, sino que hasta

---

195 La expresión del original es ambigua. Entre las varias posibilidades apuntadas, parece la más verosímil que Gnatón se refiera a Eros (y no a Dafnis).

196 Eco evidente del género de las lamentaciones líricas ante la puerta de la amada.

se empeñaba en acostarse con un muchacho que andaba apacentando cabras. Y al mismo tiempo hacía gestos
3 simulando repugnancia al olor a chotuno[197]. Pero él, que se sabía de memoria todos los mitos amorosos de tanto andar en juergas con otros calaveras, con bastante tino acertó a responder en su propia defensa y en la de Dafnis:

—Ningún enamorado está pendiente, amo, de esos detalles, sino que, sea cual sea el cuerpo en que se en-
4 cuentra la belleza, es ya su prisionero. Ésa es la razón de que alguno, incluso, se haya prendado de una planta, de un río o de una fiera[198]. Y, sin embargo, ¿a quién no inspiraría lástima un amante al que su amado ha de infundir espanto? Yo amo un cuerpo de siervo, pero una
5 hermosura propia de un ser libre. ¿Ves cómo su pelo se asemeja al jacinto y bajo las cejas relucen sus ojos igual que, engastada en oro, una piedra preciosa? ¿Y su rostro cubierto de rubor y su boca con una denta-
6 dura blanca como el marfil? ¿Qué enamorado no desearía recibir de ella blancos besos?[199]. Si me he prendado de un zagal, he tomado por modelos a los dioses: boyero era Anquises y Afrodita fue su amante; Branco apacentaba cabras y lo amó Apolo; pastor era
7 Ganimedes y Zeus lo raptó[200]. No desdeñemos a un

[197] Longo repite un motivo de I 16, como hará después con el color del pelo. Schönberger sospecha, quizás sin razón, que Longo puede haber practicado aquí un juego de palabras entre «hacía gestos simulando» / «representaba como un actor» y «olor de una tragedia» / «olor a chotuno». Difícilmente encaja esta complejidad con el estilo del autor.

[198] Según cuenta ELIANO (*Var. Hist.* II 14), Jerjes se enamoró de un plátano; Tiro, madre de Esón (padre éste de Jasón), se prendó del río Enipeo (cf. *Odisea* XI 235 ss.); y, en cuanto a la «fiera», basta recordar los casos de Pasífae y el toro o el mito (con metamorfosis) de Atalanta y Melanión o Hipómenes.

[199] Otro de los lugares más debatidos por los críticos, de nuevo inútilmente.

[200] Anquises pastoreaba en el monte Ida cuando tuvo rela-

muchacho al que vimos que hasta las cabras como ena-
moradas prestaban obediencia. Al contrario, por per-
mitir que aún quede en la tierra tal belleza, demos
gracias a las águilas de Zeus.
A Ástilo le hizo reír gratamente, sobre todo, esta 18
parte del discurso y, comentando que Amor crea gran-
des sofistas[201], se puso a buscar una ocasión en que
hablarle de Dafnis a su padre.
Pero Eudromo, que había escuchado toda la con-
versación oculto, tanto por su aprecio a Dafnis, que
era en su opinión un buen muchacho, como irritado
porque semejante belleza fuera a ser víctima de las bo-
rracheras de Gnatón, al momento se lo cuenta todo a
él y a Lamón. Dafnis, asustado, decidió osadamente o 2
huir con Cloe o perecer en compañía también de ella.
Y Lamón, llamando a Mírtale al exterior del patio:
—Estamos perdidos, mujer —le dijo—. Ha llegado
la hora de descubrir nuestro secreto. Solas se verán las 3
cabras y todo lo demás, pero, ¡por Pan y por las Nin-
fas!, ni aunque haya de quedarme, según el dicho,
como buey en establo[202], no callaré la suerte de Dafnis,
sino que diré que lo encontré abandonado, revelaré
cómo se crió y mostraré cuanto hallé a su lado. ¡Que
sepa el sucio de Gnatón quién es él y a quién ama!
Tenme sólo preparados los objetos de identificación.

---

ciones amorosas con Afrodita: de esta unión nació Eneas. Branco es célebre, sobre todo, por el oráculo que fundara cerca de Mileto: el poder profético le fue concedido por Apolo como regalo (cf. Calímaco [núm. 33 de esta Colección]), frs. 194 y 229, con nuestras notas. Ganimedes, de la casa real troyana, fue raptado por Zeus (o por un águila enviada por Zeus) metamorfoseado en águila.

201 Cf. Jenofonte, *Ciropedia* VI 1, 41.

202 Refrán referido a los que ya no sirven para nada. Como otras tantas veces en los símiles, Longo utiliza fórmulas familiares no con demasiada propiedad.

19 Con este acuerdo volvieron a entrar. Y Ástilo se di-
rige a su padre, que andaba desocupado, y le pide llevar
a la ciudad a Dafnis: que es bien parecido y no hecho
para la vida del campo y capaz también de aprender
pronto con Gnatón por maestro los usos de la ciudad.
2 Su padre accede gustoso a ello. Y, mandando a
buscar a Lamón y Mírtale, les dio la buena noticia de
que Dafnis, en adelante, serviría a Ástilo, en vez de a
las cabras y a los machos. Y prometió darles para sus-
3 tituirlo dos cabreros. Entonces Lamón, mientras toda
la servidumbre ya acudía y se alegraba porque iban a
tener un lindo compañero, pidiendo permiso para ha-
blar comenzó así:

—Escucha, amo, palabras veraces de un anciano:
juro, por Pan y por las Ninfas, que en nada mentiré.
4 No soy padre de Dafnis ni tampoco jamás Mírtale tuvo
la buena estrella de haber sido su madre. Otros padres
a esta criatura abandonaron, tal vez por tener bastantes
hijos mayores. Yo lo encontré expuesto y amamantado
por una cabra de las mías, a la que por cariño hasta
enterré en el jardín cuando murió [203], porque obró como
5 una madre. A su vera hallé también objetos destinados
para ser reconocidos. Lo confieso, amo, y los tengo a
buen recaudo, pues dan testimonio de una suerte su-
perior a la nuestra. Desde luego, no tengo por degra-
dante que sea siervo de Ástilo, hermoso criado de un
señor hermoso y bueno. Pero no puedo permitir que se
convierta en juguete de las borracheras de Gnatón, que
se empeña en llevarlo a Mitilene para que haga un
oficio de mujeres.

20 Lamón, dicho esto, guardó silencio y derramó abun-
dantes lágrimas. Y, como Gnatón se mostrara insolen-
te y amenazara con golpearlo, Dionisófanes, aún per-

203 Este motivo se encuentra con frecuencia en la poesía epigramática helenística.

plejo por las palabras pronunciadas, duramente con
el ceño fruncido lo mandó callar. Y a Lamón volvió a
interrogarlo y le ordenó decir la verdad y no inventarse
cuentos para conservarlo como un hijo[204]. Pero, ante 2
su terquedad y sus juramentos por todos los dioses y
su ofrecimiento para que lo torturasen si mentía, Dio-
nisófanes, con Clearista de juez[205], fue poniendo a prue-
ba cuanto había dicho: ¿Por qué mentiría Lamón,
cuando iba a disponer de dos cabreros en lugar de uno?
¿Cómo habría inventado todo eso un simple rústico?
¿Y no era francamente increíble que de tal anciano y
de una madre tan vulgar hubiera resultado un hijo así
de apuesto?

Se decidió no seguir con más adivinanzas, sino exa- 21
minar ya los objetos, a ver si correspondían a una con-
dición brillante y más honrosa. Salió Mírtale para traer-
los todos de su escondite en un viejo zurrón. Cuando 2
llegó con ellos fue Dionisófanes el primero en verlos y,
al contemplar la mantilla de púrpura, el broche de oro
y la espadita con puño de marfil, con grandes excla-
maciones de «¡Señor Zeus!» llama a su mujer para
que los vea. Grandes fueron también las de ella cuando 3
los tuvo ante la vista:

—¡Hados queridos!, ¿no fueron éstos los que expusimos con nuestro propio hijo? ¿No mandamos a Sofrósina para que los trajera a estos campos? No otros fueron sin duda, sino precisamente éstos. Amado esposo, el niño es el nuestro, Dafnis es tu hijo y ha estado apacentando las cabras de su padre.

---

204 Es decir, no como verdadero hijo (lo que estaría en contradicción con su propia historia), sino como si fuera su hijo. A pesar del transparente sentido del texto, editores y traductores lo han alterado sin el menor pudor (cf. nuestras «Notas sobre Longo», § 2.7).

205 Esta parece ser la interpretación más correcta del texto.

22 Mientras ella aún hablaba y Dionisófanes besaba
las prendas y de tanto gozo vertía lágrimas, Ástilo, nada
más entender que era su hermano, tirando el manto
echó a correr por el jardín con el deseo de besar a
2 Dafnis el primero. Pero éste, al verlo venir a la ca-
rrera con mucha gente y gritando «¡Dafnis!», pensó
que corría para atraparlo y arrojando el zurrón y la
zampoña se precipitó hacia el mar con ánimo de lan-
3 zarse desde lo alto del acantilado. Y quizás, cosa nunca
vista, nada más hallado Dafnis hubiera perecido, de no
ser que Ástilo, que comprendió su intención, le diera
nuevos gritos:
—¡Detente, Dafnis, nada temas!: soy tu hermano y
4 tus padres los que hasta ahora eran tus amos. Lamón
acaba de hablarnos de la cabra y nos ha mostrado los
objetos. Vuélvete y mira cómo vienen de radiantes y
contentos. Pero bésame a mí primero: que no te en-
gaño, ¡te lo juro por las Ninfas!

23 Aún a duras penas, después de este juramento, se
detuvo Dafnis, aguardó que Ástilo llegara corriendo
hasta su lado y lo besó. Y, en tanto lo besaba, afluía ya
la muchedumbre[206] de sirvientes, sirvientas, su propio
padre y su madre con él. Todos éstos lo abrazaban, lo
2 besaban entre el júbilo y las lágrimas. Y él correspon-
día con muestras de cariño a su padre y a su madre
antes que a los demás y, como si de tiempo atrás los
tuviera por tales, se apretaba contra sus pechos y no
quería arrancarse de sus brazos: hasta tal punto la
naturaleza crea pronto lazos de confianza. Por un mo-
mento se olvidó, incluso, de Cloe y, entrando en la casa,
se puso una lujosa vestimenta y, sentado junto a su
padre, escuchó lo que él así les fue contando[207]:

---

206 Evidente hipérbole. Parece como si Longo no quisiera quedarse atrás frente a otros novelistas, que sí tienen verdaderas escenas de masas.

207 Esta narración justificativa, como después (en 35, 3 ss.)

—Me casé, hijos, siendo aún muy joven. Al cabo de 24
poco tiempo me convertí en un padre (según creía) afortunado, pues tuve primero un hijo, luego una hija y, en tercer lugar, a Ástilo. Pensaba que mi familia era suficiente y, cuando después de todos ellos, me nació esta criatura, la abandoné, exponiendo con ella estas
prendas, no de identificación, sino como mortaja. Pero 2
otros eran los designios de la Fortuna, pues mi hijo mayor y mi hija murieron en un solo día de la misma enfermedad y en cambio tú por la providencia de los dioses te salvaste, para que tengamos más de un guía
en nuestra vejez. No me guardes, pues, rencor por ha- 3
berte abandonado (que no lo decidí gustoso), ni tú, Ástilo, te apenes por haber de recibir sólo una parte en vez de la hacienda entera (pues no hay bien preferible a un hermano para quienes son razonables), sino amaos el uno al otro y, si es por dineros, no tengáis
envidia ni aun de reyes. Pues mucha tierra os dejaré 4
y muchos y diestros servidores, oro, plata y cuantas otras riquezas posee la gente acaudalada. Sólo este campo como regalo excepcional se lo doy a Dafnis, así como Lamón, Mírtale y las cabras que él mismo apacentaba.

No había acabado de hablar cuando Dafnis, dando 25
un brinco, exclamó:

—¡Has hecho bien, padre, al recordármelo! Voy a llevar a abrevar las cabras, que deben estar sedientas esperando mi zampoña mientras yo me estoy aquí sentado [208].

---

la de Megacles, está en línea con los usos bien conocidos de la Comedia Nueva.

208 En LUCIANO (*Diál. de los dioses* IV), Ganimedes se comporta como aquí Dafnis, con una simpática inadaptación a la nueva situación en que se encuentra, tras ser raptado por Zeus y hallarse lejos de su rebaño.

2 Todos se echaron a reír alegremente, al ver que, a pesar de ser ya amo, quería seguir siendo cabrero. Enviaron a otro para cuidar de las cabras, y los demás, tras un sacrificio a Zeus Salvador, prepararon un convite. El único en no asistir a él fue Gnatón, que temeroso permaneció en el templo de Dioniso durante el día y la noche igual que un suplicante.

3 Pronto llegó a todos la noticia de que Dionisófanes había encontrado un hijo y que Dafnis, el cabrero, había sido reconocido como amo de los campos. Y con la mañana acudieron de todas direcciones a compartir el júbilo del mozo y a traerle presentes a su padre. Y entre ellos, el primero, Driante, el que había criado a Cloe.

26 Dionisófanes los retuvo a todos para que, luego de compartir su regocijo, tuvieran también parte en la fiesta[209]. Había vino abundante preparado, cantidad de panes, aves de los pantanos[210], lechones, pasteles de todas clases. Y se inmolaron numerosas víctimas a las divinidades locales.

2 Entonces Dafnis, reuniendo todos sus bienes pastoriles, se los repartió como ofrendas a los dioses: a Dioniso dedicó el zurrón y la piel, a Pan la zampoña y la flauta; a las Ninfas el cayado y las colodras que él
3 mismo se labrara[211]. Pero hasta tal grado es más placentero lo habitual que una riqueza poco ha desconocida que le costaba llanto irse separando de cada uno de estos objetos. Y no ofrendó las colodras antes de ordeñar ni la piel antes de ponérsela ni la zampoña
4 antes de tocarla. Es más, besó todos ellos y le habló a las cabras y llamó a los machos por su nombre.

---

209 Con Hirschig, Schönberger y otros, creemos que éste es el sentido del texto. De otro modo, Dalmeyda.

210 Cf. el tipo de caza descrito en II 12, 4.

211 Cf. [Teócrito], epigrama II (*Antología Palatina* VI 177). Este tipo de dedicatorias al dejar un oficio eran corrientes (véase, por ej., *Antología Palatina* VI 294 s., 297, etc.).

Bebió incluso de la fuente, porque con Cloe muchas veces lo había hecho. Pero aún no confesaba sus amores, aguardando el momento más propicio.

Y en tanto que Dafnis se dedicaba a sus ofrendas, 27
esto ocurría con Cloe. Estaba sentada llorando, al cuidado de sus ovejas, y decía lo que era de esperar[212]:
«Se ha olvidado de mí Dafnis: sueña con bodas de 2
rico. Pues ¿por qué hice que jurara por sus cabras en vez de por las Ninfas? Las ha abandonado igual que a Cloe. Ni aun cuando sacrificaba a las Ninfas y a Pan deseaba ver a Cloe. Ha encontrado, tal vez, al lado de su madre sirvientas que valen más que yo. ¡Vaya en buena hora! Pero yo no seguiré viviendo.»

Tales eran sus palabras, tales sus pensamientos, 28
cuando el boyero Lampis, presentándose con una cuadrilla de gañanes, la raptó con la idea de que Dafnis ya no iba a desposarla y que Driante estaría encantado de aceptarlo[213]. Se la llevaron, pues, entre gritos lastimosos, pero uno que lo vio dio cuenta a Nape, ella a
Driante y Driante a Dafnis. Y éste, fuera de sí, sin 2
atreverse a hablar de Cloe a su padre e incapaz de soportarlo, entró en el jardín y así se lamentaba: «¡Qué 3
amargo resultó mi hallazgo! ¡Cuánto más me valiera seguir con el ganado! ¡Cuánta mayor felicidad tenía cuando era esclavo!: entonces veía a Cloe, entonces[214], pero ahora Lampis me la roba y a la noche yacerá con ella. Y yo, mientras, bebo y vivo entre lujos y fue inútil que jurase por Pan y por las cabras y las Ninfas»[215].

---

212 Estas quejas de la joven supuestamente abandonada por su amante responden a un género bien conocido de la lírica helenística y se repiten en bastantes lugares de la novela antigua.

213 Sobre este tipo de rapto por amor, cf. AQUILES TACIO, II 13, 3. En la economía narrativa de Longo esta clase de peripecias, como hemos visto en casos anteriores, tienen rápida solución, a diferencia de lo que ocurre en otras novelas.

214 Laguna en el texto del original.

215 Es decir (cf. II 39, 5): «no cumplo lo que juré: que si

29 Estas palabras de Dafnis las oyó Gnatón, que es-
taba escondido en el jardín. Y, juzgando que había lle-
gado la ocasión de reconciliarse con él, toma algunos
2 mozos del séquito de Ástilo y va en pos de Driante. Le
pide que los guíe hasta la alquería de Lampis y em-
prende una carrera; lo sorprende en el instante de
hacer entrar a Cloe, se la arrebata y muele a los la-
3 briegos a porrazos. Y en su denuedo habría atado a
Lampis para llevarlo como cautivo de una guerra, si es-
capando no se le hubiera adelantado. Triunfador de tal
4 empresa, al inicio de la noche retorna, encuentra a Dio-
nisófanes dormido, a Dafnis desvelado y aún llorando
en el jardín; le lleva a Cloe y se la confía mientras todo
se lo cuenta, y le pide que, ya sin rencor, lo tenga por
su esclavo más servicial y no lo prive de su mesa, sin
5 la cual morirá de hambre. Y Dafnis, con Cloe ante sus
ojos y en sus brazos, se reconcilió con él, por tal favor,
y con ella se disculpó de tenerla desatendida.

30 A vueltas con su problema, resolvieron seguir aún
con su plan de boda oculto y que Dafnis no mencionara
a Cloe, confesando su amor sólo a su madre. Pero no
estuvo de acuerdo Driante, que, en cambio, estimó mejor
hablar al padre y les hizo la promesa de persuadirlo
2 él mismo. A la mañana siguiente, con sus prendas de
identificación en una alforja, se acerca a Dionisófanes
y a Clearista, que estaban sentados en el parque (los
acompañaban Ástilo y el propio Dafnis) y, cuando guar-
3 daron silencio, comenzó a hablarles: «Un apuro, muy
parecido al de Lamón, me ha impuesto que declare lo
que hasta ahora fue secreto. A ésta, a Cloe, ni la en-
gendré ni la crié, sino que otros la engendraron y, echa-
da en una cueva de las Ninfas, la amamantó una oveja.

---

ella prefería a otro, me quitaría la vida». El pasaje ha sido retocado por algunos, como si un pequeño descuido narrativo (Dafnis no juró realmente por las Ninfas) fuese una grave lacra dentro de un género como éste.

Esto lo vi yo y me asombré al verlo, y en mi asombro 4
me decidí a criarla. Su hermosura es una prueba, ya que en nada se parece a nosotros. Y dan fe también los objetos que valdrán para reconocerla, pues son de un lujo impropio de un pastor. Miradlos y buscadle a la muchacha sus padres, a ver si la hacen digna de Dafnis.»

No fue sin intención como Driante dejó caer esto 31
ni Dionisófanes lo escuchó sin interés: mirando a Dafnis y viéndolo macilento y llorando a escondidas, en seguida descubrió que estaba enamorado. Y, con más temores por su propio hijo que por una moza ajena, trató de llegar con todo cuidado al fondo de las palabras de Driante. Y cuando vio los objetos que trajeron, 2
los zapatos dorados, las ajorcas para los tobillos y la cofia, llamando a Cloe la animó a confiar: que, como ya tenía un esposo, pronto encontraría a su padre y a su madre. Clearista la tomó a su cargo y la atavió ya 3
como a la esposa de su hijo. Y, a Dafnis, Dionisófanes le preguntó a solas si Cloe era doncella, y, como le jurase que no habían ido más allá de besos y de votos, encantado de su solemne compromiso[216] hizo que se sentaran a su mesa.

Entonces[217] pudo saberse hasta dónde llega la be- 32
lleza cuando las galas la acompañan. Pues Cloe con su vestido, con trenzas en el pelo y aseado el rostro, se reveló a todos tanto más hermosa que hasta Dafnis tuvo dificultad en reconocerla. Se habría jurado, sin 2
necesidad de los objetos que la identificaban, que de tal mocita Driante no era el padre. Pero él sin embargo

---

[216] Expresión irónica. El motivo de la castidad es una constante, por lo demás, en el género.

[217] Schönberger cita, como un posible modelo de este pasaje, a JENOFONTE, *Banquete* I 8-10, pero en todo caso las semejanzas son mínimas.

asistía al banquete con Nape, con Lamón y Mírtale en el mismo diván acompañándolos[218].

3 Nuevamente en los días que siguieron se inmolaron víctimas, se sirvieron jarras de vino y también Cloe ofrendó sus pertenencias, la zampoña, el zurrón, la piel y las colodras. Incluso mezcló vino con el agua del venero de la gruta, porque fue amamantada allí a su
4 vera y en él se había lavado muchas veces. Puso también una guirnalda en la tumba de la oveja, que Driante le mostró, e igualmente le entonó una melodía a su rebaño con la flauta y, después de tocar, suplicó a las diosas encontrar a los que la habían abandonado dignos de su boda con Dafnis.

33 Luego de que se hubieron celebrado bastantes fiestas en el campo, se decidió emprender la marcha a la ciudad y buscar a los padres de Cloe sin demorar ya más
2 su matrimonio. Muy de mañana, con todo ya dispuesto, le dieron a Driante otras tres mil, así como a Lamón la recolección y la vendimia de la mitad de las tierras, las cabras junto con los cabreros, cuatro yuntas de bueyes, vestidos de invierno y la libertad de su mujer[219]. Y, después de esto, partieron para Mitilene con sus caballerías y carruajes y con todo boato.

---

218 Como es bien sabido, los comensales estaban reclinados, no sentados. Lo más usual, en época antigua, eran los lechos de mesa para sólo dos comensales (cf. HERÓDOTO, IX 16, y PLATÓN, *Banquete* 213b), aunque tenemos noticias de otros con mayor capacidad (cf. artículo «Convivium», en *Realencyclopädie* de PAULY-WISSOWA, IV 1, col. 1205 [MAU]). En este convite familiar participan, como vemos, las mujeres sin discriminación alguna, lo que era realmente normal, pero no mezcladas en los mismos lechos que los hombres sino en otros aparte (cf., en especial, ATENEO, XIV 644d, y LUCIANO, *Conv.* 8).

219 Se ha querido completar el texto con frecuencia: «y ⟨le dieron⟩ la libertad ⟨a él y⟩ a su mujer», pero cf. IV 13, 4, donde a Lamón le es prometida ya la suya. Parece que Longo da simplemente por cumplida la promesa, aunque luego, en IV 24, 4, Lamón sea considerado aún un siervo no manumitido.

Su regreso, por la noche, pasó entonces desaperci- 3
bido en la ciudad. Pero al día siguiente en torno a sus
puertas se congregó una multitud de hombres y mu-
jeres: aquéllos se alegraban con Dionisófanes del ha-
llazgo de su hijo, y más aún al ver la belleza de Dafnis;
y ellas se congratulaban con Clearista de que hubiera
traído de una vez un hijo y una novia. Pues igualmente 4
absortas las dejó Cloe con su hermosura que no ad-
mitía comparación. La ciudad entera estaba encapri-
chada con el muchacho y la doncella; se colmaba de
bendiciones ya la boda y se hacían votos porque tam-
bién se le descubriera a la joven un linaje digno de su
belleza. Y muchas mujeres de los más acaudalados
rogaban a los dioses que se creyera que eran madres
de una hija tan hermosa.

Dionisófanes, que después de haber cavilado mucho 34
se había dormido profundamente, tuvo un sueño así:
le pareció que las Ninfas instaban al Amor si ya por
fin consentía en el matrimonio. Y él, destensando su
arco y dejándolo al lado de la aljaba [220], mandaba a Dio-
nisófanes que invitara a un convite a todos los nota-
bles de Mitilene y que, luego que se llenara la jarra
última de vino, mostrara a cada uno las prendas de
identificación. Que después ya cantarían el himeneo.

Visto y oído esto, se levanta al alba y ordena pre- 2
parar un lucido festín, con manjares de la tierra y el
mar y cualesquiera otros de lagunas y de ríos, e invita
a todos los notables de Mitilene. Y ya de noche y llena 3
la jarra de la que hacen una libación a Hermes [221], un
criado trae en una bandeja de plata los objetos y, por

---

220 Simbólica deposición de armas, cf. el sueño de I 7, 2. El arco, cuando no iba a ser usado, se destensaba, véase HERÓDOTO, II 173.

221 La libación postrera se hacía en honor de este dios, que tutelaba los sueños inmediatos (cf. *Odisea* VII 137 ss.).

la derecha, los va pasando alrededor mostrándolos a todos[222].

35 Ningún otro desde luego los reconoció. Pero un tal Megacles, que por su ancianidad estaba sentado el último[223], los reconoció nada más verlos y lanzó un grito muy agudo y recio: «¿Qué es esto que veo? ¿Qué ha sido de ti, hijita mía? ¿También tú vives o algún pastor
2 sólo esto encontró y lo recogió? Te lo ruego, Dionisófanes, dímelo: ¿de dónde has sacado estas prendas en las que las de mi hija reconozco? No me escatimes, después de hallar a Dafnis, que igual yo pueda tener algún hallazgo.»

Pero Dionisófanes le pidió que antes les hablara de la exposición de su hija. Y Megacles con el mismo tono de voz dijo:

3 —Hace tiempo mis medios de vida eran escasos, pues los que tenía los gasté en sufragar coros y trirremes[224]. Cuando esto ocurría me nació una hijita. No atreviéndome a criarla en mi pobreza, la engalané con estas prendas y la expuse a sabiendas de que hay muchos que precisamente es de ese modo como logran
4 convertirse en padres. La criatura fue depositada en una gruta de las Ninfas, bajo la tutela de las diosas. Entonces, sin heredero alguno, las riquezas me llovieron día

---

222 Es decir, de acuerdo con la clásica forma de herradura en que solían disponerse los divanes y las mesas. El sirviente enseña los objetos siguiendo la dirección en que habitualmente se servía a los comensales, de izquierda a derecha. Longo puede haber tenido en cuenta *Ilíada* VII 183 ss.

223 En el lugar de honor, exactamente como Sócrates en el *Banquete* platónico.

224 No se trata estrictamente de un arcaísmo. Estas clases de impuestos extraordinarios con que los ciudadanos más acomodados costeaban las representaciones teatrales y el entretenimiento de los buques de guerra, se conservaron durante el Imperio y de ello tenemos testimonios, al menos hasta el siglo IV d. C. (cf. artículo «Leiturgie», en *Realencyclopädie* de PAULY-WISSOWA, XII 2, cols. 1871-9 [OEHLER]).

tras día. Sin embargo, ya no tenía la fortuna de ser 5
padre ni aun de una hijita, pero, como si los dioses se
mofaran de mí, por la noche me enviaron sueños, indi-
cándome que una oveja me hará padre.

El grito que lanzó Dionisófanes sobrepasó las voces 36
de Megacles: de un brinco hace entrar a Cloe, muy
lindamente ataviada, y dice:

—Ésta es la criatura que expusiste. A esta doncella
te la crió una oveja por providencia de los dioses, tal
como me crió a Dafnis una cabra. Toma estas prendas 2
y a tu hija. Y, luego de recibirla, dásela a Dafnis por
esposa. A ambos expusimos, a ambos hemos encontrado,
por ambos velaron Pan, las Ninfas y el Amor.

Aprobó Megacles sus palabras, envió a buscar a 3
Rode, su mujer, y apretó a Cloe contra su pecho. Y se
quedaron a dormir allí, pues Dafnis juró que no de-
jaría a Cloe en manos de nadie, ni siquiera de su propio
padre.

Cuando se hizo de día acordaron ponerse de nuevo 37
en marcha hacia el campo, ya que lo solicitaron Dafnis
y Cloe, que no sobrellevaban la vida de la ciudad. Y
también decidieron celebrar sus bodas a la usanza pas-
toril.

Llegando, pues, a casa de Lamón, trajeron a Driante 2
a presencia de Megacles, reunieron a Nape con Rode
e hicieron brillantes preparativos para la fiesta. Y puso
su padre a Cloe bajo la tutela de las Ninfas, les dedicó
los objetos de identificación con otras muchas ofren-
das y a Driante le regaló la suma que faltaba hasta
completar las diez mil dracmas.

Dionisófanes, como el tiempo era bueno, hizo exten- 38
der lechos de hojas verdes allí mismo delante de la
gruta, e invitando a tomar asiento a todos los lugare-
ños los regaló con un convite suntuoso. Asistieron 2
Lamón y Mírtale, Driante y Nape, los parientes de Dor-

cón, ⟨Filetas⟩[225] y sus hijos, Cromis y Licenion. Y ni
siquiera faltaba Lampis, que ya había sido perdonado.
3 Como era de esperar entre comensales semejantes, hubo
toda clase de detalles propios de labriegos y de rústi-
cos: uno entonó canciones de segadores, otro actuó chan-
ceándose igual que en los lagares, Filetas tocó la zam-
poña y la flauta Lampis, Driante y Lamón ejecutaron
4 una danza, Cloe y Dafnis se besaban. Pastaban tam-
bién las cabras por allí cerca, como si igualmente par-
ticipasen de la fiesta[226]: esto no era para los de la ciu-
dad del todo grato, pero Dafnis llamó a algunas de ellas
por su nombre, les dio de la verde hojarasca y aga-
rrándolas por los cuernos las besó.

39 Y tal fue no sólo entonces. Durante el resto de su
vida emplearon la mayor parte del tiempo en ocupacio-
nes de pastores, en venerar como a sus dioses a las
Ninfas, a Pan y a Amor; en ser dueños de los más nu-
merosos rebaños de ovejas y de cabras, teniendo la
2 fruta y la leche por el más rico manjar. Llegaron hasta
a hacer criar ⟨por una cabra⟩[227] a su hijo varón, y al
segundo, que resultó una hijita, que mamara de la ubre
de una oveja. Al uno lo llamaron Filopemen y Ágele a
la otra[228]. Y así hasta que alcanzaron la vejez. Adorna-
ron la gruta, consagraron imágenes y levantaron un
altar a Eros Pastor. Y a Pan le dieron de morada, en
lugar del pino, un templo, con la advocación de Pan
Guerrero.

40 Pero fue más tarde cuando pusieron tales nombres y realizaron lo demás. En aquella ocasión, al llegar la noche, todos los acompañaron hasta la alcoba nupcial, unos tañendo sus zampoñas, otros con sus flautas, otros

---

225 Añadido de Boden, con el que están de acuerdo la generalidad de los editores.

226 Cf. TEÓCRITO, VI 42 ss.

227 Suplemento necesario de Jungermann.

228 «Amigo de los pastores» y «Rebaño», respectivamente.

con grandes teas en alto. Y, ya cerca de la puerta, cantaron con voz áspera y ruda, igual que si hendieran el suelo con tridentes y no estuvieran entonando un cántico de bodas. 2

Dafnis y Cloe, en el lecho juntos y desnudos, se abrazaban y besaban, más desvelados que lechuzas esa noche. Y Dafnis practicó las lecciones de Licenion y fue entonces cuando Cloe aprendió por vez primera que lo que ocurriera allá en el bosque sólo eran chiquilladas de pastores. 3

AQUILES TACIO

LEUCIPA Y CLITOFONTE

INTRODUCCIÓN

1. *El autor*

Las primeras menciones de Aquiles Tacio son de época plenamente bizantina. Una noticia, aparentemente importante, como la que se lee en la *Suda*, que lo hace proceder de Alejandría, autor de otras obras de muy diverso carácter y, al final de su vida, cristiano e incluso obispo, no es, sin embargo, demasiado digna de crédito. El origen alejandrino podría ser meramente una conjetura, dada la importancia concedida a Egipto en la novela y la entusiasta descripción que Aquiles Tacio nos da de Alejandría al comienzo del libro quinto, aunque, por otra parte, en época moderna se ha sugerido que el nombre Tacio (Tatios) podría provenir del del dios egipcio Tat [1]. En realidad, el supuesto origen egipcio no es en absoluto improbable, si tenemos en cuenta el conocimiento que el autor demuestra tener de la zona del Delta y que también en los manuscritos se le designa como alejandrino. Respecto a su conversión y a su encumbramiento religioso, cabría que fuesen un simple elemento de la curiosa adopción que, desde fecha temprana, practicó el Cristianismo con nuestro autor y que llegó hasta el extremo de transformar a Leucipa y Clitofonte, sus principales personajes, en

[1] Cf. R. Helm, *Der antike Roman*, Gotinga, 1956², pág. 47.

padres de un santo, y considerar su novela un ejemplar panegírico de la virtud[2]. Y en cuanto a sus demás libros, apenas podemos sino conservar tal información, que hoy por hoy no admite comprobación alguna.

Durante bastante tiempo, *Leucipa y Clitofonte* fue considerada no sólo especialmente tardía, sino la última de las novelas del grupo griego conocido[3]. Aquiles Tacio habría imitado, incluso parodiado, a Heliodoro[4], por lo que debería ser posterior a éste, y de algún modo con él se extinguía el género de la novela griega antigua. Pero el descubrimiento de un papiro, publicado en 1914 (núm. 1250 de Oxirrinco), hizo retroceder esta fecha inadecuada, y la posterior aparición de un nuevo papiro, sacado a la luz por A. Vogliano en 1938, reforzó decisivamente la nueva situación cronológica. Hoy es muy raro el caso de un filólogo que sostenga para Aquiles Tacio una fecha posterior al siglo II de nuestra era y, en general, hay un cierto acuerdo en situarlo en la segunda mitad o a fines de ese siglo[5]. Sea como sea,

---

2 Cf. H. Dörrie, «Die griechischen Romane und das Christentum», *Philologus* 93 (1938), 273-276, y B. E. Perry, *The Ancient Romances, a Literary-historical Account of their Origins*, Berkeley, 1967, págs. 101 y 346 sig. (n. 4). Un testimonio interesante es el de *Antología Palatina* IX 203, epigrama atribuido tanto al Patriarca Focio como a León el Filósofo. Por otra parte, el paralelismo existente con la noticia semejante sobre Heliodoro (véase el vol. 25 de esta Colección, págs. 7 y sigs.) hace la referencia de la *Suda* doblemente sospechosa.

3 Para una autoridad como E. Rohde (*Der griechische Roman und seine Vorläufer*, Leipzig, 1914³ [= 1960], págs. 502 sig. y 504), Aquiles Tacio habría imitado a Museo y debió de estar vinculado al grupo de épicos tardíos que conocemos, convencionalmente, como «Escuela de Nono», por lo que su fecha sería hacia mediados del siglo V d. C. Aun en las primeras décadas de nuestro siglo era corriente asignarle como fecha probable el final del siglo III (así, por ejemplo, Haight y Gaselee).

4 Esta tesis tuvo su principal exponente en D. B. Durham, «Parody in Achilles Tatius», *Class. Philol.* 33 (1938), 1-19.

5 Cf., en especial, sobre fechas más concretas (entre 172 y

aunque esto, quizás, resulte demasiado fácil de decir ahora, la lectura del texto debería haber sido ya para los estudiosos del XIX un importante argumento contra aquella fecha disparatada. Su relación con el ámbito cultural de la Segunda Sofística es, realmente, indiscutible.

De este modo, con la nueva cronología, Heliodoro se convierte de imitado en imitador, aunque las diferencias entre ambos escritores sean profundas. En cuanto a Longo y a pesar también de las diferencias, muy marcadas, su obra guarda en ciertos aspectos claras semejanzas con rasgos concretos de *Leucipa y Clitofonte*, por lo que no es, en absoluto, descarriado que ambos novelistas sean englobados dentro de una misma etapa de la novelística griega, que tiene en la profundización de las posibilidades del género y en su diversificación sus características esenciales. Así es como también puede explicarse, en el marco de su época, la visión crítica y distanciada que manifiesta Aquiles Tacio, en paralelo (aunque remoto) con la actitud aún más decididamente iconoclasta de un Luciano.

---

194) para la redacción de la novela, F. ALTHEIM, *Literatur und Gesellschaft im ausgehenden Altertum*, Halle-Saale, 1948, I, págs. 121 y sigs., con argumentos relativamente convincentes. J. SCHWARTZ, («Quelques observations sur les romans grecs», *L'Ant. Class.* 36 [1967], 536-552) considera a Aquiles Tacio casi contemporáneo de Luciano. Para PERRY (*The Ancient*... páginas 348 y sig., n. 12), la novela debió de escribirse «difícilmente después de la mitad del siglo II». Por otra parte, las leyes antipederásticas, que aparecen desde comienzos del siglo siguiente y que se han utilizado como dato para la cronología de Longo (cf. SCHÖNBERGER, en su edición, pág. 3), serían, en realidad, de más justa aplicación para la defensa de estas fechas tempranas en el caso de *Leucipa y Clitofonte*.

2. *«Leucipa y Clitofonte»*

Esta visión crítica y distanciada, a la que a menudo le ha sido aplicado el título de parodia[6], encaja justamente en esta fase de la novela, que puede calificarse de etapa sofística por el momento histórico en que se produce y por el comportamiento artístico de sus propios autores. En *Leucipa y Clitofonte* se rompen muchas de las que se presentan como normas del género en los textos precedentes. Por lo pronto, como en Longo, la convencional historicidad de un Caritón no desempeña papel alguno, y lo mismo ocurre con el también convencional retorno de una época lejana. El relato se nos ofrece, más bien, como referido a hechos contemporáneos del autor, no sólo porque le sean narrados por su héroe principal (Clitofonte), sino porque un episodio como el de los «Vaqueros», de tanto relieve en los libros tercero y cuarto, parece inspirado en un suceso real de su tiempo[7]. Una tesis como la de Grimal, expresada en el preámbulo de su traducción francesa, de que una primera redacción de la novela se ceñiría a «una época persa» (como en Caritón y Heliodoro), mientras que una segunda mano habría añadido la sección de las aventuras en Egipto, con el «anacronismo» de la descripción de Alejandría, etc., precisamente tomando como modelo a Heliodoro, no tiene, a nuestro modo de ver, verosimilitud alguna[8].

---

6 Aunque hoy no se piense, por supuesto, ya en una parodia de Heliodoro, sino en una actitud peculiar ante el género mismo de la novela anterior.

7 En la revuelta contada por DIÓN, *Historia Romana* LXXII 4, y ocurrida en el año 172. Sobre la importancia literaria de la innovación de Aquiles Tacio, cf. el comentario de PERRY, *op. cit.*, págs. 111 y sigs.

8 Sobre el título de «sátrapa» y el de juez «de la estirpe real», véanse nuestras notas 208 y 304. En cuanto a la guerra

Por otra parte, el mundo descrito por Aquiles Tacio no es ya el de los altos personajes de la novelística precedente, sino, como en Longo, el de una burguesía adinerada. El género desciende así socialmente, y este descenso va acompañado de una pérdida considerable del idealismo que antes arrastraba. Aquiles Tacio nos hace entrar en mansiones burguesas de Tiro y de Éfeso, y vivimos con él la vida familiar de Clitofonte, lejos de toda pompa y solemnidad.

Ciertamente se da en *Leucipa y Clitofonte* el esquema básico de la novela griega tradicional: dos jóvenes amantes que pasan por múltiples peripecias en un viaje accidentado hasta alcanzar un final feliz. Leucipa y Clitofonte, igualmente, viajan por diversos lugares del Mediterráneo (oriental) y arrostran graves peligros hasta lograr, por último, su deseada unión. En la obra asistimos a un largo proceso, a intentos de seducción de ambos protagonistas y a la defensa tenaz de su castidad, se nos narran sueños premonitorios, leemos abundantes discursos, diálogos, monólogos y hasta algunas cartas (y textos legales), somos espectadores de batallas, etc., tal como en otras novelas. Pero, incluso en los aspectos más tradicionales, Aquiles Tacio aplica tratamientos propios, que hacen de su obra una de las novelas griegas de más personalidad.

2.1. Las relaciones entre los jóvenes protagonistas, con el cortejo de Leucipa por Clitofonte, ocupan una parte considerable de los dos primeros libros. Si bien Clitofonte se enamora de Leucipa nada más verla, al modo típico de la novela, Leucipa, en cambio, irá siendo conquistada paso a paso por su tenaz pretendiente, y todo ello furtivamente, puesto que al joven le prepara su familia una boda contraria a su voluntad. Es el

---

entre bizantinos y tracios (en la que Clitofonte —cf., en cambio, el papel de Quéreas en Caritón— no participa en absoluto), cf. también nuestra n. 17, igualmente de la traducción.

amor mismo, el enamoramiento y el cortejo erótico, lo que llena páginas y páginas, sin el toque fulminante y definitivo de Caritón y de Jenofonte de Éfeso. Aunque con un carácter distinto, sólo cabe hallar un paralelo relativo en Longo, en la prolongada dedicación al amor de sus adolescentes. La pasión que por Clitofonte siente Mélite, la dama de Éfeso tan bellamente pintada por Aquiles Tacio, llena otra amplia parte de la obra y adquiere un relieve inusitado en el género [9]. Igual ocurre con pasajes determinados, como el de la digresión sobre el amor en la naturaleza (I 16-18), o el de la discusión, al final del libro segundo, sobre los dos amores, en que, aunque pueda observarse un cierto sentido humorístico [10], también está patente el interés en el plano teórico por la materia. O con las persecuciones amorosas de que es objeto Leucipa por parte sobre todo de personajes como Cármides, Quéreas o Tersandro, y muy en especial con la historia de Calístenes, repartida entre los libros segundo y octavo y de la que cabe decir que encarna un amor caballeresco y de la más alta espiritualidad [11]. Por momentos Aquiles Tacio, como Longo, nos sumerge en la teoría platónica del amor y la belleza, y, en suma, en su novela el amor tiene un papel como jamás había logrado ni de lejos en las novelas anteriores [12], con la obligada excepción de Longo, y no

---

9 Frente a figuras de función aparentemente semejante, como la simple y violenta Manto de Jenofonte o la fugaz Licenion de Longo. Sobre Mélite, véase L. R. Cresci, «La figura di Melite in Achille Tazio», *Atene e Roma* 23 (1978), 74-82.

10 La comicidad que pretende encontrar E. Cizek (*Erotica Antiqua*, pág. 113) nos parece francamente exagerada. Un complemento importante de esta discusión son el *ars amatoria*, con que Clinias y Sátiro adoctrinan a Clitofonte, y los patéticos relatos de los amores desdichados de Clinias y de Menelao, que dan la vertiente pederástica del tema.

11 Cf. E. H. Haight, *Essays on the Greek Romances*, Nueva York, 1943, pág. 109.

12 En este punto, nos parece parcialmente errónea la opi-

digamos ya nada de sus incursiones en el terreno de la sensualidad.

2.2. Emparejada con esta complacencia en el tema erótico está su evidente profundización psicológica. Aquiles Tacio muestra su aprecio por esta materia también en dos niveles, teórico y práctico. Teóricamente, en los comentarios con que intenta explicar reacciones emotivas y que, si bien no nos evitan la impresión de ser clisés estereotipados y retóricos, demuestran, de igual modo, un enfoque de pretensiones realistas y no idealizadoras. Y prácticamente, en el comportamiento de sus personajes. Se ha de conceder, sin duda, que sus protagonistas son seguramente tan esquemáticos y pasivos, en líneas generales, como los de las otras novelas, pero, esporádicamente, revelan una vida propia: así, cuando Clitofonte y Leucipa parten de Tiro, no de resultas de un oráculo (cf. Jenofonte de Éfeso) ni por una serie de accidentes azarosos (cf. Caritón), sino como un recurso personal motivado por razones psicológicas [13]; o cuando Leucipa se revuelve contra Sóstenes y Tersandro [14]. Y, en el plano de los personajes secundarios, con la figura del propio Tersandro y, sobre todo, con el ya citado papel de Mélite, uno de los más humanos y convincentes de la novela griega entera. Por

nión de Haight, *op. cit.*, pág. 112, de que Aquiles Tacio (frente a Caritón) habría traspasado el interés por el amor y el culto a los incidentes y las aventuras.

13 Cf., por extenso, todo el contexto desde II 23 hasta 30, y, en especial, las razones de Leucipa. Objetivamente, el secuestro de Calígona ha resuelto en ese momento la previa imposibilidad de unirse los protagonistas (aunque Aquiles Tacio no olvida la obligada decisión de los padres de la joven —cf. V 11, 1 s.), pero la deplorable situación creada por la aparición de Pantea en el dormitorio precipita una reacción desesperada de los personajes más afectados (véase B. P. Reardon, *Courants littéraires grecs des IIe et IIIe siècles après J.-C.*, París, 1971, pág. 363).

14 VI 12 s. y 18-22.

otra parte, merece observarse que los personajes de Aquiles Tacio son coherentes consigo mismos a lo largo del relato, sin que encontremos comportamientos de discutible unidad como los tan criticados en el caso, por ejemplo, del Quéreas de Caritón.

2.3. La profundización psicológica, indiscutible, va a su vez emparejada, como hemos dicho, con ciertas pretensiones de realismo. Cabría, incluso, hablar de realismo crítico, con una calificación más matizada y comprensiva de lo que otros llaman comicidad o parodia. Por lo pronto, Aquiles Tacio muestra unos pruritos de intelectual que no se encuentran (o no tienen el mismo sentido) en Caritón y en Jenofonte. Esta postura explica el distanciamiento con que trata su propio tema, sus reservas religiosas, la pérdida o disminución del idealismo (hecha la salvedad de la historia romántica de Calístenes), la tolerancia con que acepta las debilidades humanas e, incluso, sus ironías a costa del género novelesco. Si bien, por ejemplo, Leucipa defiende su castidad hasta arriesgarse a ser torturada, como una heroína digna de Heliodoro, Clitofonte accede, finalmente, a los deseos amorosos de Mélite, con una única infidelidad luego silenciada[15] y, por parte del autor, con una evidente humanización de la rigurosa moral de la tradición novelesca. De la misma virginidad de Leucipa, otros personajes (hasta su propio padre) se atreven a dudar[16], y estas dudas no dejan de corresponder, en cierto modo, a las razonables reservas de cualquier lector imparcial, dada la calidad de las manos por las que Leucipa va pasando en el curso de sus aventuras.

---

15 Exactamente igual que ocurre en Longo respecto al encuentro entre Dafnis y Licenion. Pero las diferencias entre ambos episodios en las dos novelas son muy grandes.

16 Cf. VIII 6, 15 y 7, 3 ss., así como las palabras de Sóstrato en VI 21, 3, VIII 1, 2 y 3, 3, y el discurso de 8, 1 ss.

El realismo se manifiesta, igualmente, en la observación de los detalles, en la minuciosidad del relato [17], que, si bien en un determinado nivel puede ser interpretada como un rasgo de estilo, en otro revela una tendencia personal a la exposición de datos descriptivos y a la rememoración de múltiples menudencias, y, en un tercer nivel, una conciencia pragmática del mundo. Piénsese, por ejemplo, en la cuidada descripción de los lugares ocupados por los comensales en I 5, del jardín en I 15, del ajuar de Calígona en II 11, 2 ss., del plano del departamento de las mujeres en II 19, 3 ss., de la tormenta y el naufragio al comienzo del libro tercero, de los prolijos preparativos para el falso sacrificio de Leucipa en III 2 ss., del escenario del último combate con los Vaqueros (IV 11 ss.), etc., por no hablar de las numerosas y pormenorizadas digresiones con que se va jalonando la narración.

Pero aún hay más. El realismo de Aquiles Tacio progresa todavía más en la dirección de lo que podría haber sido una novela naturalista, cuando por dos veces (V 7, 1 y 18, 1) algunos de sus personajes pretextan urgencias corporales para alejarse de los demás o cuando (IV 7, 7 ss.) se recurre a la menstruación para salvar la virginidad de Leucipa.

2.4. A la vez que nuestro autor explora, sin duda inspirado por la comedia, las posibilidades de un nuevo tipo de novela, también impone en su obra un alejamiento considerable respecto a la religiosidad en que el género estaba inmerso y que halla en Longo y Heliodoro sus más fieles paladines. De ahí que no se pueda exteriorizar sino una profunda sorpresa, tras una lectura de la novela, ante una idea como la expuesta por

---

17 Cf. el detallado estudio de T. HÄGG, *Narrative Technique in Ancient Greek Romances. Studies of Chariton, Xenophon Ephesius and Achilles Tatius*, Estocolmo, 1971, sobre todo páginas 209 y sig., que, entre otros aspectos, insiste en este punto.

R. Merkelbach[18], según el cual *Leucipa y Clitofonte* sería un trasunto o paralelo alegórico nada menos que del mito de Isis, al igual que la novela de Jenofonte de Éfeso.

Aquiles Tacio acepta, sin duda, una serie de convenciones religiosas del género, como son los oráculos o los sueños premonitorios, el poner aquí o allá el nombre de Eros, de Afrodita, de Ártemis[19], de Heracles o de Dioniso; o el admitir en el relato la presencia de unas ordalías[20]; es decir, elementos en gran parte de simple tradición literaria y, en parte, muy cercanos a la religiosidad popular o, incluso, a la mera superstición. Y, no obstante, la obra manifiesta, a pesar de todos estos ingredientes, tal frialdad ante el fenómeno religioso, un tono tan forzado y secundario de sus esporádicas apariciones, que es de todo punto imposible no percibirlo. La tutela a que los dioses (por no hablar de la Fortuna) someten a los héroes de otras novelas es aquí, generalmente, remota u olvidada, o se la alude en momentos determinados sin que en el fondo suela acarrear demasiadas consecuencias. Y ni siquiera se le dedica a Ártemis (o a Afrodita o a Eros), al final de la novela, la habitual plegaria de acción de gracias.

En suma, en esta novela se respeta, hasta cierto punto, el aparato religioso que el lector contemporáneo seguramente esperaba encontrar y cuya desaparición radical hubiese resultado escandalosa, pero no exis-

---

18 *Roman und Mysterium*, Munich-Berlín, 1962, págs. 337 y siguientes, en especial.

19 Diosa con un papel más relevante (sin que domine, en absoluto, en el relato), explicable seguramente por la importancia de su culto en Éfeso. Es ella la que impone el aplazamiento de la unión de los protagonistas, y en su templo halla asilo Leucipa.

20 Sobre este tema, cf. R. M. RATTENBURY, «Chastity and Chastity Ordeals in the Ancient Greek Romances», *Proc. Leeds Phil. Lit. Soc.* (*Lit. Hist. Section*) 1 (1926), págs. 59 sigs.

te o, al menos, no es fácil de discernir, sin el recurso a la discutible alegoría, un sentimiento religioso. En ocasiones se introducen también elementos mágicos, pero, en realidad, para hacer entrar en juego una franca parodia de esta clase de prácticas [21]. La misma mención de Eros en I 2, que da un punto de partida que se esperaría fuera semejante al de otras novelas, con el dios como rector de la acción, en Aquiles Tacio no tendrá continuidad. Tampoco asistimos, fuera de las dos citadas ordalías, a prodigios como los que se leen en Jenofonte de Éfeso o en Longo. Los hechos suceden en un nivel humano [22], laico por lo general, y hasta la figura del sacerdote de Ártemis, de tan destacada intervención en los dos últimos libros, no tiene de sacro más que el cargo, y, todavía más, sus palabras durante el juicio contra Tersandro representan uno de los momentos más procaces de la obra.

3. *Fuentes literarias. Técnica y estilo*

Por supuesto, Aquiles Tacio escribe su novela contando con la previa existencia de un género que ya había tenido cultivadores destacados y que presentaba unas líneas maestras bien definidas. Pero ya hemos visto que, respecto a estos antecesores, su actitud es de una gran independencia. Cuenta, asimismo, con otros géneros de los que tomar expresiones e ideas, y también, en la selección de estas otras influencias, manifiesta una postura relativamente propia. Como era de esperar, se leen en él citas y reminiscencias homéricas [23] y hesiódicas, pero en número no demasiado ele-

---

21 Cf. la falsa resurrección de Leucipa en III 17 s., y los falsos poderes de la protagonista en V 22.

22 Cf. REARDON, *Courants...*, págs. 359 y sigs.

23 Cf. L. R. CRESCI, «Citazioni omeriche in Achille Tazio», *Sileno* 2 (1976), 121-126.

vado, así como otras, también de origen poético e, incluso, algunas de obras que no nos son conocidas[24]; hay bastantes recuerdos platónicos y ciertos ecos de Heródoto y Jenofonte. Se encuentran posibles influjos de Luciano[25] y, desde luego, multitud de noticias extraordinarias que deben proceder de libros de temas paradoxográficos.

Es, sin embargo, el teatro una de sus mayores fuentes de inspiración, y muy en especial la comedia, que no sólo le sugiere situaciones, discursos y juegos de palabras, sino que sustenta espiritualmente una de las facetas más notables de la novela. Aristofánicas son, por ejemplo, varias de las referencias literarias del catálogo de los vinos de II 2, 2. Y el lenguaje del teatro, al que es casi tan aficionado como Heliodoro, le suministra dichos y giros frecuentes.

También el campo de la fábula es muy atractivo para nuestro autor, que incluso es posible que haya elaborado por su cuenta alguna de las que nos ofrece[26]. E, igualmente, se encuentran entre sus supuestas fuentes textos cuya relación con Aquiles Tacio no es fácil describir: nos referimos, en particular, a la curiosa «cita» de San Pablo en VIII 3, 1, aún sin esclarecer, pero que pudo redundar en favor de la asimilación cristiana del novelista a la que ya nos hemos referido[27].

3.1. Hemos señalado anteriormente que el talante de Aquiles Tacio es el de un típico intelectual. Su no-

---

[24] Véanse las notas 280 y 285 de la traducción.

[25] Cf. J. Schwartz, «Achille Tatius et Lucien de Samosate», *L'Ant. Class.* 45 (1976), 618-626, que sospecha influencias muy concretas en el episodio del falso sacrificio de Leucipa.

[26] Cf. n. 117 de la traducción.

[27] No sabemos, por no conocer directamente su texto, en qué sentido compara M. Smith a Aquiles Tacio, II 2 (Dioniso y el origen del vino), con *Evang. de Juan* II 1-11 (milagro de Caná), en *S. W. Baron Jubilee Volumen... ed. by S. Lieberman and A. Hyman*, Jerusalén, 1975, págs. 815-829.

vela no sólo busca un lenguaje elaborado y de claros moldes retóricos, sino que responde a un plan esmeradamente trazado, aunque nos tememos que su complejidad ha desbordado al propio autor, que deja sueltos una serie de detalles que, al menos para el crítico, son fácilmente observables, aunque seguramente no tanto para un lector apresurado.

De un lado, encontramos una línea argumental básica, en la que se pueden discernir varias etapas: las relaciones entre Leucipa y Clitofonte, sus viajes y peripecias, hasta el desenlace final. Sobre esta línea convergen otras varias menores, que corresponden a historias secundarias: la de Clinias y Caricles en el libro primero, la de Calístenes y Calígona entre los libros segundo y octavo, y la del egipcio Menelao en el segundo. Las tres están hábilmente insertadas en el argumento central y, sobre todo, la de Calístenes incide de pleno en su desarrollo. La funcionalidad de las otras dos es menos visible, pero ambas tienen mucho en común: son relatos de amores pederásticos y, en las dos, la pérdida del amado deja, en su desamparo, disponibles a los jóvenes Clinias y Menelao para asociarse a la empresa principal y entregarse a una amistad sin condiciones [28].

Junto a las historias secundarias están las numerosas digresiones con que Aquiles Tacio adorna y demora el relato y que responden a todos los tipos imaginables: descripciones de cuadros [29] y otros objetos artísticos, de animales exóticos, de fenómenos curiosos y extraordinarios, de paisajes y lugares concretos, na-

---

28 Creemos que pocos personajes de la novela griega expresan mejor que éstos dos el desarraigo humano y social tan finamente comentado por REARDON (*Courants...*, págs. 341 y sig.).

29 Cf. E. C. HARLAN, *The Description of Paintings as a Literary Device and its Application in Achilles Tatius*, tesis doct., Univ. de Columbia, 1965.

rraciones míticas (a veces, con carácter etiológico)[30], etcétera. Es cierto que la mayoría de estas digresiones no tienen otro valor que el estético o, en todo caso, el informativo y que responden tanto a una moda como a unas claras aficiones retóricas, pero otras, a pesar de todo, tienen un lugar en la línea argumental, y de esto son evidentes muestras el sentido premonitorio de los cuadros sobre el rapto de Europa (I 1)[31] y el mito de Filomela (V 3), el marco amoroso que representa el jardín descrito en I 15 o el estímulo erótico de los temas referidos en I 16 ss., la trampa en la isla de Faros (V 6), las explicaciones acerca de la gruta de la siringa y del agua de la Estigia (VIII 6 y 12), etc.

En ciertos casos, la funcionalidad responde sólo al comienzo de la digresión (o de la cadena de digresiones), como ocurre, por ejemplo, con el oráculo de I 4 o con el citado cuadro de Filomela, que recibe un desarrollo suplementario en V 5. Pero de todos modos la novela ofrece con gran frecuencia un aspecto de miscelánea que, si bien seguramente era atractivo para el lector antiguo, no lo es, en general, para el moderno y ha colaborado a provocar muchos de los juicios adversos que esta obra ha recibido[32].

En una alta proporción, la novela está constituida por diálogos, monólogos y discursos, estos últimos, a

---

30 Para el estudio de algunas de estas digresiones, cf. H. Rommel, *Die naturwissenschaftlich-paradoxographischen Exkurse bei Philostratos, Heliodoros und Achilleus Tatios*, Stuttgart, 1923. Es importante señalar que, al igual que ocurre con los «comentarios» (véase luego), las digresiones disminuyen visiblemente en la parte final de la obra.

31 Éste determina el papel de Eros en la novela y sirve de pretexto para la intervención de Clitofonte. Su descripción tiene una función paralela a la del preámbulo de Longo.

32 Seguramente, éste era un rasgo común con algunas otras novelas, que hoy no podemos leer directamente, en concreto, las de su (quizás) contemporáneo Jámblico y Antonio Diógenes.

veces, de una extensión que contrasta, sobre todo, con la brevedad modélica de Longo. Y una parte no pequeña se cubre con prolijos comentarios del narrador, cuyo fin aparente suele ser la pretensión de explicar o justificar reacciones psicológicas, pero que, evidentemente, implican un deseo de mostrar el tesoro de sabiduría y de experiencia que el autor cree poseer.

En la compleja trama de la obra existe, por otro lado, un afán de mantener al lector con el ánimo suspenso y lleno de interrogantes. Así, las historias de Clinias y de Calístenes se dividen en dos partes, quedando las dos mitades del segundo relato nada menos que a casi seis libros de distancia; tras el naufragio narrado al comienzo del libro tercero, no reaparecen con vida Clinias, Menelao y el esclavo Sátiro hasta bastante después y aun de modo escalonado; las dos falsas muertes de Leucipa, a que asistimos en la primera mitad de la novela, no se revelarán como tales en el momento mismo en que tienen lugar, postergándose el descubrimiento de la falsedad de la segunda durante un plazo suficientemente largo como para que la situación de Clitofonte haya cambiado de modo importante. Es ésta la razón, además, de que en el último libro el autor se vea forzado a rellenar diversas lagunas con los relatos suplementarios de Leucipa y de Sóstrato [33].

La obra tiene una clara distribución de sus ocho libros en cuatro pares [34], de manera que los dos primeros tienen por núcleo el cortejo erótico de Leucipa por Clitofonte; los libros tercero y cuarto, el naufragio y la mayor parte de las aventuras egipcias; los dos si-

---

[33] En realidad, en III 19-22 hay también ya relatos suplementarios semejantes.

[34] Cf. el análisis de D. Sedelmeier, en «Studien zu Achilleus Tatios», *Wien. Stud.* 72 (1959), 113-143. Otros dividen la novela en tres partes: la primera hasta III 12, la segunda hasta V 18 y la tercera hasta el final.

guientes giran en torno a las figuras de Mélite y Tersandro, con sus pasiones como motores de la acción, y los dos finales, en torno al proceso y las ordalías que imponen el desenlace. Sólo en los libros quinto y sexto se dan las típicas líneas paralelas, por las que los episodios correspondientes a Leucipa y a Clitofonte forman dos cadenas relativamente separadas (con Tersandro como elemento de engarce)[35].

Prácticamente toda la novela, salvo el breve preámbulo, está narrada en primera persona, por boca de su protagonista Clitofonte, lo que supone una novedad radical en las novelas griegas conocidas y (aunque sólo en apariencia realmente) arrastra una mayor complicación cuando se introducen los relatos de otros personajes. Pero de hecho, salvo en la persistente primera persona y en una peculiar perspectiva no siempre mantenida, las diferencias con la narración habitual de las otras novelas son apenas perceptibles[36]. En la narración de Clitofonte se da una omnisciencia[37] comparable a la de las otras narraciones «de autor» de los restantes novelistas, tanto si se trata de sucesos externos como de procesos internos de los personajes, y los «comentarios» ya señalados son, evidentemente, los que corresponderían al autor y no a su protagonista. El aspecto puramente técnico del relato en primera per-

---

35 Cf. las observaciones de HÄGG, *Narrative Technique...*, págs. 178 y sigs. Ni en Aquiles Tacio ni, como ya sabemos, en Longo se encuentra la prolongada separación (narrativa) de los amantes de otras novelas. Dejamos de lado, por supuesto, el tiempo cronológico, puesto que en *Leucipa y Clitofonte* este último pasa más de seis meses con la creencia de la muerte de su amada (cf. V 8, 2).

36 La importancia mayor que, sin duda, tiene la figura de Clitofonte en la novela no es seguro que se deba, esencialmente, a este hecho especial.

37 Cf. PERRY *The Ancient Romances...*, págs. 111 y sigs., y HÄGG, *op. cit.*, págs. 124 y sigs.

sona no tiene, pues, las consecuencias que serían de esperar y, hasta tal punto pierde su relevancia a lo largo de la obra, que el novelista parece haberlo olvidado cuando aquélla termina y su narración y la de Clitofonte concluyen de modo simultáneo, sin que este descuido nos obligue, en absoluto, a considerar el texto como inacabado. La escena inicial carece de remate al final de la novela, aunque este desliz no conlleva la menor fractura del argumento, ni se echa en falta, en realidad, de manera especial un final más lógico[38].

3.2. El estilo de Aquiles Tacio ha sido objeto de ciertas críticas por parte de especialistas tan notorios como Norden y otros. No obstante, hoy, al haber quedado su obra enmarcada cronológicamente en el ámbito de la Segunda Sofística y haberse precisado más correctamente su situación respecto a los otros novelistas, es posible dar un juicio más prudente y menos desfavorable también en este terreno. Es cierto que un lector actual puede hallar monótonas y hasta insufribles algunas páginas de excursos, comentarios y discursos, pero también es cierto que, incluso estos momentos de máxima exacerbación retórica, tienen su interés para un lector atento y, no digamos, para el estudioso de la literatura de aquella época.

Por lo pronto, en Aquiles Tacio hay que distinguir esta vena profundamente retórica, que suele tener su mayor pecado en la falta de brevedad, y, sobre todo, si se insiste en la comparación con Longo y sus textos narrativos, que son por lo general ágiles y entretenidos. El tono ligero, casi de comedia, de bastantes escenas ayuda a saborear algunos de los episodios mejor narrados de la novela antigua.

---

38 Algo distinto es que la novela tenga un tono precipitado en su última página sobre todo, por más que no esté a nuestro alcance conocer la causa.

Se le ha calificado con frecuencia de pedante, como si su época, casi en bloque, no lo fuese, pero no se ha de olvidar su elegancia estilística. Se ha hecho hincapié negativamente en su prolijidad, en sus abundantes juegos de palabras, en su abuso de los sinónimos y las reiteraciones, pero debe tenerse presente que todo ello arranca de una barroca propensión a la exuberancia que ha de aceptarse críticamente como uno de los rasgos más acusados del estilo del autor.

Por otra parte, en relación con esta misma propensión, se ha de ver otra nota sobresaliente de su forma artística en la espectacularidad, en la teatralidad y el tremendismo, si se quiere, con que están imaginadas ciertas escenas[39], entre las que destacan el sueño de Clitofonte, en I 3, 4, y el de Pantea, en II 23, 5, o la lucha por apoderarse de la chalupa en el naufragio (III 3 s.), así como las dos primeras muertes aparentes de Leucipa y su ataque de enajenación (III 15-18 y V 7; IV 9).

4. *Valoración posterior e influencia. Traducciones*

Los hallazgos de papiros demuestran una alta popularidad de Aquiles Tacio, seguramente desde el momento mismo en que su novela apareció. Y tenemos huellas palpables de su influencia sobre autores del final de la antigüedad como los cristianos Gregorio Nancianceno y el Pseudo-Eustacio, o como Aristéneto y los poetas épicos Nono y Museo. En la literatura bizantina son Aquiles Tacio y Heliodoro los novelistas con mayor prestigio y repercusión. El primero es bien

[39] Sin que podamos seguir en detalle la historia del tema, es evidente que en algún momento de la evolución de la novela griega se introdujo el gusto por las truculencias, que parecen tener representantes notables en Aquiles Tacio y Loliano.

conocido entre los siglos IX y X, expresiones suyas entran a formar parte de colecciones gnomológicas y no sólo lo imitan los novelistas cultos del siglo XII (Nicetas Eugeniano, Constantino Manases, Teodoro Prodromo y, sobre todo, Eustacio Macrembolita), sino que también en la epopeya *Digenis Acritas* se encuentran ecos evidentes de *Leucipa y Clitofonte.* Si en algún punto cedía Aquiles Tacio ante Heliodoro a los ojos de los lectores bizantinos era en el de la moralidad.

Durante los siglos XVI y XVII vuelve a estar *Leucipa y Clitofonte* entre las novelas griegas favoritas desde su traducción al latín y, posteriormente, a varias lenguas modernas. Este interés se manifiesta, incluso, en el número de manuscritos del texto griego que se copian durante el siglo XVI. Su presencia es evidente, aunque menor que la de Heliodoro, en una obra tan significativa como la *Arcadia* de Sidney, y, en la lengua castellana, aunque sea a través de la obra de Dolce (*vd.* después), en la imitación que de los cuatro últimos libros realizó en forma, en parte, de paráfrasis y, en parte, de traducción Alonso Núñez de Reinoso en su *Historia de los amores de Clareo y Florisea y las tristezas y trabajos de la sin ventura Isea, natural de la ciudad de Éfeso* (Venecia, 1552), que, a su vez, habría de influir profundamente en el *Persiles y Sigismunda* cervantino [40]. Después, la trayectoria moderna de Aquiles Tacio sigue un curso descendente, como en general lo sigue la novela de tipo bizantino (el caso de Longo es distinto, como se sabe), con una progresiva pérdida de atractivo para los lectores y, sobre todo, en el siglo

---

[40] Cf. M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *San Isidoro, Cervantes y otros estudios,* Buenos Aires, 1944², pág. 95, y *Orígenes de la novela,* II (Ed. Nac.), Santander, 1943, págs. 70 y sigs. Sobre Reinoso, véase F. LÓPEZ ESTRADA, *Los libros de pastores en la literatura española,* Madrid, 1974, págs. 353 y sigs.

pasado, una actitud críticamente negativa de una parte al menos de los filólogos.

4.1. El número de traducciones que pueden citarse de Aquiles Tacio es relativamente elevado. Baste mencionar, para la etapa inicial del conocimiento de su novela en Europa, la primera, al latín, de Annibale della Croce (1544), incompleta, a la que siguió otra ya completa del mismo traductor en 1554, luego reproducida en diversas ediciones, entre las que se incluyen las de Salmasius y Jacobs; la (sólo parcial) primera en francés de C. Colet (1545), a la que siguieron las ya completas de J. de Rochemaure (1572) y de B. Comingeois (seudónimo, tal vez, de F. de Belleforest), de 1575; la primera (también parcial) al italiano en los *Ragionamenti Amorosi* de L. Dolce (1546), realizada sobre la primera latina de Della Croce, así como la ya completa de F. A. Coccio, de 1551, y que ha alcanzado multitud de reimpresiones; la pionera en lengua inglesa, de W. Burton (1597); la primera conocida al castellano, obra de Diego de Ágreda y Vargas, que se demoró hasta 1617[41]; la primera al alemán, de 1644 (anónima), etcétera. Con posterioridad, aunque sin esta profusión, no faltan las traducciones de *Leucipa y Clitofonte*, pudiendo mencionarse las inglesas de A. Hodges (1638) y de R. Smith (1848), las francesas de L. A. du Perron de Castera (1733), de C. Zevort (1856) y de A. Pons (1880), o las alemanas de D. C. Seybold (1772) y de F. Ast y G. Guldenapfel (1802).

Hoy están al alcance del lector culto unas cuantas traducciones en lenguas accesibles, como son la inglesa

[41] Unos fragmentos de una traducción de QUEVEDO, hoy perdida y que el propio autor cita en su *Anacreón castellano*, están recogidos por MENÉNDEZ PELAYO en sus *Orígenes*..., II, págs. 73 y siguiente (n. 3). También se nos ha perdido la que, con el título de *Poema jónico* o *Historia épica griega* (basada en la versión latina de DELLA CROCE), escribiera JOSÉ PELLICER.

de S. Gaselee, en su edición bilingüe, que luego citaremos; la italiana que se lee en el volumen *Il Romanzo classico* (1958) editado por Q. Cataudella, y la francesa de P. Grimal, de la misma fecha. Esta última, como su propio autor reconoce, sigue de cerca la versión de Gaselee, mejorándola en ocasiones, pero en otras cometiendo deslices y creando lagunas inexplicables. En castellano, que sepamos, además de la ya mencionada de Diego de Ágreda, lógicamente anticuada, sólo está disponible la muy poco recomendable de J. B. Bergua (1965), tan fiel a la de Grimal que hasta reproduce (además de acrecentarlos) sus errores.

5. *Transmisión del texto. Ediciones*

Conocemos *Leucipa y Clitofonte* por un buen número de manuscritos y, afortunadamente, también por la parcial aportación de varios papiros [42], tan importantes como ya se ha visto para la cuestión de la cronología. Los manuscritos son en su mayoría tardíos, del siglo XVI, y, además, sólo aproximadamente la mitad ofrece el texto completo. Los más antiguos son el *Vaticanus Graecus 1349,* del siglo XII, y el *Marcianus Graecus 409, Laurentianus conv. soppr. 627* y *Vaticanus Graecus 114,* del XIII. Las diversas familias de manuscritos pueden proceder de un arquetipo del siglo IX o, tal vez, de fecha anterior.

Entre los manuscritos y el notable testimonio que constituye uno de los papiros, el número 1250 de la colección de Oxirrinco, existen importantes diferencias respecto al texto, pero aún es más llamativo el distinto orden ofrecido: en el papiro citado los capítulos 2 y 3 (1-2) del libro segundo aparecen copiados entre los ca-

---

42 Cf. detalles en la edición de VILBORG, págs. XV y sigs.

pítulos 8 y 9 del mismo libro. Tal diferencia ha provocado diversas tentativas de explicación: o bien se trata de una mera transposición en el curso de la historia del texto (a los que se inclina, en principio, Vilborg)[43] o bien hubo realmente dos versiones[44], lo que parece más discutible, con una posterior al propio novelista y obra de algún desconocido retocador. Y no han faltado, incluso, quienes hayan sugerido que fue, precisamente, esta remodelación la que introdujo el tono paródico ya comentado, teoría que se nos antoja muy poco verosímil dada la indiscutible unidad que la novela refleja.

5.1. La edición príncipe de *Leucipa y Clitofonte* apareció bastante después de que, a través de diversas traducciones, la obra fuese conocida de los lectores europeos. En realidad, según parece, el humanista F. Orsini planeaba llevar a cabo la empresa poco después de mediados del siglo XVI, pero no llegó a realizarla y la edición se retardó hasta 1601[45]. Tras esta primera edición, de muy baja calidad, el francés C. Saumaise (Salmasius) imprimió otra, bastante mejorada y con comentario, en 1640, siguiendo a ésta las de B. G. L. Boden (1776), C. G. Mitscherlich (1792) y, al fin, la de F. Jacobs (1821), que, durante muchos años, ofrecería el mejor texto disponible de Aquiles

---

[43] Página XLII de su edición. Véase también F. CONCA, «I papiri di Achille Tazio», *Rend. Ist. Lomb.* 103 (1969), 649-677. Para C. F. RUSSO («Pap. Ox. 1250 e il romanzo di Achilles Tazio», *Atti Acc. dei Lincei* 10 [1955], 397-403), el papiro ofrece un texto torpemente abreviado frente a la tradición manuscrita.

[44] Cf. antes, § 2. Es la tesis, por ejemplo, de J. SCHWARTZ, «Achille Tatius...»: una anterior al año 171 (es decir, a la revuelta de los Vaqueros) y otra después de esa fecha. Es interesante señalar que, ya mucho antes de que apareciese el mencionado papiro, Salmasius había expuesto la teoría de la doble redacción.

[45] Edición conjunta de Aquiles Tacio, Longo y Partenio, en Heidelberg, y obra de I. y N. BONNVITIUS.

Tacio y el primero dotado de aparato crítico. Y aún dentro del mismo siglo aparecieron las ediciones de G. A. Hirschig (1856) y R. Hercher (1858), en las colecciones de *Erotici Scriptores* publicadas, respectivamente, por Didot y Teubner.

En el presente siglo han de citarse las ediciones de S. Gaselee (1917), posteriormente revisada por E. H. Warmington (1968), meritoria a pesar del carácter provisional que el propio editor le reconoció, y de E. Vilborg (1955), que, a pesar de algunas críticas adversas y de sus descuidos[46], es sin duda la mejor con que hoy podemos contar. El libro tercero de la novela ha sido editado separadamente por T. F. Carney (1961).

En nuestra traducción seguimos el texto de Vilborg, excepto en dos lecturas: en IV 4, 5, donde aceptamos con parte de los manuscritos ἁδροτέρων[47] y no ἁβροτέρων según leen Jacobs, Gaselee y Vilborg; y en VIII 18, 4, en que preferimos πλοῦ (propuesto por Jacobs) en lugar de πολέμου.

---

46 No todos ellos subsanados en su libro posterior *Achilles Tatius, Leucippe and Clitophon. A Commentary*, Göteborg, 1962.

47 Cf. Q. Cataudella, «Note critiche al testo di Achille Tazio», en *Studi in onore di L. Castiglioni*, I, Florencia, 1960, págs. 173 y siguiente.

BIBLIOGRAFÍA [48]

T. F. CARNEY, «Notes on the Text of Achilles Tatius, Book III», *Proceed. Afr. Class. Assoc.* 3 (1960), 10-14.

— *Achilles Tatius, Leucippe and Clitophon, Book III*, Salisbury, 1960.

Q. CATAUDELLA, «Note critiche al testo di Achille Tazio», en *Studi in onore di L. Castiglioni*, I, Florencia, 1960, págs. 169-177.

F. CONCA, «I papiri di Achille Tazio», *Rend. Ist. Lomb.* (*Class. Lett. Sc. Mor. Stor.*) 103 (1969), 649-677.

L. R. CRESCI, «Citazioni omeriche in Achille Tazio», *Sileno* 2 (1976), 121-126.

— «La figura di Melite in Achille Tazio», *Atene e Roma* 23 (1978), 74-82.

J. DIGGLE, «A Note on Achilles Tatius», *Class. Rev.*, N. S., 22 (1972), 7.

H. DÖRRIE, «Die griechischen Romane und das Christentum», *Philologus* 93 (1938), 273-276.

D. B. DURHAM, «Parody in Achilles Tatius», *Class. Philol.* 33 (1938), 1-19.

S. GASELEE, *Achilles Tatius with an English Translation by...*, Cambridge (Mass.)-Londres, 1917.

M. GRONEWALD, «Ein verkannter Papyrus des Achilleus Tatios (P. Oxy. 1014 = Achilleus Tatios, IV 14, 2-5)», *Zeitschr. Papyr. Epigr.* 22 (1976), 14-17.

---

48 En esta reseña no se repetirán algunos títulos (sobre todo, los de carácter más general) que el lector puede encontrar en la Bibliografía correspondiente a la traducción de Longo.

T. HÄGG, *Narrative Technique in Ancient Greek Romances. Studies of Chariton, Xenophon Ephesius and Achilles Tatius*, Estocolmo, 1971.
E. C. HARLAN, *The Description of Paintings as a Literary Device and its Application in Achilles Tatius*, tesis doct., Univ. de Columbia, 1965.
A. HENRICHS, «Achilleus Tatios, aus Buch III (P. Colon. inv. 901)», *Zeitschr. Papyr. Epigr.* 2 (1968), 211-226.
R. MERKELBACH, «Achilleus Tatios III 21, 3», *Rhein. Mus.* 110 (1967), 287-288.
J. N. O'SULLIVAN, «Euripides IA 1550 and Achilles Tatius 3.14.3», *Am. Journ. Philol.* 97 (1976), 111-113.
— «On Achilles Tatius 6.6.3», *Class. Quart.* 27 (1977), 238-239.
— «Notes on the Text and Interpretation of Achilles Tatius I», *Class. Quart.* 28 (1978), 312-329.
L. T. PEARCY, «Achilles Tatius Leucippe and Clitophon I 14-15. An Unnoticed Lacuna?», *Class. Philol.* 73 (1978), 233-235.
H. ROMMEL, *Die naturwissenschaftlich-paradoxographischen Exkurse bei Philostratos, Heliodoros und Achilleus Tatios*, Stuttgart, 1923.
C. F. RUSSO, «Pap. Ox. 1250 e il romanzo di Achilles Tazio», *Atti Acc. dei Lincei* 10 (1955), 397-403.
D. SEDELMEIER, «Studien zu Achilleus Tatios», *Wien. Stud.* 72 (1959), 113-143.
J. SCHWARTZ, «Quelques observations sur les romans grecs», *L'Ant. Class.* 36 (1967), 536-562.
— «Achille Tatius et Lucien de Samosate», *L'Ant. Class.* 45 (1976), 618-626.
H. SEXAUER, *Der Sprachgebrauch des Romanschriftstellers Achilles Tatius*, tesis doct., Karlsruhe, 1899.
E. VILBORG, *Achilles Tatius, Leucippe and Clitophon, ed. by...*, Estocolmo, 1955.
— *Achilles Tatius, Leucippe and Clitophon. A Commentary*, Göteborg, 1962.
A. VOGLIANO, «Un papiro di Achille Tazio», *Stud. It. Filol. Class.*, N. S., 15 (1938), 121-130.

LIBRO PRIMERO

1 Sidón es una ciudad junto al mar: el mar es el de los sirios [1]; la ciudad, la madre de los fenicios; su pueblo, el padre de los tebanos [2]. En una ensenada hay un espacioso puerto doble que corta el paso gradualmente al mar, pues por donde la bahía forma una curva, en el lado de la derecha, hay excavada una nueva bocana, y el agua fluye por segunda vez adentro y del puerto se forma otro puerto, de modo que allí invernen los mercantes libres de borrascas y pasen en cambio el buen tiempo en la parte del puerto que da entrada a la bahía [3].

2 A mi llegada a este lugar, como hubiese escapado de un gran temporal, dediqué un sacrificio, por haberme salvado, a la diosa de los fenicios: Astarté es como la llaman los sidonios [4]. Mientras paseaba, pues, por el

---

1 Vilborg ha corregido así el original «asirios» por ser denominación muy improbable en esta época frente al nombre usual «Mar Sirio». Sin embargo, cabe admitir una fácil confusión entre ambos términos.

2 Según el conocido mito del fenicio Cadmo, fundador de Tebas de Beocia.

3 La descripción del antiguo puerto de Sidón parece ser exacta: una barrera rocosa separaba parcialmente la bahía del mar exterior, pero, dentro de la ensenada, se encontraba otro refugio aún más seguro, una segunda bahía muy resguardada.

4 Era identificada con Afrodita. Para el texto, cf. J. DIGGLE,

resto de la ciudad y examinaba los exvotos, veo colgada una pintura con un paisaje a la vez de tierra y mar: el cuadro tenía por tema Europa[5], el mar era el de Feni-
3 cia; la tierra, la de Sidón. En la tierra había un prado y un corro de doncellas. En el mar nadaba un toro y sobre su lomo iba sentada una hermosa joven que en dirección a Creta en el toro navegaba. El prado lucía una melena de abundantes flores, entre las que se entremezclaba una tropa de árboles y matas. La arboleda era espesa, las hojas formaban un techado: las ramas entrelazaban sus hojas, y así esta urdimbre de las hojas se convertía en techumbre de las flores.
4 El artista había pintado hasta la sombra bajo las hojas. Y el sol caía suavemente en chorros dispersos por el prado, en la medida en que el pintor había entreabierto el compacto techo de la fronda de las hojas.
5 Una cerca rodeaba todo el prado y éste se extendía por el interior de la corona de las techumbres[6]. Arriates de flores estaban plantados en hileras bajo las hojas de los arbustos: narcisos, rosas y mirtos. Por medio de la pradera del cuadro fluía agua, tanto brotando de la tierra como derramándose por entre las flores y las
6 matas. Estaba pintado un jardinero empuñando un almocafre, encorvado alrededor de una reguera, abriéndole camino a la corriente[7]. Y en el límite del prado, por donde había sobre el mar salientes de la tierra, el
7 artista había puesto a las doncellas. Su actitud era de júbilo y temor, unas guirnaldas les ceñían las frentes,

«A Note on Achilles Tatius», *Class. Rev.*, N. S., 22 (1972), página 7.

5 Hija de Agenor, rey de Tiro y Sidón, raptada por Zeus metamorfoseado en toro. Sobre el carácter premonitorio de este cuadro, cf. Introducción § 3.1.

6 Probablemente, una nueva metáfora para el «techo» formado por la arboleda.

7 Cf. Lamón, en Longo, IV 4, 1. El modelo es *Ilíada* XXI 257-9.

las cabelleras les caían sueltas por los hombros, sus
piernas estaban por entero desnudas, por arriba libres
de la túnica, por abajo del calzado, pues el cinturón
les regazaba la túnica hasta las rodillas; el rostro lí-
vido, las mejillas contraídas, los ojos de par en par y
fijos en el mar; un poco entreabierta la boca, como
si, del miedo, fueran a lanzar un grito; y los brazos
extendidos, como en dirección a la res. Pisaban la orilla 8
del mar, de modo que la ola alcanzaba a cubrir ligera-
mente los dedos de sus pies; daban la impresión de
querer echar a correr como hacia el toro, pero temer
entrar en el mar. El mar tenía un doble colorido, pues
el cercano a la tierra era rojizo y azul oscuro el de las
aguas más profundas. Había representados espuma, 9
peñas y oleaje: las peñas proyectadas por encima de
la tierra, la espuma blanqueando los peñascos, la ola
con sus crestas deshaciéndose en torno a las peñas en
espuma. El toro estaba pintado en medio del mar,
montado sobre las olas, alzándose como un cerro el
oleaje donde la pata doblada del toro se curvaba.
La joven estaba sentada en medio de su lomo, no a 10
horcajadas, sino de lado, con las dos piernas juntas
sobre el flanco derecho, y sujeta con la izquierda al
cuerno como un auriga a la rienda, pues también el
toro se volvía más bien hacia esa parte, llevado por tal
rienda hacia la mano que tiraba. Una túnica ceñía el
pecho de la doncella hasta la ingle; desde ahí una capa
le cubría la parte inferior del cuerpo. La túnica era
blanca, de púrpura la capa, y a través del vestido se
le marcaba el cuerpo: hundido el ombligo, el vientre 11
dilatado, esbelto el talle, ensanchándose su esbeltez al
descender hasta la cadera. La curva de los senos avan-
zaba suavemente por delante del pecho. El cinturón
que comprimía la túnica también cerraba el paso a los
senos, y la propia túnica era un espejo de su cuerpo.
Las dos manos estaban distanciadas, una sobre un 12

cuerno, la otra sobre la cola, pero a ambas, de una a otra, por encima de la cabeza las unía el velo que estaba desplegado en torno a su espalda; por todas partes se tensaba la curva que formaba la tela, lo que daba, por obra del pintor, el efecto del viento. Y ella se sentaba sobre la res igual que en una nave en plena ruta, usando como velamen esa tela. En torno al toro danzaban los delfines, jugueteaban Amores: se hubiera dicho que incluso sus movimientos habían sido allí pintados. Eros tiraba del toro: Eros, un menudo infante, tenía abiertas sus alas, ajustada la aljaba y cogido el fuego[8]. Estaba vuelto como hacia Zeus y sonreía, igual que mofándose de él porque por su culpa se había convertido en toro[9].

2 Admiraba yo también el resto del cuadro, pero, como enamoradizo que era, dirigía la vista con mayor empeño hacia el que conducía el toro, hacia Eros. Y exclamé: «¡Cómo una criatura gobierna cielo y tierra y mar!»

A estas palabras mías un mocito, que, igualmente, estaba allí de pie a mi lado, replicó:

—¡Si lo sabré yo, que tantos agravios de amor he padecido!

2 —¿Y qué es lo que has sufrido —le dije—, amigo mío? Pues precisamente en tu rostro veo que no eres extraño a los misterios de este dios[10].

---

8 Sin duda se refiere a las antorchas usuales en la fiesta del himeneo (cf. luego, 8, 3).

9 Esta larga *écfrasis* puede ser comparada por el lector con otras descripciones del rapto de Europa (cf. Mosco, II; Luciano, *Diál. muer.* XV 2 ss.; Ovidio, *Metamorfosis* II 833 ss., o «Anacreóntica» 54). Algunas de las imágenes (la nave, la vela) se leen ya en Mosco. Por otra parte, la descripción concuerda en muchos aspectos con el modo en que las monedas de Sidón tratan el mismo motivo.

10 Literalmente, «lejos de la iniciación en los misterios del dios». El carácter mistérico del culto de Eros es un hecho tardío.

—Despiertas un enjambre de palabras[11] —contestó—, ya que mi historia más bien fábula parece.

—No vaciles, joven excelente —repuse—, por Zeus y por el propio Amor, en complacerme aún más de ese modo, aunque una fábula parezca.

Y, al decir esto, lo tomo de la mano y lo llevo 3
hasta un próximo soto, donde crecían muchos plátanos
en apretada vecindad y cerca fluía agua fresca y trans-
parente, como la que proviene de nieve apenas recién
derretida[12]. Y haciéndolo sentar sobre un asiento casi
a ras del suelo y tomando yo otro a su lado, le dije:
«Es tiempo de escuchar tus palabras: un sitio como
éste es de lo más placentero y a propósito para histo-
rias de amor.»

Y él comienza a contar así: 3

—De nacimiento soy fenicio, Tiro es mi patria, mi
nombre Clitofonte, mi padre Hipias, un hermano de mi
padre Sóstrato, aunque hermano solamente por tener
ambos un padre común. Pues de sus madres, la del
uno era bizantina, la de mi padre tiria. Aquél, por ello,
pasó toda su vida en Bizancio, ya que heredó mucha ha-
cienda de su madre. Y mi padre, en cambio, vivía en
Tiro. A mi madre no la he conocido, pues murió siendo 2
yo muy niño. Como mi padre quiso tomar una nueva
esposa, de ésta nació mi hermana Calígona. Y mi padre
decidió unirnos aún más mediante matrimonio[13]. Pero
las Diosas del destino[14], que prevalecen sobre los hom-
bres, tenían otra esposa prevista para mí.

La divinidad suele, con frecuencia, contar por la noche el futuro a los humanos, no con el fin de que

---

11 Cf. PLATÓN, *Rep.* 450b.

12 Este soto no puede menos de recordar el paraje donde conversan Fedro y Sócrates en el *Fedro* platónico (229a-b).

13 El casamiento entre hermanastros (por parte de padre) era consentido por las leyes griegas (cf. NEPOTE, *Cimón* I 2).

14 Las Moiras o Parcas.

se guarden de sufrirlo (pues no pueden vencer su des-
tino), sino para que, cuando lo padezcan, lo sobrelle-
3 ven con más resignación. Pues lo que se da a la vez,
repentina e inesperadamente, confunde y anega el alma
al sobrevenirle de pronto, mientras que lo que se es-
pera antes de ocurrir, por el hábito gradual, le gasta de
antemano el filo a la desgracia [15]. Y así, cuando tuve
diecinueve años y mi padre hacía preparativos para
celebrar la boda al año siguiente, la Fortuna dio prin-
4 cipio a la acción. En sueños me pareció que yo era
uno con la joven [16] por debajo hasta el ombligo, pero
que desde ahí los cuerpos en la parte superior eran
ya dos. Pues bien, se me presenta una mujer temible
y alta, de rostro feroz, ojos sanguinolentos, espantosas
mejillas y serpientes por cabellos. Con la diestra em-
puñaba una guadaña, una antorcha con la izquierda.
Cayendo entonces sobre mí colérica y blandiendo su
guadaña, la abate contra el flanco, donde se daba la
unión de los dos cuerpos, y separa de mí de un tajo
5 a la joven. Levantándome aterrorizado de un brinco
por obra del miedo, no se lo cuento a nadie, sino que
solo me dediqué a meditar en tan funestos presagios.
Y entretanto ocurre esto:

Mi padre, como dije, tenía un hermano, Sóstrato.
De parte de éste, desde Bizancio, nos llega uno con
una carta, cuyo texto era el siguiente:

6 «Para su hermano Hipias saludos de Sóstrato. Ahí
te llegan mi hija Leucipa y mi mujer Pantea, pues
los bizantinos están envueltos en una guerra con Tra-
cia [17]. Presérvame a los seres más queridos de mi fa-
milia hasta que la guerra se decida.»

---

15 Cf. Heliodoro, II 24, 6 s., con reflexiones parecidas.

16 Calígona, naturalmente.

17 Bizantinos y tracios mantuvieron en la antigüedad una guerra prácticamente continua, tal como nos dice Polibio (IV

Leído esto, mi padre se alza de un salto y sale co- 4
rriendo en dirección al mar, para volver poco después.
Y venía siguiéndolo un buen número de criados y sir-
vientas que Sóstrato había enviado acompañando a las
damas. En medio venía una señora alta y con un rico 2
atuendo. Y al fijar en ella la mirada, a su izquierda se
me muestra una mocita cuyo rostro fue un relámpago
a mis ojos. Como ella yo vi en una ocasión pintada a 3
Selene[18] sobre un toro: una mirada placenteramente in-
quietante[19]; una melena rubia, de un rubio ensortijado;
negras cejas, del negro más puro; mejilla blanca, con
un blanco que hacia su centro enrojecía e imitaba el
color de la púrpura en que bañan el marfil las mujeres
de Lidia[20], y la boca era una rosa cuando la rosa co-
mienza a abrir los labios de sus pétalos. Nada más 4
verla, al punto estuve perdido, pues la belleza hiere
más profundamente que un dardo y se desliza por los
ojos hasta el alma, ya que el ojo es la vía para la he-
rida amorosa. Y toda clase de impresiones me domi- 5
naban a la vez: admiración, pasmo, temblor, vergüenza,
desvergüenza. Admiraba su estatura, me pasmaba de
su belleza, me palpitaba el corazón, la miraba con
impudor, me daba vergüenza de ser sorprendido así[21].
Me forzaba a desprender mis ojos de la muchacha, pero

---

45), el cual compara la situación de los bizantinos, bajo la presión de los tracios, a un auténtico suplicio de Tántalo.

18 Vilborg defiende con muy buenas razones (*Achilles Tatius, Leucippe and Clitophon. A Commentary*, Göteborg, 1962, págs. 21 sig.) esta lectura frente a la variante «Europa» (aceptada por muchos otros). Clitofonte no se refiere aquí a la precedente representación de Europa, sino a otra pintura vista en otro momento. Por otra parte, también Selene a veces es representada cabalgando sobre un toro.

19 Cf. Esquilo, *Siete contra Tebas* 537, de donde ha tomado esta expresión, ingeniosamente trastocada, Aquiles Tacio.

20 Cf. *Ilíada* IV 141 s.

21 Cf. la imitación de Museo, *Hero y Leandro* 92-8, señalada por los críticos hace ya bastante tiempo.

ellos no querían: al contrario, se aferraban allí, arrastrados por la seducción de la belleza, y triunfaron al final.

5 Arribaron ellas, pues, a nuestra casa, y mi padre,
asignándoles una parte de la vivienda, hizo preparar la
cena. Cuando fue la hora, nos sentamos a las mesas,
repartiéndonos los divanes por parejas (ya que así lo
dispuso mi padre): él y yo ocupábamos el de en medio,
las dos madres el de la izquierda y las jóvenes el de
2 la derecha. Y yo, al oír esa afortunada disposición, por
poco no voy a darle un beso a mi padre por haber
3 hecho sentar a la doncella ante mis ojos[22]. Qué acerté
a comer, por los dioses que yo mismo no llegué a enterarme,
pues me parecía a los que comen en sueños.
Pero apoyando el codo en el diván e inclinándome,
miraba de hito en hito a la muchacha, al tiempo que
4 disimulaba la mirada, ya que ésta fue mi cena[23]. Y,
cuando hubimos terminado de comer, entra un esclavo,
un criado de mi padre, templando una cítara, y a lo
primero pulsó las cuerdas haciéndolas vibrar directamente
con las manos desnudas e hizo resonar un leve
fraseo como un murmullo con los dedos; luego ya
pulsó las cuerdas con la púa y, tras un corto toque de
5 la cítara, cantó acompañándose con sus notas. Trataba
la canción de Apolo reprochándole a Dafne que huyese
de él, a la vez que la persigue y está a punto ya de

---

22 Cf. notas 218 y 222 al texto de Longo. Es evidente que la joven huésped quedaba al lado de Clitofonte, pero, al estar ambos reclinados sobre el codo izquierdo, prácticamente es como si estuvieran el uno frente al otro.

23 Según entendemos nosotros (y, en parte, Vilborg), ante los demás comensales Clitofonte simulaba no mirar a la joven, pero toda su cena fue sólo mirarla. En cambio otros (Gaselee, Grimal) interpretan: «a veces interceptando una mirada de ella, pues esa fue mi cena», lo que no corresponde exactamente al texto original. Cf. luego, 6, 1.

capturarla, y de la joven tornándose en arbusto y Apolo
que se hacía una guirnalda de esa planta[24]. Cuando 6
oí cantar esto, aún más me abrasó el alma, pues una
narración de amores da pábulo al deseo. Por más que
uno mismo se recete un comportamiento razonable, se
ve estimulado a imitar el ajeno ejemplo, sobre todo
cuando el ejemplo proviene del que nos es superior.
Pues la vergüenza por las faltas que se cometen se
convierte en desfachatez ante la dignidad de que goza
quien es mejor que uno. Y estas palabras me decía a 7
mí mismo: «Mira: también Apolo ama, también él a
una doncella, y no se avergüenza de amar, sino que
acosa a la muchacha. Y tú vacilas y sientes pudor y
te andas con templanzas a destiempo. ¿Acaso estás por
encima del propio dios?»

Cuando fue de noche, se fueron las mujeres las 6
primeras a dormir y poco más tarde también nosotros:
los demás sin duda midiendo su placer con el estó-
mago[25], mientras que yo llevando el festín en los ojos,
atiborrado hasta la saciedad de la pura visión del ros-
tro de la joven, me retiré borracho de amor. Al llegar 2
a la alcoba en que solía dormir, tampoco pude conci-
liar el sueño, ya que de modo natural las heridas cor-
porales y demás dolencias de noche se enconan y sus
ataques son mayores cuando nos hallamos descansan-
do y excitan nuestros sufrimientos. Pues mientras el 3
cuerpo reposa, la herida encuentra más tiempo para el
mal, y las heridas del alma duelen mucho más cuando
el cuerpo está inmóvil. Pues por el día ojos y oídos,
abarrotados de sus muchas diligencias, suavizan el apo-
geo de la enfermedad desviando el alma del ocio que
lleva a la dolencia. En tanto que si el cuerpo se ve
maniatado por la tranquilidad, el alma, a su propio

---

24 Dafne, como es bien conocido, se metamorfoseó en laurel.

25 Cf. DEMÓSTENES, *Sobre la corona* 296.

4 albedrío, padece los oleajes del mal[26]. Todo lo que en-
tretanto había estado dormitando, se les despierta en-
tonces: las penas a los que están afligidos, las cavila-
ciones a los que andan preocupados, los temores a los
que corren peligros, el fuego a los que aman[27].

Pero hacia el alba con trabajo el sueño, compade-
5 ciéndose de mí, me dejó reposar un poco. Pero tam-
poco entonces quiso la joven alejarse de mi alma, pues
Leucipa llenó todos mis sueños: con ella conversaba,
con ella jugueteaba, con ella cenaba, la tocaba y go-
zaba de mayores venturas que de día. Hasta la besé
y fue el beso verdadero. De modo que, al despertarme
el criado, le reproché su importunidad, por haberme
6 arruinado ensueño tan dulce. Me alcé, pues, y me en-
caminé deliberadamente hacia la parte interior de la
vivienda a la vista de la joven, al tiempo que con un
libro en la mano e inclinándome sobre él me aplicaba
a la lectura. Pero, cuando estaba ante su puerta, mi-
raba de reojo, y, con estos paseos de un lado para otro
y derivando hacia la amorosa corriente que provenía
de su visión[28], terminaba por marcharme con el alma
en un estado francamente lastimoso[29]. Y de este modo
estuve abrasándome tres días.

7 Tenía yo un primo, Clinias, un joven huérfano dos
años mayor que yo, iniciado en los misterios del amor.

---

26 Tópico poético que se remonta, por lo menos, a PÍNDARO (fr. 123 SNELL).

27 Esta larga disquisición psicológica puede compararse a la (mucho más breve) formulación del mismo pensamiento en HELIODORO, I 8, 1.

28 Para todo este pasaje, cf. PLATÓN, *Fedro* 251 (en especial, c-e).

29 En la casa griega tradicional las mujeres solían residir en la parte del fondo. De ahí que Clitofonte se haya dirigido al interior de la vivienda. Luego ha fingido pasear leyendo, probablemente por el pórtico del lado del patio a que daban las habitaciones femeninas.

Pero estaba enamorado de un muchacho, y hasta tal punto llegaba su pasión por él que, como hubiese comprado un caballo y el mocito lo elogiase al verlo, al
punto se lo llevó como regalo. Por mi parte desde luego 2
me burlaba de él continuamente por su dejadez, por dedicar su tiempo a sólo sus amoríos y ser esclavo del deleite amoroso[30]. Pero él me sonreía y, sacudiendo la cabeza, replicaba: «También a ti alguna vez te veré esclavo.»

Fui a verlo de prisa y saludándolo y sentándome a 3
su lado le dije:

«—He recibido un castigo por burlarme de ti, Clinias: también yo me he convertido en un esclavo.»

Batió palmas entonces, se echó a reír y alzándome me besó el rostro, que mostraba las señales del insomnio de mi pasión. Y me dijo:

«—Estás enamorado, verdaderamente estás enamorado. Tus ojos lo pregonan.»

En el momento mismo en que él hablaba entra Caricles (que era el nombre del muchacho), todo alborotado y exclamando:

«—¡Clinias, estoy perdido!»

Y Clinias se puso a gemir a la vez que él, como si 4
su alma estuviese pendiente de la de aquél, y con voz temblorosa dijo:

«—¡Me matarás si no hablas! ¿Qué es lo que te aflige? ¿Con quién hay que pelear?»

Y Caricles contestó:

«—Un casamiento, que me prepara mi padre, y un casamiento con una moza fea para que conviva con un doble desastre. Pues cosa dura es ya una mujer, aunque sea guapa. Si tiene la desgracia de ser fea, es doble

---

30 Aunque de modo fugaz y sólo indirectamente, Aquiles Tacio presenta a su protagonista como hostil, en principio, al amor. Cf. el caso, sobre todo, de Habrócomes en JENOFONTE DE ÉFESO (I 1, 5, etc.).

5 el infortunio. Pero mi padre se empeña en la boda con los ojos puestos en su riqueza. Soy un desventurado al que cambian por su dinero, y así venderme en matrimonio.»

8 Al oír esto, Clinias se puso lívido. Animó al muchacho a rechazar el matrimonio, mientras echaba pestes de la especie de las mujeres:

«—¿Una boda —le decía— es el regalo que ya te hace tu padre? ¿Qué delito has cometido, que hasta
2 te ponen grilletes? ¿No has oído las palabras de Zeus:

Yo les daré a cambio del fuego una desgracia
con que todos se alegren el alma, adorando su
[mal?[31].

Ése es el placer que nos dan las mujeres, y es bien semejante al de la naturaleza de las Sirenas, pues
3 también ellas asesinan con el deleite de su canto. Puedes comprender la gravedad del infortunio incluso por los preparativos mismos de la boda: el zumbido de las flautas, el batir de las puertas, el trasiego de las antorchas. A la vista de tamaño tumulto cabrá decir: infeliz el que vaya a casarse; a una guerra me parece
4 que lo mandan. Aun si fueses lego en el campo de las Musas, no sabrías de los actos de las mujeres[32]. Pero a otros les podrías contar con cuántos temas han llenado las mujeres los escenarios: el collar de Erifila, la mesa de Filomela, la calumnia de Estenebea, el hurto
5 de Aérope, el crimen de Procne[33]. Agamenón desea la

---

31 Sobre el tópico de la misoginia aquí, cf. F. Wilhelm, «Zu Achilles Tatius», *Rhein. Mus.*, N. S., 57 (1902), 55-75 (en especial págs. 70 sigs.). Los versos son cita de Hesíodo, *Trabajos y días* 57 s., en el episodio de Pandora.

32 A diferencia de Vilborg, creemos que ya aquí hay un juego de palabras en torno al teatro (cf. luego, 10. 7).

33 *Exempla* mitológicos de siniestras actuaciones de mujeres: Erifila fue sobornada con un collar para que traicionase a su

belleza de Criseida: provoca una plaga sobre los grie-
gos; Aquiles desea la belleza de Briseida: se acarrea
un pesar sobre sí mismo; tiene Candaules una guapa
esposa: la esposa asesina a Candaules. Pues el fuego 6
de las bodas de Helena prendió otro fuego para ruina
de Troya. Y el desposorio con Penélope, la virtuosa, ¿a
cuántos pretendientes perdió? Mató a Hipólito Fedra,
por amor, pero a Agamenón, por no amarlo, Clitemnes-
tra[34]. ¡Mujeres, para todo osadas!: asesinan si aman, 7
asesinan si no aman. Debía ser asesinado Agamenón, el
hermoso de hermosura celestial, 'de ojos y cabeza pa-
rejo de Zeus, que en el rayo se deleita'[35]. Y fue esa
cabeza la que cortó, ¡oh Zeus!, una mujer. Y esto puede 8
decirse de mujeres bellas, en cuyo caso precisamente
la desgracia no llega al colmo, pues la belleza supone
un cierto consuelo en los infortunios, y tal cosa es una
bendición en medio de una suerte aciaga. Pero si ni
siquiera es guapa, según dices, la desgracia se duplica.
Y ¿cómo se podría sobrellevar, y además siendo tú un
muchacho tan apuesto? ¡No, por los dioses, Caricles!, 9
no te dejes aún esclavizar ni arruines la flor de tu
mocedad antes de tiempo. Ya que, junto a lo demás,
también el matrimonio supone este infortunio: que
agosta la lozanía. ¡No!, te lo ruego, Caricles, no te me

---

esposo Anfiarao; Filomela y su hermana Procne sirvieron a Tereo (esposo de Filomela o de Procne, según las versiones) la carne de su propio hijo Itis (cf. después, V 5); Estenebea (o Antea) calumnió a Belerofonte, que no había aceptado su oferta amorosa, ante su esposo Preto, como si hubiese sido aquél el seductor; Aérope robó a su esposo Atreo el talismán que le aseguraba el poder real, para entregárselo a su cuñado y amante Tiestes.

[34] La mayoría de estos ejemplos son demasiado conocidos para necesitar una explicación. El episodio de Giges y Candaules nos es narrado por Heródoto (I 8 ss.). En cuanto al «fuego de bodas», se trata de las antorchas nupciales.

[35] *Ilíada* II 478.

dejes marchitar. No le permitas a un fachoso campe-
sino segar rosa tan linda.»
10 Y Caricles replicó:
«—Eso correrá a cargo de los dioses y de mí. Pues,
además, hasta la fecha fijada para la boda queda un
plazo de unos días y son muchas las cosas que pueden
ocurrir incluso en una sola noche. Tendremos tiempo
11 para pensarlo. Por el momento voy a montar a caballo,
ya que, desde que me regalaste ese precioso corcel, no
he disfrutado aún de tu regalo. El ejercicio aliviará las
penas de mi alma.»

Y así se marchó para su último paseo, a montar a
caballo por vez primera y última.

9 Y yo le cuento a Clinias cómo fue mi aventura,
cómo me había afectado, cómo la vi, la llegada, la cena
y la hermosura de la joven. Y al final caí en la cuenta
de que con mis palabras faltaba a todo decoro, mien-
tras exclamaba:
«—No soy capaz, Clinias, de sobrellevar mi sufri-
miento, pues Amor con todo su poder ha caído sobre
2 mí y hasta el sueño acosa lejos de mis ojos. Por do-
quier se me aparece la imagen de Leucipa. A ningún
otro le ha acaecido un infortunio semejante, ya que el
mal hasta vive conmigo en la misma casa.»
Y Clinias me contestó:
«—No dices más que desatinos, tú que eres tan
afortunado en tus amores: no tienes que dirigirte a
puertas ajenas ni menos recurrir a un alcahuete. La
fortuna te ha regalado a tu amada en persona y tra-
3 yéndotela la ha aposentado en tu casa. A otro enamo-
rado le basta, incluso, una sola mirada a su bien pro-
tegida dama y tiene como la dicha mayor si por su
suerte alcanza a verla, y hay amantes aún más felices
por lograr tan sólo una palabra. Y tú la ves a cada
hora y a cada hora la oyes hablar y compartes con ella
4 cena y sobremesa. Y te quejas de esa buena estrella:

eres un ingrato ante los regalos del amor. No sabes lo
que es ver a la amada: es un placer aún mayor que
el propio acto, pues los ojos, al reflejarse mutuamente,
modelan, como en un espejo, las imágenes de los cuer-
pos, y la destilación de la belleza, al fluir a través de
los ojos hasta el alma, alcanza una determinada unión
a distancia[36], siendo así un cierto grado de la unión 5
corporal, pues es una nueva especie del abrazo de los
cuerpos. Y yo te auguro que también consumarás pron-
to el verdadero acto, ya que para seducirla no hay
mejor bagaje que el trato continuo con la amada. Pues
el ojo es el alcahuete del amor y el hábito de la con-
vivencia es el medio más eficaz para alcanzar favor. Si 6
a las bestias salvajes se las domestica a fuerza de
trato, mucho más podrá ablandarse de ese modo una
mujer. Y el que su enamorado sea de su edad es un
reclamo para una joven[37], en tanto que el arrebato que
en la naturaleza introduce la edad juvenil y la con-
ciencia de ser amada crean con frecuencia una respues-
ta amorosa, dado que toda muchacha desea ser bella
y disfruta de ser amada y ve con buenos ojos que con
amor se lo testimonien[38], mientras que si no la aman
no termina de creerse que es hermosa. Sólo un con- 7
sejo, en suma, te doy: que crea que es amada y pronto
te imitará.

»—¿Y cómo —le dije— podría cumplirse ese vaticinio? Enséñame de dónde hay que partir, ya que tú eres un iniciado con más antigüedad que yo y ya estás más hecho a los misterios del dios[39]. ¿Qué he de decir?,

---

36 Cf. PLATÓN, *Fedro* 251b; JENOFONTE, *Banquete* IV 21, y aquí, V 13, 4. GRIMAL (en nota de su traducción) indica que aquí puede detectarse la influencia de las doctrinas epicúreas sobre el concepto de la visión.

37 Cf. PLATÓN, *Fedro* 240c.

38 Tópico repetido en ARISTÉNETO, I 11.

39 Cf. n. 10.

¿qué he de hacer?, ¿cómo podré lograr a mi amada? Pues yo no conozco los caminos.

10 »—No trates de aprender de otro a ese respecto —repuso Clinias—, ya que el dios es un sabihondo sin necesidad de maestro alguno[40]. Pues igual que a las criaturas recién nacidas nadie las enseña a alimentarse, sino que aprenden por sí mismas y saben que su mesa está en los pechos, así también un jovencito primerizo en el embarazo del amor no precisa lecciones
2 para el parto. Y cuando sobrevengan los dolores y llegue la fecha ineludible, sin fallar ni un punto, aun siendo primerizo, hallarás el modo de parir, con el propio dios de comadrona. Pero cuantas son normas generales y que no requieren favorables circunstancias, escúchalas y aprende: no hables a la muchacha del tema de Afrodita, sino busca el medio de que el acto se
3 consume sin palabras, pues mozos y mozas son pudorosos por igual y, aunque estén predispuestos a los goces de Afrodita, no desean que se les hable de aquello que experimentan, porque juzgan que la vergüenza
4 está en las palabras. Las mujeres hallan placer también en el coloquio, y en cambio una doncella recibe las superficiales escaramuzas con que el enamorado la tantea, dando con los gestos su pronto asentimiento. Pero si al acercarte le solicitas el acto, asustarás sus oídos con tu voz, enrojecerá, odiará tus palabras y creerá que es ultrajada. Aunque desee concederte sus favores, está avergonzada, pues cree más bien sufrir el propio acto en el momento en que escucha lo que pretendes con sólo el placer que por tus palabras ima-
5 gina. Pero en caso de que, conduciendo la prueba del otro modo y manejándola hasta que se vuelva dócil, accedas ya a ella por un camino placentero, guarda silencio como regla general, igual que en los misterios,

---

40 Véase después, V 27, 4. La calificación de *sophistés* aplicada a Eros es ya platónica (*Banquete* 203d).

y, aproximándote con toda suavidad, bésala: que el
beso del amante es una silenciosa invitación para la
amada que desea entregarse, y, para la que está reacia,
es una súplica. Aunque haya consentimiento para el 6
acto, no obstante con frecuencia incluso yendo a él
por propia voluntad, les gusta que parezca que se las
logra por la fuerza, de manera que con la apariencia
de haber sido forzadas se libren de su voluntaria falta
de pudor. En fin, no vaciles por más que veas que se
resiste: observa cómo se manifiesta tal resistencia,
pues también en ese punto se requiere arte. Si se pone 7
terca, abstente de la fuerza, ya que es que aún no
cede. Pero si se presta por una vía menos áspera, re-
presenta tu papel, no sea que eches a perder la pieza
que has montado[41].»

Y yo repuse: 11

«—Un buen bagaje me has proporcionado y pido
llegar a término con suerte. Empero, temo que este
buen resultado sea origen de males mayores y me ex-
ponga a un amor de consecuencias aún más graves. Y
si sus peligros se acrecientan, ¿qué habré de hacer?
No podría casarme, ya que estoy comprometido con 2
otra doncella[42]. Mi padre está resueltamente en favor
de esa boda, con justa exigencia: casarme no con una
joven extraña ni fea. Ni pretende venderme por dinero,
como hacen con Caricles, sino que me da su propia
hija, una linda muchacha, ¡oh dioses!, al menos antes
de que yo viera a Leucipa. Pero ahora soy ciego para
su belleza y sólo para Leucipa tengo ojos. Estoy en me- 3
dio de dos fuerzas opuestas: es un pleito entre Eros
y mi padre. El uno está ahí plantado con el poder
que le da mi respeto, está el otro arrellanado atizando
la candela. ¿Cómo resolveré este juicio? Pelean obliga-

---

41 En el original el juego de palabras (del mundo del teatro) es aún más complejo.

42 Cf. anteriormente, 3, 2.

ción y naturaleza. Yo deseo sentenciar, padre, en tu favor, pero la otra parte me avasalla: tortura al juez, se presenta en el juicio con dardos y con fuego. Si no lo complazco, padre, con su fuego me abraso.»

12 Andábamos, pues, en estas cavilaciones filosóficas acerca del dios cuando de improviso entra a la carrera uno de los sirvientes de Caricles[43], con un mensaje de infortunio en el semblante que hizo lanzar un grito a Clinias al momento de verlo:

«—¡Una desgracia le ha sucedido a Caricles!»

Y, a la vez que esto decía, exclamó al unísono el criado:

«—¡Caricles está muerto!»

2 A Clinias con la nueva le faltó la voz y quedó paralizado, como si esas palabras lo hubiesen fulminado como un rayo. Y el criado contó lo sucedido:

«—Había montado en tu caballo, Clinias, y al principio lo condujo suavemente y, luego de dos o tres vueltas a la carrera, lo detuvo y, aún montado, con el caballo sudoroso, se puso a frotarlo con las manos
3 dejando la brida suelta. Mientras le seca el sudor del lomo se produce un ruido a sus espaldas, el caballo asustado se pone a dar corvetas y se lanza sin control, pues tascando el freno, arqueando el cuello y erizando las crines volaba por el aire aguijoneado por el pánico. Saltaban sus patas delanteras, y las traseras, apresurándose a anticiparse a aquéllas, aceleraban el galope
4 en persecución del caballo. Y éste, combado por la pugna de sus patas, saltaba arriba y abajo según el ímpetu de unas y de otras y se agitaba en el oleaje de sus lomos como una nave en la borrasca. El infortunado Caricles, víctima del balanceo del oleaje del cor-

---

43 Este episodio, construido como un relato dentro de otro relato, tiene evidentes similitudes con las escenas de mensajero del teatro griego, y, en especial, con algunas que se citarán después.

cel, botaba en su silla unas veces resbalando hacia la
cola y otras volteando de cabeza sobre el cuello. La
tormenta con su oleaje lo extenuaba. Como ya no podía 5
hacerse con las riendas y se entregó totalmente al hu-
racán de la carrera, estaba en manos de la suerte. El
caballo en su fogosa galopada se sale del camino, se
precipita de un salto en un bosque y al punto destroza
al infeliz Caricles contra un árbol. Él, como lanzado
desde una catapulta, sale disparado lejos de la silla,
las ramas del árbol le dejan el rostro hecho una lástima
y lo desgarran por todas partes con tantas heridas
cuantos eran los pinchos de las ramas. Pero las riendas, 6
que lo rodeaban[44], no accedieron a dejar libre su cuer-
po, sino que lo arrastraron, abriéndose un camino de
muerte. El caballo, aún más espantado con su caída y
estorbado por el cuerpo en su carrera, pateaba al des-
dichado, dando coces contra esa traba de su huida. Y
así, al verlo, ni siquiera podría reconocérsele.»

Clinias escuchó el relato y bajo la impresión se 13
mantuvo un tiempo en silencio. Mas luego, al recupe-
rarse del efecto de su desgracia, lanzó un grito pene-
trante de dolor y corrió presuroso hacia donde estaba
el cuerpo. Yo lo acompañé, tratando de consolarlo 2
como podía. Y en esto que traían a Caricles en unas
parihuelas: un espectáculo que daba pena y compasión,
pues era una pura herida, hasta el punto de que nin-
guno de los presentes pudo contener las lágrimas. Y
comenzó el duelo su padre con gritos desaforados:
«¡Cómo te fuiste de mi lado y cómo me vuelves, hijo
mío! ¡Malditas cabalgadas! Ni siquiera al morir has
tenido una muerte como los demás y ni siquiera tiene
tu cadáver un hermoso aspecto, pues a los otros cuando 3

---

[44] Cf. Sófocles, *Electra* 746 s., en que el auriga se enreda entre las riendas. En los vv. 755 s., como luego, aquí se añadirá el detalle de que ni los suyos podrían reconocerlo tras el accidente. Para lo primero, cf. también Eurípides, *Hipólito* 1236 s.

mueren les quedan unos rasgos que los hacen reconocibles y, aunque se les haya marchitado la flor de sus facciones, su imagen se mantiene y, al parecer que duermen, consuelan de la aflicción: la muerte les arrancó el alma, pero preserva en su cuerpo a la per-
4 sona. Pero también eso te arruinó la suerte y con doble muerte te me has muerto[45], en el alma y en el cuerpo. Y así, estás muerto hasta en la sombra de tu imagen, ya que tu alma se ha escapado y ni aun te hallo en tu
5 cuerpo. ¿Cuándo, hijo, te me casarás? ¿Cuándo celebraré las ceremonias de tu boda, caballero y novio?: novio frustrado y aciago caballero. Una tumba, hijo, es tu alcoba de desposado, la muerte tu casamiento, un duelo tu himno nupcial y canciones de boda este fú-
6 nebre llanto. Un fuego muy distinto, hijo, esperaba yo encenderte, pero el odioso sino lo apagó a la vez que a ti y ha prendido en cambio antorchas de infortunio. ¡Maldito desfile de antorchas éste!: el desfile de antorchas de tu desposorio se ha convertido en pira funeraria[46].»

14 Tales fueron los lamentos de su padre, y de su parte así se hacía reproches Clinias (había entre amante y padre una competición de duelos): «Yo al que era mi dueño he destruido, pues ¿por qué hube de hacerle semejante regalo? ¿Por qué no fue una copa de oro con la que hiciese libaciones y bebiera y que emplease como
2 presente mío para su propio orgullo? Y yo, infortunado, le regalé una bestia a un bello muchacho, e incluso embellecí a la maldita bestia con arneses, con frontaleras, con plateados cabezales y con riendas doradas[47].

---

45 Cf. las repeticiones de esta ocurrencia, en V 7, 8 y VII 5, 3.

46 El juego de palabras con ambas clases de fuego (las antorchas nupciales y la pira) aparece ya en *Antología Palatina* VII 185, 5 (Antípatro de Tesalónica) y 712, 5 s. (Erina).

47 Cf. descripciones parecidas, en Caritón, VI 4, 2 y Heliodoro, III 3, 3.

¡Pobre de mí, Caricles, que he engalanado con oro a
tu asesino! Caballo, la más salvaje de todas las fieras,
perverso, ingrato e insensible a la hermosura! Él en- 3
jugaba tu sudor, te prometía mayor ración de pienso
y elogiaba tu galope, y tú mientras te elogiaba lo ma-
taste. No sentías el gozo de que te tocase un cuerpo
como el suyo, un jinete así no era un orgullo para ti:
arrojaste, descastado, por tierra su belleza. ¡Ay, qué
desgracia la mía! ¡Y fui yo quien compró a tu asesino,
a tu homicida!»

Tras el entierro me dirigí presuroso hacia la joven. 15
Ella estaba en el parque de la casa. Y este parque era
un vergel, una gran extensión para recreo de la vista.
En torno al vergel había un muro de suficiente altura
y cada uno de los lados de este muro (que eran cuatro)
tenía un pórtico sostenido por una hilera de columnas.
Y en su interior, al amparo de las columnas, se extendía
la concurrencia de los árboles. Las ramas estaban cu- 2
biertas de verdor y se entrecruzaban montando unas
sobre otras; la vecindad hacía que las flores se entre-
lazaran, las frondas se abrazaran y los frutos se con-
fundieran: hasta tal punto llegaba el concurso de la
arboleda. Alrededor de algunos de los más corpulentos 3
de los árboles habían nacido hiedra y correhuela; ésta
apegada a los plátanos y espesando su follaje con su
flexible cabellera, y la hiedra enroscándose en torno
a los pinos, adueñándose del árbol con sus abrazos, de
modo que el árbol se convertía en sostén de la hiedra
y la hiedra en guirnalda del árbol. A ambos lados de 4
cada árbol verdeaban vides con sus pámpanos, apunta-
ladas con cañas, y su fruto estaba en sazón y pendía
por los espacios entre las cañas formándole bucles a
la planta. El suelo, por obra del sol y del viento com-
binados, hacía brillar las verdeamarillas sombras de
los pámpanos, cuando éstos por lo alto se mecían. Las 5
flores con sus colores variopintos proclamaban por

turnos su hermosura y eran la púrpura de la tierra[48]: ⟨violetas⟩ y narcisos y rosas. De la rosa y el narciso la corola era semejante en su dibujo: una copa de la planta. Pero el color de los pétalos laciniados en torno a la corola era, en la rosa, de sangre por arriba y de leche por abajo, y en cambio el narciso en su totalidad
6 era parejo a la parte inferior de la rosa. La violeta carecía de corola[49], pero su color se asemejaba al del destello de la mar en calma. En medio de las flores borboteaba una fuente y en torno al chorro se había construido un estanque de trazado cuadrangular. El agua era espejo de las flores y así parecía que el vergel
7 se duplicaba en uno de verdad y en otro reflejado. Y había aves, unas que buscaban su comida por los contornos del vergel, habituadas a la mano del hombre al ser domesticadas por mediación del alimento, y otras que aún con libres alas jugueteaban alrededor de las copas de los árboles. Las unas trinaban con sus cánticos de pájaros, las otras relucían con el atavío de sus
8 alas. Y eran los alados cantores cigarras y golondrinas, aquéllas con sus cantos al lecho de la Aurora[50], éstas a la mesa de Tereo[51]. Y las aves domesticadas, pavos reales y cisnes y loros: el cisne, que buscaba su pitanza en torno a los veneros de agua; el loro, que pendía en una jaula de un árbol; el pavo, que arrastraba su plumaje por entre las flores. Y la vista de las flores replicaba con su brillo al colorido de las aves y las alas florecían.

16 Como yo quería cultivar la docilidad de la joven en la vía del amor, me puse a hablar con Sátiro tomando

---

48 Es decir, la gala (en colores) de la tierra.

49 Evidente hipérbole, dada la modesta corola de las violetas.

50 Titono, esposo de la Aurora, fue metamorfoseado en cigarra.

51 Filomela (cf. n. 33 y, luego, V 3 ss.), al menos según la versión griega más usual del mito, fue transformada en golondrina.

como pretexto para ello a una de las aves. Ella preci-
samente se paseaba en compañía de Clío[52] y se había
detenido delante del pavo real[53], pues coincidió por 2
azar que en ese momento el ave desplegó la hermosura
de las alas, exhibiendo el espectáculo de su plumaje.
«—Pero no es sin un fin como el ave hace esto
—dije—, sino en razón de estar enamorado. Cuando
desea atraerse a su amada, entonces se engalana así.
¿Ves aquella hembra que está cerca del plátano? (Mos- 3
trándole la pava.) A ésa es a la que éste muestra su be-
lleza, el prado de sus alas, ese prado más florido que
uno natural, ya que aun en sus alas hay oro sembrado
y al círculo de oro la púrpura rodea con un círculo
parejo y toma forma un ojo en cada ala.»
Sátiro, que entendió la intención oculta de mis pa- 17
labras, para que yo tuviese ocasión de tratar aún más
el tema dijo:
«—¿Es que Amor tiene tanta fuerza como para hacer
llegar su fuego también hasta las aves?[54].»
Y contesté:
«—No ya hasta las aves, pues eso no es para mara-
villarse al poseer él mismo alas, sino hasta reptiles y
plantas, y, según creo, hasta las piedras. Efectivamente, 2
la piedra de Magnesia siente pasión por el hierro: con
sólo verlo y tocarlo, lo atrae hacia sí, como si en su
interior tuviese un amoroso fuego. ¿No es éste el beso
de la piedra enamorada y del hierro objeto de su
amor? Y en cuanto a las plantas, dicen los hijos de los 3

---

52 Dos personajes secundarios (los esclavos Clío y Sátiro) son introducidos sin más explicaciones, inesperadamente, en la narración.

53 Este animal (incluso dentro de los relatos eróticos, como aquí) fue un tema favorito de la Segunda Sofística.

54 De la influencia de este capítulo (que abarca una serie de tópicos eróticos y retóricos) hay huellas muy claras en autores posteriores, en particular bizantinos (cf. las notas de Vilborg, con bibliografía).

sabios [55] (y yo opinaría que su aserto no es sino fábula si no lo confirmasen también los hijos de los labradores) y son sus palabras que unas plantas se enamoran de otras y que es sobre todo a la palmera a la que más perturba el amor. Y aseguran que entre las palmeras
4 las hay machos y las hay hembras [56]. El macho desea a la hembra, y, si la hembra ha sido plantada a distancia, el macho enamorado se marchita. El labrador comprende la pena del árbol y, subiendo a una atalaya del terreno, mira en la dirección en que se inclina, ya que
5 se inclina hacia la amada. Y descubriéndolo pone remedio a su enfermedad: toma un retoño de la hembra y lo injerta en el corazón del macho. Se reanima el alma del árbol y su cuerpo, en trance de muerte, recupera su vigor y se endereza con el gozo de su abrazo con la amada, y tiene así lugar una boda entre árboles [57].

18 »Y también se da otra boda entre aguas a través del mar. El enamorado es un río de Élide y la amada una fuente siciliana [58]. El río corre atravesando el mar
2 como si fuera una llanura. Y el mar no disuelve al dulce enamorado con su salobre oleaje, sino que se abre para dejarlo fluir y su abertura se convierte en curso del río y hace así de casamentera que lleva el Alfeo hasta Aretusa. Y, cada vez que se celebran las fiestas Olímpicas, entre muchos cada cual arroja su regalo a los torbellinos del río y él los lleva al punto a su amada, con lo que al río le sirven de vistas para su novia.

3 »E, igualmente, hay entre los reptiles otro misterio amoroso, no sólo el del mutuo amor entre los de idén-

---

55 Perífrasis (por «los sabios», simplemente) a la que es aficionado Aquiles Tacio (cf. «los hijos de los labradores» en seguida y, luego, III 25, 7).

56 Cf. ya HERÓDOTO, I 193, para esta distinción.

57 Cf. TEOFRASTO, *Hist. plant.* II 6, 6 s.

58 Cf. PLINIO, *Hist. Nat.* XXXI 55.

tica especie, sino incluso entre los de especie diferente. La víbora, serpiente terrestre, se apasiona por la murena[59], que es una serpiente marina, aunque serpiente sólo en su forma pero un pez en realidad. Pues bien, 4
cuando quieren acudir una al encuentro de la otra para desposarse, aquélla, encaminándose a la orilla, silba en dirección al mar con una señal acordada con la murena, y ésta reconoce la señal convenida y emerge de las olas. No sale sin embargo de inmediato hacia el novio (pues sabe que él en sus colmillos acarrea la muerte), sino que trepa a la roca y allí aguarda a que su novio haya limpiado su boca. Permanecen, entonces, ambas 5
mirándose una a otra, la una, que es la enamorada de la tierra firme, y la otra, la isleña[60] amada. Cuando al fin la enamorada vomita lo que daba terror a la novia y ésta ve la muerte arrojada por el suelo, entonces desciende de la peña y sale a tierra firme, se enrosca en torno a su amante y ya no se asusta de sus besos.»

Mientras decía esto miraba a la joven a ver qué 19
efecto hacía en ella oír estos temas amorosos. Ella daba indicios de escucharlos no sin agrado. Y la deslumbrante belleza del pavo real me parecía inferior a la del rostro de Leucipa, pues la hermosura de su cuerpo rivalizaba con las flores del prado: su rostro relucía con el color del narciso, de su mejilla brotaban rosas, el brillo de sus ojos era el destello de las violetas y los bucles de su cabello se ensortijaban aún más que la

---

59 Entre otras abundantes fuentes sobre este tema, véase, por ej., PLINIO, *ibid.* IX 76 y XXXII 14. En lo que sigue, el original griego tiene mayor coherencia lingüístico-sexual, al ser la palabra para «víbora» del género masculino.

60 Se esperaría «marina». Aquiles Tacio puede haber contaminado rebuscadamente dos pares posibles de expresiones: «continental»/«marina» y «que está en tierra firme, en la orilla»/«que aguarda en una roca, como en una isla».

2 hiedra[61]. Tal era el prado que adornaba el rostro de Leucipa.

Al cabo de un rato se marchó del jardín, ya que la reclamaba su hora de tocar la lira. A mí, no obstante, me pareció que aún seguía allí, pues al ausentarse
3 había fijado su imagen en mis ojos. Y Sátiro y yo quedamos satisfechos de nuestra actuación, yo por mis relatos y él por haberme dado pie para ellos[62].

---

61 Cf. antes, 15, 3 y 5 s.

62 Cf. II 9, 1. En los manuscritos sigue aquí una última frase («y a poco llegó la hora de la cena y otra vez nos encontramos igualmente en la sobremesa») que resulta, a todas luces, incompatible con el comienzo del libro II y, de ahí, que los editores suelan eliminarla del texto. Sin embargo, las claras incoherencias narrativas de los capítulos iniciales del libro II y su distinto orden en el papiro de Oxirrinco 1250 (posiblemente de comienzos del siglo IV d. C.) hacen verosímil la sospecha de que este libro pudo, en realidad, comenzar en II 3, 3, con lo que la citada frase tendría pleno sentido en su lugar. Para los detalles, cf. VILBORG, en su edición, págs. XV y XXXV-XLII.

LIBRO SEGUNDO

Y así, satisfechos de nosotros mismos, echamos a 1
andar hacia la alcoba de la joven para escucharla tocar
la lira, pues yo no podía ni aun por un momento dejar
de ver a la muchacha. Ella primero cantó el episodio
homérico de la lucha del jabalí con el león[63]. Luego 2
entonó un aire de delicada inspiración: un canto de
elogio de la rosa[64], cuya letra, si se eliminasen las mo-
dulaciones hasta dejarla desnuda, diría así: «Si Zeus
hubiese querido dar a las flores una reina, la rosa hu-
biera sido reina de las flores: es ornato de la tierra,
gala de las plantas, ojo de las flores, rubor de la pra-
dera, hermosura destellante. Su hálito huele a amor, 3
es mediadora de Afrodita, su pelo es de hojas fragan-
tes, su lujo sus pétalos de airosos movimientos cuando
sonríen al Céfiro.»

Esto cantaba. Pero a mí se me antojaba ver la rosa sobre sus labios, como si se hubiese encerrado la redondez de la corola en la línea de su boca.

Acababa de poner fin a su concierto cuando llegó 2
la hora de la cena. Tenía lugar entonces la festividad
de Dioniso «Señor de la Vendimia», pues a Dioniso lo

---

63 Cf. *Ilíada* XVI 823-6.

64 En la colección de las *Anacreónticas*, algunas de las cuales pueden pertenecer a la época de Aquiles Tacio, hay varios elogios de la rosa, de corte semejante.

consideran un dios propio los de Tiro, ya que también cantan la leyenda de Cadmo[65]. Y es a esta leyenda a la 2
que atribuyen la paternidad de la fiesta: que en tiempos no existía vino entre los hombres, cuando aún no habían aparecido entre ellos ni el tinto oloroso[66] ni el de la viña de Bíblina[67] ni el tracio de Marón[68] ni el de Quíos «en copa laconia»[69] ni el isleño de Ícaro[70], sino que todos esos proceden de vinos de Tiro, y que fue en Tiro donde nació la prístina madre de los vinos. El 3
caso fue que hubo allí un cierto pastor dado a la hospitalidad, tal como los atenienses dicen de Icario[71], y que ése dio origen a la leyenda, hasta el punto de que parece tratarse de una historia del Ática. Dioniso visitó a este vaquero[72] y él le sirvió cuanto producen la tierra y las ubres de las vacas. Aquellas gentes bebían lo mismo que sus toros, pues aún no existía la viña. Dioni-

---

65 Cf. n. 2. Cadmo, tirio y hermano de Europa, como padre de Sémele es abuelo de Dioniso, dios del vino. Es decir, que Dioniso, en última instancia, sería un dios de Tiro.

66 «Que huele a flores» (citado en ARISTÓFANES, *Pluto* 807).

67 Cf. HESÍODO, *Trabajos y Días* 587. Véase el comentario de Gow a TEÓCRITO, XIV 15.

68 Es decir, el vino que regaló el sacerdote Marón a Odiseo.

69 Como para los vinos precedentes, Aquiles Tacio parte para la mención de este vino de Quíos de una cita literaria, que debe de ser, verosímilmente, un pasaje aristofánico como el recogido por ATENEO (XI 484f y XII 527c.). Es corriente que los traductores acepten una variante más cómoda: «el vino blanco de Quíos».

70 De la isla de Ícaro, en las Cícladas, mencionado por ATENEO (I 30c).

71 Héroe ateniense, el primero que según el mito divulgó la vid en el Ática. El sentido parece ser que la misma leyenda que se cuenta en Atenas sobre Icario se cuenta en Tiro de otro pastor, lo que sería (dado el más antiguo origen del vino en Tiro) prueba de que la segunda sería la genuina o, al menos, la de mayor antigüedad de las dos.

72 El pastor nombrado antes. El autor utiliza, con frecuencia, términos relativamente sinónimos como *variatio*.

so elogia al pastor su gentileza y le ofrece una copa en 4
prenda de amistad. Pero la bebida era vino. Y él, cuando bebió, se puso fuera de sí de gozo y dijo al dios:

«—¿De dónde has sacado, forastero, este agua purpúrea? ¿Dónde has encontrado sangre tan dulce? Pues
no se trata de aquella que fluye por la tierra: ésa baja 5
hasta el pecho y produce un tenue gusto, y ésta, en cambio, incluso antes de llegar a la boca, ya deleita la nariz y, si se toca, está fresca, pero cuando corre hasta las entrañas exhala desde abajo un fuego placentero.»

Y le replicó Dioniso:

«—Ésta es el agua del otoño[73], ésta es la sangre del racimo.»

El dios conduce al vaquero hasta la vid, toma, al 6
tiempo, unos racimos y, exprimiéndolos y mostrándole la vid, le explica: «Ésta es el agua y ésa es la fuente.»

Y así fue como el vino apareció entre los hombres, según cuentan los tirios.

El día en cuestión celebraban una fiesta en honor 3
del dios citado. Mi padre, con el mayor interés, había hecho con más esplendor los demás preparativos para la cena e hizo servir una suntuosa jarra para el vino consagrado al dios, que seguía en valor a la de Glauco
de Quíos[74]. La pieza entera era de cristal de roca. A su 2
alrededor formaban guirnaldas unas vides plantadas en la propia vasija y por todas partes pendían racimos, que, mientras la jarra estaba vacía, estaban en agraz, pero que, al verter vino, poco a poco se iban oscureciendo y se convertían de agraces en maduros. Y cerca de los racimos estaba tallado Dioniso, para que cultivase la viña por mediación del vino[75].

---

73 Es decir, agua de un fruto.

74 Aquiles Tacio debe de referirse a la *cratera* de plata, obra de Glauco de Quíos, citada en Heródoto, I 25.

75 Es decir, haciéndola madurar con la intervención del

3 Según se iba bebiendo, yo miraba hacia ella ya con más descaro. Amor y Dioniso, dos dioses violentos, cuando se apoderan de un alma la enloquecen hasta la desvergüenza, el uno abrasándola con el fuego que acostumbra, el otro aportando el vino como yesca, al ser el vino alimento del amor. Y también ella se atrevía ya a mirarme con mayor indiscreción.

Y así se nos pasaron diez días, sin que tuviéramos más provecho que el de los ojos ni nos atreviéramos a dar ningún paso.

4 Le conté todo el asunto a Sátiro y le pedí que me ayudase. Y me dijo que él estaba ya enterado antes de saberlo por mí, pero que no se había decidido a plantearme la cuestión a la vista de que yo prefería guardar el secreto. Y es que el que ama a hurtadillas, en caso de que alguien le pregunte, odia al curioso como si éste lo
2 insultase. Y añadió:

«—Pero las cosas por sí solas se han puesto ya de nuestro lado. Pues Clío, que tiene a su cargo su alcoba, está en relaciones conmigo y me considera su enamorado. Yo haré poco a poco que esté tan bien dispuesta para con nosotros que hasta nos eche una mano en
3 nuestra empresa. Y tú debes tantear a la muchacha no sólo con miradas, sino también pronunciando palabras más directas. Y en ese punto pasa al segundo expediente: tócale una mano, apriétale los dedos y suspira
4 mientras lo haces[76]. Si se deja hacer y no lo rechaza, ya es tarea tuya llamarla tu dueña y besar su cuello.»

Y yo le respondí:

«—Muy convincente, ¡por Atena!, es tu método de entrenamiento para mi empresa, pero temo ser, por falta de audacia, un apocado atleta amoroso.

vino (que llenaba la vasija) —seguimos la interpretación de Vilborg.

[76] Cf. Museo, 114 s.

«—Eros, noble señor —me replicó—, no soporta la 5
cobardía. Su figura, ves como es la de un guerrero:
arco, aljaba, dardos y fuego, todas son armas varoni-
les y llenas de osadía. Y con un dios semejante dentro
de ti ¿eres cobarde y te asustas?: ¡mira no sea que
dejes al dios en mal lugar! Pero yo te facilitaré el 6
primer paso: me llevaré aparte a Clío cuando vea una
ocasión favorable, para que puedas quedarte por tu
cuenta a solas con la joven.»

Tras decir esto, salió. Y yo, como quedara solo y 5
con el estímulo que Sátiro me había dado, me puse a
ejercitarme en atrevimiento para dirigirme a la mu-
chacha: «¿Hasta cuándo, cobarde, vas a guardar si-
lencio? ¿Por qué eres un miedoso soldado de un dios
tan viril? ¿Vas a esperar que tenga que ser ella la que
te aborde a ti?» Y añadí luego: «¿Y por qué, infeliz, no 2
eres razonable? ¿Por qué no amas a quien debes? En
tu casa tienes otra doncella hermosa: ama a ésa, pon
en ésa tus ojos, con ésa puedes casarte.»

Creía estar convencido, pero desde el fondo, como desde el corazón, Amor replicaba: «¿Con que te pones en pie de guerra contra mí, atrevido, y te aprestas a medirte conmigo? Yo vuelo y lanzo flechas y prendo fuego: ¿cómo podrás escapar? Aunque te guardes de mi arco, no podrás guardarte de mi fuego. Y aunque a fuerza de cordura hasta apagues mis llamas, te atraparé con mis alas.»

Enfrascado en este coloquio no caí en la cuenta de 6
que, sin haberla visto llegar, estaba ante la joven, y al
verla así de pronto perdí el color para ponerme des-
pués como la púrpura. Ella estaba sola y ni siquiera
la acompañaba Clío. Sin embargo, como en mi turba-
ción no supiese qué decir, exclamé:

«—¡Salud, mi dueña! [77].»

---

[77] Cf. anteriormente, 4, 4.

2 Y ella, sonriendo dulcemente y mostrando con su sonrisa que calaba la intención de mis palabras, preguntó:

«—¿Yo tu dueña? ¡No digas eso!

»—Es cierto: un dios me ha vendido a ti como Heracles fue vendido a Ónfale[78].

3 »—¿Te refieres a Hermes?: a ése fue al que Zeus encargó la venta.»

Y al mismo tiempo se echó a reír.

«—¿Qué Hermes? ¿Qué ocurrencia es ésa?, exclamé. Bien sabes lo que quiero decir.»

Y mientras yo pegaba así la hebra, el azar vino en mi ayuda.

7 La víspera hacia el mediodía la muchacha había estado tocando la lira y Clío estaba sentada junto a ella y yo paseaba de un lado para otro. De pronto una
2 abeja, que llegó volando quién sabe de dónde, picó a Clío en una mano. Ella dio un grito, y la otra joven, alzándose de un salto y dejando su lira, examinó la herida y al tiempo la confortó diciéndole que no se afligiese, pues le cortaría el dolor pronunciando dos ensalmos que una egipcia le enseñara contra picadu-
3 ras de avispas y de abejas. Y a la vez los recitó y Clío dijo poco después que ya se encontraba mejor.

Ahora bien, en esta otra ocasión coincidió que una abeja o una avispa volaba zumbando alrededor de mi cara, y yo entonces tengo un acuerdo y me echo mano al rostro simulando que me había picado y me dolía.
4 La joven acercándose me retiró la mano y me preguntó dónde tenía la picadura. Y yo respondo:

«—En el labio. Pero ¿por qué no pronuncias tus ensalmos, querida?»

Y se arrimó y me aplicó su boca, como si estuviese pronunciándolos, y susurró algo mientras me rozaba

78 Reina de Lidia a la que Hermes (por orden de Zeus) vendió a Heracles (cf. APOLODORO, II 6, 3).

la punta de los labios. Y yo la besé en silencio, sustra- 5
yendo el chasquido de los labios, en tanto que ella, con el abrir y cerrar los suyos con el susurro del ensalmo, convertía el conjuro en besos.

Entonces ya la abracé y besé sin disimulo. Y ella se apartó diciendo:

«—¿Qué es lo que haces? ¿También tú pronuncias un ensalmo?

»—Beso a la hechicera —contesté—, porque has puesto remedio a mis dolores.»

Y como entendiera mis palabras y sonriese, me 6
animé y seguí diciendo:

«—¡Ay de mí, querida, que de nuevo estoy herido y más dolorosamente! Pues la herida me ha alcanzado el corazón y precisa tus ensalmos. Verdad es que también en tu boca llevas una abeja, pues estás llena
de miel e hieren tus labios[79]. ¡Ea!, te lo ruego, recita 7
tu ensalmo otra vez, pero no de prisa y corriendo, enconando la llaga nuevamente.»

Y mientras lo decía, al mismo tiempo la abrazaba con más fuerza y la besaba aún más francamente. Y ella se dejaba hacer, simulando, sin embargo, resistirse.

En esto, viendo desde lejos que la sirvienta se 8
acercaba, nos separamos, yo contra mi voluntad y afligido, ella no sé en qué estado. Me hallaba empero más animado y lleno de esperanzas. Sentía la presión del beso como si fuese algo corpóreo y lo guardaba celosamente, vigilándolo como un tesoro de placer por ser
una dulce avanzadilla. Pues incluso nace del más her- 2
moso órgano del cuerpo, ya que la boca es el órgano de la voz y la voz reflejo del alma. Al producirse el contacto de las bocas y hacer descender la placentera
sensación, izan las almas hasta el beso[80]. Y sé que, de 3

[79] Para el motivo, cf. LONGO, I 18, 1.

[80] Cf. luego, 37, 9 y IV 8, 1 ss., así como (con una concisa expresión de la misma idea) *Antología Palatina* V 78 (PLATÓN).

un modo igual, no había gozado antes mi corazón. Fue en ese momento por primera vez cuando aprendí que nada hay que compita en deleite con un beso de amor.

9 A la hora de la cena, otra vez nos encontramos, igualmente, en la sobremesa[81]. Sátiro nos escanciaba el vino y puso en práctica un cierto ardid amoroso: nos cambia las copas, sirviendo la mía a la joven y la suya a mí, y tras echar vino en una y otra copa y
2 hacer la mezcla nos las ofrece[82]. Yo, que me había fijado en la parte de la copa en que la muchacha al beber había puesto los labios, bebí aplicando en ese punto los míos, dándole así un beso a distancia, y besé
3 la copa al mismo tiempo[83]. Y ella, al verlo, comprendió que yo besaba la huella de sus labios. Pero Sátiro, cuando se llevó las copas juntas, de nuevo nos las cambió, y vi ya entonces que también la joven me imitaba y bebía del mismo modo, con lo que mi dicha fue aún mayor. Y esto sucedió por tercera y cuarta vez, y el resto de la jornada seguimos así con los mutuos brindis de nuestros besos.

10 Después de la cena Sátiro se acercó a hablarme: «Ahora es el momento de portarte como un hombre. Pues la madre de la muchacha, como sabes, está delicada y se retira a descansar sola. Y la joven dará un paseo, como suele, antes de irse a dormir, con la com-
2 pañía sólo de Clío. Pero a ésta precisamente me la llevaré yo aparte conversando.»

---

81 Cf. n. 62. Según los manuscritos, ésta es la tercera cena mencionada. Según el mencionado papiro de Oxirrinco es sólo la segunda. «Igualmente» quiere decir como en la noche de que ya se habló.

82 Como se ve después, el sirviente encargado de escanciar recogía en cada ronda las copas, evidentemente para llevarlas hasta la *cratera* y llenarlas de nuevo. En otros casos hay constancia del uso, en los *simposios*, de una gran copa común de la que se bebía por turno (cf. CALÍMACO, fr. 178).

83 Cf. LONGO, I 24, 4, y nuestra n. 46.

Y tras estas palabras nos pusimos al acecho, según
lo establecido, él de Clío y yo de la muchacha. Y así
ocurrió. Clío fue apartada de allí y la joven se quedó
sola en su paseo. Aguardando, pues, el momento en 3
que se extinguía la mayor parte de la luz[84], me apro-
ximo a ella con la mayor osadía que había sacado de
mi primer asalto, como un soldado que tiene ya en su
haber una victoria y se ha vuelto desdeñoso con la
guerra. Muchas eran las armas que entonces fortale-
cían mi confianza: vino, amor, esperanza y soledad. Y
sin decir palabra, como si hubiese un mutuo acuerdo,
la tomé sin más entre mis brazos y me puse a besarla.
Pero, cuando incluso iba a acometer algo más sustan- 4
cioso, detrás de nosotros se produce un ruido y, tur-
bados, nos separamos de un salto. Ella se retira a su
alcoba y yo en dirección opuesta, lleno de aflicción
por haber estropeado una empresa tan lucida y echando
pestes contra el ruido. Y en esto viene Sátiro a mi 5
encuentro con la cara resplandeciente, pues a mi pa-
recer había visto cuanto hicimos, vigilando al pie de
un árbol no fuera que alguien nos sorprendiese, y fue
él quien hizo el ruido al ver que alguno se acercaba.

Pasaron unos pocos días y mi padre aceleraba los 11
preparativos de mi boda más de lo pensado, ya que
unos sueños frecuentes lo inquietaban. Soñaba que
estaba celebrando nuestra boda[85], pero que el fuego
de las antorchas que había encendido se apagaba[86],
motivo por el que precisamente apresuraba nuestra

---

84 Se refiere a la luz natural del día.

85 La de Clitofonte y su hermanastra Calígona.

86 El sentido no obliga, necesariamente, a sospechar una laguna en el texto, como la señalada por los editores desde Jacobs y que (aparentemente) sería corroborada por la frase «et nos, quae res vehementius etiam illum angebat, abduci» («y que, lo que aun hacía su angustia mayor, nosotros desaparecíamos»), con que el traductor Cruceius, es decir, Annibale della Croce, llenaba la supuesta línea perdida.

2 unión. Y así la dispuso para el día siguiente. Había comprado, pues[87], para la joven el ajuar: un collar de piedras de colores y un vestido enteramente de púrpura, que en las partes en que los demás vestidos tienen púrpura tenía adornos de oro. Las piedras com-
3 petían entre sí. Un jacinto[88] era una rosa en piedra y una amatista una mancha morada cerca del oro[89]. Y entre ambas piedras había otras tres, con una secuencia ordenada de colores. Las tres estaban engastadas juntas, de modo que el extremo de la piedra[90] era negro, el cuerpo central blanco veteado de negro y, a continuación del blanco, el resto remataba en el color del fuego. Y esta piedra, con una guirnalda dorada, imi-
4 taba un ojo de oro. En cuanto al vestido, su tinte de púrpura no era de cualquier clase, sino como el que, según la leyenda que cuentan los tirios, descubrió el perro del pastor y con el que hasta hoy tiñen el vestido de Afrodita[91]:

Hubo un tiempo en que a los hombres les estaba vedado adornarse con la púrpura, pues una pequeña
5 concha la ocultaba en su recóndita cavidad. Un pescador la captura. Esperaba un pez, y al ver la áspera concha echó pestes de su presa y la tiró como un desecho del mar. Pero un perro da con tal hallazgo, lo quiebra con sus dientes y la sangre de la púrpura chorrea por su hocico, tiñe su quijada y teje sobre sus

---

87 Corrección de VILBORG, en su *Commentary*, pág. 48.

88 Es decir, el circón rojo.

89 Frase entendida de modos diferentes; Gaselee traduce: «y una amatista que brillaba con destellos tales que parecía oro» (lo que no responde al color de la amatista, que sepamos); Grimal: «la amatista lanzaba sus fuegos purpúreos cerca de la montura de oro», lo que parece lo más razonable, dado que, además, tal montura se nombra después.

90 Es decir, del bloque de las tres piedras unidas.

91 Astarté (cf. I 1, 2, y n. 4).

labios una capa de púrpura. El pastor[92] ve el hocico 6
del perro ensangrentado y, creyendo que la tintura es
una herida, fue a lavarlo en el mar, pero la sangre
tomó un color rojo aún más brillante. Y cuando lo
tocó con sus manos, sus manos se pusieron purpúreas.
Y fue así como el pastor comprendió la naturaleza de 7
la concha: que contenía un producto de belleza. Tomó
un copo de lana y metió la lana en la cavidad de la
concha, tratando de descubrir su secreto. La lana tomó
color de sangre, como el hocico del perro. Y entonces 8
aprendió cuál es la esencia de la púrpura. Toma unas
piedras, quiebra la pared que encierra el producto, abre
el santuario de la púrpura y encuentra un tesoro de
tintura.

Mi padre, pues, llevaba a cabo el sacrificio previo a 12
la boda. Cuando me enteré, me vi perdido. Busqué un
medio con que poder aplazarla y, mientras pensaba en
ello, de pronto se forma un alboroto en la parte de la
casa correspondiente a los hombres. Y lo sucedido era 2
esto: cuando mi padre estaba haciendo el sacrificio y
colocando la ofrenda en el altar, un águila se precipita
volando desde lo alto y se apodera de la víctima. Y no
sirvió de nada que trataran de ahuyentarla, pues el
ave se fue con su presa. Desde luego pareció que éste
no era un buen augurio y por aquel día aplazaron la
boda[93]. Convoca mi padre a agoreros e intérpretes de

92 Este pastor ha perturbado a los comentaristas. El hecho de que en Nono (*Dion.* XL 306) sea «un perro que pescaba» (no «el perro de un pescador»», como dice erróneamente Vilborg en su comentario) el que descubre la púrpura no autoriza a pensar que Aquiles Tacio identifique al pescador con el pastor. En realidad, este modo de presentar al pastor creemos que no es sino un ingrediente más de la economía narrativa que, en ocasiones, muestra el autor (cf., por ejemplo, la inesperada presencia de ciertos personajes, n. 52). La versión de Nono respondería, en cambio, a una simplificación argumental.

93 El tema de una boda interrumpida o aplazada por voluntad divina aparece, por ej., en la hermosa historia de Acontio

3 prodigios y les cuenta el presagio. Respondiéronle que había que ir a la orilla del mar a media noche a celebrar un sacrificio al Zeus de la hospitalidad, ya que el ave había volado en esa dirección. El asunto acabó así, dado que el águila, tras remontar el vuelo hacia el mar, no volvió a aparecer[94]. Y yo tras lo sucedido quedé encantado con el águila y afirmaba que con justicia es la reina de todas las aves. Pero no tardó en hacerse realidad lo que el prodigio anunciaba.

13 Había un mozo bizantino de nombre Calístenes[95], huérfano y rico, calavera y derrochador. Éste, como oyese hablar de la hermosura de la hija de Sóstrato, pero sin haberla visto nunca, deseó hacerla su esposa. Era un enamorado de oídas, ya que los seres desenfrenados llegan a tales excesos que incluso por medio de los oídos caen en la pasión amorosa, con las palabras como origen de lo que se suele padecer cuando heri-
2 dos los ojos lo transmiten al alma. Pues bien, se había dirigido a Sóstrato, antes de que la guerra se desencadenara sobre los bizantinos, para solicitarle a la muchacha. Y éste, por el desagrado que le causaba su vida degenerada, se la negó. Calístenes monta en cólera, tanto porque se considera ultrajado por Sóstrato como porque su pasión queda frustrada[96]. Pues de imaginarse la belleza de la muchacha y de representarse lo que no había visto, sin darse cuenta había lle-

y Cidipa contada por Calímaco (frs. 67 ss.), Aristéneto (I 10) y Ovidio (*Heroidas* XX y XXI, *Tristia* III 10, 73 ss.).

94 Esta frase ha sido considerada por muchos una mera repetición de la precedente (lo que no es en absoluto cierto) y, por tanto, una interpolación.

95 Aquí comienza un relato que supone un episodio con cierta autonomía dentro de la novela. Tendrá su continuación mucho más tarde, en VIII 17 s.

96 Ésta parece ser la mejor interpretación de esta frase, generalmente mal entendida por comentaristas y traductores, que han llegado a proponer correcciones bastante innecesarias.

gado a un estado deplorable. Y, en fin, se pone a ma- 3
quinar cómo vengarse de la injuria de Sóstrato y cómo satisfacer sus deseos. Dado que los bizantinos tienen una ley según la cual, si uno rapta a una doncella y la hace de inmediato suya, tiene de pena el matrimonio, se decidió a recurrir a esta ley y se puso a buscar la ocasión de realizar su plan[97].

Mientras tanto sobrevino la guerra y la muchacha 14
vino a quedarse en nuestra casa. Él tuvo noticias de todo con detalle y siguió igualmente empeñado en su proyecto. Y una circunstancia acudió en su ayuda.

Tienen los bizantinos un oráculo que dice así: «Hay una ciudad-isla que recibe su sangre del nombre de una planta, que forma un istmo a la vez que un estrecho en tierra firme, donde Hefesto está gozoso de poseer a Atena de ojos garzos: allí te exhorto a dedicar un sacrificio a Heracles»[98].

Como ellos no podían descifrar el sentido del orácu- 2
lo, Sóstrato (pues, como he dicho, era un general en esa guerra)[99] les dijo:

---

97 Lo más verosímil es que Aquiles Tacio haya inventado esta ley, pero ya en LONGO (IV 28, 1) hemos encontrado una pretensión parecida.

98 Heracles (identificado con Melcart) recibía un culto especial en Tiro (cf. NONO, *Dion.* XL 937 ss.). La *Antología Palatina* (XIV 34) da un texto más completo de este enigmático oráculo, puesto que añade una línea, de modo que la parte central queda así: «...en tierra firme, donde hay a la vez sangre de mi tierra y sangre de Cécrope, donde Hefesto...». No sabemos la razón por la que nuestro autor eliminó esa línea (si es que conoció, realmente, un texto tal), que podría significar que en Tiro (vd. luego) había una población mezclada. Cécrope es uno de los reyes legendarios del Ática. La «sangre de mi tierra» podría referirse a Bizancio, dado que el oráculo había sido dado a los bizantinos.

99 Este detalle no se nos dio al presentarnos a Sóstrato en I 3, 1 y 5 s. Sóstrato, en parte de origen tirio, aunque viviese en Bizancio, era alguien muy indicado para resolver el enigma.

«—Es tiempo de que mandemos a hacer un sacrificio en Tiro a Heracles. Pues allí se dan todos los detalles del oráculo: el dios ha dicho de ella lo del «nombre de una planta», puesto que esa isla es de los fenicios y «fénix» es una planta[100]; se la disputan tierra y mar, porque tratan de arrastrarla consigo tanto el mar como la tierra y ella se ha plegado al uno y a la
3 otra, ya que se asienta en el mar pero sigue aferrada a la tierra, dado que al continente la une un istmo
4 angosto, que es como el cuello de la isla[101]; no tiene sus raíces en el mar, sino que el agua circula por debajo de ella, hay un estrecho[102] por debajo del istmo y se da así el novedoso espectáculo de una ciudad
5 en pleno mar y una isla en tierra. Y en cuanto a lo de «poseer a Atena» Hefesto, es un acertijo que se refiere al olivo y al fuego, que entre nosotros[103] cohabitan: se trata de un lugar consagrado y cercado, con un olivo que crece con lucidas ramas y a cuyo lado nace el fuego que prende grandes llamas en torno a sus brotes, sirviendo la ceniza de ese fuego de abono a la
6 planta[104]. Se da así un afecto entre fuego y árbol: Atena no huye de Hefesto»[105].

---

100 La palmera.

101 El término *nésos* vale para isla y península. Cf. la descripción que de Tiro da Nono en *Dion.* XL 311 ss., donde (v. 338) el poeta juega con la expresión «una isla en tierra firme». Puede compararse, igualmente, Caritón, VII 2, 8. De ese «cuello» o lengua de tierra sabemos por Plinio (*Hist. Nat.* V 17) que era de origen artificial y relativamente reciente.

102 Es decir, un canal, lo que explica la aparente contradicción entre «istmo» y «estrecho» en el oráculo.

103 Sóstrato quiere significar «en mi tierra de Tiro».

104 Cf. Nono, *Dion.* XL 469 ss.: evidentemente se trata de un terreno volcánico.

105 Dioses correspondientes al olivo y al fuego, como es bien sabido.

Querefonte, otro general pero de mayor rango que Sóstrato, y que era de origen tirio por parte de su padre, aprobó sus palabras y le dijo:

«—Has interpretado perfectamente el oráculo en
todos sus detalles. Empero, no admires sólo la natu-
raleza del fuego, sino también la del agua. Pues yo he 7
contemplado misteriosos prodigios como éstos: la fuen-
te de Sicilia[106], que tiene el agua mezclada con fuego,
con una llama que se ve saltar a lo alto desde ella, pero
que, cuando se toca el agua, sigue tan fría como la
nieve, y ni el fuego se apaga por la acción del agua
ni el agua se calienta por la del fuego, sino que se da
en esa fuente una tregua entre el agua y el fuego. Y 8
está también un río de Iberia[107] que, cuando lo miras,
de momento no es más notable que cualquier otro, pero,
si quieres escuchar el murmullo de sus aguas, espera
un poco con el oído atento, pues en cuanto una ligera
brisa toca su corriente, el agua vibra cual una cuerda,
actúa el soplo como una púa sobre el agua y la corriente
resuena como una lira. Igualmente, hay un lago en Li- 9
bia que imita al país de la India, y las doncellas libias
conocen su secreto[108]: que sus aguas están llenas de
riquezas. Estas riquezas están atesoradas en el fondo
del lago, unidas al limo de sus aguas, con lo que
hay allí un manantial de oro. Pues bien, sumergen
en el agua una pértiga untada con pez y descorren así
los cerrojos del agua. La pértiga es para el oro como 10
el anzuelo para el pez, pues lo pesca. La pez es el cebo

[106] Se ha pensado que esta denominación podría referirse al actual Lago dei Palici, cerca de Palagonia.

[107] No existe la menor noticia sobre este río de nuestra península.

[108] Aunque no coincidan todos los detalles, Aquiles Tacio puede haber tomado la base para su relato de HERÓDOTO, IV 195. En cuanto a la alusión al oro de la India, cf. CTESIAS, *Indica* 4, si bien nuestro autor puede haber tenido en cuenta también a HERÓDOTO, III 102.

de la presa, ya que todo lo de la especie del oro que la toca, con sólo este contacto, la pez lo arrastra a tierra como presa. Y es así como se pesca oro en un río de Libia.»

15 Dicho esto, le mandó que se fuese a Tiro a hacer
el sacrificio, con lo que también los demás ciudadanos
estuvieron de acuerdo. Entonces Calístenes se las arre-
gla para ser uno de los miembros de la embajada. Y
bien pronto, arribando a Tiro y enterado de cuál era la
casa de mi padre, se puso a acechar a las mujeres. Y
ellas salieron para ver el sacrificio, dada su magnificen-
2 cia. Había un gran lujo de perfumes y de guirnaldas
de flores de toda suerte de colores. Los perfumes eran
canela, incienso y azafrán; las flores, narcisos, rosas y
mirtos. El aliento de las flores competía con el aroma
de los perfumes. Y la brisa al ascender en la atmós-
fera mezclaba los olores y el aire resultaba delicioso.
3 Las víctimas eran muchas y diversas, destacando entre
ellas los bueyes del Nilo, pues el buey egipcio no sólo
es privilegiado por su tamaño, sino también por su
color: de talla muy grande, tiene cuello grueso, anchos
lomos, enorme panza, y en cuanto a cornamenta no es
mediocre como el de Sicilia ni deforme como el de
Chipre[109], sino que, alzándose derecha desde las sie-
nes y curvándose gradualmente por ambos lados, acerca
sus puntas tanto cuanto están distanciados los puntos
de arranque de los cuernos. Al contemplarlos se tiene
una imagen de la luna llena. Y su color es como el que
4 Homero ensalza en los caballos del tracio[110]. Y marcha

109 El buey de Sicilia era el más corriente, mientras que el chipriota parece que podría identificarse con el cebú o *bos indicus*. Las mismas cualidades del buey egipcio son apreciadas por Aristóteles, *Hist. anim.* 606 a 21 s., y Opiano, *Cinegética* II 83 ss.

110 Los caballos del rey tracio Reso eran «más blancos que la nieve», según *Ilíada* X 437.

con el cuello erguido, como mostrando que es rey de
las demás clases de reses. Si la leyenda de Europa es
cierta, Zeus tomó la forma de un buey egipcio.

Ahora bien, acaeció entonces que mi madre[111] es- 16
taba indispuesta. Leucipa simuló estar también enferma
y se quedó en casa (pues habíamos convenido encon-
trarnos cuando la mayoría de los demás hubiese sali-
do), y así fue como coincidió que mi hermana salió en
compañía de la madre de Leucipa, y Calístenes, que
no había visto jamás a Leucipa, al ver a mi hermana 2
Calígona, pensando que era Leucipa (ya que reconoció
a la esposa de Sóstrato) y sin más indagaciones, pues
con verla quedó cautivado, muestra la joven a uno de
sus sirvientes, el que le era más leal, y le ordena juntar
una cuadrilla de ladrones para hacerse con ella, expli-
cándole cómo han de llevar a cabo el rapto, ya que se
acercaba un festival en el que habían oído decir que to-
das las doncellas se reunían junto al mar. Y una vez
que le hubo encargado esto y practicado los ritos de
la delegación, se marchó.

Tenía un navío propio, como precaución que había 17
tomado ya en su patria por si su intentona obtenía
éxito. Los demás delegados zarparon, pero él se fue a
echar el ancla a alguna distancia de la costa, a la vez
para que pareciese que seguía a sus conciudadanos y
para no verse comprometido tras el rapto, al estar su
nave en las cercanías de Tiro. Cuando estuvo a la al- 2
tura de Sarapta[112], una aldea tiria situada al borde del
mar, se procuró allí una barca y se la entregó a Ze-
nón, así se llamaba el sirviente encargado del secues-
tro. Éste, de cuerpo muy robusto y por naturaleza afi- 3
cionado al bandidaje, encontró rápidamente para el
rapto a unos pescadores de aquella aldea y luego zarpó

111 Es decir, su madrastra (cf. I 3, 2).

112 Sarapta o Sarepta, a unos 20 Km. al N. de Tiro.

en dirección a Tiro. Y quedó anclada la barca al ace-
cho en un pequeño fondeadero de Tiro, una isleta a
escasa distancia de la ciudad a la que los tirios llaman
Tumba de Ródope [113].

18 El suceso del águila y los adivinos había tenido lu-
gar antes del festival que Calístenes esperaba. Con vis-
tas al día siguiente por la noche habíamos hecho los
preparativos para el sacrificio en honor del dios [114]. Estos
preparativos no escaparon a la vigilancia de Zenón, y
cuando se hizo ya noche cerrada salimos y él nos fue
2 siguiendo. En cuanto estuvimos al borde del mar alzó
la señal convenida, el bote se aproximó al punto y cuan-
3 do estuvo cerca se vio que había diez mozos en él. Pre-
viamente habían emboscado otros ocho en tierra, con
vestidos de mujer y las barbas afeitadas, y cada uno
con un puñal entre los pliegues de la ropa. También
ellos, para no infundir sospechas, habían traído prepa-
rativos para un sacrificio, y nosotros creímos que eran
4 mujeres. Cuando levantamos la pira, de improviso, voci-
ferando, vienen todos a la carrera y nos apagan las
antorchas. Mientras huimos en desorden, con sus da-
gas desnudas se apoderan de mi hermana, la meten en
el bote y embarcándose levantan el vuelo como un
5 pájaro al momento. Unos de nuestro grupo escaparon,
sin enterarse ni ver nada, otros vieron lo ocurrido y
gritaban: «¡Unos piratas se apoderan de Calígona!»

Pero la barca ya iba por el medio del mar y, cuando
se acercaron a Sarapta, Calístenes, que vio de lejos su
señal, salió a su encuentro, se hizo cargo de la joven
6 y de inmediato navegó hacia altar mar. Y yo respiré
al ver así roto el compromiso de mi boda inopinada-

---

113 No es seguro que haya alguna relación entre esta Ródope (existen diversos personajes mitológicos de este nombre) y la Rodopis, cuya historia se cuenta en VIII 12.

114 Cf. antes, cap. 12.

mente, no obstante dolerme que sobre mi hermana
hubiese caído tal desgracia.

Dejé transcurrir unos pocos días antes de hablar 19
con Leucipa: «Hasta cuándo nos quedaremos en los
besos, amada mía? Bello ha sido el preludio[115], demos
ya algún paso más en nuestro amor. ¡Adelante!, im-
pongámonos mutuamente un vínculo de fidelidad, pues,
si Afrodita nos inicia en sus misterios, no hay miedo de
que ningún otro dios sea más fuerte que esta diosa.»

Una y otra vez le dirigí estas palabras seductoras 2
y, así, persuadí a la joven para que me recibiese una
noche en su alcoba con la ayuda de Clío, su camarera.

La disposición de su alcoba era como sigue: había 3
un amplio sector de la casa con cuatro habitaciones,
dos a la derecha y dos al otro lado, y, en medio, un
pasillo que separaba las piezas. Una sola puerta, al co-
mienzo del corredor, cerraba el paso. Éstas eran las 4
estancias de las mujeres: las alcobas de la parte inte-
rior las ocupaban la muchacha y su madre, una frente
a la otra; y de las dos exteriores, junto a la entrada,
la que estaba al lado de la ocupada por la joven era
la de Clío y la otra servía de despensa. Siempre que 5
acostaba a Leucipa, su madre cerraba con llave por
dentro la puerta del pasillo. Otra persona la cerraba a
continuación por fuera y le echaba las llaves a través
de la mirilla. Ella las recogía y las guardaba, y al ama-
necer, llamando al que estaba al cargo de esta tarea,
le pasaba de nuevo las llaves para que abriese.

Pues bien, Sátiro, que se había agenciado unas lla- 6
ves iguales a éstas, prueba a abrir con ellas y, como
descubriese que se podía, convence a Clío, siendo tam-
bién sabedora la joven, para que no se oponga al plan.
Tal era, pues, lo convenido.

---

115 Aquí, como en los párrafos siguientes, seguimos las lecturas e interpretaciones de Vilborg, divergentes de las de autores como Gaselee y Grimal (que se basan en un texto diferente).

20 Pero entre sus sirvientes había uno llamado Cóno-
pe[116], metementodo, charlatán, zampón y todo lo que
se quisiera decir de él. Éste me daba la impresión de
que de lejos vigilaba todos nuestros actos y, en espe-
cial, con la sospecha de que fuésemos a hacer algo de
noche (lo que era precisamente el caso), se quedaba
velando hasta bien avanzada la noche con la puerta de
su cuarto de par en par, de modo que era difícil librar-
2 se de su control. Sátiro, con el deseo de congraciár-
selo, le gastaba bromas con frecuencia y lo llamaba
«Mosquito», chanceándose de su nombre. Pero aquél,
que se percató de la maniobra de Sátiro, simulaba res-
ponder también con bromas, aunque en el mismo humor
3 mostraba cuán insociable era su carácter. Y le dijo así:
«—Puesto que te mofas hasta de mi nombre, ¡ea!,
te voy a contar una fábula sacada del mosquito:
21 »'El león se quejaba frecuentemente a Prometeo[117]
de que lo hubiese hecho grande y hermoso, le hubiese
armado de colmillos su quijada, fortaleciese sus patas
con las garras y lo hubiese dotado de mayor vigor que
a las restantes bestias, pero que:
»'—En cambio —añadía—, siendo como soy, me da
miedo del gallo[118].
2 »'Prometeo, considerando la cuestión, replicó:
»'—¿Por qué me culpas en vano? Posees todo cuanto
estuvo en mi mano al darte forma, y tu alma tiene ese
punto flaco solamente.
»'El león deploraba, pues, su propia suerte, echaba
pestes de su cobardía y, por último, resolvió morir.

116 «Mosquito». Probable creación del propio novelista para introducir una digresión fabulesca.

117 El origen de estas fábulas nos es desconocido y bien pueden ser una invención del propio novelista. Cf. la reproducción de esta primera en la colección esópica (núm. 210 Chambry, 259 Perry).

118 Esta curiosa noticia se repite en Plinio, *Hist. Nat.* VIII 52.

Había tomado tal decisión, cuando se encuentra con un 3
elefante y, saludándolo, se detiene a conversar con él. Y, como viese que a cada momento agitaba sus orejas, le pregunta:

»'—¿Qué te ocurre? ¿Por qué tus orejas no se están 4
quietas ni un instante?

»'Y el elefante, como coincidiera que un mosquito volase junto a él, le contestó:

»'—¿Ves esa criatura diminuta que suena zumbando? Si se metiese por el conducto de mi oído me doy por muerto.

»'Y el león exclamó:

»'—¿Por qué entonces he de morir yo, tan imponente y con mejor estrella que el elefante cuanto es superior un gallo a un mosquito?

»'¿Ves cuán robusto es el mosquito, que hasta asusta al elefante?'»

Sátiro, que entendió la segunda intención de sus 5
palabras, con una ligera sonrisa repuso:

«—Escúchame también a mí un relato sacado de un mosquito y un león, que le oí a un sabio. En cuanto al elefante de la historia, te lo regalo a ti.

»'Va y le dice una vez un mosquito presumido al 22
león[119]:

»'—¿Acaso crees que reinas sobre mí igual que sobre los otros animales? Pero tú no eres más bello que yo ni más valiente y corpulento. Puesto que, lo primero, ¿cuál es tu valor? Arañas con tus uñas y muer- 2
des con tus dientes: ¿no es eso lo que hace una mujer cuando pelea? ¿Y de qué clase de corpulencia o de belleza sacas tu prestancia?: un pecho ancho, unos hombros gruesos y una nutrida pelambrera alrededor de tu cogote. ¿Pero es que no ves lo feo que eres por

---

[119] Cf. el núm. 188 Chambry, 255 Perry, en la colección esópica, con una redacción muy abreviada.

detrás? Mi tamaño, en cambio, es el aire todo cuanto abarcan mis alas, y mi belleza son las cabelleras de los prados, pues son como ropajes de que me revisto
3 cuando tengo a bien parar mi vuelo. Y en cuanto a mi valor, mucho me temo que parezca cómico si me refiero a él con detalle: soy por entero una máquina de guerra. Me pongo en línea al toque del clarín y es mi propia boca mi clarín y mi dardo, de suerte que soy a la vez el trompeta y el arquero. Y me convierto en flecha y arco de mí mismo, pues mis alas me disparan por el aire y al caer abro una herida como un dardo. El que ha sido alcanzado lanza un grito repentino y busca al que lo hirió. Y yo estoy y no estoy, a un tiempo huyo y persevero, cabalgo con mis alas en torno al sujeto y me río de verlo bailar según lo voy hiriendo.
4 Pero ¿a qué viene tanto hablar?: ¡empecemos la batalla!

»'Y a la vez que lo dice se precipita contra el león, le salta a los ojos y a cualquier punto de la cara que no protege el pelo, mientras vuela alrededor y hace zumbar su flauta [120]. Rabiaba el león, se revolvía en todas las direcciones y entre sus fauces mordía el aire. El mosquito tanto más se mofaba de su cólera y lo
5 hería hasta en los propios labios. Aquél giraba hacia la parte dolorida, retorciéndose hacia donde le llegaba el golpe que lo hería, mientras el otro, aprestando el cuerpo como un luchador para una presa, rehuía los dientes del león, volando por en medio de las propias
6 quijadas en el instante de cerrarse. Y los colmillos de la fiera entrechocaban ruidosamente en el vacío. Ya el león estaba extenuado de la vana lucha de sus dientes contra el aire y quedó inmóvil, aplanado por su misma rabia, y el mosquito, que seguía volando en torno a su

---

120 Algunas traducciones (por ej., las de Gaselee y Grimal) siguen una puntuación errónea de este texto.

melena, hacía sonar su canto de victoria. Pero, al hacer 7
el giro de su vuelo más distante, por su excesiva arro-
gancia se ve enredado sin darse cuenta entre los hilos
de una araña. Su caída no escapó, en cambio, a la vi-
gilancia de la araña y, como ya no podía huir, exclamó
desesperado:

»'—¡Qué insensatez!: desafié a un león y es una insignificante tela de araña la que me ha cazado.'»

Y al terminar su cuento añadió el narrador: «¡Vaya, que hasta a ti te toca tener ojo con las arañas!» Y se echó a reír al mismo tiempo.

Dejó pasar algunos días y, luego, sabedor de que 23
Cónope era esclavo de su panza, compró una droga
para hacer dormir profundamente y lo invitó a comer.
Él sospechaba alguna trampa y al principio vaciló, pero
acabó por aceptar cuando se impuso el amor a su ba-
rriga. Tras llegar al aposento de Sátiro y cenar, se 2
disponía a marcharse cuando aquél le vierte una dosis
de la droga en la última copa. Bebió y, con el tiempo
justo para llegar a su cuarto, se desplomó y se quedó
tumbado, dormido bajo el efecto de la pócima. Enton- 3
ces Sátiro viene corriendo a buscarme y me dice: «Ya
tienes al Cíclope[121] durmiendo. ¡Tú pórtate tan bien
como Odiseo!»

Y al tiempo que lo decía llegamos junto a la puerta
de mi amada. Sátiro se quedó atrás y yo entré, reci-
biéndome Clío sin el menor ruido, y yo temblaba, por 4
partida doble, de gozo y de temor: el temor al peligro
alborotaba las esperanzas de mi alma, pero la espe-
ranza del logro cubría el temor con un velo de placer.
De este modo, mi esperanza estaba atemorizada y mi
sufrimiento lleno de alegría. Pero, en cuanto entro en
la alcoba de la joven, a su madre le ocurre algo así:
un sueño la desazona, en el cual tuvo la impresión de 5

121 La lectura «Cónope» del original fue corregida agudamente por Göttling, dado el contexto.

que un bandido, con una espada desenvainada, le arrebataba a su hija, la tumbaba boca arriba y le rajaba el vientre por la mitad comenzando por abajo, a partir del sexo. Trastornada por el miedo, salta tal como está de la cama y corre a la alcoba de su hija (muy cerca-
6 na), justo en el instante en que me acostaba. Yo, que oigo el ruido de las puertas al abrirse, al punto me levanto de un brinco. Ella se presenta junto al lecho y yo entonces, dándome cuenta de mi penosa situación, me precipito y a la carrera salgo disparado por la puerta; tembloroso y aturdido me recibe Sátiro y luego escapamos en la oscuridad hasta llegar a nuestros propios dormitorios.

24 Ella, a lo primero, cayó desvanecida; después, recuperándose, sin más preámbulos abofetea a Clío y la agarra por el pelo mientras se dirige lamentándose a su hija:

2 «—Has arruinado mis esperanzas, Leucipa. ¡Pobre de mí, Sóstrato!, tú luchas en Bizancio en defensa de las bodas de los otros [122] y en Tiro te derrotan, entrando a saco uno en la boda de tu hija. ¡Ay de mí, desgraciada, que no esperaba verte un casamiento semejante! ¡Ojalá te hubieses quedado en Bizancio! ¡Ojalá hubie-
3 ras sufrido el ultraje que es ley de guerra! ¡Ojalá un tracio victorioso te hubiese violado!: la desgracia no nos habría acarreado la deshonra por ser a la fuerza.
4 Pero no hay tal, desventurada: pierdes el honor a la vez que te cubre el infortunio. Hasta las visiones del sueño me engañaban y no vi el sueño que más veraz hubiese sido: el tajo que has recibido en tu vientre es más amargo, el corte este es más funesto que el de la espada. Para colmo no vi al que te hizo suya ni sé cómo ha sucedido este desastre. ¡Ay de mí, qué catástrofe!: ¿no habrá sido al menos un esclavo?»

[122] En defensa, sobre todo, de las hijas y esposas de los demás.

La joven cobró ánimos, al saber que yo pude es- 25
capar, y repuso:
«—No ofendas mi virginidad, madre: no he hecho
nada que sea merecedor de tales términos ni sé quién
era ése, si un dios o un semidiós o un malhechor. Yo 2
estaba en mi lecho llena de espanto, sin poder por el
miedo ni aun gritar, pues el miedo ata la lengua. Sólo
sé que ningún hombre ha manchado mi doncellez.»

Entonces Pantea se desplomó con renovados gemidos. Y nosotros[123], ya solos, reflexionábamos en qué había de hacerse y nos pareció lo mejor huir antes que fuese de día y Clío, sometida al tormento, lo confesara todo.

Resueltos a esto lo pusimos en práctica. Pretexta- 26
mos ante el portero que salíamos para visitar a mi
querida[124] y fuimos a la casa de Clinias. Era ya media
noche, de modo que nos costó trabajo que el portero
nos abriera. Y Clinias, que tenía su dormitorio en la
planta superior, nos oye hablar y baja a la carrera
sobresaltado. En esto que vemos a Clío venir a escape 2
detrás de nosotros, pues había decidido huir. Clinias,
entonces, oyó el relato de nuestra peripecia y a nosotros
nos contó Clío cómo había escapado, y Clío a
su vez supo lo que íbamos a hacer. Dentro ya de la 3
casa le detallamos a Clinias lo ocurrido y nuestros
planes de fuga. Y dice Clío: «Yo también voy con vosotros.
Pues si espero que llegue el día, sólo me queda
morir, que es preferible a la tortura.»

Clinias me coge de la mano para alejarme de Clío 27
y me propone lo siguiente: «Creo haber encontrado la
mejor idea, que es quitar de en medio a ésa, y, en

---

123 Se entiende Clitofonte y Sátiro.

124 De la que, por supuesto, ni se ha hablado ni se hablará en el futuro. Nótese, además, que Clitofonte se comporta como si, raptada Calígona, no hubiese desaparecido, sin embargo, el impedimento de su relación y boda con Leucipa.

cuanto a nosotros, aguardar algunos días y entonces, si nos parece bien, marcharnos con todos los prepara-
2 tivos. La verdad es que por ahora ni siquiera sabe la madre de la muchacha a quién sorprendió, según decís, y no habrá quien vaya a revelárselo si Clío está fuera de su alcance. Y tal vez incluso convenceréis a la joven para que se fugue con vosotros.»

Y añadió que también él nos acompañaría.

3 Aceptamos su plan y pusimos a Clío en manos de uno de sus sirvientes, dándole la orden de embarcarla. Los demás nos quedamos allí haciendo cábalas sobre el futuro. Al fin decidimos hacer una intentona con la joven y, si quería huir con nosotros, hacerlo así; y si no, seguir allí, confiándonos a la suerte. Dormimos, pues, un poco en lo que restaba de la noche y hacia el alba regresamos a casa.

28 Pantea, en cuanto se levantó, se dispuso a interrogar a Clío y ordenó llamarla. Pero, como no apareció, se apresuró otra vez a ver a su hija y le dijo:

«—¿No vas a confesarme lo que habéis tramado? ¡Mira que hasta se ha fugado Clío!»

2 Pero ella cobró aún más valor y respondió:

«—¿Qué más habré de decirte y qué otra prueba habré de aportarte superior a la verdad? ¡Si existe algún medio de comprobar la virginidad, sométeme a él!

3 »—¡Sólo nos falta eso —replicó Pantea—, que nuestra desgracia se publique!»

Y mientras lo decía se precipitó fuera de la estancia.

29 Leucipa, ya sola y con el ánimo embargado por las palabras de su madre, experimentaba muy diversas emociones: pesar, vergüenza y rabia. Pesar de que la hubiesen sorprendido, vergüenza por los reproches recibidos, rabia por no ser creída. Vergüenza, pena y
2 cólera son tres olas que agitan el alma: la vergüenza, penetrando a chorros a través de los ojos, arrebata a

éstos su libertad[125]; la pena, extendiéndose por el pe-
cho, apaga el rescoldo del alma; la cólera, aullando en
torno al corazón, anega el raciocinio con la espuma de
la locura. La palabra es el padre de todas estas criatu- 3
ras, es la imagen de un arco que dispara contra un
blanco, le da de pleno y lanza contra el alma sus dar-
dos y produce heridas muy diversas. Una de sus saetas
es la del insulto, y la cólera la herida que resulta. Otra
es la evidencia de los fracasos: la pena proviene de
este dardo. Y otro es la censura por los deslices, a cuya
herida llaman vergüenza. Es peculiar de todos estos 4
proyectiles que sean hondos sus saetazos, pero sin san-
gre las heridas. Y de todas éstas hay un único reme-
dio: defenderse del arquero con las mismas flechas,
pues la palabra, saeta de la lengua, se cura con el dardo
de otra lengua, ya que apacigua los arrebatos del co-
razón y disipa las penas del alma. Y si, por el impe- 5
rativo de la mayor fuerza del contrario, se ha de impo-
ner silencio a la propia defensa, con el silencio se
enconan las heridas, pues los sufrimientos que pro-
vocan las olas de la palabra, al no escupir la espuma,
se inflan y se hinchan[126].

Agobiada, pues, con tamañas desgracias, Leucipa
era incapaz de sobrellevar su embestida.

Justo en este momento envié a Sátiro junto a la 30
joven para proponerle la huida. Y ella, antes de escu-
charlo, le dijo: «Os ruego por los dioses forasteros y
locales, llevadme a donde queráis, lejos de la vista de
mi madre. Si os marcháis abandonándome aquí, anudaré 2
una cuerda y así dejaré de vivir.»

---

125 La interpretación razonable es que la vergüenza produci-
da por algo que se ha visto hace bajar los ojos.

126 A pesar de las duras críticas que se han dirigido a este
pasaje, como si no fuese inteligible realmente, el lector podrá
seguir el hilo del texto teniendo en cuenta la existencia de una
doble serie de imágenes (olas y dardos), acuáticas unas, belico-
sas las otras, y la culminación con la imagen del ahogado.

Y yo, al oír esto, deseché mi mayor preocupación y, dejando pasar un plazo de dos días, en la fecha precisamente en que mi padre se ausentó [127], nos preparamos para la fuga.

31 Sátiro conservaba el resto de la droga con que había hecho dormir a Cónope. Mientras estaba atendiéndonos, vierte subrepticiamente una dosis en la última copa que le sirve a Pantea. Ella se levanta para
2 irse a su alcoba y no tarda en dormirse. A la otra camarera que tenía Leucipa la hace zozobrar con la misma droga (desde que ésta se había hecho cargo del aposento simuló estar prendado también de ella) y se dirige a por su tercera presa [128]: el portero, al que deja
3 tumbado con la misma pócima. Un carruaje, que había preparado Clinias, nos aguardaba dispuesto delante de la puerta, y el propio Clinias estaba ya por anticipado esperándonos en él. Cuando todos estuvieron durmiendo, hacia la primera guardia de la noche, salimos sin el menor ruido, llevando Sátiro a Leucipa de la mano.
4 También Cónope, que no nos había quitado el ojo de encima, coincidió que aquel día estaba fuera, para cumplir un encargo de su ama. Nos abre Sátiro la puerta y salimos y, ya en la calle, subimos al vehículo.
5 Éramos en total seis: nosotros, Clinias y dos sirvientes suyos. Nos apresuramos camino de Sidón, llegamos a la ciudad hacia la segunda parte de la noche [129] y de

127 Inesperada mención de este viaje, del que se dará alguna información mucho más tarde (en V 10, 3) y que aquí sirve, evidentemente, para simplificar (igual que la ausencia de Cónope) los detalles de la fuga.

128 Corrección de Boden, aceptada por la generalidad de los editores. Los manuscritos dan «puerta», lo que no es, en realidad, tan disparatado como se cree (dado el estilo del autor): Sátiro se encamina hacia la tercera puerta (que impide la fuga), que es el propio portero, y la derriba.

129 Es decir, la segunda guardia, de las tres en que habitualmente se repartía la noche. La distancia entre Tiro y Sidón era de poco más de 30 Km.

inmediato nos dirigimos a Berito, suponiendo que allí
encontraríamos una nave fondeada. Y no nos equivoca- 6
mos, pues, cuando llegamos al puerto de Berito[130], hallamos un navío que zarpaba en el momento mismo de ir a soltar amarras. Sin preguntar siquiera hacia dónde navegaba, hicimos embarcar nuestro equipaje. La hora era poco antes del alba. Y el barco iba rumbo a Alejandría[131], la gran urbe del Nilo.

Yo me sentí lleno de gozo tan pronto como vi el 32
mar, cuando la nave aún no había salido a mar abierto sino que seguía en el fondeadero. En el momento en que pareció que el viento era favorable para zarpar, el barco se llenó de un gran revuelo: los marinos corrían de un lado para otro, el piloto daba órdenes, se hala-
ron los cables. Se izó la verga, se desplegó la vela, la 2
nave se apartó de la orilla, se levó anclas[132], el puerto quedó atrás. Veíamos la tierra retirarse poco a poco del barco, como si fuese ella la que navegaba. Hubo cánticos y abundancia de plegarias, invocando a los dioses salvadores, colmando de buenos augurios la ruta emprendida. El viento se alzó con más vigor, la vela se hinchó y tiró de la nave.

Cerca de nosotros tenía su pabellón[133] un jovencito 33
que, al llegar la hora del almuerzo, nos rogó cortésmente que lo acompañásemos en la mesa. Sátiro estaba ya dispuesto para servirnos, de modo que, poniendo en común lo que teníamos, compartimos el almuerzo
y, asimismo, la conversación. Y pregunto yo primero: 2

«—¿De dónde eres, joven, y qué nombre debemos darte?

---

[130] Actual Beirut, a unos 40 Kms. de Sidón.

[131] Cf. más adelante, n. 227.

[132] El orden de las maniobras no es muy ortodoxo realmente.

[133] Montado en el propio barco para viajar con mayor independencia y comodidad (cf., por ej., la lujosa tienda descrita en Caritón, VIII 6, 5 ss.).

»—Me llamo Menelao —repuso— y por mi origen soy egipcio. ¿Y vosotros?

3 »—Yo soy Clitofonte y éste, Clinias, ambos fenicios [134].

»—¿Y cuál es el motivo de que os ausentéis de vuestra patria?

»—Si nos dices primeramente el tuyo, también oirás el nuestro.»

34 Menelao entonces nos relata lo siguiente:

«—Mi ausencia de mi tierra, de modo resumido, se
debe a un amor funesto y a una caza infortunada. Yo
estaba enamorado de un guapo muchacho, y este mu-
chacho era un amante de la caza. Intentaba retenerlo
muchas veces, pero no lo conseguía. Y, como no lograba
persuadirlo, terminaba también yo por seguirlo a sus
2 cacerías. Fuimos de caza, pues, los dos a caballo, y al
principio tuvimos éxito porque perseguíamos caza me-
3 nor. Pero, de repente, un jabalí se precipita fuera del
bosque y el muchacho va tras él. El jabalí revuelve su
hocico, se dirige contra él a la carrera y el muchacho
no lo evita, a pesar de que yo le daba voces y gritaba:
'¡Saca de ahí el caballo, da vuelta a las riendas! ¡Que
es un mal bicho!'

4 »Pero el jabalí se lanza en impetuosa carrera contra
él. Chocaron el uno con el otro y yo temblé cuando los
vi. Por miedo a que la fiera se anticipase hiriendo al
caballo apresté mi venablo en la correa [135], sin apuntar
con precisión al blanco, y se lo arrojé. Pero el mucha-
5 cho se cruza en su camino y recibe el impacto. ¿Cuál
crees que fue entonces mi ánimo? Si tuve en absoluto
alguno, pudo ser el del que en vida muere. Y lo más
lastimoso fue que él me alargó sus brazos, cuando aún
alentaba levemente, me abrazó y en el momento en que

134 Según los usos sociales vigentes, Leucipa no asiste a este almuerzo (cf. luego, 35, 1).

135 Con la que se disparaban pequeñas lanzas (cf. JENOFONTE, *Anábasis* IV 2, 28).

moría, asesinado por mis manos, no me odiaba a mí,
al maldito, sino que exhaló su vida rodeando con sus
manos mi diestra criminal. Sus padres me llevan ante 6
la justicia, con mi plena aceptación. Ni siquiera quise
defenderme, sino que reclamé mi propia muerte. Sin
embargo, el jurado por compasión me condenó a un
destierro de tres años, que ahora se cumple, y por ello
vuelvo ahora a mi patria.»

Mientras él lo contaba vertía lágrimas Clinias *como* 7
si fuera por Patroclo[136], aunque era por el recuerdo de
Caricles. Y le dijo Menelao: «¿Lloras por mi infortunio
o porque también a ti te ha sacado de tu casa algún
otro semejante?»

Y Clinias entre gemidos le relata el episodio de
Caricles y el caballo, y yo también lo que me había
ocurrido.

Pues bien, como veía a Menelao tan abatido por 35
sus recuerdos y a Clinias disimular sus lágrimas al
acordarse de Caricles, con el deseo de sustraerlos a sus
penas dirijo la conversación hacia un tema que había
de seducirlos por ser de amores. Pues además Leucipa
no nos acompañaba, sino que dormía en la cámara del
barco. Y les digo sonriendo: 2

«—¡Cuántas ventajas tiene Clinias sobre mí! Pues
le encantaría dejar en mal lugar a las mujeres, según
acostumbraba, y ahora podría explayarse más a gusto
aún, al haber encontrado uno que comparte sus afi-
ciones amorosas. Pero la verdad es que no sé cómo 3
está tan arraigada la pasión por los varones[137].

---

136 No el nombre del muerto, por supuesto. Se trata de una cita homérica (*Ilíada* XIX 302) convertida en un clisé, como se ve por su eco también en CARITÓN (VIII 5, 2) y HELIODORO (I 18, 1).

137 El preámbulo de Clitofonte está, ciertamente, un poco cogido por los pelos. No hay nada en lo inmediatamente precedente que permita tal broma a Clinias, aunque sí, si nos retrotraemos a I 8. El tema de este coloquio de sobremesa es

»—¿Acaso no es mucho mejor —preguntó Menelao— ésa que la otra? Pues sin duda los muchachos son menos complicados que las mujeres y su belleza es más excitante para el placer.

4 »—¿Cómo más excitante —repliqué— una belleza que apenas se atisba y ya desaparece, sin que permita al que la ama gozar de ella, sino que se parece a la
5 bebida de Tántalo? Con frecuencia en el momento mismo de beber ya ha huido y el enamorado se retira sin probarla, o, cuando se la está bebiendo, se la arrancan de los labios antes de saciarse. No hay modo de que un enamorado se aleje de un mocito sin que su placer resulte doloroso, pues lo deja cuando aún está sediento.

36 »—Ignoras, Clitofonte —afirmó Menelao—, la esencia del placer. Ya que siempre es deseable lo que no sacia, puesto que aquello de lo que se disfruta demasiado tiempo, con la saciedad agosta su carácter placentero, mientras que lo que se nos sustrae conlleva siempre novedad y está más en sazón al no hacerse viejo su placer. La belleza, en la medida en que al pasar el tiempo disminuye, en la misma medida crece
2 en cuanto al deseo. Precisamente por esto la rosa es la más linda entre las flores: porque su hermosura es tan efímera. Pues, a mi entender, entre los hombres se dan dos bellezas, una celestial y otra vulgar, igual que
3 las diosas que rigen los coros de la belleza [138]. Pero la celestial no soporta estar atada a una belleza mortal y trata de escapar hacia el cielo prontamente, en tanto

debatido por otros autores, como PLUTARCO, *Amat.* 3-9, o LUCIANO, *Amor.* 25 (cf. F. WILHELM, «Zu *Achilles Tatius*»..., para las fuentes). Los traductores han reaccionado ante el texto de mil maneras, por razones moralizantes, o bien omitiéndolo o bien vertiéndolo púdicamente al latín, o bien escamoteando las partes más comprometidas.

138 Cf. PLATÓN, *Banquete* 180d ss.

que la vulgar está caída aquí abajo y ronda todo el
tiempo a los cuerpos[139]. Y si se ha de recurrir a un
poeta que dé fe de la ascensión de la belleza celestial,
escucha lo que dice Homero:

Los dioses lo arrebataron hacia lo alto para ser copero de Zeus en razón de su hermosura, para que morase entre los inmortales[140].

»En cambio, jamás ha escalado los cielos por su 4
belleza mujer alguna (por más que Zeus también haya
tenido relaciones con mujeres), sino que a Alcmena
le tocan penas y destierro, a Dánae un arca y el mar,
y Sémele fue pasto del fuego[141]. Por el contrario, prendado
Zeus de un mancebo frigio, le hace donación del
cielo, para que viva con él y tenerlo de escanciador del
néctar. Y la que antes le prestaba tal servicio se vio
privada de ese honor, siendo el motivo, creo, que era
una mujer[142].

»—Sin embargo —interrumpí— parece que la celes- 37
tial es la belleza de las mujeres, en la medida en que
no perece rápidamente. Ya que lo que no perece está
cerca de lo divino. En cambio, lo que se altera en la
corrupción, imitando a la naturaleza mortal, no es ce-
lestial sino vulgar. Que Zeus se prendó de un mancebo 2
frigio y al frigio lo hizo subir a los cielos, ¡sea!, pero
fue la belleza de las mujeres la que hizo bajar del
cielo al propio Zeus. Por una mujer anduvo Zeus una
vez dando mugidos, por una mujer otra vez danzó como
Sátiro y para otra mujer se convirtió en oro[143]. ¡Que le 3

---

139 Aquiles Tacio combina la distinción de las dos bellezas con algunas reminiscencias del mito del tronco de caballos del *Fedro* platónico (246a ss.).

140 Se refiere a Ganimedes (*Ilíada* XX 234 s.).

141 Amadas de Zeus, bien conocidas y que forman parte de un catálogo típico de la literatura erótica.

142 Se alude, naturalmente, a Hebe, hija del propio Zeus.

143 Referencias a Europa, Antíope y Dánae.

escancie Ganimedes, pero beba Hera[144] en compañía
de los dioses, para que una mujer tenga a un mancebo
de criado! Incluso me inspira lástima por su rapto:
un ave carnicera descendió sobre él y sufre la igno-
minia de ser así arrebatado, como la viva imagen del
que sufre un ultraje. El cuadro es vergonzoso: un mu-
4 chacho colgado de unas garras. En cambio, a Sémele
no la hizo subir a los cielos un ave carnicera, sino el
fuego[145]. Y no te maravilles de que alguien suba al
cielo por obra del fuego: así fue como subió Hera-
cles[146]. Y si te ríes del arca de Dánae, ¿cómo no dices
nada de Perseo[147]? Y en cuanto a Alcmena, le basta
con este único regalo: que por su causa Zeus robara
5 tres soles enteros[148]. Pero si, dejando los relatos de
los mitos, hemos de referirnos al propio placer experi-
mentado, yo en mujeres no soy más que un princi-
piante, por cuanto que mi trato ha sido con las que
trafican con el amor. Otro, que esté bien iniciado, po-
siblemente diría más que yo. Pero hablaré de ello aun-
6 que mi experiencia sea sólo moderada. Pues bien, el
cuerpo de una mujer, al unirse con ella, es mórbido y
para los besos sus labios son suaves, razón por la que
en los abrazos retiene el cuerpo de su compañero y sus
propias carnes se amoldan a él por completo, quedando
7 aquél envuelto en placer. Pega a los labios sus labios

144 Göttling propuso leer «Hebe» aquí, para apurar el paralelismo entre este discurso y el precedente, opinión seguida por algunos autores. No obstante, nada impide que el autor introduzca una *variatio* y, además, la figura de una señora servida por Ganimedes le cuadra mejor a Hera que a Hebe.

145 Es decir, el rayo que la fulminó.

146 Que se hizo quemar vivo en una pira, ascendiendo así directamente al cielo.

147 Perseo, con su madre Dánae, fue arrojado al mar dentro de un arca.

148 Zeus paralizó la marcha del Sol durante tres días, prolongando de este modo la noche en que se unió a Alcmena.

como sellos, besa con arte y adereza su beso con una
dulzura superior. Pues no solamente suele besar con
los labios, sino que hace intervenir sus dientes y pace
en torno a la boca de su amante y convierte los besos
en mordiscos. También su seno, con sólo tocarlo, re-
porta un especial deleite. Y en la culminación amorosa 8
el placer la exalta, besa con la boca abierta y enloquece.
Las lenguas mientras tanto se buscan una a otra para
unirse y, en lo posible, también ellas se afanan en be-
sarse. Y es que, al besarse con la boca abierta, el placer
se acrecienta. La mujer, al llegar al extremo amoroso, 9
jadea abrasada por el placer, y su jadeo con el amo-
roso hálito salta hasta los labios, se encuentra con el
beso, que en su camino errante trata de descender a lo
profundo, y el beso, invirtiendo su ruta con el aliento 10
jadeante, lo sigue confundido ya con él y va a herir el
corazón. Éste, con la turbación que el beso le produce,
se pone a temblar, y, si no estuviese atado a las en-
trañas, iría en pos de los besos y se arrastraría hasta
lo alto tras ellos. Por el contrario, los besos de los mo-
citos carecen de arte, sus abrazos no tienen ciencia al-
guna, su Afrodita es perezosa y en absoluto se halla
placer con ellos.»

Y replicó Menelao: 38

«—La verdad es que en lo tocante a Afrodita no me
das la impresión de ser un principiante, sino un vete-
rano: ¡con tantas sutilezas femeninas nos has inunda-
do! Pero ahora te toca escuchar lo que atañe a los
muchachos. En una mujer todo es fingido, lo mismo 2
las palabras que los gestos. Y, si parece hermosa, no
hay en ella otra cosa que el ingenio diligente de los
ungüentos: su belleza es la de sus perfumes o la del
tinte de su pelo o hasta la de sus potingues [149]. Pero,

---

149 Corrección de Knox, aceptada por Vilborg, y que asumo sin demasiado convencimiento. La lectura original es «de sus besos», que crea un efecto de sorpresa.

si la desnudas de esas muchas trampas, es como el
3 grajo desplumado de la fábula [150]. En cambio, la belleza de los muchachos no se riega con fragancias de perfumes ni con olores engañosos ni ajenos, y el sudor de los mocitos tiene mejor aroma que todos los ungüentos
4 perfumados de las mujeres [151]. Se puede, incluso en el momento que precede a la unión amorosa y en el propio gimnasio, encontrarse con uno y abrazarlo a la vista de todos, sin que tales abrazos tengan por qué dar vergüenza. Y no ablanda el contacto erótico con la morbidez de sus carnes, sino que los cuerpos se ofrecen
5 mutua resistencia y pugnan por el placer. Sus besos no poseen la ciencia de las hembras ni menos embrujan con las trampas lascivas de sus labios. Un chico besa según sabe, y sus besos no nacen del artificio, sino de la propia naturaleza. A lo que más se parece el beso de un mocito es a esto: sólo obtendrías besos semejantes si el néctar se hiciese sólido y tomara la forma de unos labios. No podrías saciarte de besarlo: cuanto más te llenas, aún sigues con sed de sus besos, y no sabrías apartar tu boca hasta que el deleite mismo no te hace escapar de ellos.»

---

150 «El grajo y los pájaros» (núm. 162 CHAMBRY, 101 PERRY) de la colección esópica.

151 Reminiscencia, tal vez, de JENOFONTE, *Banquete* II 3 s.

LIBRO TERCERO

En la tercera jornada de nuestra navegación, hasta 1
entonces con tiempo muy despejado, repentinamente se encapota el cielo y desaparece la claridad del día[152]. Desde el mar se alza un viento que enfrenta al navío de cara y el piloto ordena hacer girar la verga. Los 2
marineros se apresuran a hacerla girar, de una parte recogiendo la vela sobre la verga trabajosamente (pues el viento con la mayor violencia impedía recogerla), y por la otra parte conservando la suficiente extensión de tela para que el viento favoreciese el viraje[153]. La nave 3
entonces se inclina con esa borda profundamente sumergida, y por la otra se levanta con un desnivel tal que la mayoría de nosotros tuvimos la impresión de que acabaría por volcarse con el empuje del viento. Todos, pues, nos trasladamos a la parte alzada del navío, a fin de aligerar el costado sumergido y, con nues-

152 Comienza la descripción de la tempestad y el naufragio, típicos episodios comparables, por ej., a los de Jenofonte de Éfeso, II 11, 10, o Heliodoro, V 27.

153 Frase cuya interpretación no ha sido hasta ahora muy satisfactoria. Lo más razonable parece ser que la maniobra sobre la verga en estos casos era distinta a un lado y a otro del mástil, de una parte recogiendo del todo la vela, de otra dejando sin recoger la tela suficiente para que el viento facilitara el viraje del barco. Por supuesto, previamente había que hacer girar la verga, poniéndola en línea con la nave. Véanse las notas de Grimal y de Vilborg, que se complementan entre sí.

4 tro peso, equilibrar en lo posible la otra borda. Pero
no conseguimos nada, pues la parte de la cubierta que
estaba en alto nos alzaba mucho más de lo que nosotros
5 podíamos hacerla descender con nuestro peso. Y por
un tiempo estuvimos luchando por equilibrar la nave
así balanceada por las olas, pero de pronto cambió de
dirección el viento, soplando contra el otro costado
del navío, y éste a punto estuvo de irse a pique con
el brinco que dio, por el violento cambio de posición,
la borda que hasta entonces se inclinaba hacia el agua,
y, del otro lado, con la súbita caída hacia el mar de
6 la parte que había estado por lo alto. Del barco, en-
tonces, se eleva un gran clamor de lamentaciones, y de
nuevo cambiamos de lugar, corriendo entre gritos a la
anterior posición. Y por tercera y cuarta vez y muchas
otras veces más nos ocurrió lo mismo, acompañando
nosotros con nuestros desplazamientos los del barco.
Pues aún antes de haber cambiado de lugar ya tenía-
mos que reemprender otra carrera de ida y vuelta [154].

2 Estuvimos transportando nuestro equipaje por la
nave a lo largo de todo el día, afanados en esta carrera
miles de veces repetida, verdadera prueba de fondo,
esperando a cada instante la muerte, que razonable-
2 mente estaba muy cercana. Hacia el medio día el sol
desapareció por completo y entre nosotros mismos nos
distinguíamos como a la luz de la luna. Vuela el fuego
de los relámpagos, el cielo lanza el mugido de sus
truenos, el aire se llena de estruendo y, desde abajo, le
responde con su estrépito la conmoción del oleaje, mien-
tras entre cielo y mar silba el viento en todas direc-
3 ciones. El aire produce un tañido de trompeta, los ca-
bles se precipitan en torno a la vela, respondiendo al
ruido con sus restallidos. Nos llenaba de espanto la
idea de que se quebrasen las tablas de la nave con el

154 Metáfora deportiva sobre el *díaulos* o doble carrera en el estadio. Cf., después, la «prueba de fondo» (*dólikhos*).

temor de que en un momento, al arrancarse los pernos,
el barco se partiera.

Por toda la nave se había dispuesto una cubierta 4
de cañizo, ya que llovía a raudales, y nosotros, metidos
bajo el tinglado, esperábamos como en una cueva, en
brazos de la suerte, ya sin esperanzas. Innumerables e 5
imponentes olas venían de todas partes, entrechocando
las que atacaban por delante con las que llegaban por
la popa. La nave de continuo se levantaba al arquearse
el mar y, al retirarse y descender la ola, se precipitaba
a lo profundo. Las olas unas veces se asemejaban a
montañas, otras formaban como abismos. Pero aún eran 6
más temibles las que por uno y otro flanco rompían
oblicuamente: el mar, encaramándose sobre el barco,
pasaba por entre los sombrajos en oleadas y cubría la
nave por entero. Las olas al empinarse hacia lo alto, ro- 7
zando las propias nubes, de lejos se recortaban contra
la proa con una masa como un monte, y al verlas más
cercanas se esperaba que engullesen el navío[155]. Vien- 8
tos y olas se entregaban a un combate. No podíamos
quedarnos en el mismo sitio por causa de las sacudi-
das de la nave. Se alzaba un estruendo de toda clase
de sonidos: el bramido del oleaje, el silbido del viento,
los chillidos de las mujeres, los gritos de los hombres,
las órdenes de los tripulantes, con todo lleno de lamen-
tos y gemidos. El piloto mandaba arrojar la carga y 9
no se hacía distinción alguna entre la plata y el oro y
cualquier otro artículo sin valor: arrojamos todo por
igual fuera del barco. Incluso muchos mercaderes, to-
mando con sus manos las mercancías en que habían
tenido puestas sus esperanzas, se apresuraban a tirar-
las por la borda. Y quedó así el barco libre de todo car-

155 Traducimos de un modo sólo aproximado esta frase que, o está mal construida, o ha sido mal transmitida hasta nosotros.

gamento, pero la tormenta no por eso se aplacaba[156].

3 Por último, el piloto, renunciando a toda resistencia, suelta la caña del timón[157], deja el barco a merced del mar, hace preparar el bote y, ordenando a los marine-
2 ros embarcarse se puso al cargo de la escala[158]. Ellos saltaron uno tras otro y entonces se produjo una espantosa escena y una lucha a brazo partido: los que se habían embarcado trataban ya de cortar la amarra que sujetaba el bote a la nave, pero todos los pasajeros se afanaban en saltar a él por donde vieron que el piloto
3 halaba el cable. Los del bote no les dejaban hacerlo y empuñando hachas y cuchillos amenazaban con herirlos si trataban de embarcarse. Muchos de los que aún estaban en la nave se defendieron armándose como pudieron, uno echando mano a un fragmento de un viejo remo, otro a un pedazo de un banco de la nave, pues el mar no admitía más ley que la fuerza y era aquél un
4 tipo nunca visto de combate naval. Los del bote, por miedo a zozobrar por el número de los que pretendían embarcarse, acometían a los que saltaban a él con sus hachas y cuchillos, y éstos les devolvían los golpes,
5 mientras saltaban, con tablones y remos. Los había que apenas tocaban la borda del barco[159] se deslizaban resbalando al exterior, y algunos en cambio incluso

---

156 La carga arrojada al mar es imaginada como una ofrenda, que no aplaca, sin embargo, la furia de la tempestad.

157 En realidad, los dos grandes remos de popa que hacían de timón en los barcos antiguos.

158 Frase usualmente mal entendida. El bote era remolcado y de ahí que el piloto se apresure a tirar del cable que lo une al barco, para acercarlo a la borda (como veremos), y a controlar la escala entre el barco y el esquife, para que los demás pasen a éste (cf. la tarea asignada a Hermes en LUCIANO, *Diál. de los muertos* 10, 1).

159 No «del bote», como muchos entienden: apenas llegaban a la borda y ya resbalaban cayendo al mar, lo que indudablemente ocurría por el fuerte vaivén de la nave, no por los golpes de los ocupantes de la chalupa.

llegaban a pisar el bote golpeando a los que estaban sobre él. No existía ya norma alguna de amistad o respeto; cada cual miraba por su exclusiva seguridad y todo interés por los demás estaba descartado de su mente. Es así como los grandes peligros anulan hasta las leyes del afecto.

Entonces uno de los que estaban en el barco, un 4
mozo robusto, agarra el cable y tira del bote. Éste se
aproximó a la nave y todos se aprestaron a abordarlo
de un brinco en cuanto estuviera más cerca. Dos o tres 2
lo consiguieron no sin que corriera su sangre, pero un
buen número al intentar saltar cayeron al agua desde
la nave, pues en seguida los marineros soltaron la cha-
lupa, cortando el cable con un hacha, y se fueron por
donde los empujaba el viento, mientras los de la nave
aún intentaban hundirles el bote. Pero el barco entre 3
sus cabriolas danzando sobre el oleaje, sin que nos
demos cuenta, es arrastrado contra un peñasco sumer-
gido y se hace pedazos. Con el choque de la nave el
mástil se abatió sobre un costado, quebrando una parte
del navío y sumergiendo el resto. Y cuantos en un ins- 4
tante tragaron el agua salobre allí atrapados soportaron
en medio de nuestros males un menor infortunio, por-
que no vivieron por más tiempo con el espanto de la
muerte, ya que la muerte en el mar, cuando es lenta,
antes incluso de que sobrevenga ya anticipa la agonía.
Pues la mirada, llena de un océano sin confines, dilata 5
el sentimiento del terror, hasta el punto de que a través
de los ojos [160] la muerte es una desgracia incompara-
ble. Pues, según abarca la masa del mar, en esa misma 6
proporción crece el miedo a la muerte. Algunos intentaron nadar, pero sucumbieron destrozados por las olas contra el escollo; muchos, que cayeron entre las tablas

160 Seguimos la interpretación de Vilborg, muy plausible y más aguda que la usual de «en esas circunstancias».

hechas astillas, fueron ensartados como peces [161], y otros
aún seguían nadando más muertos que vivos.
5 Cuando la nave se deshizo algún dios favorable nos
preservó un fragmento de la proa, sobre el cual sen-
tados Leucipa y yo fuimos arrastrados por la corriente
marítima. Por su parte, Menelao y Sátiro junto con
otros pasajeros tropezaron con el mástil y encaramados
2 sobre él se mantuvieron a flote. Vimos cerca también
a Clinias, que nadaba abrazado a la verga y le oímos
gritar: «¡Agárrate al madero, Clitofonte!» Pero mien-
tras lo decía, una ola lo cubrió por detrás. Y lanzamos
3 un grito. Al mismo tiempo también nos alcanzó una
ola, pero por suerte se acercó deslizándose por debajo
de nosotros y así solamente el madero fue alzado en
4 vilo sobre su cresta y vimos de nuevo a Clinias. Enton-
ces entre gemidos exclamé: «¡Ten piedad, señor Posi-
dón, y concede una tregua a los restos del naufragio
que a ti debemos! Muchas muertes hemos sufrido ya
por el espanto, pero, si quieres matarnos, no nos separes
al morir: que una misma ola nos cubra. Y si es nuestro
sino ser pasto de las bestias, que un mismo pez acabe
con nosotros y vayamos a parar a un solo vientre, para
que, incluso en el interior de los peces, tengamos una
tumba común.»
5 Poco después de mi plegaria amainó casi del todo
el huracán y la ferocidad de las olas se calmó. El mar
estaba lleno de cadáveres. Al grupo de Menelao las olas
lo aproximaron con mayor prontitud a la costa, que
era la de Egipto, en un paraje que estaba entonces en
6 manos de bandidos [162]. Y nosotros hacia la tarde fuimos
a parar a Pelusio [163], y con la dicha de tocar tierra dimos
gracias a los dioses. Luego nos acordamos con dolor

161 Cf. *Odisea* X 124.
162 Cf., luego, 9, 2 ss.
163 Al E. del Delta del Nilo.

de Clinias y de Sátiro, en la idea de que estaban muertos[164].

Hay en Pelusio una imagen sagrada de Zeus Ca- 6
sio[165]. Esta imagen representa a un joven que más bien se parece a Apolo, dada su edad. Tiene una mano tendida y sobre ella una granada, que tiene un significado
místico[166]. Nosotros elevamos entonces una oración al 2
dios y le rogamos que nos diese alguna señal respecto a Clinias y Sátiro (pues se decía que tenía el don profético) y luego dimos una vuelta alrededor del templo. En la parte posterior vimos un cuadro dividido en dos mitades, con el nombre del pintor inscrito: Evantes[167].
El cuadro representaba a Andrómeda y a Prometeo, 3
ambos encadenados, razón por la que creo que el pintor los reunió en un mismo cuadro. También en los
demás aspectos las dos pinturas eran parejas: en am- 4
bas unas peñas servían de prisión, en ambas los verdugos eran bestias, en un caso del aire, en el otro del mar. Les prestaban auxilio dos argivos de la misma estirpe, a él Heracles, a ella Perseo, aquél disparando su dardo contra el ave de Zeus, éste en pugna con el monstruo

---

164 Cf., después, 17, 1 y V 8, donde reaparecen Sátiro y Clinias respectivamente.

165 Cerca de Pelusio estaba, efectivamente, uno de los dos lugares donde se daba culto a Zeus bajo la advocación de Casio (el otro estaba en Siria).

166 Sobre la estatua y el posible sincretismo que conlleva, véase C. Bonner, «Harpokrates (Zeus Kasios) of Pelusium», *Hesperia* 15 (1946), 51-9. En cuanto a este «significado místico», G. Anderson, «The Mystic Pomegranate and the Vine of Sodom: Achilles Tatius 3, 6», *Am. Journ. of Philol.* 100 (1979), 516-518, apunta entre otras posibilidades la de la *muerte aparente*, que es recogida, por ejemplo, en las interpretaciones de sueños, lo que implicaría un preanuncio de lo que le ocurrirá a Leucipa próximamente (15, 4 s.) y concuerda muy bien con el inmediato contexto premonitorio.

167 Verosímilmente, un nombre inventado por el autor.

de Posidón. Aquél estaba a pie firme, apuntando con su arco en tierra; éste pendía del aire con sus alas.

7 La peña tenía una cavidad con las dimensiones de la joven, cavidad que significaba que mano alguna la había excavado, sino que era natural, pues el pintor había dibujado el hueco con las mismas asperezas con
2 que la tierra lo formó. Ella estaba metida en el interior de este refugio y, si se reparaba en su belleza, lo que se veía daba la impresión de una estatua recién esculpida, pero si se prestaba atención a las cadenas y al monstruo, parecía un sepulcro improvisado. En su
3 rostro se mezclaban la hermosura y el pavor. En las mejillas tenía su asiento el miedo, de sus ojos brotaba la flor de la belleza. Pero ni la palidez de sus mejillas estaba por entero falta de color, sino que estaba suavemente teñida de rojo, ni la lozanía de sus ojos se hallaba libre de congoja, sino que recordaba a las violetas cuando comienzan a marchitarse: así el artista la había
4 engalanado con un hermoso temor. Los brazos se los había extendido sobre el interior de la peña y una cadena aprisionaba uno y otro por arriba trabándolos a la roca, quedando las manos [168] pendientes como los racimos de una vid. Los brazos de la joven eran de un blanco tan puro que rayaba en lividez y sus dedos pa-
5 recían los de un muerto. Así estaba encadenada, a la espera de su muerte. Era su atuendo el de una novia, como si luciese las galas de una mujer destinada a ser esposa de Aidoneo [169]. Su vestido le caía hasta los pies. El color del vestido era blanco y el tejido tan sutil que semejaba una tela de araña, no con la trama propia del vellón de las ovejas, sino con la de la lana de las criaturas aladas, como el tejido que urden las

168 Literalmente, «las muñecas» (*karpoí*), término forzado por un rebuscado juego de palabras entre *karpós*, «muñeca» y «fruto».

169 Es decir, Hades, dios del reino de los muertos.

mujeres de la India con hilos que extraen de los árboles[170]. Y el monstruo, frente a la joven, emerge desde 6
abajo hendiendo el mar. Gran parte de su cuerpo está aún envuelta por las olas y solamente su cabeza surge de las aguas. Pero bajo las olas aparecían en la pintura el sombreado de su lomo, sus abultadas escamas, el arqueado cuello, su crin de espinas y la enroscada cola. El hocico era grande y alargado y estaba abierto en 7
toda su extensión hasta la unión de los hombros, siguiendo luego sin transición la panza[171]. Perseo había sido pintado entre el monstruo y la joven, bajando del aire, dirigiéndose en su descenso contra la bestia, totalmente desnudo, con sólo una capa en torno a los hombros, sandalias en los pies junto a sus alas y un casco cubriéndole la cabeza, casco que representaba el yelmo de Hades[172]. Con su siniestra sujeta la testa de la Gorgona, llevándola por delante a modo de escudo. Ésta infunde espanto, incluso así en simples colores: los ojos desorbitados, erizados los pelos de las sienes, 8
las serpientes erguidas, harto amenazadora hasta en una pintura. Tal es el arma que porta en su izquierda Perseo, en tanto que su diestra está armada con un hierro de doble naturaleza, dividido entre una hoz y una espada. El mango de ambas por debajo comienza 9
siendo común, hasta la mitad del hierro es espada y luego se hiende con una parte puntiaguda y otra curva. La porción con punta sigue como espada, tal cual comenzó, mientras la parte curva forma una segadera,

---

170 Alusión evidente a la seda y no al algodón, como han creído algunos (por ej., Grimal, que no ha entendido correctamente el texto).

171 La descripción coincide, en parte, con la de un cocodrilo (cf. IV 19), pero con una fuerte dosis de fantasía.

172 Que permitió a Perseo hacerse invisible en el episodio de su lucha con las Gorgonas.

para que con un solo golpe la una hiera y la otra mantenga el tajo[173]. Tal era el episodio de Andrómeda.

8 Al lado estaba el de Prometeo. Aparecía Prometeo encadenado con hierro y con piedra y Heracles armado con arco y con lanza. Un ave disfruta de un festín en el interior de su vientre: está abriéndolo, o más bien
2 lo tiene ya abierto, su pico ha penetrado en la abertura y parece estar escarbando en la herida y buscando el hígado, el cual se observa en la medida en que el pintor ha mostrado abierta la profundidad de la llaga. Y aprieta contra el muslo de Prometeo el filo de sus ga-
3 rras. Él con el dolor está totalmente contraído, se ha vuelto de costado y alza el muslo para su propio daño, pues acerca el ave a su hígado. Su otra pierna en cambio contrarresta la contracción estirándose hacia abajo,
4 hasta los tensos dedos del pie. El resto de la figura revela su sufrimiento: las cejas arqueadas, los labios contraídos, los dientes a la vista. Como si la pintura pudiera sentir dolor, cualquiera se hubiese apiadado.
5 Pero en ayuda del desdichado viene Heracles: está de pie apuntando con su arco al verdugo de Prometeo. El dardo está ya fijado en el arco, con la presión de su mano izquierda mantiene tenso el arco ante sí, mientras atrae su diestra hacia su pecho y tirando de la
6 cuerda tiene doblado por detrás el codo. Todo en fin, el arco, la cuerda, el brazo diestro, está a la vez replegado: el arco se curva por obra de la cuerda, la cuerda se dobla con el esfuerzo de la mano, el brazo se reclina
7 contra el pecho. Y Prometeo está al tiempo lleno de esperanza y miedo, pues pone su mirada ya en su herida, ya en Heracles, y, aunque ansía concentrar en él sus ojos, su tormento atrae la mitad de su mirada.

9 Pasamos allí dos días recuperándonos de nuestros infortunios y, alquilando un barco egipcio (teníamos

173 Cf. Ovidio, *Metamorfosis* IV 720 y 727.

una pequeña cantidad de oro que llevábamos en los cinturones), navegamos por el Nilo rumbo a Alejandría, resueltos a parar allí principalmente y con el pensamiento de que tal vez encontrásemos en ese lugar a nuestros amigos, si es que habían arribado. Pero, cuan- 2
do alcanzamos una población[174], de repente oímos un gran griterío.

«¡Los Vaqueros!», exclamó el barquero, mientras hacía virar la barca con la intención de navegar de vuelta.

Al mismo tiempo se cubrió la tierra de gentes feroces y salvajes, de hombres todos de alta estatura y de tez negra (no de tanta pureza como la de los indios, sino como podría ser la de un mestizo etíope), con cabezas rapadas, pies menudos y gruesos cuerpos. Y todos hablaban una lengua extraña[175]. Con un «¡esta- 3
mos perdidos!» el piloto detuvo el barco, pues el río se estrechaba en aquel punto, y subiendo a bordo cuatro de los piratas se apoderan de cuanto había en la nave, se llevan nuestro oro y, atándonos y encerrándonos en un camarote, se marchan luego de dejarnos unos vigilantes y con el propósito de conducirnos al día siguiente ante su *rey*, título con el que nombraban al bandido de más categoría[176]. Se trataba de un camino de dos días, según escuchamos de boca de los que habían sido apresados con nosotros.

A la llegada de la noche, echados allí, según está- 10
bamos cargados de cadenas, y dormidos los guardianes, entonces, cuando ya me fue posible, rompí a llorar por Leucipa. Reflexionando en cuántos infortunios le había

---

174 Posiblemente, Bubastis.

175 Sobre estos «Vaqueros» o «Pastores», bandidos de la zona del Delta, cf., luego, IV 12, así como JENOFONTE DE ÉFESO III 12, 2, y sobre todo HELIODORO, I 5 ss.

176 Y que luego (12, 1) aparecerá simplemente como «cabecilla».

acarreado por mi culpa, gemía en lo profundo de mi alma, aunque soterraba en mí el sonido de mis sollozos.

«¡Dioses y espíritus divinos!, exclamaba, si es que existís y me prestáis oído, ¿qué falta tan grave hemos cometido para vernos sumergidos en pocos días en tan
2 gran número de males? Y ahora, además, nos ponéis en manos de unos bandidos de Egipto, para que ni aun compasión hallemos. Pues a un bandido griego nuestra voz lo hubiera conmovido y el ruego ablandado, ya que con harta frecuencia la palabra es procuradora de la compasión: que la lengua, al prestar sus servicios a los dolores del alma que así se vierten en una súplica, amansa la cólera del corazón de sus oyentes.
3 Mas, en este caso, ¿a qué habla recurrir en nuestros ruegos? ¿Qué juramentos alegar? Por más que uno sea más seductor que las Sirenas, el asesino no prestará oídos. Sólo con signos habré de suplicar y hacer patentes mis ruegos con gestos de mis manos. ¡Qué infortunio!: me pondré ya a bailar el fúnebre plañido [177].
4 Ahora bien, por lo que a mi sino atañe, aunque alcance el colmo de la desgracia, menos me duelo, pero en cuanto al tuyo, Leucipa, ¿con qué boca lo deploraré?, ¿con qué ojos verteré lágrimas por él? ¡Tú, tan leal a las condiciones que el amor te impuso, tan generosa
5 con un enamorado de triste fatalidad! ¡Qué lindas galas las de tu boda!: por alcoba la prisión, el suelo por lecho, por collares y brazaletes cuerdas y lazos, por dama de honor un bandolero que duerme ahí al lado. En vez de cánticos de boda se te entona el plañido
6 luctuoso. Ha sido en vano, mar, que te hayamos dado gracias. Te reprocho el que nos fueras tan benévolo [178].

---

177 Vilborg señala un paralelo de esta rebuscada frase en HELIODORO, VI 8, 3. Clitofonte funde su mortal premonición con la grotesca visión de sí mismo suplicando mímicamente a los bandidos.

178 Cf., antes, 5, 4 ss., y para una expresión parecida CARITÓN, III 6, 6.

Más favorable has sido para aquellos que mataste, mientras que a nosotros, al salvarnos, mayor muerte nos has dado. Nos rehusaste el que hubiésemos perecido sin ser víctimas de estos malhechores.»

Éstos eran mis lamentos en silencio, sin que pu- 11
diera entregarme al llanto, pues es ésa una propiedad de los ojos en las grandes desventuras. En los infortunios moderados las lágrimas fluyen libremente. A quienes los sufren les sirven como súplica ante sus verdugos y a los dolientes les libran de sus penas, como cuando supura un absceso inflamado. En cambio, en las desgracias desmedidas también huyen las lágrimas y
son traidoras a los ojos. La pena, al tropezar con ellas 2
cuando suben, reprime su vigor y las trasvasa arrastrándolas consigo hacia abajo. Ellas, desviadas de su ruta hacia los ojos, destilan hasta el alma y agravan sus heridas.

Entonces le digo así a Leucipa, que estaba totalmente silenciosa:

«—¿Por qué callas, amada mía, y no me dices ni una palabra?

»—Porque —me replica— antes que mi alma, Clitofonte, ya mi voz ha dejado de existir.»

Entregados a este coloquio, no nos dimos cuenta de 12
que llegaba el alba. Y se presenta uno a caballo con una melena abundante y desgreñada. Larga era también la crin de su corcel, y estaba en pelo, sin montura ni arreos, ya que tales llevan sus cabalgaduras los bandoleros. Llegaba de parte del cabecilla de los bandidos y dijo así: «Si entre los cautivos hay alguna doncella, que se la ponga aparte para el dios. Será sacrificada y servirá de purificación para la tropa.»

Se dirigen los demás al punto hacia Leucipa. Ella 2
se aferraba colgándose de mí y lanzando gritos. Pero unos piratas tiraban y otros repartían golpes: es decir, tiraban de Leucipa y me golpeaban a mí. Y al fin al-

zándola por lo alto se la llevan, mientras a nosotros nos conducían sin tales prisas y encadenados.

13 Cuando hubimos avanzado a dos estadios[179] de la aldea, se escuchó un gran griterío y un tañido de trompeta y apareció una formación de soldados, todos de infantería pesada. Los bandidos, al verlos, nos pusieron en medio y esperaron que se acercaran con la intención
2 de defenderse. A poco llegaron aquéllos, en número de cincuenta, unos con escudos que los cubrían hasta los pies[180] y otros con rodelas. Los bandidos, mucho más numerosos, recogieron terrones y se pusieron a arro-
3 járselos a los soldados. Estos terrones de Egipto hacen más daño que cualquier piedra, por ser pesados y estar llenos de asperezas y salientes, y estos salientes están constituidos por filos de piedras. De suerte que, cuando se tiran, causan a la vez una doble lesión: una hinchazón, como de una pedrada, y heridas, como de
4 flechazos. Pero, recibiéndolos con sus escudos, los soldados escasamente se preocupaban de los que les arrojaban las piedras y, cuando al fin se fatigaron los bandidos de tirárselas, despliegan su formación y de entre la infantería pesada salen a la carrera hombres con armamento ligero, con un venablo y una espada cada uno, y a la vez disparan el venablo, sin que haya uno
5 que no acierte en su blanco. A continuación cargan las oleadas de la infantería pesada y el combate se endurece y se golpean unos a otros, hiriéndose y degollándose. El entrenamiento compensó en el bando de los soldados la escasez del número, y nosotros, cuantos éramos cautivos, al observar que un sector de los piratas flaqueaba, nos lanzamos juntos al ataque, lo atravesamos rompiendo sus líneas y corrimos al lado de
6 sus enemigos. Los soldados, que no nos conocían, se

179 Unos 350 ms.

180 También en JENOFONTE, *Anábasis* I 8, 9, se describen soldados egipcios con grandes escudos.

aprestaron primero a acabar con nosotros, pero cuando nos vieron desarmados y cargados de cadenas, sospechando la verdad, nos acogieron tras sus filas y
enviándonos a la retaguardia nos dejaron en paz. En- 7
tretanto un mayor número de tropas, a caballo, acudió. Cuando estuvieron cerca, desplegaron su formación por ambas alas rodeándolos, y, estrechando el cerco, acabaron con ellos. Unos quedaron allí tirados, muertos; otros aun medio muertos proseguían la lucha y al resto los capturaron vivos.

Era ya por la tarde. Y el comandante nos preguntó 14
por separado a cada uno quiénes éramos y cómo habíamos sido cautivados. Cada cual le hizo su relato y yo el mío. Y al fin, cuando estuvo enterado de todo, nos indicó que lo acompañásemos y prometió personalmente darnos armas, pues había planeado esperar a su ejército y dirigirse contra el reducto principal de los
bandidos, que, se decía, eran unos diez mil. Yo pedí un 2
caballo, ya que estaba excelentemente ejercitado en cabalgar. Cuando me lo trajeron, le hice dar vueltas en una correcta exhibición de las evoluciones propias de la caballería en combate, hasta el punto de que el mismo comandante me aplaudió con entusiasmo. Me sentó aquel día a su mesa y mientras cenábamos me interrogó sobre mi vida y se compadeció al escuchar-
me. Y es que el ser humano, al oír los males de los 3
otros, los comparte compasivamente, y la compasión con frecuencia acarrea por su mediación la amistad. Pues el alma, enternecida ante las penas que oye contar, compenetrándose gradualmente con las desgracias que escucha, convierte la compasión en amistad y la
pena en conmiseración. De tal modo, pues, afecté al 4
comandante con mi relato que hasta se le saltaron las lágrimas. Pero no podíamos hacer nada más, dado que Leucipa seguía en manos de los bandidos. E incluso

puso a mi servicio un criado egipcio para que me aten-
diera.
15 Al día siguiente hizo preparativos, a base de relle-
narla, para el paso de una zanja que nos obstaculizaba.
Pues justamente veíamos a los bandidos que estaban
con el grueso de sus efectivos y en pie de guerra al otro
lado de la zanja. Habían improvisado un altar, hecho
2 de barro, y cerca del altar estaba un féretro. Pues
bien, dos de ellos traen a la joven con las dos manos
atadas a la espalda. No vi quiénes eran [181], porque tenían
la armadura puesta, pero sí reconocí que la joven era
3 Leucipa. Luego, tras verterle una libación en la cabeza,
le hacen dar una vuelta en torno al ara, acompañándola
uno con una flauta y entonando el sacerdote, según pa-
recía, un cántico egipcio, pues los movimientos de la
boca y las contracciones de la cara mostraban que es-
4 taba cantando [182]. A continuación, a una señal conve-
nida, todos se retiran lejos del altar. Uno de los dos
mozos, haciéndola echarse de espaldas, la ató a unas
estacas clavadas en el suelo, tal como los que hacen
figurillas representan a Marsias atado al árbol [183]. Des-
pués, echando mano a una espada, se la hunde por la
parte del corazón y, haciéndola descender hasta el bajo
5 vientre, se lo abre. Al momento brotaron las entrañas
y, extrayéndolas con las manos, las depositan sobre el
ara, y, tras asarlas, se aplican todos a trincharlas y
comerlas [184]. Al ver esto, a cada acto que se iba ejecu-

---

181 Hecho que tendrá su importancia más tarde (cf. la explicación de 21 s.).

182 La distancia era, pues, suficiente para no poder percibir la voz del cantor, lo que no implica forzosamente que la zanja, sobre la que no se nos dan detalles, debiera ser muy ancha. El autor puede haber tenido en la memoria un pasaje como el de JENOFONTE, *Anábasis* I 7, 14 ss.

183 Sobre Marsias, cf. n. 184 de la traducción de LONGO.

184 Tenemos alguna otra noticia antigua sobre los sacrificios humanos practicados por los «Vaqueros» egipcios, aparte

tando, los soldados y el comandante lanzaban gritos y apartaban la vista del espectáculo. Pero yo, contra todo lo previsible, seguía sentado mirando. Estaba pa- 6
ralizado, pues la inconmensurable desgracia me había fulminado. Y es posible que la leyenda de Niobe no sea falsa, sino que aquélla, al acaecerle también algo semejante con motivo de la muerte de sus hijos, hiciera creer por su inmovilidad que se hubiese convertido en piedra.

Cuando el acto acabó, según al menos yo pensé, me- 7
tieron el cuerpo en el féretro y lo dejaron allí poniendo encima la tapa; derribaron el altar y escaparon sin mirar hacia atrás. Pues el sacerdote les había dicho en su predicción que obraran así.

Por la tarde la zanja quedó por completo rellena. 16
Los soldados, tras franquearla, acampan un poco más allá de ella y se ponen a preparar la cena. Y el comandante trataba de animarme en mi penoso estado.

Hacia la primera guardia de la noche, esperando a 2
que todos estuviesen dormidos, echo a andar llevando la espada con la intención de suicidarme sobre el féretro. Y, cuando estuve cerca, alcé la espada mien- 3
tras decía: «Leucipa, desdichada, la de más triste sino de todos los humanos, no deploro sólo tu muerte ni que hayas perecido en tierra extraña ni que se te haya ferozmente degollado, sino que se haga tal escarnio de tus desventuras, sino que hayas servido para purificar cuerpos impuros y te hayan dado de tajos aún viva, ¡ay de mí!, y viendo cómo te descuartizaban con tus propios ojos; sino que hayan dividido el santuario de tu vientre y dado por tumba un mísero altar y un

---

de referencias como las de Jenofonte de Éfeso, II 13, o tal vez, la que se lee en las *Feniciacas* de Loliano (fr. B I, vol. 16 de esta colección).

4 mísero ataúd. Tu cuerpo yace ahí, pero ¿dónde tus entrañas? Si el fuego las hubiese consumido, la desgracia habría sido menor. Pero su sepulcro está en los bandidos que las han devorado. ¡Malditas teas de ese
5 altar! ¡Ritos con un festín jamás visto! Y en tal sacrificio tuvieron desde lo alto puestos sus ojos los dioses y no se apagó el fuego: al contrario, fue tolerado con tal mancha y elevó hasta los dioses el olor de tu carne quemada. Recibe, pues, Leucipa, de mi parte una libación digna de ti.»

17 Tras estas palabras alzo la espada para abatirla contra mi garganta. Y veo (pues había luna) a dos personas que venían corriendo presurosas frente a mí. Me detuve entonces en la creencia de que se trataba de bandidos, para poder morir a sus manos. Y en esto que se acercan y ambos lanzan un grito: ¡eran Menelao
2 y Sátiro! Yo, al ver a unos hombres, a unos amigos, que contra todo lo imaginado seguían vivos, ni los rodeé con mis brazos ni me conmocioné de la alegría: hasta tal punto me habían dejado mudo las penas de
3 mi desgracia. Ellos me sujetan la diestra y tratan de arrebatarme la espada.

«—¡Por los dioses!, no me neguéis —los interpelo— una hermosa muerte: mejor aún, un remedio para mis males. Pues ya no puedo vivir, aunque ahora me lo impongáis por fuerza, cuando Leucipa ha sido de
4 tal modo asesinada. Me arrebataréis esta espada, pero dentro de mí está clavada la espada de mi dolor y me hiere poco a poco con su tajo. ¿Deseáis verme morir de una muerte sin fin?»

Dice entonces Menelao:

«—Si es ése el motivo de que quieras morir, es tiempo de que contengas tu espada: tu Leucipa va a volver ahora mismo a la vida.»

5 Y yo pongo en él mis ojos y le replico:

«—¿Aún te mofas de mí por tan incomparable infortunio? ¡Qué bien te acuerdas, Menelao, del Zeus de la hospitalidad! [185].»

Pero él contestó, dando un golpe en el féretro:

«—Pues bien, ya que Clitofonte no me cree, sé tú, Leucipa, testigo en mi favor de que estás viva.»

Y a la vez que habla golpea dos o tres veces el 6
ataúd y me llega desde allí dentro una voz muy débil.
Me pongo a temblar al punto y miro a Menelao, en la
creencia de que era un brujo. Y él, al mismo tiempo, 7
destapó el féretro y se alzó de su profundidad Leucipa:
¡visión terrible, oh dioses, y la más estremecedora!
Todo su vientre estaba abierto y sin entrañas. Y cae
sobre mí y me abraza y así unidos ambos nos desplomamos.

Cuando, al fin, a duras penas me reanimé le digo a 18
Menelao:

«—¿No me explicarás qué significa esto? ¿No es a
Leucipa a la que estoy viendo? ¿No ella la que tengo
en mis brazos y a la que oigo hablar? ¿Entonces qué
fue lo que vi ayer? Pues una de dos, o aquello era un
sueño o lo es esto de ahora. Pero a todas luces éste 2
es un beso de verdad y lleno de vida, igual que aquellos tan dulces que me daba Leucipa.

»—Pero ahora —repuso Menelao— recobrará sus entrañas, su seno se cerrará y la verás sin la menor herida. ¡Ea!, cúbrete el rostro, pues voy a invocar a Hécate para que eso ocurra.»

Y yo, con toda credulidad, me cubrí. Y él comienza 3
a darse aires de mago y a pronunciar cierta fórmula
y a la vez que la pronuncia arranca el artilugio que

185 Esta frase, generalmente, ha sido mal entendida. De hecho, al ser Menelao un egipcio (cf. II 33, 2) y Clitofonte un extranjero, aquél tiene con éste todos los deberes propios de la hospitalidad. Pero, además, concurrían otras circunstancias que Sátiro se encargará de recordar dentro de poco (21, 6).

recubría el vientre de Leucipa y a restituirlo a su estado original. Y me dice: «¡Descúbrete!»

4 Y yo, todavía titubeando y lleno de miedo (verdaderamente creía que Hécate estaba presente), termino por apartar las manos de mis ojos y veo a Leucipa in-
5 tacta. Entonces, aún más confuso, le dirijo a Menelao este ruego:

«—Querido Menelao, si eres un ministro de los dioses, dime por favor a qué lugar de la tierra he ido a parar y qué es esto que estoy viendo.»

Y exclama Leucipa:

«—¡Deja ya de asustarlo, Menelao! Y cuéntale cómo engañaste a los bandidos.»

19 Y Menelao me da la siguiente explicación:

«—Tú sabes que soy de origen egipcio, pues te lo dije ya antes en el barco. Ahora bien, la mayor parte de mi hacienda está en los alrededores de esa aldea
2 y tengo trato con sus jefes. Cuando naufragamos y me arrojaron luego las olas a las costas de Egipto, fui atrapado en compañía de Sátiro por los bandoleros que vigilaban por allí. Conducido ante su cabecilla, al punto algunos de los bandidos reconociéndome me desatan, me dan ánimos y me invitan a compartir su
3 oficio, como se puede hacer con un amigo. Entonces les reclamé a Sátiro, como si fuera de mi propiedad, y ellos me replicaron: «Pero demuéstranos primero que eres valiente.»

En esto que reciben un oráculo: que sacrifiquen a una joven y purifiquen su banda y coman un trozo de su hígado tras haberla sacrificado; que a continuación dejen el cuerpo en un ataúd y se retiren, para que el ejército enemigo pase sobre el lugar del sacrificio [186].

[186] Verosímilmente, para que sea así afectado por su influjo mágico.

Narra tú el resto, Sátiro, pues desde ese punto la historia te corresponde a ti.»

Y cuenta así éste: 20

«—Mientras se me llevaba por la fuerza a su campamento yo, amo, iba llorando y lamentándome, enterado de la suerte de Leucipa, y le rogué a Menelao
que del modo que fuese salvase a la muchacha. Y al- 2
guna divinidad favorable vino en nuestra ayuda. La víspera del sacrificio estábamos sentados junto al mar llenos de aflicción y cavilando sobre ello. Algunos de los bandidos avistan una nave que había perdido su
rumbo y la atacan. Los del barco caen en la cuenta 3
de con quiénes han tropezado y tratan de virar en redondo, pero, como los piratas les ganan por la mano
alcanzándolos, recurren a defenderse. Precisamente 4
había entre ellos uno de esos que recitan en los teatros los textos de Homero[187]. Éste se armó con el equipo homérico, pertrechó también así a sus acompañantes
y se dispusieron a la lucha. A los primeros asaltantes 5
se les enfrentaron vigorosamente, pero, al arribar más barcas con piratas, terminan por hundirles la nave y
exterminar a los hombres que cayeron al agua. Ahora 6
bien, no repararon en un arca que quedó flotando en medio del naufragio y que, arrastrada por la corriente en nuestra dirección, fue recogida por Menelao. En un aparte y en mi presencia (pues esperaba que hubiese en su interior algo de interés) abre el arca y vemos una capa y una daga cuya empuñadura medía cuatro palmos[188], mientras que el hierro que la seguía
era muy corto, de no más de tres dedos. Al sacarla 7
Menelao e, inadvertidamente, darle la vuelta por la parte del hierro, aquella hoja se desliza, como si hu-

---

187 Sobre este pasaje, cf. M. D. Reeve, «Eleven Notes», *Class. Rev.*, N. S., 21 (1971), 327.

188 Se trata del palmo menor, en total unos 30 cms., y, por tanto, casi cinco veces más que la (aparente) hoja.

biese una cavidad en la empuñadura, hasta una longitud igual a la del propio mango. Cuando la hizo girar en sentido contrario, otra vez la hoja se incrustó en el interior de la cavidad. Sin duda aquel desdichado se servía de este arma en los teatros para las muertes simuladas.»

21 Entonces le digo a Menelao:

«—Un dios estará de nuestra parte, si tú estás dispuesto a comportarte como un hombre de bien. Pues podremos salvar a la muchacha y a la vez engañar a
2 los piratas. Escúchame de qué modo. Cogeremos una piel de oveja lo más fina posible y la coseremos en forma de saco con las dimensiones de un vientre humano; luego la rellenaremos con entrañas y sangre de animal y coseremos ese falso vientre a fin de que las entrañas no se salgan, y equipando de ese modo a la muchacha le pondremos por encima un vestido sujeto con bandas y ceñidores para disimular ese aparato.
3 Precisamente el oráculo nos es de la mayor utilidad para la farsa, ya que ordena que ella lleve puesto un vestido hasta los pies y que sea a través de éste como
4 se le dé el tajo en la mitad del cuerpo. Estás viendo qué mecanismo tiene esta daga: si se apoya contra un cuerpo, la hoja se esconde en la empuñadura como en una vaina. Los que lo ven creen que el hierro se hunde en él, pero salta a la cavidad del mango y deja fuera sólo la punta, lo suficiente para rajar el vientre postizo y para que la empuñadura roce a la víctima. Si se arranca el hierro de la herida, la hoja sale de la cavidad en la medida en que se alza la empuña-
5 dura y del mismo modo engaña a los espectadores, pues les da la impresión de haber profundizado en la herida tanto cuanto sale fuera del mecanismo. Pues bien, en estas condiciones los bandidos no pueden percatarse del truco, ya que la piel de la oveja queda oculta y al dar el tajo saltarán las mismas entrañas que nos-

otros extraeremos y ofrendaremos sobre el altar. A 6
continuación los piratas no se acercarán al cuerpo, sino que seremos nosotros los que lo depositaremos en el féretro. Has oído hace poco a su jefe decir que debes dar ante ellos alguna prueba de valor, de suerte que puedes llegarte a él y prometerle ésta.» Y, dicho esto, le supliqué que accediera invocando al Zeus de la hospitalidad y recordándole la comida que hicimos en común y el común naufragio.»

Y este hombre de bien me contestó: 22

«—Ardua es la empresa, pero por un amigo, aunque hubiese que perecer, hermoso es el riesgo y dulce sería la muerte.

»—Pero —añadí— creo que también Clitofonte sigue 2
vivo, ya que la joven, cuando la interrogué, me dijo que lo había dejado encadenado entre los cautivos de los piratas, y los piratas que llegaron huyendo hasta su jefe[189] afirmaron que todos sus prisioneros habían hallado refugio en el campamento de los soldados. Así tendrás su gratitud y al tiempo tu misericordia salvará a una joven desdichada de tan gran infortunio.»

Lo persuadí con mis palabras y la Fortuna estuvo 3
de nuestra parte. Yo me dediqué a preparar el equipo para la estratagema. Y justo cuando iba Menelao a hablarles a los piratas del sacrificio, el cabecilla se le anticipó por voluntad de algún dios diciéndole:

«—Tenemos como norma que los neófitos se hagan cargo del sacrificio, sobre todo cuando hay que inmolar a un ser humano. Te corresponde, por tanto, prepararte 4
para el sacrificio de mañana. También tu sirviente habrá de iniciarse a la vez que tú.

»—Pondremos todo nuestro empeño —le replicó Menelao— en no ser inferiores a ninguno de vosotros. Pero habremos de ser nosotros los que vistamos a la 5
joven del modo más idóneo para el tajo.

189 Detalle que no coincide con lo dicho en 13, 7.

—»Vuestra es la víctima» —repuso el cabecilla.»

6 En fin, equipamos a la muchacha por nuestra cuenta tal como ya hemos dicho y le dimos ánimos explicándole todos los detalles, incluso cómo había de permanecer dentro del féretro y que, aunque se despertara antes, debería seguir en su interior durante el día[190]. «Si tuviésemos nosotros alguna dificultad —le dijimos—, sálvate dirigiéndote al campamento del ejército.» Y la llevamos al altar. Y el resto ya lo conoces.

23 Cuando los escuché sentí muy dispares emociones y no sabía qué hacer para corresponder a Menelao. E hice lo que a cualquiera se le habría ocurrido, echarme a sus pies, abrazarlo y prosternarme como ante un dios, y mi alma se inundó de un inmenso gozo.

2 Como por lo que se refería a Leucipa todo iba bien, pregunté:

«—¿Y de Clinias, qué se ha hecho?»

Y contestó Menelao:

«—No lo sé. Pues inmediatamente tras el naufragio lo vi agarrado a la verga. Pero no tengo idea de a dónde fue a parar.»

3 Entonces prorrumpí en gemidos en medio de mi alegría, pues alguna divinidad me escatimó de inmediato aquella dicha sin sombras. Del que por mi culpa[191] había desaparecido, del que era mi segundo dueño después de Leucipa, de ése, con preferencia sobre los demás, se había apoderado el mar, para que no sólo se viese falto de la vida, sino también de sepultura[192]:

---

190 O «aguardar en su interior hasta que se hiciese de día». Pero la llegada, ya narrada, de ambos salvadores en las primeras horas de la noche (cf. 17) hace más razonable la otra interpretación. En todo caso, Aquiles Tacio no se molesta en explicarnos la razón del sueño de Leucipa, que sería el único dato en favor de la segunda de las dos traducciones.

191 Por haber emprendido el viaje sólo en razón de las dificultades en que se veía envuelto Clitofonte (cf. II 27).

192 Según una bien conocida creencia griega, el alma del

«¡Oh mar cruel —exclamé—, nos has rehusado que 4
fuese completo el alcance de tu favor!»

Volvimos, pues, al campamento juntos y pasamos al interior de mi tienda, donde estuvimos el resto de la noche. Y del suceso se enteró casi todo el mundo.

Al alba llevo a Menelao ante el comandante y le 24
explico todo lo ocurrido. Éste muestra su satisfacción,
considera como un amigo a Menelao y le pregunta de
cuántas fuerzas dispone el enemigo. Y él respondió que
toda la próxima aldea estaba abarrotada de hombres
desesperados y que se había concentrado allí una gran
cantidad de piratas, como unos diez mil. Y dice en- 2
tonces el comandante:

«—Pero nuestros cinco mil hombres se bastan frente a veinte mil de ellos. Nos llegarán además unos dos mil de las fuerzas que en la zona del Delta y de Heliópolis están de guarnición contra los bárbaros.»

En el momento en que así hablaba viene a la ca- 3
rrera un sirviente con la noticia de que había llegado
un correo del ejército del Delta a avisar de que los
dos mil hombres tardarían otros cinco días. El caso
era que, aun habiendo acabado con las correrías de
los bárbaros y cuando las fuerzas iban a marchar, se
les había presentado su ave sagrada con la tumba de
su padre. Y de ahí que les fuera forzoso aplazar la par-
tida ese número de días.

«—¿Y cuál es ese ave que merece tal honor?, pre- 25
gunté. ¿Y qué tumba es la que transporta?

»—Fénix [193] es el nombre del ave. Es originaria de Etiopía y de tamaño es como un pavo real, pero en la

---

muerto no sepultado en tierra vagaba sin reposo (cf., luego, V 16, 2). Nótese, por otra parte, el paso inesperado al estilo directo, como después, en IV 3, 5.

[193] Para la descripción de este ave fabulosa, vinculada al culto del Sol, cf. HERÓDOTO, II 73, donde se encuentra, probablemente, una de las fuentes de Aquiles Tacio.

belleza de los colores es el pavo el que sale perdedor.
2 Sus alas combinan oro y púrpura. Y se jacta de tener por amo al Sol y su cabeza da fe de ello, pues la corona una espléndida aureola circular, y el halo circular
3 es el símbolo del Sol. Esta aureola es de un color carmín comparable al de las rosas, de muy hermosa vista, con un penacho de rayos que forma el orto de sus plumas [194]. A los etíopes les corresponde el tiempo
4 de su vida, a los egipcios su muerte, pues cuando muere (lo que ocurre muy de tarde en tarde) [195], su cría la lleva hasta el Nilo, improvisándole su tumba. Excava con su pico una bola de la más aromática mirra y la ahueca en su parte central lo suficiente para la tumba del ave, ya que esta cavidad sirve de caja al cadáver.
5 Mete y acomoda el ave en este féretro, ciega el agujero con una plasta de barro y vuela así cargada con su obra hasta el Nilo. La sigue un séquito de otros pájaros, como si fueran guardianes, pareciendo el ave un rey
6 que sale de viaje, y no yerra su camino hacia Heliópolis, donde residirá el pájaro difunto. Se posa entonces en un lugar elevado, desde donde otea y acoge a los ministros del dios [196]. Llega un sacerdote egipcio trayendo un libro del interior del santuario y comprueba
7 con un grabado que se trata del ave verdadera. Ella se sabe objeto de tal desconfianza y pone a la vista las partes ocultas de su cuerpo, muestra el cadáver y es un experto orador de oraciones fúnebres [197]. Los hijos de los sacerdotes [198] de Helios reciben el ave

---

194 Juego de palabras sobre el «nacimiento» del Sol y el de las plumas (comparables a los rayos del Sol) del ave.

195 A los quinientos años, según HERÓDOTO, *loc. cit.*

196 Helios, el Sol.

197 Generalmente se interpreta esta frase en relación con noticias sobre la hermosa voz de que estaba dotada el ave. La idea de esta oración fúnebre parece ser una ocurrencia del propio novelista.

198 Perífrasis, por «los sacerdotes».

muerta y la entierran. En fin, que en vida es etíope porque allí se nutrió, y al morir egipcia porque allí se enterró [199].

---

199 El autor juega con las palabras *trophé* y *taphé*.

LIBRO CUARTO

1 Enterado el comandante de las fuerzas del enemigo
y del retraso de la llegada de los socorros, resolvió re-
tirarse a la aldea de donde habíamos partido, hasta
que se presentasen los refuerzos. A mí y a Leucipa se
nos reservó una vivienda a escasa distancia del aloja-
2 miento del comandante. Y, una vez dentro, la abracé
y quise hacerla mía. Pero como ella no consintiera,
dije:
3 «—¿Hasta cuándo nos veremos privados del culto
de Afrodita? ¿No ves qué peripecias sorprendentes nos
ocurren: naufragio, piratas, sacrificios y muertes? ¡Ea!,
mientras la suerte nos depara una bonanza, disfrutemos
de la ocasión antes de que alguna adversidad aún ma-
yor nos alcance.»
Pero ella repuso:
4 «—No nos está permitido llegar ya a ese punto. La
diosa Ártemis se me mostró en sueños antes de ayer,
cuando lloraba porque iban a matarme, y me ordenó:
«No es hora de llantos, puesto que no vas a morir. Yo
vendré en tu auxilio. Y seguirás siendo doncella hasta
tanto que yo te ponga tus galas de novia. Pero tu es-
5 poso no será ningún otro que no sea Clitofonte.» Y yo,
aunque sufrí por el aplazamiento, me sentí dichosa por
las esperanzas de nuestro porvenir.»

Cuando la oí contar su sueño me acordé de haber tenido uno semejante: en la noche anterior se me an-

tojó ver un templo de Afrodita y, dentro, la imagen 6
de la diosa. Al aproximarme con el fin de dirigirle una
plegaria, se cerraron las puertas. En medio de mi des- 7
corazonamiento se me apareció una dama con un gran
parecido con la estatua y me anunció: «No te corres-
ponde por ahora penetrar en el templo. Pero, si aguar-
das un breve plazo, no sólo te daré acceso a él, sino
que, incluso, te haré sacerdote de la diosa.»

Le conté este sueño a Leucipa y desistí ya de for- 8
zarla. Pero la comparación entre mi sueño y el de Leu-
cipa me dejó muy preocupado.

Entretanto, Cármides (así se llamaba el comandan- 2
te) había puesto sus ojos en Leucipa, teniendo la
cosa origen en lo siguiente:

Unos hombres habían capturado una bestia del río
digna de verse. Los egipcios le daban el nombre de 2
«caballo del Nilo»[200], y son de un caballo, tal como
pretende el término, su panza y sus patas, menos en
su casco hendido. De tamaño es como el más gigan-
tesco buey; la cola, corta y sin pelos, porque así es el
resto de su cuerpo. La cabeza es redondeada, las ore- 3
jas pequeñas y sus carrillos recuerdan los de un ca-
ballo. Sus ollares están muy dilatados y exhalan un
vapor ardiente, como si procediera de una fuente de
fuego. La quijada es ancha, igual que los carrillos. Abre
la boca hasta las sienes y posee también colmillos
corvos, con forma y posición como los de un jabalí,
pero de tamaño tres veces mayor.

Pues bien, el comandante nos llamó para que fué- 3
semos a verla. Estaba presente Leucipa y, mientras
nosotros teníamos los ojos en la bestia, el comandante
tenía los suyos en Leucipa. Y al punto quedó prendado
de ella. Con el deseo, por consiguiente, de que perma- 2
neciésemos allí lo más posible, para el deleite de sus

---

200 Este nombre, que sepamos, no se lee en ningún otro autor. Naturalmente, se trata del hipopótamo.

ojos, trataba de prolongar la conversación, primero con detalles sobre la naturaleza del animal, luego incluso sobre la manera de cazarlo: que es de una gran voracidad y se traga un trigal entero, y que se le caza
3 con un engaño. Pues observando sus movimientos habituales, excavan una zanja que disimulan por encima con bálago y una capa de tierra. Debajo del artilugio hecho de bálago, en el fondo, colocan una caseta de madera con la puerta abierta en dirección al techo
4 del foso y acechan hasta que la bestia cae. Al pisar encima inmediatamente se precipita y la recibe la caseta, como si fuese una guarida. Los cazadores salen corriendo a cerrar sin pérdida de tiempo la entrada que sirve de cubierta y asegurarse así su presa, ya que, dada su fortaleza, nadie podría dominarla por la fuerza.

5 —Pues[201] en el resto de su cuerpo tiene una gran robustez y, como veis, posee una piel gruesa que no cede cuando se le hiere con un hierro, siendo, por decirlo así, un elefante egipcio, ya que en vigor va detrás del elefante de la India.

4 «—¿Es que has visto ya alguna vez un elefante?, preguntó Menelao.

»—Efectivamente —contestó Cármides—. Y he oído contar a los que están bien enterados el curioso modo que tienen de nacer.

2 »—En cambio nosotros —dije yo— hasta la fecha no los hemos visto, excepto pintados.

»—Puedo describíroslo —añadió—, ya que tenemos vagar. La madre lo lleva en su vientre por un plazo muy largo, pues da forma al germen en diez años[202], y luego lo pare tras un ciclo tan prolongado, cuando la

---

201 Paso brusco, ya comentado, del estilo indirecto al directo.

202 Otras noticias antiguas apuntan a un embarazo de sólo dos años (cf. PLINIO, *Hist. Nat.* VIII 13).

cría es ya adulta. Por eso, creo, llega a tener tan gran 3
tamaño, su fuerza es invencible, su vida es larga y tarda tanto en morir. Su vida, según cuentan, sobrepasa
a la de la corneja de Hesíodo[203]. La quijada del elefante 4
es parecida a la cabeza del buey, pues al verla se podría afirmar que su boca tiene dos cuernos, cuando en realidad los del elefante son colmillos curvados. Entre estos colmillos se le alza una trompa, una especie de trompeta por el aspecto y el tamaño, y que se acomoda
a las necesidades del elefante: recoge su alimento y 5
todo lo que a su paso encuentra comestible; si es comida propia de elefante, la toma y, curvándose hacia abajo, hacia la quijada, se la sirve en la boca; si se trata de algún fruto muy en sazón, lo rodea, abrazando su botín, lo alza y se lo alarga como presente
a su amo. Pues sobre él se sienta un etíope, novedoso 6
caballero de elefante, y lo halaga y lo teme, atiende sus voces y tolera que lo azote, para lo que sirve como
látigo un hacha de hierro. También he visto en cierta 7
ocasión un espectáculo inaudito: un griego puso su cabeza a la altura de la mitad de la cabeza de la bestia; el elefante tenía su boca abierta y envolvía con su aliento al hombre así situado[204]. Yo me sorprendí tanto del atrevimiento de éste como de la mansedum-
bre del elefante. Pero el individuo me explicó que 8
había pagado por ello al animal, ya que su aliento sólo es inferior a los perfumes de la India y es un remedio para los dolores de cabeza. El elefante, desde luego, conoce el servicio que presta y no abre su boca gratis, sino que es uno de esos médicos pillastres que exigen sus honorarios de antemano. Si se los das, acepta y te concede sus atenciones, abre sus mandíbulas y las

---

[203] Cf. fr. 304 MERKELBACH-WEST.

[204] Este hecho es aludido brevemente por FILÓSTRATO en su *Vida de Apolonio* (II 11), pero sin más explicaciones y dentro de una amplia digresión sobre el mismo animal.

mantiene así de par en par todo el tiempo que se desea, dado que es el aroma de su aliento con lo que negocia.

5 »—¿Y cuál es el origen —inquirí— de un aroma tan grato en una bestia tan poco agraciada?»

Y Cármides respondió:

«—La razón está, precisamente, en el tipo de alimentación que voy a explicaros. El país de los indios es vecino del Sol, ya que son los indios los primeros en ver al dios cuando nace y sobre ellos cae su luz más cálida y sus cuerpos retienen el color que les da
2 su fuego. Entre los griegos se da una flor con el color de los etíopes[205], la cual, en cambio, entre los indios no es una flor, sino una hoja, como las hojas de los árboles en nuestra tierra. Ésta, recatando su olor, no revela su aroma, pues o bien vacila en alardear de su placentera propiedad ante quienes ya la conocen, o bien se la escatima a la gente de su país. Pero con sólo salir un poco de su tierra y pasar sus límites, destapa el placer que tenía escondido, se transforma de
3 hoja en flor y se impregna de aroma. Ésta es la *rosa negra* de la India[206]. Y sirve de alimento a los elefantes, igual que entre nosotros los bueyes comen hierba. Y, como el elefante se cría desde nada más nacer con ella, huele por entero como su alimento y exhala el más delicioso perfume con su aliento, que es la fuente del olor del animal.»

6 Después que el comandante hubo terminado su explicación y sin que dejara pasar sino un breve plazo, puesto que quien se ve herido no puede resistir el tormento del fuego, manda buscar a Menelao y tomándolo de la mano le dice:

---

205 El negro, naturalmente.

206 Las identificaciones propuestas para esta planta han sido varias, por ej., el clavo. Tal vez podría haber alguna relación con cierta planta aromática usada contra el mal aliento y conocida como *malabathrum* (cf. PLINIO, *Hist. Nat.* XXIII 93).

«—Sé por lo que has hecho por Clitofonte que tienes
un gran sentido de la amistad. Y verás que yo no lo 2
tengo menor que tú. Te pido un favor, que no es nada para ti, pero en cambio, si accedes a hacérmelo, a mí me salvarás la vida. Es Leucipa quien me mata: ¡sálvame tú! Ella te debe el seguir viva. De recompensa te daré por tu servicio cincuenta piezas de oro, y a ella cuanto desee.»

Y le contesta Menelao: 3

«—Guarda tu oro y resérvalo para los que venden los favores. Yo, sólo por amistad, intentaré serte útil.»

Tras estas palabras viene a mi encuentro y me lo revela todo. Reflexionamos entonces sobre qué debía-
mos hacer y nos decidimos por engañarlo. Un enfrenta- 4
miento, desde luego, no dejaba de tener el riesgo de que él empleara la violencia. Huir era imposible, por estar rodeados por piratas y por el número de soldados que lo acompañaban.

Al cabo de un poco de tiempo Menelao se dirige a 7
Cármides y le habla así:

«—El asunto está resuelto. No obstante negarse en redondo la mujer al principio, en cuanto le rogué y le
recordé el bien que le hice accedió. Pero pide algo que 2
es justo: que se le conceda retrasarlo por unos pocos días, 'hasta que llegue a Alejandría, pues este lugar es una aldea y lo que ocurre lo ven todos y hay muchos testigos'.

»—Mucho aplaza sus favores —repuso Cármides—. 3
Y es que, en una guerra, ¿quién deja para luego la satisfacción de sus deseos? Un soldado, que está a un paso del combate, ¿sabe si vivirá? ¡Son tantos los caminos que llevan a la muerte! Consigue de la Fortuna mi seguridad y entonces esperaré. Ahora voy a partir a guerrear con los Vaqueros y dentro de mi alma tiene lugar otra campaña. Un guerrero armado de arco y
dardos me saquea. Estoy derrotado, acribillado de fle- 4

chas. ¡Llama pronto, camarada, a quien me cure!: mi herida urge. Prenderé fuego a las posiciones enemigas, pero Amor encenderá otras antorchas contra mí. Lo
5 primero de todo, Menelao, ¡apaga este fuego! Un abrazo amoroso es un buen presagio antes del encuentro del combate. ¡Que Afrodita me envíe ante Ares!»

Y Menelao:

«—Pero tú ves que no es fácil que ella engañe aquí a su marido[207], que tanto la ama.

6 »—Sin embargo —insiste Cármides—, no es fácil librarnos de Clitofonte.»

Al ver, pues, Menelao el empeño de Cármides y temiendo por mí, alega con prontitud una razón convincente:

7 «—¿Quieres oír la verdadera causa del aplazamiento?: ayer le comenzó la menstruación y no puede unirse a un hombre.

»—Esperaremos entonces —repuso Cármides— tres
8 o cuatro días aquí, que serán suficientes. Pero solicito de ella algo que sí le es posible: que se presente ante mi vista y hable conmigo. Deseo oír su voz, coger su mano, tocar su cuerpo, consuelos todos esos de los enamorados. Y también puedo besarla, ya que para eso no es obstáculo su vientre.»

8 Cuando vino Menelao y me avisó de la nueva situación, me puse a gritar que antes moriría que permitir que los besos de Leucipa fuesen de otro:

2 «—¿Pues qué hay más dulce que ellos? El acto de Afrodita tiene un límite y te sacia y no vale nada si quitas de él los besos. El beso, en cambio, no posee

---

207 Algunos traductores y comentaristas se empeñan en aclarar que se trata de «su futuro marido» (como luego en 15, 2, «tu futura esposa»), sin que esto sea necesario. En realidad, era lógico que la pareja formada por Leucipa y Clitofonte pasase por un matrimonio a los ojos de quienes no los conociesen de un modo íntimo.

término ni sacia y cada vez nos trae una novedad. Hay tres cosas de la mayor belleza que proceden de la boca: el aliento, la voz y el beso. Nos besamos con los labios, 3
pero la fuente del deleite se origina en el alma. Créeme, Menelao, lo que te digo (en medio de mis males no respetaré mi secreto): sólo besos es lo que yo poseo de Leucipa. Aún es virgen y es mi esposa sólo en la medida en que nos hemos besado. Pero si alguien va 4
a arrebatarme también esto, no soportaré tal daño. Mis besos no sufrirán un adulterio.

»—Pues bien —dijo Menelao—, hemos de tomar una decisión que sea la mejor y la más rápida. Pues un 5
enamorado, en cuanto conserva la esperanza de su éxito, tiene paciencia, ya que cree que sus esfuerzos lo llevan precisamente al éxito. Pero si pierde la esperanza, altera su pasión aplicando su atrevimiento a dañar lo más posible lo que lo obstaculiza. Si la fuerza 6
está además de su parte, de modo que pueda actuar sin sufrir a su vez, ese estado de su alma, falto de temores, acrecienta la ferocidad de su pasión. Y, para colmo, las circunstancias agravan la difícil salida de nuestra situación.»

Andábamos en estas reflexiones cuando entra un 9
hombre corriendo, todo trastornado, y nos cuenta que Leucipa mientras paseaba se había desplomado repentinamente con la mirada extraviada. Saltamos de nuestros asientos y nos precipitamos hacia ella y la vemos tirada en el suelo. Me acerqué entonces a preguntarle 2
qué le sucedía. Pero, nada más verme, da un brinco y me golpea en el rostro, con los ojos inyectados en sangre. Y hasta a Menelao, que trataba de sujetarla, le da de puntapiés. Comprendimos que su mal era un ataque de locura y cogiéndola fuertemente intentábamos dominarla. Pero ella seguía luchando con nosotros, sin cuidarse de ocultar cuanto una mujer evita exponer a la vista. Se forma, pues, un gran alboroto en torno 3

a la tienda, hasta el punto de que acude a la carrera el
propio comandante y ve lo que está ocurriendo. Al prin-
cipio sospechó que la enfermedad era un pretexto ur-
dido contra él y miraba con desconfianza a Menelao.
Mas al descubrir poco después la verdad, también se
afligió y sintió compasión. Trajeron, en fin, unas cuer-
4 das y ataron a la infeliz. Y yo, cuando vi sus brazos
amarrados, le suplicaba a Menelao (la mayoría se había
ya retirado): «¡Desatadla, os lo suplico, desatadla!: sus
tiernos brazos no resisten ataduras. Dejadme a mí con
ella. Yo solo con mis brazos la mantendré encadenada.
5 ¡Que su locura se vuelva contra mí! Pues ¿qué sentido
tiene que yo haya de seguir con vida? Leucipa, aunque
estoy a su lado, no me reconoce. La tengo aquí a mis
pies atada y, estando en mi mano el liberarla, ¡tengo
el impudor de no querer hacerlo! ¿Para esto la For-
tuna nos salvó de los piratas?: ¿para que fueses ju-
6 guete de la locura? ¡Triste sino el nuestro en cuanto
hallamos la felicidad! Escapamos de los peligros de
mi casa, para caer en el desastre de un naufragio; nos
libramos de morir en el mar, nos salvamos de los pi-
7 ratas, ¡y nos acechaba la locura! Si sanas, amada mía,
me espanta la idea de que algún nuevo infortunio te
labre el destino. ¿Quién hay de más funesto sino que
nosotros, que incluso de los momentos felices sentimos
espanto? Pero sólo con tal de que recuperes la cor-
dura y tornes a ser tú misma, ¡que vuelva a tomarnos
por juguete la Fortuna!»

10 Yo profería estas palabras y los que estaban con
Menelao intentaban consolarme asegurándome que ta-
les dolencias no eran duraderas y que era corriente
que precisamente sobreviniesen en el hervor de la ju-
ventud, ya que la sangre, al ser totalmente nueva y
estar hirviente por la plenitud de la vida, desborda con
frecuencia las venas e inundando el interior de la
2 cabeza ahoga el aliento de la razón. Que en consecuen-

cia había que mandar a buscar médicos y tratar de curarla. Entonces Menelao se acerca al comandante y le pide que mande llamar al médico del ejército. Él accedió gustoso, pues los enamorados disfrutan con las órdenes que el amor les impone. Y se presenta el mé- 3
dico, que dice: «Por ahora la haremos dormir, para apaciguar la violencia de la crisis, dado que el sueño es remedio para todas las enfermedades. Luego le aplicaremos el resto del tratamiento.»

Nos proporciona una diminuta medicina, como del 4
tamaño de un grano de arveja, y nos ordena que, disolviéndola en aceite, le untemos con ella la coronilla, añadiendo que prepararía también otro remedio para purgarla. Hicimos lo que dispuso y ella, una vez untada, 5
al poco se durmió para el resto de la noche hasta por la mañana. Y yo, sentado a su lado, pasé toda la noche en vela llorando y, con ojos puestos en sus ligaduras, exclamaba: «¡Ay, querida mía, tú maniatada incluso dormida! ¡Ni aun tu sueño tienes libre! ¿Qué visiones 6
pueden ser las tuyas? ¿Acaso en tus sueños estás cuerda, o también en ellos se manifiesta tu locura?»

Pero, una vez que se despertó, volvió a lanzar gritos sin sentido. Y el médico vino y le aplicó el otro tratamiento.

Y en esto que llega uno de parte del sátrapa[208] de 11
Egipto con una carta para el comandante, carta que, al parecer, lo apremiaba en la cuestión de la guerra, pues ordenó al punto que todos los hombres tomaran sus armas como para atacar a los Vaqueros. Al momento 2
cada cual se apresuró a correr a las armas y a presentarse junto a sus capitanes. Entonces, tras darles la contraseña y ordenarles acampar, se retiró. Y al día

[208] A pesar de que, en principio, este título parece situarnos en la época del Imperio Persa, no falta la aplicación del mismo nombre a los gobernadores romanos de época posterior (cf. FILÓSTRATO, *Vidas de los Sofistas* I 22, 3).

siguiente, al clarear, hizo partir el ejército contra el
enemigo.
3 La aldea que éste ocupaba estaba situada del modo
siguiente. El Nilo baja desde Tebas de Egipto y sigue
con un curso semejante hasta Menfis y todavía un poco
más abajo (Cercasoro se llama la aldea donde termina
4 esta gran corriente)[209]. Pero desde ese punto su curso
en torno a este lugar se divide, un solo río transfor-
mándose en tres: dos que se separan, uno por cada
lado, y le dan al paraje la forma de Delta, y el otro,
5 que fluye igual que antes de la división. Mas tampoco
cada uno de estos tres ríos sigue así su curso hasta el
mar, sino que a su paso por diferentes ciudades vuel-
ven a dividirse, siendo cada uno de sus brazos mayor
que los ríos de Grecia. Y el agua, repartida por todos
los sitios, no pierde su valor: continúa siendo navega-
ble, se bebe[210] y se la emplea en el riego de los campos.
12 El gran Nilo lo es todo para ellos: río, tierra, mar
y lago. Y se da un espectáculo sorprendente: a la par
barco y azadón, remo y arado, timón y guadaña, posada
de marinos a la vez que de labriegos, peces y bueyes
juntos. Se siembra lo que se surcó en barco, y lo que
2 se siembra es un mar cultivado. Pues el río tiene esta-
ciones y los egipcios se sientan a esperarlo, llevándole
la cuenta de los días. Y el Nilo no les falla, sino que es
un río puntual que vigila el paso del tiempo, mide sus
aguas y se niega a que puedan acusarlo de llegar con
3 retraso. Es posible ver la rivalidad de río y tierra:
disputan entre sí, el agua por hacer un mar de tanta
tierra, la tierra por absorber un mar de tantas y tan

---

209 El texto está mal transmitido en este lugar, aunque el sentido general parece claro aun sin las correcciones que algunos proponen. El nombre de esta aldea nos es conocido por Heródoto, II 15, etc.

210 Sobre este punto volverá el autor en 18, 3 ss. La potabilidad del agua del Nilo es recordada también por Heliodoro (II 28, 5) y, aún antes, por Esquilo, en *Prometeo* 812.

dulces aguas. Y ambas se hacen con idéntica victoria
y no hay derrota por parte alguna, pues el agua abarca 4
la misma dilatada extensión que la tierra. Pero, en cam-
bio, en los contornos de los pastos de los citados Va-
queros[211] hay siempre mucha agua. Cuando el Nilo con-
vierte en un mar la tierra toda, en esos lugares forma
lagunas, y tales lagunas, incluso al retirarse el río, per-
sisten, si bien con menos agua, sí con el limo que aca-
rrea. Sobre estas lagunas, ellos lo mismo andan que 5
navegan, aunque no se puede navegar con ningún otro
tipo de barcas que las que llevan un único tripulante.
Y en cambio, si es de cualquier otra clase de fuera del
lugar, el limo la anega y le impide moverse. Como ellos
manejan botes pequeños y livianos[212], con sólo una es-
casa cantidad de agua les basta. E incluso, si se quedan
en seco del todo, los barqueros alzan su barca y la
transportan a la espalda hasta que encuentran agua.

En medio de estas lagunas hay islas desparramadas. 6
En algunas no hay viviendas y están sembradas de
papiros, cuyas hileras son tan tupidas que entre ellas
sólo hay espacio para un hombre de pie, pero quedando
cubiertos por arriba los espacios entre la apretada
masa con la fronda de los papiros. Por estos pasillos 7
se deslizan los Vaqueros y allí maquinan sus ataques
y acechan sin que se les vea, con los papiros por mu-
rallas.

Algunas otras de las islas tienen chozas, que son
un remedo de una población improvisada y con la de-
fensa de las lagunas. Éstas sirven de albergue a los 8
Vaqueros.

En una de ellas, que por sus dimensiones y la mayor
cantidad de chozas se distinguía de las demás de las
cercanías (le daban, creo, el nombre de Nicoquis), era

---

211 Juego de palabras que, por lo general, suelen pasar por alto los traductores.

212 Hechos de papiro (cf. PLINIO, *Hist. Nat.* XIII 72).

donde se habían concentrado todos, como en la más sólida posición, confiados en su número y en el lugar. Pues impedía que fuese totalmente una isla un único y estrecho paso con un estadio de largo y doce brazas de ancho[213]. Y al poblado lo rodeaban por todas partes las lagunas.

13 Pues bien, cuando ven al comandante aproximarse urden la siguiente estratagema. Reuniendo a todos los viejos y proveyéndolos de palmas como signos de súplica, alinean tras ellos a los más lucidos de sus jóvenes,
2 armados con escudos y lanzas. Los ancianos debían, alzando sus símbolos de suplicantes, ocultar con la fronda de las hojas a los que los seguían, y éstos arrastrar por detrás las lanzas, para mantenerlas fuera de la vista. En caso de que el comandante accediese a las rogativas de los viejos, los lanceros tenían instrucciones de no tomar iniciativa alguna para el combate. Pero si no era así, lo invitaran a entrar en el poblado,
3 como si fueran a entregarse a la muerte, y, cuando llegasen a mitad de camino en el angosto paso, a una señal acordada los viejos se quitasen del medio, tirando los símbolos que portaban, y los hombres armados los sobrepasaran a la carrera dispuestos a hacer todo lo que estuviese en su mano.

4 Estaban, pues, dispuestos de ese modo y solicitaban del comandante que respetase su ancianidad y sus símbolos de súplica y se apiadara de su pueblo, y le prometían, para él a título privado, cien talentos de plata, y, para enviar al sátrapa, cien varones, que se ofrecían por su pueblo[214], a fin de que también pudiese aportarle
5 algún botín a aquél. Tales promesas no eran fingidas y le hubiesen entregado lo prometido si hubiera querido tomarlo. Pero, como no aceptó su propuesta, dijeron

[213] Unos 180 y 20 ms. respectivamente.

[214] No es seguro que fuese como rehenes (Gaselee), sino tal vez como esclavos, dado el contexto.

los ancianos: «¡Sea! Si ésa es tu decisión, sufriremos 6
nuestro destino. Mas, en medio de nuestro infortunio,
concédenos esta gracia: no nos mates fuera de estas
puertas ni lejos de nuestro pueblo, sino que condúce-
nos a la tierra de nuestros mayores, al hogar donde na-
cimos. Haz de nuestro pueblo nuestra tumba. Mira:
seremos tus guías hasta el lugar donde aguarda la
muerte[215].» Ante estas palabras el comandante aban-
dona los preparativos del combate y da órdenes de
que el ejército avance en son de paz.

Los Vaqueros habían destacado unos vigías para se- 14
guir los acontecimientos desde lejos, con la consigna
de que, si veían al enemigo atravesar el paso, soltaran
contra él toda el agua rompiendo el dique del río.
Pues las corrientes del Nilo están dispuestas de este 2
modo: los egipcios en cada canal levantan un dique,
para que el Nilo no se desborde antes del momento
debido inundando la tierra. Pero, cuando precisan regar
el terreno, abren una parte del dique, hasta que se al-
canza un cierto nivel[216]. Ahora bien, en la trasera de
la aldea había un canal largo y ancho con agua del río.
En ese punto los que tenían a su cargo la tarea, en 3
cuanto vieron que los enemigos penetraban en el paso,
rompieron con prontitud el dique que contenía el río[217].
Y todo sucedió a la vez: los viejos que iban al frente
se dispersan de repente, los otros alzan sus lanzas y
salen disparados, y el agua avanza, las lagunas crecen
hinchándose por todas partes y el istmo se inunda y
todo se convirtió en una especie de mar. Cayendo, pues, 4

---

215 Frase de indudable doble sentido, que una traducción como «nuestra muerte» (que hemos leído más de una vez) estropea.

216 Traducción puramente conjetural de una expresión muy discutida.

217 Este episodio, con la inundación como arma militar, no puede menos de recordar, aunque los detalles sean diferentes, HELIODORO, IX 3 ss.

los Vaqueros contra ellos, atraviesan con sus lanzas a
los que venían en vanguardia y al propio comandante,
desprevenidos y desconcertados ante el inopinado ata-
que. En cuanto a la muerte de los demás, escapa a toda
5 descripción. Unos en el momento mismo en que se
inició la embestida sucumbieron sin ni siquiera mover
sus picas, y los otros sin tiempo para defenderse, dado
que sólo caían en la cuenta del peligro en el instante
en que los alcanzaba, y algunos incluso antes de saber
que existía. Los hubo que, bajo el efecto del aturdi-
miento por lo que no se esperaban, se quedaban para-
lizados aguardando la muerte. Y otros que al intentar
moverse resbalaban, al trabarles las piernas el río, o
que al intentar huir se veían arrastrados rodando al
6 fondo de la laguna. A los que estaban de pie sobre
tierra firme el agua les llegaba hasta el ombligo, de
suerte que les desviaba los escudos y les dejaba los
vientres expuestos a las heridas. Mientras que el agua
de la laguna los cubría en todas partes por encima
7 de la cabeza. En realidad, no había modo de saber
dónde estaba la laguna y dónde la tierra. Y así quien
corría por la tierra por miedo a equivocarse huía con
demasiada lentitud, de modo que lo atrapaban pronta-
mente, y quien se extraviaba e iba a parar a la laguna,
suponiendo que se trataba de la tierra, allí se hundía.
8 Se estaba ante infortunios nunca vistos: tantos naufra-
gios sin que hubiese una nave en sitio alguno; com-
bate de infantes en medio del agua, naufragios en
medio de la tierra, lo uno y lo otro inaudito e impre-
9 visible. En cambio, los Vaqueros, enardecidos por lo
que acontecía, se llenaban de orgullo, en la creencia de
que la victoria se debía a su bravura y no a su enga-
ñoso ardid. Pues los egipcios, cuando se asustan de
un peligro, tienen una conducta servil, pero, cuando
en la brega cogen ánimos, son de una gran temeridad.
En ambos casos no se sujetan a medida alguna, sino

que en una situación de inferioridad ven un desastre y en otra ventajosa un gran triunfo.

Habían pasado ya diez días desde que Leucipa su- 15
frió su ataque de locura y la enfermedad no remitía. En una sola ocasión, mientras estaba durmiendo, dejó escapar estas palabras febriles: «Tú, Gorgias, eres la causa de mi locura.»

Por la mañana se las repetí a Menelao y me puse a indagar si había alguien llamado Gorgias en la aldea.
Al salir nosotros, se nos acerca un mozalbete, que se 2
dirige a mí diciéndome:

«—Vengo a salvaros a ti y a tu mujer.»

En mi sorpresa y con la creencia de que era un enviado de los dioses le pregunto:

«—¿No serás tú Gorgias?

»—No, por cierto —replica—, sino Quéreas. Gorgias es el que ha causado tu ruina.»

Un estremecimiento aún mayor volvió a sobreco- 3
germe[218]:

«—¿De qué ruina me hablas y quién es el tal Gorgias? Pues alguna divinidad me ha dado un aviso sobre él esta noche. Cuéntame[219] lo que sepas de esa revelación divina.

»—Gorgias era —explicó— un soldado egipcio. Pero
ahora ya no existe, víctima de los Vaqueros. Estaba 4
enamorado de tu esposa y, como era de por sí conocedor de drogas, preparó una pócima amorosa y convenció a vuestro sirviente egipcio para que tomara la pócima y la mezclara con la bebida de Leucipa. Pero él utilizó por error la pócima sin mezclar y ha sido ese
filtro el que la ha enajenado. Esto me lo contó ayer 5
el criado de Gorgias, que lo acompañó en la expedición contra los Vaqueros. Mas al parecer la Fortuna lo ha

218 Es evidente, dado el contexto, el origen religioso de la emoción experimentada por Clitofonte.

219 Seguimos aquí la interpretación de Vilborg.

preservado para vuestro bien. Pero exige cuatro piezas de oro por curarla, ya que, según dice, tiene la receta de una segunda droga por cuyo medio anulará los efectos de la anterior.

6 »—¡Bendito seas por este servicio!, exclamé. Y a ese hombre que dices, tráenoslo.»

Partió él, y yo, entrando a donde estaba el egipcio, le di de puñetazos en la cara una y otra vez, y entre gritos le decía: «¡Dime qué le has dado a Leucipa y de dónde ha venido su locura!»

Él, espantado, nos cuenta lo mismo que nos había referido Quéreas, y encerrándolo lo pusimos bajo vigilancia.

16 Y en esto que se presenta Quéreas conduciendo al individuo. Y yo les digo a ambos:

«—Tomad ya las cuatro piezas de oro de recompensa por vuestros buenos informes. Pero oíd mi parecer sobre la pócima: fijaos en que también una droga ha sido la causa del mal que ahora aqueja a esta mujer
2 y no puede menos de ser arriesgado hacer ingerir otras pócimas a un organismo ya afectado por una droga. ¡Ea!, decid los ingredientes que la forman y preparadla delante de nosotros. Y, si lo hacéis así, tendréis otras cuatro piezas de oro como pago.»

3 El hombre contestó:

«—Tus temores son justificados. Pero los ingredientes son todos corrientes y pueden tomarse sin peligro. Es más, yo mismo ingeriré la misma cantidad que ella tome.»

Al mismo tiempo manda a uno comprar y traer cada producto que le nombra. Y, tan pronto como le llegaron, en nuestra presencia trituró toda la mezcla e hizo dos partes.

«Una —explicó— me la beberé yo primero y la otra
4 se la daré a la mujer. Cuando la haya tomado dormirá

la noche entera y, por la mañana, se verá libre a la vez
del sueño y de su mal.»

Toma, pues, él el primero la pócima y el resto manda
que se lo demos a beber a ella por la tarde.

«Por mi parte, iré a acostarme —añadió—. Que así 5
lo requiere la droga.»

Y con esas palabras se ausentó, después de recibir
de mí las cuatro piezas de oro.

«—Las otras —les dije— os las daré si se cura.»

Cuando llegó la hora de que ella bebiese la droga, 17
se la serví mientras le dirigía esta invocación: «¡Oh
poción, hija de la tierra, don de Asclepio, ojalá que
resulten verdaderas tus promesas! ¡Sé más afortunada
que yo y salva a mi amada! ¡Triunfa sobre esa pócima
bárbara y cruel!»

Con estas instrucciones a la poción y un beso a la 2
copa, se la doy a beber a Leucipa. Y ella, tal como
explicó el individuo, a poco se echó dominada por el
sueño. Y yo, sentado a su lado, le decía como si pu-
diese oírme:

«—¿De verdad volveré a verte en el uso de la razón?
¿Serás capaz de reconocerme alguna vez? ¿Te oiré 3
hablar como antes? ¡Dame algún signo aun ahora dur-
miendo!: ayer mismo con toda exactitud fuiste adivina
respecto a Gorgias. Sin duda dormida eres más dicho-
sa, pues mientras despierta caes en la infelicidad de
tu extravío, en cambio tus sueños te devuelven la cor-
dura.»

En estos términos me dirigía a ella, como si Leu- 4
cipa me escuchase, y trabajosamente la tan deseada
aurora se mostró y entonces Leucipa pronunció una
palabra y ésta fue:

«—¡Clitofonte!»

De un salto me acerco a ella y le pregunto cómo se encuentra. Mas daba la impresión de que no sabía nada de lo que le había sucedido, se sorprendió al ver

5 sus ligaduras y preguntó quién la había atado. Yo, al verla en sus cabales, con gran alborozo la desaté y luego ya le conté todo lo ocurrido. Y se avergonzaba al oírme, cubriéndose de rubor, y pensaba en su con-
6 ducta de entonces [220]. Me empeñé, por tanto, en confortarla y pagué gustoso la recompensa por la poción. Y es que todos los caudales con que viajábamos estaban a salvo, ya que los que Sátiro llevaba en su cinturón cuando naufragamos no se los quitaron los piratas y, lo mismo que a él, tampoco a Menelao le sustrajeron nada de lo que tenía.

18 Entretanto, se presentó, procedente de la capital [221], una fuerza mayor para atacar a los piratas, la cual arrasó todo su poblado hasta los cimientos. Y, libre ya el río de la violencia de los Vaqueros, preparamos la navegación hasta Alejandría. Iba en el barco con nosotros también Quéreas, convertido en un amigo desde
2 que nos informó sobre la pócima. Había nacido en la isla de Faros [222] y su oficio era el de pescador. Pero, como mercenario, se había alistado en la expedición naval contra los Vaqueros [223], y, en consecuencia, al acabar la guerra se separó del ejército.

3 Después de una prolongada ausencia de barcos todo estaba ahora lleno de gente navegando y el espectáculo era de lo más encantador: tonadas de marinos, alboroto acompasado de tripulantes [224], rítmico despla-

---

220 Durante su enfermedad. Esta interpretación parece preferible a la de «pensaba que aún seguía en el mismo estado», como suele traducirse. La vergüenza de Leucipa se debe, sin duda, a los actos que ella puede suponer que obligaron a atarla.

221 Puede referirse a Alejandría o a Heliópolis.

222 Cercana, como es sabido, a la ciudad de Alejandría. Véase, después (V 6), una visita a este lugar.

223 De la que el autor no ha hecho la menor mención hasta ahora.

224 El pasaje recuerda HERÓDOTO, II 60, y, como bien dice Vilborg, la traducción usual («el rítmico batir de los remos»)

zarse de las naves. El río entero era una fiesta y la tra-
vesía tenía todo el aire de transcurrir por un río en
medio de una alegre verbena. Yo bebí entonces por
primera vez del Nilo sin mezclar su agua con vino,
porque deseaba juzgar el gusto de beberla así y el vino
hurta la verdadera naturaleza del agua. Me llené, pues, 4
una copa de transparente cristal y vi que el agua com-
petía en limpidez con la vasija y que la vasija era de-
rrotada. Su sabor era dulce y con la justa frescura
que resulta placentera. Pues sé que el agua de algunos
ríos de Grecia incluso es dañina, y era con ellos con los
que comparé el agua de este río. De ahí que los egip- 5
cios beban sus aguas puras sin temor y sin recurrir a
Dioniso. Me admiró también el modo que tienen de
beberla, ya que no la extraen con recipientes para ello
ni se sirven de vasos, porque hacen uso de una copa
natural, que es su propia mano. Si mientras navegan 6
sienten sed, se inclinan por encima de la borda adelan-
tando el rostro hacia el río, meten en el agua la mano
sumergiéndola ahuecada y, cuando está llena de agua,
la disparan contra la boca sin que fallen el blanco. Y
su boca aguarda abierta el golpe de agua, lo recibe y
se cierra sin dejarlo caer de nuevo.

Vi también otro animal del Nilo, al que elogian 19
por su vigor aún más que al caballo de río [225]. Se llama
cocodrilo. Por su forma es a la vez pez y bestia, pues
es muy largo desde la cabeza hasta la cola, pero su an-
chura no guarda proporción con su longitud. Su piel es 2
rugosa y llena de escamas, la del lomo es dura como
la piedra y negra, mientras que su panza es blanca.

---

es escasamente comprensiva: Heródoto habla del sonido de castañuelas, flautas y palmadas, y el lector puede comprobar que las demostraciones de alborozo de estas primeras travesías, después de la desaparición del peligro de los piratas, se asemejan mucho a las de la fiesta descrita por aquél.

225 Es decir, el hipopótamo.

Tiene cuatro patas, ligeramente arqueadas como las de la tortuga de tierra. La cola es larga y gruesa y posee el mismo aspecto que la parte más consistente del
3 cuerpo, ya que no es un apéndice como en los demás animales, sino el extremo del único hueso de su espina y una porción del cuerpo entero. Su parte superior está dividida en horribles púas, como los dientes de las
4 sierras, y le sirve de látigo contra su presa, al golpear con ella a sus enemigos y producirles de un solo latigazo múltiples heridas. En cuanto a su cabeza, sigue directamente a la espalda, siguiendo una línea común, ya que la naturaleza no lo ha provisto de cuello. Pero la cabeza es más terrorífica que el resto del cuerpo, con la incomparable prolongación de las mandíbulas y
5 su capacidad para abrirse por completo. Pues, mientras el animal la mantiene cerrada, es sólo una cabeza, pero, cuando la abre para capturar sus presas, es por entero boca. Abre la mandíbula superior y en cambio deja inmóvil la inferior: el desplazamiento es enorme y la abertura alcanza hasta los hombros, y luego viene
6 inmediatamente la panza. Los dientes son numerosos y están dispuestos sobre un amplio espacio, diciéndose que suman la misma cifra que días la divinidad alumbra en todo un año: ¡tanta es la cosecha que produce el campo de sus mandíbulas! [226]. Pero, si pasa a tierra firme, nadie creerá en su enorme vigor al ver cómo su cuerpo tiene que arrastrarse.

---

[226] Dentro de las abundantes dificultades textuales de este capítulo, esta frase es la más discutida sin duda. Nuestra traducción (que sigue, aproximadamente, la de Gaselee, aceptada como verosímil por Vilborg) es meramente conjetural, aunque muy probable dado el estilo del novelista. B. A. van Groningen (en su reseña de la edición de Vilborg, en *Mnemosyne* IV, 10 [1957], 91) ha propuesto otra interpretación bastante diferente, pero no muy convincente a nuestro juicio.

LIBRO QUINTO

Después de tres jornadas de navegación arribamos 1
a Alejandría[227]. Nada más entrar por la puerta que llaman del Sol se me ofreció de inmediato la resplandeciente hermosura de la ciudad, que inundó mis ojos
de placer. De un lado y de otro se extiende una recta 2
hilera de columnas desde la Puerta del Sol hasta la de la Luna[228], pues ambos son los guardianes de las entradas de la ciudad. Estas columnas forman la línea
media de la ciudad baja[229], y hay largas avenidas que 3
la atraviesan, por las que puede hacerse todo un viaje aun sin salir de la población.

Avanzado que hube unos pocos estadios por la ciudad, llegué al lugar que toma el nombre de Alejandro y allí contemplé una segunda ciudad con su belleza
dividida, pues una fila de columnas trazaba su eje 4
principal y otra idéntica el transversal[230]. Por más que mis miradas se repartían calle por calle, no saciaba

---

227 Sobre este aparente anacronismo, cf. Introducción § 2.

228 La Puerta del Sol daba paso a la ciudad por su parte oriental y la llamada de la Luna por la occidental. Entre ambas (según ESTRABÓN, XVII 1, 8) había una distancia de nada menos que unos 30 estadios (algo más de 5 Km.), que cubría una amplia avenida porticada.

229 Por oposición, sin duda, a la ciudadela y los barrios altos.

230 Probablemente, se refiere al centro de la ciudad.

mi ansia de ver y era incapaz de abarcar a la vez tal
5 maravilla. Esto miraba, estaba a punto de ver lo otro, me apresuraba a contemplar aquello de más allá y me negaba a pasar de largo ante el resto. Lo que veía se adueñaba de mi mirada y tiraba de ella lo que aún esperaba ver. Y, así, dando vueltas por todas las calles y cautivo de una pasión insatisfecha por tal espectáculo, terminé por exclamar extenuado: «¡Ojos míos, estamos vencidos!»

6 Vi dos cosas que llamaban la atención por su novedad y rareza: una rivalidad entre tamaño y belleza, un antagonismo entre gentío y ciudad, con el triunfo para ambos. Pues la una era mayor que un continente, el otro más numeroso que toda una nación. Si ponía mis ojos en la urbe, no creía que una población humana lograse llenarla; mas si contemplaba el gentío, me preguntaba pasmado si alguna ciudad tendría cabida para él. A tal extremo llegaba el equilibrio.

2 Precisamente quiso la suerte que tuviese lugar, entonces, la festividad del gran dios al que los griegos llaman Zeus y los egipcios Serapis[231]. Y había también una procesión con antorchas, espectáculo este el más
2 soberbio que he visto. Era el atardecer, a la hora en que el sol se ponía y la noche aún no llegaba: otro sol se alzaba, fragmentándose en minúsculas luminarias. El caso es que vi cómo una ciudad competía en belleza con el cielo. Y vi además a Zeus Miliquio[232] y el templo
3 del Zeus Celestial[233]. Y habiendo dirigido una plegaria al gran dios con la súplica de que por fin cesaran nuestras calamidades, fuimos al alojamiento que Menelao nos había alquilado. Pero al parecer el dios no acogió

---

231 Sobre identificaciones diversas de Serapis, cf. TÁCITO, *Historias* IV 84.

232 «Amable», epíteto de varias divinidades. Debe de tratarse de una estatua concreta.

233 El *Serapeum*.

favorablemente nuestros ruegos. Por el contrario, la Fortuna nos reservaba aún otra prueba.

La verdad era que hacía ya mucho tiempo que, sin 3
que lo supiéramos, Quéreas estaba enamorado de Leucipa, y ésa fue la causa de que nos revelase el asunto de la pócima, para conseguir trabar una relación amistosa y, a la vez, también salvar para sí a la muchacha.
Como sin duda era consciente de que no tenía fácil 2
el éxito, urde un plan. Reúne una cuadrilla de piratas, que tenían en común con él el oficio de marinos, llega con ellos a un acuerdo sobre la acción que iban a realizar, y a nosotros nos invita a desplazarnos a Faros como huéspedes suyos, con el pretexto de celebrar su cumpleaños.

Ahora bien, en el momento de salir tenemos un mal 3
presagio: un halcón, que, en persecución de una golondrina, golpea a Leucipa en la cabeza con su ala. Entonces, turbado por este suceso, alzo los ojos hacia el cielo y exclamo: «¡Oh Zeus!, ¿qué significa este prodigio que nos manifiestas? Si ese ave es de verdad un signo tuyo, muéstranos otro agüero más fácil de interpretar.»

Y me vuelvo y (pues me encontraba junto a un es- 4
tudio de un pintor) veo un cuadro allí puesto, cuyo motivo ofrecía un enigma semejante, ya que ofrecía la violación de Filomela, la brutalidad de Tereo y el episodio del corte de la lengua[234]. En el cuadro se exponía por entero el relato de lo acaecido: la tela[235] y Tereo y
su festín. Una sirvienta estaba de pie sujetando la tela 5
desplegada y, a su lado, Filomela con el dedo sobre el

[234] Sobre el tema, cf. anteriormente, notas 33 y 51, así como el relato de Ovidio, *Metamorfosis* VI 424 ss. Por un error (o corrección), fácil de comprender si se conoce la doble versión del mito, los manuscritos dan el nombre de Procne y no el de Filomela, que fue restituido, según parece, por primera vez, en la traducción italiana de Coccio.

[235] Cf. luego, 5, 5.

tejido, señalando las figuras bordadas en él. Procne te-
nía la cabeza inclinada, atenta a lo que le mostraban,
con ojos coléricos y aspecto furibundo ante la imagen
representada: la pugna lujuriosa que en el bordado
6 sostenía con Filomela Tereo, el de Tracia. La mujer
tenía el pelo en desorden, suelto el cinturón, el vestido
desgarrado y el seno medio desnudo; con su diestra
trataba de alcanzar los ojos de Tereo y con la izquierda
pretendía cubrir sus pechos con los jirones del vestido.
Tereo sujetaba a Filomela entre sus brazos, atrayendo
hacia él su cuerpo con todas sus fuerzas con un apre-
7 tado abrazo. Tales eran las imágenes que en la tela
había representado el pintor. Y en el resto del cuadro
las mujeres enseñaban a Tereo dentro de un cesto los
restos de su comida: la cabeza y las manos de un
niño[236]; y a la par estaban riéndose y llenas de espan-
8 to. Y Tereo aparecía en la pintura saltando del lecho
y, echando mano a su espada para atacar a las mujeres,
apoyaba una pierna sobre la mesa, de modo que ésta
ni estaba de pie ni derribada, pero tenía todas las tra-
zas de estar a punto de caer[237].

4 Dijo entonces Menelao: «Mi opinión es que no si-
gamos camino de Faros. Pues ves dos signos no favora-
bles: el ala del ave, que se ha abatido contra nosotros,
y la amenaza que el cuadro entraña. Los intérpretes
de los signos nos dicen que examinemos los motivos
de los cuadros que encontremos en el momento de salir
para un quehacer y que deduzcamos el futuro resul-
tado de éste por comparación con el argumento que
2 aquéllos nos expongan. Ya ves de cuántos desastres
está llena esta pintura: de una pasión ilícita, de un
adulterio deshonroso, de desdichas acontecidas a unas

---

236 Itis, hijo de Procne y Tereo.

237 Aquiles Tacio no menciona ahora (cf. luego, 5, 1) las metamorfosis con que se remata el mito y que debían seguir, seguramente, como episodio en la serie de las imágenes.

mujeres. Causas bastantes para recomendaros desistir de esta excursión.»

Me pareció que sus palabras eran razonables y me disculpé ante Quéreas por no ir aquel día. Él, desde luego, se marchó muy mohíno, asegurando que al día siguiente vendría a vernos.

Y Leucipa (pues, en cualquier caso, el sexo feme- 5
nino tiene un gran amor por los relatos) se dirige a mí con estas palabras:

«—¿Qué significa la historia del cuadro? ¿Qué pájaros son ésos? ¿Quiénes son esas mujeres? ¿Y quién es ese hombre tan vil?

»—Un ruiseñor, una golondrina y una abubilla —comienzo a explicarle—, personas los tres y, los tres, pá-
jaros. El hombre es la abubilla; en cuanto a las dos 2
mujeres, Filomela es la golondrina y Procne el ruiseñor[238]. Ellas eran atenienses. El hombre se llama Tereo, y Procne es la esposa de Tereo. Pero, al parecer, a los bárbaros no les basta una sola hembra en los asuntos de Afrodita, sobre todo cuando hay ocasión de un
placer desenfrenado. Al tracio éste, la ocasión de en- 3
tregarse a sus instintos naturales se la ofrece el afecto que profesaba Procne a los suyos[239]. Pues ésta envía a Tereo, su esposo, en busca de su hermana. Cuando él parte es aún esposo de Procne, a su regreso ya el amante de Filomela, y por el camino convierte para él
a Filomela en una segunda Procne. La lengua de Filo- 4
mela lo llena de temor, y le da como presente de boda no poder hablar en adelante, segándole la flor de la

238 Aquiles Tacio sigue la usual versión griega del mito, mientras que en la mitografía latina, como se sabe, están invertidos estos dos casos, con la metamorfosis de Filomela en ruiseñor y de Procne en golondrina.

239 Creemos que esta traducción es muy preferible a la que dan autores como Gaselee y Grimal. Aquiles Tacio sigue la misma versión que Ovidio (*Metamorfosis* VI 440 ss.) en lo tocante al motivo por el que Tereo viaja en busca de Filomela.

palabra. Mas no tuvo el logro de sus deseos. Pues el
5 arte de Filomela descubrió una callada voz: teje una
tela que llevará su mensaje, urde en la trama lo ocurrido, su mano emula a su lengua, denuncia a los ojos de
Procne lo que debió llegar a sus oídos y le cuenta con
6 la lanzadera la vejación sufrida. Procne escucha de
boca de la tela el relato de la violación y busca el modo de vengarse atrozmente de su esposo. Dos cóleras, dos mujeres, cuyo aliento se confunde al fundirse celos con agravios, maquinan una cena más funesta aún que tales
7 bodas[240]. Y la cena fue el propio hijo de Tereo, cuya madre, antes de su colérico arrebato, era Procne. Mas en ese instante se le olvidaron los sufrimientos del parto: ¡hasta tal grado los dolores de los celos triunfan, incluso, sobre los del vientre de una madre! Pues las mujeres, que solamente ponen su pasión en afligir al que ha vejado su lecho, por más que sufran un daño no menor en la empresa, compensan el infortunio que
8 padecen con el placer del que proporcionan. Tomó Tereo su infernal festín[241] y ellas fueron luego a presentarle en un cesto los restos del pequeño, con temerosas risas. Tereo ve los restos del niño, llora por tales alimentos y se reconoce como padre de su propia cena. Y, al saberlo, lo domina la locura, echa mano a su espada y corre a por las mujeres, a las que ya acoge el
9 aire. Y Tereo se eleva con ellas y se vuelve ave. Y todavía ahora conservan la imagen de aquel trance: huye el ruiseñor y lo persigue Tereo, pues tal es el odio que le guarda, aun en su condición de ser alado.»

6 Fue así como esa vez nos libramos de aquella trampa. Pero, en realidad, sólo ganamos un día, pues al siguiente Quéreas se presentó muy de mañana y

240 Las «bodas» de Tereo y Filomela, es decir, la violación de ésta.

241 Literalmente, «su festín de Erinis», propio de las Furias vengativas de la mitología griega.

nosotros, por vergüenza, no supimos negarnos. Embarcamos entonces en un bote y arribamos a Faros. Menelao se quedó, sin embargo, en la ciudad, alegando encontrarse indispuesto.

Lo primero que hizo Quéreas fue llevarnos a la 2
torre[242] y mostrarnos la construcción, que ya desde
abajo era admirable y del todo fuera de lo común. Se 3
alzaba como un monte plantado en medio del mar y que rozase las propias nubes. El agua bañaba el pie del edificio, que se levantaba suspendido sobre el mar. Allá en la cúspide del monte tenía su orto un segundo sol, piloto de las naves.

Luego nos condujo a su casa, que estaba situada al extremo de la isla, a la vera misma del mar.

Por la tarde Quéreas sale, con el pretexto de hacer 7
de vientre. Poco después se escucha de repente un grito en la puerta y al momento entra un grupo numeroso de individuos de alta estatura con espadas desenvainadas, que se precipitan todos a una a apode-
rarse de la joven. Yo, tan pronto como veo que se 2
llevan a mi amada, no puedo soportarlo y me lanzo entre sus armas. Uno me hiere en el muslo con su espada, me fallan las piernas y caigo ya chorreando sangre, mientras ellos introducen a la muchacha en
su barca y se ponen en fuga. Con el alboroto y griterío 3
que se produjo, como siempre que se trata de piratas, acude el comandante de la isla, que resulta ser un conocido mío por haber estado en el campamento[243]. Le enseño mi herida y le ruego que vaya tras los piratas. Y, como había muchas embarcaciones ancladas en la población, subiendo a una de éstas, el comandante se puso a perseguirlos con los guardias que lo acompañaban y yo embarqué con él llevado en una
litera. Pero, al ver los piratas que ya nuestra nave se 4

---

242 El famoso faro.

243 En la campaña contra los Vaqueros.

les acercaba para trabar combate, ponen sobre el puente
a la joven con las manos atadas a la espalda y uno de
ellos nos grita con un gran vozarrón: «¡Aquí tenéis
vuestro trofeo!»

5 Y le corta la cabeza y tira al mar el resto del cuer-
po. Y yo, nada más verlo, me puse a lanzar gritos y
gemidos y fui a arrojarme por la borda. Pero, como
los que estaban a mi lado me contuvieron, rogué que
detuviesen el barco y que alguien bajase hasta el agua,
por si era posible recoger el cuerpo de la joven para
6 darle sepultura. Consiente en ello el comandante, de-
tiene la nave y dos de los marineros se lanzan fuera
del barco, logran asir el cuerpo y lo suben a bordo.
Mientras, los piratas remaban con más vigor aún y, al
volver a aproximarnos, ven otra nave a la que reco-
nocen y llaman en su ayuda, pues eran pescadores del
molusco de la púrpura que practicaban la piratería al
7 mismo tiempo. Al ver nuestro comandante que eran
ya dos barcos se asustó y viró en redondo, pues los
piratas, desistiendo de su huida, nos desafiaban a com-
batir.

8 De vuelta a la costa y después de desembarcar, yo
seguía llorando abrazado a aquel cuerpo: «Ahora, Leu-
cipa, te tengo de verdad muerta y con doble muerte,
parte en tierra, parte en el mar, ya que lo que me
queda son los restos de tu cuerpo, pero a ti te he
9 perdido. No ha sido equitativo el reparto entre el mar
y la tierra: aunque parece la mayor, lo que de ti me ha
quedado es la parte menor, mientras que ese mar re-
tiene, a pesar de la pequeñez de su lote, toda tu per-
sona. Mas, ya que la Fortuna me ha rehusado besar tu
rostro, besaré el tajo de tu cuello.»

8 Con este duelo y tras sepultar el cuerpo, regreso
a Alejandría. Allí me curaron contra mi voluntad la
herida y, gracias a los consuelos de Menelao, cobré
ánimos para seguir viviendo.

Se me habían pasado ya seis meses y gran parte 2
de mi dolor comenzaba a atenuarse (el tiempo es una
medicina para las penas y produce la cocción de las
llagas del alma, ya que el Sol nos trae su gozo a manos
llenas y, poco a poco, el sufrimiento, por agudo que
sea, hierve en la medida en que el alma entra en calor,
para luego enfriarse vencido[244] por la influencia del
paso de los días), cuando, mientras paseaba por la
plaza, de repente uno por detrás agarrándome del brazo
me hace volverme y, sin decir palabra, me abraza y
me cubre de besos. Al principio no sabía quién era y 3
me quedé allí plantado y lleno de estupor, recibiendo
el asalto de un saludo tan cariñoso, como diana de
aquellos besos. Pero, al cabo de un momento y de
que le hube visto la cara y resultó ser Clinias, con
gritos de alegría lo abrazo a mi vez, devolviéndole las
mismas efusiones. Luego fuimos a mi alojamiento y
él me contó lo que le había sucedido y cómo escapara
con vida del naufragio. Y yo le narré todo el asunto de
Leucipa.

«Nada más partirse la nave —contó— me precipité 9
sobre la verga y agarrándome trabajosamente de un
extremo por estar ya abarrotada de hombres, me es-
forzaba por mantenerme allí sujeto abrazándome a
ella. Pero no hacía mucho que estábamos así en pleno
mar cuando una inmensa ola alzó en vilo el palo y fue
a hacerlo chocar lanzándolo vertical contra un escollo
oculto bajo el agua por el extremo opuesto a aquel en
que yo estaba colgado. Tras el impacto fue despedido 2
violentamente hacia atrás, como una catapulta, y a mí
me arrojó a distancia, igual que lanzado por una honda.
A partir de ese momento estuve nadando el resto del
día, sin la mínima esperanza de salvarme. Y cuando 3

[244] Disentimos aquí de traducciones como las de Gaselee o Grimal, que creemos que no recogen adecuadamente el sentido del texto.

ya estaba agotado y dispuesto a abandonarme a mi suerte, veo una nave que venía de proa hacia mí. Como pude, levanté los brazos y les hice gestos de súplica. Y ellos, ya fuera porque tuviesen compasión de mí, ya fuera porque el viento los empujase, llegan a mi altura y uno de los marinos, en el momento en que la nave pasaba por mi lado, me arroja un cable. Y lo cogí y me izaron desde las propias puertas de la muerte. El barco navegaba rumbo a Sidón y hubo algunos que me reconocieron y cuidaron de mí.

10 »Después de una travesía de dos días arribamos a la ciudad y les ruego a los sidonios que iban en la nave (se trataba del mercader Jenodamante y de Teófilo, su suegro) que no cuenten a nadie de Tiro con que puedan encontrarse cómo me salvé de un naufragio, para que no se enteren de que yo había partido
2 contigo. Pues confiaba en que no reparasen en ello, con tal de que estos dos hombres lo mantuviesen en secreto, al haber transcurrido solamente cinco días sin que se me viese. Ya que además en mi casa, como sabes [245], había advertido que a quienes preguntasen por mí les dijeran que había marchado a un pueblo
3 hasta pasados diez días, lo que efectivamente descubrí que era lo que continuaba diciéndose de mí. Tu padre tampoco había vuelto aún de Palestina [246], lo que ocurrió otros dos días más tarde, y encontró una carta remitida por el padre de Leucipa, carta que, en realidad, había llegado un día después de nuestra marcha y en la que Sóstrato te aceptaba por prometido de su hija.
4 Tu padre se vio así en medio de una suma de desgracias al leer la carta y al escuchar la noticia de vuestra huida, de un lado por juzgar perdido el galardón [247]

---

245 Al menos el lector no ha sido informado previamente de este hecho.

246 Cf. n. 127.

247 La propia Leucipa, que ya no se casaría con su hijo.

que el texto mencionaba, y de otro porque en breve plazo la Fortuna había llevado la situación a aquel extremo, dado que nada de todo esto habría ocurrido
si la carta hubiera llegado antes a sus manos. De estos 5
sucesos pensó que no había que escribirle nada aún a su hermano y le pidió también a la madre de la joven que, por el momento, se abstuviese de hacerlo:

«'Pues, probablemente, demos pronto con ellos, y 6
no hay necesidad de que Sóstrato sepa el infortunio que nos ha sobrevenido. Y ellos se darán por satisfechos, donde quiera que estén cuando reciban la noticia de su compromiso, y volverán, ya que podrán conseguir públicamente lo que motivó su huida.'

»Trató de indagar por todos los medios que pudo 7
vuestro paradero y hace unos días llegó Diofante el de Tiro, tras una travesía desde Egipto, y le contó que te había visto aquí. Yo, enterado de esto, me embarqué sin más, y hoy hace ocho días que doy vueltas por la ciudad en tu busca. A la vista, pues, de la situación, te corresponde decidir, ya que probablemente también tu padre vendrá.»

Al oír estas noticias me lamenté de haber sido ju- 11
guete de la Fortuna:

«—¡Oh Diosa!, exclamé, ahora resulta que Sóstrato me entrega a Leucipa y se me remite una boda[248] desde el mismo medio de una guerra[249], con un cálculo tan preciso de las fechas como para no llegar antes de
mi fuga. ¡Qué dicha más a destiempo! ¡Qué felicidad 2
la mía con sólo un día de diferencia! ¡Un desposorio después de la muerte, cánticos de boda tras fúnebres llantos! ¿Qué esposa es la que me da la Fortuna, si ni siquiera su cadáver me lo entrega completo?

---

[248] Retóricamente por «una carta con el permiso para esta boda».

[249] La sostenida por bizantinos y tracios (cf. I 3, 6).

3 »—No es éste el momento de lamentarse —dijo Clinias—, sino de examinar si vas a volver ahora a la patria o esperar aquí a tu padre.

»—Ni lo uno ni lo otro —repuse—, pues ¿con qué cara puedo presentarme ante mi padre, sobre todo después de una huida tan vergonzosa, y, además, tras haber causado la pérdida de la prenda que le confió su propio hermano? Sólo me queda escapar de aquí antes de su llegada.»

4 Entretanto, entra Menelao acompañado de Sátiro, abrazan a Clinias y se enteran por nosotros de lo acontecido. Y Sátiro se expresó así:

»—Pero está en tu mano tanto solucionar la presente situación como apiadarte de un alma que se abrasa por tu causa. Que escuche también Clinias de lo que se trata:

5 »Afrodita le ha proporcionado a éste un gran beneficio, pero no quiere aceptarlo. El caso es que ha vuelto loca por él a una mujer tan hermosa que al verla se diría que es una estatua, de origen efesio y llamada
6 Mélite. Mucha es su riqueza y es joven. Su esposo ha muerto hace poco en el mar y quiere tener a éste por amo (no digo por marido: desea entregarle su persona y todos sus bienes)[250]. Por él ha pasado aquí cuatro[251] meses, solicitando su compañía. Pero él, no sé qué le ocurre que la desdeña, imaginando que su Leucipa va a resucitar.

12 »—Me parece —opinó Clinias— que no es ningún despropósito lo que dice Sátiro. Pues si belleza, riqueza y amor vienen juntos hacia ti, no es cosa de esperar sentado ni ocasión de demoras. La belleza acarrea pla-

---

250 Aparte de los aspectos económicos de la cuestión, la oferta con el título de «amo» pertenece al lenguaje erótico de la época (cf. II 6, 1 s. y VIII 17, 3).

251 Los manuscritos dan «dos», en contradicción con lo que se lee después en 22, 4. Tal vez, un desliz del propio autor.

cer, la riqueza lujos y el amor respeto. La divinidad,
en cambio, aborrece a los presuntuosos. ¡Ea!, hazle 2
caso a Sátiro y complace a la divinidad.»

Y yo entre gemidos repliqué:

«—Pues bien, llévame a donde quieras, si ése es
también el parecer de Clinias. Sólo a condición de que
esa damisela no me moleste con sus prisas por lograr
lo que pretende hasta que lleguemos a Éfeso, ya que 3
he hecho hace tiempo la promesa de no unirme con
mujer en el lugar donde perdí a Leucipa.»

Sátiro, en cuanto oye mis palabras, corre al encuentro de Mélite a llevarle la buena nueva. Y, poco después, regresa a decirnos que la dama, al escucharle, casi entrega el alma de gozo, y que me ruega que acuda a cenar a su casa ese mismo día, como preludio de nuestra boda. Y yo acepté su invitación y fui allí.

Nada más verme da un salto y me abraza y me 13
cubre toda la cara de besos. Era realmente hermosa,
y de su rostro se hubiera dicho que estaba untado de
leche y sus mejillas sembradas de rosas. Su mirada 2
resplandecía con el destello que es don de Afrodita, su
melena era abundante y espesa y del color del oro,
de suerte que tuve una impresión en nada desagradable
al ver a aquella mujer. La cena fue sin duda suntuosa. 3
Ella iba probando los platos que se servían, de modo
que parecía comer, pero no podía pasar bocado y no
hacía otra cosa que mirarme[252]. La verdad es que para
los enamorados no hay nada dulce excepto el ser amado, por apoderarse el amor de toda el alma y ni si-
quiera cederle espacio para el alimento. El placer de 4
la visión fluye a través de los ojos hasta depositarse
en el pecho y, arrastrando sin cesar la imagen del ser
amado, le da forma en el espejo del alma y modela
allí su figura. La destilación de la belleza, llevada a

[252] Cf. la conducta del propio Clitofonte en I 5, 3.

través de rayos invisibles hasta el corazón enamorado, deja allá abajo la impronta de su reflejo [253].

5 Me hice cargo, pues, de su estado y le dirijo estas palabras:

«—Pero no pruebas ni un bocado de tu plato y te pareces a los que están comiendo pintados en los cuadros.

»—¿Qué vianda hay para mí —repuso—, por costosa que sea, o qué vino más preciado que estar viéndote?»

A la vez que hablaba me besó, sin que yo sintiera ningún desagrado al recibir sus besos. Luego apartándose me dio esta explicación: «Éste es mi alimento.»

14 Durante un tiempo estuvimos así entretenidos y al final de la tarde trató de conseguir que me quedase allí a dormir, pero decliné su invitación alegando lo mismo que previamente le había advertido a Sátiro. Así pues, me dejó ir aunque a duras penas y con gran pesar.

2 Quedó convenido que al día siguiente nos encontraríamos en el templo de Isis para conversar y comprometernos con la propia diosa como testigo. Nos acompañaban Menelao y Clinias y prestamos juramento, yo de que la amaría con lealtad, ella de que me tomaba por esposo y me declaraba amo de todo su patrimonio.

3 «—El acuerdo —añadí— comenzará a tener vigencia cuando lleguemos a Éfeso. Aquí, como te dije, tu puesto lo ocupará aún Leucipa.»

Se nos sirvió entonces una magnífica cena, con el título de banquete de bodas, aunque se había estipulado
4 que el cobro de sus beneficios quedaba en suspenso. Y recuerdo que en plena fiesta Mélite me dirigió una frase llena de humor, pues, como los asistentes colmasen de

253 Cf. este pasaje con las palabras de Clinias en I 9, 4.

bendiciones nuestros esponsales, inclinando la cabeza hacia mí y en voz baja dijo:

«—Soy la única en la que se da esta situación nunca vista y que es como lo que se hace con los muertos desaparecidos. Sí he visto un cenotafio, pero no un *cenogamio*[254].

Un chiste que, por supuesto, tenía su aspecto serio.

Al día siguiente hicimos los preparativos para la 15
partida. Y quiso el azar que incluso el viento nos invitase a zarpar. Menelao fue hasta el puerto y nos despidió afectuosamente, diciendo que en esta ocasión el mar nos traería mayor ventura. Luego se fue de vuelta, él que era un joven de gran nobleza y de la madera de los dioses, con los ojos llenos de lágrimas y haciéndonos llorar a todos nosotros. En cambio, Clinias 2
resolvió no dejarme, sino navegar conmigo hasta Éfeso y, pasando una temporada en esta ciudad, regresar a su casa si veía que me iban bien las cosas. Teníamos viento 3
de popa, y vino el atardecer y, tras cenar, nos fuimos a dormir. Mélite y yo disponíamos de un cabina particular levantada sobre la cubierta del barco. Y ella 4
entonces me abrazó y besó y me pidió que consumáramos la boda con estas palabras:

«—Ahora ya hemos salido de los lindes de Leucipa y hemos alcanzado los de nuestro pacto. Desde ahora entramos en las fechas acordadas. ¿Por qué debo esperar a llegar a Éfeso? Inciertos son los avatares del mar y nada seguros los tornadizos vientos. Créeme, 5
Clitofonte, estoy abrasándome: ¡ojalá pudiese mostrarte el fuego en que ardo! ¡Ojalá yo estuviese hecha de la misma naturaleza que el fuego normal del amor[255], para inflamarte con mis abrazos! Pero no es así y, a diferencia de los demás, este fuego mío sólo consume

---

[254] Término acuñado *ad hoc,* que se explica por la no consumación inmediata del matrimonio.

[255] Es decir, el amor recíproco entre dos personas.

su propia leña y en los abrazos de los enamorados
les escatima a los que son abrazados su ardorosa ve-
6 hemencia. ¡Oh fuego de una misteriosa iniciación, fue-
go cuyas teas sólo arden en secreto, fuego que se
niega a escapar de sus propios confines! ¡Iniciémonos,
pues, amado mío, en los santos misterios de Afrodita!»

16 Pero yo repuse:
«—No me fuerces a faltar a la ley que obliga a res-
petar a los muertos. Aún no hemos franqueado los
lindes de aquella desdichada, y no será así hasta que
no hayamos puesto el pie en otra tierra. ¿No has
oído que su cadáver yace en el mar? Todavía navego
por la tumba de Leucipa. Quizás su espectro ronde al-
2 rededor del barco. Aseguran que las almas que han
perecido en el agua no descienden en modo alguno al
Hades, sino que andan errantes por aquí, en torno al
agua, y así ella tal vez esté junto a nosotros cuando
nos abrazamos. ¿Te parece que este sitio precisamente
es apropiado para nuestra boda? ¿Una boda sobre las
olas, una boda que el mar lleve a su capricho? ¿Quieres
que el nuestro sea un lecho nupcial tan inestable?

3 »—Tú hablas como un sofista, querido —replicó
ella—. Cualquier lugar es un buen lecho para los que
están enamorados. No hay nada que sea inaccesible
para el dios, y ¿acaso no se dan en el mar las condicio-
nes más idóneas para Eros y los misterios de Afrodita?:
4 Afrodita es hija del mar. Seamos complacientes con
la diosa de las bodas y honremos con nuestra unión a
su madre[256]. Según lo veo yo, todo lo que aquí se da
está lleno de símbolos de boda: ese yugo colgado sobre
nuestras cabezas, esas ataduras en torno a la verga.
¡Todos son lindos presagios, dueño mío!: el lecho bajo
5 el yugo y las cuerdas enlazadas[257]. Es más, incluso el

---

256 El mar (femenino, en el término griego). Referencia tópica al nacimiento de Afrodita de la espuma.

257 El yugo es, sin duda, la cruz formada por el mástil y la

timón está cercano a nuestro lecho, señal de que la Fortuna es el timonel de nuestra unión. Formarán nuestro cortejo Posidón y el corro de las Nereidas, pues es en este mismo lugar donde también él toma por esposa a Anfitrite[258]. Y hasta se oye soplar con un silbido armonioso entre los cables: creo que estos tañidos de las flautas del viento entonan mi marcha
nupcial. Y ves la curva que forma la vela, igual que un 6
vientre preñado: éste es también, a mi entender, un feliz augurio de que pronto serás padre de una criatura mía.»

En fin, vi que ella se volvía cada vez más apremiante 7
y le dije:

«—Seamos castos[259], mujer, hasta que toquemos tierra. Pues te juro por el propio mar y por la buena estrella de nuestra travesía que también yo estoy lleno
de deseo. Pero el mar tiene sus leyes. He oído con 8
frecuencia decir a los marinos veteranos que los barcos deben estar limpios de tratos amorosos, quizás porque son sagrados, quizás para que nadie se entregue al placer en trance tan arriesgado. No cometamos ese sacrilegio con el mar, querida mía[260]. No hagamos que nuestra boda sea una unión con el temor. Reservemos para nosotros mismos limpio nuestro placer.»

---

verga. En cuanto a los cables como símbolo del lazo matrimonial, no requieren explicación alguna.

258 Una de las Nereidas, raptada por Posidón y desposada con éste. En el original, «toma por esposa» es realmente presente, de acuerdo con la normal intemporalidad de los mitos.

259 Traducción preferible con mucho a las usuales («sigamos con tales argumentos», «sigamos filosofando», etc.) y más acorde con el contexto.

260 Sin duda debían de existir tabúes tales y otros semejantes en las naves. Basta comparar PETRONIO, *Satiricón* 104 s., con el incidente del corte de pelo a bordo, y la mención de la «Tutela nauis» o divinidad protectora del barco.

Así le dije y a fuerza de besos la calmé y la persuadí. Y nos echamos a dormir ya sin más para el resto de la noche.

17 Al cabo de cinco días seguidos de navegación arribamos a Éfeso. Su casa era espaciosa y la principal de la población, numeroso el servicio y de mucho lujo el
2 mobiliario. Mélite dispone que preparen una cena con la mayor suntuosidad. «Y nosotros —me dice a mí— iremos entretanto a ver la finca.»

Distaba ésta de la ciudad cuatro estadios[261]. Toma-
3 mos asiento en un carro y partimos. Y, tan pronto como estuvimos allí, nos pusimos a pasear por la arboleda del parque y de repente se arroja a abrazarse a nuestras rodillas una mujer con las piernas sujetas por gruesos grilletes, una azada en la mano, la cabeza rapada, el cuerpo cubierto de suciedad y un mísero vestido arremangado.

«—¡Ten piedad de mí —exclama—, señora, tú, una mujer, de otra mujer, libre, según nací, pero ahora sierva[262], porque así lo ha querido la Fortuna!»

4 Y ya no dijo más. Y Mélite entonces le habló así:

«—¡Levántate, mujer, y dime quién eres y tu lugar de procedencia, y quién te ha metido en esos hierros. Pues incluso en el infortunio tu belleza proclama tu buena cuna.

»—Tu administrador —respondió—, porque no me
5 presté al servicio de su lecho. Mi nombre es Lacena[263] y soy tesalia de nacimiento. Traigo ante ti esta muestra de mi sino para que veas en ella un signo de súplica.

---

261 Alrededor de 700 ms.

262 Texto rítmico, probablemente una cita tomada de una tragedia desconocida, aunque por supuesto recuerda SÓFOCLES, *Ayax* 487 y 489.

263 Es decir, «Laconia». Era corriente que los esclavos tuviesen como nombre propio el del gentilicio de su lugar de origen, aunque, en este caso al menos, erróneamente.

Libérame de mi presente calamidad y garantiza mi seguridad hasta que te pague las dos mil piezas[264], que es la cantidad por la que Sóstenes[265] me compró a los piratas. Te las traeré lo antes posible, no lo dudes, y 6
si no, seré tu sierva. Ya ves cómo me ha lacerado a fuerza de golpes.»

Abre al mismo tiempo su vestido y nos enseña su espalda, tan cubierta de marcas que daba aún más compasión de ella. Yo, al oír sus palabras, me sentí 7
turbado, ya que tenía la impresión de que en aquella esclava había algo que recordaba a Leucipa. Y Mélite le dijo:

«—¡Ánimo, mujer! Te libraremos de esta situación y te enviaremos sin rescate alguno a tu casa. ¡Que digan a Sóstenes que venga a vernos!»

Ella, así, se vio al punto libre de sus grilletes, y al 8
administrador, que se presentó todo alterado, le habló Mélite de este modo:

«—¡Mala persona!, ¿a cuál, aunque sea el más vil de nuestros criados, has maltratado de ese modo alguna vez delante de mí? ¿Quién es esta mujer? ¡Dilo sin pretender engañarme!

«—No lo sé, señora —contestó—. Sólo sé que un 9
mercader llamado Calístenes me la vendió, alegando habérsela comprado a unos piratas, pero añadiendo que era libre. Y que el mercader la llamaba Lacena.»

Mélite le quitó la administración que tenía a su 10
cargo y a la mujer la puso en manos de sus criadas con la orden de bañarla, vestirla de limpio y llevarla a la ciudad. Y luego de arreglar algunos asuntos en relación con sus fincas, que eran el motivo de su presencia allí, y subiendo al carro conmigo, volvimos a la población y nos pusimos a cenar.

---

264 Cf. n. 162 a la traducción de Longo.

265 El citado administrador.

18 En medio de la comida Sátiro con cara preocupada
me hace una señal con la cabeza para que me levante
y vaya a su encuentro. Entonces con el pretexto de una
necesidad del vientre me levanto y, cuando llego a su
lado, no me dice ni una palabra, sino que me alarga
2 una carta. Y al cogerla, antes de llegar a leerla, quedé
súbitamente trastornado, pues reconocí la letra de Leu-
cipa. El texto decía lo siguiente:

3 «De Leucipa a Clitofonte, mi señor: éste es el título
que debo darte, puesto que eres el esposo de mi ama.
Sabes cuánto he sufrido por tu causa, pero ahora se
4 impone recordártelo. Por ti abandoné a mi madre y
elegí una vida errante. Por ti me he visto en un naufra-
gio y en poder de piratas. Por ti he sido víctima en un
sacrificio y ofrenda expiatoria y ya son dos las muer-
tes por las que he pasado. Por ti he sido vendida y
trabada con grillos de hierro, he cargado con una azada,
he cavado la tierra y he padecido el látigo. ¿Y todo
para que también yo sea para otro hombre cualquiera
lo que tú eres para otra mujer? ¡Ojalá no suceda!
5 Pero yo he resistido en medio de tan grandes pruebas
y en cambio tú, sin que te hayan vendido ni azotado,
tú te casas. Pues bien, si me guardas alguna gratitud
por lo que he soportado por tu causa, pídele a tu es-
posa que me deje marchar tal como prometió. Y las
dos mil piezas que Sóstrato pagó por mí, confía en mí
y sé fiador ante Mélite como garantía de que se las
6 enviaré, pues Bizancio está cerca de aquí. E incluso
si has de abonarlas tú, considera que me las das de
paga por las penalidades que por ti he sobrellevado.
Que sigas bien y obtengas provecho de tu nueva boda.
Yo, cuando te escribo estas líneas, aún soy virgen.»

19 Ante estas palabras experimenté a la vez toda clase
de emociones: me sentía arder, me puse lívido, estaba
asombrado, lleno de incredulidad, de júbilo y de pesa-
2 dumbre. Y le digo entonces a Sátiro:

«—¿Es que has venido del otro mundo a traerme esta carta o qué es lo que significa esto? ¿Ha vuelto Leucipa a la vida?

»—¡Claro que sí!, me respondió, y es la que viste en la finca. Entonces, por supuesto, ningún otro que la hubiese visto la habría reconocido, tal era su aspecto de muchacho. Bastó con que le cortaran el pelo para producir tal cambio.

»—¿Y te estás ahí parado con tan espléndida noticia 3
y alegrándome sólo los oídos, y no les muestras a mis
ojos, igualmente, esa felicidad?

»—¡Contente[266], si no quieres hundirnos a todos,
hasta que hallemos a esto una solución que nos dé
mayor seguridad! Tienes ante la vista a una mujer 4
principal de Éfeso que está loca por ti y, frente a ella,
a nosotros sin ayuda de nadie, cogidos en medio de
sus redes.

»—¡Pero soy incapaz —repuse—, pues por todas las
vías de mi cuerpo me invade la alegría! ¡Mira los re- 5
proches que me dirige en su carta!»

Y al mismo tiempo volvía a pasar la mirada por el texto y, como si la viese a ella a través de la carta, a cada frase que leía le iba diciendo: «Tienes razón en tus quejas, amada mía. Todo lo has sufrido por mi causa. Yo tengo la culpa de tus muchas calamidades.»

Cuando llegué a la parte del látigo y a las duras 6
pruebas a que Sóstenes la había sometido, lloraba como
si la estuviera viendo sufrirlas. Pues el pensamiento,
dirigiendo los ojos del alma hacia las noticias que
traía la carta, me mostraba lo que iba viendo como
escenas reales. Y me cubrí de rubor con su censura de
mi matrimonio, como si fuese un adúltero sorprendido
en flagrante: hasta tal punto llegaba la vergüenza que
sentía ante su carta.

---

266 Seguimos el texto adoptado por VILBORG en su *Commentary*.

20 «—¡Ay de mí!, ¿cómo voy a justificarme, Sátiro? —le dije a éste—: mi delito está probado, Leucipa ha firmado mi sentencia y tal vez hasta me odia. Pero dime: ¿cómo pudo salvarse? ¿Y de quién era el cadáver que enterramos?

»—Ella te lo contará en su momento. Pero, por ahora —me indicó Sátiro—, debes contestar a su carta
2 y tratar de congraciarte a la joven. Yo, incluso, le he jurado que te casaste con la otra a pesar tuyo.

»—¿Le dijiste que me he casado? ¡Me has hundido!

»—¡Qué tontería!: ¿no conoce la ciudad entera tu boda?

»—Pero, Sátiro, ¡no me he casado, por Heracles y por mi buena suerte presente!

3 »—Tú bromeas, buen amigo: duermes con ella.

»—Sé que digo algo increíble, pero nuestra unión aún no está consumada. Clitofonte ha conservado hasta el día de hoy su pureza en lo que a Mélite respecta.
4 ¡Ea!, dime: ¿qué he de escribirle? La verdad es que lo sucedido me ha dejado tan pasmado que no sé dónde estoy.

»—No tengo yo la cabeza más clara que tú —repuso Sátiro—. Pero el propio Amor te dictará. ¡Con tal de que te des prisa!»

Comencé, pues, a escribir:

5 «Salud, Leucipa, dueña mía. Soy desdichado en medio de mi dicha, porque, aunque estemos uno al lado del otro, a través de tu carta te veo muy lejos de mí. Ahora bien, si esperas a oír la verdad sin sentenciarme antes de hacerlo, sabrás que te he emulado en conservar la virginidad, si es que también existe la virginidad en los varones [267]. Pero si ya me odias, sin darme el derecho a defenderme, te juro por los dioses que te han salvado que justificaré mis actos ante ti en muy

[267] Cf. después, VIII 5, 7.

breve plazo. Que sigas bien, amada mía, y que seas be-
névola conmigo.»
Le entrego entonces la carta a Sátiro y le ruego 21
que le hable sobre mí de modo favorable. Y vuelvo de
nuevo al banquete, lleno a la vez de gozo y de dolor,
ya que sabía que Mélite no dejaría pasar esa noche
sin que consumara nuestra unión. Mas yo era incapaz,
ahora que había recuperado a Leucipa, incluso de mirar
a otra mujer. No obstante, obligué a mi cara a no tener 2
otra expresión que la que antes tenía, pero no podía
controlarme enteramente y, viéndome vencido, puse
como pretexto que sentía escalofríos. Mas ella com-
prendió que era un subterfugio para no cumplir mi
promesa, aunque no podía probarlo. Me levanté en- 3
tonces sin haber cenado para acostarme y Mélite, según
estaba a mitad de su cena, se pone también de pie rá-
pidamente. Yo, al llegar a la alcoba, extremé aún más
mi papel de enfermo, pero ella me importunaba dicién-
dome:

«—¿Por qué haces esto? ¿Hasta cuándo vas a estar
destrozándome el alma? Ya ves que hemos terminado
la travesía, ves que estamos en Éfeso, donde vence el
acuerdo con que nos casamos. ¿Qué fecha habremos de 4
esperar aún? ¿Hasta cuándo dormiremos los dos como
en un santuario? Me pones a la orilla de un río cauda-
loso y no me dejas beber. Con el agua a mi alcance
tanto tiempo, y sigo sedienta, a pesar de dormir en el
propio manantial. Mi lecho es como la comida de
Tántalo.»

Esto decía mientras lloraba, con su cabeza sobre 5
mi pecho, de un modo tan lastimoso que no pude me-
nos de compartir su dolor. Y estaba todo confuso y
pensaba que sus quejas eran justas. Y le digo entonces: 6
«—Te juro, querida mía, por los dioses de mis pa-
dres, que también yo estoy ansioso por responder a tu
pasión. Pero no sé qué es lo que me pasa. Pues me he 7

puesto repentinamente enfermo y tú sabes que si no hay salud, Afrodita no cuenta.»

Y mientras lo decía enjugaba sus lágrimas y trataba de convencerla con otros juramentos de que lograría sus deseos sin tardanza. Y así al fin, aunque a duras penas, se dominó.

22 Al día siguiente, Mélite llamó a las sirvientas a cuyos cuidados había encomendado a Leucipa y les preguntó, lo primero de todo, si la habían atendido como debían. Como le contestaron que no habían descuidado nada de lo que se les encargó, mandó que la trajeran
2 ante ella. Y a su llegada le habló así:

«—De la amabilidad con que te he tratado está de más hablarte, ya que estás enterada. Tú te lo mereces[268]. Pero devuélveme ese favor con otro equivalente, si está en tu mano hacerlo. He oído decir que vosotras las tesalias[269] embrujáis a los hombres de los que estáis enamoradas hasta el punto de que ya no sienten inclinación alguna hacia otra mujer y, en cambio, miran a la que los embrujó con tales ojos como si consideraran que no existe nada para ellos en el mundo excepto ella.
3 Yo me abraso, querida: proporcióname ese remedio. ¿Viste al joven que ayer paseaba conmigo?

»—¿Te refieres a tu esposo? —replicó Leucipa con inquina—. Pues eso es lo que he oído decir a los de la casa.

»—¿Qué esposo?, exclamó Mélite: ¡no tengo más
4 relación con él que con una piedra! ¡Una muerta me quita su estimación, de modo que ni en la mesa ni en el lecho puede olvidarse del nombre de Leucipa, que

---

[268] Seguimos la propuesta de Jacobs, aceptada por Vilborg como única razonable hasta ahora para un texto sin otra solución aparente.

[269] Tesalia era considerada una región de brujas (cf. las alusiones en HORACIO, *Ep.* V 21 y 45, y, sobre todo, en las *Metamorfosis* de APULEYO).

es como la llama! Y yo, amiga mía, me he pasado cuatro meses por causa de él en Alejandría, rogándole, insistiendo, haciéndole promesas: ¿qué es lo que no habré dicho y qué es lo que no habré hecho de todo lo
que podía complacerlo? Pero él era un hierro o un leño 5
o cualquier materia insensible ante mis requerimientos. Y sólo al cabo del tiempo y muy trabajosamente se dejó convencer. Pero cedió con la condición de solamente vernos, y así puedo jurarte por la propia Afrodita que ya es el quinto día que, a pesar de dormir con él, me levanto de la cama como del lado de un eunuco. Parece como si amase a una estatua, pues disfruto de
mi amado sólo con los ojos. Tal como ayer tú viniste 6
a suplicarme, soy una mujer que se dirige a ti, otra mujer: dame algún remedio para ese hombre desdeñoso y salvarás mi alma, que tengo ya consumida.»

Al escucharla, a Leucipa la llenó de alegría el que 7
entre aquella mujer y yo no hubiese ocurrido nada. Y tras asegurarle que, si se le daba permiso, buscaría plantas por los campos, se marchó. Juzgaba que, si no se prestaba a ello, no la creerían, razón por la que, a
mi entender, se comprometió a hacerlo. Y, por su parte, 8
Mélite se quedó más tranquila, aunque sólo fuese por las esperanzas que había concebido, pues los buenos resultados, aun sin cumplirse, llenan de placer con la mera espectativa de lograrlos.

Pero yo, que nada sabía de todo esto, andaba desco- 23
razonado, mientras reflexionaba en cómo podría librarme de la mujer también la noche siguiente y en cómo
encontrar a Leucipa. Mi impresión era que ésta tenía 2
igual empeño por marcharse al campo con el encargo de Mélite y regresar al atardecer, por lo que el ama debía proporcionarle un carro [270].

---

[270] Este pasaje ha sido muy discutido. Unos han creído hallar una solución señalando lagunas en el texto, otros aceptando que la letra es, a pesar de su precariedad, suficientemente explí-

3 Por nuestra parte, nos llegó la hora de tomar las bebidas y acabábamos de tomar asiento cuando se escucharon en el departamento de los hombres un gran alboroto y unas carreras y entra presuroso uno de los criados, que nos dice falto de aliento: «¡Tersandro vive y está aquí»

4 Era el tal Tersandro el esposo de Mélite, que ella daba por muerto en el mar. El caso era que algunos sirvientes, que estaban con él cuando el barco volcó y que se salvaron y supusieron que había perecido, habían traído esa noticia.

Y estaba el criado aún con la palabra en la boca cuando entra Tersandro a todo correr. Se había enterado por el camino de mi papel en aquel asunto y sus
5 prisas obedecían al deseo de sorprenderme. Mélite se puso de pie precipitadamente, perpleja por hecho tan inesperado, y trató de abrazar a su marido. Pero él, sin más, la rechazó brutalmente y poniendo en mí sus ojos y gritando: «¡Ése es el amante!», da un salto y me alcanza en la sien con un golpe furibundo. Y arrastrándome por el pelo me tira al suelo y cayendo sobre mí
6 sigue lanzándome una lluvia de puñetazos. Yo, como si asistiera a las ceremonias de un misterio, no tenía idea ni de quién era aquel hombre ni de por qué me aporreaba, pero con la sospecha de que se trataba de algo malo no me atrevía a defenderme, aunque hubiese po-
7 dido. Cuando nos cansamos, él de golpearme y yo de mi

---

cita si se adopta alguna mínima corrección y se interpreta de modo adecuado: Leucipa apresura su ida al campo, por lo que pide un carro que debe proporcionarle su ama, para volver antes de la noche con la intención de poder encontrarse a tiempo con Clitofonte, tal como éste mismo desea. No obstante, no puede menos de chocar la contradicción entre la ignorancia previa de éste (cf., además, la explicación de Mélite en 26, 12) y su impresión inmediatamente posterior, que implica un conocimiento de lo sucedido.

pasividad, me levanto y le pregunto: «¿Quién eres y por qué me has maltratado de este modo?»

Pero él, aún más encolerizado porque le hubiese dirigido la palabra, vuelve a golpearme y reclama cuerdas y grilletes. En fin, que me ataron y me metieron en un cuarto.

Durante este episodio no me di cuenta de que se 24
me había deslizado la misiva de Leucipa, que tenía sujeta por dentro de la túnica en el ribete de la tela. Y Mélite, sin que la vieran, la recogió, ya que temía que fuese alguna de las que ella me había escrito.
Pero, al leerla cuando estuvo a solas y descubrir el 2
nombre de Leucipa y reconocerlo, el corazón le latió más de prisa. Por supuesto que no se le ocurría que ella estuviese viva, después de oír tantas veces que había perecido.
bía perecido. Pero, prosiguiendo la lectura del resto del 3
escrito, supo toda la verdad y su alma fue presa a la vez de diferentes emociones: vergüenza, cólera, amor y celos. Sentía vergüenza ante su marido y cólera por la carta; su amor amortiguaba su cólera, sus celos reavivaban el fuego de su amor y, por último, fue el amor el que obtuvo la victoria.

Ya atardecía y Tersandro, tras su primer arrebato 25
de furia, corrió a casa de un amigo que vivía en la vecindad. Y ella, luego de hablar con el que tenía a su cargo mi vigilancia, entró a verme sin que los demás la viesen y puso a dos criados ante la entrada del aposento.
Me encuentra tirado en el suelo y, acercándose, quiso 2
exteriorizar a la vez todo lo que pensaba, si bien su rostro ya expresaba cuanto deseaba decirme: «¡Infortunada de mí, que puse en ti mis ojos para mi propio mal; que, para empezar, te he amado, con una pasión de loca, sin resultado alguno; que, a pesar de ser odiada, quiero al que me odia; que, a pesar de que me afligen, me apiado del que me aflige, y sin que la afrenta ponga
fin a mi pasión! ¡Qué pareja de brujos, hombre y 3

mujer, unidos contra mí! ¡El uno, que ha estado tanto tiempo mofándose de mí, y la otra, que se va para traerme un filtro de amor! ¡Y yo, desventurada, sin saber que les pedía a mis peores enemigos una poción para mi propia ruina!»

4 Al mismo tiempo me arrojó la carta de Leucipa. Yo, viéndola y reconociéndola, me estremecí y bajé la vista, como cogido en falta. Y ella retornó a su melodrama: «¡Pobre de mí, qué desdicha! Hasta he perdido a mi esposo por tu culpa y tampoco podría poseerte en adelante, aunque fuese sólo con la vista, puesto que lo que
5 ha estado en ti darme no ha pasado de ahí. Sé que mi marido me detesta y me acusa de adulterio por tu causa, ¡de un adulterio sin fruto, de un adulterio ajeno al placer de Afrodita, y del que por toda ganancia sólo he sacado injurias! Las demás mujeres tienen como recompensa de su deshonra la satisfacción de sus deseos, pero mi producto, desgraciada, ha sido el des-
6 honor, sin el menor lugar para el placer. ¡Hombre desleal y bárbaro!, ¿ha llegado tu osadía al extremo de dejar que se consumiese una mujer que de tal modo te amaba, y, para colmo, cuando tú eras también esclavo de Amor? ¿No tuviste miedo de las consecuencias de la cólera del dios? ¿No has sentido temor de su fuego? ¿Ni respeto ante sus ritos secretos? ¿No te quebrantaron las lágrimas que mis ojos derramaban?
7 ¡Ser más feroz que los propios piratas, pues hasta un pirata respeta las lágrimas! ¿Nada hubo capaz de provocarte a que consumaras ni una sola vez el acto de Afrodita, ni mis súplicas ni el paso del tiempo ni los abrazos de nuestros cuerpos, sino que, lo que ha sido el mayor de todos los ultrajes, después de los abrazos y los besos te levantabas igual que si hubieras sido otra mujer?
8 ¿Fue eso ni la sombra de una boda? Y no era que durmieses con una vieja ni con una que rehuyese tus abrazos, sino con una mujer joven, enamorada y, aunque

me está mal el decirlo, hermosa. ¡Castrado, marica, denigrador de la belleza![271]. Mi maldición es la más justa: ¡que Eros te pague con la misma moneda[272] en tus amores!»

Y no cesaba de llorar mientras hablaba.

Como yo me mantenía silencioso y sin levantar la 26
cabeza, al cabo de un momento volvió a dirigirse a mí, pero en un tono muy distinto: «Lo que te he dicho, amado mío, me lo dictaban la cólera y el dolor. Pero lo que voy a decirte ahora me lo dicta el amor. Aunque me dominen estos arrebatos, sigo abrasándome; aunque reciba afrentas, sigo amando. Haz las paces conmigo ahora, apiádate de mí. Ya no te pido días sin cuen- 2
to ni una boda duradera, con que, pobre de mí, llegué a soñar cuando soñaba contigo. Con un único abrazo me doy por satisfecha. Para tan grave enfermedad es un remedio bien pequeño el que te solicito. Apaga una mínima parte de este fuego. Si me he desahogado insolentemente contra ti, perdóname, querido. Cuando amor 3
es desdichado, pierde el juicio. Sé que falto a todas las conveniencias, pero no me avergüenzo de revelar los secretos del rito de Eros: es con un iniciado con quien hablo. Tú sabes por qué prueba estoy pasando. Para el resto de la gente los dardos del dios son invisibles y nadie sería capaz de mostrar sus flechazos: sólo los que aman reconocen las heridas de sus iguales. Dispon- 4
go únicamente del día de hoy. Te ruego que cumplas tu promesa. Acuérdate de Isis, respeta los juramentos que allí pronunciaste. Pues, si tú hubieras querido vivir a mi lado, tal como juraste, no me hubieran impor-

---

271 A pesar de que es muy difícil dar el matiz del original (entre aojador y maledicente), ésta es una versión que nos parece razonable. Gaselee cree ver aquí una alusión a la magia como causante de la impotencia sexual, lo que no es muy verosímil en cambio.

272 Del mismo modo que me has tratado a mí, evidentemente.

tado ni diez mil Tersandros. Pero una vez que, por
haber encontrado a Leucipa, no puedes casarte con nin-
guna otra mujer, no tengo nada que oponerte en ese
punto y lo hago gustosa. Sé que he sido derrotada. No
reclamo más de lo que puedo obtener, ya que las más
inauditas circunstancias se alzan contra mí y hasta los
5 muertos resucitan. ¡Oh mar, que me salvaste cuando
por ti navegaba, pero al salvarme me acarreaste mayor
ruina enviando dos muertos a hostigarme! No bastaba
con Leucipa (¡que viva, para que ya no pene Clitofon-
te!); ¡ahora también se nos presenta ese salvaje de
6 Tersandro! He visto cómo te pegaba e, infeliz de mí,
no he podido socorrerte; sobre este rostro han llovido
los golpes, ¡oh dioses!: ciego estaba Tersandro, en mi
7 opinión. Pero te lo suplico, Clitofonte, dueño mío (eres
el dueño de mi alma): entrégate a mí hoy por vez
primera y última. Este breve plazo será igual que un sin
fin de días para mí. Si así lo haces, ¡ojalá que ya jamás
pierdas a Leucipa!; si así lo haces, ¡ojalá que ya no
8 muera nunca, ni aun ficticiamente![273]. No desdeñes
mi amor, que ha sido causa de tu mayor felicidad:
te ha devuelto a Leucipa, ya que si yo no me hubiese
prendado de ti y si no te hubiese traído a este lugar,
9 Leucipa estaría muerta aún para ti. Existen, Clito-
fonte, tales regalos de la Fortuna. Quienes descubren
un tesoro, honran el sitio del hallazgo, levantan un
altar, ofrendan sacrificios, depositan guirnaldas en el
suelo. Y tú, que has descubierto un tesoro de amor a
10 mi lado, desprecias el beneficio que te he hecho. Ima-
gínate que Eros te habla por mi boca: 'Concédeme este
favor, Clitofonte, a mí que he sido tu guía en mis miste-
rios. No te vayas dejando a Mélite sin iniciar: también
su fuego es mi fuego'. Y escucha cómo mi interés

---

273 Mélite piensa en las dos muertes aparentes de Leucipa que ya han sido narradas.

por ti se extiende, igualmente, a las demás cuestiones
que te atañen: se te librará muy pronto de tus liga- 11
duras, por más que Tersandro no lo apruebe, y encon-
trarás albergue por tantos días como desees en casa
de mi hermano de leche[274]. Por la mañana espera la
llegada de Leucipa, pues dijo que pasaría la noche en 12
el campo para recoger hierbas a la luz de la luna[275].
Así se burlaba de mí que, en la creencia de que era una
tesalia, le había pedido un remedio para emplearlo
contigo. ¿A qué otros medios podía ya recurrir en mi
fracaso, sino a hierbas y drogas?: tal es el refugio de
los que son desgraciados en amores. En cuanto a Ter- 13
sandro (para que también por lo que a él respecta estés
tranquilo), ha salido disparado en busca de un amigo
suyo, marchándoseme de casa encolerizado. Creo que
algún dios lo ha alejado de aquí a fin de que pueda yo
obtener de ti este postrer favor. ¡Vamos, entrégate a
mí!»

Tras estos sabios razonamientos (Amor es, asimis- 27
mo, maestro de elocuencia)[276], desató mis ligaduras, me
besó las manos, las puso sobre sus ojos y su corazón y
dijo: «Ves cómo salta y qué deprisa palpita lleno de
ansiedad y de esperanza: ¡que sea también de placer!
Parece que con sus saltos te suplica.»

En fin, tan pronto como me desató y me abrazó en- 2
tre lágrimas, experimenté un sentimiento de lástima
hacia ella y tuve de verdad miedo de que el dios Amor
me guardara rencor. Por lo demás, estaba el hecho de
haber recobrado a Leucipa, de que después de este epi-
sodio iba a verme libre de Mélite, y de que lo que hicié-

[274] Mencionado, de nuevo, en VII 6, 6.

[275] Lo que está en desacuerdo con 23, 2 (cf. n. 270). Sobre la eficacia suplementaria de las actividades mágicas realizadas a la luz de la luna, cf., por ejemplo, Teócrito, II 10 s., y sobre todo Horacio, *Sát.* I 8, 21 s.

[276] Cf. Longo, IV 18, 1.

semos no era ya una boda, sino una medicina para un
3 alma enferma. Y así me resigné a que me rodease con
sus brazos y no puse reparos a sus abrazos. Y ocurrió
cuanto Eros quiso que ocurriera, sin que precisáramos
ni de cama ni de ningún otro pertrecho habitual en el
4 rito de Afrodita. Amor es maestro de sí mismo y sagaz
improvisador que cualquier lugar convierte en santuario de su culto secreto. En el trance de Afrodita lo más elemental sabe mejor que lo más elaborado, pues él mismo es su fuente de placer.

LIBRO SEXTO

Después de haber sanado a Mélite, le digo: 1

«—Ahora tienes que asegurar mi fuga y todo lo demás que se refiere a Leucipa, como me prometiste.

»—No te preocupes —contestó— de lo que a Leucipa respecta: hazte la cuenta de que ya es tuya. En cuanto a ti, vístete con mis ropas y oculta tu rostro con mi manto. Melanto te guiará hasta la puerta y allí te 2
aguardará un muchacho, al que he encargado que te lleve a la casa en que encontrarás a Clinias y Sátiro y donde se te reunirá Leucipa.»

Mientras me explicaba estos detalles, me fue vistien- 3
do con su ropa entre beso y beso, y añadió: «¡Estás mucho más guapo vestido así! Te pareces a un Aquiles que vi una vez en un cuadro[277]. ¡Ojalá no te ocurra nada, querido mío! Conserva este ropaje como recuerdo y déjame el tuyo para ponérmelo y sentirme entre tus brazos.»

Me entrega cien piezas de oro y llama a Melanto, 4
que era una de sus sirvientas más leales y había estado de guardia en la puerta. Cuando ésta entra, le explica el acuerdo tomado sobre mí y le ordena que vuelva a su lado en cuanto yo salga a la calle.

---

[277] Una referencia al célebre episodio en que Aquiles fue disfrazado de mujer por su madre para que no tuviera que ir a la guerra de Troya.

2 Éste fue el modo como me escapé de allí. El que vigilaba el aposento me dejó pasar ante un gesto de Melanto, creyendo que se trataba de su ama. A través de estancias desiertas llegué a una puerta excusada[278], donde se hizo cargo de mí el que había recibido esta
2 misión de Mélite. Era un liberto que nos había acompañado en la travesía y con el que, además, había trabado amistad. Y Melanto a su regreso encuentra al guardián, que acababa de echar la llave del cuarto, y le
3 manda volver a abrir. Una vez que le abrió y ella se reunió con Mélite y le anunció que yo había salido de la casa, llama al centinela. Él, como es lógico, al ver un espectáculo que en modo alguno se esperaba y que iba bien con el refrán de *la cierva en vez de la doncella*[279],
4 se quedó estupefacto y sin decir palabra. Entonces Mélite le habla así:

«—He recurrido a esta artimaña no porque no me fiara de que estuvieras dispuesto a dejar escapar a Clitofonte, sino para que, como sin haber tomado parte en esta intriga, estés libre de culpa ante Tersandro.
5 Estas diez monedas de oro son un regalo que te hace Clitofonte: un regalo, en caso de que sigas aquí. Pero si crees que es preferible que huyas, tenlas para el viaje.»

Y Pasión (que así se llamaba el guardián) le contestó:

«—Señora, *la solución que te parezca buena a ti, la doy por buena también yo*[280].»

6 Mélite entonces decidió que por un tiempo se marchara de allí y que, cuando se arreglase su relación con

---

278 Expresión con frecuencia mal entendida por los traductores.

279 Dicho relacionado usualmente con el sacrificio de Ifigenia: Ártemis, según una versión, habría sustituido a la joven por una cierva sobre el propio altar donde aquélla iba a ser inmolada.

280 Probablemente, otra cita rítmica de alguna obra teatral desconocida.

su marido y se apaciguara la cólera de éste, regresara.
Y esto fue lo que hizo.
Pero, como ya era habitual en ella, la Fortuna otra 3
vez me fue hostil y tramó contra mí una nueva empresa.
El caso fue que trajo a Tersandro a mi presencia cuan-
do éste pasaba. Pues el amigo, a cuya casa se había
dirigido, lo convenció para que no durmiese fuera de la
suya, y así, una vez que hubo cenado, volvía a ella. Era 2
la fiesta mensual de Ártemis y todo estaba lleno de
borrachos, de manera que una muchedumbre ocupaba
toda la plaza a lo largo de la noche entera. Yo creía que
éste era el único peligro, sin saber que otro mucho
peor se fraguaba para mi perdición. Sóstenes, el que 3
había comprado a Leucipa y al que Mélite ordenó dejar
la administración de su finca, enterado de que su amo
había llegado se abstuvo ya de abandonar su cargo en
el campo y decidió vengarse de Mélite. En primer lugar 4
se adelantó a denunciarme a Tersandro (ya que fue él
el delator) y luego le habló también de Leucipa, con
una historia muy convincente que se inventó. Como él
mismo no había logrado su propósito de conseguirla,
se convierte en alcahuete de su amo con el fin de ale-
jarlo de Mélite: «Te he comprado, amo, una joven que
más que hermosa es un prodigio increíble de hermosura:
¡ojalá lo creyeses con sólo oírmelo decir, como si la 5
hubieses visto! La he guardado para ti, pues precisa-
mente me llegó la noticia de que estabas con vida y
confié en que fuese verdad lo que era mi deseo. Pero
no lo revelé, para que cogieses en flagrante al ama y
no se mofase de ti un amante indigno y extranjero.
Mas el ama me quitó ayer a la muchacha e iba a man- 6
darla lejos de aquí, pero la suerte te la ha preservado,
de modo que pueda ser tuya tanta belleza. Ahora está
en la finca, aunque no sé la razón por la que el ama la
ha enviado allá. Pues bien, antes de que ella vuelva

aquí, si lo deseas, te la guardaré bajo llave, para que
esté a tu disposición.»

4 Tersandro dio por buena su idea y le ordenó hacer
lo que le proponía. Sóstenes parte a toda prisa para
la finca y, tras observar la cabaña donde Leucipa iba a
pasar la noche, toma a dos de los braceros y les manda
llevarse con un engaño a las criadas que acompañaban
a Leucipa, llamándolas y entreteniéndolas conversando
2 lo más lejos posible. Y con otros dos, en cuanto vio a
Leucipa sola, se lanza sobre ella, le tapa la boca y la
rapta dirigiéndose por un camino opuesto al que ha-
bían seguido las sirvientas. La conduce a un cuarto
secreto y la deja allí diciéndole: «Vengo a traerte un
buen montón de bienes: que a cambio, cuando seas di-
3 chosa, no te olvides de mí. No te asustes de este rapto
ni creas que es para tu mal, ya que es el medio para
que mi amo se enamore de ti.»

Leucipa, perpleja ante desgracia tan inesperada,
guardó silencio. Y él va en busca de Tersandro y le
cuenta lo ocurrido. Y fue éste el momento en que Ter-
4 sandro volvía a su casa. Como Sóstenes le había ya
revelado el asunto de Leucipa y le exaltaba teatral-
mente su hermosura, sus palabras, como si fueran una
bella visión, le habían llenado el alma. Bajo el efecto
natural de la belleza [281], en medio de una fiesta nocturna
y a sólo cuatro estadios de distancia de la finca, terminó
por mandarle que lo guiase y ya estaba a punto de em-
prender la marcha hacia donde ella se encontraba.

5 Entretanto yo seguía vestido con la ropa de Mélite
y, sin advertirlo, me tropiezo cara a cara con ellos. El
primero en reconocerme fue Sóstenes, que gritó: «¡Ahí
está el amante, que viene hacia nosotros con aire de
bacante y después de haber saqueado a tu mujer! [282].»

---

281 Traducción conjetural de una expresión seguramente corrupta.

282 Ambas expresiones se refieren al atuendo de Clitofonte.

El muchacho, que me precedía mostrándome el 2
camino y que los vio venir, se puso en fuga, sin tiempo por el miedo para avisarme. A mí, en cuanto me ven, me atrapan, y Tersandro se pone a dar gritos y acude una multitud de gente de la velada. Entonces, Tersan- 3
dro se hizo aún más la víctima, llamándome a voces, entre otras injurias indecibles, infame seductor y ladrón[283]. Y me lleva a la cárcel y me hace detener acusado de seducir a su esposa. Por lo que a mí res- 4
pecta, nada de todo esto me dolía, ni el agravio de verme en la prisión ni el ultraje de las palabras que había oído, pues estaba seguro de salir con bien probando no haber incurrido en adulterio por estar públicamente casado. Pero tenía miedo por Leucipa, ya que aún era dudoso que la hubiese recobrado. Las almas 5
tienen el don natural de vaticinar calamidades, puesto que cuando se trata de predecir los bienes no nos acompaña, en absoluto, el éxito. En fin, que cuando pensaba en Leucipa no imaginaba nada que no fuese desastroso y todo me infundía recelos y temores. Tan triste era el estado de mi espíritu.

Tersandro, una vez que me metió en la cárcel, se 6
lanzó con idéntica vehemencia en busca de Leucipa. Nada más llegar al aposento la encuentra tirada en el suelo, cavilando en las palabras que Sóstenes le dijo y expresando en su rostro a la vez dolor y miedo. En 2
mi opinión, no es cierto lo que se dice de que el pensamiento es absolutamente invisible, pues se refleja con toda exactitud en la cara como en un espejo. Con el placer hace lucir en los ojos una imagen de alegría y en el sufrimiento contrae el rostro, ofreciéndonos la visión del infortunio. Pues bien, cuando Leucipa oyó 3
abrirse la puerta y se encendió una lámpara allí den-

Quizás, para la primera, el autor tuviese en la memoria el disfraz de Penteo en las *Bacantes* de Eurípides.

283 Más exactamente, «ladrón de ropa».

tro, levantó por un momento la cabeza para volver a bajar los ojos. Y a Tersandro, que tuvo un atisbo tan momentáneo de su belleza como un fugaz relámpago[284] (pues la belleza tiene en los ojos su sede principal), se le escapó el alma hacia ella y se detuvo encadenado por aquella visión, a la espera de que por segunda vez
4 levantase sus ojos hacia él. Mas, como seguía con la cabeza inclinada hacia el suelo, le dijo: «¿Por qué bajas tu vista, mujer? ¿Por qué el venero de la hermosura de tus ojos fluye así hacia tierra? ¡Que fluya más bien hacia los míos!»

7 Ella, al oírlo, se deshizo en lágrimas, unas lágrimas que también poseían su propia belleza. Pues las lágrimas realzan los ojos y los hacen destacar: si carecen de belleza y son vulgares, acrecientan su fealdad; pero si son dulces y con la negra tonalidad de la pupila rodeada en suave gradación por blanca aureola, al humedecerse con las lágrimas se asemejan *al pletórico seno de una*
2 *fuente*[285]. Cuando las lágrimas salobres se derraman todo alrededor, el blanco se dilata y brilla más y el negro toma el tono de la púrpura, y así el uno se hace comparable a la violeta y el otro al narciso[286]. Y las lágrimas nos muestran su sonrisa al rodar por dentro
3 de los ojos. Tales eran las lágrimas de Leucipa, triunfadoras de su misma pena y convirtiéndola en belleza. Y si hubiesen podido al caer quedarse petrificadas, la

---

284 J. N. O'Sullivan (*Class. Quart.*, N. S., 27 [1977], 238 sig.) ha propuesto en este pasaje algunas correcciones que no nos parecen muy convincentes.

285 Nueva cita rítmica, de algún texto desconocido también probablemente.

286 Hemos procurado dejar la expresión tan ambigua como el original. No obstante y a pesar de las reservas de Vilborg y otros, se ha de sospechar que el autor, por un quiasmo no indicado, compara el blanco con el narciso y la pupila negra con la púrpura (cf. la descripción del narciso en I 15, 5).

tierra hubiera tenido una variedad nunca vista de ámbar[287].

Tersandro, con sólo verla, quedó embobado ante su hermosura, pero su dolor lo enajenó y sus ojos se le inundaron de llanto. En quienes las ven, las lágrimas 4
son por naturaleza los mayores acicates de la piedad, y en mayor grado aún las de las mujeres, en la medida en que al ser más abundantes también su fascinación es mayor. Y si, además, la que llora es hermosa y quien la ve un enamorado, sus ojos tampoco quedan impasibles, sino que imitan el llanto de la amada. Pues, dado 5
que la belleza se asienta en los ojos de las mujeres bellas, fluye desde ellos hasta instalarse en los ojos de los que la contemplan y arrastra consigo el manantial de sus lágrimas. El enamorado, acogiendo a la una y a las otras, arrebata la belleza hasta depositarla en su alma y, en cambio, guarda las lágrimas en sus ojos, con el deseo de que se repare en ellas, y, aun estando en su mano el enjugarlas, se niega y las retiene en lo posible con el temor de que se borren prematuramente. E 6
incluso contiene el movimiento de sus ojos, no sea que vayan a caer demasiado pronto, antes de que la prenda amada las vea. Pues entiende que éste es el testimonio de su amor. Justo algo así le sucedía a Tersandro. Lloraba para convertir su llanto en espectá- 7
culo, ya que si bien sentía cierta compasión, lo que era natural, alardeaba en realidad ante Leucipa, como si su llanto obedeciera a que ella también lloraba.

Se inclina entonces hacia Sóstenes y le dice estas 8
palabras: «De momento cuida de ella. Ya ves cómo sufre, de modo que voy a retirarme, aun a mi pesar, para no importunarla. Pero cuando esté más tranqui-

---

287 El origen de este símil hay que buscarlo en el mito de las Helíades (las hijas del Sol), cuyas lágrimas por la muerte de su hermano Faetonte dieron lugar al ámbar.

9 la, en ese momento hablaré con ella. Y tú, mujer, ten ánimo, pues pronto pondré remedio a tus lágrimas.»

Y, a continuación, de nuevo se dirigió a Sóstenes mientras salía: «Procura hablarle de mí como conviene. Y por la mañana, con el asunto bien encaminado, ven a verme.» Y luego de darle estas indicaciones se retiró.

8 Mientras estos acontecimientos tenían lugar, ocurrió que Mélite inmediatamente después de su encuentro conmigo envió a un muchacho a la finca a por Leucipa, para hacer que apresurara su regreso, puesto que
2 ya no precisaba aquel remedio. En cuanto él llegó al campo, encontró a las criadas que andaban en busca de Leucipa y estaban muy preocupadas. Al no aparecer ésta por parte alguna, corrió a llevarle la noticia del
3 suceso. Y, como le llegara la nueva de que yo había ido a parar a la prisión, y enterada luego de la desaparición de Leucipa, cayó sobre ella una nube de dolor.
4 Aunque no podía descubrir la verdad, sin embargo sospechaba de Sóstenes. Y, deseosa de arrojar luz por medio de Tersandro sobre el misterio que indagaba, imaginó una conversación habilidosa, con verdad e invención bien combinadas.

9 Y, así, cuando Tersandro nada más entrar en la casa se puso a gritar de nuevo:

«—Tú has hecho desaparecer a tu amante, lo has desatado y sacado de la casa! ¡Es obra tuya! ¿Por qué, pues, no te has ido con él? ¿Por qué sigues aquí? ¿No te irás tras tu querido a verlo atado con más firmes ligaduras?[288].»

Mélite le replicó:

---

[288] Vilborg entiende: «más firmes que las del amor». Sin embargo, cabe pensar en un sentido más prosaico: más firmes que las ligaduras que sujetaban a Clitofonte antes, en casa de Mélite, y de las que ésta lo libró.

«—¿De qué amante me hablas? ¿Qué es lo que te
pasa? Si quieres oír toda la historia, deja esos arreba-
tos y te enterarás fácilmente de la verdad. Ahora bien,
un solo ruego te hago: que seas conmigo un juez im- 2
parcial y que me escuches con tus oídos limpios de
calumnias, tu corazón libre de cólera y con la razón
como árbitro sin tacha. Ese mozo no ha sido ni mi
amante ni mi esposo. Procede de Fenicia y no es infe-
rior a ninguno de los tirios. También él tuvo una nave-
gación infortunada y de toda su mercancía se adueñó
el mar. Oí su desdicha y sentí lástima, me acordé de 3
ti y le di albergue en mi casa. Tal vez —me decía—,
también Tersandro anda así sin rumbo por alguna
parte. Tal vez alguna mujer también tendrá piedad de
él. Y si de verdad ha perecido en el mar, según las noti-
cias que me llegan, ¡daré a todos los náufragos la aco-
gida que a él daría! ¿A cuántas otras víctimas de 4
naufragios no habré alimentado? ¿A cuántos muertos en
el mar no habré dado sepultura, cuando he recogido
restos de barcos zozobrados que han venido a parar
a la costa, mientras me decía: Tal vez Tersandro nave-
gaba en esta nave? Éste, pues, fue uno más de los sal- 5
vados del mar, el último de ellos. Al acogerlo, era a ti
a quien favorecía. Él navegaba igual que tú: yo honraba
en él, querido mío, la imagen de tu desventura. ¿Cómo
fue, pues, que yo estaba aquí con él? La auténtica
explicación es la siguiente: él estaba de duelo por su 6
esposa, sin saber que ella no había muerto. Alguien
le trajo esta noticia, diciéndole que se encontraba con
uno de nuestros administradores, y dio el nombre de
Sóstenes. Y así era, pues llegamos y encontramos a la 7
mujer. Ésa es la razón de que me acompañara. Tienes
a tu alcance a Sóstenes y la mujer está con él en la
finca: averigua cada cosa que te he dicho. Si en algo
te he mentido, soy culpable de adulterio.»

10 Ésta fue la historia que contó, simulando no estar
enterada de la desaparición de Leucipa y reservándose
por otra parte, por si Tersandro trataba de descubrir
la verdad, el hacer venir a las sirvientas con las que
Leucipa se había marchado, las cuales, si no aparecía
por la mañana, dirían (lo que era cierto) que la joven
2 no daba señales de vida en ningún sitio. De este modo
podía proseguir abiertamente sus pesquisas, así como
también presionar sobre Tersandro.

Pues bien, tras haber fingido de esta manera con un
discurso muy convincente, aún añadió esto otro: «Con-
fía en mí, esposo mío. Durante el tiempo en que hemos
convivido no has tenido falta alguna, querido, que
echarme en cara. ¡Que tampoco a estas alturas se te
3 ocurra sospechar nada semejante! Ese rumor ha corri-
do por ahí por la acogida que he dispensado a ese
joven, porque la gente no sabía la razón de nuestro
trato. También han sido otros rumores los que te da-
4 ban por muerto. Rumor y Calumnia son dos funestos
parientes: Rumor es hijo de Calumnia, y si Calumnia
tiene más filo que una espada, más ímpetu que el
fuego y más capacidad de persuasión que las Sirenas,
Rumor es más escurridizo que el agua, más veloz que
el viento, más rápido que las alas de los pájaros.
5 Cuando Calumnia dispara con su arco la noticia, ésta
vuela como flecha e hiere a aquél a quien fue destina-
da sin que esté presente. El que la oye, pronto la da
por cierta, prende en él el fuego de la cólera y dirige
su locura contra la víctima del dardo. Rumor, que nace
al dispararse el proyectil, fluye al punto con todo su
caudal, inunda los oídos de los que encuentra, sopla
hasta bien lejos arrastrando impetuoso el viento de las
palabras y vuela llevado en alto por las alas de las
6 lenguas. Éstos son los dos enemigos que me combaten:
éstos son los que se han apoderado de tu alma y han
cerrado las puertas de tus oídos a mis palabras.»

Al tiempo que le hablaba le tomó la mano y quiso 11
besarlo. Y a él, que estaba ya más aplacado, lo conmovía la verosimilitud de lo que Mélite contara, en tanto que el acuerdo entre la historia de Leucipa y las palabras de Sóstenes hizo desaparecer una parte de sus sospechas. Empero, no la creyó totalmente, pues los celos, cuando han caído de una vez en el alma, son difíciles de desarraigar. Sin duda lo trastornó oír que 2
la joven era mi esposa, de modo que aun me tuvo mayor aborrecimiento. Alegando que iba a investigar sobre lo que ella le dijera, se marchó a dormir solo. Y Mélite quedó apesadumbrada, porque no había podido cumplir la promesa que me hizo.

Por su parte Sóstenes, luego de haber acompañado 3
un trecho a Tersandro[289] y de darle toda clase de seguridades en lo que a Leucipa se refería, volvió junto a ella con rostro satisfecho:

«—¡Lo hemos logrado, Lacena!, le dijo. Tersandro te ama con locura, hasta el punto de que quizás incluso se case contigo. Pero el éxito es mío, pues he sido yo 4
quien le ha contado muchas maravillas de tu belleza y le he llenado el alma de ilusiones. ¿Por qué lloras? Levántate y hazle un sacrificio a Afrodita por tu buena suerte. Y acuérdate también de mí.»

Leucipa le replicó: 12

«—¡Que tengas tú una buena suerte semejante a la que has venido a traerme!»

Y Sóstenes, que no entendió el sarcasmo, sino que, al contrario, creyó que ella hablaba en serio, añadió con tono afectuoso:

«—Quiero decirte quién es Tersandro, para que tu alegría sea aun mayor. Es el esposo de Mélite, la que 2
viste en la finca. Por su linaje es el primero entre todos

289 En su camino de regreso a la ciudad. La narración retrocede hasta enlazar con 7, 9.

los jonios. Su riqueza es todavía superior a su linaje, y superior a su riqueza es su bondad. Su edad, has visto cuál es: que es joven y guapo, cualidades que tan gratas son a las mujeres.»

3 En ese punto Leucipa no pudo ya soportar la palabrería de Sóstenes y le gritó:

«—¿Hasta cuándo, mala bestia, estarás ensuciando mis oídos? ¿Qué tenemos Tersandro y yo en común?
4 ¡Que guarde su belleza para Mélite, su riqueza para su ciudad y sus bondades y su generosidad para quienes las necesiten! A mí todo eso ni me va ni me viene, aunque fuese de mejor cuna que Codro y más rico
5 que Creso[290]. ¿A qué vienes a contarme un montón de ajenas alabanzas? Yo elogiaré a Tersandro como hombre de bien cuando no ultraje a las mujeres de otros.»

13 Y como Sóstenes preguntara con toda seriedad:

«—¿Es que bromeas?»

Le contestó:

«—¿Qué sacaría de tales bromas? ¡Déjame, hombre, seguir sufriendo mi propia suerte y el sino del que soy prisionera. Pues sé que estoy en un cubil de piratas.

»—Creo —replicó Sóstenes— que estás loca y que tu
2 locura es incurable. ¿Un cubil de piratas se te antoja que es todo esto: riqueza, boda y lujos y un esposo como este que te depara la Fortuna y al que hasta tal punto aman los dioses que incluso lo han arrancado de las mismas puertas de la muerte?»

Le contó a continuación el naufragio, atribuyendo a los dioses el salvamento de Tersandro y convirtiéndolo
3 en un prodigio mayor que el del delfín de Arión[291]. Y, como Leucipa no le replicase ya nada a sus fábulas,

---

[290] Codro es un rey mítico del Ática y descendiente de Posidón. Creso es el bien conocido rey lidio del que nos habla Heródoto (I 6 y 26 ss.).

[291] Un delfín, según la leyenda, salvó al músico Arión, arrojado al mar durante una travesía.

prosiguió: «Tú mira qué es mejor para ti y no se te ocurra decirle nada semejante a Tersandro, si no quieres irritar a un hombre tan bueno. Cuando se encoleriza se vuelve insoportable. La bondad, si encuentra agra- 4
decimiento, se acrecienta aun más, pero, si se ve despreciada, se irrita hasta transformarse en cólera. Cuanto más propenso es el ánimo a un comportamiento afectuoso, tanto más puede ser propenso a la venganza.»

Ésta era, pues, la situación por lo que a Leucipa se refiere.

Clinias y Sátiro, al enterarse de que yo estaba ence- 14
rrado en la cárcel (Mélite les había dado la noticia), inmediatamente se presentaron por la noche a toda prisa en la prisión. Querían quedarse allí conmigo, pero el carcelero no sólo no accedió, sino que les ordenó que se marcharan al punto. Los echó de allí contra 2
su voluntad, y yo les encargué que, si Leucipa daba señales de vida, viniesen a verme en cuanto amaneciera; les relaté las promesas de Mélite y me quedé con el alma como en una balanza entre esperanzas y temores, con mis esperanzas llenas de temores y mis temores llenos de esperanzas.

Al llegar el día, Sóstenes se dirigió presuroso a 15
ver a Tersandro, y Sátiro y sus acompañantes a verme a mí. Tersandro, nada más tener ante su vista a Sóstenes, le preguntó cómo andaba el asunto de la joven y si estaba ya ganada para su causa. Pero él no le cuenta 2
la verdad, sino que imagina una historia bastante convincente:

«—Aunque se niega, creo, sin embargo, que su negativa no es terminante. Más bien, a mi parecer, se debe a que sospecha que, una vez que la hayas hecho tuya, la abandonarás, y vacila ante la perspectiva de semejante agravio.

»—Pero si es por eso —replicó Tersandro—, que no 3
tema. Mis sentimientos hacia ella son de tal clase que

siempre estarán vivos. Mas tengo un solo motivo de
recelo y quiero enterarme cuanto antes: si es realmente
esposa de ese mozo, según me lo ha contado Mélite.»

4 Con esta conversación llegaron a la casa donde esta-
ba Leucipa y, al acercarse a la entrada, la oyeron
lamentarse y se detuvieron sin hacer ruido ante la
16 puerta: «¡Ay de mí, Clitofonte!, repetía una y otra
vez, tú no sabes a dónde he venido a parar y dónde
me tienen encerrada, y tampoco yo cuál es tu suerte,
2 sino que padecemos la misma ignorancia. ¿Acaso no te
sorprendió Tersandro en su casa? ¿Acaso no has sufri-
do también tú alguna violencia? Muchas veces he esta-
do tentada de interrogar a Sóstenes, pero no sabía de
qué modo dirigirle la pregunta. Si te nombraba como
a mi propio esposo, temía desencadenar sobre ti alguna
desgracia, incitando a Tersandro contra ti. Si como a
3 un simple forastero, también esto era sospechoso, pues
¿qué pueden importarle a una mujer quienes no son de
su familia? ¡En cuántas ocasiones me lo impuse a mí
misma, pero sin convencer a mi lengua para que ha-
blara! Tan sólo estas palabras acertaba a decir: '¡Cli-
tofonte, esposo mío, esposo sólo de Leucipa, leal y
firme! Ninguna otra mujer ha logrado seducirte ni aun
durmiendo a tu lado, aunque fui tan desalmada que
4 creí lo contrario. Y al verte al cabo de tanto tiempo en
el campo ni siquiera te besé.' Pues bien, si Tersandro
viene ahora y me pregunta, ¿qué le diré? ¿Dejaré de
5 representar mi papel para contarle la verdad?: 'No
creas que soy una esclava, Tersandro. Soy hija de un
general bizantino y esposa del principal ciudadano de
Tiro. No soy tesalia ni me llamo Lacena. Tal cosa no es
sino un ultraje de los piratas que me han saqueado
6 hasta el nombre. Mi esposo es Clitofonte, mi patria Bi-
zancio, Sóstrato mi padre y mi madre Pantea.' Pero
ojalá que no creas mis palabras. Temo por Clitofonte
si me crees, no sea que la inoportunidad de mi reve-

lación haga perder su libertad a mi amado[292]. ¡En fin!,
volveré a desempeñar mi papel y a ponerme el disfraz
de Lacena.»

Al escuchar esto, Tersandro retrocede unos pasos y 17
le dice a Sóstenes:

«—¿Has oído esas palabras increíbles, con tal carga
de amor? ¡Qué cosas ha dicho y qué lamentaciones!
¡Qué reproches se ha dirigido a sí misma! ¡Ese seduc-
tor me gana por la mano en todos los terrenos! Creo 2
que además de ladrón resulta ser un brujo: Mélite lo
ama, Leucipa lo ama. ¡Ojalá, oh Zeus, me convirtiese
en Clitofonte!

»—No hay que achicarse, amo, ante la empresa
—repuso Sóstenes—. Por el contrario, se ha de ir direc-
tamente a la moza. Pues si ahora ama a ese maldito 3
seductor, es porque en la medida en que sólo lo ha
conocido a él y no ha tenido trato con otro, con él sacia
su alma. Mas con tal de que por una sola vez pudiera
compararos a los dos[293] (pues eres mucho mejor plan-
tado que él), lo olvidaría por completo. Un amor fla- 4
mante agosta un antiguo amor. Las mujeres gustan
sobre todo de lo presente y se acuerdan de lo remoto
mientras no encuentran lo nuevo que lo reemplace.
Cuando logran otro amor, borran de su alma al prece-
dente.»

Al oír esto, Tersandro recobró el ánimo, dado que 5
las palabras que estimulan la esperanza de un éxito
amoroso persuaden fácilmente, ya que la pasión, to-
mando el aliado que desea, despierta la esperanza.

---

292 Algunos editores creen que las supuestas palabras de Leucipa a Tersandro alcanzan hasta este punto.

293 Traducimos libremente esta expresión, que al pie de la letra dice «te encontrases (con él)», y que no ha sido bien entendida por bastantes traductores (cf. el comentario correspondiente de VILBORG).

18 Deja, pues, Tersandro pasar un rato después del soli-
loquio de Leucipa, para no dar la impresión de haber
oído algunas de sus palabras, y entra adoptando la
expresión que, a su parecer, habría de ser la más grata
a los ojos de Leucipa. Pero nada más verla se le infla-
mó el alma y creyó que entonces aún era más hermosa
2 que antes. Luego de haber alimentado su fuego la noche
entera, todo el tiempo que había estado lejos de ella,
volvió a avivarlo de repente echándole a la llama de
pasto la visión de la joven, y poco faltó para que cayera
sobre ella y la tomara en sus brazos. Pero logró domi-
narse y, sentándose a su lado, se puso a decirle ya esto
3 ya lo otro, todo ensartado sin sentido alguno. Pues así
es como los enamorados se comportan cuando tratan
de conversar con sus amadas: no ponen raciocinio en
sus palabras, sino que, al tener su alma en el objeto
amado, hablan sólo con la lengua sin su auriga, la
razón.

4 Ahora bien, mientras charlaba llegó a ponerle su
brazo en torno al cuello, como si fuera a besarla. Ella,
que vio venir el movimiento del brazo, bajó la cabeza
5 hundiéndola en su seno. Él, sin aflojar su abrazo, in-
tentó por la fuerza alzarle el rostro. Mas Leucipa se
resistía a levantar la cabeza e intentaba rehuir así los
besos. Y como transcurrió algún tiempo en la pugna
empeñada por su brazo, se apoderó de Tersandro un
sentimiento de amorosa porfía, puso su izquierda bajo
el rostro de Leucipa mientras la sujetaba del pelo con
la diestra, con ésta le daba tirones hacia atrás y con la
otra mano presionándole el mentón trataba de levan-
6 tarle la cabeza. Pero, como al final desistió de someterla
a tal violencia, ya fuese porque lograse o no lograse
su propósito, ya fuese porque llegara a fatigarse, le
habló así Leucipa:

«—Tu conducta no es ni la de un hombre libre ni la
de un caballero bien nacido. Has emulado a Sóstenes,

digno esclavo de tal amo. Pero no sigas adelante ni
esperes logro alguno, a no ser que te vuelvas Clito-
fonte.»

Tersandro, cuando oyó estas palabras, perdió el 19
control de sí mismo. Estaba enamorado y, a la vez,
lleno de cólera, y cólera y amor son dos antorchas. La
cólera, en efecto, también es otro fuego[294], que, si bien
tiene la naturaleza más opuesta al del amor, es seme-
jante a éste en su violencia. El uno incita a odiar, el 2
otro fuerza a amar, y son vecinos los manantiales de
sus fuegos, ya que uno de ellos se sitúa en el hígado y
el otro brota en torno al corazón[295]. Pues bien, cuando 3
ambos sorprenden al hombre, su alma pasa a ser una
balanza en que cada platillo soporta uno de los dos
fuegos. Ambos luchan por inclinarla a su favor, y es el
amor el que las más de las veces acostumbra a vencer,
siempre que triunfan sus deseos. Mas si el objeto amado
lo desdeña, llama a la cólera en su auxilio. Ésta, como 4
vecina que es, atiende su llamada, y son ya dos en atizar
el fuego. Si se da el caso de que la cólera por una vez
arrastre consigo al amor y, cuando éste se vea precipi-
tado fuera de su propia sede, lo mantenga así, será ella
la que con su natural implacable no luche ya por
satisfacer su pasión con él por camarada, sino que
como a esclavo de esa pasión lo encadene y gane la
partida, sin que esté dispuesta a permitirle tregua
alguna con el ser amado, por más que sea tal su deseo.
El amor se hunde anegado por la cólera y, por mucho 5
que anhele alcanzar de un salto el poder que le era

---

294 En este punto seguimos el texto establecido por VILBORG en su comentario, que difiere del de la edición del mismo autor.

295 La referencia al hígado se entiende como órgano de la bilis, al menos aparentemente. Sin embargo, entre los griegos se encuentra testimoniada una distribución distinta: el hígado como fuente del amor y el corazón como punto de origen de la cólera.

propio, ya no tiene libertad y se ve forzado, en cambio, a odiar lo que ama. Pero cuando la cólera llega al punto crítico de su marejada y a los mayores abusos de su libertad, su saciedad misma la fatiga y, con esta fatiga, ceden sus fuerzas, y entonces el amor vuelve a la carga, da armas a sus deseos y derrota a la cólera, ya aletar-
6 gada. Al ver los ultrajes que ella, en plena borrachera, infirió a lo que le es más querido, el amor se aflige, trata de justificarse ante el amado, lo invita a volver al dulce trato y le promete ablandar a fuerza de placer
7 su irritación[296]. Con el logro de sus deseos se hace manso, mas si de nuevo es desdeñado, vuelve a sumergirse en las profundidades de la cólera. Ésta se despierta de su sueño y torna a sus actos de antaño, pues es la aliada del amor ofendido.

20 Tersandro, que al principio confiaba en su éxito amoroso, había sido por completo esclavo de Leucipa. Pero con el fracaso de aquellas esperanzas, soltó las riendas de su cólera. Y le da de bofetadas mientras exclama:

«—¡Sierva miserable, con una pasión verdaderamen-
2 te enfermiza!: he oído todo lo que dijiste. ¿No te agrada ni siquiera que te dirija la palabra y no te consideras afortunada de poder besar a tu amo, sino que te haces la importante y finges estar desesperada? Es más, creo que eres una zorra, pues hasta amas a un corruptor de
3 casadas. Pues bien, puesto que no quieres tenerme como amante, ¡habrás de conocerme como amo!»

A lo que replicó Leucipa:

«—Si quieres ser un tirano, aceptaré tu tiranía, a condición de que no intentes forzarme. Y tú —añadió dirigiéndose a Sóstenes, con la mirada puesta en él—

---

[296] Aunque en el original la expresión es ambigua (la palabra empleada es la misma «cólera» precedente), creemos con Vilborg que lo más razonable es entender la natural hostilidad del amado, y de ahí el cambio de término en bien de la claridad.

sé testigo de los ultrajes que soporto, ya que aún me
has agraviado más.»
Y Sóstenes, avergonzado de verse así cogido en fal- 4
ta, gritó:
«¡Ésta, señor, necesita que la marque bien el látigo
y probar una buena tanda de tormentos, para que
aprenda a no despreciar a su dueño!
»—Hazle caso a Sóstenes —dijo Leucipa—, pues te 21
aconseja bien. ¡Prepara los tormentos! ¡Que traigan
la rueda!: aquí tienes mis brazos, para que tiren de
ellos. ¡Traigan también látigos!: aquí está mi espalda,
¡que la azoten! ¡Traigan el fuego!: aquí tienes mi cuer-
po, ¡que lo abrasen! ¡Venga el hierro también!: he 2
aquí mi cuello, ¡que lo corten! ¡Contemplad una pugna
jamás vista!: una mujer sola que se enfrenta a todos
los suplicios y de todas las pruebas sale victoriosa. ¿Y
llamas seductor a Clitofonte, tú, un adúltero? ¿Ni aun
a tu propia Ártemis temes, dime, sino que en la ciudad
de una virgen[297] a una virgen pretendes forzar? ¡Seño-
ra!, ¿dónde está tu arco?
»—¿Una virgen?, repuso Tersandro, ¡qué osadía! 3
¡Qué risa! ¿Virgen después de haber pasado esas no-
ches con tantos piratas? ¿Es que tus piratas resultaron
ser eunucos? ¿Y su guarida una escuela de moralistas?
¿No hubo entre ellos uno solo que tuviera ojos?»
A lo que contestó Leucipa: 22
»—Virgen he seguido siendo, incluso después de
aparecer Sóstenes: ¡pregúntale a él! Éste ha sido para
mí el auténtico pirata. Aquéllos fueron mucho más co-
medidos que vosotros y no hubo uno solo de ellos que se
portase con insolencia semejante. Si habéis llegado a 2
acciones tales, ésta es la verdadera cueva de ladrones.
¿Y no os avergonzáis de hacer lo que no osaron los

---

297 La Ártemis de Éfeso. Ártemis es la diosa casta por excelencia.

piratas? Pero no has caído en la cuenta de que con tu actitud desvergonzada tanto más me ensalzas. Se dirá, si ahora en tu locura me asesinas: «Virgen Leucipa después de los Vaqueros, virgen incluso después de Qué-
3 reas, virgen incluso después de Sóstenes.» Mas esto no es aun nada. La mayor alabanza será ésta: «Virgen incluso después de Tersandro, más lascivo que los propios piratas. Como no puede violarla, la asesina.»
4 ¡Ármate, pues, con estos instrumentos, toma ya contra mí los látigos, la rueda, el fuego y el hierro! Que te asesore en la batalla contra mí tu consejero Sóstenes. Yo estaré inerme y sola, una simple mujer, con mi libertad por toda arma, a la que ni hieren los golpes ni el hierro corta ni el fuego abrasa. Jamás la dejaré en tus manos. Y, aunque me quemes, no hallarás el fuego tan ardiente como ella.»

LIBRO SÉPTIMO

Estas palabras sumieron a Tersandro en una gran 1
confusión: sentía dolor y cólera y no acababa de deci-
dirse. Se encolerizaba de verse agraviado, se dolía de
su fracaso y estaba irresoluto porque seguía enamorado.
Con el alma así desgarrada entre tres diferentes senti-
mientos y sin replicarle ni una palabra a Leucipa, se
marchó precipitadamente. Mas, a pesar de su salida 2
furibunda, se tomó un tiempo para examinar aquel tri-
ple embate del oleaje y, aconsejándose con Sóstenes,
se dirige al encargado de la cárcel, al que pide que yo
muera envenenado. Al no lograr persuadirlo (pues te- 3
mía a los ciudadanos, ya que otro encargado que lo ha-
bía precedido y que fue cogido practicando un enve-
nenamiento semejante, había sido ejecutado), le hizo
un nuevo ruego: que introdujese a alguien, como si
fuese también uno de los presos, en la celda donde yo
estaba encadenado. Su pretexto fue querer enterarse de
mi vida a través de aquél. Y de este modo lo convenció, 4
logrando que dejase entrar al individuo, el cual, adoc-
trinado por Tersandro, debía, llevando con mucha ha-
bilidad la conversación al tema de Leucipa, contarme
que había sido asesinada y que fue Mélite la que ma-
quinó su muerte. Este plan había sido imaginado por 5
Tersandro con el fin de que, desalentado por la idea
de que mi amada no estaba ya con vida, aunque me
viera absuelto no prosiguiese su búsqueda. E imputaba 6

a Mélite tal crimen no fuera que, al juzgar muerta a Leucipa, yo, casándome con Mélite por creer que ésta aún me amaba, me quedase a vivir allí y, de esta manera, le impidiese por temor tener a Leucipa con toda tranquilidad; mientras que así, por un lógico odio hacia Mélite como culpable de la muerte de mi amada, yo me marcharía de la ciudad definitivamente.

2 Pues bien, tan pronto como el sujeto estuvo cerca de mí, comenzó a desempeñar su papel. Como el más consumado granuja, prorrumpiendo en lamentos exclamó:

«—¿Qué clase de vida habré de llevar en adelante? ¿Cuál habrá de ser mi conducta para lograr una existencia sin peligros? Está visto que no me es suficiente el recto comportamiento. Las desdichas se abaten sobre mí anegándome. ¡Tenía que haber adivinado de qué calaña era mi acompañante y qué era lo que había hecho!»

2 Estas y otras frases semejantes murmuraba para su capote, buscando el medio de iniciar la conversación conmigo, a ver si yo le preguntaba qué le había suce-
3 dido. Pero yo andaba preocupado con mis propios pensamientos y apenas reparé en sus lamentaciones [298]. Mas otro de los presos (un hombre desdichado siente curiosidad por oír males ajenos, ya que cree que le remediará las penas que lo afligen la convivencia con el sufrimiento de los demás) se dirigió a él:

4 «—¿En qué trance te has visto por obra de la Fortuna? Pues es posible que, sin cometer delito alguno, te persiga un sino aciago. Puedo imaginármelo según lo que a mí me ha sucedido.»

Y al tiempo contó su propio caso, por cuyo motivo estaba preso, si bien no presté atención a nada de lo que dijo.

---

[298] Traducción conjetural de un pasaje maltratado por la transmisión manuscrita.

Cuando hubo terminado, le pidió que, a cambio de 3
haber oído los suyos, narrase sus infortunios:

«—Podrías también tú ahora contarnos tu historia.»

Y él comenzó así su relato:

«—Salía yo ayer caminando de la ciudad en direc- 2
ción a Esmirna y había avanzado cuatro estadios cuando
un joven que venía del campo se me acercó, me saludó
y, al poco rato de andar a mi lado, me preguntó:

»—¿A dónde te diriges?

»—A Esmirna, respondí.

»—También yo —replicó— sigo el mismo camino:
¡que sea en buena hora!

»A partir de ese punto marchamos juntos y fuimos
charlando de los temas que son de esperar en un viaje.
Como llegáramos a una posada, almorzamos a la vez, 3
y en esto que cuatro individuos se sientan junto a
nosotros como si también pretendieran almorzar, pero
sin quitarnos ojo y haciéndose gestos entre ellos.
Yo, desde luego, sospechaba que aquellos hombres tra- 4
maban algo contra nosotros, si bien no lograba enten-
der el significado de sus señas. Pero mi acompañante
se puso al poco tiempo lívido y comía cada vez más
despacio, y hasta se echó a temblar. Nada más fijarse 5
ellos en esto, de un salto nos agarran y al momento nos
atan con correas. Uno le da una bofetada y con el golpe,
como si lo hubiesen sometido a incontables torturas,
dice sin que nadie le hubiera interrogado: 'Yo maté
a la muchacha y recibí cien piezas de oro de Mélite,
la mujer de Tersandro. Pues fue ella la que me pagó
por matarla. Aquí están las cien piezas de oro: os las 6
entrego. De modo que ¿por qué causar mi ruina y pri-
varos de ganarlas?'»

Yo, en cuanto le oí nombrar a Tersandro y a Mélite,
aunque el resto del tiempo no había estado atendiendo,
sentí como si al escuchar sus palabras me hubiese pi-

cado un tábano y, del todo despierto, me volví hacia él inquiriendo:

«—¿Quién es esa Mélite?»

A lo que contestó:

7 «—Mélite es la dama principal de la ciudad. Se enamoró de un mozo (un tirio, creo, dicen que es), que a su vez amaba a otra, a la que encontró en casa de Mélite como esclava. Pero Mélite, abrasada por los celos, se apodera con engaños de esa mujer y la pone en manos del que acabo de decir que para mi desgracia había sido mi compañero de viaje, con la orden de asesi-
8 narla. Éste entonces lleva a cabo esa tarea impía, y yo, pobre de mí, sin haberlo visto antes ni haber tomado parte ni de palabra ni de obra, me vi preso con él, como cómplice de su acto. Y, lo que aún es peor, en cuanto nos alejamos un trecho del mesón cogieron sus cien piezas de oro, a él lo dejaron escapar y es a mí al que han traído ante el magistrado.»

4 Al oír el falso relato de las que eran mis propias desdichas, no lancé un solo lamento ni lloré, pues me faltaron la voz y las lágrimas. Pero todo mi cuerpo al momento se puso a temblar, mi corazón desfallecía y
2 apenas me quedó un resto de aliento. Y cuando poco después se me disipó el mareo que me produjeron sus palabras, le pregunté:

«—¿De qué modo mató a la joven ese asesino a sueldo y qué ha hecho con su cuerpo?»

Pero él, una vez que me hubo clavado el aguijón y realizado así la (para mí funesta) obra por cuyo motivo se había presentado, guardó silencio y no pronunció
3 ni una palabra más. Mas, como repitiera mi pregunta, me contestó:

«—¿Crees que yo también he tomado parte en su muerte? Sólo eso es lo que le oí decir al asesino: que había matado a la muchacha. Pero en qué lugar y de qué modo, eso no me lo dijo.»

Entonces sí me acudió el llanto, que llevó el dolor
hasta mis ojos. Pues, como en el caso de los golpes que 4
el cuerpo recibe no se produce de inmediato la hincha-
zón, sino que de momento el golpe no se manifiesta y
solamente algo después salta a la vista, y como cuando
se ha sido alcanzado por el colmillo de un jabalí y se
busca con presteza la herida y no se logra encontrarla,
sino que aun está profundamente oculta consolidando
despacio la incisión, para luego de repente aparecer
una marca blanca, anunciadora de la sangre, que, tras
breve plazo, llega manando a borbotones, de igual 5
modo también un alma, tocada por el dardo del dolor
que le han disparado unas palabras, está ya herida y
lacerada, pero la celeridad del impacto no deja todavía
la llaga al descubierto y aleja el llanto de los ojos. Y es
que las lágrimas son la sangre de las heridas del alma.
Cuando el colmillo del dolor ha roído por breve tiempo
el corazón, la herida del alma se desgarra y a los ojos
se les abre la puerta de las lágrimas, que brotan a poco
de tener el paso franco. Así también a mí las primeras 6
palabras que escuché, precipitándose contra mi alma
como flechas, me impusieron silencio y clausuraron la
fuente de mis lágrimas, pero después éstas fluyeron,
en cuanto el alma tuvo tiempo para sentir la magnitud
de su infortunio.

Exclamé entonces: 5

«—¿Qué dios me ha engañado con el cebo de tan
corta alegría? ¿Cuál es el que me ha puesto a Leucipa
ante la vista para iniciar con ello una nueva serie de
desgracias? Mas ni siquiera llegué a saciar mis ojos,
que han sido mi único medio afortunado, aunque tam-
poco me hubiera dado por satisfecho por mucho que la
mirase. Mis placeres verdaderos han sido los de un
sueño. ¡Ay de mí, Leucipa, cuántas veces te vi muerta! 2
¿Acaso he tenido en mi duelo alguna pausa? ¿Seguiré
sin cesar llorando por ti, mientras tus muertes se suce-

den en pos una de otra? Pero si todas aquellas anteriores fueron una burla de la Fortuna a costa mía, ésta
3 de ahora no es ya una mofa de la Fortuna. ¿Cuál ha sido tu muerte, Leucipa? Pues en aquellas falsas muertes me quedaba un liviano consuelo: en el primer caso tu cuerpo completo, y también en el segundo, por más que creía que me faltaba tu cabeza para poder darte sepultura. Pero en esta ocasión tu muerte es doble, de tu alma y de tu cuerpo. Escapaste de dos bandas de piratas, pero ha sido la piratería[299] de Mélite la que te
4 ha asesinado. Y yo, impío maldito, muchas veces he besado a tu asesina, la estreché en impuros abrazos y antes que a ti le proporcioné a ella el deleite de Afrodita.»

6 Mientras me entregaba a la expresión de mi duelo, entra Clinias y le expongo todo el asunto y mi decisión irrevocable de morir. Y él trata de consolarme:

2 «—¿Quién sabe si volverá a aparecer viva? ¿Acaso no ha muerto en otras varias ocasiones? ¿Y no volvió a la vida en otras tantas? ¿Por qué esa resolución en entregarte a la muerte?: está en tu mano hacerlo igualmente al cabo de un tiempo, cuando sepas con certeza que ella no vive.

»—Hablas por hablar —le contesté— ¿Qué mayor
3 seguridad te cabría tener que ésta? Y creo haber hallado el mejor medio para acabar con mi vida, con el que además Mélite, esa aborrecida de los dioses, no logrará salir en absoluto impune de su crimen. Escucha mi plan: como sabes, yo había preparado mi alegato contra la imputación del adulterio, por si se veía mi causa ante los jueces, pero ahora me he decidido por todo lo contrario, por reconocer el adulterio y confesar que por el mutuo amor entre Mélite y yo hemos matado a
4 Leucipa de común acuerdo. Así también ella será condenada y yo dejaré esta vida execrable.

299 Uno de tantos forzados juegos de palabras a que se entrega el autor.

»—¡No hables de ese modo, por los dioses!, gritó Clinias. ¿Y te atreverás a morir en esas condiciones más que infames, con la reputación de un asesino y, para colmo, de asesino de Leucipa?

»—No hay infamia alguna —repuse— en lo que daña al enemigo.»

Poco después, mientras seguíamos discutiendo, el 5
celador saca de allí al individuo que había revelado el falso asesinato, asegurando que el magistrado había ordenado conducirlo para que respondiese de sus cargos. Clinias y Sátiro continuaron con sus intentos de 6
convencerme para que no declarase ante el tribunal nada de lo que me había propuesto, pero todo fue en vano. Y aquel mismo día alquilaron un alojamiento y se fueron a vivir a él, con el fin de no permanecer más tiempo en casa del hermano de leche de Mélite.

Al día siguiente se me condujo ante el tribunal. Ter- 7
sandro había hecho grandes preparativos para lograr mi condena y le asistía un buen número de abogados, por lo menos diez. E, igualmente, Mélite había puesto todo su empeño en los suyos para la defensa. Cuando 2
terminaron ellos sus intervenciones, pedí la palabra y hablé en estos términos:

«Todos ésos, tanto los que asisten a Tersandro como los que asisten a Mélite, no saben lo que se dicen. Soy yo el que va a contaros toda la verdad:

»Hace un tiempo yo estaba enamorado de una mu- 3
jer de origen bizantino, cuyo nombre era Leucipa. Cuando creía que estaba muerta (la habían raptado unos piratas en Egipto), me encontré con Mélite y, luego de convivir allí, llegamos a este lugar juntos para encontrarnos con que la tal Leucipa servía como esclava a Sóstenes, un administrador de las tierras de Tersandro. En cuanto al modo en que Sóstenes tenía de 4
esclava a esta mujer libre o sobre cuál era la relación de aquél con los piratas, os corresponde a vosotros in-

dagarlo. Sea como sea, una vez que Mélite supo que yo había hallado a la mujer con la que tuve que ver antes y temerosa de que volviera a pensar en ella, planeó
5 matarla. Yo compartí su idea (¿por qué no decir la verdad?) desde el momento en que prometió poner sus bienes a mi nombre. En fin, alquilo a uno para que lleve a cabo el asesinato. La cantidad que le pagué fue de cien monedas de oro. Él, después de cometido, partió y desde entonces no ha dado señales de vida. Pero ha
6 sido el amor el que se vengó pronto de mí, ya que al saber que ella estaba muerta me entraron remordimientos y me eché a llorar, porque seguía amándola y aún ahora la amo. Si me he confesado culpable es para que me enviéis junto a mi amada, pues no puedo soportar vivir ahora, convertido en asesino y lleno de amor por aquella que maté.»

8 Mis palabras causaron en todos, y sobre todo en Mélite, una gran conmoción por lo inesperado de los hechos expuestos. Los abogados de Tersandro lanzaron alegres gritos de triunfo, mientras los de Mélite le preguntaban a ésta qué sentido tenía la versión que yo
2 había dado. Ella de unas cosas se mostraba escandalizada, otras las negaba y confesaba sólo algunas de manera apresurada y confusa, admitiendo que conocía a Leucipa y sabía todo cuanto yo había dicho, pero no su asesinato. De modo que incluso sus propios abogados, como ella corroboraba la mayor parte de mi declaración, comenzaron a sospechar de Mélite y no sabían a qué argumentos recurrir para su defensa.

9 Entretanto, Clinias, en medio del gran alboroto que dominaba en la sala del juicio, subió al estrado y dijo: «Concededme también a mí la palabra, pues en este proceso se juega la vida de un hombre.»

2 Y, una vez que le fue concedida, hecho un mar de lágrimas habló así:

«Efesios, no os precipitéis en condenar a muerte a un hombre que anhela morir, como el único remedio que la naturaleza concede a los desdichados. Pues ha mentido cuando se ha echado sobre sí las culpas de los verdaderos criminales, para sufrir el castigo de los desventurados. Sus infortunios os los voy a relatar en 3
pocas palabras:

»Se enamoró de una mujer, según ha dicho, ya que en este punto no ha mentido. En cuanto a lo de que unos piratas la raptaron y la historia de Sóstenes y todo lo que ha referido con anterioridad a la muerte de Leucipa, ha ocurrido del modo que él ha dicho.
Esa mujer desapareció de repente, sin que yo sepa cómo 4
ni si alguien la mató ni si la han secuestrado y sigue viva. Lo único que sé es que Sóstenes estaba enamorado de ella, que la vejó con muchos suplicios por no lograr sus fines, y que tiene a piratas por amigos. Este joven, pues, como cree que la mujer está muerta, no quiere seguir viviendo y es esa la razón de haberse echado
falsamente las culpas del crimen. Incluso él mismo ha 5
reconocido que desea morir y que la causa está en su dolor por esa mujer. Pensad si hay alguien que, luego de matar a otra persona, quiera de verdad morir tras ella y no soporte la idea de seguir con vida por causa
de la pena. ¿Qué asesino hay tan cariñoso o qué clase 6
de odio es ese que hasta tal punto está lleno de amor? ¡No, por los dioses, no lo creáis ni matéis a un hombre más necesitado de conmiseración que de castigo! Y si él mismo, según dice, planeó el asesinato, ¡que diga quién fue el que cobró por realizarlo, que nos muestre
el cadáver de la víctima! Mas, si no hay ni ejecutor ni 7
víctima, ¿quién oyó alguna vez hablar de un crimen semejante? 'Yo amaba a Mélite —declara—. Por esa razón asesiné a Leucipa': ¿cómo entonces acusa a Mélite de un crimen, si la amaba, y quiere ahora morir
por causa de Leucipa, cuya muerte provocó? Pues 8

¿podría alguien de ese modo odiar al ser amado y a la
vez amar al ser odiado? ¿No habría puesto más bien
todo su celo, al verse acusado, en negar el crimen,
para salvar a su amada y no perder él la vida vana-
9 mente por su víctima? ¿Cuál es el motivo, pues, de que
haya acusado a Mélite, si ella no ha hecho nada seme-
jante? También voy a explicaros este punto y, ¡por los
dioses!, no penséis que el fin de mis palabras sea ca-
lumniar a esta señora, sino el de contaros cómo ha
10 sucedido todo. Mélite estaba enamorada de éste y le
había hablado de boda, antes de que volviese a la vida
el que había muerto en el mar. Pero él no consentía,
sino que incluso rechazaba el casamiento con todas
sus fuerzas, y como mientras tanto encontrase a su
amada, tal como dijo, en casa de Sóstenes y viva,
tras creerla muerta, mostró hacia Mélite mayor des-
11 pego aún. Mas ella, antes de enterarse de que la que
estaba con Sóstenes era la amada de Clitofonte, se
compadeció de ésta, la libró de las cadenas que le ha-
bía puesto Sóstenes, la acogió en su casa y, en todo lo
demás, la trató con las consideraciones que se deben a
una mujer libre que ha caído en la desgracia. Y, des-
pués que lo supo, la envió a su finca para que le pres-
tase un servicio[300]. Y es después de esto cuando dicen
12 que no ha vuelto a aparecer. Que respecto a estos he-
chos no miento, lo podrán atestiguar Mélite y dos
criadas que acompañaron a Leucipa cuando la envió a
sus tierras. Es sin duda este único detalle el que ha
infundido en Clitofonte la sospecha de que ésta hubiese
matado por celos a Leucipa. Pero aún ha habido otro
episodio, ocurrido en la cárcel, que reforzó su sospe-
cha y lo exasperó contra sí mismo y contra Mélite:
13 uno de los presos, lamentándose de su desgracia,

---

300 Según el lector recordará (cf. V 22), en realidad esto ocurrió antes de que Mélite tuviese noticia de las relaciones entre Clitofonte y la supuesta esclava.

contó que en un viaje había coincidido sin saberlo con un asesino, que por una cantidad de dinero había matado a una mujer. Y pronunció unos nombres: Mélite, la que le pagó, y Leucipa, la víctima. Si esto ha sido 14
así, yo no lo sé, pero vosotros podéis averiguarlo. Tenéis al preso, están las sirvientas y está Sóstenes: él dirá de dónde sacó a Leucipa como esclava, ellas cómo ha desaparecido. Y el otro denunciará al asesino a sueldo. Pero antes de que esclarezcáis cada uno de estos extremos, sería sacrílego e impío acabar con la vida de un joven desdichado, fiándoos de las palabras que le inspira su locura. Pues esta locura se la ha acarreado su dolor.»

Cuando Clinias terminó su discurso, a la mayoría 10
le pareció que sus palabras eran convincentes, pero los abogados de Tersandro y cuantos amigos de éste asistían al juicio clamaban que había que ejecutar al homicida que, por obra de la providencia divina, se había acusado a sí mismo del crimen. Mélite ofrecía poner 2
sus sirvientas a disposición del tribunal, con la exigencia de que Tersandro hiciese otro tanto con Sóstenes, pues tal vez fuese él el asesino de Leucipa. Sus asesores legales insistían con especial empeño en este requerimiento[301]. Pero Tersandro, asustado, manda en secre- 3
to a uno de sus partidarios a la finca para ver a Sóstenes, con la orden de desaparecer sin pérdida de tiempo antes de que lleguen los enviados a buscarlo. Aquél, pues, monta a caballo y a toda prisa se dirige hasta él, le dice el peligro que corre y que si lo cogen allí se lo llevarán para someterlo a torturas[302]. Sóstenes 4

---

301 *Próclesis*, procedimiento legal por el que, como se ve en este caso, una de las partes podía realizar una oferta (pruebas, testimonios, etc.) a condición de una contrapartida semejante de la otra parte.

302 Empleadas habitualmente en los interrogatorios de los siervos.

se encontraba en la estancia de Leucipa, empleando con ella todas sus zalamerías, y sale a las voces y al mucho alboroto que armó el otro a su llegada para llamarlo, escucha cómo está la situación, se atemoriza, cree que ya llegan los alguaciles a por él y, montando a caballo, a toda prisa cabalga hacia Esmirna. El mensa-
5 jero se vuelve a donde está Tersandro. Y, como al parecer es cierto el dicho de que el miedo trastorna la memoria[303], el caso fue que Sóstenes, temiendo por su propia suerte, con el aturdimiento se olvidó de todo lo que se traía entre manos, de modo que ni siquiera echó la llave a la puerta del cuarto de Leucipa. Pues es más que notable lo cobarde que resulta ser la ralea de los esclavos en cuanto tienen algo que temer.

11 En ese momento del proceso Tersandro, una vez hecho el citado primer requerimiento de la parte de Mélite, se dirigió al estrado y dijo:

«Ese sujeto, quienquiera que sea, ya nos ha tomado el pelo bastante con sus fantásticas historias. Y estoy asombrado de que no reaccionéis, ya que, a pesar de haber cogido en flagrante a un asesino (su propia confesión tiene mayor peso que si se le hubiese descubierto), aún no le dais al verdugo la orden correspondiente, sino que seguís ahí sentados escuchando la persuasiva representación de ese farsante, con sus persuasivas lágrimas. Yo pienso que él ha sido cómplice del crimen y que precisamente teme por su vida. De suerte que no sé qué necesidad tenemos todavía de torturar a unos esclavos en un caso que ofrece pruebas
2 tan evidentes. Pero, además, creo que se ha cometido otro crimen: ese Sóstenes, cuya comparecencia me exigen, hoy es el tercer día que no aparece, y no estoy lejos de sospechar que esa desaparición sea resultado de las maquinaciones de estos hombres. Como sucede

---

303 Cf. Tucídides, II 87, 4.

que fue él quien me denunció el adulterio, es lógico,
en mi opinión, que lo hayan matado, y, sabedores de
que yo no podría traerlo aquí, con toda malevolencia
han presentado ese requerimiento sobre él. Pues bien, 3
supongamos que aparece y que no está muerto: ¿qué
es lo que, si se presentase aquí, íbamos a conocer de
su boca? ¿Que si compró una muchacha?: demos por
seguro que la compró. ¿Y que si esta muchacha estuvo
en poder de Mélite?: yo doy fe de que su respuesta es
también afirmativa. En fin, Sóstenes contesta a estas
preguntas y hemos acabado ya con él. Y a partir de
ahora me dirijo a Mélite y a Clitofonte: ¿Qué es lo que 4
habéis hecho con la esclava que me quitasteis? Pues
era mi esclava, ya que fue Sóstenes quien la compró.
Y si estuviese viva y no la hubiesen asesinado ellos,
seguiría siendo mi esclava sin discusión.»

Estas últimas palabras las incluyó Tersandro con 5
toda mala intención, para, si más tarde se descubría
que Leucipa estaba viva, volver a tenerla a su servicio.
Luego añadió:

«Pues bien, Clitofonte ha reconocido haberla matado y su caso está visto para sentencia. En cambio,
Mélite rechaza la acusación, y es para su caso para el
que se requiere interrogar a sus criadas. Ya que si se 6
demuestra que fue Mélite quien puso a su cargo a la
joven y que después no se la devolvieron, ¿qué ha sido
de ella? ¿Y cuál la razón ante todo de que se la mandara fuera? ¿Y para que se reuniera con quién? ¿Acaso no salta a la vista que habían acordado tener gente
preparada para que acabaran con su vida? Pero, como 7
es natural, las sirvientas no sabían nada de esos
hombres, para que la empresa no supusiera un peligro
mayor al intervenir más testigos. Ellas la dejaron donde
estaban emboscados los malhechores, de modo que ni
siquiera pudieran ver lo sucedido. Y también nos han
metido un cuento sobre cierto preso que le habría

8 mencionado el crimen. Pero ¿qué preso es ése, que no dijo ni palabra de ello al magistrado y, en cambio, sí le habló a él sólo de los mayores secretos de tal asesinato, a no ser que reconociera en él a un cómplice? ¿Hasta cuándo toleraréis tan huera palabrería y seguiréis convirtiendo asunto tan grave en ridícula broma? ¿Creéis que ese sujeto se acusó a sí mismo sin que en ello haya mediado la divinidad?»

12 Al terminar así Tersandro su discurso y jurar que no sabía nada de la suerte corrida por Sóstenes, el presidente del tribunal (era un miembro de la estirpe real[304], tenía a su cargo los procesos por asesinato y, de acuerdo con la ley, estaba asesorado por aquellos que, entre los más ancianos, consideraba entendidos en la materia), tras examinar el asunto con los demás jueces, decidió condenarme a muerte, conforme a la ley que prescribía que fuese ejecutado el confeso de asesinato, y, en cuanto a Mélite, que hubiese un nuevo juicio con los datos del interrogatorio de sus sirvientes, y que Tersandro jurase por escrito no saber qué había sido de Sóstenes. Y que yo, además, por estar ya condenado, fuese sometido a la tortura, para establecer la complicidad de Mélite en el crimen.

2 Acababan de encadenarme, de despojarme de mis ropas y de suspenderme de las sogas, traían ya unos los látigos y otros el fuego y la rueda, y Clinias gemía e invocaba a los dioses, cuando se vio acercarse al sacer-
3 dote de Artemis coronado de laurel, lo que es señal

---

304 Según una muy verosímil sugerencia de Jacobs, Aquiles Tacio se inspiró (con una interpretación errada) en la figura del arconte-rey ateniense, que entendía en los casos de homicidio, sugerencia que tiene, además, a su favor el que nuestro novelista no es la primera vez que toma como motivos de inspiración aspectos legales de las instituciones áticas. No es muy aceptable, en cambio, la propuesta de Gaselee (recogida por Grimal) sobre una relación con la familia real persa y, por tanto, un dato cronológico a tener en cuenta.

de la llegada para la diosa de una peregrinación. En el
instante en que esto ocurre, se debe aplazar la ejecu-
ción de todas las penas por tantos días como tarden
los peregrinos en efectuar sus sacrificios[305]. Fue así,
pues, como me vi libre entonces de mis cadenas. Y
el que venía al frente de los peregrinos era Sóstrato, el
padre de Leucipa. Y la razón era que los bizantinos, 4
como Ártemis se apareció en plena guerra contra los
tracios y ellos obtuvieron la victoria, consideraron que
debían enviarle a la diosa esta embajada para hacerle
sacrificios por haber sido su aliada en el triunfo. Por
otra parte, también la diosa se le apareció en privado a
Sóstrato por la noche durante un sueño, que le anunció
que encontraría en Éfeso a su hija y al hijo de su her-
mano.

Por el mismo tiempo de estos sucesos Leucipa, al 13
ver que la puerta de su cuarto estaba abierta y que Sós-
tenes no se presentaba, echó un vistazo por si estaba
fuera. Como no aparecía por ningún sitio, recobró el
ánimo y las ilusiones que eran en ella habituales, ya que
el recuerdo de las veces que contra lo que cabía espe-
rar se había salvado ante el peligro presente le hizo
concebir esperanzas de poder sacar el mayor partido
posible de la situación[306]. El santuario de Ártemis esta- 2
ba próximo a la finca: corre hacia él y alcanza a poner
el pie en el templo.

Desde tiempo inmemorial este templo estaba veda-
do a las mujeres libres y sólo tenían acceso a él
varones y doncellas. Si alguna mujer entraba en él 3
era castigada con la muerte, a no ser que se tratase de
una sierva que tuviese quejas de su amo: a ésta sí le

---

305 El lector recordará el aplazamiento de la muerte de Sócrates por un motivo semejante, tal como se narra en el comienzo del *Fedón* platónico y en JENOFONTE, *Memorables* IV 8, 2.

306 Cabe interpretar también: «concebir esperanzas de que la Fortuna estuviese de su parte», como hacen Gaselee y Grimal.

estaba permitido ponerse bajo el amparo de la diosa y los magistrados debían resolver el litigio entre ella y su señor. Si el amo salía libre de culpa, recuperaba a su esclava, pero no sin jurar que no le guardaba rencor por su escapada. Pero si la sentencia establecía que la justicia estaba de parte de la esclava, ésta se quedaba allí al servicio de la diosa.

4 Pues bien, Sóstrato acababa de recoger al sacerdote y de dirigirse hacia los tribunales para suspender la ejecución de las penas, cuando Leucipa se presentó en el interior del templo, de modo que por muy poco no se tropezó con su padre.

14 Mientras yo me veía libre del suplicio, el tribunal se disolvió y a mi alrededor se apiñó una ruidosa muchedumbre. Unos me compadecían, otros invocaban a los dioses[307] y otros me hacían preguntas. En ese momento también Sóstrato deteniéndose a mi lado, me
2 ve y me reconoce, ya que, tal como dije al principio de mi historia, había estado en una ocasión en Tiro para la fiesta de Heracles y había permanecido una temporada en la ciudad mucho antes de nuestra huida[308]. De suerte que de inmediato por mi aspecto supo que era yo, aparte de que por el sueño que había tenido
3 esperaba naturalmente encontrarme allí. Entonces se dirigió hacia mí exclamando:

«—¡Ahí está Clitofonte! Pero ¿dónde está Leucipa?»

Yo, desde el instante en que también lo reconocí a él, bajé la cabeza, pero los que estaban presentes le contaron cuanto yo había declarado contra mí mismo, y él, profiriendo lamentos y dándose golpes en la cabeza, se me lanzó a los ojos y casi me los salta, pues yo no le ofrecía la menor resistencia. Al contrario, presen-

[307] El texto es inseguro. Puede entenderse, por contraste, «reclamaban a los dioses mi castigo».

[308] Otro descuido del autor. Tal estancia de Sóstrato en Tiro no ha sido mencionada en absoluto hasta ahora.

taba mi rostro a su violento arrebato, y fue Clinias el 4
que se adelantó para contenerlo, tratando de calmarlo con estas palabras:

«—¿Qué es lo que haces, hombre? ¿A qué viene esa furia injustificada contra quien ama más que tú a Leucipa?: si se propuso morir fue porque creía que ella está muerta.»

Y añadió aún otras frases con las que intentaba con- 5
solarlo. Mas Sóstrato entre gemidos así invocaba a Ártemis:

«—¿Para esto, Señora, me has traído aquí? ¿Así se cumple lo que me vaticinaste en sueños? Yo confiaba en ellos y esperaba encontrar a mi hija a tu lado. ¡Hermoso regalo el que me has hecho: al que he encontrado a tu lado ha sido a su asesino!»

Entonces Clinias, al oírle hablar del sueño que le 6
había enviado Ártemis, se llenó de alegría y le dijo:

«—¡Ánimo, padre![309]: Ártemis no miente. ¡Seguro que tu Leucipa está viva! Confía en mis augurios. ¿No ves incluso cómo a éste lo ha arrancado la diosa del suplicio, cuando ya estaba colgado?»

Y en esto que llega uno de los servidores del tem- 15
plo, que venía de prisa y corriendo a buscar al sacerdote y que exclamó ante los oídos de todos: «¡Una joven, una forastera, ha buscado asilo junto a la diosa!»

Yo, al oírlo, siento renacer mis esperanzas, abro los ojos y comienzo a revivir. Y Clinias se dirige a Sóstrato: «¡Padre, mis augurios han resultado verdaderos!»

Y al mismo tiempo se vuelve al mensajero:

«—¿Es hermosa?

»—¡No he visto después de Ártemis —contestó 2
éste— otra semejante!»

Tales palabras me hicieron saltar dando gritos:

«—¡Estás hablando de Leucipa!

---

[309] Título afectuoso atestiguado desde muy antiguo en la literatura griega.

»—En efecto —fue su respuesta—. Así ha dicho que se llama, y que su patria es Bizancio y su padre Sóstrato.»

3 Clinias se puso a batir palmas y a cantar victoria, Sóstrato con la alegría se desmayó y, en cuanto a mí, daba brincos por el aire a pesar de mis grilletes y volé hacia el santuario como si una catapulta me hubiese disparado. Los guardianes me perseguían, creyendo que quería escaparme, y daban voces a los transeúntes para
4 que me cogieran. Pero a mis pies les habían salido alas y sólo a duras penas algunos al fin lograron atraparme en mi alocada carrera. Los guardias nos alcanzaron al mismo tiempo y se pusieron a golpearme. Yo, que había cobrado ánimos, me defendí y terminaron por arrastrarme al interior de la prisión.

16 Y en esto que acuden Clinias y Sóstrato. Clinias les gritaba: «¿A dónde lleváis a ese hombre? ¡No ha cometido el crimen por el que lo han sentenciado!»

Sóstrato, a su vez, insistía en lo mismo, explicándoles que él era el padre de la que se creía muerta. Los presentes, enterados ya de todo, bendecían a Ártemis y, rodeándome, no permitían que me llevaran a la cárcel.
2 Los guardias afirmaban que no estaba en su mano dejar en libertad a un condenado a muerte, hasta que el sacerdote a petición de Sóstrato se hizo responsable del preso, comprometiéndose, cuando fuese preciso, a presentarlo ante los poderes públicos. Así fue, pues, como fui liberado de mis cadenas y me dirigí a toda prisa al santuario. Y Sóstrato me seguía, no sé si tan alegre
3 como yo. Pero no hay persona, por velozmente que corra, a la que no adelanten las alas de las noticias [310]. Y éstas también en esta ocasión llegaron antes que nosotros a los oídos de Leucipa, con el anuncio de todo lo ocurrido tanto a Sóstrato como a mí. Al vernos llegar,

310 Cf. VI 10, 4 s.

saltó fuera del templo y mientras abrazaba a su padre mantenía sus ojos fijos en mí. Y yo me quedé allí para- 4
do con la mirada clavada en su rostro y conteniéndome, por el respeto que me infundía Sóstrato, para no precipitarme hacia ella. Y así nos expresamos el mutuo cariño de nuestros saludos sólo con los ojos.

LIBRO OCTAVO

1 Íbamos a tomar asiento y a cambiar impresiones sobre los sucesos recientes, cuando Tersandro llega al templo apresuradamente con algunos acompañantes como testigos y se dirige a gritos al sacerdote en estos términos:

«—Apelo al testimonio de estos hombres de que, sin derecho alguno, has librado de sus cadenas y de la pena capital a un individuo condenado a muerte según
2 las leyes. Y de que, además, tienes en tu poder a una esclava mía, una golfa que anda loca por los hombres. ¡Mira a ver si me la guardas bien!»

Yo, con el alma dolida por lo de «esclava» y «golfa», no pude soportar las heridas que tales palabras me causaban y, mientras él aún seguía hablando, le repliqué:

«—¡Tú sí que eres un esclavo por partida triple[311] y un loco y un golfo! ¡Y ella, por el contrario, una mujer libre, virgen y digna de la diosa!»

3 Él, al oír esto, exclama:

«—¡Y encima me insultas, tú, un presidiario, un condenado!»

---

311 Esclavo, de abuelos y padres esclavos. Gaselee cree que se trata de una alusión muy particular: esclavo de tu concupiscencia.

Y me golpea en el rostro con todas sus fuerzas y
aún me castiga con un segundo puñetazo. De mi nariz
brotan chorros de sangre, pues sus golpes iban carga-
dos de toda su cólera. Cuando por tercera vez me cas- 4
tiga, ahora ya sin tino, sin darse cuenta hace chocar
su mano con mi boca dándose contra los dientes y, con
los dedos lacerados, a duras penas retira su mano sin
poder contener un grito. Mis dientes vengan así la inju-
ria que había recibido mi nariz, ya que hieren sus dedos,
que la habían golpeado, y su mano recibe el mismo
daño que había hecho. Él, al sentirse lastimado, sin 5
querer dejó escapar un grito y retiró su mano, y fue
así como dejó de atacarme. Y yo, aunque vi el daño que
había sufrido, simulé no percatarme y me puse a repre-
sentar el papel de víctima, llenando el templo con mis
clamores:

«—¿A dónde podremos huir aún lejos de hombres 2
tan violentos? ¿Dónde hallaremos un refugio? ¿A qué
dios recurriremos si no es ya a Ártemis? En su propio
templo se nos golpea, donde a otros se da asilo se nos
maltrata. Sólo en los desiertos pasan cosas así, donde
no hay nadie de testigo ni ser humano alguno. ¡Y tú
vienes a tiranizarnos ante la vista de los mismos dioses!
Hasta a los miserables les proporcionan seguro refugio 2
los santuarios, y yo, que no he cometido ningún crimen
y que he buscado el amparo de Ártemis, me veo golpe-
ado al pie mismo de su altar, ante los ojos, ¡ay!, de la
propia diosa. ¡Contra Ártemis van estos golpes! Y los 3
excesos de ese borracho no se paran en los golpes: se
han recibido heridas en el rostro, como si estuviéramos
en guerra y en combate, y sangre humana mancha con
su impuro contacto estos suelos. ¿Hay alguien que se
atreva a semejantes libaciones en honor de la diosa?
¿No son propias de bárbaros y de taurios, y no es la
Ártemis de los escitas la que las acepta?[312]: sólo entre

[312] Los taurios eran los habitantes de Táuride, hoy Crimea,

ellos se ve así ensangrentado un templo. Has convertido en una Escitia a Jonia, y ahora corre en Éfeso la sangre
4 que derraman los taurios. ¡Empuña también tu espada contra mí! Aunque ¿para qué necesitas una espada? Tu mano ha hecho de espada: esa diestra homicida y sangrienta ha cometido actos como sólo en un crimen son posibles.»

3 A mis gritos acudió la multitud que se encontraba en el templo. La gente insultaba a Tersandro y el sacerdote en persona le echó en cara que no se avergonzase de acciones tales, realizadas así a la vista de todos y en lugar sagrado[313]. Y yo, lleno de ánimo, proseguí:

«—Tal trato he recibido, señores, yo, un hombre libre y *de una ciudad no poco ilustre*[314]. Ese sujeto ha maquinado contra mi vida, pero Ártemis me ha salvado, po-
2 niendo en evidencia sus calumnias. Ahora he de salir del templo para lavarme el rostro, pues por nada del mundo lo haría aquí, manchando el agua sagrada con la sangre que su violencia ha derramado.»

3 Entonces ya, aunque a duras penas, lograron arrastrarlo fuera del santuario, mas aún tuvo tiempo al marcharse de proferir estas palabras:

«—¡En cuanto a ti, la sentencia está ya pronunciada y no tardarás en sufrir tu castigo! ¡Y en cuanto a esa ramera que quiere pasar por virgen, la flauta le dará el que merece!»

---

conocidos por los sacrificios humanos que practicaban: cf. HERÓDOTO, IV 103, EURÍPIDES, *Ifigenia en Táurica*, etc. La Ártemis de los escitas es, sin duda, la misma diosa (Ártemis-Ifigenia) a que dedicaban su culto sangriento los taurios, aquí identificados con los escitas.

313 Algunas traducciones dan las palabras del sacerdote en estilo directo, lo que, a pesar de los problemas textuales, no parece muy probable.

314 La expresión es curiosamente idéntica a la de SAN PABLO en *Actos* XXI 39. Si Aquiles Tacio ha imitado el texto bíblico, como algunos pretenden, no es cosa demostrable desde luego.

Cuando al fin hubo desaparecido, salí y me limpié 4
el rostro. Y era la hora de la cena y el sacerdote muy
amablemente nos invitó. Yo me sentía incapaz de mirar
a Sóstrato de frente, consciente del trato que le había
dado. Sóstrato, a su vez, a la vista de los arañazos de
mis ojos que él mismo me había inferido, no se atre-
vía a mirarme, avergonzado. Y Leucipa mantenía tam-
bién su mirada baja, y la velada entera transcurrió 2
con esta situación embarazosa, aunque con la bebida y
al ir Dioniso (por algo es padre de la libertad)[315] poco
a poco suavizando nuestro reparo, el sacerdote inició
la conversación dirigiéndose a Sóstrato:

«—¿Por qué no me cuentas, extranjero, vuestra historia? Pues me parece que será grato escuchar algunas de vuestras peripecias. Y relatos semejantes son los mejores compañeros del vino.»

Se alegró Sóstrato de encontrar este pretexto y re- 3
plicó:

«—La parte que me corresponde de esta narración
es bien simple: que me llamo Sóstrato, procedo de Bi-
zancio y soy tío de este joven y padre de esta muchacha.
El resto, la verdadera historia, cuéntala tú, Clitofonte,
hijo, sin avergonzarte. Cualquier episodio doloroso que 4
me haya acontecido no ha sido por tu culpa, sino por
obra de la divinidad. Y, además, el relato de los suce-
sos pasados estimula más que apena a quien ya se libró
de ellos.»

Y yo me pongo a contar todo lo que se refiere a 5
nuestra marcha de Tiro, la travesía, el naufragio,
Egipto, los Vaqueros, el rapto de Leucipa, el vientre
postizo junto al altar, la estratagema de Menelao, la
pasión del comandante y la pócima de Quéreas, el
secuestro a manos de los piratas y mi herida en el

---

[315] ¿Por la advocación romana como *Liber pater,* según piensa Gaselee? En realidad ya el Dioniso griego recibía calificativos como el de libertador (de preocupaciones)».

2 muslo, cuya cicatriz les muestro. Cuando llegué al tema de Mélite, introduje algunos cambios haciendo resaltar mi virtuoso comportamiento, aunque sin falsear los hechos; hablé del amor de Mélite y de mi castidad, de por cuánto tiempo insistió, de su fracaso, de cuántas promesas me hizo, de cuánto se lamentaba. Narré lo que tenía que ver con la nave y el viaje a Éfeso y de cómo ambos dormimos bajo el mismo techo y, ¡por Artemis, que estaba presente!, cómo salió del lecho tal una
3 mujer que ha dormido con otra mujer. Sólo soslayé un punto de los sucesos que me afectaban: la consideración[316] que tuve luego con Mélite. Después que conté el episodio de la cena[317] y cómo inventé una falsa acusación contra mí mismo y llegué en mi relato hasta el momento de la peregrinación, añadí: «Éstas han sido mis peripecias, pero las de Leucipa son aún mayores
4 que las mías: la han vendido y la han tenido como esclava, ha cavado la tierra y no han respetado la hermosura de su cabeza, que podéis ver cómo está rapada.»

Y narré cada uno de estos episodios en que se ha-
5 bía visto envuelta. También en esta parte de mi relato al tocar lo que se refería a Sóstenes y Tersandro, realcé el comportamiento de ella aun más que el mío, con la intención de favorecerla, lógica en un enamorado, y más por estar su padre oyéndome: cómo soportó toda clase de vejaciones corporales y violencias, excepto una, y cómo fue por defenderse de ésta por lo que padeció todas las demás.

«Y ha perseverado, padre, hasta el día de hoy en el mismo estado en que tú la mandaste lejos de Bizan-
6 cio. Y el elogio por el hecho de que, a pesar de haber elegido yo escaparme con ella, no haya consumado el

316 Eufemismo (cf. V 27).

317 Cf. V 18 ss. (escena de las cartas) y V 23 ss. (aparición de Tesandro, etc.). En realidad, hubo dos cenas y a ambas puede referirse aquí Clitofonte.

motivo de tal fuga, no debe dirigírseme a mí, sino a ella, por haber permanecido virgen en medio de piratas y haber triunfado sobre el pirata peor: Tersandro, el
sujeto más desvergonzado y brutal. Durante nuestra 7
ausencia, padre, hemos sido castos, pues, aunque el amor nos acosaba y nuestra fuga fue la de dos enamorados, todo el tiempo en que hemos estado fuera nos hemos comportado mutuamente como hermanos [318]. Es más, si existe una virginidad en un varón, también yo he conservado hasta el presente la mía consagrada a Leucipa. Y ella desde hace mucho anhelaba alcanzar el
templo de Ártemis [319] ¡Señora Afrodita!, no te enojes 8
con nosotros por creerte ultrajada. Deseábamos que a nuestra boda no faltara su padre: pues bien, su padre está aquí. Ven también tú y muéstrate ya benévola con nosotros.»

El sacerdote escuchaba nuestra historia con la boca 9
abierta, acogiendo con admiración cada episodio del relato. Sóstrato hasta vertía lágrimas cada vez que Leucipa intervenía en él. Y yo, cuando hube terminado mi narración, dije:

«—Ya oísteis nuestras aventuras. Pero hay una sola cosa de la que, a mi vez, quiero que me informes, sacerdote: ¿qué significa esa amenaza que Tersandro dirigió contra Leucipa al final, cuando ya se iba, mencionando una flauta?

»—Has hecho muy bien al preguntarme —contestó—. Pues precisamente por conocer lo que se refiere a esa

---

318 A pesar de la extrema concisión de esta frase en el original, el sentido creemos que es éste (cf. la n. de VILBORG) y no el que pretenden traductores como Gaselee o Grimal.

319 En realidad, el templo del que se habla en IV 1, 4-7, es el de Afrodita. El autor se ha permitido una alteración en su propia autocita. En cuanto a la siguiente plegaria de Clitofonte, ha de relacionarse, naturalmente, con su sueño en el mismo lugar del libro IV.

flauta, debo complacer a los presentes[320], y porque, además, contando esa historia, corresponderé a la que has contado tú.

6 »Estás viendo ese bosque que se extiende detrás del templo. En él hay una gruta vedada a las mujeres, pero no para las vírgenes que entran en ella puras. Nada más pasar la entrada se encuentra colgada una
2 siringa. Por supuesto, si también entre vosotros, los bizantinos, es corriente este instrumento, entendéis lo que quiero decir. Pero, por si alguno de vosotros está menos familiarizado con esta clase de música, voy a explicar de qué se trata y a contaros completa la historia de Pan y de esa gruta.

3 »La siringa la forman varias flautas, cada una de las cuales es una caña, y todas las cañas juntas se tocan como una única flauta. Están dispuestas en una fila
4 compacta, cada una unida a la siguiente, y la parte delantera y la posterior son idénticas. Todas las cañas van disminuyendo ligeramente en longitud, de modo que la siguiente sea siempre más larga, y así difiere la primera de la segunda en la misma proporción en que la tercera es más larga que la segunda, según esa misma proporción siendo igual la diferencia entre las restantes cañas y teniendo la que está en el centro una longitud
5 intermedia por ser las cañas en número impar[321]. La distribución impuesta por la armonía es la causa de semejante disposición, pues tanto más agudo es el tono de la caña superior cuanto es más grave el de la inferior y las dos de los extremos poseen uno y otro de esos

---

320 Esta frase (con algún problema en la transmisión del texto por añadidura) es ambigua y ha dado lugar a traducciones muy diferentes. Nosotros seguimos la apuntada por Vilborg.

321 La traducción de este párrafo es aproximada, dadas las condiciones y oscuridades del texto. Las últimas palabras responden a una propuesta de Shorey (aceptada por Vilborg) y difieren de la mayoría de las traducciones. Sobre la *siringa*, cf. nuestras notas 9 y 16 a LONGO.

dos tonos, y, en cuanto a los intervalos entre ambos ex-
tremos, cada caña intermedia produce un tono más
bajo que su vecina, hasta alcanzar el más grave al
final. El mismo número de tonos que hace resonar en 6
su interior la flauta de Atena[322] es el que produce por
sus aberturas la de Pan: en aquélla son los dedos los
que rigen las notas, en ésta es la boca del artista la
que imita a los dedos. En la primera el flautista cierra
todos los orificios menos uno, por el que pasa el aire,
mientras que en la segunda deja libres las demás
cañas, aplicando los labios sólo sobre la que no desee
que pemanezca silenciosa, saltando de una a otra según
lo requiera la hermosa armonía de la composición.
Así su boca danza por las distintas flautas. 7
»Pero tal siringa no era al principio ni flauta ni caña,
sino una doncella tan linda que invitaba a solicitarla[323].
Pues bien, Pan la acosaba en amorosa carrera y en su
huida la acoge un tupido bosque. Pan penetra en él
tras sus pasos y alarga sus manos para atraparla.
Cree haberle dado caza, sujetándola por los cabellos, 8
pero sus manos sólo asían la cabellera de unas cañas,
ya que, según cuentan, ella se había hundido en la tie-
rra y en su lugar la tierra hizo nacer cañas. Pan, furi- 9
bundo, corta las cañas por haberle robado, a su enten-
der, a la joven deseada, pero, luego que tras su acción
no pudo hallarla, pensó que la muchacha se había
transformado en cañas y lloró por haberlas cortado,
creyendo haber cortado en realidad a su amada. Y 10
entonces recogió los trozos de las cañas, como si fueran
parte de su cuerpo, juntándolas para que formasen un

---

322 La flauta de Atena produce sus notas según se tapen unos u otros agujeros, como dirá luego: de ahí que quepa emplear convencionalmente la expresión «en su interior».

323 Todo apunta a ver en esta historia la influencia de Longo, II 34, como ya señalaron Rohde y otros (cf. F. Garin, «Su i romanzi greci», *Studi It. Filol. Class.* 17 [1909], 437 sig.).

cuerpo único y compacto, y con ellas en las manos
besaba los tajos que había dado a las cañas, tal como
si fuesen las heridas de la joven. Se le escapaban amo-
rosos sollozos mientras ponía en ellas su boca y al
tiempo que las besaba exhalaba su aliento hacia el inte-
rior de las cañas. Su aliento pasaba por los angostos
tubos y producía notas y la siringa fue dueña así de
11 una voz. Ahora bien, esa siringa, según aseguran, la
colgó aquí como ofrenda Pan, encerrándola dentro de esa
gruta, y visitaba el lugar frecuentemente y solía tocar
con la siringa. Mas luego, al cabo del tiempo, le regaló
el lugar a Ártemis, acordando con ella que mujer al-
12 guna [324] pusiese allí su pie. Y por ello cuando a una se
la acusa de no ser ya doncella, el pueblo la acompaña
hasta la entrada de la gruta y es la flauta la que sen-
tencia el pleito. Pues la muchacha penetra, revestida
con las galas que impone la costumbre [325], y otra per-
13 sona cierra las puertas de la cueva. En caso de ser
virgen, se escuchan unas notas melodiosas y divinas,
ya sea porque el lugar produzca un soplo que vaya a
parar a la siringa y se convierta en música, ya sea qui-
zás porque el propio Pan la toque. Poco después las
puertas de la gruta se abren solas y aparece la doncella
14 con la cabeza coronada con ramas de pino. Mas si su
virginidad es fingida, guarda silencio la siringa y sale
de la caverna un lamento en vez de música y de inme-
diato el pueblo se aleja dejando dentro de la gruta
a la mujer. Al tercer día la virgen sacerdotisa del lugar
se presenta allí y halla la flauta tirada por el suelo,
pero no encuentra a la mujer en parte alguna.

15 »A la vista de estos hechos pensad en vuestra situa-
ción y tomad vuestras disposiciones a fin de salir bien
librados. Pues, si Leucipa es doncella, ¡y ojalá sea así!,

---

[324] Excepto las que fuesen vírgenes, como especificó antes, lo que da pie para la ordalía que ahora se detalla.

[325] Que se describirán, luego, en 13, 1.

id alegres, ya que os será favorable la siringa, que nunca daría un juicio falso. Pero si no es así, pues bien sabéis que cualquier cosa era de esperar que le ocurriera, aun a pesar suyo, envuelta en tantas asechanzas...»

Leucipa intervino de inmediato, antes que el sacer- 7
dote pudiese continuar hablando:

«—Si vale mi parecer, no digas más. Estoy resuelta a entrar en la gruta de la siringa y a quedarme allí encerrada aun sin que me lo manden.

»—¡Espléndido! contestó el sacerdote. Y me congratulo de tu virtud y de tu buena suerte.»

Entonces, como ya se terminaba el día, cada cual 2
se fue a dormir donde el sacerdote nos había preparado un lecho, menos Clinias, que no había cenado con nosotros para que no pareciese que abusábamos de la hospitalidad de nuestro anfitrión, y en cambio pasó también esa noche donde se había hospedado la víspera.

La verdad es que yo veía que Sóstrato estaba muy 3
inquieto por causa de la historia de la flauta, porque sin duda temía que por respeto a él hubiésemos mentido en lo que se refería a la virginidad de Leucipa.
Y le hice una seña disimulada a Leucipa para que disi- 4
pase los temores de su padre, si sabía algún medio que juzgase el más adecuado para convencerlo. Ella me dio la impresión de que tenía la misma sospecha que yo, de modo que me entendió rápidamente. En efecto, ya antes de mi seña había pensado cómo lograría de
la mejor manera hacerse creer. Entonces, cuando iba a 5
retirarse a dormir y se despedía de su padre, le dijo en voz baja: «No temas, padre, por mí: confía en nuestras palabras. Ninguno de nosotros dos, ¡por Ártemis!, ha pronunciado una mentira.»

Al día siguiente Sóstrato y el sacerdote estuvieron 6
ocupados con el asunto de la peregrinación. Se celebraron los sacrificios. Asistió incluso el Consejo de la

ciudad, para tomar parte en las ceremonias, y dirigieron numerosas plegarias a la diosa. Y Tersandro, que asistía igualmente, le habló así al presidente del Consejo: «Señala para mañana nuestro juicio, puesto que ayer hubo quienes llegaron al extremo de soltar al condenado y Sóstenes sigue sin aparecer por parte alguna.»

La vista del proceso quedó así fijada para el día siguiente. Y nosotros lo tuvimos preparado todo lo más cuidadosamente posible.

8 Llegada la hora del juicio, Tersandro pronunció estas palabras: «No sé por qué argumento ni en qué punto comenzar, ni qué acusación formular primeramente ni cuáles después. Son muchos los delitos y muchos los que han tenido la osadía de cometerlos, sin que ninguno de esos crímenes ceda en gravedad a cualquiera de los otros. Todos ellos son independientes entre sí y algunos ni siquiera podré tocarlos en mi
2 acusación. Como el corazón manda, me temo que mi discurso resulte incompleto, puesto que el recuerdo de cada uno de los otros arrastrará mi lengua a denunciar crimen tras crimen. Y así la premura a que en mis palabras me obliguen los temas no tratados quitará
3 el efecto general de lo que lleve ya expuesto. Pues cuando los adúlteros asesinan a los criados ajenos, los asesinos cometen adulterio con las esposas de los demás, los alcahuetes de lupanar impiden las santas peregrinaciones y las prostitutas ensucian los más venerables santuarios, fijando las fechas para pleitos entre esclavas y amos [326], ¿qué más se puede hacer ya, después de esta mezcla de ilegalidad, adulterio, impiedad
4 y homicidio? Sentenciasteis a muerte a un individuo por causas que no importan ahora, lo enviasteis a la

326 El texto de este último miembro está estropeado y su sentido es incierto.

prisión encadenado para que allí se le vigilase hasta el
momento de su ejecución, y ahí lo tenéis entre vosotros,
con su vestido blanco en vez de los grilletes, un presi-
diario ocupando un lugar entre los hombres libres.
Quizás hasta tendrá la osadía de tomar la palabra y
pronunciar alguna perorata contra mí... o más bien
contra vosotros y contra vuestra sentencia.

»Pero lee esa sentencia dictada por los presiden- 5
tes del tribunal y sus asesores[327].

»Estáis oyendo la condena que impusisteis, el vere-
dicto a mi favor en el proceso contra ese hombre: la
sentencia de muerte contra Clitofonte. Ahora bien, ¿dón-
de está el verdugo? ¡Que detenga a ese sujeto y se lo
lleve! ¡Dale ya la cicuta! Legalmente en este momento 6
es un cadáver, un condenado cuya fecha de ejecución
ha pasado de sobra. ¿Qué nos dices tú, venerabilísimo
y dignísimo sacerdote? ¿En qué sagrado código está
escrito que a los sentenciados por el Consejo y los
pritanos[328], entregados a la muerte y las cadenas, los
arranques de su propia ejecución, los libres de sus
grilletes y tu autoridad prevalezca sobre los presiden-
tes del tribunal y los mismos tribunales? ¡Alzate, pre- 7
sidente, de tu asiento, cédele tu cargo al frente del
tribunal! Ya no tienes autoridad alguna, no está en tu
mano sentenciar a los criminales, hoy se anula cual-
quier orden que des. ¿Por qué estás aquí, sacerdote, a
nuestro lado, como uno más entre la multitud? ¡Sube 8
al estrado, siéntate en el sillón del presidente, díctanos
sentencias tú en adelante, o, mejor aún, impón como
un déspota tus órdenes! ¡Qué no te vengan leyéndote
leyes ni veredictos de tribunales y no te tengas en abso-

327 Frase dirigida al secretario del tribunal. La lectura de la sentencia no se recoge en la narración.

328 Instituciones en principio ajenas al poder judicial, citadas aquí (cf. antes el plural «presidentes») en pro de la solemnidad retórica.

luto por humano: que se prosternen ante ti a la vez que lo hagan ante Ártemis, pues es a ella a la que has
9 usurpado sus honores! Sólo ella tiene potestad para salvar a los que buscan refugio a su lado, y esto antes de que un tribunal pronuncie su veredicto. A nadie ha liberado la diosa de sus grilletes ni menos libró de su castigo a ningún condenado a muerte. Sus altares aco-
10 gen a los seres desdichados, no a los delincuentes. En cambio, tú liberas a los que han sido aherrojados, a los reos sentenciados libras de su castigo, sobrepasando así en privilegios a la propia diosa. ¿Quién ha habitado alguna vez su templo en vez de una prisión? ¡Un asesino, un adúltero bajo el mismo techo que la diosa inmaculada! ¡Ay, un libertino al lado de la diosa virgen! ¡Y con él también una hembra licenciosa, una
11 sierva que ha huido de su amo! Pues a ésa, según he visto, la has acogido igualmente y han encontrado en tu casa un hogar y se sientan a tu mesa y hasta tal vez, sacerdote, incluso has dormido en su lecho. Has convertido el templo en una casa particular. La morada de Ártemis se ha vuelto casa de adúlteros y alcoba de
12 ramera. Tales cosas no suceden ni siquiera en un burdel. En fin, mis palabras son una acusación común contra esos dos hombres: respecto al uno, exijo que sufra el castigo que merece su arrogancia, y en cuanto al otro, que se ordene que se entregue para cumplir la pena ya impuesta.

»Pero aún me queda un segundo proceso, por adulterio, contra Mélite, en el cual no preciso recurrir a pronunciar discursos contra ella, ya que está decidido que la indagación se base en el interrogatorio de sus
13 sirvientas. Reclamo, pues, que se las interrogue y, si bajo la tortura declaran no estar enteradas de que ese reo ya condenado cohabitó con ella mucho tiempo y que en mi propia casa ocupaba el puesto no sólo de un amante sino de un marido, estoy dispuesto a retirar

mi acusación contra ella. Ahora bien, si se da el resultado opuesto, afirmo que, según manda la ley, su dote debe pasar a mis manos, y, en cuanto a él, debe sufrir la pena que se impone a los adúlteros, que es la de muerte. Es así como, sea cual sea de las dos la razón de su muerte, por ser un adúltero o por ser un asesino, a pesar de ser culpable en ambos casos, habrá pagado su culpa sin pagarla, pues, una vez muerto, seguirá siendo deudor de otra muerte.

»La tercera parte de mi intervención se dirige contra 14
esa esclava de mi propiedad y contra ese respetable farsante que se hace pasar por su padre, pero ese punto lo reservaré para más tarde, cuando hayáis condenado a esos otros.»

Y con estas palabras terminó de hablar Tersandro.

Entonces compareció el sacerdote (no carecía de 9
dotes oratorias y era un gran émulo del cómico Aristófanes) y dio principio en persona[329] a su discurso en tono muy jocoso y al estilo de la comedia, con un ataque contra las lascivas costumbres de Tersandro[330]:

«Injuriar en la presencia de la diosa de modo tan infame a quienes han llevado una vida decorosa es
propio de una boca inmunda. Pero la lengua de ese indi- 2
viduo no sólo aquí sino en cualquier otro lugar está llena de iniquidad. Ya cuando era joven andaba con muchos caballeros de buena po...sición y empleó toda su mocedad en esas relaciones. Adoptaba aires respetables, representaba una farsa de hombre virtuoso, simulando estar ansioso de... educarse, y en todo momento

---

329 No a través de algún representante legal.

330 La vieja hipótesis de que con este discurso Aquiles Tacio aludía a San Juan Crisóstomo, un ferviente admirador de Aristófanes, debe ser abandonada ya, dada la fecha que ahora se atribuye a nuestro novelista. Por otra parte, el texto está lleno de equívocos y alusiones obscenas, que intentamos reflejar en la traducción aun a costa de algunas libertades.

inclinándose y disponiéndose a recibir...las enseñanzas
3 de sus maestros. Abandonó la casa de sus padres y,
alquilando un pequeño local en una callejuela, puso
allí su...burdel, afanado en el tras...iego de las letras
y aceptando con amable cama...radería a todos los que
podían proporcionarle lo que deseaba. Y de este modo,
mientras tenía por meta el cul...tivo de su alma, en
realidad no hacía sino seguir con su papel de vicioso.
4 Luego, en los gimnasios, veíamos también cómo se
untaba el cuerpo y cómo practicaba con la...pértiga [331]
y se trababa con los mocitos en la lucha, abrazado
5 sobre todo a los más varoniles. Así se entrenaba y en-
trenaba su cuerpo. En esto se ocupaba, pues, mientras
estuvo en la flor de la juventud. Y cuando fue ya un
adulto, reveló todo cuanto hasta entonces había tenido
reservado. Perdido el atractivo de sus años mozos, se
ha vuelto negligente con el resto de su cuerpo y cuida-
doso sólo con su lengua, que tiene bien afilada para la
infamia. Su boca se emplea en desvergüenzas y en
insultar a todo el mundo. En su cara lleva la marca de
la falta de pudor, ya que ni siquiera lo ha tenido para
un trato tan blasfemo y tan grosero como el que ha
dado delante de vosotros a quien habéis honrado con
6 el rango de sacerdote. Si yo hubiese vivido en cual-
quier otro lugar y no aquí entre vosotros, tendría que
daros cuenta de mi persona y de mi vida. Pero, dado
que sabéis bien que mi vida está lejos de las impías
calumnias de ese hombre, sólo os hablaré de sus acusa-
7 ciones. 'Liberaste —dice— a quien está condenado a
muerte', y con tal motivo se ha desahogado con toda
clase de terribles expresiones, calificándome de déspota
y de cuanto ha querido en ese drama que ha represen-
tado a costa mía. Pero un déspota así no es sólo el que

---

[331] Traducción aproximada. El texto está alterado y sujeto a conjeturas; de todos modos, cf. ARISTÓFANES, *Lisístrata* 979.

salva a las víctimas de pérfidas denuncias, sino a los
que en nada han delinquido y no han sido condenados
por el Consejo ni por la autoridad del pueblo[332]. O, 8
dinos tú, ¿de acuerdo con qué leyes encerraste antes
de nada en la prisión a ese joven forastero? ¿Qué pre-
sidente de un tribunal lo condenó? ¿Qué juzgado orde-
nó su detención? Supongamos que cometió cuantos
crímenes quieras enumerar: ¡pues bien, que primero
se le juzgue y sea convicto de ellos, una vez que se haya
oído su defensa! ¡Qué sea la ley, que está por encima
de ti y de todos los demás, la que le ponga los grilletes!
Ningún hombre tiene más prerrogativas que otro hom- 9
bre, si no ha mediado un juicio. ¡Clausura, pues, los
tribunales, suprime las sesiones del Consejo, expulsa
a los magistrados! Cuantas amonestaciones has dirigido
al presidente de este tribunal parece que con mayor
justicia se podrán volver contra ti: cédele a Tersan-
dro tu asiento, presidente. Tú lo eres sólo de nombre: 10
es ése el que aquí cumple tus funciones, o, todavía
mejor, unas funciones que ni aun a ti te corresponden.
Pues tú tienes a tu lado otros jueces que te asisten,
sin cuyo acuerdo no te está permitida decisión alguna.
Es más, ni puedes tomar ninguna antes de ocupar ese
sillón de presidente, de modo que jamás en tu propia
casa has condenado a un hombre a ser encadenado. En
cambio, este noble señor se atribuye todas las funcio-
nes, y es a la vez asamblea del pueblo, Consejo, presi-
dente del tribunal y magistrado. Sanciona en su propia 11
casa, hace en ella de juez, ordena las detenciones y con
él la hora de la vista del proceso empieza cuando cae
la noche[333]: ¡lindo y nocturno juez! Y ahora grita sin
cesar: '¡Has dado libertad a un reo, entregado ya a la
muerte!' ¿A qué muerte te refieres?, ¿a qué reo?: dime

332 Seguimos la interpretación de Vilborg, preferible con mucho a la usual.

333 Los juicios tenían lugar a plena luz del día.

12 los motivos de esa ejecución. Está condenado por
asesinato', afirma. ¿Con que es un asesino?: dime quién
fue su víctima. La mujer a la que asesinó y que según
tus palabras está muerta, ves que está viva, y no osa-
rías ya seguir acusándolo de tal asesinato. Sin duda
éste no es el fantasma de esa joven ni Aidoneo[334] nos
13 ha devuelto aquí arriba a la muerta para perderte. Eres
culpable, pues, de dos crímenes, ya que a ella la asesi-
naste de palabra y a él quisiste de obra asesinarlo. Aún
más, a esta mujer incluso estuviste a punto de matarla
de verdad, pues a nuestros oídos han llegado tus actos
allá en tu finca. Pero la gran diosa Ártemis los ha sal-
vado a ambos, arrancando a la joven de las garras de
14 Sóstenes y a él de las tuyas. A Sóstenes tú lo quitaste
del medio, para que no cayera en flagrante delito en
manos de la justicia. ¿No te avergüenzas de que tus
acusaciones contra los dos extranjeros quede probado
que no eran sino calumnias?

»Aquí pongo término a mi defensa contra las impías injurias de ese individuo. Y en cuanto a la de los forasteros, les cedo la palabra a ellos mismos.»

10 Iba ya a intervenir en mi nombre y en el de Mélite
un abogado de no escasa reputación y miembro del
Consejo, cuando se le anticipó otro abogado, cuyo nom-
bre era Sópatro y que hacía de asesor de Tersandro, el
cual comenzó así:

«Ahora me toca hablar a mí para acusar a estos
adúlteros, excelente Nicóstrato (éste era el nombre de
mi abogado), y luego te llegará el turno a ti. Pues el
discurso de Tersandro ha estado dirigido sólo contra
el sacerdote, sin que haya hecho sino tocar de pasada
la parte que corresponde precisamente a la acusación
2 contra el preso. Cuando yo haya demostrado que es

[334] Otro nombre de Hades ya mencionado (cf. III 7, 5 y n. 169).

culpable de dos muertes, entonces puedes tener la oportunidad de intentar librarlo de esa acusación.»

Tras expresarse en esos términos y entre gesticulaciones de fantoche y mucho rascarse el rostro[335], prosiguió:

«Hemos sido espectadores del sainete del sacerdote, que ha representado su papel atacando a Tersandro
del modo más grosero y desvergonzado. El preámbulo 3
de su discurso han sido sólo las mismas imputaciones, ahora contra Tersandro, que éste había dirigido contra él. Pero Tersandro no dijo una sola falsedad en cuantas acusaciones le dirigió, pues ha libertado a un preso, ha acogido a una ramera y se ha confabulado con un adúltero. Y no ha retrocedido ante ninguna de las calumnias que con mayor impudor aun levantó, difamando la
vida de Tersandro. Sin embargo, a un sacerdote le 4
correspondía ante todo mantener su lengua limpia de semejantes infamias (y no hago sino volver sus propias palabras contra él mismo). Y en cuanto al drama que nos ha representado tras el sainete, ya con toda claridad y no a base de acertijos, quejándose de que hiciéramos prender a un adúltero al que habíamos sorprendido, me he preguntado con asombro cuál sea la poderosa
razón de que haya puesto tal empeño en ello. Lo cierto 5
es que es posible sospecharla, ya que ha debido reparar en los rostros de esos dos viciosos, el adúltero y la buscona, ella lozana y moza, lozano también el muchacho y con un aspecto aún nada desagradable sino, al contrario, todavía muy propicio para dar placer al
sacerdote. ¿Cuál de...las dos[336] te compró con sus favo- 6
res? Todos habéis dormido juntos, os habéis emborrachado juntos y nadie ha sido testigo visual de lo que ha-

[335] Cf. la descripción de los gestos de Demóstenes en Esquines, *Sobre la embajada* 49, en la que, sin duda, se ha inspirado el novelista.

[336] Alusión malévola del original.

yáis hecho por la noche. Me temo que hayáis convertido el templo de Ártemis en el de Afrodita y que tengamos que decidir sobre tu sacerdocio, para ver si has de seguir disfrutando de ese rango.

7 »Por lo que respecta a la vida de Tersandro, todo el mundo sabe que desde edad temprana ha sido decente y ha estado llena de virtudes, y que él, cuando se hizo adulto, tomó esposa del modo que regulan las leyes, aunque errase en la elección de su mujer (que no le resultó como esperaba), fiado en su linaje y patrimonio.
8 Es posible que ella haya cometido igual desliz con otros hombres en el tiempo precedente y que en esos casos no dejara que se apercibiese este buen esposo, pero en el último episodio se ha quitado por entero su velo de pudor y ha llegado al colmo de la desvergüenza.
9 En efecto, como su esposo había partido para una larga ausencia, consideró ésta la ocasión idónea para un adulterio y, tras encontrar a este joven pelandusco (lo que fue su mayor desgracia: hallar un amante de esta calaña, que con las mujeres imita a los hombres, pero con los hombres hace de mujer), en esas condiciones y sin el menor temor no tuvo bastante con cohabitar con él abiertamente en el extranjero, sino que incluso lo trajo aquí, durmiendo en su cama durante la travesía por un mar tan dilatado y en el mismo barco públicamente entregándose a la vista de todos a sus actos libertinos.
10 ¡Un adulterio en que tienen su parte la tierra y el mar! ¡Un adulterio que se extiende desde Egipto a Jonia! Hay mujeres que cometen adulterio, pero por una única ocasión. Y, si su falta se repite una segunda vez, disimulan su acción ocultándose de todos. Ésta, en cambio, la comete no sólo a toque de trompeta, sino
11 haciendo que la publique un pregonero. Éfeso entera conoce a su amante. Y ella no ha sentido vergüenza alguna al traernos ese artículo del extranjero, importando un amante como quien viene tras adquirir una

preciosa mercancía. 'Mas yo creía —alega— que mi
esposo estaba muerto'. Por supuesto, si él estaba muer- 12
to tú estás exenta de culpa, ya que no existe la víctima
del adulterio ni se falta contra un matrimonio en el
que ya no cuenta el esposo. Pero, si el matrimonio no
está anulado porque el marido sigue con vida, se produce un robo cuando otro seduce a la mujer casada,
pues exactamente igual que, por haberse disuelto el
matrimonio, no existía la figura del adúltero, así, por
no estar disuelto, sí existe el adúltero.»

Todavía seguía Sópatro en el uso de la palabra, pero 11
Tersandro le cortó su discurso:

«No hay necesidad de hablar más —dijo—. Yo presento dos demandas: una sobre Mélite, aquí presente, y la otra sobre la que pasa por ser hija del responsable de la peregrinación (aunque no recurriré ya al interrogatorio que hace poco mencioné)[337], pero que es en realidad mi esclava.»

Y leyó a continuación:

«Tersandro demanda a Mélite y a Leucipa (así he 2
oído que se llama esa ramera): en cuanto a Mélite, que, si no ha tenido relaciones amorosas con ese extranjero durante el tiempo en que estuve ausente, entrando en el agua santa de la Estigia[338] y prestando juramento, quede libre de sus cargos; y en cuanto a la otra, que, si es ya mujer, sirva como esclava a su amo (dado que sólo a siervas le está permitido presentarse en el templo de Ártemis), y que en cambio, si persiste en afirmar que es doncella, sea encerrada en la cueva de la siringa.»

[337] Hemos mantenido en su lugar esta frase, que Gaselee considera una interpolación alegando que hasta ahora no se ha hablado de someter a Leucipa a interrogatorio (con la consabida tortura, como tal esclava). En realidad, la alusión puede ser a las esclavas antes mencionadas, aunque la expresión es un tanto confusa.

[338] Cf. luego, 12.

3 Nosotros por supuesto, aceptamos de inmediato la demanda, ya que sabíamos que iba a producirse. Y Mélite, con el ánimo que le infundía no haber tenido relación conmigo, a no ser de palabra, mientras Tersandro estuvo ausente, declaró:

«—También yo acepto esa demanda y deseo yo misma completarla añadiendo principalmente que no he visto en absoluto hombre alguno ni de esta ciudad ni forastero que haya tenido conmigo tal relación durante el tiempo que mencionas. Pero ¿cuál debe ser tu sanción, si se demuestra que tu denuncia era una calumnia?

4 »—La que decidan imponerme los jueces» —contestó—.

Y fue en estos términos como concluyó la audiencia y se fijó para el día siguiente el asunto de la demanda.

12 La historia del agua de la Estigia era así:

Hubo una linda doncella llamada Rodopis, enamorada de las monterías y de la caza. Sus pies eran veloces, certeros sus brazos; llevaba cinturón y gorro, el vestido hasta la rodilla arremangado y los cabellos cortos a la usanza de los varones. Ártemis la ve, queda encantada, la llama, la hace su compañera de cacerías
2 y las más de las veces salen juntas de caza. Pero también ella le juró quedarse siempre a su lado, rehuir el trato con los hombres y no soportar las violencias de Afrodita. Tal juró Rodopis, y Afrodita oyó su juramento. Monta en cólera la diosa y se empeña en castigar a la doncella por semejante desdén.

3 Había en Éfeso un mocito, tan guapo entre los muchachos cuanto Rodopis entre las doncellas. Eutinico lo llamaban y era también cazador, como Rodopis, y
4 de Afrodita igualmente no quería saber nada. A por ambos, pues, parte la diosa y hace que coincidan las presas de uno y otro, ya que hasta entonces los dos jóvenes se habían mantenido distanciados. En tal oca-

sión no estaba Ártemis presente y Afrodita fue en
busca de su hijo, el arquero, y así le dijo: «Hijo, ¿ves
esa pareja ajena a todo amor y que siente aversión de
ti y de mí y de nuestros propios misterios? Es más,
esa doncella con mucho mayor atrevimiento ha llegado
a pronunciar un voto contra mí. Estás viendo cómo
acuden a la carrera tras la cierva: ¡inicia también tú 5
tu montería, comenzando por esa joven tan osada!
¡Por supuesto que tu dardo es más certero que los
suyos!»

Apuntan él y ella sus arcos, ella con la cierva por
blanco y contra la doncella Eros. Acertaron ambos y
así la cazadora tras la caza resultó cazada. La cierva 6
recibió el dardo en su lomo, la doncella lo recibió en
su corazón, y este dardo fue amar a Eutinico. Luego
también Amor disparó otra flecha sobre éste. Y se 7
vieron entonces Eutinico y Rodopis, clavando, lo pri-
mero, cada uno sus ojos en el otro y sin que ninguno de
los dos quisiera desviarlos a otra parte. Poco a poco
prende el fuego de sus heridas y Eros los conduce a
esta misma caverna donde ahora está la fuente y donde
ellos dejaron de cumplir el voto que habían formulado.
Ártemis ve reírse a Afrodita, comprende lo ocurrido y 8
transforma a la joven en agua en el mismo sitio en que
ella había desceñido[339] su virginidad. Y ésa es la ra-
zón por la cual, cuando una mujer es acusada en rela-
ción con el acto de Afrodita, entra en el venero y se
lava en sus aguas. La fuente es pequeña y no cubre
más que hasta media pantorrilla. Y la prueba consiste 9
en que la mujer se cuelga del cuello, atada con un
bramante, una tablilla, en la que ha escrito el jura-
mento, y, si su juramento resulta verdadero, la fuente

339 El original ofrece un juego de palabras aun más complejo. «Desceñir» recuerda expresiones usuales relacionadas con el acto sexual.

sigue en su sitio; mas, si es falso, el agua se enfurece, sube hasta su cuello y cubre la tablilla[340].

Tal era nuestro tema de conversación, pero, como avanzara la noche, nos retiramos a dormir cada cual a su lecho.

13 Al día siguiente se presentó todo el pueblo. Venía al frente Tersandro, con el rostro radiante y dirigiéndonos al mismo tiempo burlonas miradas. En cuanto a Leucipa, estaba revestida de un atuendo sagrado: una túnica talar de un delicado tejido, un cinturón que ceñía la túnica a la altura del talle, un turbante del color de la púrpura en torno a la cabeza, y sus pies
2 descalzos. Entró así, llena de serenidad, en la gruta, y yo, al verla, me detuve tembloroso y murmuré para mí mismo: «De que eres virgen, Leucipa, estoy segu-
3 ro, pero, amada mía, tengo miedo de Pan. Es un dios apasionado de las vírgenes y me temo que tú acabes siendo una segunda Siringa. Mas aquélla logró escapar de él, porque la perseguía por tierra llana y su acoso fue por campo abierto. En cambio a ti incluso te hemos encerrado tras esas puertas, como en ciudad asediada, para que, si te persigue, no puedas escapar.
4 Pero tú, ¡oh señor Pan!, sé generoso y no quebrantes la ley de este lugar. Pues nosotros sí la hemos respetado. Que Leucipa nos salga de nuevo a nuestro encuentro virgen. Un pacto tal tienes tú con Ártemis: no defraudes a la virgen»[341].

14 Mientras así hablaba conmigo mismo, se dejó oír desde el interior una armoniosa melodía. Se comentaba que jamás antes se había escuchado ninguna con tan dulce son, cuando al punto vimos que se abrían las
2 puertas. Y en el momento de salir Leucipa todo el

---

340 Cf. la ordalía que se lee en MACROBIO, *Saturnales* V 19, 18 ss.

341 Es decir, a la diosa-virgen Ártemis, según la interpretación más plausible.

pueblo estalló en gritos de alegría y en improperios
contra Tersandro, en tanto que yo me sentía incapaz
de expresar mis emociones con palabras.

Tras haber obtenido tan lucido triunfo, nos alejamos
de allí, para dirigirnos al lugar de la segunda prueba,
la del agua de la Estigia. La multitud se trasladó, igual- 3
mente, para asistir a este otro espectáculo, y también
allí se cumplieron todos los requisitos. Mélite se puso
la tablilla colgada del cuello. La fuente estaba transpa-
rente y tenía escasa profundidad. Y Mélite entró en ella
y se quedó inmóvil, con el rostro sin sombra de preocu-
pación. El agua quedó tal como estaba, sin que sobre- 4
pasase en lo más mínimo su nivel habitual. Y una vez
que hubo transcurrido el plazo que estaba fijado para
su permanencia en la fuente, el presidente del tribunal
la tomó de la mano y la sacó del agua, resultando Ter-
sandro derrotado ya en dos asaltos. Mas, a punto de
verse vencido en el tercero, se escapó subrepticiamente
buscando refugio en su casa, por miedo a que el pueblo
llegara incluso a lapidarlo. Pues cuatro jóvenes, dos de 5
la familia de Mélite y dos sirvientes, traían a rastras a
Sóstenes, al que Mélite los había mandado a buscar. Y
Tersandro, que se da cuenta desde lejos y sabedor de
que, si lo sometían a tortura, revelaría su enredo, se
anticipa a escapar y, en cuanto cae la noche, sale a
escondidas de la ciudad. Huido Tersandro, los magis- 6
trados decretaron que Sóstenes ingresase en la prisión.
Y entonces nosotros nos retiramos, ya definitivamente
vencedores y colmados de bendiciones por todos los
presentes.

Al día siguiente, los que tenían asignada esa misión 15
condujeron a Sóstenes ante los magistrados. Él, al ver
que lo llevaban para interrogarlo, confesó sin rodeos
todo cuanto había intentado Tersandro y la colabora-
ción que él le prestó. No dejó de mencionar ni aun
siquiera todo lo que habían hablado a solas ante la

2 puerta de Leucipa acerca de ella[342]. Luego de nuevo lo arrojaron a la prisión, para expiar allí su pena. A Tersandro, en rebeldía, lo condenaron al destierro, y, en cuanto a nosotros, el sacerdote volvió a acogernos del modo acostumbrado.

3 Durante la cena retornamos a las narraciones de la velada precedente[343] y a los detalles de aquellas aventuras que se nos hubiesen pasado por alto. Leucipa, al no sentir ya vergüenza ante su padre desde el momento en que se había demostrado claramente que seguía siendo doncella, contó con gusto sus propias peripe-
4 cias. Y, cuando llegó al suceso de Faros y los piratas, le dije:

«—¿No vas a relatarnos el episodio de los piratas de Faros y el misterio de la cabeza que cortaron allí, para que también tu padre pueda oírlo? Pues ése es el único punto que nos queda por escuchar de toda la historia.

16 »—A una pobre mujer —comenzó a contar— de las que venden sus favores por dinero la habían engañado los piratas, con el pretexto de que iba a hacer compañía en el barco como esposa a un armador, y la tenían a bordo sin que ella supiese la verdadera razón por la
2 que estaba allí. Mientras pacientemente esperaba convivía con uno de los piratas, que le había dicho que la amaba. Cuando me raptaron, como viste, me hicieron embarcar y se pusieron en fuga con toda la rapidez que sus remos les permitían. Al ver que la nave perseguidora iba a alcanzarlos, le quitaron a la desdichada sus joyas y su ropa y me las pusieron a mí, y a ella mis vestidos. Luego la colocaron sobre la popa, donde por ir persiguiéndoles teníais que verla, le cortaron la

342 Cf. antes, VI 17. El autor trata, evidentemente, de justificar el conocimiento de que disfruta el narrador (Clitofonte) acerca de un episodio para él desconocido.

343 En realidad, de varios días atrás.

cabeza y arrojaron, como viste, su cuerpo al mar, mientras que la cabeza, según cayó, la conservaron de
momento en el barco, deshaciéndose también de ella 3
poco después tirándola igualmente cuando ya no os tenían en su persecución. No sé si de antemano se habían hecho con la mujer con este fin o con el pretexto de venderla como esclava, como luego me vendieron también a mí. Pero, viéndose acosados, para engañar a sus perseguidores la degollaron en mi lugar, calculando
que sacarían más con mi venta que con la de ella. Y 4
fue así como vi a Quéreas castigado como merecía, pues había sido él quien les aconsejó matar y arrojar
a la mujer en mi lugar. El resto de los piratas no 5
aceptó dejarme para él solo, ya que opinaban que él había tenido ya su parte en la persona de otra esclava, que, si hubiera llegado a ser vendida, les hubiera dado ocasión de una buena ganancia, y que yo, vendida en lugar de la muerta, debía darles un beneficio común
para todos ellos en vez de para él sólo. Y como Quéreas 6
se opusiera, aduciendo sus derechos, sacando a relucir lo que habían acordado, alegando que no me habían raptado para venderme y beneficiarse ellos sino para satisfacer su pasión por mí, y llegara a hablarles en un tono demasiado insolente, uno de los piratas (con toda la razón del mundo) se puso a su espalda y le
cortó la cabeza. En fin, que, castigado como merecía 7
por haberme secuestrado, también él fue a parar al mar. Y los piratas, después de dos días de navegación, me llevaron a un lugar cuyo nombre desconozco y allí me vendieron a un traficante con el que solían tratar y éste, luego, a Sóstenes.»

Y entonces interviene Sóstrato: 17

«—Pues bien, dado que habéis terminado de contar vuestras historias, hijos míos, escuchadme también a mí lo que ha ocurrido en casa en lo que se refiere a Calígona, tu hermana, Clitofonte, para que no me que-

de yo de ningún modo sin contribuir a esta serie de relatos.»

2 Por mi parte, en cuanto oí el nombre de mi hermana, redoblé mi atención y exclamé:

«—¡Sí, padre, cuéntanoslo!: ¡mi único deseo es que en tu historia ella esté aún viva!»

Comienza, pues, Sóstrato su narración refiriéndose a todos aquellos puntos que ya he adelantado: quién era Calístenes, el oráculo, la peregrinación, el episodio
3 de la barca y el rapto[344]. Y a continuación prosiguió así:

«—Durante la travesía Calístenes supo que no se trataba de mi hija y que todo su empeño había sido vano, pero, sin embargo, se enamoró perdidamente de Calígona. Y arrojándose a sus pies le dijo: 'Dueña mía, no me juzgues un pirata y un malhechor. Por el contrario, soy de noble cuna, bizantino de origen e inferior a ningún otro. El amor me ha hecho desempeñar este papel de pirata y urdir esta trampa contra ti. Desde hoy considérame tu siervo. Como regalo de bodas te doy, lo primero, mi persona, y, en segundo lugar, cuanto no te hubiera dado como dote tu padre. Y respetaré
4 tu virginidad hasta que tú dispongas.' Hablándole en estos términos y aun en otros semejantes, se ganó la voluntad de la muchacha, pues, por lo demás, era de hermosa presencia, de buena labia y de lo más persuasivo. Y, cuando llegó a Bizancio, tras comprometerse en una muy elevada cantidad como presente de bodas y equiparla del modo más suntuoso en todo lo demás, en vestidos, joyas de oro y cuanto engalana a las damas acaudaladas, le hacía la corte con la mayor corrección y respetando su pureza, tal como le había prometido, hasta el punto de que también la joven
5 quedó prendada de él. En su conducta, en todos los

[344] Véase II 13 ss.

aspectos, el mozo se mostraba el más discreto, razo-
nable y virtuoso, habiéndose producido en él un repen-
tino y admirable cambio. Se levantaba ante las perso-
nas mayores, cuidaba de anticiparse a saludar a quie-
nes se encontraba y aquella falta de juicio en sus lujos
y derroches anteriores se transformó en prudencia,
aunque conservó su magnanimidad con los que por su
pobreza se veían necesitados de socorro. De suerte que
todos se pasmaban de que tan de repente se hubiese
operado en él tal cambio de un comportamiento depra-
vado en otro inmejorable. Pero era yo sin duda el que 6
estaba más encantado, teniéndolo en la mayor estima y
con la idea de que sus antiguos excesos obedecían a
una naturaleza admirablemente espléndida y no a un
vicioso desenfreno. Me acordaba del caso de Temísto- 7
cles, al que también en su mocedad se tuvo por un
libertino incorregible y que luego aventajó a todos los
atenienses en saber y en hombría. E, incluso, me arre-
pentía de haberlo rechazado despectivamente cuando
me pidió la mano de mi hija, ya que conmigo se mos- 8
traba especialmente servicial, me llamaba 'padre' y
me escoltaba a mi paso por la plaza. No descuidaba su
entrenamiento militar. Por el contrario, descollaba en
particular en los ejercicios a caballo. En realidad, ya 9
durante su época de disipación había disfrutado entre-
gándose a estas prácticas, pero sólo por lujo y diver-
sión, y, a pesar de todo, el valor y la pericia se le
habían desarrollado apenas sin darse cuenta. Su em-
peño acabó siendo brillar en las artes de la guerra por
su arrojo y su dominio de las más diversas técnicas.
Aportó, igualmente, sumas elevadas al Estado y lo eli- 10
gieron para el mando militar a mi lado, con lo que aún
se mostró más respetuoso conmigo y obediente en
todo a mis decisiones.

18 »Una vez que ganamos la guerra, gracias a las apa-
riciones de los dioses[345], y estuvimos de regreso en
Bizancio, entre acciones de gracias a Heracles y a Ár-
temis, se nos eligió por aclamación, a mí para que
viniese aquí a sacrificar en honor de Ártemis, y a él
para ir a Tiro con la misma misión en honor de Hera-
cles. Y entonces, tomándome la mano Calístenes,
comenzó por contarme lo que había hecho con Calí-
2 gona, y añadió: 'Pero de mis actos, padre, aquéllos los
realizó la violencia natural de la juventud, y los que
siguieron, en cambio, han sido obra de mi serena deter-
minación. Pues a esa joven hasta ahora le he respetado
su virginidad, y esto en plena guerra, en la que nadie
3 pospone los placeres. Pues bien, ahora estoy resuelto a
llevarla de vuelta a Tiro, junto a su padre, y obtener
de él la boda que la ley dispone. Si accede a conceder-
me su hija, la recibiré en buena hora. Mas, si se mues-
tra reacio y de mal talante, se la entregaré aún doncella.
4 La verdad es que con el regalo de boda, nada despre-
ciable, que le he hecho, espero lograr según mis deseos
el casamiento.' Te leeré también el documento que re-
dacté antes incluso de zarpar[346], en el que solicitaba
que la joven fuese la esposa de Calístenes y exponía
su noble origen, sus méritos y sus hazañas guerreras,
5 todo lo cual había sido convenido entre nosotros. Y
por mi parte, en caso de que ganemos la apelación[347],
he decidido en primer lugar navegar hasta Bizancio,
pero luego dirigirme a Tiro.»

Después de esta conversación nos fuimos a dormir del mismo modo que las noches precedentes.

---

[345] Anteriormente (VII 12, 4) sólo se mencionó la de Ártemis. Hemos de suponer otra de Heracles, dado el contexto siguiente.

[346] Corrección de Jacobs. «Antes de la guerra» es lo que se lee en los manuscritos, lo que no da sentido en modo alguno.

[347] Primera mención de un procedimiento del que el autor dará sólo después una sucinta explicación.

Al día siguiente vino Clinias a decirnos que Tersandro había huido por la noche. Y así resultaba que había interpuesto la apelación no con el ánimo de seguir con el proceso, sino con la intención de aplazar con tal pretexto el momento en que quedaría convicto de sus 19
fechorías. Por ello seguimos allí por tres días más, es 2
decir, el plazo que marcaba el procedimiento, y comparecimos ante el presidente del tribunal e hicimos leer las leyes, según las cuales no le quedaba a Tersandro recurso legal alguno contra nosotros. Luego nos embarcamos y, con viento favorable, arribamos a Bizancio, desde donde, tras celebrar las tan deseadas
bodas, partimos hacia Tiro. Nuestra llegada tuvo lugar 3
dos días después de la de Calístenes y encontramos a mi padre a punto de hacer los sacrificios para el matrimonio de mi hermana, fijado para el día siguiente. Asistimos, pues, con el deseo de participar con él en el sacrificio y rezamos a los dioses para que concedieran a mi boda y a la de Calístenes los mejores auspicios. Y hemos decidido pasar el invierno en Tiro y marchar luego a Bizancio[348].

---

348 La novela termina con cierta brusquedad, no faltando quienes sospechen que se nos haya transmitido inacabada. No se recuerda, en absoluto, que la narración es un relato en boca del propio Clitofonte y que tiene lugar no en Tiro sino en Sidón (cf. Introducción, § 3.1).

JÁMBLICO

BABILONÍACAS

(RESUMEN DE FOCIO Y FRAGMENTOS)

INTRODUCCIÓN

De la novela que escribió Jámblico sólo conocemos el resumen elaborado por Focio, *Biblioteca, codd.* 94, en el siglo IX d. C., y una centena larga de fragmentos. La mayoría de estos fragmentos, muy breves, han sido transmitidos por la *Suda*, supuesto título de un léxico enciclopédico del siglo X d. C.; y unos pocos, bastante más extensos, se han conservado en algunos códices y en un palimpsesto, es decir, en un códice cuyo contenido ha sido borrado para ser reutilizado como material de escritura para otra obra. En muchos de estos fragmentos se indica expresamente en nuestras fuentes su pertenencia a la novela de Jámblico; en otros, por el contrario, la atribución a las *Babiloníacas* es producto de una conjetura, más o menos verosímil, o segura, según los casos[1]. De cualquier manera, nunca

---

1 En la presente traducción, como en la edición teubneriana de Habrich (que es la que hemos seguido, con leves discrepancias, siempre en conjeturas que no hemos aceptado), el signo * que precede al número de un fragmento indica que la atribución a Jámblico no es expresamente mencionada por la fuente que lo documenta. En cuanto a la localización de los fragmentos y su correspondencia con los diferentes pasajes resumidos por Focio, hemos seguido, en general, la edición de Habrich, con leves discrepancias también, en parte señaladas ya por otros filólogos. Los números entre [ ] en la traducción del resumen de Focio indican los lugares donde deben ser situados los sucesivos fragmentos. Siempre hemos conservado la numeración de

se nos dice en qué lugar de la novela se debe localizar cada uno de los fragmentos, pues la finalidad que persiguen los documentados en la *Suda* es lexicográfica: ilustrar algunos usos de ciertas palabras mediante su empleo en una frase que se cita. Por ello, la localización de un fragmento en un pasaje determinado del resumen de Focio es materia insegura y siempre sujeta a discusión.

La pérdida de la obra en su integridad es lamentable, porque su fama y difusión debieron de ser grandes. Prueba de ello es que se ha hecho merecedora de un resumen de Focio, honor que entre las novelas griegas, sólo cupo a Heliodoro, Aquiles Tacio y Antonio Diógenes, además del propio Jámblico. La *Suda*, además, sólo documenta *excerpta* de Jámblico, de entre los novelistas griegos de la Antigüedad, si se hace abstracción de una única cita de la *Etiópicas* de Heliodoro. Estos dos hechos [2] ponen de relieve el alto grado de difusión que ha alcanzado la obra del sirio Jámblico. Cuándo ha comenzado esta fama, y cuándo se ha perdido el contenido íntegro de su novela, son preguntas a las que no es posible dar una respuesta segura [3].

---

los fragmentos que hace Habrich, aun en los casos en los que hemos situado en lugar distinto un determinado fragmento. Para las distintas posibilidades de localizar cada fragmento, las notas dan algunas indicaciones.

2 Un último dato en favor de la amplia difusión de la novela de Jámblico resulta del hecho de que Focio no se vea en la necesidad de indicar expresamente su título (cf. n. 8 de la traducción).

3 Ningún autor griego o latino de la Antigüedad cita con seguridad el nombre de Jámblico. Tan sólo en el siglo IV, en la obra de TEODORO PRISCIANO, *Res Medicae* II 11 (pág. 133, 8-12 ROSE), se ha introducido su nombre como producto de una conjetura. En cuanto a la época en la que se ha perdido de manera definitiva el contenido íntegro de las *Babiloníacas*, existen algunos hechos que merecen ser señalados. La *Suda* afirma que la obra tenía 39 libros, mientras que Focio acaba el resumen en el

En uno de los códices que ha transmitido la *Biblioteca* de Focio se encuentra una nota marginal al comienzo del resumen de la novela de Jámblico, que da ciertas noticias acerca del autor de las *Babiloníacas* (la noticia está traducida, *infra*, pág. 395; para detalles, remitimos a las notas explicativas de la traducción). El interés de esta noticia es grande, por su propio contenido y porque es muy probable que las informaciones que en ella se dan hayan sido extraídas del excurso autobiográfico que hacía el propio Jámblico, excurso del que también da algunas indicaciones precisas el resumen de Focio (cap. 10). Gracias a estas noticias podemos saber que Jámblico era sirio y de ascendencia siria, no griega; que tuvo un tutor babilonio, antiguo secretario del rey en la corte de los partos, el cual le enseñó su lengua (cf. n. 9 de la traducción), y que más tarde aprendió griego para hacerse rétor. El propio Jámblico daba en su excurso autobiográfico indicaciones que permiten datar su novela entre 164 y 180 d. C. Se afirma, además, que el tema narrado en

libro 16 (que, sin embargo, es el número más alto de libros para una novela griega). Esta discrepancia admite diversas explicaciones, ninguna de las cuales es segura: 1) Focio sólo conocía una edición resumida, privada de muchas de las digresiones; 2) el autor del resumen se ha cansado y ha terminado su tarea sin llegar al final de la obra; 3) la cifra de libros que menciona la *Suda* está equivocada, cosa, por lo demás, nada rara; 4) Focio y la *Suda* han usado dos ediciones distintas. Entre algunas de estas explicaciones no existe incompatibilidad, y es posible que varias, a la vez, sean ciertas. En los siglos XVII y XVIII existen algunas alusiones, en general epistolares, de filólogos que anuncian a otros colegas su conocimiento de la obra de Jámblico (¡íntegra!, en algún caso), así como noticias que hablan de un manuscrito que contenía la totalidad de la obra (cf., sobre esto, L. DI GREGORIO «Sulla biografia di Giamblico e la fortuna del suo romanzo attraverso di secoli», *Aevum* 38 [1964], 1-13; E. ROHDE, *Der griechische Roman und seine Vorläufer*, Leipzig, 1914[3] [= 1960], 392, n. 2).

la novela es de procedencia babilonia, noticia con la que coincide la atmósfera general de la novela, el nombre de la mayoría de los personajes que en ella aparecen y el escenario geográfico donde se desarrolla. Por su fecha de composición, la novela es contemporánea de Elio Aristides y de Luciano, quien, además, era sirio, y con el que, como veremos, le unen diversos hechos, aparte de los puramente biográficos. La novela pertenece, pues, a la época de la Segunda Sofística; su estilo y su lengua, por lo poco que se puede juzgar a través de los fragmentos conservados, son ampliamente deudores de la moda literaria de su tiempo.

La novela de Jámblico tiene como tema central el que es de regla en las novelas griegas antiguas: el amor y los viajes de la pareja protagonista. Además, a juzgar por el alto número de libros que tenía la obra, debía de haber extensas y variadas digresiones, punto en el que Jámblico coincidiría con el gusto de su tiempo. El amor es el motor de la acción y lo que provoca los viajes, más o menos largos y variados, de los protagonistas, que tratan de reunirse o huyen juntos de algún enemigo. Los golpes de fortuna que cambian el curso de la acción y unen o separan a los amados son también frecuentes en el género novelesco. El final feliz, con la superación, a veces puramente casual, de los conflictos, casi siempre externos, que se han abatido sobre los protagonistas, viene dado por las propias convenciones del género. Dentro de este marco genérico caben pequeñas variaciones e innovaciones, que son las que ahora deben ser señaladas.

Según el juicio que emite Focio al comienzo de su resumen, la novela de Jámblico ocupa una posición intermedia entre la obscenidad de Aquiles Tacio y la elevación de Heliodoro. Ello quiere decir, probablemente, que las escenas de amor, por supuesto siempre pudorosas, entre los protagonistas debían de ser poco fre-

cuentes. Lo que Focio podía atribuir a lascivia está representado, en el resumen al menos, por personajes secundarios: el fantasma del macho cabrío, Sétapo y Berenice. El flechazo amoroso, característico también de la novela, es un motivo que Jámblico no ha usado para los protagonistas, a quienes debía presentar ya casados, sino sólo para otros personajes. Los celos, sin embargo, condicionan el desarrollo de la acción en toda la parte del resumen posterior a las digresiones. Por ello el amor sin desfallecimiento, que es típico de las novelas griegas, necesita, en el caso de Jámblico, ser objeto de ciertas precisiones: los celos de la protagonista terminan por conducirla a una boda con el rey de Siria. Bien es verdad que, cuando el resumen dice que este rey era sólo un adolescente, quizá se nos está dando a entender que esa boda no va a constituir ninguna mancha para la honorabilidad de Sinónide. Sin embargo, sabemos que la pureza recalcitrante de los protagonistas parece ser, más bien, un rasgo de Heliodoro. En cuanto al amor que Garmo siente por la muchacha, que desencadena la acción y que perdura en el curso de la narración como un *leitmotiv* que ensambla los distintos episodios (cf. notas 11 y 21), es, más que amor, afán de posesión, como corresponde a su imagen típica de tirano cruel. El retrato del tirano despótico, por otro lado, ha constituido materia frecuente de ejercicio en las escuelas de retórica. Jámblico ha debido de explotar las enseñanzas recibidas.

La psicología de los personajes y las matizadas motivaciones de la acción no cumplen ninguna función en la novela griega, y tampoco en Jámblico. Los personajes no experimentan transiciones de un estado anímico a otro y, en general, mantienen la misma actitud a lo largo de toda la novela. En este marco el protagonista masculino, como sucede aquí con Ródanes, resulta desvaído, frente a la energía de Sinónide, que ayuda a

Ródanes a escapar, se hiere cuando los van a conducir ante Garmo, sufre un furioso ataque de celos y se vuelve a casar con un muchacho. Ródanes sólo interviene para seguir el juego a la sacerdotisa de Afrodita, que lo confunde con su hijo muerto, y para intentar suicidarse cuando cree que su amada está muerta. Los restantes personajes son aún más estereotipados. La psicología no ha entrado aún en la novela.

Las aventuras de los protagonistas se desarrollan en un marco relativamente restringido, a diferencia de lo que sucede en otras novelas griegas. No hay largos viajes, al menos en el resumen; los protagonistas cabalgan o caminan de posada en posada, o utilizando los establecimientos que bordean la calzada real persa a lo largo del curso bajo del Eufrates. En la medida en que se puede juzgar por el resumen, el escenario geográfico es real, la isla donde se encuentra el santuario también lo es, y el itinerario que siguen, aunque un poco complejo, también parece serlo. De igual manera, todos los personajes, con excepción de Damas y Trófima que tienen nombres griegos, tienen nombres orientales, como corresponde al escenario. Se dejan entrever también ciertas costumbres orientales. Egipto, que en la mayoría de las novelas griegas es escenario de parte de la acción al menos, se mantiene aquí en segundo plano.

Si bien existe cierto realismo en el marco geográfico y en los nombres de los personajes, hay que afirmar, no obstante, que la novela no se desarrolla en ninguna época histórica determinada, aunque las indicaciones contemporáneas del autor parecen ser las más frecuentes. La presencia de un rey en Babilonia puede ser de la época de los seléucidas, al igual que la mención de Berenice en Egipto; no obstante, el rey Bócoro de Egipto y el rey de Babilonia podrían ser retrotraídos a etapas más antiguas. Partos deben de ser los nombres de Ródanes, Monaso y Zobaras, y el nombre de Soreco,

por su procedencia árabe, hay que considerarlo estrictamente contemporáneo de Jámblico. La guerra entre los reyes de Siria y Babilonia sólo encuentra paralelos históricos en las guerras entre partos y seléucidas durante el siglo II a. C. En conclusión, el marco histórico de las *Babiloníacas* es bastante libre de la realidad histórica.

Los dioses parecen tener una importancia muy secundaria en la novela de Jámblico, frente a lo que sucede en otras novelas. Igualmente, la Fortuna y los oráculos suelen cumplir una función esencial en la motivación de la acción; en Jámblico, no hay rastro de ninguna intervención de ellos. Sí se narran, en cambio, numerosas maravillas o aparentes milagros: las abejas ponzoñosas, el hallazgo del tesoro, la muerte aparente que descubre el anciano caldeo, la creencia de la sacerdotisa de Afrodita, que toma a Ródanes por su hijo redivivo, etc. En todos los casos se observa una mezcla de ironía y racionalismo por parte de Jámblico, que, en la medida de lo posible, busca causas racionales para lo que muchos podrían considerar milagroso. La poca importancia de las intervenciones divinas, de los oráculos y de la Fortuna, junto con el racionalismo irónico con el que Jámblico observa aparentes milagros, son rasgos también propios de Luciano. Quizá se puede decir que, no en vano, ambos son contemporáneos y sirios de nacimiento.

A pesar de eso, y en perfecta consonancia con las contradicciones de la época, una digresión de Jámblico estaba dedicada a enumerar las diferentes clases de magia, y él mismo había pronosticado el resultado de una guerra. La clasificación de los tipos de magia[4] procede de las creencias extendidas por Zaratustra; los

[4] Cf. U. Schneider-Menzel, «Jamblichos' *Babylonische Geschichte*», en F. Altheim, *Literatur und Gesellschaft im ausgehenden Altertum*, I, Halle, 1948, págs. 87 y sig.

animales que sirven para ejercer la magia son todos encarnaciones del espíritu malo, al que los magos trataban de aplacar, incluso con sacrificios.

Los animales tenían en la novela de Jámblico una importancia primordial. En casi todos los puntos donde se produce una inflexión en el curso de la acción, se observa la presencia de un animal: el fantasma del macho cabrío, las avispas, los asnos, el camello sagrado (probablemente, un animal perteneciente al templo y, por ello, no usado como acémila), el escarabajo, el perro de Hircania y la golondrina marcan, prácticamente, todos los episodios del desarrollo y, con frecuencia, determinan el curso posterior de los acontecimientos.

Poco se puede decir acerca de la composición de una novela que sólo se conoce por un resumen que, quizá, no abarca la totalidad. La persecución de Garmo, recordada reiteradas veces mediante las pruebas que sus servidores le envían para demostrarle que están a punto de conseguir su objetivo, es el telón de fondo ante el que suceden los demás episodios. Los personajes secundarios, a diferencia de los protagonistas, parecen ser presentados directamente en la acción, cuando entran en contacto con los protagonistas. El tiempo en el que transcurre la acción parece ser breve, y sólo las digresiones, que hemos de imaginar numerosas y largas, vienen a interrumpir el tiempo de la ficción. En lo que abarca el resumen se aprecian tres unidades claras. La primera, que tiene como tema central la presentación de los protagonistas y la persecución hasta que éstos llegan al santuario de Afrodita (caps. 2-8), se compone de tres episodios, enlazados entre sí de manera laxa por los soldados perseguidores y por el veneno que Ródanes coge. La segunda unidad comprende las digresiones autobiográficas y acerca de la magia, precedidas de la estancia en el santuario de Afrodita. La persecución ha ido quedando en un

segundo plano de manera progresiva, hasta ser prácticamente olvidada cuando los protagonistas llegan al santuario. La tercera unidad comienza, como la segunda, cuando Ródanes y Sinónide cruzan el río. En esta parte es más difícil distinguir episodios diferentes, porque el destino de los protagonistas se entrecruza con el de otras figuras secundarias. Sin embargo, los episodios cerrados, como los de Trófima y Sétapo, y las posibles digresiones, que hemos de suponer por el resumen, acerca de Berenice y los hábitos del verdugo debían de servir para articular los diferentes episodios de la acción principal. La premura que se observa en el resumen de Focio al final impide hacer más precisiones [5]. De cualquier manera, todo lo que se refiere a la composición ha de ser necesariamente conjetural.

[5] Cf. U. SCHNEIDER-MENZEL, *loc. cit.*, págs. 73 y sigs.

NOTA BIBLIOGRAFICA

1. *Ediciones.*

Iamblichi Babyloniacorum Fragmenta, ed. E. Habrich, Leipzig, 1966.

Photius, Bibliothèque, ed. y trad. de R. Henry, vol. II (*cod.* 84-185), París, 1960, *cod.* 94, págs. 34 y sigs.

2. *Trabajos sobre Jámblico.*

A. Barigazzi, recensión de la ed. de E. Habrich, en *Athenaeum* 39 (1961), 368-371.

A. Borgogno, «Da un'autopsia del *cod. Laur. Gr.* 57, 12», *Rhein. Mus.* 116 (1973), 127-8.

— «Qualche suggerimento per la ricostruzione delle *Storie babilonesi* di Giamblico», *Riv. Fil. e Ist. Cl.* 102 (1974), 324-333.

— «Su i *Babyloniaca* di Giamblico», *Hermes* 103 (1975), 101-126.

— «*Iamblichi Babyl. frs.* 45, 80, 84 Habr.», *Prometheus* 1 (1975), 185-6.

— «Sopra un *excerptum* di Giamblico Siro», *Rend. dell'Istit. Lomb.* 109 (1975), 162-172.

— «Per il testo dei *Babyloniaca* di Giamblico», *Sileno* 1 (1975), 66.

— «Sulla struttura degli *Apista* di Antonio Diogene», *Prometheus* 1 (1975), 49-64.

L. di Gregorio, «Su alcuni frammenti delle *Storie Babilonesi* di Giamblico», *Aevum* 37 (1963), 390-405.

— «Sulla biografia di Giamblico e la fortuna del suo romanzo attraverso di secoli», *Aevum* 38 (1964), 1-13.

U. Schneider-Menzel, «Jamblichos' *Babylonische Geschichte*», págs. 48-92, en F. Altheim, *Literatur und Gesellschaft im ausgehenden Altertum,* I, Halle, 1948. (Sin duda, el estudio de conjunto más importante.)

RESUMEN DE FOCIO

NOTICIA ESCRITA EN EL MARGEN DEL «COD. MARCIANUS VENETUS 450» DE LA «BIBLIOTECA» DE FOCIO AL COMIENZO DEL RESUMEN DE LA NOVELA DE JÁMBLICO

Este Jámblico[1] era de linaje sirio por parte de padre y de madre; pero no era un sirio de los griegos que se habían establecido en Siria, sino de los autóctonos. Sabía la lengua siria y vivía según las costumbres de ellos, hasta que lo tomó un tutor, según él mismo afirma, babilonio, que le enseñó la lengua, las costumbres y las historias babilonias, una de las cuales precisamente afirma que es la que ahora registra[2]. Dice también que este babilonio fue cogido como cautivo con ocasión de la expedición militar en la que Trajano invadió Babilonia[3], y que fue vendido a un sirio por los funcionarios encargados de subastar el botín. Estaba éste ejercitado en la sabiduría bárbara,

---

1 El nombre es, en efecto, de origen árabe y se encuentra documentado en Palmira.

2 Quizá Jámblico ha conocido la obra de BEROSO, autor en los comienzos del helenismo de unas *Babyloniaká*, tratado de historia y antigüedades babilonias, que, según JOSEFO, *Contra Apión* I 229, era conocido por quienes estaban instruidos. — La obra de Jámblico se data entre 164 y 180 d. C. El autor es, por tanto, contemporáneo de Eliano, Polemón, Elio Aristides y Luciano, y los fragmentos que poseemos muestran con claridad la influencia de la retórica propia de la Segunda Sofística.

3 La expedición comenzó en el año 114, y Trajano llegó a Babilonia al año siguiente, cf. DIÓN CASIO, LXVIII 26, 3; 30, 1.

como prueba el hecho de haber pasado la vida en su patria como miembro de los secretarios del rey[4].

Este Jámblico, pues, que sabía el sirio —su lengua paterna— y que había aprendido también la babilonia, afirma que después se ejercitó en el griego, lengua con la que adquirió gran familiaridad con la intención de ser un buen orador[5].

SUDA II 603, 18.

Éste, según dicen[6], era de padres esclavos. Escribió las llamadas *Babiloníacas*: es la narración de los amores de Ródanes y Sinónide en treinta y nueve libros[7]. Habla de Zobaras el eunuco, el amante de Mesopotamia, la mujer más hermosa.

---

4 El cargo que había desempeñado el tutor de Jámblico en la corte de Mesopotamia, donde reinaban los Arsácidas, hace verosímil la idea de que su tutor fuera parto.

5 El contenido de esta noticia biográfica, transmitido sólo por una nota marginal que se encuentra en un manuscrito de Focio, al comienzo del resumen de la obra de Jámblico, formaba parte probablemente del excurso autobiográfico que el propio Jámblico hacía en la novela a propósito de las diferentes formas de magia (cf. cap. 10 del resumen de Focio). No es probable, sin embargo, que las noticias de *Suda* procedan del propio Jámblico (cf. n. 6).

6 Por razones obvias, esta noticia no procede del excurso autobiográfico, pues es improbable que Jámblico diera a conocer su origen de esclavos. Se apoya, pues, en otras fuentes, quizá en HERMIPO DE BERITO, que escribió en el siglo II d. C. un tratado *Sobre los esclavos que sobresalieron por su instrucción*. Hermipo debía de ser, al menos, contemporáneo de Jámblico —si no más joven—, porque su maestro, FILÓN DE BIBLOS, escribió *Sobre el reinado de Adriano* y, por tanto, debió de morir más tarde de 138, año de la muerte de Adriano. Por lo demás, también acerca de los gramáticos Habrón y Nicanor, la *Suda* informa de su origen servil y atribuye explícitamente la noticia a la obra de Hermipo.

7 El resumen de Focio acaba en el libro XVI. Para las diferentes posibilidades de interpretar esta discrepancia, cf. Introd. pág. 386 n. 3, y n. 114 al fr. 90.

Fue leída la narración dialogada de Jámblico, que pone en escena una historia de amor[8]. No hace tanta gala de obscenidad como Aquiles Tacio, pero presenta más desvergüenza que el fenicio Heliodoro. Esos tres autores, en efecto, habiéndose propuesto casi el mismo objetivo, narraron dramáticamente asuntos de tema amoroso, pero Heliodoro lo hace usando un lenguaje más ostentoso y reverente, Jámblico en menor medida que él, y Aquiles, de un modo indecente y desvergonzado. Su dicción es fluida y fácil, y cuanto de ella tiene cierta sonoridad no está trastornado con vistas a conseguir un cierto vigor, sino para producir, como alguien podría decir, un cosquilleo y cierto aspecto de indolencia. Jámblico, sin embargo, por la perfección de su dicción, su composición y la disposición de su narración, merecía haber mostrado su arte y sus dotes de escritor con argumentos más serios, y no con chanzas y ficciones. 1

---

[8] El término *dramatikón*, traducido aquí como «narración», se aplica a todas las novelas griegas antiguas, y no existe en la literatura antigua una denominación más específica para el género literario (cf. C. García Gual, *Est. Clás.* 74-76 [1975], 111-144). La popularidad y difusión de esta novela es la causa probable de que Focio no se vea en la necesidad de nombrar su título exacto, que debía de ser *Babiloníacas*, a juzgar por la noticia de *Suda* y por el hecho de que Babilonia es el escenario y la meta de las aventuras de los protagonistas, además de ser una historia de origen babilonio según afirmaba el propio Jámblico, al parecer, en su digresión autobiográfica.

2 Han sido creados por él como personajes de su acción dramática Sinónide y Ródanes[9], bella y bello en su aspecto exterior, mutuamente enamorados y unidos con el yugo de un matrimonio legítimo[10], y Garmo[11], rey de Babilonia, que tras la muerte de su propia esposa[12] queda prendado de amor por Sinónide y la apremia[13] para conducirla al matrimonio [1].

---

9 El nombre del protagonista, de procedencia irania, es habitual entre los partos, y uno de sus reyes así se llamaba en el siglo I d. C. (nombre latinizado con la forma *Vardanes*, por ejemplo, en TÁCITO, *Anales* XIII 11). El nombre de la protagonista es de origen acadio, lengua en la que significa «golondrina» y que el autor de la novela debía de conocer, pues en la noticia biográfica se dice que sabía la lengua babilonia (cf. cap. 22 del resumen de Focio). Cf. U. SCHNEIDER-MENZEL, «Jamblichos' *Babylonische Geschichte*», en F. ALTHEIM, *Literatur und Gesellschaft im ausgehenden Altertum*, I, Halle, 1948, págs. 77 y siguientes.

10 Hemos de suponer que la novela comenzaba con la presentación de los protagonistas enamorados —quizá ya casados—, y que a continuación se narraba el momento en que Garmo ve a Sinónide —acaso en la procesión fúnebre en honor de su esposa— y se enamora de ella.

11 El cruel rey Garmo, cuyo nombre es, quizá, una personificación del pueblo asirio de los garameos (cf. SCHNEIDER-MENZEL, «Jamblichos...», págs. 77 y sigs.), desempeña un papel esencial en la novela, pues mediante este personaje se enlazan las diversas aventuras de los protagonistas. Las sucesivas misivas que le dirigen otros personajes acerca de los protagonistas cumplen la función de mantener la unidad temática de la novela y de unificar los variados episodios. La función que a este personaje asigna el autor en su composición es, quizá, una innovación de Jámblico, aunque en Antonio Diógenes el sacerdote-mago Paapis cumplía, al parecer, una función semejante.

12 También en la novela de CARITÓN (II 4, 4; III 2, 2), Dionisio se enamora de Calírroe cuando acaba de perder a su esposa.

13 El resumen de Focio no siempre es mecánico, pues trata de dar a entender episodios que no ha resumido expresamente (cf., por ejemplo, los frs. 19 y 21). Por esta razón, es posible que «apremia» indique que Sinónide daba, en un principio, largas a Garmo, con la esperanza de que olvidara su amor; al no conseguirlo, posteriormente, habría impuesto los castigos.

Hay una negativa [2] de Sinónide y encarcelamiento con una cadena entrelazada con eslabones de oro [14]. Y Ródanes, por eso, es colgado en una cruz [15] [3], acción que ha sido encomendada a Damas y Sacas [16], eunucos reales [18] [4]. Pero es bajado de allí gracias al celo de Sinónide [17], y ambos huyen, uno de la cruz y la otra del matrimonio [5] [6].

A consecuencia de esto, a Damas y a Sacas se les amputan las orejas y las narices [18], y son despachados

---

Una situación semejante se narra en HELIODORO, V 28 ss., y, sobre todo, VII 6 ss. Una reconstrucción de este tipo permite localizar el fr. 18 HABR.

14 El motivo del encadenamiento sufrido por un protagonista que rehúsa el amor de un rey es tópico en la novela griega: JENOFONTE DE ÉFESO, I 6, 2; AQUILES TACIO, V 23, 7; HELIODORO, VIII 6, 1-2. La acción debía ser ejecutada por los eunucos del rey (cf. CARITÓN, VI 5, 7; HELIODORO, VIII 9, 20; IX 1, 5). La cadena de oro, de la que no se esperaría mención por constituir un motivo común, desempeña un papel importante en el curso posterior de la acción (cf. cap. 13).

15 La crucifixión es el castigo más usual que impone Garmo (cf. caps. 21 y 22); cf. CARITÓN IV 2-3; JENOFONTE DE ÉFESO, IV 2.

16 L. DI GREGORIO, «Su alcuni frammenti delle *Storie Babilonesi* di Giamblico», *Aevum* 37 (1963), 392 s., señala que el fragmento que recoge la *Suda* IV 260, 17 s. v. *poinên*, y cuya traducción sería: «y a quienes prendía Sacas, los empalaba y ultrajaba, queriendo tomarse venganza por el asesinato de su padre», podría pertenecer a este lugar. Si esto es así, habría en la novela una digresión con la presentación de los eunucos del rey, en la que podría estar incluido el fr. 96. — En cuanto a los nombres de los eunucos, Damas es de procedencia griega, y Sacas es, en griego, un sinónimo de «escita», explicación que se corresponde bien con el hábito de la Antigüedad de denominar a los esclavos según su procedencia. Por otra parte, el nombre también se documenta históricamente para dignatarios de las cortes aqueménida y asiria.

17 Probablemente, el celo de Sinónide quiere decir que infunde compasión con sus súplicas en algún sirviente del rey (cf. JENOFONTE DE ÉFESO, IV 6, 5-7; cap. 20 del resumen de Focio).

18 El uso también se encuentra descrito por ARRIANO, *Aná-*

en busca de ellos. Se dividen en dos grupos[19] y se dirigen a las pesquisas [7].

3 Ródanes y su compañera por poco son sorprendidos en las cercanías, junto a una pradera, por su perseguidor, Damas. Había un pescador [8] que delató a los pastores, los cuales tras ser sometidos a torturas se ven obligados a declarar la pradera, en la que Ródanes había encontrado un tesoro, que se podía adivinar por la inscripción de la estela del león[20].

Y el fantasma de un macho cabrío se enamora de Sinónide [9] [10]; por esta causa, Ródanes y su compañera se alejan de la pradera. Damas encuentra la corona de Sinónide, hecha con flores de la pradera, y se la envía como consuelo a Garmo[21].

En su huida, Ródanes y su compañera encuentran a una anciana que vive en una choza, y son ocultados en una gruta con dos bocas[22], que estaba excavada en una

---

basis IV 7, 3, que lo atribuye a barbarie de pueblos no civilizados.

19 Del propio resumen posterior se desprende esto, porque desde aquí hasta el cap. 12 sólo aparece Damas; del cap. 12 al cap. 16 aparecen ambos, y desde el cap. 16 hasta el final sólo Sacas, mientras que Monaso sólo es mencionado como sucesor de Damas, sin intervenir nunca en la acción, al menos en el resumen. Estos hechos muestran también la elaborada composición de la novela.

20 Por qué razón Ródanes adivina la existencia de un tesoro no se menciona en el resumen de Focio. Escenas semejantes en Pseudo-Calístenes y en Esopo aduce E. Rohde, *Der griechische Roman und seine Vorläufer*, Leipzig, 1914[3] (= 1960), pág. 367, n. 2. En esta pradera había también un manantial, según se dice en cap. 21. Se entiende que la aparición del fantasma es lo que impide a Ródanes adueñarse del tesoro oculto. — Para la posibilidad de que pertenezcan a este episodio los frs. 90, 91 y 92, ver *infra*, n. 114.

21 La recurrencia a las intervenciones de Garmo, tanto en el resumen como en los propios fragmentos (cf. fr. 9), muestra que el autor ha procurado mantener la presencia del antagonista a lo largo de toda la novela (cf. n. 11).

22 La caverna donde se refugian los protagonistas es un

longitud de treinta estadios [23]. La boca estaba obstruida con maleza [11] [12].

Damas y sus compañeros se presentan e interrogan a la anciana [24], que al ver una espada desnuda cayó desvanecida. Los caballos de Ródanes y Sinónide, en los que habían llegado montando, son capturados.

Y el ejército rodea el paraje en el que Sinónide y Ródanes se hallaban escondidos. El escudo de uno de los guardias, que era de bronce, cae desde lo alto dentro de la galería y se rompe, y el ruido hueco que produjo [14] sirvió para delatar a los que se encontraban escondidos. Comienza a ser perforada la galería, y Damas se desgañita en gritos. Los que estaban en el interior se dan cuenta y echan a huir bajo las profundidades de la gruta, hasta que la atraviesan y vienen a salir a la otra abertura.

Un enjambre de abejas silvestres [15] acomete desde allí a los que estaban horadando la cueva, y una corriente de miel baja también contra los fugitivos. Las avispas y la miel [25], como estaban llenas de ponzoña por alimentarse aquéllas de reptiles [16], cuando picaron a los que se dirigían a la galería, los mutilaron, y a algunos incluso llegaron a matarlos. Por su parte, Ródanes y su compañera, presas del hambre, lamieron

---

elemento típico de las novelas griegas (cf. JENOFONTE DE ÉFESO, IV 6; AQUILES TACIO, VIII 6 y 13; HELIODORO, I 29, donde, además, se halla una descripción de la gruta, como en Jámblico).

23 Algo más de 5,5 kms.

24 Existe un paralelismo evidente entre el episodio precedente de los pastores torturados por Damas y el presente, donde la anciana se desmaya durante el interrogatorio. La narración de episodios levemente distintos dentro de un paralelismo general es un método de composición regular en la novela griega antigua.

25 El episodio de la guerra con las avispas muestra coincidencias, numerosas y sorprendentes, con el ritual mistérico de iniciación al culto de Mitra (cf. R. MERKELBACH, *Roman und Mysterium in der Antike*, Munich-Berlín, 1962, págs. 182 y sig.).

ávidamente la miel, y cuando ésta llegó fluyendo hasta sus estómagos, caen a un lado del camino como muertos [26].

4 Huye el ejército tras penosas fatigas en la guerra contra las avispas, y continúan, sin embargo, la persecución de Ródanes y su compañera. Cuando vieron a los que perseguían caídos en tierra, prosiguieron su camino creyendo que estaban realmente muertos.

En la caverna Sinónide se corta sus rizados cabellos [17] para usarlos como correa con la que pudieran extraer agua del fondo. Damas los encuentra allí y se los envía a Garmo como prueba de que está cerca y a punto de apresarlos [27].

El ejército, al pasar junto a Ródanes y Sinónide, que estaban caídos en tierra al borde del camino, los dio por muertos y, de acuerdo con la costumbre tradicional, los taparon, arrojándoles unos túnicas cortas, y otros, diferentes vestidos que les sobraban; y les tiraron además trozos de carne y de pan [19]. Y así pasó de largo el ejército.

Los que estaban adormecidos por la miel comienzan a despertarse no sin grandes dificultades; unos cuervos que se disputaban entre sí las tajadas de carne despiertan a Ródanes, y éste, a su vez, a Sinónide [20]. Se levantan, pues, y echan a andar en la dirección contraria a la que había tomado el ejército, para conseguir mejor que nadie se diera cuenta de que eran los perseguidos. Encontraron dos asnos, montaron sobre ellos y cargaron las mercancías que el ejército les había arrojado y que ellos habían después recogido [21].

---

26 Las muertes aparentes constituyen un artificio usual en la novela griega antigua (cf. CARITÓN I 4-5; JENOFONTE DE ÉFESO, III 6-8; AQUILES TACIO V 7), del que Jámblico ha debido de servirse más de una vez (cf. *infra*, cap. 6).

27 En este lugar localiza Habrich el fr. 18 (cf. n. 67).

Luego llegan a un albergue[28] y huyen de allí. Alrededor de la hora en que se llena la plaza del mercado[29], sueltan sus monturas en otra hospedería. Allí tiene lugar el episodio de los hermanos, cuando son acusados de asesinato y luego liberados[30], pues el mayor de dos hermanos, que era en realidad quien había matado a su hermano menor con un veneno [22] [23], los acusa de su muerte. Pero luego les da la impunidad con su propio suicidio. Ródanes, sin que nadie lo advierta, se apropia del veneno.

Llegan a la casa de un bandido que salteaba a los transeúntes y los devoraba sentado a la mesa. Unos soldados enviados por Damas, luego de haber apresado al bandido, pegan fuego a la casa[31]. Quedan rodeados por el fuego, pero logran escapar a duras penas degollando a las asnos y colocándolos sobre el fuego para abrirse un paso.

---

28 Una de las características más notables de las *Babiloníacas*, al menos en la parte que abarca el resumen de Focio, es la relativa unidad de lugar. El itinerario que siguen los protagonistas transcurre de posada en posada, pero si se exceptúan algunos de los fragmentos dudosos, que hablan de un viaje por mar y de paisajes exóticos, la acción se desarrolla en un marco geográfico relativamente restringido. — El resumen de Focio usa cuatro palabras griegas para indicar la posada. La que hemos traducido como «hospedería», gr. *stathmós*, expresa los lugares que a lo largo de la calzada real persa, que seguía el curso del Eufrates, utilizaba el rey para pernoctar. Naturalmente, es imposible saber por el resumen de Focio el grado de concreción con el que se usaban los diferentes términos griegos en la novela de Jámblico.

29 A mediodía.

30 Quizá hay que situar en este lugar el fr. 36.

31 El texto del resumen de Focio, aun cuando la traducción parece indicar que son los soldados enviados por Damas quienes queman la casa, no dice quién es el autor del hecho. Quizá había en la narración de Jámblico otros incidentes que no han hallado expresión en el resumen.

Los que habían pegado fuego los descubren por la noche y les preguntan quiénes son. «Los fantasmas de los asesinados por el bandido», responden. Gracias a la palidez y la flacura de su rostro, y a la debilidad de su voz, lograron convencer y asustar a los soldados [13].

6 Huyen de nuevo de allí. Encuentran a unos que iban a enterrar a una muchacha y se aproximan a la aglomeración para contemplar la escena. Un anciano caldeo se detiene y prohíbe la sepultura diciendo que la muchacha todavía tiene vida [32]. Y se demostró que tenía razón. Profetiza también a Ródanes que sería rey [33].

Dejan vacía la sepultura de la muchacha y abandonados muchos vestidos que iban a ser quemados sobre la tumba, así como alimentos y bebidas. Ródanes y su compañera hacen un festín con ellos, cogen también algunas de las ropas y se echan a dormir en la sepultura de la muchacha.

Los que habían pegado fuego a la casa del bandido se dieron cuenta cuando se hizo de día [34] de que habían

---

[32] Un episodio semejante en FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio de Tiana* IV 45.

[33] Es posible que en este lugar haya que situar el fr. 102, aunque resultaría imposible de explicar, a partir de los datos que da el resumen de Focio, por qué el anciano habla en primera persona.

[34] La indicación temporal constituye una excepción en el resumen de Focio. Es, por ello, fácil imaginar que la luz del día desempeñaba un papel importante en este episodio de la novela. Si se tiene en cuenta que en las líneas sucesivas se encuentran repetidas alusiones a las huellas que dejan los fugitivos en su huida, y que el propio fr. 28 indica que los protagonistas siguen el curso del río para evitar que se marquen sus huellas, se puede comprender con sencillez la importancia de la luz del día en este pasaje: las huellas, vistas a la luz, sacan de su engaño a los perseguidores; Ródanes y Sinónide se dan cuenta de que sus huellas los han delatado y reemprenden la fuga siguiendo el curso del río.

sido engañados y emprendieron la persecución tras las huellas de Ródanes y Sinónide, de quienes se figuraban que eran cómplices del salteador.

Fueron siguiendo sus huellas hasta la tumba y al ver que yacían en el interior de la sepultura [24] [26] [27] [25], inmóviles como estaban, presos de las ligaduras del sueño y del vino, supusieron que lo que veían eran sus cadáveres, y los dejaron, aunque estaban perplejos y no eran capaces de explicarse por qué las huellas conducían hasta allí.

Se alejan de allí Ródanes y su compañera [35] y atra- 7
viesan el río que por ser de agua dulce y transparente estaba consagrado exclusivamente como bebida del rey de los babilonios [28] [36].

Sinónide quiere vender los vestidos [29] y es arrestada bajo la acusación de haber profanado una sepultura. Es conducida a presencia de Soreco, de sobrenombre el Justo, que era hijo de Soreco, recaudador de impuestos [93] [30] [31].

Éste decide, por su belleza, enviarla al rey Garmo; por eso, mezclan Ródanes y Sinónide el veneno de los hermanos para beberlo ellos mismos [37]. Preferible es para ellos la muerte antes que ver al rey Garmo. Se

---

35 Probablemente hay que entender que huyen en la dirección contraria de la que han tomado sus perseguidores, que ahora sí serán despistados. De este modo va cediendo progresivamente en importancia la persecución (los propios perseguidores se figuran que se encuentran tras la pista de unos cómplices del salteador de caminos, no de los protagonistas), y se van preparando las digresiones sucesivas y el abandono momentáneo del tema principal de la novela. Es fácil comprender que las digresiones del tema no pueden situarse en los momentos más peligrosos para Ródanes y Sinónide.

36 Jámblico ha podido tomar de HERÓDOTO, I 188, la noticia de que el agua de un río (en Heródoto el río se llama Coaspes) sirve sólo como bebida para el rey. Además, ESTRABÓN, XVI 1, 27, nombra un río llamado «Real».

37 Quizás aquí debe situarse el fr. 23.

hace la denuncia ante Soreco, mediante la criada, de lo que Ródanes y Sinónide iban a llevar a cabo. Sin que nadie se entere, Soreco vacía la copa del veneno mortal y la llena de un filtro somnífero. Cuando bebieron y se quedaron dormidos, los cogió y los condujo ante el rey en un carromato[38].

Cuando ya estaban cerca, un sueño llena de pavor a Ródanes[39], que prorrumpe en gritos y despierta a Sinónide, la cual se hiere el pecho con la espada [105]. Les pide un relato de todas sus aventuras Soreco, y ellos, tras tomar garantías de él [33] [32], se las relatan[40]. Él los suelta y les indica el santuario de Afrodita en el islote donde Sinónide podría ser curada de su herida.

8 A modo de digresión explica también lo referente al santuario y la pequeña isla, y dice entre otras cosas que el Eufrates y el Tigris fluyen en torno de ella y forman la isla, y que la sacerdotisa de aquel santuario de Afrodita había tenido tres hijos: Eufrates, Tigris y Mesopotamia, la cual era fea de nacimiento, pero Afrodita la había tornado bella.

Por causa de ella también, se produce una disputa entre sus tres amantes y un juicio para resolver su querella. El que dictó sentencia fue Bócoro[41], que era

---

38 Escenas semejantes son narradas por JENOFONTE DE ÉFESO, III 5, 6; APULEYO, *Metamorfosis* X 11-12.

39 Quizás aquí debe situarse el fr. 34, en cuyo caso constituiría una especie de anticipación de los sucesos posteriores en la isla.

40 Es posible que Jámblico haya alterado el orden cronológico de los sucesos y que haya narrado algunos episodios precedentes dentro del relato que Ródanes y Sinónide hacen a Soreco de sus aventuras. Sin embargo, nada hay que confirme o desmienta esta posibilidad.

41 Es probable que Bócoro no sea aquí más que un recuerdo nebuloso del rey egipcio Bokchoris (720-715), cuya fama de sabio y justo se había hecho proverbial en el mundo griego (cf. DIODORO, I 65, 79, 94; ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* XI 11; XII 3), verosímilmente a raíz del poema que

el mejor juez de aquellos tiempos. El juicio y la querella entre los tres se había producido porque a uno Mesopotamia le había dado la copa de la que bebía [42]; a otro le había puesto la corona de flores que ella se había quitado de su propia cabeza; y al tercero ella le había dado un beso. Pronunciado el veredicto con la victoria del que había recibido el beso, no por ello dejó de agravarse la violencia de su disputa: siguieron discutiendo hasta que se dieron muerte unos a otros.

Pancrates (cf. ATENEO, XI 478a), autor de época helenística o adrianea, escribió en dísticos elegíacos acerca de este rey. A su actividad como juez se atribuía un famoso juicio en el que la hetera Tonis pedía castigo contra la sombra de un amante que se había unido con ella en sueños (cf. PLUTARCO, *Demetrio* 27). Las circunstancias del proceso son sensiblemente semejantes a las que aquí se narran en el fr. 35, razón por la cual hay que entender quizá que el juez, a quien se dirige el acusador constantemente con el nombre de «rey», no es más que el propio Bócoro (cf., en general, ROHDE, *Der griechische Roman*..., página 370, n. 1).

42 El gesto es propio de los enamorados, que esperan que la persona amada beba el resto del contenido de la copa apoyando los labios en el mismo lugar de la copa, convirtiendo así la bebida en beso; idéntica acción se narra en AQUILES TACIO, III 9; HELIODORO, VII 27, 3. — El motivo de la elección de marido, que es de procedencia oriental, está muy extendido en Grecia. En particular, hay que mencionar la historia de Zariadres y Odatis, que narraba Cares de Mitilene, introductor de embajadores en la corte de Alejandro (cf. PLUTARCO, *Alejandro* 46) y uno de los historiadores de las hazañas de Alejandro, atribuyéndola a los bárbaros que habitan Asia (cf. ATENEO, XIII 85). Según esta historia, Odatis mostraba sus preferencias por Zariadres ofreciéndole una copa llena. Por otro lado, una corona da Helena a Menelao en señal de que es a él a quien prefiere como marido (cf. HIGINO, *fáb.* 78). Junto a esto, está también extendida la leyenda de la disputa entre tres amantes por conseguir la boda de una mujer. El fin de la historia ha debido ser modificado por Jámblico, para conseguir que Mesopotamia, aún no casada por la muerte de sus tres pretendientes, siga interviniendo en la acción (cf. U. SCHNEIDER-MENZEL, «Jamblichos...», págs. 82 y sigs.).

9 Dice también otras cosas a manera de paréntesis sobre el santuario de Afrodita, entre las que hay que señalar que es obligatorio que las mujeres que allí acuden relaten en público los sueños que han visto en el templo[43] [34] [35] [36].

En este lugar también narra con todo detalle la historia de Farnuco, Farsiris y Tanais[44], de quien ha tomado el nombre el río así llamado; y dice entre otras cosas que para los que habitan en este lugar y en la comarca del Tanais los misterios de Afrodita vienen de Tanais y de Farsiris.

En la mencionada isla muere Tigris al comer una rosa; pues en los pétalos de la rosa, que aún estaban cerrados, estaba emboscado un escarabajo. La madre del muchacho, después de hacer ciertas prácticas de magia, se convence de que su hijo se había convertido en héroe [37] [38].

10 Y pasa revista Jámblico de las formas de magia: la magia por medio de saltamontes, la magia por medio de leones y la magia por medio de ratones. De los rato-

---

43 En la Antigüedad, tanto pagana como cristiana (cf. M. López Salvá, *Cuad. Fil. Clás.* 10 [1976], 147 ss.), era costumbre acudir a los lugares sagrados para establecer mediante el sueño contacto con alguna divinidad (cf., en general, L. Gil, *Therapeia. La medicina popular en el mundo clásico*, Madrid, 1969, páginas 351 y sigs.).

44 El Tanais es el nombre antiguo del río Don, que era considerado por los antiguos como el límite entre Europa y Asia; se creía que nacía en un gran lago situado en el Cáucaso o en los montes Ripeos, circunstancia que indica que no tenían un conocimiento exacto acerca de su curso alto y sus fuentes. Aquí es una personificación, probablemente divina, del río, al igual que son personificaciones (particularmente frecuentes en la época de los últimos Antoninos, fecha de la novela de Jámblico) Tigris y Eufrates, los hijos de la sacerdotisa, y Mesopotamia, trasunto del nombre del país. — Farnuco y Farsiris son nombres de origen persa: según Estrabón, XVI 4, 27, Farsiris sería igual que Parisatis; Farnuco aparece como nombre persa en Jenofonte, *Ciropedia* VI 3, 32; VIII 6, 7; y en Heródoto, VII 88.

nes[45] precisamente procede el nombre de los misterios, pues la primera magia es, según dice, la que se hacía por medio de ratones. Menciona también la magia por el granizo, la magia por serpientes, la que se hace por necromancia y la del ventrílocuo, que, según afirma, los griegos llaman Euricles, y los babilonios denominan Sacuras[46].

El autor dice que él mismo es babilonio, ha aprendido magia y ha recibido instrucción griega, y que la madurez de su vida tuvo lugar en la época de Soemo[47], descendiente de Aquémenes y de Ársaces, que fue rey al igual que sus padres lo fueron, pero, sin embargo, llegó a ser miembro del Senado de Roma, luego cónsul y, finalmente, rey de nuevo de la Gran Armenia. En tiempos de éste, pues, dice que alcanzó la madurez

---

45 El nombre del ratón en griego es *mŷs*, idéntico al principio de la palabra que designa los misterios (*mystêria*).

46 Euricles es el nombre de un famoso ventrílocuo, mencionado por Aristófanes, *Avispas* 1019, y Platón, *Sofista* 252c, que, por su celebridad ha debido dar el nombre a quienes poseían esta capacidad. *Zakkûrâ*, es, al parecer, una palabra siria que significa «mago», «hechicero» (cf. otras referencias en U. Schneider-Menzel, «Jamblichos...», pág. 88, que, además, explica la influencia de las doctrinas de Zaratustra en la extensión de estos tipos de magia en Oriente desde la época helenística). — Una famosa escena de necromancia narra Heliodoro, VI 14-15.

47 Soemo fue instalado por Lucio Vero como rey de Armenia en 164, y en 172 Marcio Vero le designa gobernador de Capadocia (Dión Casio, LXXI 14; 2, 3; Frontón, *Carta a Vero*, páginas 120, 19 ss., y 125, 12, ed. Van den Hout). La unión de los dos patronímicos debe obedecer al hecho de que los Arsácidas se consideraban descendientes de los Aqueménidas (cf. Plutarco, *Artajerjes* 2). Su calidad de cónsul era, probablemente, sólo honorífica. Por lo demás, no está claro por qué Jámblico data su novela en función de un oscuro reyezuelo de Armenia, a menos que sus relaciones con él hayan sido relativamente próximas. La obra de Jámblico, sin embargo, se puede datar con precisión, porque ha de ser posterior a 164 y anterior a 180, año en que muere el emperador Marco Aurelio, de quien Jámblico afirma que reinaba sobre los romanos.

de su vida. Precisa diciendo que Antonino reinaba sobre los romanos, y afirma que cuando Antonino envió al emperador Vero, su hijo adoptivo y yerno, para hacer la guerra contra el parto Vologeso[48], él vaticinó la guerra, su comienzo y su resultado[49]. Cuenta también que Vologeso huyó más allá del Eufrates y del Tigris, y que el país de los partos quedó sometido a los romanos.

11 En cuanto a los hijos de la sacerdotisa, Tigris y Eufrates, se parecían mucho, y Ródanes, a su vez, a ambos. Cuando el hijo murió, como dijimos, a causa de la rosa, Ródanes hace la travesía y llega a la isla en compañía de Sinónide. Al ver a Ródanes, prorrumpe en gritos la madre [39] diciendo que su hijo muerto ha recobrado la vida, y que Core le acompaña desde el mundo de allá [40]. Ródanes responde siguiendo el juego, divertido con la ingenuidad de los isleños [41] [42] [43] [44] [109] [103] [104].

Se entera Damas por una delación de la aventura de Ródanes y de los favores que Soreco les había hecho. El delator fue el médico, al que Soreco había enviado en secreto para curar la herida de Sinónide [46] [45].

Es arrestado por esto Soreco y conducido ante Garmo. Es enviado también el propio denunciante con una carta de Damas dirigida al sacerdote de Afrodita con instrucciones de apresar a Sinónide y a su compa-

---

48 El rey parto Vologeso III (148-193) invadió Armenia en 161, a la muerte del emperador Antonino, y colocó en el trono al parto Pacoro. A continuación, atacó Capadocia y Siria. Lucio Vero se dirigió a Oriente, y sus generales Estacio Prisco y Avidio Casio lo derrotaron (164-6), hasta que una peste obligó al ejército romano a retirarse, luego de instalar a Soemo como rey de Armenia (cf. DIÓN CASIO, LXXI, 2-3; *Historia Augusta, Marco Aurelio* 26, 1, y *Vero* 8, 1).

49 No parece haber sido Jámblico el único en pronosticar esta guerra (cf., irónicamente, LUCIANO, *Alejandro* 27; *Cómo hay que escribir la historia* 31).

ñero [47]. El médico atraviesa el río, montado como de costumbre sobre el camello sagrado, y con la carta colocada dentro de la oreja derecha del animal [48] [49] [50]. Finalmente, el delator se ahoga en el río [51], el camello lo cruza hasta llegar a la isla [52], y Ródanes y su compañera se enteran de todo cuando sacan de la oreja del camello la carta de Damas [53] [54].

Huyen desde allí por esto y se encuentran con Sore- 12
co cuando era conducido ante Garmo, y se hospedan en el mismo albergue. Por la noche, Ródanes persuade a los guardias de Soreco por su avaricia de oro; son asesinados, y Soreco huye con ellos, obteniendo así la compensación por el favor previo que él les había hecho.

Damas hace arrestar al sacerdote de Afrodita y le somete a interrogatorio acerca de Sinónide. Finalmente, el anciano es condenado a trocarse de sacerdote en verdugo. Hábitos y costumbres propios de un verdugo[50] [55]. Es arrestado Eufrates, porque su padre, el sacerdote, le confundía con Ródanes y le llamaba así. Su hermana, Mesopotamia, se da a la fuga. Eufrates es conducido a presencia de Sacas y es sometido a interrogatorio sobre Sinónide. Se le interroga, en efecto, como si fuera Ródanes.

Sacas envía a Garmo un mensajero para comunicarle que Ródanes está arrestado y Sinónide va a estarlo pronto. Eufrates, en efecto, a quien tomaban por Ródanes, dijo que Sinónide había escapado mientras lo arrestaban a él, porque también él se veía forzado a llamar Sinónide a su hermana, Mesopotamia.

---

50 El resumen en esta parte parece ser más rápido, y algunas frases ofrecen un texto apenas redactado (cf. Henry, Introducción a *Focio, Biblioteca,* tomo I, pág. XLII).

13 Cuenta que Ródanes y Sinónides, en su huida en compañía de Soreco, llegan a la casa de un labrador[51]. Tenía éste una hija, muchacha de bello aspecto, que acababa de quedarse viuda y que por afecto a su marido se había recortado el pelo[52]. Ésta es enviada a vender la cadena de oro que Ródanes y su compañera habían sacado de la prisión y habían llevado consigo. Y se marcha a casa del orfebre la hija del labrador. Y al ver el bello aspecto de la muchacha, un trozo de la cadena, de la que se daba la coincidencia de que la había fabricado él mismo, y el pelo cortado, sospecha que es Sinónide. Envía un mensaje a Damas, toma guardias y se dispone a vigilarla en secreto, una vez que ella se haya ido. Pero ella sospechó lo que ocurría y huye a una fonda abandonada.

En este lugar se encuentra también la historia de la muchacha que se llamaba Trófima, del esclavo que era su amante y fue su asesino [56] [57], del adorno de oro y de las monstruosas acciones del esclavo: que se dio muerte a sí mismo[53], que la hija del labrador quedó ensangrentada con la sangre del suicida, el miedo de la muchacha por esta razón y su huida, la excitación y la fuga de los guardias, la llegada de la muchacha ante su padre y su narración de todo lo sucedido [58], la huida desde allí de Ródanes y su compañera, y, además, la carta del orfebre a Garmo, en la

---

[51] Quizás aquí debe situarse el fr. 106 (aunque cf. n. 122).

[52] Cf. *infra*, n. 78. — La hija del labrador nunca recibe nombre propio en el resumen de Focio, quizá porque tampoco en Jámblico era llamada de otro modo. Tampoco la heroína de la novela de Nino recibe otro nombre más que el de «muchacha» en los fragmentos conservados (una traducción de los fragmentos se halla en el tomo 16 de esta Biblioteca, páginas 332 y sigs., a cargo de J. Mendoza). — La costumbre de cortarse el pelo cuando se produce la pérdida de un miembro de la familia se halla en Luciano, *Sobre la diosa siria* 53.

[53] Quizás a este pasaje pertenece también el fr. 72.

que comunicaba que habían hallado a Sinónide. Como prueba, enviaba la cadena que había comprado [59], y le daba a conocer todas las demás sospechas que tenía sobre la hija del labrador.

14 Ródanes, en el momento de salir para emprender la huida, da un beso a la hija del labrador. Se inflama de ira Sinónide por esto[54]: al principio sólo tenía sospechas [62] de que la hubiera besado [60], pero luego, cuando limpió los labios de Ródanes de la sangre con la que se había manchado las comisuras al darle el beso, llegó a un firme convencimiento [61].

Por esto andaba buscando Sinónide a la muchacha para darle muerte y, como enloquecida, tenía prisa por volver sobre sus pasos para encontrarla. Soreco la acompaña una vez que no fue capaz de contener su enfurecido impulso.

15 Y llegan a casa de un hombre rico y de costumbres disolutas, cuyo nombre era Sétapo[55], que se enamora de Sinónide e intenta seducirla [63] [64]. Ella simula corresponder a su amor [65], y aquella misma noche cuando Sétapo, borracho [66], comienza a entregarse a su amor, lo mata con una espada [67] [68]. A continuación, manda que abran la puerta del patio y abandonando a Soreco [69], ignorante de lo sucedido, se puso en camino para encontrar a la hija del labrador [70].

Soreco, al enterarse de su marcha, salió detrás en su persecución y le da alcance. Llevaba consigo también a algunos de los esclavos de Sétapo, a quienes había tomado como mercenarios para impedir el asesi-

---

54 Quizá pertenece a este lugar el fr. 4 (cf. n. 68).

55 Para el episodio de Sétapo, un paralelo muy próximo se halla en Jenofonte de Éfeso, IV 5, 6, donde Antía mata al ladrón Anquialo, que intenta forzarla, con una espada. El episodio tiene una función importante en la caracterización de Sinónide, y el propio hecho de que a lo largo de toda la novela parezca llevar una espada advierte acerca de su arrojo.

nato de la hija del labrador. Cuando la sorprende, pues, la hace montar en un carromato —que también había preparado de antemano— y se puso en marcha desandando el camino.

Pero mientras ellos retornaban, los sirvientes de Sétapo, cuando vieron que habían asesinado a su señor, salieron a su encuentro, encolerizados, prendieron y encadenaron a Sinónide y la condujeron a presencia de Garmo para que le diera castigo por homicidio. Quien anunció a Ródanes estas desgracias fue Soreco, que había derramado cenizas sobre su cabeza y se había rasgado el caftán. Ródanes intenta darse muerte, pero Soreco trataba de impedírselo.

16 Garmo, cuando recibió la carta de Sacas con la noticia del arresto de Ródanes, y la del orfebre con el mensaje de la captura de Sinónide, se llenó de alegría, dispuso un sacrificio y preparó las nupcias. Un bando se difundió por todas partes ordenando liberar y soltar a los cautivos. Y Sinónide, que era conducida presa por los sirvientes de Sétapo, es liberada y soltada en virtud de la orden general del bando.

A Damas Garmo manda entregarle a la muerte, y es entregado éste al verdugo, que no era sino el sacerdote al que él había cambiado en verdugo. Se había irritado contra Damas Garmo porque, según creía, Ródanes y Sinónide habían sido apresados por otros. Como sucesor de Damas es nombrado su hermano Monaso[56].

17 Se intercala la historia de Berenice, hija del rey de Egipto[57], y de sus salvajes e ilícitos amores. Y se

---

56 El nombre de Monaso, así como el de Zobaras (cf. cap. 20), es conocido en la historia de los partos (cf. DIÓN CASIO, XLIX 24, 1).

57 El nombre de Berenice es bien conocido en la historia de los Ptolomeos, aunque no se dan precisiones, al menos en el resumen de Focio, que permitan una identificación concreta.

cuenta también cómo ésta entró en relaciones con Mesopotamia, y cómo después Mesopotamia, apresada por Sacas, es conducida junto con su hermano Eufrates ante Garmo. Éste recibe una carta del orfebre con la noticia de que Sinónide ha escapado y ordena que a él le den muerte, y que a los enviados para vigilarla y escoltarla los entierren vivos con sus mujeres e hijos.

Un perro de Hircania[58] que pertenecía a Ródanes 18
había encontrado en aquella abominable posada los cadáveres de la infortunada muchacha y del esclavo criminal que había concebido locos amores. Devoró primero el del esclavo y luego, poco a poco, también el de la muchacha.

Llega a este lugar el padre de Sinónide, y como sabía que el perro era de Ródanes, al ver el cadáver de la muchacha medio devorado, degüella el perro en honor de quien él creía que era Sinónide y se suicida él también ahorcándose con un nudo corredizo, no sin antes haber enterrado los restos de su hija [71] y ha-

---

Sin embargo, la novela de Jámblico no parece desarrollarse en una época histórica determinada (cf. Introducción, pág. 390).

[58] Hircania es la región situada al SE. del mar Caspio (llamado en ocasiones Hircanio), que formó parte, sucesivamente, de los reinos persa, seléucida y parto. Sus perros eran famosos (cf. ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* VII 38, XVI 10). Una de las costumbres más características de esta región era la de arrojar los cadáveres a los perros para que éstos los devoraran (v. CICERÓN, *Tusculanas* I 108), hábito que recuerda al recogido por HERÓDOTO, I 140, acerca de los persas, que narra algo semejante. Tras estas costumbres se encuentra la prohibición de Zaratustra, cuya área originaria de difusión es Bactria, próxima a Hircania, según la cual los elementos sagrados, tierra y fuego, no deben ser ensuciados con el contacto de cadáveres. El hecho de que el padre de Sinónide sacrifique el perro que ha devorado los cadáveres no parece concordar con el testimonio de Cicerón, según el cual los perros que devoran cadáveres son alimentados a expensas de la comunidad, mientras que las personas ricas tienen perros propios que cumplen esta función.

ber escrito sobre la tumba con la sangre del perro: «Aquí yace Sinónide la bella.»

Se presentan en el lugar Soreco y Ródanes, y al ver el perro sacrificado en la tumba, al padre de Sinónide ahorcado, y la inscripción de la tumba Ródanes se lanzó un golpe sobre sí mismo [72], y con su propia sangre escribió añadiendo al epitafio de Sinónide [73]: «y Ródanes el bello». Soreco se colgó pendiendo de un nudo corredizo [74].

En esto, y cuando ya Ródanes comenzaba a asestar sobre sí mismo el golpe definitivo, se presentó la hija del labrador y comenzó a dar grandes gritos: «No es Sinónide, Ródanes, la que ahí yace.» Y echa a correr, y corta la soga de Soreco [75] y quita a Ródanes la espada. A duras penas trata de convencerlos explicándoles la historia de la desgraciada muchacha[59] y del tesoro enterrado que ella había venido a recuperar [76] [77].

19 Sinónide, una vez liberada de las ataduras, se dio prisa por llegar a la casa del labrador, llena aún de furia contra la muchacha. Al no encontrarla, preguntó a su padre. Éste le indicó el camino, y ella salió en su persecución con la espada desnuda en la mano. Cuando encontró a Ródanes tendido en el suelo y a aquélla sentada sola a su lado y aliviándole la herida del pecho [80] [81] [82] —pues Soreco se había marchado en busca de un médico [78]—, la ira y los celos la invaden más todavía, y se precipita contra la muchacha. Ante esta violencia, Ródanes se sobrepone al dolor de su herida, sale al encuentro de Sinónide y trata de detenerla quitándole la espada [79].

Ella, bajo los efectos de la cólera, sale del albergue dando un salto y emprende una fanática carrera, luego

59 Quizás a este lugar corresponde el fr. 58 (cf. n. 99).

de arrojar estas únicas palabras a Ródanes: «Te invito hoy a las nupcias con Garmo.»

Cuando Soreco regresa y se entera de todo lo sucedido, reconforta a Ródanes, curan su herida y despiden a la muchacha para que vaya con su padre llevando los tesoros.

Llevan ante Garmo a Eufrates, a quien confundían 20
con Ródanes, y a Mesopotamia, a quien tomaban por Sinónide. También es conducido Soreco y el verdadero Ródanes [83]. Y Garmo, al darse cuenta de que Mesopotamia no era Sinónide, se la entrega a Zobaras para que la decapite a orillas del río Eufrates, «para que —afirma— ninguna otra usurpe el nombre de Sinónide».

Pero Zobaras, que había bebido de un manantial de amor, prendado de amor por Mesopotamia, la salva, sale del país y la conduce secuestrada ante Berenice, que tras la muerte de su padre ya era reina de Egipto. Berenice hace celebrar las nupcias de Mesopotamia [84]. Por ella amenaza la guerra entre Garmo y Berenice.

Eufrates es entregado a su padre, como verdugo que era, pero es reconocido y salvado. Él mismo lleva a cabo las acciones que debía hacer su padre, porque el padre no consiente mancharse con sangre humana. Más tarde, haciéndose pasar por la hija del verdugo, sale de la posición y consigue ponerse a salvo.

En este punto se encuentra la historia de la compañera de lecho del verdugo, los hábitos y las costumbres de ella, y la historia de la hija del labrador, cómo fue raptada cuando Sinónide, una vez desposada con el rey de Siria, tuvo poder para satisfacer la cólera que sentía contra ella, y cómo la condena a convertirse en concubina del verdugo. También se cuenta que cuando entró en el recinto de los verdugos compartió su lecho con Eufrates, el cual, en su lugar y disfrazándose hasta

adoptar el aspecto de ella, logró salir del recinto, y fue ella quien siguió ejerciendo el oficio de verdugo en sustitución de Eufrates.

21 Así avanzaba el curso de los acontecimientos[60]. Soreco es entregado para que lo crucifiquen. El lugar fijado era donde Ródanes y Sinónide habían acampado para pernoctar la primera vez: en la pradera y en el manantial, donde Ródanes había descubierto el tesoro oculto, cuyo lugar también había indicado a Soreco, a quien conducían a la cruz.

Una tropa de alanos [85], licenciados sin soldada por Garmo y descontentos por esa causa, consumen su tiempo en el paraje en el que Soreco iba a ser crucificado. Éstos pusieron en fuga a los que conducían a Soreco y lo liberaron. Él halló el tesoro indicado, y extrayéndolo de la fosa gracias a cierto procedimiento hábil y sabio, hizo creer a los alanos que era de los dioses de quienes había aprendido estas y otras artes. Y embaucándolos poco a poco consiguió arrastrarlos hasta que le consideraron su rey. Libra batalla contra el ejército de Garmo y resulta vencedor.

Pero esto sucede más tarde. En el momento en que Soreco era escoltado y conducido a la cruz, precisamente entonces también Ródanes era conducido por el propio Garmo, coronado y entre danzas, hacia la primera cruz, y allí era crucificado [86]. Garmo, ebrio y danzando en torno de la cruz con las flautistas, estaba lleno de alegría y regocijo [87] [88].

22 Mientras se desarrollaban estos hechos, Sacas envía una carta a Garmo con la noticia de que Sinónide se ha desposado con el rey de los sirios, que era un joven adolescente. Ródanes desde lo alto se alegraba, y Garmo trató de quitarse la vida, pero luego se contuvo y

60 A partir de este lugar se nota cierta prisa por parte del compilador por terminar el resumen.

manda que bajen de la cruz a Ródanes, que no quería, pues prefería morir [89]. Le adorna con las enseñas de general y le envía al mando de sus tropas para la guerra que iba a emprender contra el rey de los sirios, enfrentando a un amante con el rival de su amor. Le honra con su falaz amistad y escribe una carta secreta para sus lugartenientes con orden de que si se produce la victoria y Sinónide es capturada, den muerte a Ródanes.

Ródanes vence, recupera a Sinónide y se convierte en rey de los babilonios. Y esto era lo que había pronosticado una golondrina. En efecto, a una golondrina, en presencia de Garmo, cuando éste estaba despachando a Ródanes para la guerra, la iban persiguiendo un águila y un milano; pero ella escapó del águila, y fue el milano el que la arrebató.

Así acaba el decimosexto libro[61].

---

61 Cf. Introducción, pág. 386 n. 3, y n. 114.

FRAGMENTOS

1 (*Codd. Laurentianus* 57, 12 y *Vaticanus* 1354): *Sobre el cortejo del rey de los babilonios*[62].

El carro sobre el que es conducido el rey está entero fabricado de marfil y es muy semejante a un carromato griego. Las riendas de los caballos son cintas de púrpura. Va de pie sobre él el rey, ataviado con un traje extraordinario, que no es de caza ni de juicio ni de sacrificio, sino sólo de gala. Es un vestido dorado y teñido de púrpura: el hilo de oro, en efecto, está cosido con la púrpura en el mismo nivel. Es también portador de un cetro de marfil, sobre el que apoya su mano derecha con el brazo alzado.

Van en cabeza del cortejo jinetes portadores de cetros, sátrapas, comandantes de escuadrón y jefes de guarnición[63], que toman parte en el desfile. Los infantes llevan escudos de plata, unos con corazas también

---

[62] Pasajes semejantes se encuentran en las novelas griegas conservadas: CARITÓN, VI 4, donde el rey trata de granjearse la admiración de Calírroe; HELIODORO, III 1 ss., donde intervienen los dos protagonistas, que se enamoran en el curso de la procesión. Por lo demás, los paralelos con los historiadores son también numerosos: JENOFONTE, *Ciropedia* VIII 3, 9 ss.; HERÓDOTO, VII 44 y 55; CURCIO RUFO, *Hist. Alej.* III 3, 8 ss.

[63] La palabra griega *chiliárchai*, traducida «jefes de guarnición», indica el título de unos oficiales de la corte persa en PLUTARCO, *Vida de Artajerjes* 5; ELIANO, *Historias varias* I 21.

de plata y otros con corazas de oro, y van adornados con ajorcas en los brazos y gargantillas en los cuellos; sobre sus cabezas no tienen cascos, sino gorros con forma de almenas y torres que coronan y cubren sus cabezas; éstos están hechos de plata y de oro. Hay también otros, los de los más importantes, que tienen incrustadas piedras preciosas, y van también ceñidos con coronas de oro unos pocos, aquellos a quienes el rey ha concedido este privilegio. Otros avanzan montados sobre corceles de Nisa[64]; de ellos, unos van ataviados con traje de guerra, con testeras, pecheras y gualdrapas para los caballos [y musleras para los jinetes][65], y otros equipados para la procesión, pero todos con bridas de oro, como ricas mujeres. Cinturones, tahalíes y arneses —ninguno de ellos hay que no sea laminado o bordado de oro.

Las crines de las colas de los caballos están entrelazadas como trenzas de mujeres, y están entretejidas y anudadas con fuerza en todo su contorno mediante purpúreos y variopintos ceñidores, y las crines se yerguen a ambos lados y descienden por sus cuellos: unas, blandas, otras erizadas y encrespadas; las primeras al arbitrio de su propia naturaleza, las segundas bajo la constricción del arte.

Modelan también sus trotes y sus miradas, sus dóciles asentimientos y sus arrogantes rehúsos, y en algunos incluso sus relinchos y resuellos. Pues un caballo de parada todo lo aprende. En primer lugar, extiende él solo sus patas hasta dar con la panza en el suelo y echado en tierra acepta la monta del jinete, cuando está engalanado y cansado. Y el que está adiestrado con

[64] Llanura de Media, cerca de Ecbatana, en la que se criaban caballos muy estimados (cf. ESTRABÓN, XI 14, 9). Otras menciones, en CARITÓN, VI 4, 2; HELIODORO, IX 19, 1.

[65] Probablemente es una glosa, a juzgar por JENOFONTE, *Sobre la equitación* 12, 8.

mayor altanería aún no desciende hasta dejar caer el vientre, sino que se inclina de rodillas para dar la impresión de que admite de buen grado a su jinete y se postra ante él; a continuación, ofrece el lomo, dúctil y oscilante en la carrera como el de un reptil, y aprende a regular sus cadenciosos movimientos, adoptar elegantes gestos, inspirar con sus narices, dirigir sus ojos a algún sitio, elevar el cuello, mostrarse arrogante y altanero y hacer todas las demostraciones que un atleta hace ante los espectadores. Gracias a este adiestramiento, el caballo se presenta más hermoso, y el jinete gana en galanura.

***2** (*Suda* I 316, 3): El rechazo que hubo del matrimonio.

3 (*Suda* IV 237, 19): «Sino que haga el sacrificio previo a la boda de Sinónide, y que su marido sea la ofrenda preliminar del adúltero»[66].

***18** (*Suda* IV 240, 24): Él recobró el alivio, elogió a Damas, brindó por su salud y estaba lleno de amorosas esperanzas[67].

4 (*Codd. Laurentianus* 57, 12 y *Vaticanus* 1354): Cuando el amor se granjea además los celos, un rey se convierte en tirano[68].

---

[66] El fragmento debe ser localizado, por su contenido, bien en este lugar, bien al comienzo del cap. 22 de Focio

[67] El fragmento admite otras varias localizaciones (tras el fr. 46; en cap. 3, cuando Damas envía a Garmo la corona de Sinónide; al comienzo del cap. 16, etc.), aunque la esperanza es, probablemente, más adecuada a este lugar que a aquellos otros en los que los protagonistas han huido ya. El castigo de Ródanes es lo que debe estimular las esperanzas de Garmo. Un paralelo próximo al episodio que aquí suponemos ofrece HELIODORO, VIII 6, 8, donde Arsace para conseguir el amor de Teágenes trata de envenenar y luego encadena a Cariclea.

[68] A juzgar por el resumen de Focio, los celos son específicos de Sinónide en la narración, aun cuando resultan comprensibles atribuidos a Garmo. Por ello, este fragmento puede pertenecer a este lugar, o bien al comienzo del cap. 14 o del

*5 (*Suda* II 348, 29): Ella subió al tejado rápidamente, porque tenía experiencia en el uso de la escala [69].

*6 (*Suda* II 348, 25): Bajó ella ya la primera, como disponiéndole la escala y la entrada en la rada.

*7 (*Suda* III 202, 10): Cortar la cabeza de él y de cuantos hayan sido partícipes de él en su huida [70].

*8 (*Suda* III 602, 28): Hace un momento, pues, vendí unos peces a unos pastores que estaban preparando la comida [71].

9 (*Suda* IV 703, 20): El otro toro mugió, sonido maldito para Garmo. Y aquel fantasma parecía ser un macho cabrío, no un toro [72].

*10 (*Suda* II 439, 18): El macho cabrío dio un brinco y salió del aljibe, emitiendo el mismo sonido de *beé* [73].

*11 (*Suda* II 67, 1): Él [74] los condujo a una galería subterránea, que estaba excavada en una longitud de

---

cap. 19, donde se habla de los celos de Sinónide. Si se refiere a Garmo, decir que el tirano Garmo, por los celos, se convierte de rey en tirano no pasa de ser un dudoso juego de palabras.

69 Los frs. 5 y 6 deben de corresponder a la narración del camino por el que huyen y de las peripecias de la fuga.

70 Quizá este fragmento formaba parte de un edicto del rey con la orden de aprehender a los fugitivos, o bien son amenazas pronunciadas por los eunucos para aplacar la ira del rey Garmo.

71 Estas palabras pueden haber sido pronunciadas por el pescador que traiciona ante Damas a los pastores que habían ayudado a los protagonistas.

72 El mugido es un sonido maldito para Garmo, porque, a consecuencia de la aparición del fantasma, Ródanes y Sinónide huyen del lugar e impiden ser capturados por Damas, su perseguidor.

73 No es probable que los frs. 9 y 10 describan un sueño que espanta a Sinónide, sino una aparición real.

74 El resumen que hace Focio de la novela de Jámblico, si se exceptúa el final, es sumamente cuidadoso, como, entre otros ejemplos, permite observar la comparación entre el presente

treinta estadios y que tenía salida a ambos lados de la galería.

*12 (*Suda* I 189, 20): «¿Vivimos realmente y estamos bajo la luz, o en cielo sin luna y sin estrellas navegamos?»[75].

*14 (*Suda* IV 106, 28): A uno de los guardias que corría de aquí allá se le cae su broncíneo escudo desde lo alto, dentro de la galería; como éste no era liso, sino curvado en todo su contorno, no produjo un golpe macizo, sino hueco y vacío[76].

*15 (*Suda* III 23, 18): Las abejas habitaban en su cubil como en una colmena, y la miel que se vertía iba cayendo por sus cabezas.

---

fragmento y el resumen que de él hace Focio. El «son ocultados» del resumen permite eliminar al personaje, sin duda poco importante, que los conduce a la gruta; la indicación sobre la maleza que cubría la entrada es importante, porque, así se explica que Damas y sus soldados den una batida al paraje sin encontrar el paradero de los protagonistas. Teniendo en cuenta estos hechos, resulta inadecuada la corrección de Habrich al fragmento, con la sustitución de «él» por «ella», referido a la anciana. Un ejemplo más del proceder de Focio se encuentra unas líneas más adelante, donde se alude a que Damas captura los caballos de Ródanes y Sinónide. La mención en este lugar es adecuada, porque este detalle muestra a Damas que los perseguidos se hallan cerca, pero la indicación de que habían huido con caballos no era importante cuando se narra la huida de los protagonistas.

75 La expresión es a primera vista excesivamente enfática para ser dicha por unos personajes que penetran en una gruta (aunque algo semejante se encuentra en HELIODORO, I 29, 4); por ello se ha pensado que el fragmento pertenece al lugar del resumen donde los protagonistas despiertan después de haber comido la miel (cap. 4).

76 El resumen de Focio coincide prácticamente con el contenido del fragmento, aunque la expresión «cae y se rompe», que no se encuentra en el fragmento, muestra la labor de Focio. Como es improbable que haya inventado Focio el detalle de que el escudo se rompe, hay que imaginar que se produce algún otro incidente no recogido en el resumen.

*16 (*Suda* I 78, 22): La miel, como no estaba exenta de contaminación ni hecha de acantos[77] porque se la habían procurado alimentándose de reptiles, revolvía las tripas.

*17 (*Suda* I 447, 13, II 739, 6): Se cortó la cabellera; como si se tratase de una muchacha cazadora y que pasa la vida a la intemperie, su melena, nutrida con las lluvias y sacudida por los vientos, era larga, rubia y espesa[78].

*19 (*Suda* IV 386, 26): Los soldados, que pasaron ya de noche, vieron sus cuerpos, y siguiendo la costumbre babilonia les arrojaron uno un caftán, otro una clámide, otro tajadas de carne, otro frutos no bien granados, y un gran capital se reunió en calderilla menuda.

*20 (*Suda* III 236, 3): Los cuervos, que revoloteaban arriba y abajo llenando el lugar de alboroto y graznizados con gran impudicia, como son capaces de graznar los cuervos.

*21 (*Suda* I 431, 25): Estaban muy atemorizados, porque se encontraban en una soledad total y, además, carecían de caballos[79].

---

[77] Las abejas liban con gusto las hojas de acanto, según dice expresamente Columela, IX 4, 4.

[78] El fr. 17 de Habrich está constituido por dos *excerpta* diferentes de *Suda*, que pueden referirse bien a Sinónide, bien a la hija del labrador (cf. cap. 13). Sin embargo, es posible que constituyan dos fragmentos diferentes, referidos a Sinónide y a la hija del labrador respectivamente. Este hecho es aún más probable, porque las dos muchachas se parecen mucho y serán más tarde confundidas (cf. cap. 13). — Por lo demás, la amplia cabellera rubia de la protagonista y la desgracia que constituye su pérdida son habituales en las novelas griegas (cf. Aquiles Tacio, VIII 5, 4; Jenofonte de Éfeso, I 2, 6; Heliodoro, I 2, 5). — La búsqueda de agua en el interior de una caverna es también narrada por Heliodoro, II 6, 4, aun cuando las circunstancias sean algo diferentes.

[79] El fragmento es adecuado a este lugar, porque es la primera vez en que los protagonistas se hallan solos (antes, los

***22** (*Suda* II 152, 7): Y viendo que el hermano le afeaba todas las acciones y que no recelaba, en absoluto, de los alimentos [80].

***23** (*Suda* III 262, 5): Tenía en el cinturón una ampolla que llevaba colgada, en la que estaba el veneno mortal [81].

13 (*Suda* IV 98, 19): Un fuego les señaló Sinónide y los condujo en derredor [82].

***24** (*Suda* I 344, 7): Encontraron la puerta del monumento sepulcral suavemente entornada.

***26** (*Suda* I 170, 27): Ellos no se atrevieron a abrir la puerta ni tuvieron valor para pasar adentro.

***27** (*Suda* I 257, 23): No les está permitido, en efecto, a los babilonios franquear a deshora el umbral de una sepultura.

***25** (*Suda* I 110, 3): Ven en el ataúd los cuerpos de ambos, yacientes y abrazados.

***28** (*Suda* III 211, 11): Caminaron siguiendo el curso del río y mojándose los pies, pues iban avanzando a lo largo de la orilla donde rompen las ondas para evitar que se marcaran sus huellas.

***29.** (*Suda* IV 184, 12): Pues era comerciante de artículos funerarios.

---

han ayudado a escapar, y en su huida los han socorrido sucesivamente los pastores, la anciana y el que les ha hecho entrar en la gruta).

[80] El fragmento puede pertenecer a un relato del propio narrador acerca del envenenamiento, o bien de un discurso de acusación o de defensa, pronunciados por el hermano asesino o por Ródanes, respectivamente.

[81] El fragmento podría ser situado también en el cap. 7, cuando los protagonistas están dispuestos a suicidarse antes que tolerar ser conducidos a presencia de Garmo.

[82] El fragmento, que Habrich localiza en el cap 3 del resumen, cuando los protagonistas se encuentran en el interior de la cueva, es más apto para este pasaje, aun cuando se hace preciso entender que de nuevo acompaña alguna otra persona a los protagonistas.

93 (*Suda* IV 521, 4): El recaudador de impuestos dio el collar al comerciante. ¿No será que ya también van a poner los lobos fuera de sus fauces a los corderos, y los leones van a soltar de los dientes a los cervatillos para sus madres, cuando incluso un recaudador de impuestos abandona tan importante presa?[83].

30 (*Suda* II 558, 9): Hombre que nunca sabía mentir y que era amigo como el que más de la verdad.

***31** (*Suda* II 558, 4; II 534, 21): Seguro que nadie podría haberlo visto nunca transgrediendo la verdad de obra o de palabra, ni por simulación ni por presunción[84].

***105** (*Suda* II 535, 15): La criada vio que habían desenvainado la espada como para darse muerte a sí mismos[85].

***33** (*Suda* II 569, 9): «Juro por los dioses regios que yo os salvaré»[86].

---

[83] El fragmento es colocado por Habrich entre los de localización dudosa, a pesar de que la mención del recaudador de impuestos lo hace apropiado a este lugar. La razón es que la cadena de oro que apresaba a Sinónide (cf. cap. 2) y con la que habían huido ella y Ródanes (cf. cap. 13) siempre es llamada *hálusis*, tanto en Focio como en algunos fragmentos (fr. 59), pero nunca *hórmos*, denominación que aparece en este fragmento (cf., además, fr. 106 y n. 122). — El nombre del cargo de recaudador de tributos aduaneros, que aparece en las inscripciones de Dura-Europos, recuerda probablemente una institución anterior a la conquista de los romanos (165 d. C.), quizá de la época de dominación de los partos o, incluso, de un cargo establecido por los Seleúcidas. (Estos recaudadores se hallaban, al parecer, en todos los pasos principales que cruzaban el Eufrates, mientras la frontera del mundo romano estaba situada en la otra orilla del río.)

[84] Los frs. 30 y 31 deben de referirse a Soreco, no a Bócoro (cf. cap. 8), cuya justicia se ensalza en el propio resumen de Focio. En favor de esta hipótesis se puede aducir la conducta de Policarmo en Caritón, I 5, 2.

[85] El fragmento, de atribución dudosa, sólo conviene, dentro del resumen de Focio, a este lugar.

[86] La alteración del orden de los frs. 33 y 32 se adecua

***32** (*Suda* II 90, 11): Él dijo: «Bien, confío; pues la fama de tu virtud gran extensión alcanza.»

34 (*Codd. Laurentianus* 57, 12 y *Vaticanus* 1354): Las visiones en sueños son enviadas por un poder sobrenatural, pero adquieren la figura que les da el alma de cada uno de los visionarios. El dios es el productor de la naturaleza de estas visiones, y nosotros mismos somos los artesanos de su configuración [87].

35 (*Codd. Laurentianus* 57, 12 y *Vaticanus* 1354): *Un dueño acusa a su esclavo de adulterio, porque su propia esposa ha declarado que en sueños se unió con él en el santuario de Afrodita.*

Que nadie voluntariamente iría a juicio ante un pleito de esta clase ni aun cuando fuera a tenerte como juez a ti, oh rey, que no sólo investigas el género de vida de los demandados, sino también el carácter de los demandantes, no hay nadie que podría dejar de estar de acuerdo conmigo en ello. Y sea también prueba de que la acusación es verdadera lo siguiente: que el asunto es desagradable incluso para el que va a hacer la acusación, pues en un pleito de esta clase la parte que pierde es reo de delito, y el ganador sufre una desgracia.

Pido que me disculpes a mí, que había decidido no hacer la acusación, pero que no puedo seguir callado no sólo porque el adulterio es un delito insoportable, sino también porque a los rasgos comunes del propio ultraje se añaden algunos que son específicos de éste. En efecto, el adúltero es un esclavo y alguien de condi-

---

mejor al contenido del resumen. Según esto, el fr. 33 sería pronunciado por Soreco, y el fr. 32 constituiría la respuesta de Ródanes.

[87] Quizá este fragmento debe localizarse en la laguna del fr. 35, o bien a finales del cap. 7 del resumen de Focio (cf. n. 39). Las propiedades del *enýpnion* («visión en sueños»), así como el propio término en griego, coinciden con las que define ARTEMIDORO, *Onirocrítica* I 1, pág. 3, 5.

ción ruin, aun cuando a ésta le parezca que es bello; y es un esclavo, no de cualquier otro, sino mío. Y hubiera debido ser también esclavo de ésta, en vez de su dueño. Y hacen también su adulterio singular, al tiempo que más vergonzoso, estas dos circunstancias que concurren en él: la significación de la adúltera y la insignificancia del adúltero.

Solicito de ti, oh rey, que ante esta situación socorras a mi persona, ultrajada por la esposa y superada en favores por un esclavo, y que dejes caer tu cólera contra éstos, que si bien fueron capaces de mantener sus acciones en secreto, han sido denunciados por los dioses.

Pero no sé si seré inculpado por haber sido consejero del otro y maestro de sus pecados. Ése, en efecto, es un jovencito; y uno que es tal, parece más verosímil que haya sido persuadido, y no que haya sido él el persuasor, que haya sido corrompido, y no que haya sido él el corruptor. Ésa, por otra parte, es una mujer; y la mujer parece ser el ser más fácil de sufrir engaño. De modo que en favor del uno colabora en este certamen la fragilidad propia de su edad, y en favor de la otra su propia condición natural.

Para abreviar, pues, digo: ambos son igualmente bellos. ¿Pero quién prefiere a un esclavo antes que a su marido? Joven es, en efecto, y que es bello también a mí, oh rey, me lo parece, y con frecuencia, insensato de mí, se lo elogié a ella y le dije que tenía un hermoso y gallardo rostro y que miraba con tiernos ojos. Y también le elogié muchas veces sus manos por blancas, y esa melena por rubia. Y en realidad, al decir eso, lo que hacía era enseñar a ella a enamorarse. —Sabes también tú, oh rey, que eso es la verdad. Porque ni siquiera le ha abandonado la belleza ahora que tiene miedo; su temor le ilumina las mejillas, y su mirada no se ha marchitado ni siquiera ahora en el do-

lor. Comparece ante ti esposado, pero le favorecen incluso los grilletes. La envidia te maldice y el peligro de inminentes males te adorna, oh tú, perverso y bello. Casi no me atrevo, mi dueño, a decir que hoy ha venido más bello todavía. ¿No me compadeces mi rey? Yo, un marido, alabo al adúltero, y además la adúltera lo está escuchando. Pero tengo miedo de que también hoy la belleza le auxilie—. Así también antes le elogiaba. Pero sospechaba de él, de sus ojos fugaces, de la mayoría de sus movimientos, de sus miradas por encima de la copa y de sus excesos que sobrepasaban los límites en los que deben mantenerse los escanciadores. Los vigilé y vi las señas que se hacían asintiendo con la cabeza, tanto las que él le hacía, como las que se sucedían por parte de ella. Todo estaba por igual de su parte: juventud, vino y belleza. A esto se añadía que yo mismo había sido mediador en su adulterio y explicador de su belleza.

Tenía intención de reprenderlos: a la una expulsándola descalza, y al otro tirándolo al suelo y pisoteándolo. Pero él, según parece, no se sintió agraviado porque le pisotearan, sino que se confirmó más en su error de que era compadecido *** [88] y de entre las mujeres, en sus sueños la que ama a su marido cuida la casa, la amante de sus hijos sufre dolores de parto, la hacendosa trabaja, y la que está enamorada comete adulterio. Y si no, cada uno de vosotros recuerde sus propios sueños: ¿con qué sueña la mayoría de las veces, qué visiones tiene? El arquero con el arco, el caballero con el caballo, el rey con el trono, y ésa con su adúltero. Pero te he cogido, ¡oh la más pérfida de las mujeres! Te he encontrado acostada y abrazada con el propio jovencito. Pues tus nocturnos besos no son

---

[88] Quizá en esta laguna se encontrara lo que constituye el fr. 34.

sino recuerdos de los de cada día; de lo que haces despierta, de eso te preocupas dormida. El sueño es, en efecto, la imagen de los afanes humanos. Te acuestas conmigo, pero te dedicas a ése; a mi lado está tu cuerpo, y al lado de ése tu alma. Conmigo duermes, pero con ése no.

***36** (*Suda* II 223, 3): No vacilaron tampoco en usar un segundo testimonio [89].

***37** (*Suda* IV 109, 26): Él rodeó su cuerpo con peplos de seda, fabricó un túmulo y depositó en él su cuerpo [90].

***38** (*Suda* III 75, 25): «Oh la más grande de los dioses, tú que atiendes las súplicas de tus servidores.»

***39** (*Suda* III 624, 23): Abrazándose la mujer y gritando como si en vez de unos tan jóvenes [91] ...

***40** (*Suda* I 525 14»: «Pues ya te conozco después de oír lo que has dicho y verte la cara.»

***41** (*Suda* I 157, 15): En consecuencia, ya no era posible discutir que éste era el mismo que aquél, el muerto [92].

---

89 El contenido del fragmento es también apto al lugar del cap. 5 del resumen de Focio, cuando los protagonistas son acusados del asesinato del hermano.

90 Los frs. 37 y 38 se refieren, quizás, al sepelio de Tigris, el hijo muerto de la sacerdotisa, y a una plegaria de la sacerdotisa, con la que invoca a Afrodita para conseguir la transfiguración de su hijo muerto en héroe, respectivamente. Es posible que en este pasaje deba de ser situado también el fr. 71.

91 Probablemente debe de ser incluido aquí este fragmento como parte del entusiasta recibimiento de la sacerdotisa a Ródanes, de quien imagina que es su propio hijo convertido en héroe. Es verosímil que en la isla se esté celebrando una fiesta de sacrificio, y que por esa razón se encuentren reunidos todos los isleños. Sólo así se entiende que Ródanes siga la farsa divertido con la credulidad de éstos. La persecución ha quedado en un segundo plano, y es natural que, después de las digresiones, se reemprenda el curso de la acción con una escena festiva.

92 La escena a la que se refieren los frs. 40 y 41 es, segura-

*42 (*Suda* I 200, 24; IV 514, 15): Los isleños se acercaron a él, le ciñeron con una banda y le coronaron con una diadema.

*43 (*Suda* II 454, 29): «En mi casa cenad primero los dos; se da además la coincidencia de que voy a hacer un sacrificio con ofrendas votivas. Ven con los muchachos y trae a los amigos que quieras.»

*44 (*Suda* IV 826, 17): Le dice que se desnude y se unja con aceite.

*109 (*Suda* IV 177, 11): Cuando estuvieron lejos de beber, entonces uno fue pasando un bálsamo; y ellos se ungieron [93].

*103 (*Suda* II 90, 28): Y él, que era anciano, fue distribuyendo las tajadas de carne.

*104 (*Suda* III 239, 15): Entre ellas había también una gran porción de jabalí.

---

mente, la confusión de la sacerdotisa, que cree que Ródanes es su hijo, y la diversión de éste, que acepta el juego.

93 Los frs. 103, 104 y 109, que Habrich incluye entre los de atribución dudosa, bien pudieron pertenecer a este lugar, conjetura que defiende L. di Gregorio, «Su alcuni frammenti...», 390 sigs., el cual añade, además, en este contexto, antes del fr. 43, *Suda* III 140, 25, referido al humo de la grasa que se está asando, y, cerrando la serie, *Suda* I 198, 20: «él coge para sí el mayor trozo de carne», fragmentos ambos incluidos también en las ediciones de Eliano. Dejando aparte estos dos fragmentos, y dentro del grado de conjetura que normalmente implica la localización de uno dentro del resumen de Focio, es preciso convenir en que los frs. 109, 103 y 104 no parecen estar en contradicción con la escena que suponemos narraba Jámblico. El anciano que distribuye las tajadas de carne debe ser quien preside el festín. La precisión que acerca de él se hace en el fragmento 103 «que era anciano» permite suponer que se trata de un personaje que ha entrado hace poco en la acción y que no va a cumplir una función importante. Se trata, probablemente, del sacerdote de Afrodita, acerca del cual se dice en el resumen más adelante (cap. 12) que es anciano.

*46 (*Suda* II 12, 22). «Fue curada y atendida —dijo— de extraordinaria manera»[94].

*45 (*Suda* II 356, 14): Ellos despachan al médico y le dan una carta dirigida al recaudador de tributos[95].

*47 (*Suda* II 230, 7): Él, exigiéndole a trueque de su vida mantener el asunto en secreto, le permitió que visitase al que le había enviado[96].

*48 (*Suda* IV 48, 6): Pues acababan de echarle su ración de pienso a él, es decir, al camello.

*49 (*Suda* IV 235, 10): Pues tampoco admitiría el camello a ningún jinete, porque era terco y no estaba habituado.

*50 (*Suda* IV 691, 17): Vio un manojo de cardos verdes, alimento muy estimado por los camellos. Él hundió la cabeza.

*51 (*Suda* III 91, 6; I 481, 3): El camello empezó a pastar del forraje, y él, sin querer, a beber agua del río; y como el viento soplaba de abajo, y el agua bajaba siguiendo el curso de la corriente, la garganta se le fue anegando mientras el agua resonaba en ella, y un gran gorgoteo se fue produciendo en su boca.

*52 (*Suda* III 171, 11): El camello dobló las patas y se acostó sobre la panza.

*53 (*Suda* II 367, 23): Él encuentra la carta escrita, y su lectura le da prueba de cómo ha sucedido todo.

---

94 Quizá el fragmento forma parte de la declaración que hacía el médico, y por ello debe preceder al fr. 45.

95 El sujeto de la frase debe referirse a los soldados de Damas, encargados de la captura de los protagonistas. Por medio del médico comunican al recaudador que su hijo ha traicionado al soberano, esperando obtener de él una ayuda o consejo para poder apresarlo. También es posible que el propio Soreco, el hijo, sea recaudador de impuestos aduaneros, como el padre, y que los hombres de Damas le envían un ultimátum para que entregue a Sinónide y Ródanes.

96 Quizá forma parte de las instrucciones que Damas da al médico.

54 (*Suda* IV 462, 19): La violencia del río barrió a los nadadores a pesar de sus esfuerzos, se los llevó corriente abajo y ya no regresaron[97].

***55** (*Suda* IV 375, 5): El sacerdote se fue equipando con los utensilios de verdugo, cambiando de la condición más venerable a la más lamentable.

56 (*Suda* I 9, 14): Y como esto era difícil, y el ama de casa no vigilaba con suficiente cuidado, y otra sirvienta estaba presente, convence a la muchacha para escapar de sus padres en secreto[98].

***57** (*Suda* II 453, 10): La muchacha obedece con gusto y de buen grado.

***58** (*Suda* II 149, 12): Pues a ella asesinada por un amante de modo funesto enamorado[99].

59 (*Suda* I 163, 21): Y la cadena, como no nos hace falta, te la he enviado[100].

***62** (*Suda* I 191, 20): El cual, inundado en lágrimas por la vergüenza que le producía la pasión, estaba sin voz, y por pudor no se atrevía a declarar su sentimiento[101].

---

97 Los nadadores pueden ser los soldados que, a las órdenes de Damas, van a la isla para apresar a los fugitivos.

98 Estas palabras pueden referirse al esclavo, que convence a Trófima para que huya con él.

99 El fragmento puede corresponder también al final del cap. 18 del resumen de Focio, donde la hija del labrador narra a Soreco y Ródanes la historia de la desgraciada muchacha.

100 El fragmento debe formar parte de la carta que envía el orfebre a Garmo.

101 Este fragmento, que Habrich sitúa tras 61, es difícil de localizar, y las propuestas que se han hecho para su correcto entendimiento han sido numerosas. La localización propuesta por Habrich no es adecuada, porque, después de que Sinónide ha descubierto el beso que Ródanes ha dado a la muchacha, no tiene mucho sentido que el joven oculte su sufrimiento, aunque se encuentre bañado en lágrimas por la vergüenza. Se ha propuesto también que estas palabras se refieren a Garmo y se ha señalado en apoyo de esta hipótesis que, en CARITÓN, II 4, 1, Dionisio se enamora de la protagonista. Si esto es así, el frag-

60 (*Codd. Laurentianus* 57, 12 y *Vaticanus* 1354): Agudos son los razonamientos de los enamorados y prestos para sospechar, hábiles para imaginar e inspirados por la divinidad para vaticinar.

61 (*Cod. Vaticanus Graecus rescriptus* 73, páginas 61 ss.): «...tenemos la posibilidad de apartarnos de peligros que no son obligatorios y vivir tranquilamente, si es que no me amas[102]. Pero, mejor, vete y duerme al lado de aquella extranjera... de tu suegro[103]... y el oro, y dáselo como regalo de hospitalidad... bien porque dé la coincidencia de que tenga ya la cara lavada y se haya acicalado esa su corta melena. ¿Por qué todavía te preocupas por Sinónide? Tienes una muchacha rapada como yo, pero más afortunada que... que no agrada a su marido...»

Habiendo dicho esto Sinónide, Ródanes no se contuvo, sino que... Sinónide estaba rebosante de ira y... alzaba los brazos y repartía numerosas amenazas, y mientras señalaba la herida que ella misma se había hecho, comenzó a decir: «¿Ves esto, oh..., ves que Sinónide no repara en su vida? Tienes alguna prueba... más veloz es aguijoneada por el amor... Doy fe de que

---

mento debería ser situado al comienzo del cap. 2. Aun así, la «vergüenza» sólo tiene sentido si Ródanes, a quien deben referirse estas palabras, ha cometido algún delito del que pueda sentirse avergonzado, y que Sinónide no conoce aún. Teniendo esto en cuenta, es mejor —aunque siempre conjetural— la localización aquí señalada.

[102] El texto se halla muy mal conservado, sobre todo al comienzo; cualquier traducción es, por tanto, arriesgada. Quizás esta frase deba de ser traducida del siguiente modo: «¿Cómo es posible vivir soportando peligros no necesarios, si no me amas?»

[103] Si algunas letras mal conservadas ante la palabra «suegro» deben ser completadas hasta entender «de tu rico suegro» (Sinónide se refiere ya al padre de la muchacha como suegro de Ródanes), es imposible que el fr. 106, que habla de un labrador pobre, se refiera a este episodio de la novela de Jámblico (cf. n. 122).

tú, Ródanes, vas a comenzar hoy un gran mal... la hija de un labrador... desgraciada, herida... del asesinato de la hija... pero de la mano izquierda... y la derecha en la medida en que... llena de excitación sale Sinónide, echó a correr a la luz de la luna y se precipitó a la carrera al instante por la puerta del corral del labrador, donde precisamente se había encontrado antes con él, con la idea fija de irrumpir dentro y asesinar a la hija del labrador...

Cuando los que estaban con Ródanes se dieron cuenta de las intenciones de ella, dijo Soreco: «Tú, Ródanes, quédate en este lugar y no te exaltes, no vaya a parecer que asistes a la enamorada en tomar venganza. Mas vigilemos a la muchacha enamorada y ansiosa de matanza. Yo voy a buscarla; estoy convencido de que pronto la haré volver. Ten confianza, que tú, lo sé, vas a vencer la ira de Sinónide. ¿Por qué lloras, Ródanes? Aguanta si quieres recuperar a Sinónide, si confías en Soreco, que tanto ha vagado por vuestra causa.» Con tales palabras, a duras penas logró Soreco convencer a Ródanes para que se quedara, sobre todo porque tenía miedo por Sinónide, y también porque le preocupaba el peligro que corría la muchacha, no fuera a ser que los celos le produjeran un daño irreparable.

Al principio, ni siquiera aparecía Sinónide al alcance de la vista de Soreco; en efecto, ella había tomado una gran delantera, era, además, más veloz que Soreco para correr, y la ira la hacía más rauda, pues lo repentino de su cólera le había hecho más liviano el cuerpo. Sin embargo, redoblando su esfuerzo y porfiando por encima de sus fuerzas, Soreco consigue avistar la túnica de Sinónide y grita desde lejos: «Espera, Sinónide; soy yo, Soreco, y vengo solo. Ródanes no está aquí, no por Belo» [104].

---

[104] Es llamativo que Soreco, cuyo nombre aparece en las inscripciones de Palmira y en los grafitos de Dura-Europos (cf. U.

Ella detuvo su carrera, en parte por juzgar fiable el juramento, y en parte por respeto a Soreco. Según se iba acercando, éste le rogó primero que se aproximara, y le dice: «Sinónide, a los dos os estimo, porque no en vano os fui concedido por la fortuna como padre; y a ti, antes que a Ródanes, te adquirí[105]. Claro que no eximo a Ródanes de su culpa, pero no creo que debas dar gusto a tu ira hasta saciarte, ni que debas tomarte tan gran castigo de una mujer que además te ha hospedado, de la que si te separas quizá corramos peligro, y en todo caso cometeremos un sacrilegio contra Zeus Hospitalario. Pues ella es quien nos ha servido la mesa y quien nos acogió con regalos de hospitalidad. Quizá eso lo hizo porque alguien la forzó, quizá porque alguien la engañó, quizá porque alguien le encantó el alma. No eres tú, hija, la única para quien Ródanes es bello.»

Al oír esto último, cobró nuevas llamas el fuego que la quemaba, y no soportó que le hablara más, sino que le interrumpió diciendo: «Oh Soreco, una vida desgraciada, con eso es con lo que me obsequiaste, y ya entonces fue flaco el favor que me hiciste. Morir hubiera debido antes que escuchar que hay alguna otra para quien Ródanes es bello. No me lo impidas; ni quieras ver

---

SCHNEIDER-MENZEL, «Jamblichos...», págs. 80 y sigs.), un rico personaje perteneciente a la aristocracia árabe del reino de Garmo, jure por Baal y, pocas líneas más adelante, ponga por testigo a Zeus Hospitalario. Esta unión de divinidades tan distintas no aparece en otras novelas griegas; es, pues, una característica de Jámblico y del sincretismo predominante en su época. En Palmira Bel parece haber sido la divinidad más importante.

105 Soreo actúa a lo largo de la novela como mediador entre los dos protagonistas. Su papel es comparable al de Hipótoo en Jenofonte de Éfeso, que también es, al principio, enemigo de la pareja de protagonistas, como ladrón que es, y luego se esfuerza con Habrócomes en recuperar a Antía. Semejante es también el papel de Calasiris en Heliodoro.

un asesinato en la soledad. Sabes que no miento: de testigo de mi osadía te tengo a ti. Ves que tengo una espada y tengo una herida. Ródanes sólo fue crucificado, pero yo, además, he tentado la muerte y recibí una prueba: que los seres humanos al morir no sufren dolor, ni es desagradable la muerte; para los que aman, incluso es agradable. ¿Por qué me coges, Soreco? Doy fe de que tratas de salvar a la amada de Ródanes. Y no me amenaces con peligros, arrestos o castigos. A nadie teme quien no ha temido noches y cruces.

***63** (*Suda* I 89, 23): Era presa del vino y de los demás placeres.

***64** (*Suda* II 343, 13): Lo intentaba enviando riquezas, señuelo para la seducción.

***65** (*Suda* II 234, 21): Ante la unión con la muchacha tenía una alegría fuera de lugar.

***66** (*Suda* III 130, 4): Y ella, bebiendo de mentira y manteniéndose sobria.

***67** (*Suda* III 155, 9): Y él es golpeado con un hacha en la cabeza, recibiendo una herida mortal.

***68** (*Suda* IV 739, 7): Amordazando ella la boca del herido con la mano, para evitar que emitiera ningún sonido al exhalar la vida.

***69** (*Suda* IV 826, 7): Ella huye, deseosa de compensar alguna vez con una buena acción al hombre.

70 (*Suda* II 504, 27): Ella seguía llena de sus anteriores celos, y se añadía a ellos el buen éxito de su osada acción. Así, cuando emprendió el camino, dijo: «La primera contienda ha llegado a su meta; comencemos ahora la segunda. En buena hora me he ejercitado.»

***71** (*Suda* II 466, 13): Y él arrastrando pesadamente una piedra que tenía una cara apta levantó una estela sepulcral.

***72** (*Suda* IV 67, 1): Y él, cogiendo la espada, se la clava en el pecho[106].

***73** (*Suda* II 27, 12): Y humedeciendo de sangre los dedos escribió además:

***74** (*Suda* I 497, 27): Y él habiendo preparado una soga para ahorcarse, y luego de ponerse en el cuello el nudo corredizo.

***75** (*Suda* IV 153, 21): Él yacía con la respiración entrecortada y moribundo a consecuencia del nudo corredizo.

***76** (*Suda* II 69, 5): Él la hizo jurar si decía eso porque lo sabía o porque quería probarle. Ella juró que creía y decía eso de verdad[107].

***77** (*Suda* II 433, 20): Él también vendó la herida con el ceñidor[108].

***80** (*Suda* III 518, 1): Él pocas palabras pronuncia a la muchacha y le pide de beber.

***81** (*Suda* I 513, 26): «¡Ay de mí, desdichada, en qué situación más penosa yaces tú, que has sido conmigo tan noble y me has defendido de la muerte!»

***82** (*Suda* II 150, 22): «¡No sea yo tan infame bajo el sol, que no salve a mi vez a quien me ha salvado!»

78 (*Suda* I 285, 3): Nada más irse Soreco se presenta Sinónide.

***79** (*Suda* I 42, 24): Y él retorciendo la mano derecha de ella y pasándosela por la espalda, le quita la espada.

***83** (*Suda* I 204, 12): Él perdió el sentido; cuando volvió en sí, los guardias lo levantaron y lo transportan

---

106 El fragmento quizá pertenece a la historia de Trófima (cf. n. 53).

107 No está claro por qué dice «quería probarle», a menos que el fragmento no pertenezca a este lugar y sea parte de uno de los diálogos que hemos de suponer había entre los dos protagonistas.

108 El fragmento, quizá, pertenece al fin del cap. 7, cuando Sinónide se hiere.

a presencia del rey, una vez salvado de su enfermedad.

84 (*Suda* IV 170, 9; IV 483, 3): Y mandó al mismo tiempo disponer un brillante cortejo para la muchacha, una resplandeciente carroza, un lujoso vestido y un numeroso séquito de eunucos y sirvientas [109].

85 (*Codd. Laurentianus* 57, 12 y *Vaticanus* 1354): Pendencieros por naturaleza son los bárbaros y propensos a irritaciones repentinas; pocas veces usan del cálculo, y la mayoría de las veces se abandonan a sus pasiones [110].

86 (*Codd. Laurentianus* 57, 12 y *Vaticanus* 1354): Un hombre que desprecia la muerte no tiene señor [111].

***87** (*Suda* II 386, 10): «Ordena mi muerte, pero corta esa danza alrededor de la cruz» [112].

***88** (*Suda* II 683, 22): Tan profundo era el acuerdo entre ambos: el uno para matar, y el otro para desear su propia muerte.

89 (*Suda* II 552, 4): «Pues ya te compadezco, porque sufro las mismas desdichas que tú» [113].

FRAGMENTOS DE LOCALIZACIÓN INCIERTA

90 (*Suda* IV 649, 6): A los muchachos, que eran jóvenes y bellos, el padre los había despachado en se-

---

109 Es posible que este fragmento narre la comitiva que, en cap. 7, forma Soreco para conducir a los protagonistas ante Garmo; por su contenido, sería también apto para el comienzo del cap. 16 del resumen.

110 Pensamientos semejantes se encuentran en todas las novelas griegas (cf., por ejemplo, HELIODORO, II 12, 5; 18, 5).

111 El fragmento puede referirse también al momento en que los protagonistas tratan de suicidarse (cap. 7), o bien a la historia del siervo que se suicida ante Trófima (cap. 13).

112 Quizá el fragmento corresponde a la parte del resumen narrada al principio del cap. 22.

113 ¿Habla Ródanes, o Garmo?

creto y los había enviado donde los pastores, por miedo del insolente tirano[114].

91 (*Suda* II 60, 26): Una vez que al probar con el ruido de la campanilla a cada uno de los pastores, no era él capaz de oír y entender quiénes eran los muchachos.

***92** (*Suda* II 265, 28): Y él ataviando a los muchachos para que fueran semejantes a los buscados, bajo distinción fingida y vestidos de seda.

---

[114] Los frs. 90, 91 y 92 se refieren, quizás, a aquella parte del resumen de Focio donde Ródanes y Sinónide se hallan con los pastores, que, más tarde, delatados por el pescador y sometidos a tortura, se verán obligados o declarar dónde se encuentran los protagonistas. No se comprende, sin embargo, por qué se dice que los muchachos son «jóvenes y bellos», si ya han sido presentados al comienzo de la novela, lugar para el que serían más adecuadas estas palabras, a menos que se refieran a otros jóvenes hermanos, distintos de los protagonistas de la novela. En favor de la idea de que estos fragmentos pertenecen a ese pasaje se han sugerido diferentes reconstrucciones, siempre con la idea —errónea, probablemente— de que los pastores han contado al pescador una historia falsa, que éste, a su vez, relata a Damas. Cabe, sin embargo, la posibilidad de que dos hermanos hayan huido de Garmo, al igual que Ródanes y Sinónide, de quienes en el cap. 4 del resumen se dice dos veces que son «los perseguidos», como si hubiera alguna diferencia entre aquellos fugitivos que son perseguidos y aquellos otros que no lo son. Por supuesto, estos fragmentos pueden corresponder a partes de la novela no resumidas por Focio, bien porque se encontraran después del libro XVI, bien porque el ejemplar de Focio constituyera una edición reducida de la novela de Jámblico en dieciséis libros, despojada, por tanto, de las digresiones que contendría la edición completa en treinta y nueve libros mencionada por la *Suda*. — En el fr. 91 el verbo traducido «probar con el ruido de la campanilla» es usado en un sentido genérico, prácticamente como sinónimo de «interrogar», aunque su sentido más estricto se refiere a la acción de las rondas nocturnas, que probaban con el ruido de una campanilla si los centinelas se hallaban despiertos.

*94 (*Suda* II 331, 15): «También a mí me dejará una parte de los tributos y sacaré una gran ganancia»[115].

*95 (*Suda* II 383, 26): Él lee la carta al sacerdote dormido[116].

96 (*Codd. Laurentianus* 57, 12 y *Vaticanus* 1354): A todos los hombres pone fuera de sí el amor; pero a los eunucos los hace más sanguinarios, como el vino a los escitas. Asesina, en efecto, un escita cuando está bebido, y un eunuco cuando está enamorado[117].

97 (*Suda* IV 517, 12): Él pasándole alrededor de los brazos los tahalíes le ató a la cama[118].

98 (*Suda* I 85, 3; II 676, 9): Ella ora se echaba a reír con una risa licenciosa y disoluta, ora pronunciaba presuntuosas palabras[119].

99 (*Suda* I 332, 2): «Luego dejad que así, sin hacer nada, muera.»

*100 (*Suda* IV 94, 14): Los babilonios ponen dentro de las hondas huevos y las hacen girar en círculo; y tienen buena experiencia en alimentaciones improvisadas y cazadoras por estar ejercitados en procurarse ingenios en la soledad, saben preparar el huevo con el impulso de la honda cocido y crudo.

---

115 El fragmento quizá se refiere a las deliberaciones de Soreco, cuando se dispone a conducir a los dos protagonistas ante Garmo (cap. 7).

116 Quizá se refiere a la carta que lee Ródanes al sacerdote de Afrodita, carta que ha recuperado de la oreja del camello sagrado.

117 El contenido genérico de la frase (semejante a HELIODORO, VIII 6, 2; IX 25, 5) permite sugerir numerosas posibilidades de localización, sin que ninguna se imponga. Puede referirse a Damas y Sacas, al esclavo que asesina a Trófima o, incluso, a Zobaras.

118 Puede narrar, además de otros pasajes no resumidos por Focio, el apresamiento de Ródanes por los eunucos Sacas y Damas.

119 El sujeto puede ser Sinónide, presa de los celos, o, más probablemente, la disoluta Berenice.

FRAGMENTOS DUDOSOS

101 (*Codd. Laurentianus* 57, 12 y *Vaticanus* 1354): *Unos mercenarios desviaron el curso de un río para echarlo contra sus enemigos, y reclaman la soldada entablando un proceso ante los Anfictiones*[120].

No continuamos gastando el tiempo con la guerra, sino que hemos añadido a la victoria la rapidez; pero vosotros decidisteis privarnos del salario, convirtiendo en acusación la superioridad con la que se logró el éxito. Y ni siquiera comprendéis que muchos que han combatido como aliados, aunque no hayan vencido, regresan dueños de las riquezas convenidas en virtud de la alianza, porque cada uno de los confederados contrata su intención, pero no se compromete con el resultado.

¡Oh audacia increíble esta nuestra! Un campamento entero es derribado por un río, por un temporal terrestre es arrastrado y por una tempestad artificial es sumergido. ¡Oh nosotros, que no sólo hemos luchado a pie, sino que, además, sin naves, hemos entrado en combate naval! Con soldados incluidos ha desaparecido el campamento de los enemigos. General ha sido el naufragio que se ha abatido sobre los adversarios en medio de la tierra firme. Una ola instigada se levantó, se produjo una corriente sometida a mandatos, y un río, a una señal convenida, recibió la orden de fluir.

---

[120] El examen directo del códice donde se encuentra el presente fragmento, en uno de cuyos márgenes se lee «de las historias babiloníacas de Jámblico», hace muy improbable que el texto, que, por lo demás, sería sorprendente por su contenido para el tema de esta novela, sea de Jámblico. — Para la estratagema, que narra el desvío del curso de un río para inundar el campamento enemigo, táctica que usan los etíopes para conquistar Siene, en HELIODORO, IX, cf. HELIODORO, *Las Etiópicas o Teágenes y Cariclea*, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1979, págs. 16 y sig.

¡Oh vosotros, no sólo guerreros, sino también de ríos generales!

102 (*Suda* I 486, 13): Él dijo, lleno de admiración: «¿Querrás vaticinarme algo?» «Desde luego —contesté—, si es de tu agrado»[121].

***106** (*Suda* I 522, 17): Los hospedó un labriego pobre que cultivaba malamente un terruño pelado[122].

***107** (*Suda* II 675, 20): «Pero no creo que ella esté viva aún, porque mi disparo le causó una herida grave»[123].

***108** (*Suda* I 369, 3): Él pidió a uno de los siervos del rey un pedacito de pan y se lo comió.

***110** (*Suda* II 60, 1): Viendo que ellos estaban ahítos de bebida.

***111** (*Suda* I 403, 16): Ellos se echaron a reír con ofuscada risa.

***112** (*Suda* IV 667, 7): Y no era fácil no echarse a reír y contemplar la escena.

***113** (*Suda* II 482, 25): Y capturado el joven por los enemigos que estaban apostados en las alturas y emboscados, e introducido en la gruta, tuvo que enfrentarse a una vida fatigosa y salvaje.

***114** (*Suda* II 375, 15): Y él, como estaba desnudo, durante la estación del invierno pasaba las noches en la gruta con grandes fatigas; pero encontró unas cabezas de ganado, les dio muerte y pudo hacerse un vestido con sus pieles.

---

121 No se puede referir al anciano caldeo que profetiza a Ródanes la realeza, pues sería inexplicable que hablara en primera persona, y Ródanes en tercera. El fragmento quizá no pertenece a Jámblico.

122 El labrador que menciona el resumen de Focio es llamado siempre (8 veces en el resumen y 3 veces en el fr. 61) *geōrgós*, nunca *ágroikos*, que es la palabra aquí usada (cf., además, notas 83 y 103).

123 La traducción deja entender que el fragmento no puede referirse a la herida que se produce la propia Sinónide, en contra de lo que se ha propuesto.

***115** (*Suda* III 217, 5): Él se ocultó en un carro lleno de forraje y así consiguió penetrar en la ciudad, porque nadie suponía que allí estuviera alguien escondido.

***116** (*Suda* IV 66, 19): Él pasa inadvertido, porque el viento resonaba con fuerza.

***117** (*Suda* IV 442, 32): Él agarrando con la izquierda la gargantilla de oro que llevaba alrededor de su cuello...

***118** (*Suda* IV 439, 13): Él mandó que lo azotaran con el látigo de cuerdas retorcidas; pero él negó haber dicho nada.

***119** (*Suda* III 1, 19): Él, en su ánimo, estalló en carcajadas, pero se irritaba contra el aire y bramaba sin cesar.

***120** (*Suda* III 294, 24): Pues el aullido del lobo les resultaba perceptible y se lanzaron de un salto entre el tumulto.

***121** (*Suda* I 285, 11): Él fue el único que resistió y rechazó la fiera salvaje.

***122** (*Suda* II 347, 14): Estaba presta para zarpar la nave en la que montan a la mujer, y se hizo a la mar.

***123** (*Suda* IV 194, 6): Y muchos torbellinos imprevisibles se abaten y encrespamientos violentísimos y olas de gran tamaño.

***124** (*Suda* III 534, 7): Cerca de donde se produjo el golpe se encontraba la muchacha, y habría muerto degollada si no hubiera caído un rayo en medio de ambos.

***125** (*Suda* I 436, 28): Marismas difíciles de atravesar se encuentran a continuación y después el abismo ahíto y sin salida de una llanura, en el que habían arraigado tamariscos más altos que árboles y la muy espantosa espesura del bosque.

***126** (*Suda* IV 355, 23): El silencio era más profundo que toda soledad.

ÍNDICE GENERAL

Longo

DAFNIS Y CLOE

Aquiles Tacio

LEUCIPA Y CLITOFONTE

JÁMBLICO

BABILONÍACAS

Resumen de Focio y Fragmentos